

# Tropología, agencia y lenguajes históricos en la filosofía de la historia de Hayden White

Autor:

Lavagnino, Nicolás Alejo

Tutor:

Tozzi, Verónica

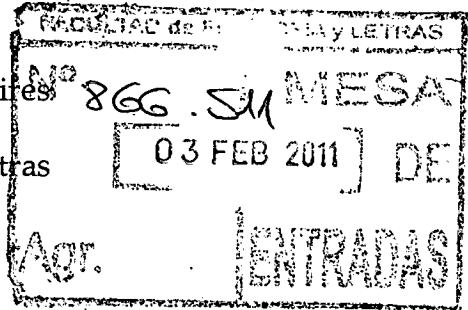
2011

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía

Posgrado

Tesis  
15.3.16

Universidad de Buenos Aires  
Facultad de Filosofía y Letras



Tesis de Doctorado

*"Tropología, agencia y lenguajes históricos  
en la filosofía de la historia de Hayden White"*

**Doctorando: Nicolás Alejo Lavagnino**

*Inscripción al Doctorado CD 821/06, Exp. 823.138/05*

**Directora: Dra. Verónica Tozzi**

*Consejero de estudios: Dr. Daniel Brauer*

2011

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
Dirección de Bibliotecas

El libro de la historia es el primero que el hombre escribiera en su propio lenguaje.

Hans Blumenberg

*La legibilidad del mundo*

El motivo de la metáfora es el deseo de asociar y finalmente de identificar la mente humana con lo que ocurre fuera de ella, porque la única alegría genuina que podemos tener son esos momentos excepcionales cuando sentimos que (...) aunque sólo podamos conocer una parte, también somos una parte de lo que conocemos.

Northrop Frye

*La imaginación educada*

## Agradecimientos

La gratitud es el contradón de la fortuna. Y, ciertamente, me considero una persona afortunada. Afortunada de haber encontrado a tantas personas que me ayudaron y me orientaron en la no siempre sencilla tarea de investigar problemas vinculados a la filosofía de la historia; de haber podido dedicar una parte muy importante de mi vida a profundizar en los temas de los que trata esta investigación; de haber podido emprender un camino que, creo, me ha convertido en una persona muy distinta y, espero, en muchos sentidos, mejor.

La primera de mis fortunas se vincula con el hecho de haber comenzado a trabajar con Verónica Tozzi, hace algo más de una década, en lo que entonces no sabíamos era el comienzo de una comunidad filosófica duradera y crecientemente extendida. Estoy enormemente agradecido de haber podido aprender, proyectar y formarme filosóficamente junto a Verónica, quien me ha enseñado de manera sutil y paciente la virtud de desconfiar de las respuestas demasiado prontas, devolviéndome siempre al sendero de las preguntas, las búsquedas, en el reenvío permanente a senderos aún por recorrer. Por si fuera poco Verónica me ha ofrendado a mí y a aquellos que conformamos el *Grupo Metahistorias* que ella dirige, el inmenso don de la amistad y el presente continuo de su generosidad. Es seguro por tanto que ni una palabra de esta tesis hubiera sido escrita de no haber sido por la paciente guía de su inteligencia amiga. Le agradezco entonces por tantos años de enseñanzas y orientaciones, en los que finalmente aprendí todos los pasos que debía dar antes de comenzar a recorrer camino alguno.

Alrededor de Verónica, como dije, se ha ido conformando un grupo de estudios en filosofía de la historia, al que denominamos *Metahistorias*, que se ha desarrollado en el marco amistoso del Instituto de Filosofía "Alejandro Korn" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se hacen extensivos a ese grupo mucho de los rasgos de su directora. En ese entorno amplio de amistad y generosidad, de búsquedas conjuntas y preguntas recurrentes, he encontrado en la agudeza y en el compañerismo de María Inés La Greca una aliada fundamental para llevar a cabo el recorrido que condujo a esta investigación. En ese recorrido se incluyen lecturas comunes y discusiones permanentes, en un marco de franqueza, confianza y amistad. Es por todo ello que estoy profundamente agradecido con María Inés. En el mismo sentido estoy en deuda con todos aquellos que en el ámbito del *Grupo Metahistorias* me ayudaron de uno u otro modo a que esta tesis cobre forma. Cecilia Macón ha sido una compañera de indagaciones desde los lejanos comienzos de mis andanzas filosóficas y siempre es grato contar con su perspicacia para introducir nuevos puntos de vista allí donde parece difícil encontrar uno. De la misma manera he contado con compañeros como Mariela Zeitler Varela, Mariela Solana, María Martini, Moira Pérez, Natalia Taccetta, Aldana Hernández Lozano, Gabriela Dranovsky, Santiago Silverio, Juan José Canavessi, David Martín, Emilio López y Silvina Giaganti, quienes en un punto u otro del recorrido me han ayudado en el marco de *Metahistorias* y a quienes agradezco por ello.

Una familia filosófica extensa me ha dado cobijo, y a ellos también les agradezco. No estoy seguro de que Federico Penelas sepa cuánto me ha enseñado y hasta qué punto ha influido en el curso de mis investigaciones. Mi querido Horacio Banega me ha alentado permanentemente en todos estos años. Ambos han sido una parte fundamental de la familia filosófica que me ha adoptado. Mis amigos patagónicos Daniel Scheck y Mariana Castillo Merlo han tenido también su parte importante en esto. De una u otra manera Bernardo Ainbinder, Mariano Garreta Leclerq, Alejandro Boverio, Santiago Ginnóbili, Karina Pedace, Esteban Lythgoe, Mariela Schorr, Marcelo Chiantore, Laura Cucchi, Omar Acha, María Inés Mudrovcic, Rosa Belvedresi y Pola Oloixarac, Pablo Lorenzano, Eleonora Orlando y todos en SADAF me han acompañado y me han dado la posibilidad de exponer y discutir formal e informalmente aspectos de esta tesis. Marta Palchevich ("Iaia") hizo lo propio con su habitual generosidad.

En todos estos años tuve la suerte de haber obtenido diversas becas gracias a las cuales pude contar con los medios y el tiempo para encarar la presente tesis. Me fue concedida una beca doctoral de inicio en el marco de un proyecto PICT financiado por la ANPCyT y dirigido por Daniel Brauer. Luego conté con una beca doctoral de culminación otorgada por la Universidad de Buenos Aires. De esta manera desde 2005 en adelante pude abocarme plenamente a mis tareas de investigación, lo cual no deja de ser un privilegio inmenso en un país como el nuestro. Por lo tanto agradezco a las instituciones y personas que volvieron posible tal estado de cosas.

Son muchas las personas que me han ayudado en distintos órdenes de la vida y a quienes quiero ahora reconocer. Amigos de larga data como Analía, Lucas, Pato y Cyn han estado allí desde antes que todo esto se inicie. José Luis, Cristina y Alberto han colaborado conmigo mucho más de lo que creen. Todos en *Bohemia* han cuidado de mí mientras escribía. Ciertamente no podría haberlo hecho sin *las familias*. Mi madre y mi padre me abrieron mundos mientras me acompañaron, y cuando ya no lo hicieron tuve ante mí un rico legado de su pasado como presente. Myriam ha sido una orientación permanente y una compañía afectuosa en las alegrías y en las tristezas. Adolfo, Vale, los *chicos*, la abuela *Lilian*, los Arroyo, los Fischer, los Valdez son mis hogares fuera de casa. Gracias a Ale, que cuidó de Fede, yo pude salir a filosofar.

Mariela y Fede son, justamente, el anillo más profundo que recorre mi existencia: Otro es el tiempo y otro es el espacio que construimos juntos. Paciencia, amor, humor y el aroma de lo cotidiano es lo que me han ofrendado, atravesando mi cansancio y mis urgencias. Porque ellos están allí donde están, es que yo estoy donde estoy, con ellos, estando.

Gracias entonces a Mariu, que soñó conmigo los sueños que soñamos juntos. Y gracias a Fede, que me despertó con besitos para que vayamos a jugar.

*A ellos dos está dedicada esta tesis.*

## Indice

1-Introducción: un triple haz de problemáticas. ....	6
2- El canon whiteano: cinco tesis en torno a las archi-texturas del lenguaje histórico. ....	37
3- Anti-texturas: más allá de la crítica de la razón impura. ....	89
4- El fin de las determinaciones: primer balance conclusivo. ....	125
5- Una prisión llamada mundo: hacia una depuración de la ontología del lenguaje ....	192
6- Teoría ampliada del « <i>mythos</i> »: intervención lingüística y prefiguración de lo social ....	229
7- Ciclo tropológico y políticas del lenguaje: metáfora, incumbencia e ironía ....	296
8- Constelaciones y ontologías históricas: o de cómo tener, intervenir, dar un pasado ....	359
Referencias bibliográficas .....	386

## 1-Introducción: un triple haz de problemáticas.

¿Qué significa “*tener un lenguaje*”? ¿Qué significa *narrar*? ¿De qué manera la respuesta a las dos preguntas precedentes puede ayudar a comprender la manera en que el *darse de las palabras* se relaciona con el resto de las interacciones y la configuración de un tramado de relaciones sociales? ¿Hay algo en la prioridad concedida al análisis del lenguaje o de la narración en la filosofía de la historia narrativista, en la filosofía del lenguaje contemporánea y en el proyecto hermenéutico, que conlleva una “desatención” limitativa de las posibilidades cognitivas y del potencial de intervención práctico-político en un horizonte de relaciones sociales determinadas? La introducción problemática a la presente investigación aspira a plantear de manera conjunta el horizonte extenso en que estos interrogantes pueden desplegarse, en la convicción de que respuestas demasiado restrictivas no permitirán aprehender la potencia de los instrumentos teóricos invocados por las preguntas.

Más concretamente, en un ámbito que considero excepcional por el entrecruzamiento de cuestiones teóricas y prácticas, conceptuales y propiamente políticas, el de los modos de composición del discurso y las prácticas referidas al pasado en común, se condensa una propuesta específica que aspira a responder a las preguntas que abren esta indagación en los términos de un cruce entre filosofía de la historia, teoría literaria y hermenéutica. Me refiero a la propuesta narrativista de Hayden White, la cual suele verse entremezclada por un lado con una paleta de reacciones limitativas y restrictivas que no permiten aprehender, en mi opinión, la importancia y el alcance de la propuesta realizada, y por el otro con un conjunto de extensiones, innecesarias tal vez, que comprometen inútilmente al narrativismo con consideraciones que respuestas más inclusivas y exhaustivas de aquellos interrogantes iniciales no exigen en absoluto.

El tratamiento de la propuesta whiteana, sus extensiones, sus aporías y sus recepciones críticas, sostengo en esta introducción, puede encararse de manera más fecunda a la luz de un triple haz de problemáticas, el cual nos ofrece la posibilidad de abrir un espacio apropiado para un tratamiento sistemático de las cuestiones que aquí me interesan: *qué idea de lenguaje, qué idea de intervención lingüística y qué idea de dinámica y evolución de la interacción anida en el narrativismo whiteano y en sus críticos.*

### a) Orientaciones preliminares

Permítaseme comenzar con una declaración programática: esta investigación se abocará al estudio de la tropología histórica de Hayden White, a la exposición sistemática de las tesis implicadas en la misma, así como también a la discusión de sus tensiones inherentes, lo que supondrá plantear una serie de correcciones, explicitaciones, ampliaciones y extensiones que

puedan, eventualmente, redundar en una mejor comprensión de la propuesta narrativista whiteana.

Naturalmente la justificación del enunciado precedente requiere una constelación de posicionamientos que puedan sustentar, en primer lugar, la afirmación de que existe una cosa tal como la tropología histórica, que a su vez tenga –en segundo lugar- un alcance sistemático tal que pueda eventualmente ser expuesto. Tercero, debe asumirse que tal sistema requiere el tipo de operaciones que aquí se proponen –corrección, ampliación, etc.- y finalmente que el conjunto de estos pasos facilitarán una mejor comprensión de la propuesta de White en el ámbito de la filosofía de la historia y de la teoría de la historiografía contemporánea.

Ciertamente de cara a lo primero podría objetarse que la tropología histórica es una suerte de quimera conceptual que, más que definir, supone acriticamente los compuestos inestables de lo tropológico y de lo histórico en provecho de una teoría superficial que no es ni una cosa ni la otra. En segundo lugar, podría postularse, aun concediéndose lo anterior –es decir, concediendo la legitimidad de la tropología histórica como objeto de estudio-, que la tropología histórica tal como se la desarrolla a lo largo de la obra de Hayden White no accede a los beneficios de la sistematicidad, no siendo más que un conjunto relativamente inarticulado de exposiciones que se suceden a lo largo de las últimas cuatro décadas, lo cual otorga a la teoría whiteana la dudosa calificación de “proyección-teórica-estimulante-pero-incompleta-y-por-ende-completamente-superada”. Ulteriormente podría resultar que la teoría whiteana sí es sistemática, pero o bien su sistematicidad es fallida –y como tal la teoría no tiene arreglo-, o se considera que la teoría es un conjunto plenamente articulado de axiomas que no admiten ni requieren enmienda alguna, todo lo cual compromete nuestro tercer presupuesto. Por último podría lograrse una ampliación y corrección de la de por sí sistemática teoría de la tropología histórica de Hayden White sin haber logrado otra cosa que superponer a un conglomerado ya de por sí cuantioso de jergas y denominaciones portentosas un nuevo conjunto de compromisos teóricos que incrementen exponencialmente la dificultad de la posible decodificación de la propuesta whiteana en cualquier ámbito disciplinar específico. Tanto para tan poco.

Por lo tanto, y volviendo al primer enunciado de esta sección, la tarea que se proponen estas páginas es justificar un cúmulo cuaternario de interpretaciones que apuntan a sostener:

1- que la obra de Hayden White de *Metahistoria* en adelante supuso en el ámbito de la filosofía de la historia una interrogación en torno al carácter tropológicamente informado del lenguaje empleado para dar cuenta del pasado, constituyendo y legitimando un ámbito diferenciado de investigación sobre nuevos términos;



2- que esa interrogación adquirió características distintivas que se articularon sistemáticamente y evidenciaron un cúmulo de compromisos teóricos conceptualmente definibles;

3- que esos cúmulos de compromisos requieren una revisión exhaustiva de los vínculos establecidos, ya que comportan tensiones y aporías que más que ignoradas, deben ser explicitadas en pos de la reconsideración, ampliación, extensión y eventual corrección de *aspectos* de la teoría;

y

4- que la teoría reformulada puede eventualmente permitir una depuración y clarificación de la original propuesta whiteana la cual, sostengo, es de capital importancia para re-encauzar la discusión filosófica en torno a la teoría de la historia y para recuperar un rico acervo de propuestas teóricas narrativistas actualmente desatendidas.

Indagación original y legítima, sistemática y aporética, llamativa y desatendida, en suma, el papel crucial de la filosofía de la historia de Hayden White reside en haber identificado el carácter tropológicamente informado del comportamiento verbal referido al pasado, y en el hecho de haber articulado una teoría sistemática pero tensionada por aporías y compromisos potencialmente conflictivos. Son esas tensiones las que han culminado por dificultar la recepción de la teoría narrativista, a pesar de los infructuosos intentos de White –de *Metahistoria* en adelante- en pos de resolver esas aporías en respuesta a las sesgadas y no necesariamente enriquecedoras cuestiones planteadas por muchos de sus (hostiles) críticos, las cuales apuntaban menos a problematizar y profundizar la discusión que a descartar de lleno, *in toto*, la propuesta.

En definitiva, el propósito de la presente investigación consiste, en primer lugar, en analizar y elucidar el alcance, logros y sistematicidad conceptual de la obra de Hayden White en el estudio del discurso y el lenguaje histórico, en especial en sus consideraciones acerca de los tropos como modos específicos determinantes de la configuración de las imágenes y las representaciones del pasado, y en lo referente a los supuestos y problemas críticos que esas consideraciones implican. Una vez clarificada la estructura de la propuesta whiteana la presente investigación pretende, en un segundo movimiento, vincularla con las contribuciones realizadas tanto por otros filósofos narrativistas de la historia como por las interpretaciones dirigidas a la comprensión del carácter interrelacionado del pensamiento histórico, la práctica lingüística, la narración y la agencia humana, en la convicción de que ello habilitaría posibles reformulaciones de la postura whiteana que permitan un desarrollo, o mejor comprensión, de algunos aspectos poco precisados, o trabajados de manera limitada, dentro del *proyecto narrativista* de White.

Para ello resultarán de capital importancia, en un primer momento, los desarrollos comprensivos llevados adelante por autores como Northrop Frye en el ámbito de la teoría literaria, y por Arthur Danto y Paul Ricoeur en lo relativo al entrecruzamiento entre teoría de la historia, de la narración y de la acción. En segundo lugar cobrará relevancia la concepción antropológica del lenguaje presente en autores como Hans Georg Gadamer, Hans Blumenberg y Walter Ong, la cual ha influido ciertamente en autores como Frye o Ricoeur. En tercer lugar el presente proyecto apuntará a reconsiderar el status de los tropos a la luz de los aportes realizados dentro de la filosofía del lenguaje contemporánea por filósofos como Donald Davidson, Willard van Orman Quine y Richard Rorty. En conjunto estos tres pasos se propondrán articular una reformulación alternativa de las nociones de lenguaje, narración y tropología, que tanto White y los narrativistas en general como sus críticos sostienen.

Ciertamente estos tres sub-conjuntos de autores se relacionan con la teoría whiteana de una manera muy desigual. En los desarrollos teóricos de *Metahistoria* en adelante siempre fue claro que White estaba entablando distintos tipos de relaciones con los tres primeros autores: Frye fue una influencia declarada en la articulación de la introducción programática del citado volumen, Danto -aunque más mencionado que utilizado- fue considerado como un anticipo apropiado retrospectivamente en el marco de una discusión allende las fronteras de la filosofía analítica de la historia y Ricoeur fue emergiendo con el tiempo como un valioso interlocutor que articulaba su propuesta en paralelo a la variante narrativista metahistórica de White. Por lo tanto el lugar de estos tres autores sugiere una fuerte incidencia en la comprensión misma del canon whiteano, y entonces la labor de investigación reside en apreciar lo que White toma y lo que no de cada uno de estos autores, y lo que esos sesgos interpretativos nos están indicando. De hecho, se afirma, hay en estos tres autores aspectos fundamentales de sus respectivas obras que se sitúan en consonancia con el proyecto whiteano, que servirían para contestar a sus críticos y, no obstante, han sido prolijamente ignorados. Así mismo es evidente que cada uno de estos tres teóricos se compromete complementariamente con articulaciones conceptuales incompatibles con las de White, por lo que resultará fundamental elucidar correctamente el tipo de relaciones que puede el whiteanismo establecer con cada uno de ellos.

Por el contrario el segundo sub-grupo representa más bien un cierto tipo de extensión conceptual, a partir de lo que puede entreverse no en White, sino en el primer conjunto de autores, pero ciertamente esa proyección en la dirección de una *comprensión antropológica hermenéuticamente guiada del problema del lenguaje* ha sido rara vez transitada por nuestro autor -hay menciones desperdigadas a Gadamer a lo largo de los ensayos whiteanos; no así respecto de Blumenberg u Ong-. Antes bien se registra una suerte de deliberada elisión del planteo: White elige *no* profundizar en el tema, aunque -o quizás *por ese mismo hecho*- la mayoría de los autores implicados en su propio contexto de emergencia intelectual están yendo en esa dirección teórica. Nuevamente aquí el tema patente de esta investigación es el estudio

de lo que estos sesgos oclusivos de White nos indican y las consecuencias que tienen para la articulación del canon whiteano y su recepción crítica. Si esta suerte de “proyección antropológica” está latente o se deriva de manera más o menos explícita de obras como la de Frye o Ricoeur, y si esa proyección resulta útil para desactivar algunas de las críticas suscitadas por el narrativismo de White, el punto en discusión es porqué no modificar o corregir al narrativismo de White, explicitando lo que abunda en sus fuentes teóricas y sus contextos de discusión, y ampliando el campo de rastreo de sus implicancias.

Por su parte las cosas con el tercer sub-grupo son más sencillas: Davidson, Quine y Rorty no son nunca mencionados o empleados en un sentido sustantivo –hay una única mención absolutamente inesencial en un texto tardío (White, 1999; 5) a Quine y a Rorty-. De cara a la tropología whiteana el giro pragmático en la filosofía del lenguaje pos-quineana es sencillamente ignorado. La magnitud de este desencuentro es fundamental y ha sido señalada ya (por ejemplo en Ankersmit, 1994 y 2001) en ocasión del intento de arribar a conclusiones sustantivas en torno a las equívocas relaciones entre el narrativismo whiteano y las diversas variantes de lo que se entiende por *giro lingüístico*. Frente a esto una nota aclaratoria se nos impone: el narrativismo en la filosofía de la historia es un proyecto que corre en paralelo, más que identificarse, con lo que ambiguamente se denomina “giro lingüístico”. De hecho, habiendo como hay tantas acepciones disímiles para el último término, no puedo más que resaltar dos conjuntos diversos de teorías que son los que ante propuestas como la de White dan carnadura al concepto: por un lado la filosofía del lenguaje que sigue a Quine, Davidson y Rorty en una veta post-analítica y por el otro la deriva post-estructuralista en la teoría literaria que sigue a Derrida y Barthes o a proyectos como el de Foucault. Cuando se intenta articular el narrativismo de White con el giro lingüístico (por ejemplo Ankersmit, 1994 y 2001) usualmente lo que se está postulando es la necesidad de vincularlo con los tres primeros autores, reconociendo que es un trabajo *aún por hacer*. Por otro lado, cuando se menta al narrativismo como un caso más del giro lingüístico por lo general se marcan sus afinidades más explícitas y sus discusiones con los tres últimos. En todo caso, el narrativismo y los “giros lingüísticos” tienen relaciones dispares, e incluso hay apropiaciones de ciertos aspectos del giro lingüístico que se pretenden contrarias al narrativismo –por ejemplo la propuesta de un “realismo interno” de Chris Lorenz (1994)-.

En esta investigación lo que se afirma es que el giro pragmático en la filosofía del lenguaje es un vasto tinglado de oportunidades teóricas virtualmente ignorado tanto por White como por sus críticos, salvo unas pocas excepciones. La más notable de ellas la constituye la deriva filosófica de Frank Ankersmit, quien no obstante ha tendido a establecer las conexiones entre ambos *corpus* de tal modo que ha culminado por re-introducir muchas cuestiones problemáticas que la invocación a los “giros” –narrativista y lingüístico- se suponía venía a resolver. Vale decir, la conexión establecida ha conducido a la impugnación de la legitimidad y relevancia teórica de la propuesta whiteana, más que a su refuerzo o enriquecimiento

dilemático, y a la incómprensión más radical de los aspectos fecundos y posibilitadores presentes en el giro pragmático en la filosofía del lenguaje contemporánea.

Estas orientaciones preliminares adquieren entonces el carácter de una constelación arbolar de preguntas: ¿qué permanece en el narrativismo del concepto de lo literario y lo lingüístico de Frye? ¿qué es lo que se pierde en el camino? ¿qué rastreo se realiza en White de las homologías y afinidades entre narración, agencia e historia apuntadas por autores como Danto o Ricoeur? ¿a dónde conduce el reconocimiento de lo narrativo como actividad ligada a un entorno social, un espacio de prácticas y de interacción reglada?, en suma *¿a qué política de lo lingüístico y de lo narrativo nos conduce una visión social y extendida del fenómeno lingüístico* según estas proyecciones teóricas? Estas preguntas en torno a lo narrativo como interacción remiten a una pregunta anterior: *¿qué supone tener un lenguaje?* Es decir ¿qué concepción del lenguaje, de lo lingüístico se requiere para estabilizar productivamente una propuesta como la whiteana? ¿a qué concepción o concepciones, concordantes o discordantes, conducen sus fuentes declaradas, sus compromisos implícitos y explícitos? Estos interrogantes re-envían ulteriormente a una pregunta analíticamente posterior: *¿cuál es la aportación específica de lo tropológico a la comprensión de esa concepción del lenguaje?* Y más aún, ¿qué especificidad persiste o puede reconocerse a la articulación narrativa del lenguaje tropológicamente informado cuando está referido al pasado en común y se articula como *lenguaje histórico*? ¿O estamos tratando con lenguaje *a secas*, prescindiendo de toda adjetivación?

Un esbozo muy genérico de respuesta común a esta enramada de preguntas y a partir de la propuesta whiteana podría articularse así: la preocupación por el lenguaje narrativo tropológicamente informado de la historia requiere la clarificación de los términos invocados, en particular *qué se entiende por lenguaje, qué por narración y qué por tropo*. Las discusiones más habituales en torno al enfoque metahistórico de White pivotan en torno al debate acerca de si cada uno de estos tres términos o conceptos maestros se encuentran debidamente definidos y estabilizados teóricamente. Los adherentes a los planteos whiteanos suponen que a partir de *Metahistoria* se ha enfocado adecuadamente la naturaleza de estos tres tópicos, permaneciendo los críticos bajo el velo de pretéritas y periclitadas concepciones. Los críticos —en particular el tipo de crítico que, como veremos, se centra en la hipótesis de la esterilidad del proyecto whiteano *tout court* a partir de la postulación de una *falla fatal* en algún punto privilegiado del tramado conceptual— han enfocado el carácter parcial, sesgado o incompleto de las estipulaciones whiteanas derivando de allí en más la caducidad del entero proyecto. Atrapados en un *impasse* conceptual entre whiteanos y anti-narrativistas, lo que podemos hacer es reconstruir las posiciones en disputa, explicitar lo que anida en ellas, y extender sus implicancias teóricas, poniendo a su vez a cada una de estas posturas en relación con otros trasfondos teóricos que converjan *prima facie* con las posiciones enfrentadas y que pretendan cubrir *aspectos* de interés para cada una de las posiciones aquí tratadas.

Por lo tanto el objetivo de esta investigación consiste en considerar al narrativismo y a la tropología whiteana de una manera que precise el planteamiento de las cuestiones antes referidas –qué entendemos por lenguaje, por narración, por tropo, cuando están referidos al pasado en común-, sin conducir a callejones sin salida ya transitados en el curso de la reflexión en torno a la historia como modo de conocimiento, en la convicción de que el narrativismo, pragmáticamente reformulado, se convierte en una herramienta valiosa para comprender la interacción lingüística en sus relaciones con la temporalidad y el pasado en común.

Entonces, si hemos de responder a nuestros tres interrogantes-guía, habrán de reconstruirse sucesivamente los estados de la cuestión respectivos de las tres cuestiones bajo análisis, atinentes 1-a la *concepción amplia del lenguaje* –con atención particular a la articulación del lenguaje de la historia en forma de discurso tropológicamente informado-, 2-a la *implicación recíproca entre narración, acción y prefiguración de lo social* y, por último, 3-a *el estatuto mismo de la tropología* –con la discusión en torno a la metáfora como *leading case*-. De los nichos teóricos vacantes elucidados en cada uno de los ejes temáticos mencionados se desprenderá la triple dirección en la que esta investigación pretende intervenir para enriquecer y estabilizar la propuesta metahistórica si es que hemos de apreciar de otra manera a la *tropología, la agencia y los lenguajes históricos en la filosofía de la historia después de Hayden White*.

#### *b) Los lenguajes de la historia*

En esta sección y las siguientes me propongo mencionar el contexto amplio de discusiones en el que se ha insertado la obra de Hayden White. No haré sino asentar preliminarmente los diversos ámbitos y discusiones transitados por nuestro autor y las críticas que ha recibido, de manera de ir configurando la imagen de una recepción trunca que configura un nicho teórico vacante que es pretensión de esta investigación como un todo usufructuar en los capítulos subsiguientes. En lo inmediato lo que nos ocupa es el planteo genérico en torno a la cuestión del lenguaje, en particular las derivaciones propias de una concepción lingüística del conocimiento de la historia.

Indudablemente en la filosofía contemporánea de la historia es el volumen seminal de Hayden White *Metahistoria* (White, 1992 [1973]) el que está llamado a ocupar el lugar de hito fundante en la reconsideración del estatuto de la narrativa historiográfica. Dejaré para el capítulo 2 el desarrollo exhaustivo de las posiciones whiteanas, por lo que aquí simplemente afirmaré que la postulación en aquel volumen inaugural de una teoría de amplio alcance destinada a mostrar los mecanismos poéticos de prefiguración de los relatos históricos, en tren de emparentarlos con las estrategias utilizadas en la elaboración de relatos de ficción, tuvo como mérito estimular un debate que llega hasta nuestros días. Partiendo de la teoría literaria y tratando a los textos históricos como artefactos literarios, lo que Hayden White se propuso fue

ofrecer una interpretación del endémico e insatisfactorio estado de desacuerdo, polémica y divergencia interpretativa que presentaba -y presenta- la historiografía. Esa contradicción con la supuesta tendencia secular de convergencia interpretativa que deberían exhibir las distintas formas de conocimiento reputadas como “científicas”, daba aliento a la idea de que los modos convencionales de teorizar sobre la representación eran incapaces de dar cuenta de la especificidad de los problemas de la investigación histórica. Lo fundamental de la apuesta whiteana consistió, entonces, en desmontar los mecanismos figurativos que componían la centralidad del discurso historiográfico, rastreando sus compromisos ideológicos, cognitivos y estéticos, considerándolos como derivaciones ulteriores de una prefiguración de corte tropológico. La notable repercusión alcanzada por *Metahistoria* es indicativa del grado en que ese volumen logró proveer una imagen consistente de las determinaciones infra-estructurales presentes en el relato historiográfico.

Buena parte del éxito de *Metahistoria*, ciertamente, ha radicado en su capacidad para refundar un área temática y proveer nuevas líneas de investigación y/o problemas, reaccionando contra un cierto estancamiento en los modos de comprender nuestras formas de conocer el pasado. Estancamiento debido a que hasta allí “filosofía de la historia” no había representado, en un primer momento, más que una expresión de los vastos sistemas especulativos que, como reflexiones en torno a la forma y modalidad —o “sentido”, pauta y propósito unitario- que asumían los asuntos humanos a lo largo del tiempo, habían sustentado las reflexiones de pensadores como Vico, Kant, Herder, Kant y Hegel, pasando por Marx, hasta deshilararse en intentos como los de Spengler o Toynbee o los de cierta sociología histórica empecinada en resumir en una única gran imagen totalizadora la sucesión temporal. Tal especulación provocó el repudio de figuras tan disímiles como Nietzsche y Popper —en su crítica de lo que denominaba “historicismo”- y dio lugar, en una segunda etapa de la “filosofía de la historia”, a una tradición centrada antes que en las especulaciones respecto de la totalidad del proceso histórico, en las formas mismas que asumía la historia como forma de conocimiento. Para este enfoque “epistemológico” la discusión versaba en torno a si debía subsumirse reductivamente toda forma de conocimiento a los modos de estructuración lógica de los argumentos y a los procedimientos de justificación aplicados en las ciencias naturales, o si, contra ese *monismo metodológico*, debía sostenerse la especificidad de los modos históricos de comprensión. Aunque este enfrentamiento se desplegó mientras las filosofías especulativas veían decaer su prestigio ante los desalentadores avatares que supuso el siglo XX, no alcanzó nunca una influencia perdurable fuera del pequeño círculo de especialistas interesados en el mismo. Ya sea que se intentara vincular la suerte de la historia a la de disciplinas más sistematizadas como la sociología o la economía o que se abogara con Collingwood, Dray y von Wright, por un enfoque “compensivista” atento a las peculiaridades propias de las ciencias humanas o sociales, lo cierto es que para mediados de la década del 60’ parecía claro que el

debate entre ambas corrientes no llegaría a nada. En el ámbito de la filosofía “epistemológica” de la historia la discusión declinó y, como suele suceder en estos casos, la problemática antes que resolverse se disolvió (Ankersmit, 1994; Tozzi, 2009). Es en este escenario –apenas precedido por las ricas indagaciones de Danto recopiladas en su *Analytical Philosophy of History* (Danto, 1985 [1964] y por los diversos ensayos de Mink (recopilados y publicados póstumamente en 1987)- que aparece el libro de Hayden White.

En *Metahistoria* asistimos a un doble movimiento: primero encontramos una declaración teórica y programática fundacional que, como puede preverse en su carácter de gesto inaugural, es por demás escueta respecto de los debates que la precedieron en el ámbito de la filosofía de la historia (Kellner, 1980 y 1981), y luego se articula un detallado estudio repleto de afirmaciones teóricas y sustantivas acerca de las formas de concebir lo histórico en un período que abarca el vasto espacio temporal comprendido entre Herder y Croce. Este doble movimiento –ensayo teórico y paneo histórico de las “formas de la imaginación histórica en el siglo XIX”- tuvo un impacto durable que aún se extiende entre nosotros y suscitó un giro “narrativo” en la filosofía de la historia de dimensiones sólo comparables a las del desafío que supuso la obra de Kuhn en la filosofía de las ciencias naturales.

El punto nodal en la obra de White consiste en precisar cuál es el lugar de la prefiguración tropológica en la operación historiográfica (Kellner, 1980; Kansteiner, 1993, Tozzi, 2003). Según White los tropos (literalmente “giros” o “figuras del habla”) son un conjunto de recursos *hallados* e *inventados* que permiten volver propio un pasado alienado que se nos presenta de manera informe, carente de significación. Se aplican sobre un material fáctico independiente por medio de una serie de procedimientos que no están regulados por la experiencia del pasado. En tal sentido constituyen a la vez, afirma, una herramienta *distorsionadora* del pasado y *habilitadora* del mismo, en tanto que para conocerlo hay que transformarlo, sin que esto signifique que haya en el material crudo una forma significativa propia, a la cual el discurso pervierte. De esta manera puede apreciarse cierta ambigüedad en las definiciones de White en torno al status de los tropos, la cual perdurará a lo largo de su obra, como un punto teórico oscuro para resolver el cual su paradigma interpretativo encuentra serias dificultades.

Los tropos, como esfera autónoma de significación y como elementos irreductibles del discurso historiográfico, habilitan cierto relativismo, y es eso lo que a su vez puede conducir a habilitar una crítica política a las ortodoxias disciplinares, ya que según White desde fines del siglo XIX se ha consolidado un estilo historiográfico basado en la auto-limitación de las formas figurativas y su sujeción a una serie de protocolos disciplinares centrados en la ironía, la explicación contextualista y la legitimación de (algún) orden social bajo una forma argumental eminentemente narrativa. De esta manera, de lo que nos habla *Metahistoria* –en su segundo

movimiento, como estudio de la conciencia histórica y las formas del realismo histórico propias del siglo XIX- es de los modos silenciados de figurar el pasado en el siglo XX (y después...), en la medida en que una vez que la disciplina historiográfica se establece disciplinarmente, configurando un criterio de “realidad” por autolimitación figurativa, se intenta negar que se encuentren disponibles otras formas de constituir el pasado como objeto de conocimiento, sentando así las bases de la operatoria disciplinar en la articulación de un cúmulo de aprehensiones irónicas. Esta oclusión de vías alternativas de significación no es más que una opción infundada que impide la re-apropiación del pasado alienado y exige la adecuación de las vicisitudes del pasado a ciertos cánones imaginativos que terminan reduciendo o atrofiando la capacidad del mismo para interpelarnos.

Naturalmente, lo que está en juego aquí es la idea hasta cierto punto *historicista* de White de que ciertas condensaciones de sentido, ciertos esquemas figurativos que fueron adoptados en el surgimiento de la historiografía como disciplina y profesión, esquemas que pudieron tener sentido en su momento para dar cuenta de determinada realidad percibida por aquellos que así actuaban, se encuentran ahora notoriamente desactualizados, carentes de capacidad y poder interpretativo a la hora de lidiar con una realidad social sustancialmente diferente. Sobre este tema discute White (1987, 1999) con Berel Lang (1990), Dominick La Capra (2001) y Saul Friedlander (2007), y ocupa ciertamente un lugar preponderante en su obra más actual (White, 2010; cfr. Tozzi, 2009) en especial en relación con la necesidad de actualización figurativa de cara a una experiencia contemporánea vivida como traumática y categorialmente discontinua respecto de las precedentes. Pero para esta consideración resulta fundamental anclar los tropos a mitad de camino entre su inscripción como “modos de conciencia” y su articulación como “modos históricamente determinados de configuración discursiva”, anclaje que permanece, en la obra de White como un punto no tratado sistemáticamente (White, 2003; cfr. Kellner, 1980; Ankersmit, 1994; Kansteiner, 1993; Ankersmit, Domanska y Kellner, 2009). Volveré en detalle en el segundo capítulo sobre estos tópicos problemáticos presentes en la exposición misma del canon whiteano. Por el momento me limitaré a recorrer preliminarmente el variado espacio de respuestas críticas que la propuesta whiteana suscitó.

De manera genérica puede decirse que la consideración tropológica y la crítica política del narrativismo a los modos canónicos de la historiografía fueron entendidas por algunos como un “ataque” en toda la línea a la historia como modo de cognición específico. Supuestamente lo que narrativistas como White (en *Metahistoria*, pero también véase 1978, 1987 y 1999), Louis Mink (1970, 1987) o Frank Ankersmit (1981, 1994, 1998, 2001a, 2001b) estaban haciendo era horadar las bases de toda comprensión histórica y por ello algunos autores tendieron a intentar una “rehabilitación” de la historiografía (por ejemplo Chris Lorenz, 1994, 1998; Behan Mc Cullagh, 1984, 1998; Arthur Marwick, 1995; Satya Mohanty, 1997, Pérez Zagorín, 1990, 1999; Brian Palmer, 1990; Lawrence Stone, 1979; Richard Evans, 1997), e inclusive dentro del marco



narrativista (David Carr, 1986a, 1986b; Paul Ricoeur, 1995a, 1995b, 1996a, 1999) hubo quien se sintió obligado a “conjurar” los riesgos del narrativismo con una ponderación de la historiografía como modo primordial de conocimiento pero correlacionado a su vez con otro plano o esfera – notoriamente el ámbito de la experiencia de la temporalidad- que pueda, eventualmente, servir de anclaje o fundamento de las estructuraciones lingüísticas relevadas. Puede entenderse mejor este sentido de rehabilitación si recordamos que dos de los puntos cruciales de White –por una parte la distinción entre información y figuración como esferas autónomas de significación y por otra la crítica política a las prácticas disciplinares como formas de auto-limitación imaginativa tendientes a adecuarse a cierto orden o estado de cosas y a racionalizar y volver digerible un pasado a veces abismal- fueron reformulados por numerosos críticos (además de los citados Lorenz y Zagorín, véanse Roger Chartier, 1994; Carlo Ginzburg, en Friedlander, 2007; Pomper, 1980; Golob, 1980; Mandelbaum, 1980) como si:

a- al proponer una estructura tropológica para los lenguajes históricos estuviera destruyendo la capacidad normativa del referente o “la experiencia” para establecer, orientar o determinar los significados lingüísticos

y como si

b- al revelar la matriz historicista del discurso estuviera postulando, en el nombre de la imaginación, un pseudo-radicalismo político anti-cognitivo amenazante de toda comprensión histórica, en una época que de por sí tiende a negarla.

De este modo el ataque narrativista a la ortodoxia disciplinar ha sido leído, de manera un tanto superficial, como un “nihilismo cognitivo” o como un “construccionismo retórico” o un “determinismo lingüístico” en apoyo de una estrategia conformista “típicamente posmodernista”, “relativista” y de “devaluación formalista” (entre otros cfr. Pomper, 1980; Mandelbaum, 1980; Golob, 1980; Hobart, 1989; Sazbón 2001), pero estas lecturas no han ayudado a precisar ni los aportes de White y el narrativismo, ni sus problemas o falencias más allá de la descalificación lisa y llana. En la perspectiva de más de tres décadas de debate puede decirse que la irrupción del narrativismo en la filosofía de la historia anglosajona ha implicado principalmente el apartamiento relativo respecto de cierto realismo ingenuo, así como también en lo referido a perspectivas reductivas en torno a los procedimientos historiográficos. Así mismo ha facilitado la puesta en discusión de concepciones limitativas en la consideración del lenguaje como un medio pasivo y transparente a través del cual interpretar el pasado (Tozzi, 2009). Estos tópicos (especialmente los dos últimos) habían resultado centrales, como hemos visto, en el marco previo del debate en torno al eje explicación-comprensión, al interior de lo que Ankersmit (1994) ha denominado “tradición epistemológica”. Contrariamente, el giro narrativista ha llamado la atención sobre el hecho de que no puede mirarse al pasado a través

del lenguaje como si se tratara de un canal límpido, sino a partir del punto de vista sugerido por los historiadores y sus constelaciones de compromisos instanciados discursivamente, para analizar los cuales la tropología propone una modalidad analítica que no depende de los contenidos mentados por esas mismas constelaciones.

Aunque desarrollaré más acabadamente el arco crítico a White en el tercer capítulo, de todos modos caracterizaré preliminarmente algunas de las críticas recibidas por la tropología whiteana. En particular algunos autores han señalado que el narrativismo implica una caída en el irracionalismo, al no tener en cuenta las pretensiones de verdad de la escritura histórica (Chartier, Ginzburg, Mandelbaum), por lo cual a partir de este forzamiento teórico ya no tendría sentido hablar de “conocimiento” y “progreso” en la historiografía (Evans, Lorenz) y no podría decirse con sentido que el discurso histórico contiene pretensiones cognitivas en absoluto, en la medida en que esas pretensiones se vuelven subrogantes de otros tipos de pretensiones y compromisos. Frente a los aparentes excesos de ciertos teóricos, que han llamado a dejar atrás el discurso histórico como modalidad privilegiada de análisis de la acción práctica y como contribuyente significativo a las prácticas identitarias de los distintos grupos sociales – notablemente el caso de Keith Jenkins (1991, 1995, 2002)-, se han alzado, desde distintas disciplinas, vectores de pensamiento que han propuesto defender el carácter del discurso historiográfico tanto desde una perspectiva realista y post-positivista –los ya mencionados Lorenz y McCullagh; así como también John Zammito (2004, 2005) y Thomas Haskell (1998)-, como desde el marxismo –Evans, Callinicos (1995)- o la historiografía académica –Appleby, Hunt y Jacob (1999), Pérez Zagorín, Chartier, Ginzburg-.

En esta última línea cobran relevancia las consideraciones sobre la historiografía como disciplina capaz de aproximarse controladamente a un referente, proponer una reconstrucción racional, la cual no puede renunciar a sus pretensiones de verdad, pero sin profundizar en demasía acerca de qué se entiende por referente, qué implica el resguardo metódico en la “aproximación controlada” y las consecuencias de concebir el conocimiento como un procedimiento “racionalmente reconstructivo”. Otra forma de razonamiento ha apuntado a sostener, a partir de la fenomenología o una mixtura de fenomenología y hermenéutica, una postura centrada en el análisis de la experiencia y su continuidad –o “comunidad de forma”- con la estructura de la narrativa, resaltando así el carácter cognitivo de esta última y criticando la idea de que la misma se “impone” sobre un campo amorfo de ocurrencias en el mundo –los antes citados David Carr y Paul Ricoeur-, lo cual ha suscitado, no obstante, numerosas críticas (Scott, 1991; Norman, 1991).

Sin embargo, salvo algunas pocas excepciones (notablemente Kellner, 1980, 1981 y 1982; Kansteiner, 1993; Norman, 1991; Tozzi, 2003, 2009), tanto los seguidores y “reformuladores”, dentro del narrativismo, de White, como sus críticos prestaron poca atención

no solo a ciertas tensiones en la articulación de los planteos whiteanos que inadvertidamente se replicaban en los de sus oponentes, sino también a determinadas ambigüedades para cuyo tratamiento era menester realizar un doble movimiento. Se trataba, en efecto, tanto de ir “hacia atrás”, rastreando en las fuentes de White y exhibiendo sus posibles lecturas parciales o sesgadas, que conducían a la tropología en la dirección de obliterar ciertas áreas problemáticas cruciales (como las de la agencia), como de ir “en derredor”, apreciando hasta qué punto el narrativismo podía ser enriquecido con los aportes de la filosofía del lenguaje, la teoría literaria y la hermenéutica en general, de un modo no contemplado por el propio White ni por sus críticos.

Ciertamente algunos autores (Ankersmit, 1994, 2001a) han mostrado posibles lecturas de White desde el giro lingüístico y han intentado una conciliación entre el narrativismo y la filosofía de Donald Davidson y Willard van Orman Quine, pero esas lecturas adolecen de serias fallas en la interpretación de la teoría del lenguaje de Davidson y Quine (Gorman, 1997; Hutton, 2005) y han terminado por abjurar del proyecto (Ankersmit, 2003, 2005 y 2006), reenviando a discusiones filosóficas que impugnan los propósitos mismos del giro reflexivo del cual dicen proceder. Volveré sobre esta deriva ankersmitiana en el capítulo séptimo. Otros (Ricoeur, 1996b, 1999, 2001; cfr. Greisch, 2001) han intentado excavar en los cimientos whiteanos –y del narrativismo en general- mostrando la necesidad de imbricar el narrativismo con la hermenéutica y la teoría de la acción, y para ello han re-visitado provechosamente los debates en torno a la filosofía de la acción y los trabajos de Elizabeth Anscombe (1957), Georg von Wright (1979a y 1979b) y Arthur Danto (1985, 1989), pero su compromiso con la problemática fenomenológica en torno al conocimiento ante-predicativo o pre-lingüístico y el problema más general de la conciencia han terminado por implicar una renuncia a pensar el problema del lenguaje (en este caso histórico) en sus propios términos; o dicho de otro modo, no han aportado ninguna precisión en la explicación de qué son los tropos y cómo operan, resultando sus propuestas en una superposición de vocabularios que ha suscitado confusión y un retorno a las consideraciones tradicionales en torno a la tropología. Volveré sobre estas cuestiones en el capítulo seis.

A modo de ejemplo resulta instructivo el recorrido de Ricoeur –al que dedicaré una entera sección en el capítulo seis- quien al establecer conexiones cruciales entre narración, acción e historia resulta ineludible en cuanto a articulación de la problemática (Ricoeur, 1977, 1985 y 1995a, 1995b, 1996a), pero procede limitativamente en cuanto a las posibilidades de una comprensión amplia del fenómeno tropológico (Ricoeur, 1977), de la propuesta whiteana misma (Ricoeur, 1995a) y opera del mismo modo en lo relativo a las posibilidades y extensiones hermenéuticas subyacentes en la teoría davidsoniana del lenguaje (Ricoeur, 1996b, 2001; Greisch, 2001), operaciones teóricas que contrastan notablemente con otras apropiaciones posibles más inclusivas que al día de hoy permanecen notoriamente inexploradas (Davidson,

2003 y 2007; Ramberg, 2001; Kotatko, Pagin, Segal, 2001). De manera similar, más recientemente autores originalmente receptivos a los aportes del giro lingüístico en el ámbito anglosajón han recaído en concepciones restrictivas y tradicionales en torno al lenguaje (Ankersmit, 2003, 2005, 2006; Runia, 2006a, 2006b; Domanska, 2006), recurriendo a la clásica contraposición con un ámbito de lo experiencial que se considera “más allá de lo lingüísticamente tratable”, dicotomía en la cual el lenguaje es considerado como una suerte de cedazo limitativo o “prisión”, lo cual a su vez reenvía a problemáticas filosóficas ya transitadas asiduamente (Pears, 1988; Rorty, 2003, 2007), deriva que podría resultar ciertamente indicativa de cierto reflujó en la confianza de ciertos autores respecto de los alcances del giro lingüístico en la reflexión contemporánea (Roth, 2007; Williamson, 2004).

En conclusión, la original propuesta whiteana se ha visto contrapuesta, las más de las veces, a recepciones hostiles, incompletas y, en el mejor de los casos, a reformulaciones que, si bien viables, han terminado por sucumbir o renunciar en la prosecución de sus objetivos iniciales. En este sentido, las limitativas lecturas de Ankersmit –respecto del giro lingüístico- y Ricoeur –respecto de la hermenéutica y la tropología- han impedido establecer las conexiones relevantes entre el narrativismo por un lado, y el giro lingüístico, la hermenéutica y la teoría literaria por el otro. En lo referido a la teorización de los lenguajes históricos la apuesta metahistórica permanece como un vigoroso lineamiento original, desatendido ulteriormente y librado a su propio registro de potencialidades. En lo sustantivo, el proyecto de concebir una *ontología del lenguaje depurada* que resulte adecuada a la perspectiva narrativista ha sido abandonado con el obvio resultado del resurgir de concepciones tradicionales del lenguaje desde las cuales interrogar el andamiaje whiteano, las cuales no han contribuido más que a profundizar el carácter sordo de la discusión teórica en el ámbito de la filosofía de la historia.

### c) *Narración, (inter)acción y el estatuto de lo literario*

A partir de este diagnóstico de incompletud, cobra particular interés la recuperación en el marco de la teoría literaria del encuadre liminar de Northrop Frye (1963, 1970, 1977, 1980, 1986, 1988, 1996 y 2007; cfr. Ricoeur 1995b; Todorov 2005 y 2006; Eagleton, 1983), en torno a las modalidades de la narrativa y la inextricable vinculación entre *mythos*; interacción social y agencia humana, en tanto Frye ha sido justamente una fuente para White –aunque la lectura de éste ha sido “parcial”, por decir lo menos- en la postulación del enfoque tropológico de *Metahistoria*. Sin embargo la perspectiva de Frye ha permanecido prácticamente inexplorada en las discusiones que sucedieron a la irrupción del narrativismo. Su recuperación puede orientarnos acerca de la necesidad de concebir la práctica lingüística de maneras que no conduzcan a encerronas teóricas. Es en ese sentido que Frye habilita una perspectiva de la narrativa que toma distancia de cualquier concepción restrictiva o limitativa del estatuto de lo ficcional y lo narrativo, en la medida en que las mismas dependen de dicotomías basadas en

concepciones del lenguaje y de lo literario que constituyen aquello que la teoría pretende específicamente poner en foco y problematizar.

La vía predilecta para este abordaje consiste en analizar la concepción más general de lo literario y las consecuencias teóricas que se derivan de la adopción de la misma. Para este análisis un recorrido por la propia historia de la consideración teórica en torno a lo literario permitirá una mejor contextualización, cuestión que será retomada cuando exponga las posiciones de Frye en el capítulo cuatro, y luego más extendidamente en mi apropiación de él en el capítulo seis. El punto clave en esta deriva apunta al reconocimiento de que las posibilidades de una consideración formal de la literatura “en tanto que tal” se fueron desvaneciendo en el ámbito de la teoría literaria desde la inicial irrupción de la escuela formalista rusa, y fue la visión “heterotélica”, historicista, heterodeterminada –afín a las distintas versiones del “realismo” y convencionalismo literario que, al menos desde el siglo XIX, se oponen al romanticismo- la que terminó imponiéndose en la concepción de lo literario. En este sentido puede afirmarse que el universo verbal está en relación con el resto de las prácticas sociales, a las que dota de cierto orden y a las que constituye, siendo constituido a su vez por ellas. Por lo tanto, las dos apuestas fundamentales en esta visión resultan ser, por un lado, la relación de inter-constitución (como opuesta a un tipo de relación de determinación unilateral, ya sea en la dirección que lleva del “mundo” al “texto” o en la contraria) y, por el otro, la relación de continuidad categorial del comportamiento (entre lo verbal y no verbal, como opuesta a la idea de una disyunción categorial y brecha conceptual insalvable en los modos verbales respecto de los modos no verbales de interacción). La interacción social sería imposible sin un patrón establecido de producción y circulación de las palabras que la enmarque. Y viceversa, ningún orden simbólico podría establecerse sin pautas materiales de interacción a partir de las cuales aquél se erige (Frye, 1977, 1980, 1996).

“Literatura”, de ahora en más y de acuerdo con esta visión, no designa el tipo de escritura profesional, imaginativa, individual, novedosa y eminentemente ficcional que hemos llegado a identificar como “novelesca”. Quizás con minúscula podría seguir designándose de ese modo a un tipo o género de expresión verbal históricamente situado (que aparece recién en el siglo XVII), y que iguala literatura a expresión autoral imaginativa (“ficción”), la cual halla en la orientación hacia sí misma (endo-orientación) su propia finalidad (*auto-telismo* de la expresión verbal). Podríamos tener entonces aquí un estatuto ficcional que parece oponerse a lo historiográfico (en tanto práctica *exo-orientada* y *heterotélica* por antonomasia), pero no es ese el universo extendido de prácticas al que la literatura –en sentido amplio- remite, por lo que la contraposición no es todo lo fecunda que parece. La literatura en sentido restringido –como “género”- no alcanza a dar cuenta del fenómeno literario en sentido amplio, que abarca el conjunto de las expresiones verbales que remiten a conglomerados discursivos, constelaciones de compromisos y comportamientos eminentemente prácticos a los cuales se apela en el curso

de la interacción ordinaria, y para los cuales las nociones mismas de autoría, novedad, ficción, auto-determinación o imaginación (como conceptos contrapuestos a lo cognitivo y como sinónimos implícitos de la fantasía fabuladora) se revelan como empobrecedoras y carentes de significatividad para captar el dominio bajo análisis (Frye, 1970, 1977, 1980).

Es a partir de estas consideraciones que se aprecia hasta qué punto la literatura entendida de modo “ampliado” solo puede ser tratada teniendo en cuenta lo que Gadamer ha denominado, sugestivamente, una *visión antropológica del lenguaje como ritual* (Gadamer, 1993, 2006, 2007; Blumenberg, 1999, 2004). De manera idéntica la monumental *Anatomía de la crítica* de Frye y sus textos subsiguientes han enfatizado el aspecto clave de la literatura como un tipo de práctica continua con el conjunto de comportamientos no verbales, y en estrecha relación con los patrones de interacción social (y preocupada por dar cuenta de ellos) (Frye, 1970, 1977, 1988, 1996, 2007; es perceptible la influencia de Ricoeur, 1985 y Ong, 1987 en los textos tardíos). La literatura y en particular el espacio narrativo se encuentran comprometidos estructuralmente con la transmisión de aspectos tanto relativos a la continuidad de lo social como a la articulación de espacios imaginativos de contraposición entre lo deseado y lo experimentado, balance en el cual las preocupaciones por la producción y reproducción de lo social son fundamentales (Frye, 1977, 1996; Kermode, 2000). Groseramente, la literatura se articula en agregados mitológicos preocupados principalmente por lo ritual y por lo “onírico”, entendiendo al mito no como una fábula o fantasía, sino como una *unidad de significación social primordial* –aquello que se encuentra en el centro mismo de nuestro sistema o tramado de creencias, y que por lo tanto se constituye en el último plano en ser sometido a revisión y reajuste ante fricciones derivadas de la interacción con los otros y con nuestro entorno-; los mitos tienden a agruparse en conjuntos, configurando así “mitologías”, planos múltiples de reajuste diferencial y graduado a la interacción divergente. En ese sentido cualquier cuerpo de creencias que se encuentra, por motivos prácticos, contingentes y socio-históricos, en el centro mismo de la red de compromisos y que, por lo tanto, se muestra remiso al cambio valorativo ante nuevas creencias que entran en fricción con él, puede ser considerado como “mitológico” (Frye, 1977, 1980, 1988, 1996; véase también Ricoeur 1995b; diversas críticas a esta concepción pueden verse en Todorov, 2005 y 2006 y Eagleton, 1983). La importancia en la Modernidad, por dar dos ejemplos, de la práctica científica y de la pertenencia nacional ocupó el lugar mítico en la circulación verbal reservado en otros tiempos a las identificaciones y credos religiosos. Que todos ellos sean, a su tiempo, caracterizados como “mitos” no los convierte en fábulas, sino que revela el *lugar central de los mismos en un determinado entorno epocal y al interior de un sistema de creencias afectado por los contingentes avatares del devenir histórico*. En definitiva, las prácticas discursivas son modos de interpelar a lo “real”, o por delinear, arbitrar y configurar un sentido más inclusivo o penetrante de realidad, en la delimitación del cual la interacción lingüística narrativa (“literatura en sentido ampliado”) resulta fundamental.

Toda la obra de Frye puede ser vista, entonces, como un intento de repensar lo que entendemos por ficción, por literario, por narrativa, partiendo de la interacción lingüística como espacio de prácticas encargado de la crucial función de prefiguración de lo social. Interesado en la articulación de una teoría del uso de las palabras (Frye, 1977), cobra fundamental importancia para Frye la comprensión del carácter continuo, "ligado" socialmente, del comportamiento lingüístico y su interpretabilidad en términos de acción social ritualmente enmarcada, para lo cual se apoya tanto en la noción de agencia-como-intervención-en-un-sistema de von Wright (a través de Ricoeur, véase Frye 1988), como en los aportes antropológicos de Walter Ong (1987). De esta manera se articula una *teoría del mythos ampliado* que desalienta lecturas escépticas y relativistas del fenómeno ficcional o del estatuto de lo narrativo, las cuales en definitiva se revelan como demasiado ingenuas en su comprensión de los mismos, ya que requieren lecturas restrictivas y limitativas de los términos implicados. Lo que se enfatiza en la operatoria ampliatoria, más bien, son los patrones recurrentes en la expresión verbal, en una modalidad formal que encuentra un parecido de familia relevante con la original propuesta de Propp (Propp, 1985) y los formalistas rusos (Todorov, 1970) pero que halla en la articulación histórica de convenciones un punto de apoyo fundamental que salva muchas de las aporías que tensionaron la inicial propuesta teórica en torno a los aspectos recurrentes y formulaicos de la expresión verbal. Para tal teoría del *mythos* resulta relevante el apoyo dado a la perspectiva ritual del lenguaje por ciertos aspectos de los proyectos hermenéuticos clásicos de Gadamer (1993, 2006 y 2007) y Hans Blumenberg (1999, 2000, 2003, 2004) en la medida en que éstos contribuyen a plantear el escenario de la interacción narrativa como un tipo contextualmente diferenciado, pero no categorialmente aislado, de intervención lingüística.

Este retejido de las nociones de trama, *mythos* e interacción ritual por el lenguaje requiere naturalmente una visión del lenguaje y de la acción en consonancia teórica, pero ha sido esa perspectiva la que la teoría narrativista ha echado también en falta. En este sentido la recuperación ricoeureana (Ricoeur, 1996b, 2001) de la problemática de la agencia siguió otras líneas y más bien intentó difuminarlas dentro de la temática hermenéutica más general y dentro de un marco reflexivo dominado por las aporías del *sí mismo* y la otredad. De la misma manera que la incompletud relativa al proyecto de establecer una ontología del lenguaje acorde al proyecto narrativista ha dejado inexplorada la original propuesta whiteana, tal como puede verse en el trayecto teórico seguido por Ankersmit –véase sección anterior-, las lecturas restrictivas en torno a las modalidades de la intervención lingüística y el estatuto de lo ficcional y lo narrativo han llevado en la dirección de un reenvío a posiciones conceptuales más tradicionales (la conciencia, la identidad, la experiencia), postergando las potencialidades entrevistas en la ampliación de la teoría del *mythos*, en todo lo cual el recorrido de Ricoeur es paradigmático.

Sin embargo el signo positivo en todo esto es la persistencia de la necesidad de *enfocar a la vez la problemática del vocabulario histórico y del vocabulario de la agencia, dentro del marco común de las prácticas lingüísticas al interior de una concepción del lenguaje apartada de la visión tradicional del mismo*. Lo que ni Ricoeur, ni Ankersmit ni el propio White han entrevisto entonces es la posibilidad de tal enfoque sin hacer resurgir, en simultáneo, las problemáticas en torno al problema de la conciencia, el lenguaje como ámbito ontológico diferenciado o totalidad intermediaria entre el yo y la realidad, y/o el problema genérico de la representación como correspondencia entre lenguaje y mundo, problemáticas que, en conjunto, generan las dudas escépticas y relativistas que los críticos del narrativismo resaltan y deploran. Ese enfoque es el que puede comenzar a adivinarse una vez que Quine (1969, 1975, 1979, 2001, 2002) y Davidson (1990, 1992, 2003, 2007; véase también Putnam, 1995, 2000) desmantelan la aparente necesidad de los dualismos empiristas, y con ello comienza a vislumbrarse la posibilidad de contemplar al lenguaje no desde una óptica totalizadora dominada por la problemática semántica en torno a la verdad y la representación, sino desde una óptica conductual que lo considera una herramienta de usos variados en la interacción entre organismos complejos, su sistema global de creencias y su entorno. La configuración de una teoría de los usos o las conductas lingüísticas que propone, por medio de la “interpretación radical” y, más aún, del proceso de triangulación (Davidson, 2003, 2007; Ramberg, 2000 y 2001), al *vocabulario de la agencia como fundante de toda narrativa* y de toda comprensión (así sea del pasado) encuentra en Davidson (2001, 2003, 2007) y en Rorty (1991a, 1991b, 1993, 1998, 2000a, 2000b, 2001, 2007) dos exponentes acerca de cómo puede anclarse el lenguaje en la acción humana con un mínimo de despliegue ontológico, dentro de una concepción materialista no reductiva (Davidson, 2007) y en un sentido declaradamente holista (Davidson, 2003; cfr. Fodor y Lepore, 1992). Esa concepción puede vincularse instructivamente con algunas características de las tempranas elucidaciones sentadas oportunamente por Danto en una serie de artículos seminales (Danto, 1985) en los que narración, agencia e historia se co-implicaban conceptualmente, aunque al interior de un tramado filosófico muy distinto. En ese tramado resultaba crucial la idea misma de representación como intermediación epistémica relevante – volveré sobre esto en el capítulo cinco-. Aún así, en una visión no reductiva, materialista, holista y pragmática del lenguaje los aportes de Danto se enriquecen en tanto muchos de los rasgos determinantes de la narración y del lenguaje histórico allí resaltados re-envían y se reinscriben en una dirección más cercana a la idea del lenguaje como espacio de prácticas que a la idea de una esfera intermediaria ontológicamente delimitada.

Es esta perspectiva davidsoniana la que puede postularse como enriquecedoramente explicativa de las conductas lingüísticas, en sentido amplio, sin suscitar las controversias epistemológicas en torno a la representación, la conciencia y el lenguaje (los reenvíos retrogradados a los que conducen los proyectos de Danto, Ricoeur y Ankersmit, que se verán en



los capítulos cinco, seis y siete respectivamente), sin negar por ello las intuiciones “realistas” más elementales y sin impedir la articulación de una genuina noción de agencia humana. Lo que entrega entonces tal visión es una *ontología del lenguaje depurada*, propuesta con la finalidad evidente de evitar mediaciones epistémicas que pudieran, eventualmente, hacer resurgir tentaciones escépticas y relativistas como derivaciones del interés y la preocupación teórica en la intelección de las *modalidades específicas de la intervención lingüística* referida al pasado. Esa ontología resulta, a la vez, enteramente convergente con la *teoría ampliada del mythos* tal como nos la entrega el recorrido teórico seguido por Frye, más las *addendas* antropológicas y rituales de Gadamer, Blumenberg y Ong.

#### d) *Tropología, metáfora e ironía*

Una vez relevados de manera genérica los nichos vacantes en lo relativo a la *ontología del lenguaje* y la *teoría del mythos ampliada* requerida para la profundización (más que el descarte) de la propuesta narrativista –nuestras tempranas preguntas en torno a ***qué se entiende por lenguaje, y qué por narración-***, resulta fundamental establecer el procedimiento efectivo por medio del cual el espacio de prácticas lingüísticas puede articular concretamente constelaciones de compromisos tal como los revelados por las narrativas históricas. Para ello resulta fundamental una tercera indagación, consistente en la exploración de las posibilidades del instrumento invocado a tal fin, la tropología –enfocando así nuestro tercer término, nuestra tercera pregunta: ***qué se entiende por tropo-***. Considerada como estudio detallado de las “figuras del habla” presentes de manera extendida, las más de las veces inadvertidamente, en el lenguaje ordinario, la tropología se nos exhibe en primera instancia y en su concepción más tradicional como un mero catálogo de giros compuesto por registros técnicos tales como la metáfora, la elipsis, la metonimia, la sinécdoque o la ironía. Pero la suposición fundante de la teoría moderna de la tropología implica que lejos de ser un mero catálogo de registros opcionales y ornamentales –eliminables en algún tipo de re-expresión literal de la figura del habla-, los tropos son instrumentos fundamentales en la articulación de una “gramática” dada, lo cual equivale a postular una teoría tropológicamente informada de la formación de conceptos con los cuales comprender e intervenir en un ámbito determinado, teoría que encuentra en el ámbito general del discurso (y no en el restringido del léxico o el término aislado) la escala operatoria apropiada. Una vez considerado ese poder articulador, las extensiones ontológicas de la información tropológica no han pasado inadvertidas y, para el caso, resulta fundamental el seguimiento de las consecuencias de la adopción tropológica tal como se revela en lo que resulta ser el *leading case* en torno a los tropos: la teoría de la metáfora.

En lo sustancial trataré la adopción whiteana de la tropología en el capítulo dos, y me extenderé en torno a las discusiones endémicas en la teoría de la metáfora en el capítulo siete, pero algunas consideraciones preliminares resultarán de utilidad para apreciar el movimiento

que estoy intentando realizar en la presente investigación. La convicción de White es que los giros discursivos presentes en el lenguaje ordinario pueden clasificarse en cuatro modos primordiales de composición gramatical, convicción reductora de la multiplicidad de tropos que resulta afín al estructuralismo de Claude Lévi-Strauss o Roman Jakobson. Sin embargo White evita la concepción dual de estos (centrada en la bipolaridad central del lenguaje figurativo en torno al eje metáfora-metonimia), para adoptar un esquema cuatripartito que respeta la distinción clásica en la retórica –al menos desde el siglo XVI, a partir de Peter Ramus-, adopción que White deriva de la lectura de la obra de Emile Benveniste (White, 1992; Benveniste 1971; cfr. Kellner 1980; Wallace Martin, 1982). La clasificación cuaternaria de las figuras del lenguaje incluye así, al igual que el esquema dualista, orientaciones dispersivas (representadas por la metáfora y la ironía) e integrativas (en la metonimia y la sinécdoque), pero a diferencia de aquel, permite una captación de los *grados* en que se presentan esas orientaciones y sugiere, en una apropiación de los usos que Vico le dio a la tropología en la *Ciencia Nueva*, relaciones de continuidad y sucesión más que de oposición entre las orientaciones tropológicas –algo que muchos críticos actuales interesados en contraponerse a la “metaforicidad” en sentido amplio parecen haber pasado por alto-. Consideradas estas operaciones en conjunto, como *ciclo* de constituciones lingüísticas, permiten la expresión del pensamiento que atribuye a ciertos objetos propiedades, clases, categorías, esencias, agencias y que, a la vez, las niega.

Estos movimientos tropológicos, según White, permiten la operatoria normal del discurso historiográfico, en la medida en que habilitan la prefiguración metafórica (en sentido amplio) de áreas de experiencia con miras a someterlas a análisis y explicación “disciplinar”. Las características centrales, entonces, de la tropología whiteana en la comprensión de la articulación del lenguaje histórico, como veremos en el siguiente capítulo, suponen que la base tropológica y el cariz metafórico general de la historiografía, el hecho de expresarse en un lenguaje ordinario no formalizado, no constituyen cuestiones triviales, o de “detalle”, ya que la operatoria tropológica es, precisamente, la que permite estabilizar y constituir en el lenguaje un “campo histórico” (un dominio que es aquello de lo que se pretende trata la historiografía y al cual se apela como sustrato o correlato evidencial para justificar las aserciones que refieren a él) a partir de la configuración de un determinado protocolo o gramática histórica, bajo la égida de un tropo dominante. La retórica de la historia resulta, entonces, fundamental porque es lo que permite constituir al objeto mismo de estudio, a la vez que esa constitución revela las constelaciones de compromisos que se anudan con tal proceder.

El “retorno” del interés por la metáfora no es sino el corolario de un largo y sinuoso camino que se tiende entre la tropología y las formas de conocimiento, entre el concepto de metáfora y las modalidades de la interpretación, caminos que se remontan a los comienzos mismos de la reflexión filosófica. En el origen mismo de la discusión en torno a la metáfora, en la antigüedad clásica, el lenguaje figurativo supo gozar de mala reputación. En principio fue

condenado por Platón en la *República*, donde la práctica metafórica fue considerada como un mero artificio literario que conlleva el riesgo de lo engañoso y lo ilusorio. Aristóteles resignificó el problema, al concederle nueva dignidad a la metáfora (Ricoeur 1977). En la *Poética* define el término<sup>1</sup> y en la *Retórica* le concede una función cognitiva<sup>2</sup> que, con interrupciones, se extenderá hasta la actualidad. El punto central del Estagirita y sus continuadores (Quintiliano, Agustín) en la concepción de la metáfora se vincula con la contraposición entre lo propio y lo transpuesto, siendo el carácter de atribución lingüística directa la que determina el uso propio y literal del lenguaje, en tanto que la figuración se extiende por vía indirecta, a modo de desvío de la norma. Pero la centralidad del uso metafórico como modo de cognición y aprehensión de lo extraño en términos de lo propio se va desvaneciendo con el correr de los siglos. El uso figurativo termina por ser considerado una finalidad ornamental o persuasiva que no resulta, a todas luces, indispensable, y que se sitúa en el ámbito lexical acotado. La metáfora es vista así como un procedimiento optativo -que no aporta un plus cognitivo-, como desviación y como proceso reversible en el ámbito de la palabra o, como mucho, del enunciado singular (esto es, las metáforas son parafraseables y reductibles nuevamente a la captación literal del término o del enunciado; Ricoeur 1977, 1985). Como ya se ha apuntado Vico otorgó a los tropos un lugar importante, en la medida que permitían, en la *Ciencia Nueva*, discernir las etapas de la conciencia que atravesó la humanidad desde los orígenes hasta el desarrollo de la civilización. El lugar de la metáfora resultaba así crucial en la intelección de un *ciclo tropológico*, lo cual a su vez era de fundamental importancia para la comprensión de la dinámica del lenguaje y la dialéctica entre convención e innovación simbólica (Frye, 1977).

Si bien la apreciación aristotélica de la metáfora permitió la consideración de su papel cognitivo, en la medida en que implicaba la comprensión de lo extraño en términos de lo conocido, se encontraban allí *in nuce*, como señala Ricoeur, las consideraciones que terminarían conduciendo a la retórica en la dirección de lo meramente lexical (por oposición a la consideración holista del discurso), ornamental y accesorio. No obstante, el rol primariamente cognitivo de la metáfora ha sido rescatado en las últimas décadas por autores como Mary Hesse (Hesse 1965, 1966 y 1993) o Max Black (Black 1962), quienes han sostenido una concepción cognitivista de la metáfora, como poseedora de valor de verdad o con pretensiones referenciales que resultan esenciales para el progreso científico. Posiciones afines han sido sostenidas por autores como Richards (Richards 1936), Beardsley (Beardsley 1958), el mismo Ricoeur -para el cual no obstante la atestación ontológica y el poder referencial de la metáfora resultan fundamentales- y en ocasiones por Quine (Quine 1979). En estas posiciones se traspasa el ámbito lexical en la dirección de una consideración de la metáfora como operación

---

<sup>1</sup> "La metáfora es la aplicación del nombre de una cosa a otra por medio de la transferencia (transposición)" (1457b). Las transferencias posibles son del género a la especie, de la especie al género y de la especie a la especie.

<sup>2</sup> "Ignoramos ciertamente las palabras inusitadas o extrañas y conocemos las palabras propias; empero es la metáfora la que logra principalmente esto" (1410b).

configuradora de discurso. La unidad de análisis deja de ser el término en el marco del enunciado –donde la metáfora es vista como una sustitución lexical o una desviación en el uso normado de un término- y adviene un modo holista y global de consideración de la pragmática del lenguaje, de manera que los atributos de la metáfora se aplican a un dominio extendido de operaciones simbólicas –donde lo que se ponen en relación en la metáfora son *campos semánticos* extendidos que no se instancian sino en prácticas discursivas en sentido amplio-. En este tránsito la tropología se despega de la retórica y comienza a vincularse por un lado con el análisis del discurso contemporáneo y por el otro con una hermenéutica centrada en el lenguaje como *praxis* social.

Este cambio de escala será compartido tanto por las visiones cognitivistas como por todos aquellos interesados en elaborar una concepción productiva y configuradora “de base” de la metáfora (Blumenberg, 2000, 2003; Lakoff y Johnson 2001). Con un ánimo más crítico, considerando limitativamente las propiedades cognitivas productoras de significado de la metáfora, pero aún convencidos de la generalidad y amplitud del fenómeno, han revisitado más recientemente esta posición autores como Frank Ankersmit (Ankersmit 1994, 2005 y 2006) o Eelco Runia (Runia 2006a y 2006b). En la dirección contraria ha procedido una vertiente interpretativa que pondera en un sentido acotado los aspectos constitutivos de la metáfora, restringiéndolos a ámbitos específicos claramente delimitados (vg. el arte y otras prácticas representacionales; Danto, 1981, 1986).

Pero entre cognitivistas y teóricos “de base” puede rastrearse una cesura conceptual relevante. Es que la consideración de la metáfora como herramienta específica de cognición – *alla* Hesse, o Black- parece una estrategia a mitad de camino entre dos extremos. Por un lado, aquel que reconoce un mero carácter ornamental al lenguaje figurativo, sin contribución cognitiva alguna, en la línea platónica antes abordada. Por el otro el que postula a la metaforicidad con una funcionalidad de base que rebasa lo propiamente cognitivo y que se desborda en la dirección de la constitución de una ontología sobre la cual la consideración epistemológica propiamente dicha es posible. Si conocemos en sentido alguno, nos dice esta última versión, es porque un “ejército de metáforas” nos ha preparado el terreno para ello. Es esta intuición la que domina el pensamiento en torno al lenguaje figurativo en Nietzsche (Nietzsche, 1998) pero también en autores como Blumenberg (Blumenberg 1999, 2000 y 2003) y Ricoeur (Ricoeur 1977). El estructuralismo de Roman Jakobson (Jakobson 1973) y las elucidaciones que realiza en torno a los aspectos contrapuestos del lenguaje permiten incluirlo – aunque no sin ambigüedades- en esta lista, en la medida en que no es el paradigma cognitivista el que caracteriza a la metáfora, sino que es por medio del par metáfora-metonymia que se constituye un sentido de realidad en el proceso de conciencia del hablante, que es previo a toda cognición, y resulta más bien su condición de posibilidad. En esta visión, podríamos resumir, lo tropológico como operador constitutivo de lo ontológico y como condición de posibilidad de lo

cognitivo termina delineando una perspectiva de la dinámica y evolución de regímenes extendidos de discurso, lo que en el caso de Jakobson conduce a una sucesión diacrónica centrada en la oposición formal entre modos metafóricos (románticos) y metonímicos (realistas) de constituir lingüísticamente un sentido de lo real.

La posición al interior de este grupo de autores como Davidson (Davidson 1990) o Rorty (Rorty 1991b) -siguiendo desarrollos menos confiadamente empiristas del mismo Quine, pero reteniendo su análisis externo y holista del lenguaje como espacio de prácticas- es igualmente ambigua, ya que la metáfora es una herramienta fundamental en nuestro comportamiento lingüístico, y sin embargo ambos pretenden abstenerse de consideraciones ontológicas “expansivas” y al mismo tiempo evitar algunos aspectos clave de la perspectiva cognitiva – volveré sobre ello más adelante-. Lo que cuenta, en todo caso, es la caracterización de este variado tercer grupo reflexivo como apostando a una concepción de la metáfora distante de cualquier consideración ornamental y, a la vez, como excedentaria respecto de su rol cognitivo, consignándola “a la base” o como condición de posibilidad de cierto otro conjunto de operaciones recurrentes en el devenir ordinario.

El entrecruzamiento entre lo metafórico y la experiencia cotidiana alcanza quizás un punto culminante en la idea de que estamos todo el tiempo navegando entre metáforas y que son ellas las que constituyen el almacén de nuestro sistema conceptual mínimo para movernos en el mundo, tesis presentada en la década del 70 por George Lakoff y Mark Johnson. Estos autores articularon en *Metáforas de la vida cotidiana* (Lakoff y Johnson 2001) una original concepción de la metáfora de corte fenomenológica o “experencialista”. El objetivo de estos autores consistía en mostrar de qué modo las metáforas impregnan el lenguaje cotidiano, formando una red compleja e interrelacionada, y hasta qué punto el alcance de esa red configura las representaciones del mundo que tiene el hablante. Con Lakoff y Johnson se asiste entonces a un punto de extensión y profundización, a la vez, del rango de alcance de lo metafórico. La metáfora parece estar, “literalmente”, en todos lados, y al mismo tiempo hunde sus raíces en la fundamentación de la experiencia de la corporalidad y la interacción material, física. Es más, en muchos sentidos el nuevo significado de lo metafórico es más apropiado a lo que permanece que a lo que varía en el lenguaje, a lo sentido como más íntimo y conocido, por lo que la original intención que había congregado la reflexión interesada en torno a la metáfora, la comprensión del cambio de creencia y la apropiación y reconfiguración de lo extraño en términos de lo propio, vuelve a nosotros, en la medida en que la concepción “expandida” experencialista no la atiende en absoluto.

La preocupación por el aporte específico, históricamente determinado, de la metáfora en el proceso de apropiación y adopción cognitiva y en el cambio de creencias, está en el corazón de la obra sobre la metáfora de Blumenberg (Blumenberg, 1999, 2000 y 2003). La

estructura del argumento es simple: el lenguaje es un compuesto inestable de lo probable y lo improbable, que reaccúa sobre la “obviedad cotidiana” del *mundo de la vida* y la hace saltar. La historicidad de lo obvio se nos hace difícil de apreciar. Cristalizado y necrosado en el cuerpo de lo cotidiano se resiste al tipo de inquisiciones que podrían exponerlo y vivificarlo como una imagen nueva. A diferencia de Lakoff y Johnson, el análisis de Blumenberg apunta a reconstituir la importancia de la diferencia entre lo vivo y lo muerto en los usos del lenguaje, y allí la noción de metáfora-no-expandida es crucial. También, a diferencia de Jakobson y de la herencia estructuralista –proclive a configurar una pauta meramente reactiva de oposiciones metafórico-metonímicas de índole intemporal (Jakobson, 1973)-, se interesa por la reconstrucción de las secuencias históricas que recorren los usos lingüísticos, en la forma de “exégesis de lugares comunes” que intentan mostrar el tenso recorrido de imágenes que estructuran nuestro amplio sentido de lo dado, lo obvio. La historización de la metáfora tiene así un lugar preponderante en la argumentación de Blumenberg. El modo de constituir un ámbito de experiencia es dependiente aquí del recubrimiento mítico y metafórico que nos prepara para enfrentar una naturaleza todopoderosa e indiferente, pero en el curso de la historia los hombres se han dado otras formas de ordenarse en el devenir. En ese sentido el desplegarse de la Modernidad y de la técnica le sugiere a Blumenberg que la historia de la metáfora es principalmente un recorrido pasado que yace ahora exhausto a la sombra de vastos proyectos teórico-científicos que solo en los márgenes de lo que renuncian a abordar guardan un lugar para la metáfora como concepto operativo, visión que resulta afín a la de Gadamer (2007). Es esta labor en el margen la que permite el resurgimiento acotado de formas míticas que enmarcan lo que de otro modo es una primacía de modos no-metafóricos de dotación de significado. En suma, la historización de la metáfora en Blumenberg ha llevado a una concepción de la misma como artefacto premoderno que a lo sumo nos interpela y nos aborda hoy en día con sus rémoras postreras.

Esta revisión sumaria, que será profundizada en el capítulo siete, de diversas concepciones actuales de la metáfora nos entrega un panorama donde la labor actual, productiva, distintiva de los tropos se nos aparece tratada de manera insatisfactoria o insuficiente. Pero podríamos considerar una concepción de la metáfora que no elimine el recorrido histórico (Jakobson), que no expanda ni hunda hasta el absurdo lo metafórico comprometiendo su utilidad y su estatuto (Lakoff-Johnson) y que no la condene a un ámbito marginal a la espera de reducciones teóricas de pretendido corte no tropológico (Blumenberg), y que a la vez permita una consideración presente de la importancia de la metáfora en el cambio lingüístico (contra todos aquellos convencidos de la inutilidad intrínseca de toda exploración en la tropología para estos menesteres, convencimiento dominante en muchos críticos de White). Esa concepción de lo metafórico tomaría distancia de la idea de un “gran recorrido metafórico” de escala civilizatoria que ahora se encuentra agotado y del cual podemos tomar distancia para dedicarnos, sencillamente, “a otra cosa” (Ankersmit 2003, 2005, 2006), idea vicaria de la

creencia de que el ámbito fundante de lo experiencial está determinando el carácter exhausto de la metáfora como instrumento meramente cognitivo (Ankersmit, 2005 y 2006; Runia, 2006a y 2006b).

Una concepción alternativa tal puede adivinarse en la consideración en torno a la metáfora presente en la obra filosófica de Rorty (Rorty 1991b y 1993) y Davidson (Davidson 1990), la cual había meramente mencionado previamente, y a la que regreso ahora, prestando especial atención a su rol en el cambio y evolución de las creencias y su vinculación con la ironía en el marco de una visión del lenguaje ontológicamente depurada que resalta su carácter de espacio de prácticas. La metáfora, para Davidson, carece de significado y tiene por función llamar la atención sobre los callejones sin salida a los que conduce el uso ordinario del lenguaje, marcar su contingencia, su historicidad. Para Davidson el significado alcanza allí donde hay una conducta lingüística regular y predecible. Cuando una metáfora adquiere un significado, es porque ya ha sido deglutida por el uso regular, estándar, del lenguaje. La función de la metáfora por tanto no consiste en darnos otra manera distinta de conocer, sino volvernos conscientes de las limitaciones a que nos conduce el uso ordinario y regular de los juegos del lenguaje. Es un “ruido poco conocido” (Rorty, 1991b) que sacude nuestra ontología. La metáfora así vista es una conmoción que “ensancha” el rango de nuestros compromisos, pero se ve precedida por la ironía como actitud consciente de la contingencia y perfectibilidad o falibilidad de las descripciones y creencias adoptadas. Es este vínculo entre metáfora e ironía el que confiere a la visión rortiana y davidsoniana de la metáfora características propias en cuanto a su rol, a su importancia en la *praxis* social del lenguaje y a su *status* como modo de intercambio en un determinado tiempo y lugar informado por el interjuego entre convenciones y rupturas, cuestión que trataré de manera más detallada en el capítulo siete.

Pero este poderoso interjuego entre metáfora e ironía ha sido leído en la filosofía de la historia de una manera restrictiva, como conduciendo a un nuevo empobrecimiento de nuestras posibilidades cognitivas (Ankersmit, 2005), o bien como delimitando un ámbito orientado a la “producción” inmotivada de significado allende toda materialidad (Runia, 2006a). La posibilidad misma de encontrar una utilidad a la idea de un *ciclo tropológico* fue puesta tempranamente en duda por Ricoeur (Ricoeur, 1977), suscitando entonces una innecesaria contraposición entre inteligencia narrativa informada hermenéuticamente y formalismo tropológico “logicizante” (en la dirección de un Bremond o el modelo actancial de Greimas; cfr. Ricoeur, 1977, 1999; Kellner, 1980, 1981 y 1982; Martin, 1982), que el énfasis tropológico contemporáneo y la moderna teoría de la metáfora no necesitaba y lejos estaba de requerir.

En definitiva, y resumiendo ahora ésta y las dos secciones precedentes, el conjunto de los estados de la cuestión se nos presenta entonces como un ámbito de intersecciones trucas e inexploradas, una sumatoria de espacios de posibilidad teórica en torno a las ontologías del

lenguaje, a las ampliaciones de los alcances de la teoría del *mythos* al interior de aquella ontología, y al papel relevante de la tropología en la articulación de una visión consistente de la pragmática del lenguaje. En derredor de esas posibilidades es que se erige la posición teórica propia que sostiene esta investigación.

e) *Tres problemas: un mapa de la tesis*

Esta investigación se estructura entonces en cuatro pasos sucesivos, que se aplican al seguimiento del triple haz de problemáticas que hemos venido delineando hasta aquí. Los cuatro pasos implican en un primer momento la exposición de la propuesta original whiteana y la evaluación de sus méritos, sus posibilidades inexploradas, sus aspectos confusos, no explicitados e innecesarios o que reenvían a inferencias indeseables a sus potenciales adherentes, interlocutores y críticos. El segundo paso supone la exposición de las críticas recibidas por White y la ponderación de sus relativos méritos y falencias. En concreto han de distinguirse:

- a- Las críticas justificadas irresolubles en términos de la propuesta whiteana, que requieren la apelación a recursos teóricos alternativos no tratados por White.
- b- Las críticas justificadas resolubles por vía de la explicitación de argumentos implícitos no desarrollados en la propuesta whiteana, pero atribuibles en función de las fuentes invocadas por él y los contextos específicos de la invocación.
- c- Las críticas injustificadas que resultan vicarias de concepciones no atribuibles a White y que más bien comprometen a sus críticos.
- d- Las críticas injustificadas que, sin embargo, remiten a ejes problemáticos considerados acriticamente tanto por White como por sus críticos.

Lo primero conduce en la dirección de un replantéo y profundización del narrativismo whiteano sobre bases conceptuales distintas a las de White mismo. Lo segundo conduce en la dirección de un mejor rastreo de sus fuentes. Lo tercero a una clarificación de ciertos aspectos que se derivan de presuposiciones críticas infundadas. Lo cuarto a la común inclusión de White y sus críticos en un conjunto interpretativo abordable de manera provechosa desde opciones teóricas distintas a las compartidas por los narrativistas y sus críticos.

Estos movimientos, de corrección (a-), explicitación (de White, b- y de sus críticos, c-), y de ampliación (d-), constituyen el tercer paso, y se sirven de la contraposición conjunta del narrativismo y el anti-narrativismo a la luz de cuatro recursos teóricos concurrentes, alternativos y no necesariamente articulados de manera coherente en la propuesta whiteana o en las de sus críticos:

1- la epistemología pragmatista y la ontología del lenguaje supuesta por la filosofía del lenguaje de Davidson, Rorty y Quine;



2- la concepción “antropológica” del lenguaje y la literatura como espacio de prácticas de Frye, Gadamer, Ong y Blumenberg;

3- la teoría de la acción y la intervención y sus extensiones y eventuales implicancias narrativas de von Wright, Ricoeur, Frye y Danto;

y

4- la teoría del ciclo tropológico de raíz viqueana de Frye, sustentada parcialmente por el mismo White pero de manera muy incompleta, y complementada con aportes provenientes de la teoría de la metáfora de Ricoeur, Davidson y el abordaje rortiano en torno a la ironía.

El cuarto paso consiste en la articulación positiva, explícita, entre el narrativismo whiteano y los cuatro recursos alternativos antes mencionados. La complejización del narrativismo a la luz de 1- conduce en la dirección de una *ontología depurada del lenguaje* histórico. A la luz de 2- y 3- clarifica los *modos y los alcances de la intervención lingüística* orientada a la comprensión del pasado en común. A la luz de 4- delimita una *dinámica evolutiva para las constelaciones de compromisos* implicadas en las distintas ontologías históricas discursivamente reconocibles en aquellas intervenciones. Esa articulación explícita a partir del narrativismo y de los recursos teóricos alternativos nos conduce a una visión de las constelaciones de compromisos presentes en las prácticas orientadas al pasado, las cuales de manera conjunta anudan las ontologías reconocibles en los lenguajes de la historia.

Este último paso supone entonces la articulación coherente de una propuesta que integre los momentos críticos, correctivos, ampliatorios y explicitadores del narrativismo whiteano al interior de un conglomerado de compromisos teóricos consistente que revele su mejor funcionamiento y comprensión del tipo de operaciones en curso en los procedimientos historiográficos y en la articulación de los lenguajes y vocabularios históricos específicos. Para ello la articulación debe mostrar de qué manera White y sus críticos han convergido en un área común de interpretaciones que han tenido por consecuencia el abandono y la ausencia de profundización de la propuesta. White y sus críticos, se sostiene, convergen en un área conceptual común y claramente delimitada que puede mejor tratarse a partir del despliegue de un triple haz de problemáticas, convergencia que es el resultado de las derivas explicitadas en las tres secciones precedentes:

- 1- El problema ontológico de la realidad del pasado y su relación con el lenguaje. En concreto se apunta aquí a lo que supone “*tener un lenguaje*” y la manera en que habitualmente eso genera un ámbito diferenciado (usualmente “el lenguaje”) que intermedia epistémicamente entre dos entidades pre-existentes (por lo general “sujeto” y “mundo”, alternativamente “modos de conciencia” y “realidad”, en nuestro caso

específico una realidad o una materialidad históricamente definida), esquema que frecuentemente deriva en la postulación de todo tipo de discontinuidades, dudas e imposibilidades en la medida en que la intermediación se revela como “espuria-pero-superable-metodológicamente”. En este modo de ver las cosas la idea misma de “tener un lenguaje” tal como es esbozada engendra los problemas escépticos y relativistas que la epistemología derivada de esa ideación debería eventualmente venir a resolver.

- 2- El problema conceptual del comportamiento verbal, las modalidades diferenciales del mismo y su relación con el resto del comportamiento. Más específicamente se apunta a establecer relaciones entre las formas características de la percepción, la cognición y la acción, lo que habitualmente redundando en la postulación de ordenes radicalmente escindidos de *intervención lingüística*, lo que a su vez conduce a dualismos del tipo agente-estructura, ruptura-convención, libertad-determinación, que culminan postulando para el sujeto la necesidad de un modo de intervención específico definible de manera autónoma (por ejemplo, en términos del significado intencional de la acción o de la “expresión” de estados interiores) y para el comportamiento verbal un conglomerado de funciones heterónomas (en el caso del problema de la referencialidad y adecuación o correspondencia de la representación), oscilando entonces el análisis del comportamiento verbal entre una caracterización ora en términos de un vocabulario agenciador y posibilitador de los sujetos (pero aparentemente inmotivado ya que remite a una interioridad que escapa a la interacción y que “simplemente se expresa” en el darse del lenguaje), ora en términos de uno determinista que reduce lo simbólico a una función al interior de una matriz de correspondencias y adecuaciones (lo que nos entrega una configuración “realista” pero palmariamente inhumana, reproductiva o meramente mimética de la interacción simbólica).
- 3- El problema pragmático de la evolución y dinámica de los modos verbales de interacción. Aquí la cuestión reside en ponderar acertadamente el interjuego entre innovación y continuidad, estabilidad y ruptura en la adopción protocolaria de *modos del darse las palabras recíprocamente*, una vez considerado el problema ontológico del lenguaje en relación con lo no lingüístico y el problema conceptual del comportamiento verbal. Frecuentemente la adopción de la visión del lenguaje como intermediario epistémico (nuestro primer punto) y del comportamiento verbal como una díada escindida intencional-representacional (autónoma-inmotivada como expresión y heterónoma-determinista como adecuación a un entorno) no permite comprender en absoluto el papel jugado por la interacción y por el devenir mismo de una temporalidad social informada lingüísticamente en la prosecución del darse las palabras. Como expresión inmotivada (actividad solipsista) ninguna continuidad debería ser reconocible. Como determinación exógena (correspondencia pasiva) ninguna ruptura sería pensable en absoluto. Pero tales cosas ciertamente ocurren y es la insuficiencia de un modo de

analizar la *praxis* lingüística centrado monológicamente en la idea de la introspección y clarificación cartesiana de los estados interiores, y en la idea de confrontación, correlación, adecuación y ajuste de la observación –también individual- la que es puesta en primer plano.

Por mor de la brevedad denominaré al primer problema “*la idea misma de tener un lenguaje*”, al segundo “*la intervención lingüística*” y al tercero “*el espacio del darse las palabras*”. **La propuesta de la tesis consiste en dar respuestas concretas y efectivas a los tres problemas en el ámbito de la interacción verbal orientada al pasado en común, *partiendo de White pero yendo en dirección de sus fuentes (para explicitarlas) y de recursos alternativos (para incluirlos en una teoría ampliada) que permitan superar los desacuerdos críticos en torno a los focos mencionados de una manera habilitadora y teóricamente provechosa.*** Más específicamente considero que el primer problema es inabordable si no se presentan ciertos aspectos tratados de manera decisiva en la filosofía del lenguaje de Donald Davidson, Willard van Orman Quine y Richard Rorty, y en menor medida –en tanto y en cuanto se revela convergente con los anteriores- en el recorrido hermenéutico de Hans Georg Gadamer. A su vez postulo que el segundo problema conduce en una dirección afín a la recuperación de la teoría de la acción de Georg Henrik Von Wright por Northrop Frye y Paul Ricoeur, así como también nos introduce en los alcances de la teoría del *mythos* tal como se muestran en los desarrollos de los mismos Frye y Gadamer, apoyados por los avances de Blumenberg y Ong. Por último, estimo que el tercer problema requiere una mejor comprensión del papel jugado por la tropología como articulador de base del lenguaje ordinario, lo que nos lleva a transitar algunos aspectos de la teoría de la metáfora y el ciclo tropológico en general tal como los presenta Frye, más algunas *addendas* sustantivas ofrecidas por Gadamer respecto de los rasgos rituales del lenguaje como espacio de prácticas, así como también aspectos de las contribuciones de Davidson y Ricoeur en torno a la metáfora y de Rorty en lo relativo al papel cultural fundamental desempeñado por la ironía. Desde ya las tres problemáticas se solapan parcialmente en ocasiones, lo que impide una total escisión de los tratamientos temáticos, pero en sí mismos son lo suficientemente indicativos de la necesidad de tratamientos diferenciados a partir de desarrollos teóricos parcialmente convergentes –y que de hecho dialogan y entablan discusiones e interlocuciones permanentemente-.

En conjunto, en atención al primer eje temático, estos recorridos nos entregarán una *ontología del lenguaje depurada* que se propone tratar tanto los problemas epistémicos vinculados a la causalidad y la referencia como los propiamente “representacionales”, semánticos e interpretativos relacionados con el *status* conferido a los símbolos al interior de un esquema de triangulaciones dialógicas que encuentra su unidad de análisis en el lenguaje como espacio de prácticas orientado a la interacción en un entorno compartido; esta perspectiva

externalista no se compromete con la idea de intermediaciones epistémicas o brechas cognitivas inauguradas o activadas por el lenguaje como ámbito categorialmente diferenciado de la *praxis*. Respecto de lo segundo el trayecto conceptual nos conducirá en la dirección de una *teoría ampliada del «mythos»* que podrá ser analizada a partir de dos proyecciones o direcciones teóricas. Por un lado como concepción de la agencia y teoría implícita de la acción –*intervención lingüística*- y por el otro como rastreo de las funciones extendidas de la interacción verbal, las cuales expresan la distribución y asignación normativa de valores bajo la doble modalidad de lo actual y lo eventual, el espacio fáctico de prácticas “rituales” y el ámbito de lo posible o “plasmático” (que podría también denominarse lo “imaginario” o lo deseado, si no fuera por el uso extenso de esos términos en otras prácticas interpretativas que explícitamente no deseo invocar aquí) –*prefiguración de lo social*-. Lo tercero debería conducirnos en la dirección de una *pragmática del lenguaje topológicamente informada* que resista la doble tentación de convertirse ora en una lógica del lenguaje a partir de la elucidación de algunos operadores funcionales de base en el lenguaje ordinario, ora en un contextualismo extendido que convierta su propio dominio de análisis en un inadvertido recorrido historicista, comprometido sustantivamente con el contenido atribuido al mismo. Ni lógica estructural del lenguaje ni (pseudo)sociología histórica del lenguaje, lo que aquí se propone es un análisis formal de ciertos elementos formulaicos presentes en la dotación cultural que nutre la interacción verbal efectiva, los cuales no exigen mayor cierre, exhaustividad o definibilidad, ni configuran un armazón o esquema deductivo que “fuerza” las inferencias posibles o las prácticas pensables. Por el contrario, al presentarse como conceptos abiertos delimitan parcialmente un campo de análisis de la atribución semántica y de la práctica lingüística y orientan la asignación de valores y las prácticas ulteriores, pero la delimitación y orientación no procede a partir de sí misma, sino que se encuentra condicionada efectivamente por anteriores, sucesivas y concomitantes delimitaciones y orientaciones, lo que asegura que el carácter abierto de los conceptos no compromete su función conceptual y su conceptualidad no anula su apertura. O para decirlo de otro modo, la información topológica del uso del lenguaje no elimina su carácter pragmático y si la topología no es ornamental no nos encontramos ante una “mera” pragmática del lenguaje (sea lo que sea que quiera significarse con ello).

El núcleo teórico de la tesis se condensa, entonces, en lo siguiente: **la filosofía narrativista de la historia de Hayden White resulta un conjunto teórico crucial para poder abordar “la idea misma de tener un lenguaje”, “la intervención lingüística” y “el espacio del darse las palabras”, y convenientemente explicitada, extendida o reformulada, conduce en la dirección de una ontología del lenguaje depurada, una teoría extendida del mythos y una pragmática del lenguaje topológicamente informada que en conjunto anudan constelaciones de compromisos en torno a las ontologías históricas.**

La trayectoria que seguiré para arribar a tal conclusión puede describirse sucintamente del siguiente modo. El capítulo dos reconstruirá entonces el canon whiteano y las tesis implicadas en las formulaciones metahistóricas. El capítulo tercero recorrerá el acervo crítico y recuperará las marcaciones conceptuales que exigen la reformulación y reconsideración de la propuesta de White. El capítulo cuatro establecerá el contrapunto entre los capítulos precedentes y sentará las bases para el recurso a los dispositivos alternativos que esta investigación invoca en tren de reformular la propuesta narrativista.

Es notorio que en ocasiones White o sus críticos han transitado estos senderos teóricos complementarios, pero resulta evidente también el carácter incompleto, indeciso o insatisfactorio de esos tránsitos. Lo que aquí se propone es justificar la apelación exhaustiva a estos *corpus* teóricos, en la convicción de que los movimientos correctivos y ampliatorios del narrativismo nos entregan un *nicho vacante* que es propósito de la presente investigación recorrer. Las discusiones en torno a la ontología del lenguaje se tratarán en el capítulo cinco, las relacionadas con las modalidades narrativas de la intervención lingüística en el capítulo seis y la pragmática del lenguaje tropológicamente informada se desarrollará en el capítulo siete. En paralelo cada uno de estos capítulos entregará un excursus en el que se contrapondrán las propuestas teóricas de cada uno de esos capítulos a los desarrollos, implicancias y extensiones conceptuales en los que derivaron las importantes propuestas filosóficas de Danto (capítulo quinto), Ricoeur (sexto) y Ankersmit (séptimo), frente a los cuales la presente investigación necesita posicionarse crítica y provechosamente. El último capítulo recogerá nuevamente los hilos de los precedentes, y se propondrá mostrar de qué manera la ontología del lenguaje depurada, la teoría ampliada del *mythos* y la pragmática del lenguaje tropológicamente informada reconfiguran un mapa conceptual a partir del cual pueden responderse las preguntas que daban inicio a nuestro recorrido: qué significa tener un lenguaje, qué significa narrar, de qué manera el darse de las palabras da cuenta del resto de las interacciones y se preocupa por la producción y reproducción de lo social.

## 2- El canon whiteano: cinco tesis en torno a las archi-texturas del lenguaje histórico.

En el presente capítulo me concentraré en la exposición de la teoría tropológica de Hayden White. No se trata de “seguir” a White a lo largo del tiempo, en una suerte de exégesis autoral, sino de reconstruir sistemáticamente su posición. Naturalmente toda obra reconoce deslizamientos y variaciones a lo largo de las décadas, pero lo que aquí sostengo es (en un ejercicio de whiteanismo aplicado al mismo White; White, 2003; 61) que lo que cuenta no son las intenciones del autor, sino las de los textos que encuadran su discurso. En el mismo, afirmo, se manifiestan cinco tesis que dan cuenta de la arquitectura y reglas de formación conceptual de la gramática histórica. Una buena parte de esas tesis se desprende de la lectura y exégesis de las 42 páginas que conforman el Prefacio y la Introducción a la poética de la historia, así como también de las 8 páginas que conforman la Conclusión, fragmentos ambos que constituyen la apertura y el cierre de *Metahistoria* y que se encuentran entre los textos más leídos, citados y criticados de White. Sin embargo el objetivo que aquí persigo es distinto: se trata por un lado de mostrar cómo esas cinco tesis requieren un paneo sistemático por la totalidad de la obra de White, para mostrar sus extensiones, sus implicancias, sus tensiones y sus limitaciones, las cuales no se aprecian adecuadamente si uno se posa en uno u otro texto por separado. Por el otro aspiro a mostrar cómo los propósitos de White se mantienen constantes a lo largo del tiempo, si bien admitiendo solapamientos y sutiles deslizamientos, continuidad en la que se manifiesta la centralidad de las cinco tesis postuladas en esta investigación. Esas tesis, afirmo, proveen criterios de inteligibilidad que habilitan una apreciación de conjunto de las proyecciones whiteanas tanto como permiten prefigurar el espacio conceptual en el que se encuadrarán las críticas a esas mismas proyecciones. Para justificar estas aserciones comenzaré por un estudio de las consecuencias teóricas de una simple nota al pie.

### a) Nota 13: en el principio fue el entimema...

Cualquier lector de la introducción a *Metahistoria* se da cuenta del rol de las notas a pie en la justificación de la particular combinación de marcos teóricos que articulan el narrativismo whiteano. Las notas 6, 7, 8 y 11 resultan pequeños ensayos de índole teórica y de particular relevancia a la hora de estructurar el análisis del discurso historiográfico en sus compromisos estéticos, cognitivos e ideológicos. Constituyen auténticos mini-tratados en los cuales White se posiciona de cara a un tinglado de problemas y una constelación muy variada de autores. La nota 13 (White, 1992, de aquí en más referido como MH; 40-42) es un punto crucial en la fundamentación de la aplicación de la teoría de los tropos al discurso de la historia. Nuestro recorrido por White se inicia en una contraposición fundamental: la que se establece en la retórica clásica entre *esquema* y *figura*, la cual a su vez reenvía a la distinción entre silogismo y

entimema. Un esquema, dice White, “es un orden de representación que no implica saltos ni sustituciones «irracionales»; en contraste con esto, una *figura* implica precisamente una sustitución irracional (o al menos inesperada)” (MH, 42n). El orden de representación se encuentra así vinculado, desde el inicio, a dos características centrales: *un aspecto procesual* vinculado a la interacción con otros y la *consideración de un horizonte de expectativas* ante el cual las sustituciones *pueden esperarse* o no. Se pregunta White, “¿pero qué es racional y qué es irracional en el uso lingüístico? Es racional cualquier figura del lenguaje que produzca el efecto de comunicación a la que apunta el hablante” (MH, 42n). La representación es un *proceso* orientado a la producción de efectos por medio de la administración de horizontes de expectativas dialógicamente informados.

“Lo que contemplan los sistemas terminológicos formales, como los inventados para denotar los datos de la física, es la eliminación total del lenguaje figurativo, la construcción de «esquemas» de palabras perfectos en que no aparezca nada «inesperado» en la designación de los objetos de estudio, por ejemplo el acuerdo de usar el cálculo como sistema terminológico para discutir la realidad física, postulado por Newton, representa la *esquemmatización* de esa área de discursos” (MH, 42n)<sup>3</sup>.

Por lo tanto en la esquematización se produce una purga de los desajustes vinculados a horizontes de expectativas desfasados, que se manifiesta en el *acuerdo* acerca de los términos invocados.

Por el contrario, “el uso creativo del lenguaje admite, incluso exige, apartarse de lo que anticipa la conciencia con base en la convención (...) Y esto sería tan cierto del discurso en prosa «realista» como de la poesía” (MH, 42n). El uso *figurativo* del lenguaje apunta entonces a la conservación en el proceso de interacción verbal del aspecto *disputado y divergente* de las terminologías empleadas. Tres características, importantes para el futuro de esta investigación, se desprenden de aquí. En primer lugar la relación entre esquematización y figuración es de oposición conceptual y analítica pero supone una *continuidad desde el punto de vista de la evaluación pragmática*. En los procesos efectivos del habla estamos siempre entremezclando esquemas y figuras, a no ser que se emprenda un trabajo deliberado de “purga” figurativa, sobre la base de una explicitación y acuerdo que informe genéricamente un espacio de prácticas delimitado. De hecho, y en segundo lugar, ese entremezclamiento halla un fundamento en las operaciones figurativas de base que permanecen en el ámbito del pensamiento, con independencia del disciplinamiento discursivo en torno a esquemas.

“El pensamiento sobre el mundo físico sigue siendo esencialmente figurativo, progresando por todo tipo de saltos «irracionales» de una teoría a otra (...) el problema para el físico creativo es formular sus intuiciones, derivadas por medios figurativos, en el esquema de palabras especificado para las comunicaciones con otros físicos comprometidos con el sistema terminológico matemático aportado por Newton” (MH, *ibidem.*)

---

<sup>3</sup> Cursivas en el original en ésta y todas las citas, excepto donde se aclara.

Los procesos de pensamiento podrán entremezclar tramos figurativos y tramos esquemáticos, pero en ciertas áreas el discurso, como proceso público de interacción reglada, la práctica se ha orientado a la purga de lo figurativo, a la homologación de las expectativas y al acuerdo terminológico. *Tempranamente encontramos una ambigua estipulación de lo figurativo y de la representación que remite a una doble inscripción, tanto como proceso de pensamiento en la conciencia del hablante y como espacio de interacción reglada discursivamente.* El desajuste entre un proceso de pensamiento siempre continuo y entremezclado, y un proceso de interacción que puede tender a la “purga” figurativa explica algunas de las características de la dinámica de la pragmática del lenguaje, y ése es nuestro tercer punto. El acuerdo establece una racionalidad sobre la base de la anticipación común de lo implicado en la pragmática del lenguaje. Pero no siempre estamos orientados al acuerdo y la convergencia con los otros. El uso divergente y creativo del lenguaje entonces supone una “irrupción” en la continuidad de los tinglados esquematizadores orientados al acuerdo, que se propone explícitamente con la finalidad de impugnar el acuerdo, frustrar las anticipaciones y expectativas, disputar los términos.

“El problema fundamental de la representación «realista» en áreas de experiencia no disciplinadas terminológicamente como lo está la física, es ofrecer un esquema de palabras adecuado para representar el esquema de pensamientos que considera la verdad *acerca* de la realidad. Pero cuando se trata de caracterizar un área de experiencia en torno a la cual no hay acuerdo fundamental sobre en qué consiste o cuál puede ser su verdadera naturaleza (...) la distinción entre lo que es legítimamente «esperado» y lo que no lo es se desploma” (ibídem.).

El acuerdo en torno a las expectativas puede conducir a la esquematización pero, cuando ese acuerdo fracasa, y eso es lo que deseo enfocar aquí, las configuraciones continuas, entremezcladas y divergentes de esquemas y figuras en el pensamiento y en el discurso instauran la posibilidad de discontinuidades en la dinámica de las pautas de interacción verbal. *Lo que tematiza el par esquema-figura es la posible impugnación de lo “legítimamente esperado” y por ende del “acuerdo fundamental” acerca de la naturaleza de términos cruciales para la caracterización verbal de nuestra experiencia cotidiana.* Las caracterizaciones divergentes se proponen como modos de reconstrucción de la legitimidad, y como propuestas de nuevos acuerdos en torno a los términos disputados. El par esquema-figuración nos sirve entonces para reconstruir el aspecto procesual de la articulación y desarticulación de horizontes de expectativas que permiten anticipar y decodificar los usos lingüísticos en el lenguaje ordinario. Cuando el proceso diverge e “irrumpe” al interior de un horizonte de expectativas, frustrando las “normales” anticipaciones y decodificaciones, tanto la irrupción como la reconstitución del acuerdo en torno a los términos disputados debe ser encarado como un proceso dinámico, contingente, que no supone esencialmente ni el acuerdo ni el desacuerdo. Se está trabajando más bien con los modos eventuales de interactuar verbalmente en un *espectro de posibilidades que halla en lo acordado y en lo disputado sus extremos o límites conceptuales.*



Lo esperado y lo inesperado, lo racional y lo irracional remiten menos a oposiciones categoriales que a funciones límite en el espectro o gama de las prácticas lingüísticas.

Sin embargo esta caracterización abstracta no ha avanzado todavía consideraciones relevantes acerca del *modo específico* de la interacción verbal. En la práctica ordinaria asumimos la inteligibilidad recíproca de los términos empleados, hasta cierto punto, más allá del cual pueden esperarse variaciones y apartamientos más o menos deliberados. En su introducción a *Tropics of Discourse* White nos recuerda que hay un tipo de consideración especialmente destinada a tratar con estos acuerdos, disrupciones, expectativas y disputas terminológicas: se trata de la tropología a la que caracteriza como el estudio de “esa forma de composición verbal que, en tren de distinguirla de la demostración lógica por un lado, y de la pura ficción por el otro, llamaremos *discurso*” (White, 1978, de aquí en más referido como TOD; 2). Los tropos White los considera primariamente de acuerdo a la caracterización canónica (a la que tendremos la ocasión de volver en el capítulo séptimo) que los toma como

“desviaciones respecto de un uso literal, convencional o «propio» del lenguaje. Los tropos generan figuras de habla o pensamiento a partir de su variación respecto de lo que es normalmente esperado, y por las asociaciones que establecen con conceptos que usualmente no relacionamos o que son relacionados en formas diferentes a las sugeridas por el tropo empleado” (ibídem.).

Los tropos son así “virajes”, “giros”, una desviación “desde un posible significado propio, pero también *hacia* otro significado, concepción o ideal de lo que es correcto, propio y verdadero «en realidad»” (ibídem.). Los tropos son los operadores de base del discurso, el mecanismo sin el cual “el discurso no puede hacer su trabajo o alcanzar su fin” (ibídem.). Pero no sólo el discurso.

“Así también, puede mostrarse, a través del análisis, que cualquier descripción en prosa de un fenómeno contiene al menos un movimiento o transición en la secuencia de emisiones descriptivas que vulnera un canon de consistencia lógica. ¿Cómo podría ser de otro modo cuando el modelo del silogismo mismo presenta aún evidencias claras de una tropologización? (...) Cada silogismo aplicado contiene un elemento entimemático; tal elemento consiste tan sólo en la *decisión* de trasladarse del plano de las proposiciones universales al plano de los enunciados existenciales singulares. Y si esto es verdad incluso respecto del silogismo clásico, cuanto más verdadero debe ser de aquellos pseudosilogismos y cadenas de pseudosilogismos que conforman el discurso en prosa mimético-analítica, o del tipo encontrado en la historia, la filosofía, la crítica literaria y las ciencias humanas en general” (ibídem.; 3).

El discurso configura el tramo “intermedio” del comportamiento verbal, entre el extremo del silogismo, orientado a la clarificación y des-ambiguación de los términos empleados con miras a facilitar el acuerdo y la interacción, y el extremo de la “ficción poética” orientada a frustrar todo aquello que el silogismo se propone, explorar los usos creativos, ambiguos, potencialmente solipsistas e introspectivos de la expresión lingüística. El discurso entonces, en tanto tramo intermedio, se proyecta hacia sus límites, concebidos más bien como abstracciones, depuraciones que emergen del mismo, siguiendo un modelo parcialmente “desviado” de la discursividad misma: el modelo del silogismo se halla en un extremo, el de la pura figuración en

el otro, encerrando una vasta área de operaciones entimemáticas que intervienen, no obstante, en los modelos alternativos que parecen en primera instancia “limitarlo”.

Esto se advierte desde el origen mismo de la consideración del entimema, en tanto que como tal no es sino un “silogismo trunco”, el tipo de elisión de una cláusula o premisa, en la medida en que se la sobre-entiende. Esto es, paradójicamente el entimema, en la canónica definición de Aristóteles, parecería suponer el acuerdo. Sin embargo una mirada más profunda sugiere exactamente lo contrario, ya que en lo elidido anida aquello sobre lo que el entimema está operando, ya sea para postularlo implícitamente, como implicado en las premisas explicitadas, ya sea para “retirarlo” de la consideración explícita. Un ejemplo canónico del tipo de operación propia del entimema es el entimema erróneo o falaz, que explicita una premisa del tipo “La política implica a los políticos”, elide otra que asevera que “Muchos políticos son malos”, y concluye falazmente que “La política es mala”. La primera premisa en sí misma se orienta a la reducción de lo político a aquello que hacen los políticos. La premisa oculta se proyecta a la conclusión, extendiendo el “muchos” de “muchos políticos” a la consideración de lo que la primera premisa ha reducido: la política como lo que los políticos hacen. Sin embargo no debería asociarse al entimema con la falacia. Más bien el punto consiste en la elisión (lo “trunco”) y en lo que conceptualmente configura el carácter mismo de lo elidido.

El entimema, se sostiene en este argumento, resulta de primordial importancia en la pragmática discursiva ordinaria, en la medida en que dota de agilidad al discurso y permite evitar clarificaciones, disgresiones y recursos que entorpecerían el movimiento argumental del mismo. El costo de este incremento dinámico del lenguaje es la creciente ambigüedad, en la medida que más y más premisas se incluyen en el tramo elidido por el discurso, se presuponen o peor aún, se *trafican* bajo el halo inclusivo del “sentido común”. La operatoria entimemática se conecta entonces con las prácticas extendidas que se orientan al *trabajo* y tensión graduada a que se exponen los acuerdos y la convergencia de los horizontes de expectativas presentes en la codificación y decodificación de los usos lingüísticos. Sin embargo esa operatoria, en la medida en que no condesciende con los modelos límite de lo silogístico o de la ficción poética pura, es ocultada, puesta entre velos, con la finalidad de llamar la atención no sobre la operatoria misma, sino sobre las intenciones y los efectos que se pretenden con su invocación.

En este sentido se advierten los problemas presentes en la técnica convencional para evaluar los discursos en prosa que se concentran en la evaluación externa de los temas a los que refiere y en el análisis de la consistencia lógica de los enunciados involucrados siguiendo el modelo del silogismo. Esta técnica, asevera White, ignora las propiedades mismas del discurso, que es “proyectado para *constituir* el fundamento sobre el cual decidir *qué contará como un hecho* en las cuestiones bajo consideración y determinar *qué modo de comprensión* es más adecuado para el entendimiento de los hechos así constituidos” (TOD; 3). El discurso (derivado

del latín *discurrere*) es una empresa transicional, que sugiere movimiento y que apunta a “deconstruir una conceptualización de un área dada de experiencia que ha llegado a compactarse en una hipóstasis que bloque la percepción (...) en aras de la formalización (...)” (ibídem.). Como hipóstasis y “área compactada” que pretende acceder a la dignidad de lo formalizable, la conceptualización *puede* habilitar el subsiguiente análisis en términos de los procedimientos lógicos, silogísticos, hipotético-deductivos y demás orientados a la producción de enunciados significativos a partir de una terminología acordada (esencialmente no disputada). Pero también *puede no hacerlo*, y en ese sentido el discurso puede operar para deconstruir el área compactada y sugerir formulaciones alternativas de enunciados que se pretenden significativos, a partir de una terminología esencialmente disputada (no acordada) para lo cual resulta fundamental el procedimiento entimemático.

Los tropos son los operadores de base relevantes en la articulación de los entimemas que constituyen el corazón del discurso en su “área intermedia”, y designan comportamientos recurrentes en la manera de proceder respecto de los tramos elididos en la articulación del entimema. Volviendo a Aristóteles, en su estipulación del entimema se supone que éste es un razonamiento basado en semejanzas o signos que indican implícitamente una propiedad que cumple la función de un término medio que conecta los enunciados separados por la elisión. En la metáfora de Borges expuesta en su bello poema 1964 nos encontramos con la siguiente enunciación: “la muerte, ese otro mar”. Por medio de ella se realiza, por medio de una serie de pasos que se nos eliden sistemáticamente, un símil implícito que indica la existencia de al menos una propiedad compartida, un término conectivo, que otorga su sentido al enunciado. La elección de las propiedades referidas pero no explicitadas por Borges (la inmensidad, lo indómito, lo que se sitúa allende la dimensión de lo humano) que se transfieren de los atributos más o menos conocidos de lo marino a los dominios remotos de lo mortuorio constituye el tramo propiamente entimemático del enunciado.

“Así concebido, un discurso constituye en sí mismo un modelo determinado del proceso de conciencia por el que un área de experiencia, originalmente aprehendida simplemente como un campo de fenómenos que demandan comprensión, se asimila por analogía a aquellas áreas de experiencia sentidas como *ya* comprendidas con respecto a sus naturalezas esenciales” (ibídem.; 5)

Lo poco que sabemos de la muerte es puesto en relación por Borges con los dominios esencialmente menos disputados de lo oceánico y lo marino (entendemos una cosa en términos de la otra) en la esperanza de obtener una intelección superior del primer ámbito de experiencias. Sin embargo la operatoria no es explicitada plenamente: Borges no se detiene a detallar: “entiendo mar por....”, ya que la detención destruiría la dinámica y el propósito del enunciado. Algo que reside en la mente (*en thumos*, de allí *enthumēma*) de Borges y de quienes decodifican su enunciación facilita la interconexión significativa entre los ámbitos relativamente disyuntos de lo mortuorio y lo oceánico o lo marino. La tropología nos permite así acceder a un

rico acervo de procedimientos entimemáticos por medio de los cuales construir una discursividad media, repleta de elisiones, saltos, brechas e identificaciones contingentes que, en su misma contingencia, es consciente de que las conexiones establecidas en el lenguaje son tales que entregan la posibilidad de ser expresadas de maneras alternativas y potencialmente contradictorias (ibíd.; 2). Lo “esencial” de la analogía es lo indómito de la muerte. No, su inmensidad; no, mejor aún, su “ser-allende” lo humano. ¿Seguro? ¿Es la muerte otro mar? ¿De qué habla Borges? Precisamente por todo esto, “porque es aporético, o irónico, con respecto a su propia adecuación, el discurso no puede ser gobernado por medios puramente lógicos” (ibíd.; 4). El discurso tiende hacia la reflexividad metadiscursiva, a la potencial puesta en foco de los procedimientos discursivos mismos.

Este recorrido por lo entimemático nos entrega una serie de atributos que retomaré más adelante: en primer lugar es posible remitir los procedimientos tropológicos tanto a la discursividad instanciada en la interacción con otros como a lo que “reside en la mente”; de allí la tendencia a considerar a los tropos como “modos de conciencia”, interpretación crucial para muchos seguidores y para muchos críticos de White. En segundo lugar el proceso de constitución entimemática entrega una consideración crucial que remite a la *decisión* ineliminable e irreductible que guía y orienta a los hablantes en sus tránsitos entimemáticos: el traspaso de lo universal a lo singular en la articulación de premisas, como ya he citado (ibíd.; 3), contiene ese elemento inexpugnable que sitúa en los confines intencionales de los agentes los recorridos electivos, putativos, intercambiables que dan carnadura al procedimiento. Ese matiz decisionista, casi existencial en el núcleo mismo de la filosofía de la historia de White no dejará de volver a nosotros en el recorrido de esta investigación.

En tercer lugar resulta fundamental anclar la operatoria tropológica entimemática en sus pretensiones cognitivas: volviendo a Aristóteles, el símil establecido se propone con la finalidad de conocer lo extraño en términos de lo propio. Esa cognitividad “primitiva”, si se quiere, encuentra en el tráfico de atributos y propiedades postulados como comunes una forma de favorecer una identificación originaria sobre la cual otros modos más “disciplinados” puedan ulteriormente proceder. En este sentido lo tropológico resalta los aspectos discontinuos, no reglados o que trafican ambigüedades y términos disputados al interior de nuestras mismas empresas cognitivas. Pero el entimema no se sitúa ante lo silogístico como lo irracional ante lo racional, o como un término dicotómico centrado en la exclusión de su opuesto. Es pre-lógico en el sentido de analíticamente anterior, y en el sentido de que *puede* conducir o situarse como condición de posibilidad de las eventuales operaciones reductivas y desambiguadoras propias del silogismo y la lógica clásica. El entimema abarca e incluye en su interior a lo silogístico, si es que el silogismo resulta ser entonces un “entimema explicitado y depurado”, de manera que podemos observar que el ámbito extenso de lo tropológico contiene en sí las posibilidades de la purga tropológica y la explicitación cabal de los términos empleados. Más que en la

contraposición debemos seguir el modelo de la reducción lógica a partir de un conjunto más inclusivo ordenado tropológicamente.

*Lo tropológico como operatoria en la conciencia, lo tropológico como remitiendo a un decisionismo ineliminable en la pragmática del lenguaje, lo tropológico como condición de posibilidad de lo lógico.* Estas tres caracterizaciones volverán una y otra vez en el curso de esta investigación. Por el momento bastan para estabilizar una visión de lo entimemático que ahora puede refinarse con más detalle. El punto nodal de aquí en adelante reside en la justificación de la adopción de un protocolo cuaternario para re-expresar el catálogo potencialmente infinito de recursos entimemáticos registrados por la tropología. En nuestra extendida exégesis de la nota 13 se encuentra la fundamentación de esta opción en detrimento de la extendida visión de una doble orientación del lenguaje (en pos de la metáfora y en dirección a la metonimia) en torno a dos polos que reducirían, subsumirían o re-expresarían el comportamiento lingüístico como un todo. Según White la opción dual presente en Lévi-Strauss, Jakobson o Lacan, confiere a la metáfora los atributos de lo discontinuo, lo poético, lo figurativo y la orientación “romántica” en el uso lingüístico extendido, en tanto el polo metonímico remite al carácter continuo, prosado, literal y la orientación “realista” como codificación o estilización discursiva. Como tendremos ocasión de ver, el modelo dualista sentado por Jakobson en “Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia” (Jakobson; 1973) culmina por establecer un tipo de pauta meramente reactiva en la cual la hegemonía de uno de los polos es contestada ulteriormente por el otro. Esta pauta permite incluir en una sola trayectoria interpretativa el romanticismo de comienzos del siglo XIX, el realismo representado por Balzac y el simbolismo que ulteriormente desplaza a éste último, como re-expresión de una secuencia “fundamental” metáfora-metonimia-metáfora. Ciertamente aunque esta re-expresión es parte del tipo de tarea que White se asigna a sí mismo, encuentra muy limitado y dicotómico el modelo formalista de Jakobson, centrado en la oposición de dos categorías tropológicas.

Por el contrario al adoptar un modelo cuádruple (metáfora, metonimia, sinécdoque, ironía) White no sólo está siguiendo un esquema presente ya en Petrus Ramus o Giambattista Vico, sino que adopta “una concepción más flexible del discurso poético y una diferenciación más sutil de los estilos literarios que la que ofrece el sistema bipolar favorecido por los lingüistas modernos” (MH, 41n). La justificación contemporánea de la base cuádruple White la remite a la obra de Emile Benveniste, quien en sus observaciones en torno a las funciones del lenguaje en Freud señala que “el inconsciente emplea una verdadera «retórica» que, como el estilo, tiene sus «figuras», y el viejo catálogo de los tropos brindaría un inventario apropiado” (Benveniste, 1971; 86). En este sentido, afirma el lingüista, “la naturaleza del contenido hará aparecer todas las variedades de la metáfora, pues es de una conversión metafórica de la que los símbolos del inconsciente extraen su sentido y su dificultad a la vez. Emplean también lo que la vieja retórica llama metonimia (...) y sinécdoque” (ibídem.).

La mención a Vico no es tangencial ya que “en la *Ciencia Nueva* (...) Vico utilizó la cuádruple distinción entre los tropos como base para diferenciar las etapas de la conciencia por las que ha pasado la humanidad desde el primitivismo hasta la civilización. En lugar de ver una *oposición* entre la conciencia poética (mítica) y la conciencia prosaica (científica), Vico veía una *continuidad*” (MH, 42n). Vico es un modelo del tipo de ampliación de lo tropológico que White tiene en mente, bajo la égida de una doble operatoria: por un lado articular un tramado de categorías que *re-expresen en su propio léxico* un contenido mentado por un discurso de primer orden –sin fusionarse con él-, por el otro que ese tramado habilite una *flexibilidad dinámica que no elimine la intencionalidad* y margen de decisión de los hablantes y que permita reconstruir la riqueza de los espectros de decisiones y los horizontes de anticipaciones convergentes y divergentes que confluyen en la codificación y decodificación lingüística. Respecto de lo primero los modelos de ciclos de la conciencia de Vico o la teoría literaria de Frye (que se apoya en el modelo provisto por Vico, y asiste a su vez a las elaboraciones de White, como expondré oportunamente) que re-describe el fenómeno de lo literario en términos derivados de la propia operatoria crítica, o las *epistemes* tropológicamente informadas de Foucault, se encuentran a la par de las elucubraciones formalistas de Jakobson o el estructuralismo de Lévi-Strauss. Pero en términos de lo segundo son los primeros los que permiten una remisión a un plano de decisión subjetiva, en tanto los últimos parecen favorecer el detalle de las operaciones restrictivas de los modelos postulados. En otros términos, el modelo cuádruple es adoptado para proseguir teóricamente en pos de un doble objetivo: primero, *la articulación de un metalenguaje que aborde “externamente” y en sus propios términos el discurso de primer orden acerca del pasado* y, segundo, la consideración al interior de ese metalenguaje de un *aspecto inexpugnable propio de la discursividad como proceso de interacción* en el cual la decisión, y la *adopción pragmática* de protocolos de codificación y decodificación cumplen un papel de primera importancia. Que ese metalenguaje puede articularse y que ese metalenguaje reenvía a la pragmática del lenguaje propia del discurso acerca del pasado constituyen las dos tesis fuertes que se hallan en el núcleo de la teoría de los tropos de White. A esas tesis se dedicará la siguiente sección.

### *b) Metalenguaje y pragmática del lenguaje histórico*

Desde el inicio mismo de *Metahistoria* nos vemos confrontados con la decisión de White de que el metalenguaje empleado para analizar el discurso de la historia es esencialmente tropológico. Esa decisión ha sido consistentemente sostenida a lo largo de las décadas por nuestro autor. En un artículo de 2000, escribe en respuesta a Iggers (White, 2000; sigo la traducción castellana en White, 2003):

“La tropología es la comprensión teórica del discurso imaginativo, de todas las formas por las cuales los diversos tipos de figuraciones (tales como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía) producen los tipos de imágenes y conexiones entre imágenes capaces de desempeñarse como señales de una realidad que sólo puede ser imaginada más que percibida directamente. Las conexiones discursivas entre las figuraciones (de personas, acontecimientos y procesos) en un discurso no son conexiones lógicas o implicadas deductivamente entre sí,

sino metafóricas en un sentido general, es decir, basadas en las técnicas poéticas de la condensación, el desplazamiento, la representabilidad y la elaboración secundaria (White, 2003; 45).

La opción a lo tropológico frente a las “conexiones lógicas o implicadas deductivamente” reproducen el argumento de la sección precedente. Como conexión lógica, no implicada deductivamente, la metáfora supone una “transferencia”, del tipo que ya hemos visto entre océanos y muertes, o del tipo que subyace al poema de Ezra Pound:

“La aparición de esos rostros entre la multitud / pétalos sobre una rama negra, húmeda”,

en especial cuando ponemos en relación estos versos con el título que da nombre al poema: “En una estación del metro”. Las propiedades *evidentemente demoníacas* de los subterráneos son vinculados tanto con las ramas negras como con las multitudes advenedizas de la modernidad. Lo evidente, no obstante, no es más que el tránsito de significaciones en la conciencia de Pound, expresado en un enunciado que puede eventualmente ser decodificado por nosotros. El tránsito elidido lleva de la Modernidad, a las multitudes y la experiencia degradada de las grandes urbes, pasando por el subterráneo hasta concluir en “ramas negras”, sin olvidarnos de las connotaciones peyorativas de cualquier atribución de negrura. Una cadena de símiles anida en estos dos versos y no somos necesariamente conscientes de todos ellos. No somos necesariamente conscientes de los aspectos enramados, oscuros y húmedos de nuestra experiencia ordinaria del transporte subterráneo, pero con el tiempo y la suficiente tenacidad reproductiva podría eventualmente quitarse de la lista de predicados disputados la idea de que “los subtes *son como* ramas negras”. ¡Podríamos eventualmente estar tan de acuerdo en ello como lo estamos actualmente respecto de que convencionalmente “lo negro *es como* lo ominoso”! El *ver como* y la justificación de esa operatoria es la tarea propia de los tropos como giros presentes en el lenguaje ordinario. Ver muertes como océanos, subtes como ramas negras y personas amadas como rosas por medio de una serie de símiles implícitos, analogías no expandidas, es la tarea propia de la metáfora.

La metonimia supone la sustitución de términos, sustitución que en su tránsito nos devela el conjunto de categorías o clases de entidades involucrados por la sustitución misma. El término conectivo implícito no es un atributo –como en la metáfora–, sino una clase o categoría respecto de la cual se postula que el término a ser sustituido puede re-expresarse reductivamente. Vivimos rodeados de metonimias: allí donde sustituimos la causa por el efecto, el contenido por el continente, el producto por el productor, el objeto por el usuario, el controlador por lo controlado, la institución por el agente, el lugar por la institución, el lugar por el acontecimiento, la época por la institución o por los acontecimientos, estamos operando metonímicamente. Aún en enunciados tan aparentemente triviales como “pasame el vino”, “compré un Ford”, “el subte está de paro”, “Bush invadió Irak”, “Shell sube los precios”, “Wall Street desconfía”, “Afghanistan es un nuevo Vietnam”, “la Modernidad descentró al sujeto” o

“no queremos otro 2001”, estamos elidiendo conexiones fundamentales como forma de generar sentido, y lo hacemos por medio de la metonimia. La característica embotellada del vino es re-expresada reductivamente: el estar embotellado pertenece al conjunto de estados posibles de la “vinez”, y por elisión se entiende en el contexto del uso lingüístico específico que el conjunto de las entidades “embotellables” comprende a la entidad “vino”. Nadie espera que se arroje el líquido como respuesta a “pasame el vino”, sino que se pretende más bien el desplazamiento amistoso de una botella de una mano a la otra. El vino pertenece a la clase de las cosas embotelladas. Al re-expresar la mención a la clase, no en términos comprensivos, sino extensionalmente, mencionando uno de sus elementos, estamos reduciendo la mención de la clase a la del elemento perteneciente a la misma. En eso consiste la metonimia.

Idénticamente en el caso de “Bush invadió Irak” tenemos presente la existencia del conjunto de las entidades “estadounidenses”, dentro de las cuales se encuentra el “ejército estadounidense” así como también la persona George W. Bush. Podríamos eventualmente esperar un uso literal del lenguaje (“el ejército de Estados Unidos invadió Irak”), pero lo que encontramos es una sustitución en términos de un elemento que pertenece a la misma clase, conjunto o categoría que el elemento sustituido (G.W.Bush, en tanto que estadounidense, al igual que el ejército). Si no supiéramos que hay una clase de entidades que abarca tanto a uno como otro elemento, el enunciado y la operatoria supuesta por él nos resultaría ininteligible: Bush no invadió Irak. La metonimia presupone por tanto implícitamente órdenes reductivos de adscripción de predicados de pertenencia: sabemos qué hace Bush en ese enunciado, en la medida que “lo norteamericano” se encuentra allí como clase a la cual pertenecen tanto los ex gobernadores de Texas como las numerosas unidades del ejército norteamericano.

La metonimia establece por lo tanto un tipo de relación entre fenómenos en la cual uno es visto como aspecto o como inmerso o perteneciente a una *clase* que es designada directa o indirectamente por medio del otro. La relación es extrínseca, en la medida en que se establece una relación de parte a parte por intermedio de un término que los excede y los vincula en términos “exteriores”: el ejército estadounidense es parte de lo estadounidense, Bush también es parte de lo estadounidense, pero Bush no es el ejército estadounidense ni forma parte de él – y aunque parezca difícil creerlo, tiene una existencia independiente-. Más bien adquieren ambos un sentido provisorio como perteneciendo a la clase de lo estadounidense. Ascendemos del particular “ejército” al concepto amplio de lo estadounidense para volver a descender a un nuevo particular (“Bush”). En este sentido la metonimia establece una relación entre aspectos disyuntos de la clase, y en eso consiste la operatoria metonímica propiamente dicha.

La distinción entre sinécdoque y metonimia se monta sobre esta distinción, si bien éste es un aspecto ampliamente discutido dentro de la retórica y tropología contemporánea. Esto se da en la medida en que en su endémico desacuerdo la teoría de los tropos suele encontrar como



*casus belli* la relación entre estos dos tropos, en tanto es un esquema dual o cuaternario (o múltiple) de lo tropológico lo que el teórico está proponiendo. En el caso de los tropólogos dualistas como Jakobson, todos los tropos son re-expresables en términos del par metáfora-metonymia, lo cual ha derivado en la reducción de lo sinecdóquico a lo metonímico (considerando lo primero como un sub-tipo de lo segundo). No es ésta la opción de White, que trabaja en un marco cuaternario clásico que hace lugar para la sinécdoque como operador primordial de base, y opta ya en su nota 13 por marcar el tipo de conexión extrínseca que se da entre el *aspecto* metonímicamente elucidado y la clase a la que pertenece. Por el contrario, un enunciado sinecdóquico por antonomasia reza así: “Había cinco *melenudos* llamando a mi puerta”. Todo lo que necesitamos saber de esas personas es especificado por el hablante a partir de la promoción del *aspecto melenudo* a representación global de las entidades involucradas. Lejos de tratarse de dos aspectos particulares de una misma clase o tipo de fenómeno vinculados externamente como en la metonymia, en la sinécdoque se postula una interrelación constitutiva entre el particular o el elemento y la generalidad o la clase. No se trata de un aspecto entre otros, sino de “*el aspecto*” a ser tenido en cuenta en el horizonte de significación del hablante. Las melenas representan a las personas: la parte de la melena regula la interpretación del todo de la persona: “se trata de una *integración* en un todo que es *cualitativamente* diferente de la suma de las partes y del cual las partes no son sino replicas *microcósmicas*” (MH, 44). Las relaciones son intrínsecas: estamos hablando de “*esencias*” de las entidades, que las “*representan cabalmente*” y las categorizan no por relación a clases extendidas, sino en relación a lo que les resulta inherente.

Siguiendo a Vico, Hegel y Nietzsche, White asevera que por medio de la metáfora, la metonymia y la sinécdoque nuestra conciencia es dotada “solo por medios puramente lingüísticos de las categorías conceptuales (agentes, causas, espíritus, esencias) necesarias para la teología, la ciencia y la filosofía de la reflexión civilizada” (ibíd.; 44).

“Consideramos los tres tropos examinados hasta ahora como paradigmas, proporcionados por el lenguaje mismo, de las operaciones por las cuales la conciencia puede prefigurar áreas de la experiencia que son cognoscitivamente problemáticas a fin de someterlas después a análisis y explicación. Es decir, en el uso lingüístico mismo se provee al pensamiento de posibles paradigmas alternativos de explicación. La metáfora es representativa (...), la metonymia es reductiva de manera mecanicista, mientras que la sinécdoque es integrativa al modo como lo es el organicismo. La metáfora sanciona las prefiguraciones del mundo de la experiencia en términos objeto-objeto, la metonymia en términos parte-parte, y la sinécdoque en términos objeto-totalidad. Cada tropo promueve además el cultivo de un protocolo lingüístico único. A esos protocolos lingüísticos se les puede llamar lenguajes de identidad (metáfora), extrínseco (metonymia) e intrínseco (sinécdoque)” (ibíd.; 45).

Se trata, como hemos visto, de relaciones objeto-objeto (como las que hay entre muertes y mares), entre partes (Bush y el ejército como partes de lo norteamericano), y entre partes y totalidades (las melenas y el “*ser-melenudo*”). Pero ya aquí la relación de los tropos con paradigmas específicos de explicación (mecanicismo, organicismo) y con prácticas lingüísticas

extendidas (“lenguaje de identidad”, etc.) supone un primer tipo de “inflación de lo topológico” (Kellner, 1980) que volverá una y otra vez a presentarse como opción teórica disponible. Lo crucial en este movimiento reside en la afirmación de que al explicar, por ejemplo, de manera formista (en el modo de la provisión de una taxonomía, por ejemplo) simplemente se están “listando” e identificando los elementos reconocibles en un determinado dominio, sin establecer –por el momento- relaciones de mayor fuerza argumental entre ellas. Al listar los posibles tipos de piezas literarias y decir que ellas pueden ser épicas, noveladas (*romances*), cómicas, trágicas o satíricas, lo que el taxonomista –literario en este caso- realiza implícitamente es una operatoria en las que las obras literarias son *vistas como* (y en el *ver como*, recuerdo, reside el común denominador del trabajo metafórico) expresiones de aquellos principios identificados en la teoría de los géneros. Obras como géneros, muertes como océanos, subtes como ramas negras.

La relación metonímica por excelencia es la relación causal en la cual causas y efectos son vinculadas con enunciados generalizadores que permiten la permutación enunciativa entre aquellos: “el descubrimiento de Neptuno es el resultado de la cabal comprensión de las consecuencias de la mecánica newtoniana” se nos aparece como una perfecta explicación en términos literales del desarrollo de la astronomía y el cálculo matemático en el siglo XIX (si recordamos que la presencia del cuerpo celeste fue anticipada por una serie de cálculos derivados de las leyes gravitacionales de la mecánica newtoniana). Sin embargo el enunciado nos oculta el hecho de que *una ley o conjunto de leyes (como las de la mecánica newtoniana) es un efecto y no una causa* de un conjunto de intelecciones vinculadas a correlaciones entre fenómenos empíricamente relevados que llevan o conducen a la postulación de las mencionadas leyes. Las correlaciones anteceden a la formulación de los enunciados generalizadores que conforman las leyes, pero son estas leyes las que son invocadas como “causas” de las correlaciones en el lenguaje ordinario. Las leyes, en tanto consecuencias y efectos de un conjunto de correlaciones estipuladas, en la medida en que sus términos no son disputados por formalizaciones rivales, terminan por adquirir por hipóstasis los rasgos propios de las entidades que “actúan”, provocan o condicionan los fenómenos que se pretende “explicar” (este aspecto metonímico de la relación entre correlaciones y leyes será abordado con más detalle en el capítulo sexto, cuando tratemos la filosofía de la acción de von Wright).

La existencia o no de una correlación genérica (“externa”) entre causas y efectos como eventos disyuntos temporo-espacialmente es lo que separa a una explicación mecanicista de una organicista. Aquí la afinidad con los aspectos presentes en la sinécdoque es evidente. En la metonimia causas y efectos se vinculan “externamente” y son subsumidos a un entorno de pertenencia que los reduce categorialmente a instancias de una ley. En la sinécdoque la relación externa no es posible, en la medida en que se trata de un único gran proceso que no admite por lo tanto el reconocimiento de entidades como causas y efectos que puedan entablar el tipo de

relación mecánica prescrito por la metonimia, sino que se postula la existencia de un principio de continuidad temporal en el que las propiedades latentes se manifiestan en el curso de una única estructura temporal a la que inhiere todas sus exteriorizaciones. La estructura de la explicación organicista es teleológica y está orientada a la captación de las latencias ínsitas en la situación inicial que encuentran la manera de manifestarse en el decurso del tiempo. Cualquier caracterización del comportamiento de los *melenudos* no es "exterior" a los rasgos propios atribuidos a la "melenudez". La melena es un "síntoma" de una latencia, y más que ser explicada causalmente, la conducta se vuelve inteligible como aquello que se manifiesta pero se encontraba originariamente disponible y que la caracterización del atributo específico había revelado y jerarquizado. Una explicación característica en términos organicistas reza así: "no podía esperarse otra cosa de estos *melenudos*". Su ser-melenudo ya prejuzgaba desde el comienzo el decurso futuro de la acción, la cual es vista no como un conjunto de ocurrencias discretas vinculadas causalmente, sino como la progresiva exteriorización de lo latente en el conjunto de las disposiciones originarias de los entes involucrados. Lo exteriorizado se vuelve así un *símbolo* que significa un entero campo de ocurrencias. Causas y efectos son, de este modo, figuras primarias de la explicación mecanicista de acuerdo a protocolos metonímicos. Latencias y manifestaciones o disposiciones y capacidades de realización teleológicamente orientadas son, por su parte, los conceptos claves de la explicación organicista de acuerdo a los recursos sinecdóquicos empleados.

Nuevamente vemos aquí la orientación "pre-cognitiva" o "pre-lógica" de la operatoria tropológica, no en un sentido de negación de lo cognitivo o lo lógico, sino como supuesto de su anterioridad conceptual. Las caracterizaciones causales "ingenuas" mecanicistas o la teleología de las formas de vida implícita en la aprehensión organicista pueden resultar inadecuadas para dar cuenta de registros de la experiencia complejos. Pero lo que se sostiene es que una primera operatividad de muchos conceptos ulteriormente refinados y complejizados se da por medio de estos procedimientos tropológicos al interior de cadenas entimemáticas que tolerarían mal (como todos los entimemas) la mostración de su aspecto incompleto y la magnitud de sus elisiones. Lo tropológico es el suelo o trasfondo pragmático sobre el cual pueden erigirse las demás empresas cognitivas. En su carácter de base y acervo de identificaciones mal puede presuponersele un carácter disyunto respecto de esas otras orientaciones lingüísticas. Más específicamente, la metáfora pone en relación a unos fenómenos con otros por medio de una analogía implícita no extendida: lo oceánico como representación de la muerte, ramas negras y subterráneos. Identifica los contornos de aquello que pone en relación y pone en potencial relación equivalencial a los términos relacionados. La metonimia *desarrolla* los aspectos no extendidos de lo metafórico: releva las clases que pueden ser invocadas como contextos de pertenencia de los fenómenos analizados. Lo oceánico pertenece a los contextos significativos de lo indómito, lo "allende-lo-humano", lo inmenso, pero también a la clase de los fenómenos

líquidos, geológicos, salinos, jurisdiccionales de acuerdo al derecho internacional, comerciales ultramarinos así como también al de las preocupaciones ecológicas en torno a nuestro futuro como especie e innumerables otros registros posibles. El potencial anárquico despliegue del innumerable acervo de contextos o clases de pertenencia de un fenómeno puede frustrar la fuerza de la identificación metafórica, si se pretende explicitar con ello las relaciones de la muerte no solo con lo indómito y lo inmenso, sino también con lo geológico, con el derecho internacional o con los aspectos salinos o ecológicos de nuestras indagaciones marinas. Cuanto más se desarrolla la exposición de la totalidad de contextos de pertenencia de las identidades relevadas más entendemos la importancia del aspecto trunco, implícito y elidido del entimema tal como se expresa, por ejemplo, en la metáfora. A la vez se genera el incentivo a extraer una pauta integradora que establezca relaciones jerárquicas entre aspectos y que apunte a hallar, de entre todos los contextos, “el” contexto.

La sinécdoque ofrece el procedimiento típico de abstracción de un aspecto y su promoción a representación *tout court* de la totalidad de los contextos de pertenencia del fenómeno relevado. Como *contexto de contextos*, como aspecto integrador de todos los demás aspira a reducir la miríada de clases y fenómenos dispersos entregados por la operatoria metonímica a una nueva re-identificación sobre la base de un dispositivo que erige un tipo de relación cualitativamente distinta a la precedente y que revierte y re-ordena el despliegue plural y potencialmente anárquico de la metonimia. De todos los aspectos potenciales que relevan la común pertenencia de muertes y océanos hemos de revelar aquellos que resultan ordenadores y cualitativamente representativos del tipo de vínculo que se pretende establecer. “Mar” representa aquí lo inmenso y lo indómito, no lo salino, geológico o comercial de nuestra captación de lo marino, y es esa jerarquía atributiva la que regula la metáfora anidada en “la muerte ese otro mar”, si es que hemos de entender el primer término como re-expresión del segundo. “Esas personas son *ante todo melenudos*”, funciona de la misma manera.

Naturalmente surge a primera vista la objeción posible a este procedimiento abstractivo: ¿cómo sabemos que hemos hecho la inducción correcta, que hemos articulado la jerarquía apropiada, que hemos seleccionado el atributo representativo de la “esencia” del fenómeno en cuestión? Naturalmente *no* lo sabemos. Los *melenudos* podrían resultar ser los integrantes de la banda favorita de nuestro mejor amigo; los aspectos desérticos de la muerte bien valdrían la pena una fugaz consideración. Como ya se ha dicho hemos de aceptar plenamente “la posibilidad de que las cosas podrían ser expresadas de otro modo”. El tránsito metafórico-metonímico-sinecdóquico nos expone a incontables identificaciones-rastros de contextos de pertenencia-y-“esencializaciones” que a la vez que pretenden clarificar para los hablantes la significación provisoria de los términos empleados, revelan a la vez la naturaleza esencialmente disputable de los significados postulados. Es contra ese tránsito que surge un cuarto tropo maestro, la ironía, que como contrapartida auto-consciente se opone a los otros

tres tropos ingenuos, desplegando una duda genérica respecto de la creencia en la capacidad del lenguaje para captar la naturaleza de las cosas (MH, 45). Se trata entonces de una auto-negación verbal en interés de la des-reificación, desnaturalización y distanciamiento respecto de los compromisos asumidos por los hablantes, que apela a la catacresis (“mal uso” deliberado), la aporía (duda y tensión ineliminable) como forma de expresar su operación en última instancia escéptica, respecto de las identificaciones operadas precedentemente, y relativista de los valores prejuzgados en las mismas.

“Inmediatamente puede verse que la ironía es en cierto sentido meta-tropológica, porque se despliega en la conciencia autoconsciente del posible mal uso del lenguaje figurativo. La ironía presupone la ocupación de un punto de vista «realista» sobre la realidad, desde el cual es posible ofrecer una representación no figurativa del mundo de la experiencia” (ibíd.; 46).

La ironía marca el límite de la figuración, el punto en el cual el conjunto de la operatoria lingüística es puesta en duda en la medida en que somos confrontados con el conjunto de *decisiones y horizontes paralelos de significación* que comprometen nuestra adhesión ingenua a una realidad como la que puede ser relevada en el lenguaje. Puestos de cara a un mismo dominio de objetos y relaciones, los protocolos de lo metafórico, lo metonímico y lo sinecdóquico nos entregan diversas operatorias posibles. Melencólicos como vándalos en potencia, o como músicos virtuosos. Subterráneos como ramas negras o como herramientas de progreso. Muertes como mares o como desiertos. Un punto fundamental que debe entenderse aquí es que no es posible operar con un solo modo o protocolo todo el tiempo. De hecho, estamos todo el tiempo identificando, incluyendo y abstrayendo objetos, clases y atributos de los fenómenos y entidades con los que nos topamos o que desafían nuestros marcos de entendimiento precedentes. La aprehensión irónica es el resultado de la necesaria divergencia de esa operatoria mixturada, confusa y continua, como resultado de la cual una consideración *global* de nuestra situación lingüística adviene a primer plano. Nos damos cuenta por medio de aquella aprehensión de la necesidad de encarar un proceso masivo de “desreificación” y “desnominamiento” (ibíd.; 221) en el cual el contraste ahora es entre el lenguaje como un todo, identificado como un elemento con contornos definidos, y la “realidad” como un universo ante el cual esa totalidad verbal debe posicionarse de manera auto-consciente, limitada y reflexiva.

La ironía marca entonces, a un tiempo, *el problema mismo del lenguaje y el problema de la realidad*. La auto-conciencia de la problematicidad del instrumento puede otorgarnos, según la aprehensión irónica, un modo menos ingenuo, más reflexivo, empíricamente testeable, de consideración de la relación del lenguaje respecto de aquello de lo que da cuenta. Genera con ello a un mismo tiempo el problema del escepticismo y del relativismo, y la sentida “necesidad” de una serie de reaseguros metodológicos y epistémicos que superen aquellos problemas. La auto-conciencia del carácter conflictivo del concepto mismo de “realidad” nos permite vislumbrar el suelo genérico de conceptos “compactados e hipostasiados” que llamamos mundo y alientan al mismo tiempo la necesidad de acordar y legitimar algún uso posible de esos

términos irrenunciables a la vez que regeneran permanentemente la disputabilidad y el incentivo a la deslegitimación de cualquier acuerdo impuesto acerca de esos mismos términos.

Todas estas operaciones son postuladas por White, y por los “tropológicos” en general, como “operaciones metalógicas mediante las cuales la conciencia, la *praxis* cultural en general, efectúa tales adaptaciones con su medio” (TOD, 5). Naturalmente el problema reside en aceptar la validación del tránsito del plano de la conciencia al de “la *praxis* cultural en general”. En este punto puede hacerse presente la tentación teórica de encontrar puentes confiables que vinculen una cosa con la otra, recalando por ejemplo en las indagaciones freudianas en torno al trabajo del sueño, las mediaciones entre lo manifiesto y lo latente y las técnicas oníricas o bien en las capacidades ontogenéticas y los estadios cognitivos postulados por Piaget, y ciertamente White no se priva de seguir aparentemente ese camino (ibíd.; 10-18). Sin embargo la formulación es ambigua y termina reculando, considerando las operaciones de la conciencia tan solo en tanto se manifiestan en el discurso (ibíd.; 20), por lo que la estructura de la pragmática del lenguaje informada tropológicamente adquiere

“sólo el status de un modelo que se repite persistentemente en los discursos modernos acerca de la conciencia humana. Tan sólo reclamo para él la fuerza de una convención en el discurso acerca de la conciencia y, secundariamente, el discurso acerca del discurso mismo, en la moderna tradición cultural occidental” (TOD, 13).

La terminología derivada de la tropología resulta así privilegiada respecto de cualquier otra que pudiera intentar denominar las operaciones de base en la caracterización de un dominio postulado de objetos y relaciones, en la medida en que se exprese en un lenguaje ordinario no formalizado. Esto se debe a que esa terminología es derivada del estudio de los artefactos verbales mismos, con lo cual cierta prioridad metodológica relativa a la adecuación del método respecto al objeto de estudio podría aquí invocarse<sup>4</sup>.

Sin embargo la riqueza de la tropología no reside en su poder de adecuación, sino en su capacidad para no dar por descontadas las dicotomías que otras terminologías requieren para funcionar: verdad y falsedad, comprensión e ignorancia, imaginación y cognición, literalidad y figuralidad, factualidad y ficcionalidad, racionalidad e irracionalidad...

“La teoría tropológica del discurso nos ayuda a comprender cómo el habla media entre estas supuestas oposiciones, del mismo modo en que el discurso mismo media entre nuestra aprehensión de los aspectos de la experiencia que aún nos resultan «extraños» y los aspectos que «comprendemos» porque hemos encontrado un orden de palabras adecuado para su domesticación (...) la teoría tropológica podría proporcionarnos una estrategia para clasificar

---

<sup>4</sup> Lo cual no deja de ser paradójico, ya que es un tipo de terminología y “método” el que termina asignando las características propias del objeto de estudio –“artefactos verbales manifiestos”–, lo cual expone el argumento a una peligrosa circularidad, ya que estipula por principio la adecuación entre metodología y objeto, lo cual a su vez compromete la dimensión del “hallazgo” teórico consistente en la vinculación entre tropología e historia. Si el método no releva otra cosa más que “artefactos verbales” en su artefactualidad, no es un gran descubrimiento hallar artefactualidad en la aplicación de la tropología a cualquier cosa, y nos encontramos en una situación propia del Rey Midas que haríamos bien en evitar; volveré sobre esto en el próximo capítulo.

diferentes tipos de discurso por referencia a los modos lingüísticos que predominan en ellos más que por referencia a «contenidos» supuestos, que serán siempre interpretados de forma diferente por distintos intérpretes” (ibíd.; 21).

Encontramos aquí re-expresados de manera sucinta los dos objetivos cruciales de White que justificaban su recurso a la tropología. Se trataba, recordemos, de desarrollar un metalenguaje independiente de los contenidos mentados por los hablantes, que sirva para evaluar, arbitrar y desarrollar una comprensión diferenciada de los aspectos más eminentes de la interacción verbal en el lenguaje ordinario referido al pasado. Al mismo tiempo ese metalenguaje no debía situarse ante los hablantes como un lecho de Procusto o un armazón determinista que eliminara los procesos efectivos de decisión que inciden tanto en los trayectos cognitivos, relativos a la apropiación de lo extraño y la consolidación de regímenes discursivos “compactos e hipostasiados” como en situaciones de ruptura que claman por un pluralismo radical y militante en la desautorización de la significación de la terminología previamente acordada. Para este proyecto que los horizontes converjan es tan relevante como que diverjan, porque en ese ir y venir se consolida una instancia de irrenunciable libertad individual que remite a las elecciones vitales de los agentes presentes en el espacio de prácticas discursivas.

Así las cosas la tropología aplicada al discurso de la historia se propone como “un análisis de la relación entre el nivel manifiesto de las narraciones históricas (...) y su nivel latente, considerado como el terreno lingüístico en que se constituyen pre-críticamente esos conceptos” con el objeto de caracterizar en un modo “puramente neutral y formal en cuanto a valores las diferentes estrategias interpretativas elaboradas por historiadores y filósofos de la historia del siglo XIX”. La relevancia del instrumento es tal que permite comprender por qué esas diferentes estrategias llegaron a conclusiones tan diferentes y al parecer mutuamente excluyentes. “Al constituir el campo histórico en modos alternativos, implícitamente se comprometieron con diferentes estrategias de explicación, de trama y de implicación ideológica”, estrategias derivadas de la operatoria tropológica. “La crisis del historicismo en que cayó el pensamiento histórico durante las últimas décadas del siglo XIX no fue entonces mucho más que la percepción de la imposibilidad de elegir, sobre bases teóricas adecuadas, entre los diferentes modos de ver la historia sancionados por esas estrategias alternativas de interpretación” (todas las citas, MH; 410). Varias tesis se anudan aquí, y remiten a la idea de una arquitectura de profundidades y superficies que estructura el discurso de la historia, la cual estaría informada tropológicamente, ante la cual las operaciones de superficie manifiestan estrategias alternativas, paralelas e indecibles que se sitúan como perspectivas potencialmente excluyentes y en competencia, estructuradas en torno a diversos compromisos ideológicos, cognitivos y estéticos. Ese pluralismo interpretativo tiene un lado bueno (nos muestra el aspecto propositivo, constructivo, ligado a una visión normativa de los asuntos humanos) y un lado contingentemente pernicioso (en la medida en que a partir de la aprehensión de ese pluralismo ineliminable el tinglado de prácticas historiográficas propias del siglo XIX arrastró con sus

opciones y omisiones deliberadas a la imaginación respecto del pasado a una crisis de proporciones de la cual todavía no ha logrado sustraerse).

Frente a la limitada perspectiva del discurso académico acerca del pasado, un cúmulo de orientaciones y proyecciones ha intentado abandonar el encierro irónico, en la convicción de que “cuando se trata de elegir entre visiones alternativas de la historia, las únicas bases para preferir una a la otra son *morales* o *estéticas* (ibíd.; 411). “Tenemos que regresar a razones morales y estéticas para la elección de una visión antes que otra como la más «realista»”, y si esto supone impugnar los protocolos de significación y la pragmática del lenguaje instanciada por el dominio de la aprehensión irónica, “no tenemos más que rechazar esa perspectiva irónica y querer mirar la historia desde otra perspectiva, anti-irónica” (ambas citas ibíd.; 412).

Pero en estos párrafos nos hemos ido deslizando desde un horizonte teórico regulado por el interés en la articulación de un protocolo de traducción y comparación entre significaciones plurales irreductibles, para lo cual la tropología resultaba fundamental, en la dirección de una propuesta en absoluto “neutral y formal en cuanto a valores” que interpreta la sistemática recaída en un tipo de prefiguración (la irónica) como un signo de postración intelectual e incapacidad propositiva ante la cual el escenario plural de la práctica historiográfica no es más que un síntoma manifiesto. Aún no me he adentrado en el tipo de indagaciones que sustentan estas afirmaciones whiteanas, que apuntan a estructurar una arquitectura plural para la textura historiográfica, pero los objetivos escindidos que justifican la apelación a la tropología debían ser resaltados y puestos en consideración a la hora de presentar los operadores tropológicos por excelencia, ya que esas finalidades no necesariamente convergentes permiten rastrear algunas de las ambigüedades más relevantes en la presentación del modelo teórico whiteano. De cara a las discusiones que se avecinan, el *status* de los tropos (modos de conciencia, convenciones...) permanece difuso y la tendencia “inflacionaria” de los tropos mismos parece justificar cualquier salto que lleve de las operaciones solipsistas de la conciencia individual ante un entorno “extrañado” a las manifestaciones más variadas y amplias de la “*praxis* cultural en general”. Pero dos atributos fundamentales no deben olvidarse: por un lado *los tropos se vinculan en relaciones de continuidad y se articulan recíprocamente*, por lo que cualquier tentación de situarlos “oposicionalmente” o de manera discontinua o promoviendo una práctica hegemónica centrada unitariamente en un tropo o en otro olvida el carácter dinámico e interrelacionado de los tropos en su operatoria. Por el otro, *los tropos parecen ser “aspectos profundos” de un tipo de práctica que se articula y manifiesta posteriormente en los diversos vectores que otorgan sentido a nuestra experiencia en el mundo*. Ese aspecto ubicuo de los operadores tropológicos genera inmediatamente dos preguntas, a las que estará dedicada la siguiente sección: ¿cuál es la relación especificable entre lo profundo y las manifestaciones de superficie? y ¿cuál es el *status* definible en términos teóricos de aquellos planos o instancias en los que las determinaciones profundas se manifiestan?



O dicho de otro modo: ¿cómo sabemos que la arquitectura es *una* arquitectura?, ¿cuáles son las unidades constitutivas y cuáles son las derivadas en esa arquitectura? Y ¿para qué nos sirve la elucidación de la existencia de estas últimas?

### c) *Profundidades y superficies*

El aspecto ubicuo de los tropos es relevado en *Metahistoria* por medio del rastreo de las estrategias desplegadas en el discurso historiográfico y que resultan caracterizables por medio de la apelación a distintos vocabularios, entre los cuales tres resultan de crucial importancia: la teoría literaria de Northrop Frye, y más específicamente su teoría de los géneros literarios o vocabularios de trama –*romance*<sup>5</sup>, comedia, tragedia y sátira- es invocada para cubrir los aspectos narrativos, de estructuración y secuenciación de eventos del discurso bajo análisis. La teoría de los modos de explicación o argumentaciones formales de Stephen Pepper –formismo, mecanicismo, organicismo y contextualismo- es traída a colación para desgranar las categorías que preliminarmente sirven para caracterizar las operaciones formales ejecutadas lingüísticamente respecto de un dominio de objetos y relaciones sometido a análisis. Por último los estudios de Karl Mannheim acerca de los tipos de ideología –anarquista, radical<sup>6</sup>, conservadora y liberal- caracterizan las implicaciones ideológicas de los modos de ajuste discursivos instanciados a partir de las estrategias de argumentación formales y de los modelos de trama. Esos tipos de ideología difieren de otros como el misticismo o el escepticismo total en la medida en que articulan -o pretenden hacerlo- “sistemas filosóficos comprometidos con la defensa racional de su hipótesis del mundo” (MH; 33n), en tanto y en cuanto no impugnan la autoridad misma de la razón para escrutar los argumentos invocados. De esta manera el “experimento” whiteano aborda de manera plural e indecible lo que considera primariamente

---

<sup>5</sup> La especificidad del término *romance* supone el hecho de que comprende como sub-tipo a la novela romántica que a fines del siglo XVIII y en el comienzo del siglo XIX emergió bajo la figura o como derivación del prototipo del *Bildungsroman*. La habitual confusión entre *romance* y novela genera el colapso entre el último avatar de una *especie* y la expresión genérica literaria a la que pertenece, la cual en su forma de *romance* se remonta hasta la Antigüedad Clásica. De la misma manera, y a modo de ejemplo, la Comedia Ática de Aristófanes, la Nueva Comedia de Menandro y las Comedias de Shakespeare son tres instancias del mismo género, por más que sus instanciaciones difieran radicalmente en otros aspectos. Sobre el tema cfr. Frye (1977; 216-271)

<sup>6</sup> Sobre los términos “anarquista” y “radical” rigen las mismas prevenciones que en la nota precedente acerca del *romance*. El anarquismo de Mannheim y el uso que de él hace White recomiendan evitar la circunscripción de sentido común que limita la aplicación del término a los vástagos doctrinarios de Bakunin, Proudhon, Thoreau, Kropotkin o Sorel y demás figuras afines. Idéntica cautela rige la aplicación del término “radical”, que aplica tanto al marxismo – para el que parece especialmente diseñado- como a diversas variantes del socialismo utópico e inclusive figuras como Zolá o Morris podrían ser encuadradas dentro de él. En términos genéricos anarquismo designa un tipo de individualismo cualitativo que contrapone la condición efectiva de la humanidad a un vago e idealizado escenario de realización en el que una comunidad solidaria y orgánica constituye el entorno en el que se despliega y consuma aquel individualismo transfigurado. En este sentido, no resulta extraño que White sostenga que el anarquismo es la implicación ideológica del romanticismo, una forma de apocalipsis secularizado que desdibuja de manera individualista toda noción de comunidad efectiva (MH; 32-33n). El radicalismo remite a cualquier orientación que apunte a precisar el contrapunto vagamente sugerido e idealizado por la orientación anarquista y que pretenda sustentar trayectorias políticas claramente delimitadas que aceleren la temporalidad social para salvar la brecha entre el escenario utópico y la realidad percibida, en una modalidad ya no de ruptura y contraposición, sino como un principio de continuidad establecido entre presente y futuro. Volveré sobre los alcances de estos términos en ésta y la próxima sección.

como una “estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo o imagen de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*” (ibíd.; 14) y les aplica los procedimientos hermenéuticos plurales alternativos propios del vocabulario de los encuadres de trama de Frye, del vocabulario formal de Pepper y del vocabulario de las implicaciones ideológicas cognitivamente responsables de Mannheim.

“Consideradas como alegorías las obras históricas parecen prestarse al análisis por los métodos propuestos por Frye. Considerada como forma de discurso cognoscitivamente responsable, una obra histórica parece ser caracterizable en la terminología de Pepper. Y consideradas como trozos morales, parecen ser descriptibles con exactitud en los términos que ofrece la variante de Mannheim de la sociología del conocimiento” (ibíd.; 25n)

Esto es, aquellos vocabularios parecen sumamente adecuados para rastrear *aspectos* de las operaciones de superficie que el discurso elaborado en prosa realiza en su trabajo de articulación de una imagen del pasado.

Por lo tanto nos encontramos con un primer movimiento de índole táctica: nos encontramos *ante la posibilidad de interpretar desde diversas aristas el mismo texto*, lo cual deriva en la clásica aprehensión irónica que ya he comentado oportunamente: en vistas de la pluralidad de abordajes posibles la realidad de los mismos es primariamente puesta en cuestión y revierte sobre la legitimidad de la invocación de tales instrumentos. Podemos caracterizar los discursos históricos en términos de los modelos de trama de Frye, pero esos modelos no designan “la realidad” de las entidades a las que refieren. Más bien la problematizan. Los modos de argumentación formal no le pertenecen a las piezas textuales así analizadas, sino a la proyección instrumental del teórico del lenguaje de la historia, y lo mismo corre para las implicaciones ideológicas relevadas a través de las categorías de Mannheim. El intérprete ingenuo puede comprometerse acríticamente con el vocabulario de las tramas, las argumentaciones formales o las implicaciones, pero en principio no debemos olvidar el carácter instrumental de los mismos, carácter que el mismo White no ha dejado de subrayar.

Naturalmente las “manifestaciones” de superficie del discurso historiográfico, tal como las caracterizan los vocabularios plurales de Frye, Pepper y Mannheim, dependen del conjunto de operaciones “profundas” que articulan tropológicamente el discurso –dependencia que aún no hemos tipificado en forma precisa-. El punto nodal de la teoría whiteana implica entonces en convencerse de que el conjunto de las operaciones discursivas que *parecen* caracterizables en términos de nuestros diversos vocabularios morales, epistémicos y estéticos (ideologías, argumentaciones, tramas) es *re-expresable* en términos de operadores tropológicos que, en tanto que funciones del lenguaje, configuran los diversos planos o aspectos (lexicales, sintácticos, gramaticales y semánticos) de la práctica en cuestión. Que los tropos re-expresan mejor lo que puede ser expresado en otros términos es lo único que justifica la navegación en las aguas profundas de la tropología, por lo que se vuelve necesario postular no sólo la

existencia de profundidades y superficies, sino también de puentes conectivos que expliquen la deriva superficial en términos *re-expresados con mejora* propios de la “profundidad”. Ya he mencionado la justificación “metodológica” de White: una práctica especializada y dedicada al análisis de la discursividad podría eventualmente reclamar prioridad en el análisis de la constitución de los operadores lexicales, gramaticales y sintácticos empleados necesariamente en aquellos vocabularios de superficie. Esto es así en la medida en que aquello que el crítico metahistórico estudia es la manera en la que el historiador mismo emplea y configura operaciones verbales distintivas en esos mismos planos.

“El historiador se enfrenta al campo histórico más o menos como un gramático podría enfrentarse a una nueva lengua. Su primer problema es distinguir entre los elementos léxicos, gramaticales y sintácticos del campo. Sólo entonces puede emprender la interpretación de lo que significa cualquier configuración de elementos o transformación de sus relaciones. En suma, el problema del historiador consiste en construir un protocolo lingüístico completo, con dimensiones léxica, gramatical, sintáctica y semántica, por el cual caracterizar el campo y sus elementos en *sus propios términos* (antes que en los términos con que vienen calificados en los propios documentos) y así prepararlos para la explicación y la representación que después ofrecerá de ellos su narración. Este protocolo lingüístico preconceptual a su vez será —en virtud de su naturaleza esencialmente *prefigurativa*— caracterizable en términos del modo tropológico dominante en que está expresado” (ibíd.; 40).

La tarea del analista del discurso replica así la del historiador mismo frente a sus fuentes y se asemeja a su vez a la de un gramático o intérprete que debe reconstruir la dinámica de sentido de un idioma desconocido. El historiador es un gramático o *intérprete radical*<sup>7</sup> del pasado y el analista metahistórico es un gramático o *intérprete radical* del lenguaje empleado por los historiadores. Antes aún de poder indagar la adecuación, corrección, verdad o plausibilidad de los enunciados proferidos en esa *extraña lengua* debemos ser capaces de identificar las entidades que componen el lenguaje, como punto de partida de las posteriores indagaciones semánticas. La lingüística nos dice cuales *deben* ser las categorías a identificar y nos permite abordar externamente el lenguaje, sin comprometerse con los contenidos o significados mentados en la lengua sujeta a análisis, en la medida que ha desarrollado un metalenguaje que es autónomo conceptualmente respecto del carácter de aquello que el metalenguaje permite abordar. En este sentido se asemeja también al rol del marco teórico del historiador en su relación con la evidencia: la conceptualidad de ese marco es independiente y adscribe una significación heterónoma al conjunto evidencial bajo análisis (lo aborda en *sus propios términos*). Ese era uno de los objetivos que se perseguían en la invocación tropológica (primera sección del presente capítulo): obtener un *vocabulario adscriptor heterónimo*. Lo que se gana en tanto que consideración sistemática y metódica de una práctica discursiva —que eventualmente podría facilitar una traducción o interpretación entre vocabularios disyuntos—, se “pierde” en la medida que la adscripción heterónoma re-expresa el marco de creencias de los hablantes y por lo tanto podría generar tanto dudas específicas respecto de la necesidad

---

<sup>7</sup> Desarrollaré extensamente esta referencia davidsoniana en el capítulo cinco.

conceptual de relevar las intenciones, la racionalidad o el marco de creencias de los hablantes (podría bastarnos eventualmente con la “re-expresión” heterónoma) como posponer indefinidamente la evaluación semántica de las aserciones de los hablantes (“tú crees que hablas de espíritus y fantasmas, pero no se trata más que de átomos y vacío”, “donde el hablante dice «flogisto» debe realmente entenderse...”, “la locución *gavagai* se compromete con...”). La posposición genera un tipo de evaluación que evalúa los marcos de creencia en atención a la configuración específica de compromisos de los hablantes (“creían que había espíritus como un resabio de la estructura mental propia del animismo...”) más que en la evaluación semántica de esos marcos (“pero los espíritus no existen”).

Estamos habitualmente predispuestos a posponer la evaluación semántica de algunos enunciados de los hablantes del siglo XVII, en la medida en que invocan a los espíritus o al flogisto, por lo que la adscripción heterónoma que re-expresa *en sus términos*<sup>8</sup> las creencias de los hablantes (“resabios de animismo”, “re-expresión del azufre de los alquimistas”) nos parece legítima, pero el mismo procedimiento dirigido a lenguas foráneas actuales (ya sea que se trate de alemanes, de académicos de Yale o de pueblos melanesios o amazónicos recientemente descubiertos) o a prácticas disciplinares canónicas y establecidas vigentes en el presente (historiografía) genera inmediatas preocupaciones, en particular si la comunidad bajo análisis está constitutivamente orientada al intercambio verbal en pos de la evaluación semántica de las significaciones intercambiadas. La posposición masiva de la evaluación semántica parece dejarnos sin términos comunes para reconstruir significados, pautas (rationales o no) de interacción, intenciones. Sin embargo dos consideraciones son pertinentes aquí. En primer lugar *todas las comunidades de habla se encuentran orientadas en mayor o menor medida al intercambio verbal en pos de la evaluación semántica de las significaciones intercambiadas*. La diferencia entre creyentes en la existencia de los espíritus, teóricos del flogisto, melanesios, historiadores y los mismos gramáticos es de *grado* y expresa variaciones en el tipo de interacción pragmática (a tal punto que una misma persona puede ser todas esas cosas a la vez). La dimensión semántica del lenguaje es inevitable en tanto es una función constitutiva de la interacción lingüística, por lo que cualquier evaluación (heterónoma o no) que la posponga indefinidamente resultará ser en extremo in-apta como teoría de la pragmática del lenguaje. La predicación en torno a la realidad, la existencia, la verdad, la adecuación, la significación o la denotación tal como se despliega en las comunidades de hablantes es un rasgo inevitable de la pragmática del lenguaje, ya sea que hablemos de dragones, espíritus, flogisto, renacimientos culturales o tropos. Esta misma inevitabilidad, veremos luego, es parte de lo que impide una adscripción heterónoma librada a sí misma. Más aún, la idea de que un modelo puede adscribir significaciones en un mero auto-movimiento teórico por completo desligado de cualquier otra

---

<sup>8</sup> “En sus términos”: no los términos que darían los hablantes respecto de sus creencias, sino los del marco de la creencia tal como son adscriptos heterónomamente por la teoría: re-expresión heterónoma en sus propios términos, independientes de los de los hablantes.

interacción es parte de lo que el recurso a la heteronomía pretende abjurar: no puede existir una comunidad de hablantes que intercambia una jerga incomprensible e “irracional” por completo desconectada del entorno en el que se da esa interacción y por completo desconectada de los decodificadores externos. De lo contrario no habría forma de asegurar, como no sea apelando a una petición de principio, que esa comunidad de hablantes es una *comunidad*, y tampoco tendríamos forma de aseverar que es de *hablantes*.

Puesto que el fantasma de la “desconexión” es eso, un fantasma, la heteronomía de la adscripción es un recurso metodológico destinado a problematizar y llamar la atención sobre los modos en que las comunidades de hablantes están *efectivamente vinculadas a sus entornos*. Articulará por lo tanto un protocolo de evaluación semántica distintivo, en donde quizás pueda problematizarse el recurso a la intencionalidad como instancia decisoria. Pero en absoluto podrá evitar incurrir en la propuesta de criterios para esa evaluación.

En segundo lugar el “experimento” metodológico se propone no para negar la posibilidad de la evaluación semántica sino para problematizarla, llamando la atención acerca del hecho de que la predicación en torno a la realidad, la existencia, la verdad o la significación tal como se manifiesta en la práctica de los hablantes del lenguaje objeto de análisis no puede ser tomada como un baremo en la evaluación semántica *en los términos* del metalenguaje. Cuando el hablante nos dice “espíritus-ahí” o “*gavagai*”, o cuando una fuente judicial nos dice “quemada en la hoguera en virtud de su probada práctica de la brujería”, tanto como cuando un historiador asevera que “las comunidades andinas desplegaron estrategias de acomodación y resistencia al orden colonial”, o cuando un teórico literario dice que “la metáfora es el núcleo de las políticas de identidad”, al intérprete no le basta con los criterios de evaluación semántica desplegados en la práctica del lenguaje objeto (la comunidad melanesia, los fueros de justicia medievales, los historiadores de la época colonial, los tropólogos), ya que son esos criterios los que el intérprete pretende poner en cuestión al desplegar una adscripción heterónoma que los re-exprese. De esta manera de lo que se trata es de obtener una *criteriología de la evaluación semántica «en sus propios términos»*.

Sin embargo, y este es un aspecto que rondará las presentes discusiones de manera permanente, por lo menos hasta la segunda mitad de esta investigación, resulta fundamental que esa criteriología no se desentienda de la segunda consigna estipulada en la invocación a la tropología: la de *reenviar tarde o temprano a una consideración situada del marco de decisiones propias del hablantes, en lo que constituye el cimiento tropológico de la pragmática del lenguaje*. Esto es, la consigna consiste en evitar la idea de que más que hablar uno un lenguaje, uno es hablado por él, o que un autómatas en la forma de una entidad que despliega sus propias intenciones llamada “lenguaje” toma forma y nos manipula o nos engaña. La personificación o la configuración hipostasiada del lenguaje, por medio del permanente empleo del vocabulario

intencional, supone el comienzo de la pérdida de conciencia del crítico heterónimo respecto del carácter instrumental del metalenguaje postulado. Cuando el tropólogo dice “tropos-ahí” sus aseveraciones son posteriormente analizables en términos no demasiado distintos a la evaluación de enunciados como “espíritus ahí” o “*gavagai*”. El recurso al metalenguaje es una forma de intentar re-exresar *en sus propios términos* por atribución heterónoma el espacio de interacción de los hablantes, no una búsqueda alquímica de la realidad última o el contexto omni-abarcativo que otorga sus valencias al resto de las prácticas por él abarcadas.

Con este paradigma *gramatical-instrumental* en mente estamos en condiciones de adentrarnos más profundamente en las elucubraciones whiteanas. Lo que interesa en White es “la estructura profunda de la imaginación histórica” (MH; 9), la manera en la que ésta presenta un conjunto de acontecimientos por medio de una explicación narrativa que funge como paradigma argumental, a la que inhiere, no obstante, un acto de prefiguración poética y lingüística ineliminable regulada por los tropos. Los tropos designan aquí “modos de conciencia” (MH; 10) que proporcionan las bases de articulación de los protocolos lingüísticos que White como gramático e intérprete va a reconstruir.

“El modo tropológico dominante y su correspondiente protocolo lingüístico forman la base irreductiblemente «metahistórica» de cualquier obra histórica. Y sostengo que ese elemento metahistórico en las obras de los principales historiadores del siglo XIX constituye la «filosofía de la historia» que sostiene implícitamente sus obras” (ibíd.; 10).

El modo de conciencia articula la gramática del lenguaje empleado en la obra histórica. “Sostiene” implícitamente sus argumentos. “Constituye” su filosofía de la historia propiamente dicha. De esto se desprenden dos cosas. Por un lado, las habituales querellas entre historiadores profesionales o académicos y filósofos de la historia, querella relevante para la auto-identificación y disciplinamiento historiográfico en el último tercio del siglo XIX, toma como supuesto elemento diferenciador los elementos poéticos prefiguradores y configuradores visibles en las filosofías de la historia del tipo de las de Hegel, Marx o Spengler, sin tener en cuenta que *todas las empresas cognitivas articuladas en el lenguaje ordinario deben recurrir a esos elementos*. De esta manera la diferencia entre historiadores académicos y filósofos especulativos es el grado de explicitación de lo que se encuentra en ambos y, para peor, sugiere un grado de falta de conciencia de los historiadores respecto de lo que anida en su discurso; presencia de la cual los filósofos serían conscientes en la medida en que al menos explicitan aquello que no pueden evitar emplear. Por otro lado se encuentra aquí una re-expresión de la diada silogismo-entimema que ya hemos abordado: “en cualquier campo de estudio todavía no reducido (o elevado) a la situación de auténtica ciencia, el pensamiento permanece cautivo del modo lingüístico en que intenta captar la silueta de los objetos que habitan el campo de su percepción” (ibíd.; 11), pero esta re-expresión se da en términos un tanto desafortunados y que su propio marco de discusiones no requiere. Me explico.

La imaginería del enunciado es inequívoca: en la práctica de “auténtica” ciencia se reduce —y aquí “reducción” no tiene un matiz negativo, sino positivo, de clarificación, al modo en que el silogismo clarifica lo que en el entimema no tiene sino el carácter de lo trunco- el conjunto disperso de entidades que nos entrega la aprehensión primaria del entorno. La formalización o purga del lenguaje ordinario es una función de la “elevación” de la práctica lingüística desde las mazmorras del modo lingüístico “cautivo” en el que “intenta captar” las “siluetas de los objetos”, a la claridad presupuesta en la esquematización de los lenguajes formales. Pero esta es una relectura innecesaria de lo visto en torno a la relación entre entimema y silogismo, en la cual se aprecia menos una “elevación” desde el cautiverio que un tipo de continuidad en la que el vínculo es definible más propiamente como de inclusión de la práctica más específica en la práctica más genérica y extendida. En rigor todo el tiempo estamos apelando a entimemas; *podemos* eventualmente, por cierto tiempo, para determinados fines y propósitos “disciplinarnos” silogísticamente, pero una cosa no es discontinua de la otra, y no debemos olvidar que lo que se disciplina es el discurso, no los procesos de pensamiento que siguen tan anclados como antes en la mixtura inescindible de esquemas y figuras.

Prescindiendo de la imaginería entre elevaciones formales y mazmorras entimemáticas, aún así el significado de la contraposición es fundamental: lo que hace a la “elevación” es la capacidad de desarrollar un metalenguaje desde el cual operar heterónomamente de manera que el caos entimemático tropológicamente informado sea “reducido” a la pureza silogística y donde el punto clave, recuerdo, reside en la incapacidad de la tropología y el entimema en adoptar criterios lógicos en torno a la identidad y el principio de no contradicción. En rigor la tropología y el entimema *sólo pueden funcionar* en tanto manejen un criterio ambiguo de la identidad y se nutren, para mejor administrarla, de la constelación de contradicciones que entrega aquel criterio de identidad ambiguo —volveré a esto en el capítulo séptimo—. Por lo tanto no se trata de eliminar, sino de “gestionar creativamente” la contradicción; en ese punto el entimema y el silogismo rompen lanzas como tipos de prácticas orientadas en un caso a convivir con la contradicción y en el otro a erradicarla, y nos encontramos ante una auténtica divisoria de aguas, entre la “lógica” de la tropología y la lógica de la identidad.

El metalenguaje está en relación con la posibilidad de la formalización y la re-expresión en términos propios, allende el lenguaje ordinario. Ahora bien, en términos genéricos el discurso de historiadores y filósofos especulativos están a la par: ninguno ha desarrollado cabalmente metalenguajes completos que permitan la reducción y purga tropológica. Por lo tanto el criterio de auto-identificación historiográfica no conduce a ninguna parte, y más bien supone lo que tiene que probar: que hay una diferencia sustantiva entre ambas visiones del pasado.

El resultado de estas delimitaciones entre lo esquemático y lo figurativo, lo entimemático y lo silogístico, lo formalizado y lo expresado en el lenguaje ordinario, como punto

de partida de la gramática instrumental del tropólogo aplicada a los lenguajes de la historia es expresado de manera sucinta por White como sigue:

“1) no puede haber «historia propiamente dicha» que no sea al mismo tiempo «filosofía de la historia»; 2) los modos posibles de la historiografía son los mismos modos posibles de la filosofía especulativa de la historia; 3) esos modos, a su vez, son en realidad formalizaciones de intuiciones poéticas que analíticamente las preceden y que sancionan las teorías particulares utilizadas para dar a los relatos históricos el aspecto de una «explicación»; 4) no hay base teórica apodícticamente cierta para afirmar de manera legítima una autoridad de cualquier de los modos sobre los demás como más «realista»; 5) como consecuencia de esto, estamos obligados a hacer una *elección* entre estrategias interpretativas rivales en cualquier esfuerzo por reflexionar acerca de la historia-en-general; 6) como corolario de esto, la mejor base para elegir una perspectiva de la historia antes que otra es por último estética o moral, antes que epistemológica y finalmente 7) la exigencia de cientifización de la historia no representa más que la afirmación de una preferencia por una modalidad específica de conceptualización histórica, cuya base es moral o bien estética, pero cuya justificación epistemológica todavía está por establecerse” (ibid.; 11)

En esta investigación tenderé a leer “al revés” este párrafo, de manera que primero me interesa lo implicado en la “exigencia de cientifización” de un discurso delimitado (7), en este caso el de la historia, como resultado de un conjunto de operaciones tropológicas destinadas a eliminar la disputabilidad figurativa de los términos con miras a su esquematización. Un determinado discurso no contiene silogismos puros, sino que más bien encierra un compuesto inestable de fragmentos argumentales, modos narrativos, soliloquios, tramos dialógicos, exordios, apelaciones a la audiencia y paráfrasis o citas inter-textuales. La depuración del discurso a favor de uno de estos modos o el intento de reglar las secuencias de los mismos no obedece a la naturaleza de la “realidad”, sino a los modos de darse del lenguaje, para los cuales una elucidación fundamental consiste en definir el lenguaje de una manera tal que no impida la captación plural de esos modos. En términos genéricos podemos analizar esos modos de dos maneras primordiales (canónicas): considerando las efectuaciones lingüísticas como un proceso o como un producto. En términos de proceso deberemos reconstruir la situación de los hablantes y esto reenviará a los contextos de habla que delimitan los espacios de interacción verbal. Esos contextos delimitan *lo que puede o no puede*, en un sentido moral, hacerse. En términos de producto podemos reconstruir el variado catálogo de articulaciones efectivas de los modos verbales, donde apreciaremos el uso constante de los símbolos elegidos y la significación atribuida en ese uso formulaico y recurrente, convencional. Esos usos estructuran una poética y una simbología analizable en términos poéticos (lo moral en términos de proceso de interacción y lo estético en términos de recurrencia poética, se expresan en el punto 6).

Pero estos modos instrumentales de analizar el lenguaje no deben hacernos olvidar el aspecto ineliminable, pragmático, instanciado en las intenciones de los hablantes (5), resaltando el matiz decisorio, electivo, de los modos empleados. Esos modos articulan una realidad para los hablantes, pero esa realidad no entrega los criterios de evaluación semántica *para nosotros*. Por el contrario, debemos desarrollar criterios heterónomos de adscripción de valencias semánticas,



una perspectiva metalingüísticamente válida desde las cuales arbitrar entre esos distintos “realismos” ninguno de los cuales es *a priori* más cierto que el otro (4). Entender cómo funciona genéricamente el lenguaje (7 y 6) y el aspecto interactivo, pragmático del mismo (5) así como sus consecuencias para la evaluación semántica (4), nos permite atender a las efectuaciones prácticas de todas estas determinaciones, en la forma de “explicaciones”, aserciones, creencias acerca de un dominio dado -en este caso, el pasado en común- (3). Los géneros de explicaciones y creencias pueden consolidarse en matrices institucionales o espacios de prácticas consolidados que validan y autorizan, o impugnan y deslegitiman diversos modos o géneros que no satisfacen los criterios adoptados. La consideración de este proceso supone un tipo de análisis de las “políticas disciplinares”, que en este caso ponen en relación lo historiográfico con “lo otro de lo historiográfico”, la “nefaria filosofía de la historia” (2 y 1). El tramo que lleva de (7) a (3) muestra el aspecto común de las distintas prácticas orientadas a la producción de una imagen verbal del pasado. La producción de visiones alternativas e indecidibles en términos de los lenguajes objeto, es arbitrada de antemano por intermedio de políticas disciplinares que han legitimado un género (la historiografía) a expensas de otro (la filosofía especulativa de la historia) sobre la base de una política disciplinar determinada. Las políticas de la auto-identificación historiográfica han prejuzgado un sentido de la realidad histórica que habilita ciertas prácticas y desautoriza otras, como resultado de elecciones en torno a ciertos modos en que la interacción verbal puede darse.

La política disciplinar ha redundado por lo tanto en la adopción de lo que no son sino opciones en una gama variada, pero a las que se les ha conferido el status de lo “natural”, intrínseco y propio del dominio bajo análisis. La auto-limitación historiográfica a ciertos cánones de la expresión lingüística, la adopción convencional de cierto protocolo gramatical histórico – por ejemplo en términos de las argumentaciones formales contextualistas, la variante menipea de la sátira o la dispersión irónica del campo de secuencias de eventos analizadas con una implicación ideológica que redundaba en la aceptación y legitimación de lo ocurrido como necesario, en convergencia con el conservadurismo o el liberalismo *statusquoista*- son puestas bajo análisis al término de la tarea interpretativa de base de White en torno a la gramática de la historia. En ese análisis se nos recuerda que el compromiso de los hablantes acerca de la realidad de lo que trata lo hablado no regula un sentido de realidad para el analista ni lo compromete con los términos de los hablantes. Parafraseando a Quine, vemos el aspecto inherente al compromiso ontológico expresado en el lenguaje de aquellos con quienes no compartimos los compromisos, al caracterizarlos *como* compromisos<sup>9</sup>. Pero los *vemos como*

---

<sup>9</sup> En cuanto a la noción de *compromiso ontológico* deseo aclarar lo siguiente. La filiación terminológica es inequívocamente quineana, y designa el compromiso de los hablantes o usuarios de una teoría o práctica lingüística hacia los objetos que han de admitirse como existentes cuando aquella se considera verdadera. Sobre el punto véase Quine (2002: 39-59). Ciertamente la idea de compromiso ontológico en Quine comporta “una confusión entre el compromiso existencial, por un lado, y una expresión de satisfacción con una forma de hablar o práctica social, por el

*compromisos en el momento en que las consecuencias ontológicas de la expresión divergen.* Nos damos cuenta que se han comprometido con espíritus, flogistos o brujas porque nosotros no creemos en todo eso (¿o sí?), porque vemos la expresión de esas creencias *como* compromisos, y procedemos posteriormente analizando la diferencia entre la *actitud* relevada en el acto de comprometerse y el *contenido* con el que se compromete el creyente, realizando con eso un ejercicio de análisis externo del tipo de realidad expresada en la creencia. Por el contrario nuestra actitud natural hacia nuestras propias creencias no es la de *verlas como* compromisos con una ontología dada. Por decirlo en términos brutales: ontología es la de los otros, compromisos *tienen* los otros. Nosotros *estamos en* la realidad y cualquier profundización en torno a esa idea no derivará más que en una re-expresión y duplicación de los compromisos que no vemos como tales.

En este sentido la apelación a la “evidencia” expresada en términos del vocabulario comprometido con una ontología dada no es evidencia que arbitre en absoluto entre ontologías divergentes, y es la incapacidad de arbitraje alguno en el marco de ese lenguaje el que genera la necesidad de articular un metalenguaje que “re-exprese” en sus propios términos la evidencia, metalenguaje que por definición tendrá la capacidad de *poner entre paréntesis* las extensiones semánticas de los hablantes en tanto pretenden presentarse como criterios de evaluación *tout court*.

El problema específico que surge en el caso del análisis del lenguaje y los compromisos ontológicos de los historiadores es el tipo de continuidad o proximidad que hay entre intérpretes y “nativos” (historiadores), que es de una naturaleza distinta a la que hay entre intérpretes (antropólogos, historiadores, gramáticos de lenguas foráneas) y sus respectivos “campos”: no somos melanesios, medievales o *swahilis* y aunque el tipo de perspectiva externa propia de las empresas interpretativas como la antropología puede ser aplicada a nosotros —y de hecho eso es lo que hacen la mayoría de los antropólogos—, *parece* haber un grado mayor de continuidad entre el tipo de creencias que constituye *una realidad* para los historiadores y el que la constituye para *nosotros* (el nosotros del intérprete del lenguaje historiográfico) que la que hay entre el *nosotros* interpretativo y los *swahilis* o los melanesios o los medievales. Aunque una total continuidad y una total discontinuidad son imposibles, y es ese relativo grado de solapamiento y divergencia lo que posibilita tanto que haya una divergencia que amerite “traducción” e interpretación, como que seamos capaces de reconocer en los otros a personas que tienen creencias, lenguaje y “realidad”, es decir, como “otros” en un sentido relevante (volveré a esto en el capítulo cinco), el problema del lenguaje de la historia como un “otro” parece especialmente viscoso.

---

otro” (Rorty, 2007; 139). Por el momento dejo explícitamente irresuelta la cuestión, aunque la retomaré en los dos últimos capítulos de la tesis.

Resulta en algún punto imposible terminar de poner entre paréntesis el sentido en que se constituye una realidad en el discurso historiográfico, imposible al menos para nosotros en tanto hijos de una época que no ha terminado de romper con el *dictum* del siglo XIX de que *la historia es la realidad*, de que la realidad se manifiesta primariamente en la historia. Nos encontramos en la situación un tanto paradójica del analista que *quiere poner entre paréntesis la idea misma de poner entre paréntesis*. Bucear en la profundidad del discurso de la historia implica bucear en nuestra propia profundidad. A tal punto es así que por momentos la postulación de la tropología como una forma de lograr *poner entre paréntesis el sentido de la realidad como historia* se compromete con la idea de definir lo que son los tropos yendo para ello a recabar los diversos contextos de aplicación de los tropos, edificando así una historia de la tropología para entender la tropología de la historia.

La circularidad de la empresa puede ser virtuosa, y a la demostración de su virtud se dedican estas páginas, pero para ser reconocida como tal (como virtuosa), debe ser reconocida igualmente como tal (como circular). He dedicado esta sección a tematizar los tránsitos resbalosos entre vocabularios manifiestos en cualquier lenguaje, atribuciones heterónomas, la tarea externa de la interpretación y las orientaciones pragmáticas “internas”, entre historia y tropología, entre procesos y productos, porque en esos tránsitos se plantea en toda su plenitud el problema de la realidad de la historia cuando se cuestiona el punto en que la historia *nos* construye una realidad, un mapa de coordenadas al que no hemos terminado de renunciar en este siglo XXI.

El punto al que conduce la tesis de White pone en cuestión el recurso o expediente al predicado “es real” o “es históricamente verdadero en función de la evidencia” como forma de legitimar externamente, heterónomamente el lenguaje objeto de la historia. Con el empleo de esos predicados colapsa todo metalenguaje que intente situarse a una distancia metodológicamente útil respecto de su objeto de análisis. En la medida que apelemos a esos predicados no habremos terminado de caracterizar el lenguaje de primer orden en los términos propios de un metalenguaje.

Por lo tanto la labor metahistórica propiamente dicha comienza cuando se han abierto los paréntesis (¿para alguna vez cerrarlos?) que eliden el recurso a los *predicados de colapso metalingüístico*. Sólo una vez que aceptamos el *recurso parentético* podemos inmiscuirnos con toda libertad en el procedimiento metahistórico propiamente dicho, a lo cual se abocará la siguiente sección. La apelación al modelo de profundidades y superficies que regulan el tránsito de (7) a (1) tiene por principal finalidad justificar la articulación de los paréntesis –tropológicos– como vía de problematizar la idea misma de una realidad informada históricamente y que es resuelta por la sola apelación a lo que la propia configuración histórica de la realidad nos provee. La apertura tropológica de los paréntesis que *detienen la apelación a los predicados de*

*colapso metalingüístico* opera una escisión entre la superficie del lenguaje objeto recabado por vocabularios alternativos y la profundidad tropológica que la informa. Pero como todo paréntesis, el mismo no encuentra su última significación en un sentido auto-contenido dentro de los paréntesis. El valor de la brecha metodológica abierta solo puede justificarse ahondando en lo que problematiza, en lo que detiene, en lo que indaga. La articulación de una arquitectura plural no puede justificarse en sí misma, y ese aspecto circular está explicitado en el mismo modelo. Cualquier otra postura sería engañosa y estaría recurriendo subrepticamente a los predicados del colapso metalingüístico. Por lo tanto el valor de esa articulación no será otro que el que se derive de la riqueza de sus resultados interpretativos, por lo que la legitimidad del recurso no podrá establecerse hasta que no veamos a la propuesta arquitectónica metahistórica en funcionamiento.

#### d) *Metahistoria propiamente dicha*

La introducción a *Metahistoria*, denominada como “poética de la historia” nos exige recabar el sentido de lo “poético”, que en opinión de White remite a un “uso constante del lenguaje”, una estabilización conductual que permite analizar la recurrencia de los contextos de expresión verbal (White, 2000; 395). Como se ha adelantado, esto admite una doble inscripción, del uso en el contexto del habla, y de los contextos en sus géneros recurrentes. Lo primero conduce a un modelo procesual de la comunicación. Lo segundo facilita la derivación de modelos, ejemplares que articulan una tipología. Aunque no es eso todo lo que hacen, las propuestas teóricas de Roman Jakobson y Northrop Frye ofrecen buenos modelos de esas respectivas orientaciones y no resulta en absoluto casual que la propuesta metahistórica de White implique una relectura muy personal de ambas figuras clave de la teoría literaria del siglo XX.

En un artículo de 1975 dedicado al problema del cambio en la teoría literaria White (White, 1975) ofrece preciosas indicaciones del tipo de tarea que tiene en mente, tarea en la cual el paradigma del teórico literario es puesto en primer plano. En su labor, el teórico literario tiene que poner en relación un conjunto disímil de elementos con vistas a producir un significado crítico distintivo. Convergen en el campo artefactos verbales materialmente definibles (textos), artistas, comunidades de artistas, audiencias particulares, público en sentido amplio, contextos (“el” contexto, “el contexto histórico de emergencia de la obra”) (ibíd.; 101). El problema de la crítica literaria es que pretende establecer relaciones jerárquicas entre esos elementos, por lo que las endémicas luchas entre corrientes teóricas pueden entenderse como la elección entre alternativas conceptuales, consistentes ora en la promoción de la intencionalidad del artista (en la corriente subjetivista de la crítica, que en su límite articula una estética del “genio” o que redundaba en consideraciones psicologicistas o biográficas), ora en la remisión directa o indirecta al contexto como clave interpretativa (por ejemplo en la crítica

marxista que inscribe la obra en el contexto de la lucha de clases, tanto como en la corriente hermenéutica vinculada a la precedencia de sentido asentada en la tradición). También es posible tomar como unidad de análisis un género (la comedia, de Aristófanes a los hermanos Coen), una época (el romanticismo) priorizando comunidades de artistas (como codificadores) o paradigmas de recepción (audiencias). Un último gesto crítico puede priorizar la inscripción material del texto por sobre cualquier otra consideración, posponiendo el relevamiento de intenciones, géneros, “genios”, audiencias o contextos: esa prioridad conduce en la dirección del formalismo como rastreo de las operaciones y funciones puramente verbales que articulan la expresión literaria.

Lo que resulta insatisfactorio en todo esto es la manifiesta unilateralidad del procedimiento: ¿por qué ser formalistas en detrimento del contextualismo? ¿por qué prescindir de la estética del genio priorizando comunidades de recepción? White encuentra una forma viable de salirse de este *impasse* recalando en el modelo multi-funcional de Jakobson en el cual *todos* estos elementos son invocados a la vez. Se recordará que en este muy difundido modelo se prescribe la existencia de seis elementos (emisor, receptor, mensaje, código, canal y contexto) y seis funciones lingüísticas (expresiva, conativa o apelativa, poética, metalingüística, fática y referencial) al cumplimiento de las cuales se orienta el uso del lenguaje, con el habitual predominio de alguno de esos elementos. Ningún uso lingüístico puede evitar la presencia de los seis elementos, pero la orientación conductual puede jerarquizar los tipos de relación entre ellos. Cuando el lenguaje es utilizado como modo de expresión de estados de creencia se prioriza al emisor. Cuando versa sobre estados de cosas en el modo de la aseveración constatativa prima la función referencial. Cuando se intenta llamar la atención acerca del código empleado para significar, el lenguaje es usado en su función metalingüística. Cuando el hablante busca una “reacción” en su audiencia en el modo de la retórica clásica se recuesta sobre la función conativa o apelativa. Finalmente cuando el uso lingüístico intenta llamar la atención sobre sí mismo –su contenido, tema o mensaje– el lenguaje está siendo utilizado en su función poética.

Esta definición de lo poético no es enteramente concordante con la precedente (“uso recurrente de la expresión”), pero podemos ignorar ahora este punto, aunque reaparecerá más adelante. Lo que White obtiene de este modelo son cinco enseñanzas clave:

- 1- La operación lingüística es primordialmente de *mediación*, entre contextos, obras, expresiones y audiencias, hablantes y receptores. Los tipos de conexiones de cualquier obra suponen la existencia de un *código* en el que se manifiestan esas operaciones de mediación. De este modo White afirma que cuando un historiador articula una obra histórica, la misma representa un intento de mediar entre “el *campo histórico*, el

*registro histórico sin pulir, otras narraciones históricas y un público*" (MH; 16), siguiendo a todas luces la idea del *modelo de mediación* de Jakobson.

Entendemos la función del "campo histórico" cuando apreciamos que remite a la contraposición entre generalidad y concreción y entre el polo de la comprensión y el polo informativo en Lévi Strauss (el modelo que el antropólogo presenta en *La Pensée Sauvage*). El campo histórico es la extensión de particulares que se sitúa ante el historiador como el campo literario ante el historiador de la literatura, como una suma de particularidades concretas que se materializan en "obras dispersas" (en literatura, las obras mismas). Esas particularidades pueden generar la ficción de una crónica o serie de sucesos derivada de manera "natural", pero no debemos olvidar que "la crónica es una ficción que permite al historiador actuar *como si* hubiera hallado un universo de datos que sus teorías pueden luego modelar en un cuerpo de conocimiento seguro" (White, 1975; 103). La constitución del "registro sin pulir" como campo modelado criteriología y ficcionalmente tiene por objeto respetar la distinción que todo teórico literario debe realizar entre el campo de la expresión verbal y el registro literario, en el cual debe tomar una decisión previa acerca de qué se considera como literario al interior del universo extenso del comportamiento verbal. *Ab initio* rige una estipulación categorial que distingue literatura (*La chanson de Roland*) de lo que no lo es (los *graffitis*, las expresiones de dolor, mis gruñidos matinales). Esa estipulación es *prefigurativa*, en el sentido de que antecede toda vinculación entre objetos de un dominio que, por la naturaleza entimemática y no esquemática de la disciplina en cuestión, solo puede ser figurativa (no silogística). Nos indica el tipo de entidades que se considerarán aptas y dignas de ser puestas en relación, como pertenecientes al conjunto dominio al cual se aplicarán las funciones figurativas (y eventualmente esquematizadoras) propiamente dichas.

La distinción puede parecer oscura sólo en tanto y en cuanto no captemos nuestra identificación actual "de sentido común" de la historia como el dominio total de eventos en el tiempo (lo cual no dejaría *nada* afuera), pero la analogía se aclara cuando ejemplificamos con un tipo de historia en concreto (la historia literaria misma, la historia económica, etc.). El crítico literario o un historiador de la economía puede impugnar un determinado evento u obrar ("eso no es literatura", "eso no es historia económica"), entendiendo que el mismo fracasa en cumplir con las estipulaciones categoriales que han configurado su dominio y su interés disciplinar hasta allí ("el *zaum* no es literatura", "las afecciones psicológicas de los ministros de economía no son parte de la historia económica", "las tablas alquímicas no son química orgánica"). Aunque el interés disciplinar puede haberse ampliado lo suficiente como para haber legitimado "La historia del chocolate" o "La historia de los mateos" como proyectos de indagación válidos, no debemos olvidar la importancia conceptual consistente en la explicitación de la decisión de incorporar esas inquisiciones. Si algo se incorpora es bajo la aplicación de algún criterio ("no puede dejarse *eso* afuera") que eventualmente estipule patrones que delimiten aquello que no merece ser

incorporado. En el ejercicio de limitación, de sostén fronterizo se prejuzga prefigurativamente el conjunto categorial que va a vincular un *campo* con un *registro*, como paso analítico previo a las operaciones propiamente figurativas. Sin criterios no hay campo que no sea registro, y por ende no puede haber figuración, y finalmente termina no habiendo ningún sentido de una realidad figurada en el lenguaje.

Pero el hablante no está sólo en el mundo, en el encierro solipsista de sus determinaciones. Más bien adviene o se incorpora a un proceder extendido que le precede y al que puede (o no) afectar con su propio obrar. El universo de otras emisiones significativas (el universo de las *otras narraciones históricas*) entra en la consideración, así como también el contexto de recepción, la audiencia a la que se dirige la emisión. Entre el artista y su audiencia hay entonces una doble conexión. Si Jakobson “refina la noción de campo literario” es porque distingue entre el modo de contacto del artista con su audiencia por mediación de un mensaje con un contenido cognitivo identificable y el modo de contacto por el código que vincula en conjunto a artistas; audiencias y obras como elementos al interior de un contexto histórico más amplio (White, 1975; 106). La conexión “horizontal” entre emisores y receptores por intermediación del mensaje, se completa con la conexión “vertical” que vincula a esos tres elementos con el contexto por intermedio del código. Esta conexión vertical es expresada por White como un modelo de mediación en el cual se vincula “la conciencia humana con el mundo que habita” (ibíd.; 109). Esta doble conexión es complejizada cuando atendemos a la estipulación de Jakobson de la función poética como la orientación autotélica de la expresión literaria (“pretende llamar la atención sobre sí misma”). Esta estipulación, entiendo, prejuzga la naturaleza de lo literario, y para peor lo hace de un modo inconveniente en la medida en que no es más que la re-expresión de la concepción romántica de lo literario (que iguala lo literario a lo auto-télico, endo-orientado y auto-determinado), en violenta contraposición con la orientación realista y contextualista en la consideración literaria<sup>10</sup>, pero podemos hacer caso omiso de ello por el momento.

- 2- Como constelación de mediaciones las operaciones lingüísticas permiten comprender la dinámica del cambio, la innovación y la recurrencia en los usos lingüísticos y permiten caracterizar las rupturas y discontinuidades en los espacios de prácticos como redefinición de los criterios invocados para categorizar y prefigurar el campo en cuestión. La discontinuidad percibida en el ámbito de los fenómenos es re-expresable en términos de una reformulación de la gramática y la sintaxis de los usos lingüísticos. Se

---

<sup>10</sup> Invocar el paradigma mismo de la visión romántica para generar una visión integradora de la crítica literaria, crítica que incluye entre sus orientaciones divergentes al romanticismo autotélico y al realismo contextualista es menos un ejercicio teórico profundo que una re-expresión portentosa de la propia preferencia, al costo de que arbitra de buenas a primeras aquello que está en discusión y para lo cual se proponía en primera instancia aquella visión integradora.

trata de un modelo que *sitúa en sus propios términos* el ámbito en el que se instancia la dinámica en la pragmática del lenguaje.

Vale decir, un defecto de muchas teorías de la dinámica literaria es que no pueden estructurar apropiadamente una secuencia conceptual que permita comprender la continuidad tanto como el cambio. El contextualismo y el realismo "materialista" vuelven difícil la comprensión de un cambio propiamente literario. El formalismo o la estética del genio vuelven azarosa la captación de continuidades. Esta mirada permite, al contrario, una relectura de las implicancias del par cambio-continuidad al interior de un tinglado extendido que abarca tanto a los hablantes y agentes como a las audiencias, los códigos, los mensajes y los contextos socio-históricos y constituye con él una matriz de significación inclusiva. Cuando el cambio acontece, es porque un cambio significativo en la codificación que media entre los elementos pertenecientes a la matriz se ha desplegado. Los cambios en la codificación son una vía de entrada metodológica de primordial importancia, sin por ello hacer depender todo cuanto cambia del código en sí mismo.

- 3- La mediación lingüística supone siempre una situación *tensiva y aporética* entre el contenido cognitivo y los modos figurativos que modelan el mensaje. La mejor comprensión de la sub-analizada noción de "estilo" puede perfeccionarse a la luz del papel de estas tensiones en la operación lingüística ordinaria. Se trata de un *modelo tensivo*.

El desarrollo posterior en White de las afinidades entre esos aspectos y modos figurativos encuentra una base conceptual en este modelo y ayuda a entender tanto los motivos del cambio (desajustes y tensiones inherentes a los "estilos") como el interés específico de cada obra en la administración de esas cargas contradictorias. Que algo propio de la subjetividad codificadora se expresa en la tensión entre contenidos y modos figurativos y en la administración de los espacios de mediación es algo que puede considerarse una derivación admisible del propio modelo procesual de Jakobson.

- 4- El modelo provee una secuencia históricamente dinámica de la sucesión de modos hegemónicos de significación. En Jakobson la secuencia lleva del romanticismo metafórico al realismo metonímico y luego reacciona y reactúa en el simbolismo metafórico en el cambio del siglo. Con ello el modelo provee una *mirada sinóptica dinámica* del recorrido de la expresión verbal.

Aunque White posteriormente objetará la superficialidad de esta secuencia, en la medida que no alcanza a comprender la riqueza de las transiciones, modos mixtos y efectuaciones divergentes que entrega la historia de la literatura, retendrá el *gesto* teórico de



Jakobson: un modelo formal *puede* entregar una visión sinóptica e integradora de un recorrido histórico sustantivo, re-expresado convenientemente, sin perder nada de su potencia formal.

- 5- Estas extensiones no comprometen la virtud esencial del modelo, que reside en reflexionar en la expresión verbal *en sus propios términos*, sin reenviar a un dominio "originario" o fundamental, de índole metafísica, ni disolver ulteriormente el ámbito de problemas en sí mismo. Se trata de un modelo esencialmente *no reductivo*.

Los "enemigos" de esta virtud son la orientación metafísica por un lado, y el reenvío naturalizado a una pura pragmática de la expresión verbal. Lo primero disuelve la especificidad de lo literario en otra especificidad (por ejemplo la metafísica originaria del Ser). Lo segundo destruye la idea misma de especificidad. El modelo de Jakobson apunta a construir un género de interpretación del comportamiento verbal que dé sentido a la idea de un carácter diferencial de lo literario.

Me he extendido en este párrafo contrastado por la lectura que White hace de Jakobson porque entiendo que cualquier lectura de *Metahistoria* tiene que explicitar la importancia de estos elementos propios de la influencia jakobsoniana: el uso del lenguaje es susceptible de una re-expresión ventajosa si suscribimos a este *modelo de mediación*, que *sitúa en sus propios términos* el estatuto de la dinámica en la pragmática *tensiva* del lenguaje y que, por añadidura, provee una *mirada sinóptica dinámica* del recorrido de la expresión verbal, en una clave *no reductiva*.

En la visión del lenguaje como mediación se enfatiza tanto su carácter instrumental, su poder constructivo como su irreductibilidad a otro dominio (ibíd.; 109). La estipulación de un "campo histórico" es el producto de la definición en el código de cuáles son los contextos relevantes, las audiencias, los "artistas" o agentes y las obras (en el sentido de "los obrares", las acciones al que el término "obra" hace originariamente referencia) que pueden ser tenidos en cuenta (ibíd.; 110). Este conjunto de influencias no pasará desapercibido para muchos de los críticos de White, pero ahora me interesa mostrar cómo se instancian en la propuesta concreta de White.

Siguiendo a White, el conjunto de mediaciones con las que trabaja el historiador remeda hasta cierto punto las operaciones propias del crítico literario (y ambas a su vez semejan las operaciones meta-críticas del tropólogo; cfr. Kellner, 1980). Los niveles conceptuales de la obra histórica son cinco: "1) crónica; 2) relato; 3) modo de tramar; 4) modo de argumentación; 5) modo de implicación ideológica" (MH; 16). Es importante recordar que estos niveles no designan una cronología del proceso interpretativo propio de la mediación historiográfica: no son "fases temporales", sino conceptuales, lo que no debemos olvidar en atención a las críticas venideras referidas a estas distinciones. Los dos primeros niveles remiten sin más al horizonte

de la crítica literaria como la hemos trabajado hasta aquí. La crónica es la mención verbal del trasfondo u horizonte informativo de Lévi Strauss, entendido como registro de particularidades concretas en la forma de enunciados singulares acerca de eventos temporo-espacialmente definidos. La noción de evento misma es problemática y reenvía sin más a las discusiones acerca de la realidad de lo mentado en el discurso (y acerca de qué puede tomarse como dato primario o punto de partida conceptual), pero la estrategia de White es doble: por un lado se recuesta en la distinción entre acontecimiento y hecho que toma de Danto (White, 2000; 397), en la cual los “hechos” son los acontecimientos bajo descripciones, siendo estos últimos “ocurrencias” en el tiempo y el espacio. El problema con esta definición es que es circular: necesitamos saber qué es una ocurrencia, qué significa “ocurrir”, qué entendemos por tiempo y espacio y así sucesivamente. Por el otro una noción de evento se estabiliza como remisión a un tipo de vocabulario para el cual la mención del tiempo y el espacio en el que ocurren basta como principio de descripción inicial (White, 1987; 5). El “vocabulario del evento” es aquel en el cual explicitar las coordenadas temporales y espaciales de acuerdo a pautas convencionales es toda la “interpretación” requerida. Cuando empleamos ese vocabulario quedamos satisfechos al cumplirse el señalamiento posicional, luego de lo cual no queda más nada por hacer. Esto remite menos a una contraparte metafísica que a un proceso de fijación de sentido en el cual ese vocabulario cumple un rol determinado convencionalmente, el cual consiste en responder en un sentido “lato” a la pregunta “¿qué ocurrió?”. Esta interpretación es consistente con la intención primigenia de White de problematizar y discutir el conjunto de dicotomías que sientan las bases de toda concepción “realista” ingenua, proyecto encarado no con el objetivo de negar la realidad, sino de impugnar la ingenuidad. A la vez es coherente con el movimiento recurrente de vincular los distintos vocabularios de relevamiento discursivo a distintos tipos de preguntas (MH; 18), lo cual reenvía a una caracterización que recuperaremos más adelante: el de la relación de los vocabularios con prácticas de interacción orientados dialógica e interrogativamente.

La *crónica* (o el *anal* en White, 1987, de aquí en más CDF; 1-25) representa la expresión *ingenua* de la mera sucesión temporal, en términos del vocabulario de eventos. En este vocabulario nuestra perspectiva de sentido queda ahíta con la mera mención de la proyección del tiempo sobre la sombra de los acontecimientos. Sin embargo conceptualmente este vocabulario patentiza un tipo de operación fundamental, ya que allí se expresan por primera vez los protocolos de significación que proveen los criterios que habilitan o inhabilitan la inclusión de lo registrado en un campo o dominio de análisis específico. Una crónica “ingenua” de la historia de la literatura no lo es tanto en la medida en que prejuzgará y traficará un concepto de lo literario por el mero ejercicio de su criterio de inclusión y exclusión de lo que *merece registrarse* del registro histórico. La función de *merecer* no es propia del registro, sino un

resultado del criterio que lo constituye en un campo propiamente histórico. Sin embargo este nivel no es más que una preparación conceptual para subsiguientes pasos.

Construir un *relato* supone categorizar y otorgar un relieve que jerarquiza las ocurrencias en términos distintos a los de la mera temporalidad. El operador por excelencia de la narratividad asociada al relato es la *intelección conjunta* de un tema, un agente, una acción, obstáculo o *peripeteia* y una voz narrativa en un tono definido (CDF; 6). La voz narrativa confiere un punto de vista al relato y lo sitúa como un acto de habla en el horizonte pragmático de la expresión verbal (MH; 83). Esa intelección conjunta no es más que la aplicación de la terminología crítica de Kenneth Burke (Burke, 1965), que parte del reconocimiento de cinco elementos gramaticales (escenario, agente, acto, agencia y propósito) presentes en toda representación literaria de la realidad. No necesitamos extendernos aquí acerca de la toma de distancia de White respecto a Burke (MH; 25n), pues basta con asegurar que White invoca estos elementos meramente para mostrar cómo su presencia es un indicio de que hemos traspasado el umbral de la “mera crónica” en la dirección de una configuración narrativa del campo histórico que exige otras preguntas y otros vocabularios allende el de eventos.

La tematización y la remisión a un sujeto narrativo son las operaciones propias de la concesión de un carácter dramático al relato que puede ser captado y decodificado sinópticamente. El obstáculo o convergencia y divergencia de acciones, intenciones y propósitos prepara la puesta en intriga, en tanto para caracterizar a un evento o acción como un obstáculo debemos poner en relación a unos elementos del relato con otros, establecer una red que por refuerzo, reiteración y elisión (eliminación de tramos intermedios considerados “no significativos”) otorga un relieve característico a la secuencia articulada primariamente –reitero, “primariamente” en términos conceptuales, analíticos, no como momentos reconocibles o etapas de la labor historiográfica- como una crónica. La secuencia genérica del relato es la de inicio-medio-fin, donde el punto nodal indicativo de los elementos formales del relato es por lo general el inicio: ¿por qué comienza *aquí* el relato y no *allí*? Sería inconveniente comenzar una *Historia de Inglaterra* con la formación del Sistema Solar o con la II Guerra Mundial, aunque para ciertos fines podría intentarse. Lo relevante es que cuanto más apropiado sea el inicio a los fines de la individualización del tema y del sujeto implicado en el desarrollo narrativo, más sencilla será la decodificación del sentido atribuido al relato como un todo. Los relatos de intrigas palaciegas comienzan en palacio, así como los cuentos acerca de cómo el osito se perdió en el bosque se inician no demasiado lejos de la foresta. Cuando no es así es porque nos encontramos o bien ante un narrador incompetente o bien ante una trama cuyo significado primario se juega en la frustración de nuestras expectativas convencionales.

White avanza en su teoría de la obra histórica siguiendo estas indicaciones hasta toparse con el punto en que la noción misma de relato como “proceso diacrónico *completo*, sobre el

cual podemos hacer preguntas como si nos enfrentáramos a una *estructura sincrónica* de relaciones” (ibíd.; 17) exige precisiones acerca de los modos en que los relatos adquieren formas discernibles típicas. El relato como tal no es más que una indicación genérica de la necesidad de una mirada a-cronológica, recapituladora, que revierta la temporalidad en su sentido cronológico, y aprecie el conjunto de eventos como un espectáculo unificado temáticamente del cual pueda extraerse una conclusión, sentido o “morableja” que sean las que dan sustento al acto de habla como emisión dirigida con algún propósito a otros.

Las formas de codificar y decodificar de manera “recapituladora” están culturalmente disponibles para los hablantes y es en ese sentido que la mirada de White se desplaza subrepticamente del énfasis procesual heredado de Jakobson al énfasis inventarial, anatómico o taxonómico de Frye. El acto de lectura es descompuesto en el catálogo de identificaciones y expectativas que en la decodificación interactúan con las intenciones codificadoras. La atribución de significado en la decodificación está regulada por preguntas del tipo “¿Qué significa todo eso?”, para responder a las cuales se proponen tipos alternativos mutuamente irreducibles de identificación textual. Esos tipos son los de las instancias 3), 4) y 5), los modos de explicación por la trama, por la argumentación formal y por implicación ideológica de Frye, Pepper y Mannheim que ya hemos venido surcando.

La lógica de la interrogación entonces es de un tipo según nos preocupe el aspecto informativo o de relevamiento causal de ocurrencias (y se contesta por medio de aserciones formuladas en el vocabulario de eventos propio de la crónica o anal) o según nos interese el juicio sinóptico de ese mismo relevamiento. En este último caso el vocabulario de las estructuras de trama de Frye nos provee un primer tipo de respuesta. White no ignora que ese vocabulario está diseñado para relevar obras literarias cuyos componentes fácticos son ficcionales. “Las obras históricas están hechas de hechos que existen fuera de la conciencia del escritor” (ibíd.; 17n), concede, pero es justamente ese hecho el que da aún más valor a las distinciones entre crónica, relato y trama, ya que en la literatura imaginativa y autoral estas diferenciaciones colapsan pronto unas con otras sin llegar a interpelar vivamente nuestro sentido de realidad (o no es en su colapso que se nos genera literariamente una interrogación relevante acerca de la realidad de nuestro entorno). Por el contrario la dificultad de sustentar de manera no circular la distinción y a la vez la necesidad que tenemos de ella nos confrontan a un escenario *tensivo* mucho más rico en el caso de la literatura no imaginativa entre cuyas modalidades se encuentra la historiografía.

Por otro lado la apelación a las tramas no es dogmática. White la justifica en tanto le resultaron especialmente útiles para el análisis de obras historiográficas que emplean modos narrativos convencionales y simples. “Los historiadores en general, por críticos que sean de sus fuentes, tienden a ser narradores muy ingenuos” (ibíd.; 19n). Por lo tanto las estructuras de

trama del romance, la comedia, la tragedia y la sátira resultan adecuadas para analizar los modos convencionales de tramar y los tipos de alegorías que instancian. El *romance* es un drama de auto-identificación centrado en la figura del héroe, cuya trascendencia, apartamiento y retiro respecto del mundo de la experiencia ordinaria supone un tipo de énfasis en los estados atribuidos a la individualidad cualitativamente diferenciada del sujeto del relato, en contraposición a un entorno ordinario o vagamente definido. Las proyecciones del héroe, a su vez, permiten la idealización de un espacio virtual en el cual esa cualidad distintiva del individuo pueda plasmarse en un ser con otros, aunque por lo general el *romance* se articula con la tragedia en la demostración de la imposibilidad de que tal cosa ocurra. Habitualmente lo que el *romance* hace es *proyectar* los valores cualitativos del agente postulado, articulando una idea genérica del bien contrapuesta dicotómicamente a los escenarios del mal que impiden su realización.

Mientras que el *romance* es proyectivo e individualista por antonomasia –un drama de redención y auto-trascendencia-, la comedia y la tragedia son “sociales” por excelencia, en la medida en que suponen una reflexión sobre la experiencia ordinaria de los hombres en este mundo. La tragedia muestra el aspecto social de la irrealización del héroe. En rigor es una tematización de la prioridad ritual de la ley sobre los espacios oníricos e idealizados del individuo –aquello postulado por la positiva en el *romance*-, en el sentido de que la sociedad se produce y reproduce *porque* los individuos no se realizan y es menester que sea así en una visión “equilibrada” del mundo que habitamos. La limitación social muestra los bordes de la experiencia posible. El héroe trágico intenta desbordar esas fronteras de imposibilidad –“desequilibrio” propio de la acción trágica- y paga por ello con la muerte o la expulsión de la comunidad –*némesis* como “retorno ritual al equilibrio”-. La comedia es, por el contrario, la demostración de la luminosa posibilidad de la reconciliación entre individuo y entorno, donde se asevera que la reproducción de lo social puede vencer todos los obstáculos sin necesidad de deglutir la agencia humana en el camino. Los triunfos serán provisionales, pero al menos por “esta vez” el universo social se desgrana en una figura más integradora, sana y saludable en la que el conflicto inherente a la vida social es resuelto.

La sátira es lo opuesto a la redención romántica, la muestra de que la sociedad puede reproducirse con independencia de toda subjetividad, lo que conduce a un escenario de pérdida de significatividad y relevancia de la propositividad humana: el mundo sin sentido, continuado en su propia deriva anómica. En la sátira la aprehensión irónica de la futilidad de toda proyección –en la medida que toda visión del mundo es en última instancia inadecuada para habérselas con él- prepara a los sujetos para ejercitar un rechazo masivo a las otras formas de tramar, en la medida en que son vistas como meras proyecciones “reconciliadoras”, redentoras o reproductivas del espacio en el que esas tramas se insertan.

Tragedia y sátira nos reenvían a mundos potencialmente desagentados, que funcionan sobre la base de una recurrencia carente de significación, o al menos carente de significación intrínseca para los sujetos que son despedazados en el curso de la acción. *Romance* y comedia enfatizan el sentido último de la propositividad, pero en un caso al riesgo de la idealización del entorno contrapuesto, y en el otro llevando consigo la visión que desdeña el potencial revulsivo de las contrariedades propias de la vida en sociedad.

Detallaré en el capítulo cuatro y en el seis las características de estos modos de tramar; por ahora me basta con mostrar el conjunto de operaciones que suponen para transformar a los relatos en estructuras sinópticas de sentido. Cuando hemos reconocido que estamos ante una tragedia, por la solemnidad del tono, por los desgarros del héroe, por la marcación de la contradicción intrínseca a la vida en sociedad, se adelantan expectativas de decodificación que ayudan a la audiencia a captar la significación atribuida al conjunto de los eventos relatados.

Los modos de la argumentación formal explicitan por su parte los protocolos de identificación de los elementos que se incluirán en la organización de las explicaciones. En la introducción a *Metahistoria* (MH; 22-31) se muestra al formismo, al mecanicismo, al organicismo y al contextualismo como “nociones de la naturaleza de la realidad histórica y de la forma apropiada que debe adoptar” y “como paradigmas de la forma que puede adoptar” en la forma de “alguna teoría general de la verdad y la verificación” (ibíd.; 24n). La teoría formista de la verdad es más que nada una taxonomía o un registro “anatómico” del conjunto de entidades identificadas a las que se le han asignado “etiquetas referentes a su particularidad” estableciendo “la unicidad de los objetos particulares en el campo o la variedad de los tipos de fenómenos” (ibíd.; 24). La teoría mecanicista no es más que la expresión de “las leyes causales que determinan los desenlaces de procesos descubiertos en el campo histórico. Los objetos (...) son construidos como existiendo en la modalidad de relaciones parte a parte (...) determinadas por las leyes que se presume gobiernan sus interacciones” (ibíd.; 27). El organicismo abjura, por el contrario, de la idea de la agencia legal que estructura las secuencias de fenómenos, para ampararse en una visión teleológica orientada al proceso en conjunto, en la forma de “garantías” de pautas o secuencias de desarrollo, un desplegarse informado por “principios” o “ideas” inherentes al campo histórico (ibíd.; 26). Mientras que la metonimia se desenvuelve en el modo de la ley, el organicismo sigue el modelo clásico de la *bildung* como proceso explicativo teleológicamente orientado (cfr. Gadamer, 2007; 38-48). Por todo ello el mecanicismo resulta ser una teoría reductiva en tanto el organicismo es integrativo.

El contextualismo es un modo de integración relativa de los fenómenos, bajo la modalidad de adscripción funcional de individuos y entidades discretas a contextos. Se trata de un modelo de ilación que conecta “interrelaciones funcionales existentes entre los agentes y las agencias que ocupan el campo” (ibíd.; 28). El aislamiento relativo de los “hilos” contextualmente

extendidos apunta a establecer una “cadena de caracterizaciones provisionales y restringidas de provincias finitas del acontecer manifiestamente «significativo»”, y supone una “combinación de los impulsos dispersivos que están detrás del formismo por un lado y los impulsos integrativos que están detrás del organicismo por el otro” (ibíd.; 29). Es decir, el contextualismo practica “seccionamientos” de los procesos que trata, “cortes perpendiculares en el fluir del tiempo” (ibídem.) que aspiran a evitar las tentaciones integracionistas y reductivas de otros modos de explicación.

En el tratamiento de los modos de explicación encontramos un primer re-envío al conjunto de problemas que he denominado como propio de las “políticas disciplinares”. La ortodoxia académica ha validado y legitimado las vías formistas y, especialmente, contextualistas, como paradigmas del tipo de explicación esperado en la configuración de un sentido de la realidad histórica. Pero

“el compromiso con las técnicas dispersivas del formismo y del contextualismo refleja solamente una *decisión* por parte de los historiadores de no intentar el tipo de integración de datos que el organicismo y el mecanicismo sancionan como cosa normal. Esa decisión, a su vez, parecería basarse en opiniones sostenidas en forma precrítica sobre la *forma* que una ciencia del hombre y la sociedad *debe adoptar*. Y esas opiniones, a su vez, parecerían ser de naturaleza en general ética, y específicamente ideológica” (ibíd.; 30-31).

Recordemos aquí el punto 5) de la sección precedente: “estamos obligados a hacer una *elección* entre estrategias interpretativas rivales”. En este caso hay que elegir respecto del “conjunto de prescripciones para tomar posición en el mundo presente de la praxis social y actuar sobre él (ya sea para cambiar el mundo o para mantenerlo en su estado actual” (ibíd.; 32), tal la definición amplia del concepto de ideología que White toma de Mannheim. El componente ideológico irreductible en toda descripción histórica de la realidad es caracterizable en términos del vocabulario de *Ideología y utopía* en tanto y en cuanto apreciamos que “la historia *no* es una ciencia” en el sentido de haber estipulado una coherencia formal en el mundo pasado que implique “una concepción de la forma que debe adoptar también el conocimiento del mundo presente, en cuanto es *continuo* con ese mundo pasado” (ibíd.; 31). De entre todas las formas posibles, White distingue las concepciones cognitivamente responsables, las cuales implican el reconocimiento de la “necesidad de establecer la autoridad de sus posiciones cognoscitivas sobre bases racionalistas o científicas” (ibíd.; 33), lo cual descarta a las formas apocalípticas, reaccionarias o fascistas de vinculación entre pasado y presente. Lo que pretende White con este recurso a Mannheim no es reducir el estudio de la sociedad a una ciencia, sino *rastrear distintas actitudes respecto de la función de las ciencias humanas, diferentes actitudes ante el cambio social, diversas concepciones de las orientaciones que esos cambios deberían tener y de los medios a emplear, como resultado de la identificación divergente de las instancias temporales relevantes* (ibíd.; 33-34). Vale decir, un culto al pasado implicará una evaluación característica del cambio social (generalmente negativa) y sugerirá un ritmo y orientación

apropiados para él (insinuando “lentitud” y gradualismo en el ritmo del cambio social, cuando no la posibilidad de un retorno a estados pretéritos). La orientación al futuro pretenderá “apurar” los cambios. La orientación presentista tenderá a desconfiar de las grandes “proyecciones” tanto como de las églogas a los paraísos perdidos.

Las orientaciones anarquistas, radicales, conservadoras y liberales reconocen la inevitabilidad del cambio, aunque para los conservadores esta inevitabilidad es parte de un sino negativo, lo que implica la postulación de un ritmo moroso para la gestión de la imaginación de lo social. Siguiendo a Mannheim, White sitúa estas orientaciones según el lugar que ocupen en el espectro que lleva de la máxima congruencia social a la mayor trascendencia del estado de cosas vigente (ibíd.; 35). A modo de ejemplo, el conservadurismo anula la trascendencia, siendo el más congruente. El anarquismo es el más transgresor y divergente. En ese punto la categoría de relevo de lo ideológico es el componente utópico sin el cual la trascendencia no puede subsistir (cfr. Ricoeur, 2008).

La extrema congruencia supone una valoración positiva del ámbito de la experiencia ordinaria. La extrema divergencia supone una valoración negativa de la misma, en aras de la idealización de un ámbito virtual de la experiencia allende las pautas rituales autorizadas, que es función de la utopía establecer. Naturalmente “no hay terreno extraideológico en el cual juzgar entre las concepciones rivales del proceso” (ibíd.; 36), lo cual reenvía al ámbito decisorio, axiológico y en última instancia de valoración individual de los agentes discursivos que informa este análisis de la pragmática de los lenguajes históricos. Pero este tercer aspecto moral del relato histórico surge como *derivación* de la específica combinación de la conceptualización narrativa por un lado y del modo de la argumentación formal por el otro.

“El momento ético de una obra histórica se refleja en el modo de implicación ideológica por el cual una percepción *estética* (la trama) y una operación *cognoscitiva* (la argumentación) pueden combinarse de manera que derivan en afirmaciones prescriptivas de lo que podrían parecer afirmaciones puramente descriptivas o analíticas” (ibíd.; 36)

Este status derivativo de la implicación ideológica será importante para mi argumento en la segunda parte de esta tesis. Por ahora me limito meramente a subrayarlo, en la convicción que la apelación a este tercer léxico de superficie parece establecer relaciones particulares respecto de los otros dos. Tramas y argumentos parecen orientados a la descripción. El momento ético prescribe, sobre la base de lo originado en los otros dos momentos. En conjunto estos tres protocolos de significación articulan las operaciones de superficie y agotan los niveles conceptuales de la labor mediadora postulada para la tarea historiográfica. Si recordamos los elementos propios de las orientaciones de Jakobson, nos encontramos con un “*modelo de mediación, que sitúa en sus propios términos el estatuto de la dinámica en la pragmática tensiva del lenguaje y que, por añadidura, provee una mirada sinóptica dinámica del recorrido de la expresión verbal, en una clave no reductiva*”. En el proceso efectivo de mediación lingüística,



según White, el emisor coloca en relación expectativas y géneros de articulación verbal que facilitan la decodificación por vía de su común identificación siguiendo los tipos de tramas y los modos de argumentación formal expuestas y las implicaciones que esos modos de configuración usualmente tienen para la consideración de las interrelaciones propuestas entre pasado y presente. Por vía del detalle técnico de las opciones presentes en cada plano *Metahistoria* nos ofrece un amplio catálogo de posibilidades de *caracterizar heterónomamente el discurso empleado* para dar cuenta del pasado, en una serie de registros que *resisten la reducción* a un plano metafísico o la mera naturalización pragmática de las convenciones. Por si fuera poco, como ya veremos, entrega argumentos para enriquecer el carácter *tensivo* y *aporético* presente en la articulación de las narrativas históricas, en la medida en que las operaciones de superficie no necesariamente se articulan de manera coherente (a lo cual dedicaré la siguiente sección). Así mismo provee el andamiaje necesario para articular una *mirada sinóptica dinámica* del recorrido de la expresión verbal. El modelo, en este sentido, cumple sobradamente los requisitos del legado de Jakobson y, más aún, permite la consideración del variado acervo de significaciones relativas al pasado en términos puramente técnicos, en una modalidad afín al del rico inventario de formas detallado por Northrop Frye en su *Anatomía de la Crítica*.

Han sido muchos los críticos que han resaltado la homología estructural entre el proyecto de White en *Metahistoria* y el de Frye en su *opus magnum* (Jameson, 1976; Kuzminsky, 1976). El propósito de Frye, *grosso modo*, consistía en disciplinar a la crítica misma proveyéndole una matriz propia de significación y una terminología apropiada sobre la base de la cual pudiera emprenderse una legitimación de la crítica como disciplina autónoma encargada de dar cuenta e interpretar el registro literario. El sentimiento de Frye hacia la crítica que lo precedió es homologable al de White respecto de la teoría de la historia y la historiografía previa a *Metahistoria*. El resultado en el caso del crítico canadiense es un rico panorama de miradas múltiples que entregan terminologías nuevas, espectros de posibilidad y categorizaciones variadas con vistas a analizar multi-planarmente los diversos aspectos de lo literario. Ese catálogo diverso de opciones se propone de manera instrumental, como forma de enriquecer el arsenal interpretativo ante una oclusión o estancamiento disciplinar manifiesto.

La superposición lexical de White genera el mismo efecto, con los mismos propósitos. De repente los valores atribuibles a la visión histórica de, por ejemplo, un Marx, se enriquecen con los predicados funcionales de la argumentación formal (mecanicismo), las tramas (tragedias) y las implicaciones ideológicas (radicalismo), como aspectos irreductibles de su compleja operación discursiva. Este enriquecimiento categorial genera, a su vez, nuevos problemas, en la medida en que exige nuevas interpretaciones para los tipos de efectuaciones de las entidades identificadas apelando a las "nuevas" categorías. Pero lo que en Frye permanece apenas avizorado, en la medida que el catálogo de entidades y de léxicos invocados es, a la vez, más variado y más homogéneo, en tanto se apoya en la noción de espectros continuos de

posibilidad, en el sentido de “abanicos” o gamas, en White genera la tentación del reenvío a un plano ulterior explicativo de las tensiones de superficie que solucione las aporías relevadas por la expansión de la cartografía de lo historiográfico. Ese reenvío enmarca los dos últimos rasgos relevantes en la poética de la historia: el problema de los estilos y el de las fases de la conciencia histórica tropológicamente informada.

e) *Fases y estilos en la conciencia histórica*

La amplitud terminológica de White genera tensiones que sus modelos (Jakobson, Frye) pudieron evitar, sobre la base de su auto-limitación al vocabulario técnico de la teoría literaria. En efecto, una vez exhibidas las propuestas del propio Frye, de Pepper, de Mannheim, a lo que se asiste es a un detallado recuento del inventario de posibilidades conceptuales al interior de la “imaginación histórica en el siglo XIX”, inventario instanciado en autores de carne y hueso. En este relato Hegel marca un hito en la ruptura de la conciencia irónica predominante en la Ilustración, por medio de la utilización segmentada e inclusiva de las estructuras de la tragedia y la comedia al interior de un paradigma explicativo organicista que admite lecturas desde el radicalismo y desde el liberalismo. Marx expresa el imaginario “radical”, mecanicista y trágico enmarcado por un tipo de estructuración global organicista a lo Hegel. Nietzsche manifiesta a su vez el repudio anarquista y potencialmente reaccionario de esas proyecciones, en su modalidad anti-realista de identificación romántica. Mientras tanto se suceden a lo largo del siglo XIX cuatro formas de realismo (romántico en Michelet, cómico con Ranke, trágico en Tocqueville y satírico con Burckhardt), cuya alternancia y mutua impugnación culminó generando el tipo de recaída en el ironismo contextualista expresado por la crisis del historicismo y por la filosofía de la historia de Benedetto Croce (ibíd.; 47-50). El estatuto de todas estas caracterizaciones pretende sustentarse en una serie de brillantes y esmerados estudios de todos estos autores, los cuales componen nueve décimas partes del texto whiteano, pero la fuerza del modelo esbozado en la introducción metodológica reside en dos maniobras clave. Por un lado se postulan “afinidades electivas” (ibíd.; 38) basadas en las “homologías estructurales que pueden discernirse entre los posibles modos de tramar, de argumentación y de implicación ideológica” (ibíd.; 39). El género romántico es homologable al formismo y al anarquismo. El género trágico al mecanicismo y al radicalismo. El género cómico al organicismo y al conservadurismo y el satírico al contextualismo y el liberalismo. Pero esas homologías estructurales no prescriben la necesidad de la expresión afín, sino que explican más bien lo contrario. La mayoría de las veces los autores se encuentran inmersos en un penoso esfuerzo por “casar” las diversas apprehensiones no necesariamente afines con las que se han comprometido en los diversos planos conceptuales. La “tensión dialéctica que caracteriza la obra de todo historiador importante” (ibíd.; 39) surge de los desajustes entre los compromisos de superficie relevados, por lo que el genio y la creatividad autoral muchas veces se manifiesta en la capacidad de administrar las *des-afinidades electivas* con las que se ha enredado.

La única manera de procesar conceptualmente esas des-afinidades, esas inconsistencias, es articulando el discurso historiográfico sobre la base de un conjunto de expresiones que no pretenda un cierre formal absoluto, en la forma de un silogismo o una deducción sobre la base de términos inequívocos. Por el contrario, y aquí volvemos al comienzo de este capítulo, el punto crucial que da inteligibilidad al carácter no científico, no silogísticamente estructurado del lenguaje de la historia, reside en que los aspectos diversos de la arquitectura textual historiográfica *necesariamente divergen* si es que han de entregar sus criterios amplios de significación y la riqueza de sus potenciales sentidos asociados. *Justamente porque* los entimemas como silogismos truncos habilitan el manejo con criterios amplios y ambiguos de identidad y evaden el compromiso con el principio de no contradicción es que el lenguaje de la historia se muestra remiso a la formalización o la esquematización; su no científicidad no es indicio de indigencia; mas al contrario, son indicadores ciertos de su riqueza y potencial. Si el discurso de la historia se esquematizara y redundara en un tramado esquematizado hipotético deductivo, tales procederles constituirían inevitablemente la ruina de esos proyectos cognitivos. La inteligibilidad de los estilos se deriva de los procedimientos “truncos”, entimemáticos, figurativos propiamente tropológicos, todo lo cual supone una manera de “re-expresar” heterónomamente, *en sus propios términos*, el problema de los estilos en la historiografía.

Entonces el carácter “no científico” o “proto-científico” de la historia es menos un demérito que una caracterización por la falta, la cual encubre el modo efectivo en que el lenguaje de la historia opera y produce efectivamente sentido. La clave del discurso historiográfico no reside en que no es silogístico, sino en la manera sutil en que procede entimemáticamente. Esta no es una renuncia de la científicidad de lo histórico, sino una valoración de los variados modos en que una práctica puede legitimarse y, más aún, resultar insustituible. *Porque* el discurso historiográfico manipula, administra y delimita algunas de las significaciones primarias que empleamos –y necesitamos emplear- en nuestra cartografía cotidiana resulta extremadamente inútil caracterizar al mismo como una empresa fallida. Evidentemente lo que se le imputa, en todo caso, es que tiene *demasiado éxito*, y por motivos distintos a los que muchos de sus usuarios consideran pertinentes.

En la comprensión de estas derivas un tercer modelo de análisis subtiende la operatoria whiteana: si a la manera de Jakobson, White ha escrito una suerte de “Lingüística y poética del discurso de la historia”, y si siguiendo el rastro de Frye, White ha confeccionado a la vez una “Anatomía de la crítica historiográfica”, a un tiempo ha realizado una tercera operación, configurando una lectura de “La representación de la realidad en la historiografía occidental” siguiendo el conjunto de aprehensiones historicistas de Erich Auerbach (Auerbach, 1968). El problema de la representación de la realidad como un tipo de práctica epocalmente condicionada que reconduce en la dirección de tantos protocolos posibles de lo que implica “ser representado en términos realistas” como épocas se reconocen en el desarrollo y despliegue de

la cultura de Occidente –tal el foco de interés de Auerbach en su obra maestra *Mímesis*-, se encuentra en el corazón de la lectura historicista del siglo XIX que White despliega en *Metahistoria*. Ese historicismo es el que a su vez explica las diversas fases que atraviesa “la conciencia histórica” en su tarea titánica de darse un modo “realista” de representarse en la historia que satisfaga el ideal ético, estético y epistémico de la época en cuestión. Y es porque finalmente no lo logra (tan variados terminan siendo esos modos) y porque la época misma conduce en la dirección de nuevos e inesperados (e inesperables) acontecimientos, que la búsqueda de un tipo de realismo como el representado por los cánones propios del siglo XIX parece una aventura intelectual especialmente desfasada, desatenta y ulteriormente a-histórica.

Las derivas de la conciencia histórica y las vicisitudes supuestas por la manía occidental de captar la realidad en la representación sugieren una trama para la lectura de *Metahistoria* que corre en paralelo con la lectura tropológicamente informada expuesta en la introducción teórica a esa misma obra. El ciclo de la política intelectual se inicia en el repudio por parte de la Ilustración de los tipos de historia convencionalmente autorizados (fabulosa, verdadera y satírica; MH; 56), lo cual produjo un tipo de crisis patentizada en la captación irónica de la historia, captación propia de pensadores como Kant, Hume o Robertson. La Ilustración como un todo conduce a un horizonte signado por la pérdida de significatividad unitaria atribuible al proceso histórico como un todo. Un primer intento de reconstitución de sentido se da en Hegel, sucedido, luego de su descomposición ante el múltiple ataque de las diversas variantes de realismo historiográfico (Michelet, Ranke, Tocqueville) por la visión unitaria de Marx, a la que suceden dos impugnaciones (Nietzsche en el ámbito filosófico y Burckhardt en el terreno historiográfico) que preparan la recaída en la aprehensión irónica con la que había comenzado el siglo, solo que ahora representado en el final del recorrido, por el retiro estetizante, irónico y conceptualista de Croce. Estos avatares pueden ser leídos superficialmente en clave de historia de las ideas, y a la vez pueden re-expresarse permanentemente en la codificación tropológica profunda introducida preliminarmente, de la cual White ciertamente no se priva en ningún momento.

Pero el efecto de conjunto es el mismo: problematizar la idea misma de una realidad en la historia y de la idea misma de que *la realidad es la historia*, sobre la base de que ése es el descubrimiento y el “presente griego”, el regalo maldito y la genialidad que el siglo XIX le legó al monstruoso siglo XX. Al término del recorrido se aprecia la doble dirección, *tensiva* y *de mirada sinóptica dinámica* que White hereda de Jakobson, pero expresada en la rica caracterización del inventario disponible culturalmente e informado tropológicamente provisto por Frye. Y a la vez, el problema es propiamente auerbachiano: entimemas, figuras, criterios de prefiguración tropológica, modos de secuenciar, tramar, argumentar, implicar, todo converge como un rico arsenal a disposición de una cultura obsesionada con la delimitación y articulación de lo que no puede haber, un criterio homogéneo, un concepto coherente y duradero de lo que es la realidad

como historia. El tono *pesimista* de White semeja también el del crítico literario en el exilio en Estambul: a eso conduce el ironismo que informa la visión contextualista, historicista de Auerbach, que por momentos es declaradamente la de White. Pero un ironismo consciente de su ironía, de las limitaciones y las pesadillas engendradas en las obsesiones pasadas, es también una apelación no meramente negativa a la ironía, sino en un sentido más positivo y proyectual, que “proporciona las bases para trascenderla” (ibíd.; 412).

El repudio irónico de la ironía informa esta perspectiva whiteana, en la cual el fracaso de las imaginaciones de realidades pasadas es un incentivo, y no un obstáculo, para la imaginación de realidades futuras.

En las páginas precedentes he recorrido la estructuración entimemática del discurso no reducido ni esquematizado de la historiografía, lenguaje ordinario tropológicamente informado que es superficialmente descriptible en términos de vocabularios plurales y alternativos, que proveen indicaciones de las labores tensivas, de mediación que informan tanto el obrar de los agentes codificadores como la receptividad de las diversas audiencias ante esos obrares, de cara al inventario de posibilidades de significación convencionalmente disponibles. Esa interpretación del discurso como mediación ha provisto una visión tanto del problema de los “estilos” en el lenguaje historiográfico como de las fases de la conciencia histórica como *praxis* cultural general. En líneas generales, este contexto amplio provee el espacio conceptual requerido para la atestación dogmática de las tesis que articulan ésta y las cuatro secciones precedentes y que, en conjunto, componen las cinco tesis que articulan el canon whiteano. A la exposición de esas tesis dedicaré la siguiente y última sección de este capítulo. Este canon, a su vez, permite la comprensión sistemática de las críticas a las que se ha visto expuesta la obra de White, y facilita el diálogo con *corpus* teóricos concomitantes y alternativos al narrativismo tropológico metahistórico, cuestiones a las que se abocarán los capítulos subsiguientes.

#### *f) Cinco tesis en torno a las archi-texturas del lenguaje histórico*

En términos generales, y resumiendo las cinco secciones precedentes, *el whiteanismo como modelo arquitectónico de superficies y profundidades que reenvía a una pragmática del lenguaje tropológica y entimemáticamente informada, supone una caracterización tripartita – procesual, productiva, meta-realista- que en su triple herencia –Jakobson, Frye, Auerbach- permite una re-expresión de los problemas perennes en torno a los estilos, las tensiones dialécticas, las contradicciones y las fases de la conciencia histórica. Ese modelo, en la irreductibilidad de sus elementos y en sus solapamientos, divergencias y contradicciones inherentes encuentra muchas de sus más fértiles aristas tanto como algunos de sus más patentes problemas.*

Este modelo interviene en el re-tejido de numerosas distinciones con la finalidad no de priorizar uno u otro de los polos que informan dicotómicamente esas escisiones conceptuales, o de colapsar un extremo en el otro proponiendo una marea de indistinción, o una anomia de significación. Por el contrario, apunta a problematizar el proceso por medio del cual se asignan valores específicos a las diversas combinaciones que esas distinciones habilitan espectralmente. Entender el modo de asignación de sentido propio de la discursividad es la tarea, y la misma no se encara expandiendo artificialmente el dominio del discurso, ni reduciéndolo a manifestación epifenoménica de otro ámbito de prácticas, sino analizando los modos propios del discurso en torno a espectros de posibilidad, variaciones plausibles en la gama que permite distinguir entre los eventos y su representación, entre el carácter de la expresión verbal como indicio documental y como texto, entre el texto y el contexto, entre lo literal y lo figurativo, entre el referente y el tema del discurso, entre “hecho” y ficción, entre historia y literatura (White, 2010; 162-163).

En tanto y en cuanto la asignación de valores se encuentra asociada a términos esencialmente disputados, donde las expectativas de los hablantes no necesariamente convergen y suscitan por lo tanto controversias relativas a la estabilización en el uso de predicados y giros en el lenguaje ordinario, los procesos discursivos tanto como los de pensamiento se manifiestan por intermedio de entimemas y patrones de figuración entimemáticamente dispuestos. En esos patrones figurativos los tropos operan como funciones básicas que garantizan las elisiones necesarias para otorgar plausibilidad a las expresiones presentadas verbalmente. Los tropos configuran así convenciones o *paradigmas de elisión* en los cuales los “saltos” lejos de comprometer la eficacia de los enunciados la aseguran, en la medida en que facilitan la expresión en la interacción lingüística de los encuadres y tinglados (por no decir “sistemas”) de creencia no necesariamente coherentes que configuran el punto de partida conceptual de la intervención lingüística de los hablantes. En la medida en que esos encuadres trabajan con definiciones no exhaustivas de los términos empleados y no extienden indefinidamente las implicancias de las definiciones parciales adoptadas, los tropos son herramientas de primer orden en la administración de esos aspectos contingentes e “inacabados” de los encuadres de creencia. Son esos aspectos los que, mediante su propia contingencia e inacabamiento, incrementan notoriamente la flexibilidad y adaptabilidad de los marcos de creencia de cara a espacios de interacción variados, cambiantes y desafiantes de la subsunción a un “sentido último” de la experiencia como un todo. Nuestros marcos de creencia nunca podrían adquirir una total sistematicidad o coherencia. La operatoria tropológica nos permite lidiar con esa carga de contradicciones, proporcionando los paradigmas de elisión apropiados que faciliten la interacción con otros y con el entorno físico.

Esos operadores funcionales de base pueden ser abordados a través de un enfoque plural que los considere en sus aspectos cognitivos, poéticos y políticos. De esta manera la

consideración de estos aspectos a través de los vocabularios de la argumentación formal, las tramas y las implicaciones ideológicas nos conduce a la evaluación de la irreductibilidad de esos aspectos como partes de una arquitectura de operaciones formales profundas y superficiales. Esa consideración plural intenta estabilizar las brechas, saltos e inconsistencias presentes en el lenguaje ordinario entimemáticamente articulado a partir del trabajo en torno a las características propias de esos aspectos superficiales tal como los relevan los diversos vocabularios invocados.

El “intento de estabilización” remite al aspecto de *decisión y elección creativa de los hablantes*, lo cual entrega una nueva carnadura a la sub-analizada noción de estilo, la cual surge ahora como un término apropiado para rastrear el conjunto de intenciones autorales en interacción con las restricciones y homologías estructurales de los elementos disponibles y presentes en el discurso bajo análisis. El modelo retiene así una instancia ineliminable que reenvía a los agentes y la subjetividad hablante. Criticable o no, esta rémora humanista que relaciona la constitución de espacios de prácticas e interacciones lingüísticas con la expresión individual en términos de la libre elección de los sujetos, debe ser tomada en cuenta en cualquier consideración profunda del modelo whiteano. Esa rémora encierra en sí misma una proto-teoría implícita de la agencia supuesta en esta macro-teoría del discurso historiográfico tropológicamente informado.

Las operaciones de base y las elecciones tendientes a estabilizar los saltos y brechas figurativas instanciadas discursivamente se encuentran tan determinadas por las restricciones del entorno como, a la inversa, condicionan cualquier comprensión de la idea misma de un “entorno”. Si la interacción con otros y con el medio puede desafiar y desarticular una noción de sentido convencionalmente aceptada, no se encontrarán más herramientas disponibles para caracterizar primariamente “lo” que desafía y desarticula, como no sea utilizando provisoriamente un criterio implícito o explícito de individuación e identificación del dominio de lo desafiante y desarticulador. Discutir “acerca de lo que hay” supone un proceso de reajuste recíproco y constante entre la constelación de criterios y compromisos aceptados de individuación, segmentación e identificación del dominio, y los desafíos implicados por las presiones causales desplegadas por las entidades caracterizadas criteriológicamente. El conjunto de operaciones de base entonces se sitúa respecto de aquello respecto de lo que opera menos en la modalidad de la determinación que en la de *inter-constitución* y tematiza menos la imposibilidad de entablar relaciones de interpretación certeras con el entorno que el problema hermenéutico de la abundancia, pluralidad e irreductible confrontación entre versiones del mismo. Lejos de aceptar mansamente este pluralismo divergente, lo que se propone es un método propiamente lingüístico de interpretar las divergencias.

Sin embargo en la práctica propiamente dicha y en la consolidación de los lenguajes como espacios de prácticas consolidadas (en este caso los de la historia como interpretación del pasado en común) se advierte la oclusión y habilitación dinámica de criterios de interconstitución, lo cual estabiliza periódica y contingentemente sentidos dispuestos “acerca de lo que hay” al interior de un tramado institucional que autoriza, legitima o desautoriza e impugna espacios y posibilidades de significación. La respetabilidad discursiva se organiza en torno a configuraciones de autoridad que remiten a políticas disciplinares que delinear sentidos de realidad para esas mismas empresas cognitivas, las cuales rara vez condescienden con la posibilidad de tematizar y problematizar esos mismos sentidos instituidos. Esto es, en el lenguaje autorizado se presupone un rastro de opciones políticas validadas e invalidadas, las cuales el rastreo topológico permite seguir de manera sistemática en la medida en que pueden ser explícitamente tematizadas como *aspectos* de una tarea figurativa analizada en términos propios de la teoría.

Se encuentra así una utilidad múltiple para la base topológica del discurso. Permite no sólo inventariar el catálogo de productos y el espectro de posibilidades de las entidades reconocibles en la expresión articulada, o las arquitecturas procesuales que convalidan aspectos de la superficie del discurso re-expresados como dinámica profunda del lenguaje ordinario, sino también facilitan una comprensión dinámica de la constitución histórica de la sucesión de conceptos de realidad histórica en nuestra *praxis* cultural general. Con ello se re-integran las múltiples y diversas aventuras de la tarea representacional al interior de una secuencia sinóptica que otorga una nueva inteligibilidad –y en nuevos términos- al habitual recorrido historicista en torno a la “representación de la realidad en occidente”.

Si este hilo argumental es claro, puede verse cómo las cinco secciones precedentes reenvían a un núcleo teórico reconocible, que sirve para caracterizar al narrativismo whiteano de base topológica. Es claro que la obra de White reconoce deslizamientos y variaciones a lo largo de las décadas, pero éstas en lo sustantivo no comprometen las tesis asumidas en *Metahistoria* sino que, a lo sumo, extienden la red de hipótesis en la dirección de recoger las implicancias de las tesis originales (en particular en lo relativo a los “estilos” y a las políticas disciplinares instanciadas en el lenguaje, de cara a los eventos desconcertantes del siglo XX). Para mis propósitos la red de caracterizaciones, asunciones teóricas y compromisos expresados en los párrafos precedentes se subsumen en las subsiguientes cinco tesis:

- 1- *Tesis de la irreductibilidad* de la arquitectura plural de los textos históricos en tanto artefactos verbales. Las consideraciones de los mismos en términos de argumentaciones formales (plano epistémico-cognitivo), de modelos de trama (plano estético-poético) o de implicaturas ideológicas (plano ético-político) están *conceptualmente a la par*.



- 2- *Tesis del estilo* de la escritura histórica. La arquitectura artefactual presupone el rastreo de las afinidades, tensiones y relaciones entre las distintas opciones presentes en cada nivel o plano irreductible. La constitución de una gramática histórica concreta consiste en la *administración creativa* de esas afinidades y tensiones
- 3- *Tesis del compromiso ontológico*. Las operaciones estilísticas irreductibles en la arquitectura del texto histórico configuran un proceso de identificación, segmentación y compromiso ontológico que constituye el dominio mismo de objetos, eventos y relaciones que el discurso pretende tratar. Las relaciones entre la “evidencia” y los estilos irreductibles no son de determinación sino de *inter-constitución*.
- 4- *Tesis de las políticas del lenguaje*. La construcción de un sentido de realidad por medios lingüísticos no permite decidir *a priori* entre empresas cognitivas respetables y “meras especulaciones”. La diferencia entre la mera especulación y la práctica respetable no puede arbitrarse por apelación a la evidencia. La misma puede permitirnos la discriminación entre buenos y malos usos de un juego del lenguaje historiográfico, pero no puede ayudarnos en la elección del juego del lenguaje porque la elección del mismo es la resultante de una compulsión relacionada con las políticas del lenguaje que *ocluyen o habilitan* vía intervención efectiva en el espectro de posibilidades inter-constitutivas.
- 5- *Tesis de la base tropológica*. Las arquitecturas del lenguaje histórico se erigen sobre una base común que permite arbitrar y habilita términos de comparación entre protocolos “arquitectónicos”, mostrando que los estilos, las ontologías y las políticas del lenguaje son el resultado de la operación de base de la tropología como conjunto de operadores funcionales elementales que articulan la estructuración misma de toda gramática en el lenguaje ordinario.

Un núcleo propositivo duradero en esta investigación consistirá en la postulación de que el narrativismo de White puede ser mejor comprendido a partir de su re-expresión en estos términos, los cuales a su vez otorgan un primer trasfondo de inteligibilidad a las resistencias, críticas y oposiciones hostiles que el whiteanismo ha encontrado desde su primera formulación metahistórica en 1973. En lo que sigue, por lo tanto, rastrearé las objeciones a estas cinco tesis, con el objetivo de caracterizar *en mis propios términos* las controversias en la filosofía y la teoría de la historia a partir de Hayden White.

### 3- Anti-texturas: más allá de la crítica de la razón impura.

En el primer capítulo de su *Figural realism* (White, 1999; de aquí en más referido como FR), denominado “Teoría literaria y escrito histórico”, Hayden White realiza un breve paneo por el tipo de objeciones que ha encontrado su teoría de *Metahistoria* en adelante. *Figural realism* es el tercer volumen de ensayos recopilatorios (siendo *Tropics of Discourse* [1978] y *The Content of the Form* [1987] los dos precedentes) y en el escrito mencionado White aborda de manera breve pero sistemática los tipos de colisiones teóricas que ha enfrentado su teoría del discurso histórico tropológicamente informado, tal como se desplegó en las tres obras precedentes, en una suerte de breve retorno sobre sí mismo no muy habitual en nuestro autor<sup>11</sup>. Las objeciones que White menciona son, de manera muy sintética, cuatro: 1- su teoría es acusada de conducir en la dirección de un determinismo o relativismo lingüístico en el cual los historiadores parecen “prisioneros del modo lingüístico en el cual describen o caracterizan su objeto de estudio” (FR; 14). Este determinismo y relativismo *priva* al discurso histórico de sus pretensiones de verdad y lo relega “al antojadizo dominio de la ficción” (ibídem.). 2- la teoría *invierte*, en virtud de su orientación tropológica, las relaciones entre lo literal y lo figurativo: “el lenguaje literal es visto como un conjunto de usos figurativos que han sido regularizados y establecidos como habla literal solamente por mor de la convención” (ibídem.). Lo literal ahora se convierte en un caso de lo figurativo. Las consecuencias de esa inversión son duraderas: “no puede apelarse a los hechos en tren de justificar o criticar cualquier interpretación dada de la realidad”, en la medida en que la mención literal de los hechos encubre su basamento figurativo, del cual no es sino una reducción, un momento. La teoría tropológica, así, descompone lo que parecen enunciados existenciales singulares en fijaciones convencionales, amenazando con ello “las centenarias pretensiones de la historia de tratar con los hechos y, con ello, su *status* como disciplina empírica” (ibídem.; 15). 3- la teoría enfatiza los aspectos constructivos del lenguaje del historiador, a expensas de *disolver* las pretensiones referenciales del mismo; “la teoría parece implicar que los objetos de los que trata no se hallan en el mundo real (aún si este mundo real es un mundo pretérito), sino que son más bien construcciones del lenguaje, objetos espectrales e irreales, poética y retóricamente inventados y que existen solo en los libros” (ibídem.; 15). En términos del modelo de Jakobson la teoría privilegia las funciones poéticas (auto-télicas) conativas o retóricas orientadas a la audiencia y sobre todo metalingüísticas (relativas al código) en detrimento de sus orientaciones referenciales (predicativas). La realidad de los referentes del discurso historiográfico es negada, siendo reemplazados por “lo que Barthes, en tono despectivo, llamó

---

<sup>11</sup> Quizás éste texto, junto con “An Old Question Raised Again: Is Historiography Art or Science (Response to Iggers)” (White, 2000; traducción al español en White, 2003, 43-61), representan los esfuerzos más deliberados, sistemáticos y sostenidos por parte de White en pos de encontrar y clarificar los términos apropiados para discutir sus formulaciones teóricas con sus críticos. En este gesto dialogal se marca implícitamente lo que no ha abundado en estos últimos: la intención y la generosidad de realizar ese mismo hallazgo y clarificación terminológica en aras de la profundización del debate filosófico.

«el efecto de realidad»” (ibíd.; 15). El refuerzo poético-constructivo elimina la referencialidad del discurso e imposibilita atestar el carácter veraz y sustentado fácticamente del mismo. 4- Por último la teoría parece inaugurar una suerte de regresión al infinito: si todo discurso es “ficcional, figurativo, imaginativo o poético-retórico, si inventa su objeto en lugar de encontrarlo en el mundo real, si ha de ser tomado sólo figurativamente”, entonces “¿no es esto cierto también respecto del discurso del tropólogo?” (ibíd.; 16). La teoría se *contradice* performativamente en tanto cercena las pretensiones veritativas, referenciales y fácticas del discurso por intermedio de una teoría que requiere esas mismas pretensiones para proceder cercenadoramente.

Así las cosas la teoría whiteana ha sido recibida, primariamente, como un tipo de propuesta *negativa*, definible en términos de lo que *priva, invierte, disuelve*, pero esa recepción ha ulteriormente ahondado en el carácter *contradictorio* de todas esas privaciones, inversiones, disoluciones. El propósito de este capítulo consiste en seguir estos senderos críticos, con miras a clarificar la estructura de las críticas propinadas al whiteanismo. La tarea no es sencilla ya que el arco opositor al narrativismo es muy variado y ha procedido más que nada por intermedio de críticas puntuales que pretenden hallar el *error fatal que compromete a toda la teoría*. La detección de esa falla masiva relevaría de mayores exigencias analíticas al crítico, ya que es la teoría *in toto* la que puede ser descartada a partir de ese fallo.

Naturalmente podríamos proceder relevando cada crítica y las posibles respuestas whiteanas a ellas, pero este procedimiento ignora los aspectos *propriadamente tropológicos* de la crítica de esta teoría tropológicamente informada. En este punto resulta fundamental comprender que la captación del “fallo fatal” de una entidad determinada —en este caso una teoría— procede sinecdóquicamente, caracterizando unitariamente —en términos negativos en este caso— un registro percibido de manera dispersa o variada, y elevando la caracterización a *símbolo representativo* del dominio representado. La sinécdoque implícita detrás del modelo de la crítica puntual prescribe entonces que *como símbolo o como caracterización esencial de aquello sometido a análisis* la teoría es condenable por ampliación de los rasgos jerarquizados. Como los melenudos con sus melenas, la teoría es fundida con el aspecto promovido a símbolo esencial capaz de representarla. El problema de correr detrás de cada símbolo, abstracción o identificación esencial propuesta por separado es que, como las cabezas de la Hidra, no ha terminado uno de lidiar con una de ellas que ya se ofrecen numerosos relevos con similares propósitos y orientaciones.

Mi procedimiento en este sentido no consistirá en proponer *contra-sinécdoques* a cada simbolización propuesta, sino en obrar tropológicamente: ante el remolino de esencializaciones disputadas debemos *re-situárlas* al interior del encuadre de identificaciones y reducciones que las han posibilitado, como si releváramos los cuerpos que sustentan la emergencia de las

distintas cabezas de la hidra. Cuando hay sinédoques en el campo bajo análisis, es porque un conjunto de identificaciones metafóricas y reducciones metonímicas ha operado segmentando, individuando y relacionando las entidades con las que se ha comprometido el hablante en el análisis. Mi propósito entonces es revelar el conjunto de presupuestos que orientan las críticas al whiteanismo, reintegrando a unos y a otros (y al mismo White) a un marco común en el que las posiciones relevadas adquieran una inteligibilidad distintiva.

Naturalmente podrá objetárseme que al proceder tropológicamente yo estoy tomando partido y situándome a-críticamente en uno de los polos del debate, desde el cual defiendo el narrativismo de White de sus objetores simplemente por continuidad de adherencia al enfoque metahistórico. Sin embargo, no es mi propósito desatender el legado crítico al whiteanismo; por el contrario, considero que aunque de manera desordenada, los críticos de White han identificado muchos de los problemas de la teoría, pero paradójicamente la mayoría de ellos no ha hecho demasiado a partir de esa identificación. El presente capítulo se toma en serio las críticas, y pretende exponerlas de manera preparatoria de cara al venidero capítulo, en el que las re-exresaré en términos de una categorización cuádruple. En rigor considero que las críticas, como he adelantado en la introducción, pueden clasificarse entre aquellas justificadas que exigen replanteos serios de la propuesta narrativista, aquellas justificadas que requieren una explicitación de lo que White mismo ha formulado, aquellas injustificadas que son indicativas de sesgos teóricos que comprometen a los críticos de White, y aquellas críticas injustificadas que, no obstante, White no ha sabido disipar por encontrarse enredado en paradigmas de interpretación comunes con sus críticos que mejor debería haber evitado.

Si se quiere mi procedimiento en este capítulo será mayormente metafórico, donde identificaré los elementos presentes en el campo crítico al whiteanismo, mientras que en la última sección de este capítulo y en el subsiguiente procederé metonímicamente, relevando los contextos de inclusión y pertenencia de los elementos aquí identificados, con miras a proponer nuevas ampliaciones y extensiones en la segunda parte de esta tesis. En este sentido, aclaro, si no hubiera interés o validez alguna en el *corpus* crítico del narrativismo, apenas habría esfuerzo teórico relevante alguno en la presente investigación; la posibilidad de tomar al narrativismo whiteano como un conjunto exhaustivo y completo de axiomas que no requiere problematización compromete mi propia tesis. Por lo tanto mi obrar aquí irá en la dirección contraria, y apuntará a proveer un contexto más inclusivo y abarcativo, como forma de sostener ulteriores proyecciones.

#### *a) Las privaciones del narrativismo: escepticismo, relativismo y verdad*

Entre los críticos más hostiles a White encontramos a Chris Lorenz, quien ha dedicado poderosos alegatos en pos de la *desatención* de las propuestas de White y del filósofo narrativista Frank Ankersmit, en la convicción de que, en conjunto, configuran un peligroso,

irresponsable y ulteriormente inconsecuente “giro metafórico” en la teoría de la historia (Lorenz, 1998; 309). En opinión de Lorenz

“el narrativismo de White se erige en torno a dos distinciones que no pueden aplicarse a la práctica efectiva de la historia: primero, una distinción entre el lenguaje literal y el figurativo; y, segundo, el uso exclusivo del lenguaje literal durante la fase de investigación y el uso del lenguaje figurativo –léase metáfora- durante la fase de composición o escritura” (ibíd.; 328).

Esto es, el narrativismo de White depende de dos distinciones (literal-figurativo; investigación-escritura), que articulan dos esferas de interacción escindidas: aquella de la práctica de investigación y atestación empírica (investigación transcripta en el modo de la literalidad, resultando en la articulación de enunciados existenciales singulares), y práctica de escritura metafórica (en el modo de la figuración, resultando en narrativas como modo de composición a partir de los enunciados singulares). El problema de estas distinciones, según Lorenz es que, a la vez, suponen ingenuamente una fase literal de investigación que deriva en la confección de enunciados observacionales literalmente articulados, y por el otro escinden artificialmente la fase de escritura de la práctica de investigación, concediéndole inéditos poderes constructivos a la figuración. La suposición de esta fase de investigación “literal” es considerada por Lorenz un caso paradigmático de “positivismo invertido”, en el cual White compartiría los hoy desprestigiados prejuicios empiristas clásicos, sólo que invertiría las relaciones entre enunciados descriptivos y escritura figurativa. Mientras el empirismo lógico habría supuestamente postulado la posibilidad de hallar fundamentos para nuestras empresas cognitivas por medio de enunciados de primer orden o descriptivos, intentando considerar derivativas todas las articulaciones figurativas subsecuentes (ibíd.; 313), nos encontramos con el reverso de ese modelo en White: dado que el conocimiento no tiene ulteriormente fundamentos, es lo derivativo (la figuración) lo que es “realizado a «la cosa real»” (ibídem.). Tomando la figura de la escisión dicotómica “o bien... o bien” de Bernstein, Lorenz caracteriza la topología del argumento whiteano como sigue:

“o bien la narrativa del historiador es un simple producto de la investigación, como la visión positivista «tradicional» daba por sentado, o bien no se relacionan con ella en absoluto. O bien las narrativas de los historiadores están empíricamente fundamentadas –como la visión positivista «tradicional» aseveraría- o bien las narrativas históricas no tienen fundamentos empíricos en absoluto y son el producto de la imaginación literaria. O bien el lenguaje es transparente y referencial vis-à-vis la realidad –como la perspectiva positivista «tradicional» daría por sentado- o bien el lenguaje es auto-referencial y opaco” (ibíd.; 314).

Esta escisión entre conocimiento e interpretación reproduce lo peor de la ingenuidad positivista de la que White dice venir a liberarnos, y presupone, respecto de los enunciados descriptivos o singulares “una teoría pictórica del conocimiento y una teoría empirista de la verdad como correspondencia directa” (ibíd.; 315) ulteriormente inadecuadas y que ante su colapso reenvían directamente al tipo de escepticismo imaginativo de White respecto de nuestras posibilidades de conocer el pasado. Los eventos son vistos como elementos rastreables de manera empirista, pero funcionan como variables al interior de los relatos que ficcionalizan y

configuran las imágenes que esos eventos denotan. “Desde el momento en que identifica interpretación con narrativización y ficcionalización” White se ve arrojado a la “tentadora conclusión de que los hechos son ficcionales” (ibíd.; 316) y son caracterizables en términos de una variedad de vocabularios ninguno de los cuales recibe mayor apoyatura en la fase descriptiva o de investigación.

Este conjunto de oposiciones (literal-figurativo, investigación-escritura, conocimiento-interpretación) se basa en definiciones palmariamente restrictivas del punto de vista tradicional y emerge como el lógico resultado del fracaso de la idea del conocimiento como un tipo de investigación “pura” basada en enunciados descriptivos literales no interpretados. Ante ese fracaso se aprecia el tipo de reversión que propone White: puesto que aquello otro ha fracasado, exploremos el borde exterior de esas oposiciones, indagando en las operaciones interpretativas y figurativas tal como se expresan en la escritura histórica. El costo es enorme: la narrativa queda caracterizada como una pluralidad no cognitiva de estrategias de significación (ibíd.; 321) en la cual un “efecto de explicación” es generado por medios puramente lingüísticos siguiendo la guía de criterios morales o estéticos. Por lo tanto “no es accidental que el narrativismo no contenga ningún otro criterio epistemológico más que la verdad en su sentido correspondentista” (ibíd.; 321), una vara demasiado alta (o baja) ante el fracaso de la cual quedan habilitadas todas las estrategias figurativas que, en última instancia, terminan privando a la historiografía de sus pretensiones cognitivas y fácticas. Pero tenemos otros criterios no-correspondentistas para evaluar las pretensiones epistémicas de nuestros vehículos de conocimiento, los cuales para Lorenz están vinculados con indicadores indirectos de verdad, como el alcance, la sistematicidad y la coherencia que, en tanto pautas de “rastreo de la verdad” (*truth-tracking*) reenvían a procedimientos de justificación de la creencia en términos que deben ser continuos a los empleados por los practicantes de esa misma disciplina (ibíd.; 319n; Lorenz, 1994, 298). Esos procedimientos culminan, en la visión de Lorenz, articulando una suerte de visión realista “interna” que sigue a Putnam —el Putnam de *Reason, Truth and History* [1981] vale aclarar- en su intento de abortar el debate en tanto éste se dé en términos de visiones objetivistas ingenuas y perspectivas relativistas peligrosas, basadas como lo están ambas en escisiones y contraposiciones brutales entre los dominios de lo cognitivo y lo imaginativo, lo descriptivo y lo interpretativo y demás. En esa visión intermedia de Lorenz un punto es crucial: atender a la falsa contraposición entre la ciencia y las “expresiones de cultura aún no disciplinadas”, la cual sirve al argumento que tanto objetivistas como relativistas comparten en el cual “presuponen que hay un consenso en la ciencia real sobre los hechos y sus relaciones explicativas; debido a la ausencia de tal consenso en el caso de la historia, concluyen que esta disciplina no es científica (en todo o en parte) y la clasifican como una «expresión de cultura»” (Lorenz, 1994; 305). Ciencia es lo que hacen los físicos. Los objetivistas creen que lo que hacen los historiadores debería remedar hasta donde sea posible aquel obrar. Los relativistas creen

que eso es imposible, luego escinden los planos del procedimiento historiográfico y culminan por colapsar las pretensiones cognitivas de los vehículos interpretativos referidos al pasado haciéndolos pasar por el tamiz de la mera “expresión cultural”.

Pero el punto de Lorenz radica en mostrar que el fracaso o abandono de las visiones objetivistas y positivistas en la filosofía de la ciencia y la teoría cognitiva no derivó en el abandono de las pretensiones epistémicas habituales, sino que apuntó a sustentar la epistemología contemporánea en distintas versiones del falibilismo y el contextualismo (ibíd.; 306), los cuales impugnaron la idea de que el consenso o la formalización son indicadores de cientificidad o de que auténtico conocimiento está teniendo lugar (ibíd.; 307). En ese marco es que pueden abordarse los problemas de la referencialidad y la correspondencia. “Siguiendo a Putnam podemos elucidar estos dos problemas interpretando la correspondencia y la referencia como nociones que *derivan su significado de marcos de referencia específicos, en relación a los cuales resultan relativos*” (ibíd.; 309). Esto supone el relevamiento de los marcos lingüísticos específicos en los que la realidad es descrita y la suscripción de criterios coherentistas más que correspondentistas de relevamiento de las pretensiones de verdad de los enunciados históricos. Esta pretensión es irrenunciable en tanto “el uso del lenguaje *presupone* la idea de que las expresiones lingüísticas tienen significado y que ese significado no puede ser completamente elucidado por uso, o reducido a él” (Hamlyn, citado por Lorenz, 1994; 310n).

Esto es, “el conocimiento del significado de un concepto presupone la habilidad de aplicarlo” pero no sólo eso, “a la vez presupone el conocimiento del tipo de cosas a las que refiere el concepto y el conocimiento de los modos en que este concepto es *correctamente* usado en los enunciados” lo cual parece suponer “que se conoce bajo qué condiciones son *verdaderos*”. “La noción de error sólo cobra sentido en un contexto de reglas”, y el hecho de invocar la relación convencional dentro de un marco conceptual “*no* invalida las nociones de referencia y de verdad como correspondencia. Sin esas nociones es de hecho imposible entender *sobre qué hablamos* cuando hablamos” (todas las citas ibíd.; 310).

No quiero extenderme aquí en los planteos de Lorenz, sobre los que volveré más adelante, salvo para mostrar hasta qué punto marcan genuinas preocupaciones hacia el tipo de operaciones configuradas por White que podrían estar privando al discurso historiográfico de algunas de sus características sentidas como más propias. Las distinciones entre literalidad y figuralidad, entre “ciencia” y “no-ciencia”, entre lo fáctico y lo ficcional, entre investigación enunciativo-descriptiva y escritura compositiva-interpretativa *parecen* derivarse de un conjunto de radicalizaciones o forzamientos ulteriormente innecesarios respecto de cierta visión “tradicional” o “ingenua”: ¿hay realmente posiciones *tan* ingenuas como aquellas de las cuales White quiere precavernos? ¿o se trata de la generación de un espacio conceptual sobre la base de un modelo mal definido? Entre el muñeco de paja y la reversión de lo supuesto en ese mismo

muñeco, nos dice Lorenz, se tiende un espectro de posibilidades que rehabilitan nociones transicionales, complejas, más sofisticadas que problematizan las escisiones figuradas en el mismo narrativismo y tienden puentes entre investigación y escritura, entre hechos e interpretación, entre lo literal como lo cognitivo y lo metafórico como lo imaginativo. En este último punto la apelación a las teorías de la metáfora de Mary Hesse o Lakoff y Johnson (Lorenz, 1998; 328-329) apunta a mostrar que la distinción entre ambos polos no es tal y que la frontera entre lo descriptivo y lo interpretativo se desvanece cuando la metáfora es vista como un procedimiento propiamente cognitivo, que abunda en nuestro mismísimo vocabulario observacional, todo lo cual no reenvía a las porosas planicies de la tropología escéptica de White, sino que se constituye en una defensa del realismo sobre bases más sofisticadas.

En esta lectura “realista interna” de Lorenz, White es visto como un tipo de “anti-realista”, lo cual también se desprende de la lectura que hace de él Michael Roth. En ella se afirma que “White desplaza las cuestiones epistemológicas y las cuestiones acerca de la objetividad a favor de una investigación al interior de la estructura literaria o poética” (Roth, 1988; 640), con el propósito de socavar la autoridad historiográfica en tren de exponer las elecciones morales, políticas y estéticas que motivaron la adopción de tales y cuales formas particulares de *retórica realista*. La teoría literaria es así utilizada como un dispositivo que asegura que “no hay ubicaciones privilegiadas desde las cuales constituir significaciones” (ibíd.; 641), lo cual termina convirtiéndose en un tipo de perspectiva sobre la teoría misma que culmina reenviando a una posición escéptica incluso respecto del propio instrumento utilizado.

Ese anti-realismo termina por generar auténticas dudas, por ejemplo en el historiador Roger Chartier, acerca de las posibilidades de “fundamentar un régimen de conocimientos propios de la historia” desde el narrativismo (Chartier, 1999; 405), en tanto y en cuanto el pluralismo interpretativo de White, así como su consideración “artefactual” del escrito de la historia culminan por dejarnos solamente con criterios de distinción “puramente internos al discurso” que hacen “a la coherencia del relato, a su completitud o a su incompletud, a la habilidad del autor para utilizar las diferentes figuras retóricas” (ibíd.; 404). Esa posición compromete las pretensiones de la historiografía de producir algún tipo de saber y más aún, lo subsume en el tipo genérico de saberes generados indistintamente en el orden del relato, sea éste de ficción o no. Pero la misma resulta particularmente desatenta del hecho de que “la intencionalidad histórica es fundamentalmente una intención de conocimiento” (ibíd.; 408), una intención atestiguada en el conjunto de procedimientos propiamente historiográficos empleados en “la producción de objetos determinados” por medio de prácticas propias de la tarea del historiador (“relevamiento, tratamiento crítico de fuentes, empleo de técnicas arqueológicas, filológicas y estadísticas, articulación de hipótesis, procesos de verificación”), prácticas a su vez regladas que inscriben a la historia “como un régimen de saber verificable y potencialmente universal” (ibíd.; 409). La pregunta genérica de Chartier es cómo se hace cargo



la teoría narrativista de todo este conjunto distintivo de procedimientos e interacciones de manera de justificar una especificidad atinente a lo historiográfico. La respuesta implícita en la retórica empleada supone que la teoría whiteana no halla propiamente un modo de hacerlo.

Una consideración más balanceada de estas orientaciones escépticas es trabajada por Andrew Norman, en la cual el resaltado de las operaciones narrativas genera un dilema que la teoría contemporánea de la historia debe encarar de manera sistemática: “argumentar que las narrativas no deben ser evaluadas en su contenido veritativo *únicamente* es una cosa, pero desplegar una dicotomía que ubica a las narrativas en un juego de lenguaje totalmente apartado de la verdad es otra muy distinta” (Norman, 1991; 130). Lo primero que hay que notar, dice, “es que el hecho de que una representación discursiva tiene una estructura que aquello que representa no tiene, no implica por sí mismo que una imposición falsificadora ha tenido lugar” (ibíd.; 131) Esta implicación es la supuesta por aquellos a quién Norman denomina “imposicionalistas”, esto es, quienes sostienen que “el hecho de contar un relato acerca del pasado necesariamente involucra una suerte de violencia interpretativa” (ibíd.; 120), en la forma de “una actividad por medio de la cual criterios de relevancia son aplicados, se obtiene un cierre, y una coherencia y unidad son creadas – un proceso, en suma, que genera un relato *entramado* del pasado” (ibíd.; 121)-. El imposicionalista pregunta si “en la construcción de una historia narrativa imponemos un orden al pasado o si simplemente extraemos un orden que está allí con antelación” (ibídem.), y el resultado del análisis es que ocurre más bien lo primero. De ello concluyen, “infelizmente”, “la conclusión escéptica de que las narrativas no pueden ser verdaderas” (ibíd.; 133).

Frente a este movimiento otros dos optan, de acuerdo a la visión sinóptica que propone Norman, o bien por suponer que las historias narrativas siquiera aspiran a la verdad, en la búsqueda de fortalecer y enfatizar los aspectos no referenciales del discurso narrativo, o bien por aseverar lo contrario, que las narrativas refieren y de hecho logran articular enunciados verdaderos. Para ello estos últimos realizan “asunciones ontológicas bizarras en tren de defender el honor epistémico de los relatos”, en las cuales se pretende haber descubierto que el pasado “ya está narrativamente estructurado”, lo cual supone que en el marco de esta opción teórica se “reifican las tramas con la finalidad de que haya algo en el mundo a lo cual las estructuras narrativas puedan corresponder en tanto sean verdaderas” (todas las citas ibíd.; 133). A los primeros Norman los denomina anti-referencialistas y a los segundos “reificadores de la trama”. Ejemplares de los primeros son Jean Francois Lyotard y Roland Barthes y algunos planteos de Louis Mink –que veremos en el próximo capítulo-, en tanto representan a los segundos teóricos como Alasdair MacIntyre, David Carr y, para ciertos propósitos, Paul Ricoeur.

La distinción es útil y tendremos ocasión de volver a algunos de estos planteos más adelante. No obstante lo relevante aquí es la caracterización de White, en la cual se le asigna el

mote de "imposicionalista". Según Norman el problema del "imposicionalismo" whiteano es que iguala constructivismo con distorsión y falsificación; adicionalmente no caracteriza adecuadamente el proceso por medio del cual se conoce históricamente (ibíd.; 131). Por el camino de oponerse simétricamente a la pasividad de un supuesto modelo ingenuo que convierte al historiador en un mero transcriptor de la evidencia en el lenguaje, el activismo imposicionalista coloca en situación de pasividad a la evidencia misma (ibíd.; 132). La propuesta de Norman consiste entonces en tomar a White como un anti-realista, y situar a su propia posición —la de Norman— como un símil de la de Arthur Fine en la filosofía de la ciencia, sencillamente negándose a aceptar la carga de "tener que explicar en qué consiste la verdad" (ibíd.; 134), ya sea en términos realistas o anti-realistas. En rigor, tanto uno como otro polo están comprometidos con el interjuego correspondentista que considera al lenguaje un instrumento que debería adecuarse al entorno no lingüístico al que puede eventualmente representar, sólo que mientras esa obligación normativa no puede satisfacerse según el anti-realista, es por el contrario satisfecha en la perspectiva realista centrada "en el éxito predictivo de la ciencia". Por su parte la posición de Norman, en tanto orientación pragmática se mantiene apartada de "la ilusión de que necesitamos lo que proveen" aquellas teorías robustas (ibíd.; 134), apoyándose en la "actitud ontológica natural" de Fine como forma de impugnar los términos correspondentistas presupuestos en el debate entre realistas y anti-realistas.

Otra caracterización escéptica de White es la de Carr, en particular como derivación del énfasis puesto por parte del primero y de Mink en el hecho de que las historias no son vividas, sino contadas, y que las características propias de la estructura narrativa no se corresponden con los atributos de los eventos o de la experiencia, sino que se derivan de la estructuración inherente del acto de narrar (Carr, 1986; 117). Carr parte de la crítica de White al deseo y anhelo gratificado "en la fantasía de que los eventos *reales* son propiamente representados cuando ellos pueden mostrarse que despliegan la coherencia formal de un relato" (ibíd.; 118, citando a White, CDF, 4), y de la pregunta retórica del narrativista acerca de sí "se presenta el mundo a sí mismo a la percepción en la forma de relatos bien hechos" o si por el contrario "se presenta a sí mismo más en la forma que los anales y las crónicas sugieren, ya como una mera secuencia sin comienzo o final o como secuencias de comienzos que sólo terminan y nunca concluyen" (CDF; 21). En tanto White intenta mostrar que los cierres narrativos de la experiencia cumplen anhelos y voliciones que terminan por imponerse a un plano de experiencia ulteriormente inestructurado, lo que termina configurando el narrativista es una visión de la narrativa que "constituye un escape, un consuelo o diversión de la realidad, peor que eso, es un opio, -una distorsión impuesta externamente como un instrumento de poder y manipulación-"; en cualquier caso, aún en sus formulaciones más moderadas, la narrativa es considerada como "un artefacto literario cultural y extraño a lo real" (Carr, *op.cit.*; 119). Incluso cuando en paradigmas más "benignos" como el de Ricoeur, la narrativa es mostrada como articuladora, habilitadora y

“expansiva” constitutivamente de nuestro sentido de la realidad, según Carr se termina arrumbando a la narrativa al dominio de lo discontinuo respecto del “mundo real”, en el sentido de que la narrativa “introduce algo nuevo en el mundo”, adosando a los eventos del mundo “una forma que de otro modo no tendrían” (ibídem.), en la forma de articulaciones, habilitaciones y expansiones que no pertenecen al ámbito de la experiencia, sino al de la narrativa -entendida así como “lo no experimentado”-. La intención de Carr es mostrar, utilizando un enfoque fenomenológico, cómo las narrativas y estructuraciones de eventos representadas en los relatos son extensiones de los rasgos primarios de esos mismos eventos, en tanto y en cuanto se sobre-imprimen sobre un proceso narrativo práctico de primer orden, configurando así “narrativas de segundo orden” (ibíd.; 131). La carga “imposicionalista” de White conduce por el contrario a la desatención de ese registro práctico primario, y configura un argumento escéptico que Carr desea desactivar mostrando la compleja, fenomenológicamente informada tensión y relación entre narrativas de primer y segundo orden.

Las críticas de Norman y Carr muestran hasta qué punto la preocupación en torno al estatuto de lo narrativo deriva tanto en reflexiones acerca del sendero epistémico habilitado por ese estatuto, como por reflexiones más propiamente prácticas acerca del tipo de instanciación del género discursivo historiográfico a la luz de las *dramáticas reversiones* whiteanas. Alex Callinicos ha rastreado el punto hacia el cual deriva el hecho de que White “ofrezca una pragmática de la escritura histórica” (Callinicos, 1995; 52), en la que la apreciación retórica del discurso no puede ser entendida en modos puramente formales (ibíd.; 50) sino que reconduce a la manera en que las narrativas históricas realizan funciones sociales, primariamente en el terreno de la configuración ideológica de los marcos de significación en el que se desenvuelven los hablantes (ibíd.; 51). Esta mixtura de formalismo y crítica ideológica explica tanto las antipatías hacia White desplegadas por los conservadores académicos comprometidos con la defensa del “método histórico” cualquiera sea éste, como por aquellos teóricos embarcados en una reivindicación más explícitamente política -en el sentido de “militante”- de la crítica de la historia, posición suscripta por el propio Callinicos. “El metahistoriador irónico flota entonces a mitad de camino entre la izquierda y la derecha, desdeñando la pretensión marxista de cimentar su proyecto político en la naturaleza del proceso histórico, pero también ofreciendo una crítica utópica de las reconciliaciones conservadoras con la realidad” (ibíd.; 53), deriva mixta que convierte a White no en un cripto-marxista, como temen los conservadores, sino en una especie de “liberal burgués posmoderno” de tipo rortiano, comprometido con el reformismo vagamente progresista de las ricas democracias nor-occidentales<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Los aspectos reformistas -“anti-revolucionarios”- de White serán resaltados más adelante cuando veamos las críticas de Ginzburg. Esos aspectos se encuentra claramente expresados en una cita a pie de página en *The Content of the Form* en la que White explícitamente toma distancia de las posiciones “activistas” o “revolucionarias”, remarcando las implicancias escépticas, relativistas y tolerantes de sus propias posturas (CDF, 227n).

El problema con esta vía media es que es políticamente tibia y, a la vez, no provee un sendero viable que vehiculice las pretensiones cognitivas de un discurso tan potente y a la vez ubicuo en el ámbito político como resulta ser el historiográfico. Mientras que Ricoeur, según Callinicos, intenta al menos fortalecer el segundo aspecto, anclando la narrativa en una metafísica de la temporalidad, la pragmática del lenguaje histórico de White rehúsa emprender ese camino, por lo que en términos globales

“la significación de la versión narrativista de Hayden White reside menos en su evasivo tratamiento de la escritura histórica como forma de narrativa, que en el hecho de que su enfoque resalta su carácter como *escritura*, y en las conclusiones escépticas más o menos explícitas que esboza a partir de ese enfoque, de manera notable cuando privilegia aquellas formas de historiografía que involucran «una aprehensión irónica del irreductible relativismo de todo conocimiento» (ibíd.; 66).

Las conclusiones escépticas son tanto más notables en la medida en que permanece en White un sustrato “empirista” no depurado en el cual “se identifica un estadio previo a la imposición de los eventos de una forma narrativa, en la cual son registrados en la secuencia temporal de la crónica” (ibíd.; 74), con lo cual “oscila entre tratar a los eventos como el material caótico y crudo de la historia”, “postulando un discurso pre-narrativo, la crónica, que ofrece acceso no-mediado a esos eventos” (ibíd.; 74-75), lo cual permitiría un basamento fáctico para el discurso, y el predominio de la orientación irónica que pervierte ese mismo basamento y reconduce en la dirección de la pura figuración poética de la historia. Entre ese empirismo inconfeso y la ironía, la posición whiteana fracasa, como todas las posturas irónicas, en captar su aspecto dialéctico: “el tratamiento de la ironía como dialéctica, la vincula de manera firme con el concepto de totalidad social: la ironía se deriva de la incapacidad de cada término de verse como un aspecto de un «desarrollo total»” (ibíd.; 209).

El conjunto de estas posiciones apuntan a mostrar los problemas suscitados por la postura whiteana: como resultado de sus adopciones teóricas el narrativismo se muestra incapaz de estabilizar un basamento sólido para las pretensiones cognitivas del discurso histórico. En vez de ofrecer trológicamente términos de comparación entre paradigmas cognitivos o entre narrativas históricas y narrativas de primer orden, el único reenvío es a las categorías formales de la retórica y la pragmática del lenguaje, bajo el manto de una aprehensión irónica dominante. En este marco no es extraño que resulte imposible “fundamentar un régimen de conocimientos propio de la historia” y que la privación narrativista y el escepticismo resultante acerca de la posibilidad de sustentar epistémicamente el discurso histórico reenvíen la discusión en la dirección de las aporías insalvables del relativismo, entendido ahora como la incapacidad de posicionarse moralmente de cara a los aspectos conflictivos inherentes a la *praxis* cultural general en la que el discurso historiográfico se encuentra incrustado.

b) *Las inversiones del narrativismo: relativismo y tropología "indisciplinada"*

Las tentaciones relativistas de White son en cierta medida impropias de un enfoque tropológico. Como ha señalado Maurice Mandelbaum en su crítica a White (Mandelbaum, 1980), la tropología sirve como un protocolo formal de interpretación del lenguaje ordinario, lo cual permitiría eventualmente encarar la tarea de traducir los encuadres discursivos de los diferentes discursos y lenguajes históricos. La identificación de elementos recurrentes y típicos caracterizables en términos de los tropos debería facilitar -y no dificultar- la posibilidad de establecer protocolos de conmensurabilidad y traducción entre los discursos en que esos elementos se manifiestan (ibíd.; 51). La decisión de White de considerar a las obras históricas como estructuras lingüísticas derivadas de compromisos "estilísticos" individuales es lo que impide dar el paso que a Mandelbaum le parece necesario, que llevaría de la consideración de las obras en particular a los registros genéricos de los términos de comparabilidad entre obras y autores. Ver un estilo como un acto poético individual elide la discusión acerca de configuraciones discursivas que no sólo pueden emplear recursos formales recurrentes, sino que también pueden versar y converger temáticamente, lo cual es manifiesto en el caso de los historiadores (ibíd.; 53). La relación de los autores entreverados en actos poéticos no es tan sólo con el propio discurso y sus elecciones o afinidades electivas, sino también con otros autores, audiencias, obras y corrientes de interpretación precedentes, escuelas rivales y sustratos evidenciales comunes, manifestados en la composición de campos históricos no enteramente disyuntos. Las consideraciones de White acerca de estos puntos parecen sumamente incompletas e incapaces de caracterizar *lo que los historiadores hacen y lo que las audiencias esperan funcionalmente del tipo de discurso ejemplificado por las narraciones históricas*. Puesto a revelar el protocolo lingüístico completo de los historiadores, Mandelbaum reprocha que White se haya conformado con el relevamiento de la sintaxis de la narración histórica, sin enfocar los aspectos inherentes a la misma que reenvían a la semántica del lenguaje ordinario y que presuponen el uso referencial del lenguaje (ibíd.; 53).

Esta promoción de los aspectos poéticos y retóricos es criticada a su vez por Nancy Struever (Struever, 1980) como un énfasis unilateral y una restricción del dominio de la retórica -que sólo en último término remite a la *cuestión del estilo*- omitiendo los aspectos canónicos de ese dominio que vinculan la expresión discursiva con el registro verbal en sentido amplio, incluyendo el aspecto pragmático de lo que tradicionalmente se denomina *tópica*. En el enfoque tópico se trata el uso común de un repertorio disponible de comportamientos verbales, y las formas de la apelación a un muestrario de encuadres altamente sensible a los contextos, que requiere para su análisis menos elucidaciones sistemáticas que un seguimiento más preciso de los "lugares comunes" en los que hablantes y audiencias convergen (ibíd.; 73). Struever encuentra una contradicción en la permanente invocación de la libertad electiva autoral por un lado, y la indefinición whiteana en torno a los tipos de públicos y estrategias de recepción que

condicionan aquellas “libertades” por medio de concepciones específicas de los tipos de escritura y de percepciones individuales que suponen la idea misma de un “autor” que se dirige a un público (ibíd.; 77). Se obvia con ello el carácter político e institucional de la articulación disciplinar que condiciona “la libertad del poeta” y suprime “la privacidad del texto”. Ese carácter podría por el contrario, marcar el aspecto *tópico* del discurso, su carácter abierto, sujeto al debate público, en otras palabras, *ligado* al conjunto de las interacciones, que un encuadre excesivamente vinculado al énfasis autoral, electivo, individual de la configuración poética no permitiría resaltar.

Simultáneamente Eugene Golob (Golob, 1980) ha marcado cómo White ha ignorado aquellos aspectos propios de la evidencia que podrían eventualmente “disciplinar la imaginación” –la expresión es collingwoodiana–, para resaltar posteriormente que en virtud de los compromisos whiteanos pueden entenderse aquellas ignorancias: en White asistimos a un *nihilismo cognitivo basado en un determinismo lingüístico como consecuencia de la perspectiva formalista, idealista y escéptica* que informa su trabajo (ibíd.; 58). El escepticismo estaría en función de un argumento “pluralista” ulteriormente político: la emancipación humana está en relación inversa a la consolidación de regímenes de “verdad” característicos, lo que termina forjando un esquema maniqueo entre prácticas cognitivas responsables pero conservadoras y prácticas emancipadoras no cognitivas (ibíd.; 65). White sería así una suerte de nietzscheano desilusionado con la historia, en virtud de su incapacidad de satisfacer el ideal positivista de conocimiento. Como resultado de esa desilusión *invierte la idealización* y forja un escenario de apelación a los historiadores, convocándolos a una emancipación intelectual anti-histórica, en el nombre de las estructuras lingüísticas (ibíd.; 64).

Este aspecto emancipatorio, humanista y crítico ha sido resaltado recurrentemente, pero paradójicamente Frank Ankersmit “acusa” a White de lo contrario que Golob, de ser un “realista historiográfico” (Ankersmit, 2001; 254), que en el nombre de la teoría literaria reduce a cuestiones de estilo las operatorias historiográficas. “En contraste con la apertura deconstructivista, White ubica al historiador en un mundo cerrado de formas fijas. Si el sistema de White hubiera sido más flexible, de manera que pudiera adaptarse a cada contenido histórico concebible” (ibíd.; 71) su propuesta teórica hubiera sido mejor recibida. Por el contrario, el énfasis formalista irreductible en White provocó que su subjetivismo emancipador fuera mal comprendido y su “llamado” liberador permaneciera desatendido en términos generales.

Similares consideraciones en torno a las paradojas y contradicciones inherentes al planteo whiteano se encuentran en las consideraciones de Hans Kellner (Kellner, 1980). Kellner es, quizás, en muchos aspectos el autor más fecundo y afín a White en este listado crítico, y aunque luego retomaré muchas de sus observaciones acerca de la tropología, lo que me interesa marcar aquí es el aspecto irreductible de la apelación “cuasi-sartreana” a una libertad

discursiva en manos de los hablantes, que se encuadra en un marco tropológico que determina los espectros de posibilidad genéricos de emisión (ibíd.; 16). El planteo adquiere así el status de una paradoja existencial (a la que denominaré *paradoja de Kellner*)<sup>13</sup>: el lenguaje es un sistema irreductible de producción de significado, *pero* los hombres son libres (ibíd.; 22). La libertad sartreana se contrapone al énfasis sistemático de una visión uniforme del lenguaje como una matriz omni-comprensiva. Alejado de los “idólatras del texto”, White no quiere recaer en consideraciones ingenuas. La búsqueda permanente por no quedar atrapado en las redes dispersivas del humanismo ingenuo, así como tampoco en las mallas asfixiantes del estructuralismo, el textualismo y la “codificación inhumana”, lleva a White al recurso permanente a la “ironía debilitante” (ibíd.; 15) para perturbar los esquemas reductores o ingenuos de aquellas posiciones que no comparte totalmente. Esto supone tratar a toda esquematización como ha tratado a la lógica del silogismo y la identidad, esto es, remitiéndola a un momento integrado en la deriva retórica entimemática, evadiendo así toda dicotomía y todo planteo absolutista y reintegrándolo al interior de espectros o encuadres más inclusivos (ibíd.; 10). La lucha *spectral* contra el determinismo asume la forma de una ampliación irónica, que debilita las fijaciones dicotómicas de sentido (ibíd.; 25).

Pero el “hallazgo” whiteano de la tropología es, más bien, un presente endemoniado: la tropología tiene un formidable poder transformacional, mutando su propio *status* y adecuándolo de acuerdo a las conveniencias del usuario (Kellner, 1981, 15), pero lleva consigo al menos cuatro atributos: 1- se encuentra en un estado permanente de genérica y laxa indefinición de los términos empleados; 2-esa indefinición revierte en un endémico desacuerdo y pluralismo interpretativo; 3-los términos tropológicos tienden a sustraerse del ámbito discursivo, en la dirección de su inclusión en el utillaje mental de la especie; 4- y tienden a ampliar de manera imperialista e irrefrenable su ámbito de aplicación (ibíd.; 16). La tropología sirve tanto para el rastreo de las figuras del habla, como para la transcripción de las figuras del pensamiento, para la categorización de los símbolos presentados por el comportamiento verbal y para administrar la significación genérica del discurso como un todo (ibíd.; 22-23). Como tropo propiamente dicho, como figura, como pensamiento (símbolo), como alegoría instanciada en el discurso, el tropo encuentra en su permanente “inflación” la dinámica que mejor la describe, al punto tal que Kellner (pero no sólo él, véase también Ankersmit en Ankersmit, Kellner y Domanska, 2010) no hesita en asimilar los cuatro tropos maestros a las categorías del entendimiento kantianas (Kellner, *op.cit.*, 24). La tropología es así menos un esquema reductivo que una “procesión”, un tránsito conceptual que admite un curso diacrónico que puede eventualmente elevarse a filosofía especulativa de la historia, a forma de conocimiento primera, buceando así en la raíz común de lo narrado y lo conocido (a partir de la voz indoeuropea *gnō*,

---

<sup>13</sup> Véase capítulo cuatro, sección d).

presente tanto en *gnosis* como en *narrare*). Ese aspecto diacrónico es el que se registra en términos como *dia-gnosis*, “conocer a través”.

Este estatuto “inflacionario” e “inflamable” de la tropología genera inmediatas dudas acerca de la pertinencia del instrumento: la ampliación recurrente del dominio invocado por la teoría, lejos de ser una virtud de la misma es un defecto. Si las estrategias de figuración son comunes a los procesos de pensamiento, las figuras de habla, los símbolos y los discursos, y más aún, un denso tramado verbal vuelve todas esas categorías indistinguibles ¿qué permanece de lo propiamente narrativo en ese caso? Y más aún ¿qué hay de distintivo en la escritura histórica como pretende analizarla White si la figuración tropológicamente informada se halla en *todo* discurso? (Carroll, 2000; 398). Ciertamente es plausible que el determinismo tropológico configure una visión en la cual los hablantes son “prisioneros” de los modos lingüísticos (Carroll, 1976; 60), y si fuera así ¿en qué medida “el eterno retorno de lo irónico” no conspiraría contra la posibilidad de articular un “humanismo formalista emancipador”? (ibíd.; 62). La lectura kantianizante de White es ampliada por Carroll a otros tres atributos –más propios de una estética kantiana que de la homologación de las categorías tropológicas a las categorías de entendimiento-: el predominio y la idealización de la forma, como adopción categorial a-crítica (ibíd.; 62), la confusión de un enfoque formalista con uno valorativamente neutral (ibíd.; 63) y la suscripción inopinada a una estética del *genio* en la cual la jerarquía de la intención autoral y sus actos poéticos electivos se sobreimprimen y se imponen por sobre toda determinación estructural (ibíd.; 64). *Metahistoria* designa así un tipo de postura liberal, humanista, emancipadora, centrada en las opciones morales disponibles en el espectro de decisiones de individuos esencialmente libres, lo cual no es sino el viejo paradigma estético kantiano ataviado con nuevos y deslumbrantes ropajes estructuralistas (ibídem.).

En el otro “tramo” de la comparación, en la medida en que la analogía con las categorías kantianas pretenda ampliarse, queda pendiente, como adecuadamente ha notado Wulf Kansteiner, la deducción trascendental de las categorías tropológicas, si es que se pretende que sean algo más que convenciones *tópicas*. En definitiva ¿cuál es el *status* de los tropos? “¿Deberían los tropos ser considerados figuras preconceptuales del pensamiento que determinan el procesamiento originario del material, o son descriptos de manera más adecuada como conceptos maestros que tan sólo guían el proceso mismo de escritura, el tramado efectivo de los hechos?” (Kansteiner, 1993; 281). White no ha clarificado elocuentemente la cuestión, en opinión de Kansteiner, y ha permitido que sus críticos confundan el estatuto difuso de los tropos como una apuesta común al relativismo epistémico y al relativismo moral (ibíd.; 274). Esa confusión puede aclararse, en opinión de Kansteiner, postulando una distinción triple entre el compromiso whiteano con el plano de eventos, las características propias de la configuración en el plano narrativo y un ulterior plano “reflexivo” que aborda exterior (y negativamente cabría inferir) algunos aspectos del plano intermedio (ibíd.; 284). La tensión entre los dos primeros



planos genera los problemas escépticos y epistémicos que White pretende resolver, según Kansteiner, comprometiéndose acriticamente con un plano de eventos estable relevado a la manera empirista tradicional (del tipo de los enunciados observacionales o de primer orden, cuestión que ya hemos tratado con Lorenz). Pero al mismo tiempo las potencialidades configuradoras engendran los esquemas plurales de interpretación, la sucesión de “realismos” que delinean comunidades y paradigmas cognitivos que entregan su rastro plural indecible, pero ulteriormente interpretable en términos tropológicos. Por último el análisis de los tipos de géneros narrativos es abordado *exteriormente*, mostrando los modos de adecuación representacional requeridos por distintas “épocas”, en el tipo de intelección historicista que remeda la reconstrucción auerbachiana del realismo en la literatura occidental. En esta perspectiva, la inadecuación del realismo decimonónico que informa a la narración historiográfica académica salta a la vista de cara a eventos propios de la condición *modernista* del siglo XX, y la hace estallar.

Sin embargo este esquema de “niveles” es objetable en varios puntos, en tanto que en su primer aspecto (la relación entre los eventos y la narración) adopta una visión pre-kuhniana de la ciencia, que se compromete con una distinción rígida entre lo literal y lo figurativo y con un formalismo inflexible que se vuelve, en última instancia, a-histórico (ibíd.; 288-289). La tesis de Kansteiner apunta a mostrar que White ha ido deslizándose desde el tipo de relativismo y pluralismo irreductible asentado en *Metahistoria*, intentando a la vez sustentar por un lado un decisionismo poético autoral que respete los relativos posicionamientos estéticos y morales y por el otro evitar las inferencias negacionistas o revisionistas que podrían implicar un escepticismo total políticamente irresponsable respecto del carácter *efectivo* del pasado. La polémica en torno a los límites de la representación del Holocausto, que abordaré en la siguiente sección, muestra cómo en el intento por fortalecer la visión relativista moral —que reenvía a la pragmática disciplinar y al posicionamiento político ante el pasado—, se generan incentivos a la adopción de una perspectiva militante que puede derivar en el escepticismo cognitivo acerca del pasado, en el nombre de compromisos ético-políticos repudiados. Llegados a este punto, sostiene Kansteiner, la posición whiteana debe elegir entre admitir formalmente la posibilidad *negacionista* de postular cierto estado de cosas como una perspectiva informada por una práctica militante en particular, en términos formales *a la par* de las demás prácticas, o impugnar sustantivamente esa misma perspectiva. Si sigue el primer camino el narrativismo whiteano se convierte en el tipo de artefacto teórico que niega los regímenes específicos de conocimiento de la historicidad —la preocupación propia de un Chartier, o de un Ginzburg, como veremos— y convierte al discurso histórico en un instrumento puro de legitimación. Por el contrario si sigue el segundo camino tal vez pueda tacklear el argumento negacionista, pero al costo de *debilitar la teoría*, ingresando en el terreno sustantivo de las definiciones restrictivas que una teoría formal debería evitar (ibíd.; 290-293). Sostener que *ciertos eventos no pueden ser*

*figurados de determinado modo* en atención a prevenciones o restricciones del tipo sugerido por la “necesidad de adecuarse a la evidencia o a las implicaciones ideológicas de las posiciones adoptadas” supone la violación del libre juego tropológico que eventualmente *Metahistoria* estaba configurando.

A lo que se orientan estas críticas es a mostrar las incompletudes de la propuesta whiteana en la medida en que supone un tipo de “inversión” del énfasis habitual en torno a la fundamentación del discurso historiográfico y resalta sesgadamente los aspectos tópicos, retóricos y pragmáticos de esa misma práctica. En ese resaltado algunos de los lineamientos que han sentado las bases del conocimiento histórico se ven amenazados ante el expansionismo “inflamable” de la tropología como sustento inestable del lenguaje de los historiadores. El mayor problema de este basamento desequilibrado es que no provee una comprensión adecuada del pluralismo inevitable en torno del pasado y, en el camino, habilita la legitimación de perspectivas que, globalmente, suponen la “desrealización” del pasado y la ignorancia respecto de los efectos de nuestra exposición a una historia por momentos traumática, a lo cual serán dedicadas las dos siguientes secciones.

### c) *Las disoluciones del narrativismo: escepticismo como idealismo lingüístico*

Algunos de los más frontales ataques a las posiciones whiteanas tuvieron ocasión de manifestarse en ocasión de un coloquio acerca de “los límites de la representación” (Friedlander, 2007 [1992]), en el cual el problema de la *Shoah* y la captación discursiva de los eventos implicados en la política de exterminio nazi fueron contrapuestos de manera hostil al interjuego irreductiblemente político y poético de las archi-texturas whiteanas tropológicamente informadas. Perry Anderson rastreó las afinidades de White con “el escepticismo moderno que pretende reducir la Historia a la retórica” (Ibíd.; 108). En ese rastreo fueron resaltadas las conexiones con cierto idealismo de tipo croceano (rastreados a su vez por Ginzburg en el mismo coloquio, como veremos), pero también se mentaron sus afinidades con el pragmatismo norteamericano

“una filosofía liberal (...) anterior y más influyente que el activismo italiano a la hora de difundir la idea de lo que hoy a veces se llama «efectos de verdad». Lévi-Strauss, un moderado de derecha, fue el primer teórico de la inconmensurabilidad de los códigos históricos, siendo cada uno arbitrario con relación a los demás” (ibíd.; 108).

En este párrafo se aprecia la modalidad típica del debate: de un plumazo se pretende establecer el árbol genealógico whiteano, en términos de su mixtura imprecisa de humanismo liberal, reduccionismo pragmático, estructuralismo de “series inconmensurables” de tipo levi-straussiano y crítica barthesiana a los “efectos de verdad” y las ilusiones referenciales del discurso de la historia. En este sentido, la citación de Barthes en el epígrafe de *The content of*

*the form*<sup>14</sup> fue considerada por muchos una suerte de declaración de guerra de White a la historiografía como disciplina, beligerancia que podía rastrearse ya en artículos previos a *Metahistoria*, como “The burden of history” (1966), pero que adquirirían en su re-expresión barthesiana una frontalidad que merece citarse *in extenso*:

“parece que la historia se cuenta sola. Ese hecho tiene antecedentes considerables, pues corresponde en realidad al discurso histórico llamado «objetivo» (en el cual el historiador nunca interviene). En tal caso el enunciante anula su persona pasional pero la sustituye por otra persona, la persona objetiva (...) lo que Fustel de Coulanges llamaba significativamente (y con bastante ingenuidad) «la castidad de la historia». A nivel del discurso, la objetividad —o carencia de signos del enunciante— aparece así como una forma particular de lo imaginario, el producto de lo que podría llamarse la ilusión referencial, puesto que el historiador sostiene que deja hablar sólo al referente” (Barthes, 1971; 16).

Las postulaciones barthesianas expresadas en “El discurso de la historia” apuntaban a desentrañar el conjunto de procedimientos formales por medio de los cuales la enunciación, los enunciados y la significación historiográficas se corresponden con la auto-anulación de destinador (el hablante) y la generación de un tipo de escritura impersonal, “objetiva”, que es la que sostiene las mentadas ilusiones referenciales. El análisis de los deícticos, las personas gramaticales y los tiempos verbales empleados conforman un primer modo de aproximación. Luego, en ese tipo de escritura se destacan primero la naturaleza aseverativa, orientada a la verificación del discurso historiográfico (ibíd.; 20), en segundo lugar el carácter entimemático, no silogístico o deductivo del discurso —cuya importancia para White ya hemos recalcado precedentemente— “que asienta en el discurso histórico una inteligibilidad no simbólica” (ibíd.; 21) y en tercer lugar una clase de unidades o “funciones del relato”, que en la vena de Propp remiten a “puntos cardinales desde donde la anécdota puede tomar un curso diferente” (ibídem.). La estructura entimemática, funcional, aseverativa del discurso de la historia le concede el estatuto de “la elaboración ideológica, o para ser más precisos, *imaginaria*, si es verdad que lo imaginario es el lenguaje por medio del cual el enunciante de un discurso (entidad puramente lingüística) «llena» el tema de la enunciación” (ibíd.; 24). Se llega así a la paradoja que enmarca al discurso histórico:

“el hecho nunca tiene sino una existencia lingüística (como término de un discurso) y sin embargo todo ocurre como si esa existencia fuera sólo la «copia» pura y simple de otra existencia situada en un campo extra-estructural, lo «real». Ese discurso es sin duda el único en que el referente es considerado exterior al discurso; sin embargo nunca es posible encontrarlo fuera de ese discurso” (ibíd.; 25)

En línea con ello puede decirse que

“el discurso histórico es un discurso performativo engañoso en el cual el verificativo (descriptivo aparente) no es más que el significante del acto del habla como acto de autoridad (...) Tal situación define lo que podría llamarse *efecto de realidad*. La eliminación del significado fuera del discurso «objetivo», al dejar que se enfrenten aparentemente lo «real» y su expresión, produce un nuevo sentido. (...) Ese nuevo sentido (...) es lo real en sí mismo” (ibíd.; 26).

---

<sup>14</sup> “El hecho nunca tiene sino una existencia lingüística” (Barthes, 1971; 25).

Encontramos aquí ese *efecto de realidad* que marca que “el discurso histórico no sigue a lo real, sólo lo significa sin dejar de repetir «*ha ocurrido*»” (ibíd.; 27). Esa significación tiene una implicancia cultural amplia, en la medida que “toda nuestra civilización”, la *praxis* cultural extendida que ya hemos transitado, “tiene el gusto por el efecto de realidad” (ibídem.). La generación de ese “efecto de realidad” por medio de una ilusión referencial inducida por el tipo de operaciones propiamente enunciativas, que lleva a la errónea creencia de que se está ante una “realidad” que “nos habla” y que coloca al emisor en una condición de mero transcriptor neutral, configura según White el tipo de operación “narrativizadora” presente en el discurso historiográfico (CDF; 2). En la medida en que ese discurso oculta y mantiene velado el conjunto de operaciones que realiza en pos de articular un sentido de realidad “en” el texto, que aparezca como no mediado o como “derivación natural” del tipo de ocurrencias extra-verbales, se convierte en un artefacto destinado a la inducción a-crítica y la aceptación del protocolo verbal adoptado. Esa inducción y el conjunto de inferencias decodificadoras que sugiere en pos de la aceptación de un sentido de realidad determinado convierten a la narrativización en una operación práctico-política inscrita en la validación de un orden moral específico. Con esto, si bien la narración puede ser un procedimiento ineludible en el comportamiento verbal –“un universal transcultural” (CDF; 1), no debe confundirse ese carácter ubicuo de la configuración narrativa con la *manipulación narrativizadora* que convierte a la expresión verbal en un artefacto legitimador de un determinado estado de cosas (CDF; 25).

Podemos interpretar ahora la acritud de la recepción en algunos críticos preocupados por éstas y otras afirmaciones, de cara al horror de la *Shoah* y la “solución final”. El llamado a profundizar el aspecto constructivo y formal inherente a cualquier sentido dado de “realidad” se contraponen a la necesidad de apelar aún -por motivos éticos y políticos irrenunciables- a “la vieja idea de «realidad» en tanto «justamente lo que ocurrió»” (Ginzburg, en Friedlander, 2007; 139). Esa apelación doctrinaria la realiza, entre otros, el historiador italiano Carlo Ginzburg en atención a los desbordes “neoidealistas” de White que, según él, son los que le otorgan inteligibilidad a su postura (ibíd.; 145). El idealismo de White es descrito como un subjetivismo esteticista que sigue a Croce en su crítica al realismo de sentido común, y que avanza temerariamente en la postulación de que “el discurso crea sus propios objetos” (ibíd.; 146). Ese aspecto creativo y constitutivo del discurso es puesto al servicio de la “desrealización” del horizonte efectivo de la historicidad con miras a favorecer una perspectiva relativista y *aparentemente* tolerante. La cita de Ginzburg refiere aquí a una enunciación whiteana a pie de página en la que afirma que

“muchos teóricos creen que el relativismo del que normalmente se me acusa involucra ese nihilismo que alienta al activismo revolucionario particularmente irresponsable. En mi opinión, el relativismo es el equivalente moral del escepticismo epistemológico; más aún, entiendo al relativismo como la base de la tolerancia social, y no como una licencia para «hacer lo que a uno se le antoja»” (CDF, 227, n12)

Ginzburg resume este posicionamiento bajo el signo y seña de “escepticismo, relativismo, tolerancia” (Ginzburg, *op.cit.*; 148), pero se trata de una tolerancia de un tipo particular: tolerancia hacia las versiones autorizadas que encuentran basamento en su *efectividad* para justificar un espectro de interacciones en el presente de los hablantes. De esta manera la autorización y caracterización como interpretación legítima a cualquier versión del pasado que se inscriba *efectivamente* en el espectro variado de la interacción verbal concede un aspecto particularmente ominoso a la teoría whiteana: si los nazis hubieran ganado la guerra, la negación de los horrores de los campos de exterminio hubiera sido legítima y considerada “verdadera” (ibíd.; 151). El problema de esta “tolerancia” es que no implica ningún tipo de convicción moral sostenida, en tanto convierte a la realidad del pasado en la pura efectividad del discurso en el presente y culmina validando, simplemente, el relato de los vencedores. Tanto Ginzburg como Friedlander (Friedlander, 2007; 33) y Kansteiner (Kansteiner, 1993; 274) parecen especialmente consternados por la vinculación de la autorización epistémica de las versiones del pasado con su efectividad en términos políticos presentistas, lo cual solo puede ser el correlato de una desrealización de la efectividad propia de lo histórico, efectividad que justamente podría eventualmente evitar su apropiación en términos puramente presentistas. El resumen de Ginzburg de todo esto es que White configura un caso extremo de irresponsabilidad política, escepticismo epistémico e incapacidad para sustentar un punto de vista tolerante y relativista sobre otras bases que un esteticismo subjetivista idealista, como derivación del tipo de “privación” y escisión artificial que ya habíamos considerado con Lorenz: entre por un lado “la investigación histórica” y las “narraciones históricas” basadas en las interpretaciones figurativas, incomparables e irrefutables por el otro (Ginzburg, *op.cit.*, 155). Ese contraste, como han marcado estos autores, así como también Martin Jay (en Friedlander, *op.cit.*), culmina por rehabilitar “el insostenible contraste entre la verdad de los sucesos no narrados (...) y el sentido de su reconstrucción formal” (Jay, *op.cit.*; 159). Ese contraste conduce a White en la dirección de un nietzscheanismo que merodea en torno de un “relativismo radical” en el cual “se niega osadamente la existencia misma de un dominio ontológico de sucesos o hechos previos a su reconstrucción” (ibíd.; 160), el tipo de “derrumbamiento del objeto y el sujeto de investigación” que culmina en “la mera proyección del sujeto” (ibídem.).

Este sentido proyectivo del propio yo del hablante que configura a voluntad su entorno en términos lingüísticos encuentra su medio de promoción y desarrollo en el género “inflamable” de lo tropológico y reenvía sin más al tipo de idealismo lingüístico o “panlingüismo” que resulta deudor, más que superador, de las típicas ansiedades cartesianas, kantianas y positivistas en torno a la fundamentación y sustento de nuestras empresas cognitivas verbalmente instanciadas (ibíd.; 161). El relativismo tropológico de White supone entonces un tipo de determinación lingüística de las perspectivas historiográficas que solo puede analizarse en términos esencialmente lingüísticos (Ankersmit, 2001; 253): “White

demuestra *no* que es imposible acceder a la realidad pasada, sino la ingenuidad del tipo de intuición positivista a la que se encomienda convencionalmente la prosecución de esa meta" (ibíd. 254). Por medio de esa ingenuidad los historiadores toman "al producto de su codificación tropológica por el pasado mismo", y es por ello que White es "realista" al recordar la diferencia ontológica existente entre la realidad y la mera construcción intelectual (ibídem.). La indeterminación lingüística y las fisuras que habilitan la intelección de un "estilo" historiográfico propiamente dicho se montan por sobre ese recordatorio. Curiosamente Ankersmit entiende entonces de manera "realista" la intervención whiteana –la "realidad" de los estilos, no obstante-, aunque su posición resulta demasiado rígida metodológicamente como para captar la riqueza de las posibilidades estéticas de la representación histórica. La subjetividad configuradora enlaza entonces la caracterización presente en Jay y en Ankersmit, pero mientras en un caso eso conduce a un tipo de idealismo (lingüístico) proyectivo de la subjetividad hablante, en el otro conduce a una suerte de realismo formalista de los estilos historiográficos.

Retomando la postura de Jay, ésta supone más bien que debemos apaciguar esas "ansiedades cartesianas" y responderlas, antes que impugnarlas, mediante un re-trabajo de los tipos de interrelación que pueden darse entre crónicas no narrativizadas e imposiciones de trama y sentido, esto es, las narraciones de primer y segundo orden que ya hemos visto en Carr, en tanto y en cuanto

"no todo lo que los historiadores elaboran en sus propios relatos ya está entramado por los protagonistas [pero] una buena parte sí lo está, y eso la constituye en algo más que materia bruta a disposición de la imaginación del historiador. Lo que se da, en cambio, es un proceso de negociación entre los dos órdenes narrativos, un proceso que impide que la representación histórica sea una invención absolutamente arbitraria" (Jay, *op.cit.*; 165).

Otro factor que "actúa contra la ilimitada libertad de los historiadores para narrativizar arbitrariamente" es el peso de las comunidades, audiencias y expectativas vinculadas a la recepción de lo enunciado.

"La «historia» no es, en este sentido, un historiador que trama el pasado por sí solo, sino la institución de los historiadores, a menudo bastante acreditados, que tratan de convencerse mutuamente de la credibilidad de sus reconstrucciones. No es tanto la *imposición* subjetiva de sentido lo que cuenta, sino más bien el *juicio* intersubjetivo de sentidos" (ibíd.; 167).

Ese juicio intersubjetivo debe lograr, en opinión de Jay, trascender sus condicionamientos de origen y los baches paradigmáticos y culturales que se tienden entre ellos. De hecho, "la institucionalización profesional de la racionalidad comunicativa", entendida en términos de Apel y Habermas, "significa que la «efectividad» puede ser más que una mera descripción neutral de lo que la mayoría cree que es verdadero o correcto" (ibíd.; 169). La historiografía es vista así como un proyecto colectivo intersubjetivo enmarcado institucionalmente que exige la trascendencia de los marcos de emisión que circunscriben a los hablantes si es que una pauta extendida de asignación de sentido ha de encararse.

Es justamente esa mediación y lo que la informa, lo que puede eventualmente permitir una escapatoria al dilema de la ponderación de la mera efectividad discursiva. Naturalmente el problema consiste en configurar y precisar aquello en lo que consiste la idea misma de la mediación, punto que resaltó tempranamente Jameson en su reseña de *Metahistoria* (Jameson, 1976). Al marcar la interrelación entre fuerza cognitiva y forma narrativa (ibíd.; 2) y al explorar la función política e ideológica del relato histórico (ibíd.; 3), White permite una interpretación sinóptica de la narrativa histórica y sienta las bases de un protocolo de traducción entre lenguajes históricos. Por lo tanto, y en esto Jameson coincide con Mandelbaum, el relevamiento constructivista narrativista estaría en contradicción con su supuesto relativismo respecto de paradigmas inconmensurables (ibídem.). Pero el problema comienza cuando se superpone la operatoria topológica con los matices electivos del acto poético individual respecto de una pluralidad de niveles y “momentos” que informan el texto historiográfico. Al estudio de las “afinidades” y homologías estructurales White no le dedica en *Metahistoria* más que unos pocos párrafos, los suficientes como para que pueda ponerse en duda la utilidad del recurso a léxicos superpuestos y aparentemente irreductibles (vocabulario de tramas, argumentaciones formales, implicaciones ideológicas) cuando justamente se está remarcando su homología estructural. Por un lado se remite con ello a cierta superfluidad analítica (ibíd.; 5), y por otro lado se articula una “tabla de contenidos” narrativos posibles que se presta al mismo tipo de objeciones que Todorov realizó en su momento respecto de los *espectros* literarios de Frye (Todorov, 2006; 7-20): delinear un menú de opciones no explica en absoluto porqué algunos senderos son sistemáticamente seguidos, en tanto otros permanecen como meras posibilidades formales (volveré sobre esto en el capítulo cuatro). Así las cosas el resaltado de las posibilidades combinatorias de elementos y variables discursivas nos entrega un horizonte de ilimitación estructural, frente a la cual realza el carácter faltante de un término que límite y explique el porqué de las posibilidades efectivizadas y puestas en acto (Jameson, *op.cit.*; 6). Léase, “posibilidad lógica versus efectividad histórica”, el dilema que enfrenta White lo conduce en la dirección de negar la posibilidad misma de una restricción infraestructural (ya que tal cosa podría comprometer la utilidad de la categorización propuesta en *Metahistoria*), y lo compromete con la mera elucidación de una tipología o esquema clasificatorio rígido que no aclara en absoluto el sentido que tiene lo historiográfico como *acto simbólico e intervención ideológica* (ibíd.; 7). La apelación a “homologías estructurales” ambiguas e indefinidas sólo pospone el planteamiento del problema y extiende la agonía. Es la existencia misma de esa restricción infraestructural (entendida por Jameson como las posibilidades de efectuación del lenguaje como acto simbólico en el marco de una sociedad de clases inherentemente tensionada y conflictiva) la que es negada por White en un acto de “idealismo” que compromete la referencialidad y la posibilidad de validar los análisis narrativos como emergentes de esas restricciones infraestructurales. La inmanencia “homológica estructural” del discurso evade permanentemente la consideración de esa restricción trascendental fundamental y es ése el

paso que en opinión de Jameson compromete en términos idealistas a la teoría whiteana. Ese idealismo es, a su vez, el resultado de la ponderación excesiva de los aspectos decisionistas y “sartreanos” presentes en la configuración poética del discurso.

La disolución del horizonte de significación historiográfico afecta entonces la posibilidad de escapar a la consideración limitada a la instanciación individual del discurso y erosiona la creencia en marcos abarcativos y restricciones sistémicas. Estas restricciones pueden ser entendidas ya sea en términos de apelación a racionalidades comunicativas y prácticas intersubjetivas validadas institucionalmente (Jay), ya sea en términos de consideración de las pautas materiales que condicionan la producción simbólica tanto como condicionan todo lo demás en el marco de una sociedad de clases (Jameson). Pero en conjunto despliegan tipos de limitación, a los que se añaden los límites éticos, que encuentra el “acto poético” historiográfico en la consideración de tópicos que exigen algo más que la aseveración de la posibilidad formal de la ilusión referencial y de los efectos de realidad generados en la enunciación de hechos para los que no se postula otro *status* más que el de “meras” entidades lingüísticas.

Es en atención a esas disoluciones de las restricciones y limitaciones figurativas que críticas más acotadas se han alzado, intentando mostrar las perversas connotaciones de estas privaciones, inversiones y negaciones de cuño whiteano. A ellas estará dedicada la siguiente sección.

#### *d) Las políticas de la verdad: «impassé whig» y el futuro del pasado*

Un primer tipo de lectura de White desde la perspectiva “conservadora” puede hallarse en la limitada recuperación realizada por Gertrude Himmelfarb (Himmelfarb, 1992), en la cual se caracteriza al narrativismo tropológico como una conspiración destinada “a subvertir la estructura de la sociedad junto con la estructura del lenguaje” (ibíd.; 14), por parte de un criptomarxista posmoderno entreverado en una perspectiva textualista. Este tipo de apreciaciones no llevan muy lejos, y reconducen a una caracterización muy genérica del tipo de operaciones críticas llevado adelante por White. Como “crítica cultural” a los efectos nocivos y ligeramente “marxisizantes” del whiteanismo sufre de una congénita superficialidad que no habilita debates interesantes. La opción por una crítica desde la perspectiva propia de la disciplina ya la hemos transitado recuperando las perspectivas de Ginzburg, Mandelbaum y Chartier, pero quizás en ningún otro lado se aprecia una defensa tan extendida del procedimiento historiográfico como en la reivindicación de Lorenz del proceder situado de los historiadores, y en la crítica de Arthur Marwick al enfoque “metafísico” de White. Lo que une a Himmelfarb con estos críticos es un *tipo* específico de maniobra argumental: se trata de evaluar una teoría en términos de lo que supone para la conservación y estabilidad de un espacio de prácticas. Si la conservación y la estabilidad son valores intrínsecos que las postulaciones teóricas deben considerar es un dato que se nos escapa.



En opinión de Lorenz “es tarea de la filosofía de la historia elucidar la *práctica* de la historia. Por lo tanto la filosofía de la historia debe concentrarse en el análisis de los debates de los historiadores, y tener en cuenta que ni la estética ni la teoría literaria pueden funcionar como «modelos» para la disciplina en cuestión” (Lorenz, 1994; 297). Ya hemos visto los planteos y lecturas críticas de este autor, pero ahora los invoco con otra finalidad: mostrar el horizonte regulativo que se supone debería orientar la tarea de la filosofía de la historia. Encaminada a registrar “lo que los historiadores hacen” lo que resulta impugnado es el procedimiento de adscripción heterónoma que White adopta como punto de partida metodológico. Por el contrario, preocupado por “eso que hacen” los historiadores, Lorenz se sumerge en una reconstrucción de la querrela historiográfica conocida en los 80’ como *Historikerstreit*, en la cual historiadores de renombre como Ernst Nolte, Andreas Hillgruber, Jürgen Habermas, Hans Mommsen y Martin Broszat se sumergieron en una agria discusión en la cual se intentó reconsiderar la experiencia del *Tercer Reich* en Alemania. En esa reconsideración Nolte y Hillgruber traspasaron los límites de lo aceptable considerados por la profesión, por lo que la discusión misma resulta interesante para evaluar el tipo de procedimientos validados en la “ciencia normal historiográfica” (si se acepta el parfraseo kuhiano). No me propongo reconstruir ni la polémica ni las supuestas virtudes del enfoque “realista interno” de Lorenz en su tratamiento de la polémica, sino transparentar el movimiento conceptual: es la pertinencia misma de la idea de una consideración metalingüística la que es impugnada, en tanto artificial y superflua. La mera recapitulación de los procedimientos efectivos desplegados por los historiadores debería bastar, como si pudiera concederse la idea de una descripción primitiva de esas mismas operaciones. Esos procedimientos y límites son explicitados en un largo y hostil artículo de Arthur Marwick que pretende dismantelar el “ataque” whiteano a la historiografía

“identificando la crucial distinción entre, por un lado, el estudio cuidadosamente delimitado de aspectos del pasado humano, por medio de la investigación sistemática de todas las fuentes disponibles, por parte de los historiadores, y por el otro los estudios especulativos basados en la asunción de que la «historia» como tal tiene una existencia material como un conjunto de procesos y relaciones de poder que vinculan al pasado, el presente y el futuro, estudios encarados por filósofos, teóricos literarios y otros no-historiadores” (Marwick, 1995; 5-6).

A lo primero Marwick lo denomina “aproximación histórica” al pasado. A lo segundo, “aproximación metafísica”, la cual no es otra cosa que la aplicación de los dispositivos estructuralistas y post-estructuralistas al discurso historiográfico. Estas categorizaciones se proponen con la finalidad de establecer “un contraste entre lo que los post-modernistas dicen que los historiadores hacen” y “lo que los historiadores realmente hacen” (ibíd.; 6).

Esto último consiste en la administración de los atributos y potencialidades cognitivas de las “fuentes primarias (reliquias y trazas de sociedades pasadas) y fuentes secundarias (reportes, interpretaciones, contribuciones al conocimiento histórico producidas por historiadores en sociedades posteriores)” (ibíd.; 19). Esa administración puede hacerse invocando “las

habilidades y técnicas del historiador” (ibíd.; 21) que residen en la iteración de un tipo de actividad consistente en “la formulación de sucesivos esbozos, que demandan a su vez ulteriores investigaciones, pensamiento y análisis, y tal vez el renovado estudio de ciertas fuentes secundarias” (ibíd.; 22). Se trata en suma, de un esfuerzo mancomunado, que exige tiempo, paciencia, capacidad de revisión y corrección y que desmiente el énfasis apodíctico, genérico, infalible, usualmente centrado en la elucidación individual por parte del “genio” metafísico. Ese genio se expresa de una manera “particularmente deshonesto” en el discurso del “relativista posmoderno”, el cual

“contiene sus propias asunciones o compromisos tácitos respecto de conjuntos «privilegiados» de nociones o conceptos que de hecho no son problematizados. Por ejemplo, las estructuras profundas de la gramática, la semántica o la lógica no son usualmente cuestionadas y las vinculaciones que inhieren a las estructuras universales del lenguaje natural y la lógica natural respecto de sus formas pre-teóricas y pre-científicas de razonamientos no son cuestionadas” (Christopher Lloyd, citado en Marwick, *op.cit.*, 27).

Esa deshonestidad encubre una impertinencia de aplicación teórica a un dominio traslapado subrepticamente. Las ideas postmodernistas acerca del lenguaje pueden tener que ver con

“novelas excitantes, pero son una amenaza para el estudio histórico serio. Cuando los postmodernistas hablan de «historización» esto supone la provisión de una historia muy naïf, formulaica, que amenaza cualquier curiosidad genuina acerca del pasado y es potencialmente dañina si los estudiantes no son también introducidos en la historia de los historiadores” (ibíd.; 29).

Consideraciones de similar tenor han sido vertidas por Pérez Zagorín (Zagorín, 1990 y 1999) y sería redundante exponerlas aquí, en tanto pivotan en torno a los mismos ejes temáticos. “La historia de los historiadores” corre riesgo ante la inflación teórica y la deshonestidad intelectual típicamente posmoderna, la cual no encubre sino incompetencia conceptual e incapacidad para relevar un espacio de prácticas en sus propios términos. Ciertamente la futilidad y contradicción manifiesta de la empresa debería atentar contra su posible peligrosidad, pero lo relevante aquí no es eso, sino marcar la importancia de un vallado disciplinar que impida “la historización naïf”, *pret-a-porter* de los metafísicos, dañosa de la constitución de un registro histórico propiamente dicho que impida tales manipulaciones. Cuando la brecha entre el pasado y el presente no es cubierta disciplinarmente, sino por apelación a una ética situacionista (White, 2009; 66), el fantasma del construccionismo extremo (Dray, 1988; 282) genera un tipo de práctica interpretativa por *concesión retrospectiva* de una significación que es, propiamente hablando, un tipo de causación narratológica (ibíd.; 285-286) en la cual, virtualmente, *elegimos de qué pasado deseamos ser precedidos*. Tendremos ocasión de visitar este fantasma del realineamiento retrospectivo del pasado cuando analicemos el lenguaje de la historia de Danto en el capítulo cuatro. Pero en la discusión presente la implicación superficial de esa “causación narratológica” es que genera un tipo de respuesta irresponsable a la típica ansiedad por los orígenes a la que el discurso historiográfico está

convencionalmente asociado. Esa ansiedad, como es sabido, está vinculada a las reclamaciones de identidad y las políticas nacionalistas exclusivistas las cuales en las últimas décadas han gozado de un reverdecir y difusión alarmante, en especial con el término de la Guerra Fría y el despliegue de una política propiamente pos-colonial. En este sentido A. Dirk Moses ha remarcado la presencia y articulación contaminante de tópicos en la propuesta whiteana, que reconducen a las aporías y tentaciones del nacionalismo en la esfera intelectual contemporánea.

En una época caracterizada como poscolonial y surcada por un clima de impugnación a-propositiva del orden burgués, la combinación de relativismo, escepticismo colapso fáctico-ficcional y fusión entre lo mítico y lo histórico supone un tipo de nietzscheanismo peligroso y un formalismo estéril que haríamos bien en evitar (Moses, 2005; 316). Con White asistiríamos a un paradójico intento de enfatizar la autonomía radical de la agencia humana (ibíd.; 316) en la cual el único fundamento para el posicionamiento en el presente radicaría en la *imposición mítica* de un pasado originario.

“No puede enfatizarse lo suficiente el hecho de que para White el negocio de la profesión historiográfica es el significado antes que el conocimiento, porque siempre es escrita para un cierto grupo, sociedad o cultura que se sumerge en el pasado para su *praxis* en el presente y el futuro. El pasado es experimentado entre los dos polos de su incoherencia y escala micro-temporal (las minucias de la vida cotidiana) y la coherencia de la escala macro-temporal (...) (el auge y caída de las civilizaciones) (...) Un interés en la escritura de la historia representa un deseo de moverse en la dirección de la coherencia de la macro-perspectiva. Para Lévi- Strauss, como para White, la imposición es un acto mítico en la medida en que es una búsqueda en pos de la totalidad de la experiencia. En su encarnación occidental, el mito aparece como la asunción de la coherencia del pasado, lo cual implica la postulación de sistemas y procesos de los cuales el presente resulta ser el producto. Los dramas de desenvolvimiento y proceso que nosotros (incluyendo a los marxistas) pretendemos hallar en el pasado reflejan tanto el prejuicio de la cultura occidental en relación con las culturas «menos desarrolladas», como la legitimación ideológica de sus clases dominantes. Aquí, también, White evidencia su adherencia a la condena de Lévi-Strauss de las «culturas históricas» de Europa, y su admiración por la conciencia atemporal de las así llamadas sociedades primitivas” (ibíd.; 320).

Esta ansiedad occidental por fundamentar una coherencia de los orígenes por imposición mítica, facilita todas las apelaciones a políticas visionarias que apunten a reconfigurar el mapeo del pasado en común. Moses cita uno de los primeros trabajos teóricos de White, en el que afirmaba que

“una vez constituido y *aceptado por el grupo como un pasado provisto genéticamente*, ese pasado es el pasado para ese grupo como una entidad socio-cultural. Y ningún trabajo histórico «objetivo» que puntualice el sentido en el cual esa filiación ancestral *putativa* no es el linaje ancestral *real* puede prevalecer en contra del poder electivo de los individuos en el sistema” (White, 1972; 238, citado en Moses, *op.cit.*; 320n).

Esta filiación ancestral putativa, in-disconfirmable cognitivamente en su estatuto mítico, es la cima riesgosa a la que asciende vertiginosamente White, sobre la base de una consideración de la pura efectividad práctico-política de las versiones del pasado. Ginzburg y Kansteiner entre otros habían objetado este énfasis validador de las versiones impuestas por el mero hecho de su imposición duradera, preocupados como estaban por la recuperación de

sucesos específicos en el pasado que podían ser negados en el presente. La apelación de Moses se solapa parcialmente con aquellas críticas, pero avanza más allá, ya que intenta mostrar cómo el activismo visionario de White tiene implicancias en el presente y puede tener funestas consecuencias en el futuro, en la medida en que esta filiación putativa descarada del pasado, como utilización de la ansiedad en pos de la coherencia de los orígenes, sea usada en prácticas nacionalistas eliminacionistas en los nuevos escenarios posteriores a la caída del Muro de Berlín, de cara a la reconfiguración del mapa de relaciones políticas (y la reconfiguración del mapa a secas) a la que estamos asistiendo. La manipulación del pasado para constituir una política de la verdad histórica como mero instrumento al servicio de mitologías nacionales irresponsables confronta al teórico y lo pone en la disyuntiva de elegir entre la legitimación de lo que hay porque es lo que existe, y la posibilidad de un tipo de crítica valorativa que pueda elucidar y clarificar el alcance de aquellas manipulaciones. El rol del crítico del lenguaje de la historia se asemeja por lo tanto al del científico y su responsabilidad social, tal como es estipulada en las clásicas consideraciones de Weber en torno a la ciencia como vocación y al rol “docente” y crítico de los investigadores en la orientación de las nuevas generaciones.

“Antes que ser indulgentes con los impulsos activistas de sus estudiantes, o convertirlos a su propio credo, el rol de los maestros consiste en ayudarlos a «ganar claridad» acerca de las elecciones que realizan, presentando «hechos inconvenientes» y exigiendo a cada uno de ellos «el recuento del significado último de su propia conducta». La sobria subjetividad que Weber busca inculcar a sus estudiantes es lo opuesto de lo valorado por White”. (ibíd.; 328-329).

La exposición del whiteanismo a la ceguera de la teleología nacionalista lo vuelve incapaz de consolidarse como una herramienta válida a la hora de facilitar la articulación de *narrativas-puente* que trasciendan los posicionamientos particulares y la elección putativa y manipuladora de los propios ancestros. En aquellas narrativas-puente el doble aspecto ético e histórico de las propias configuraciones discursivas es irreductible (irreductibilidad que Moses encuentra expresada en la crítica literaria del mismo Frye; ibíd.; 320, 330). Precisamente allí encuentra el narrativismo su fisura conceptual, en tanto White pretende subsumir un aspecto (el histórico) al otro (el ético). “Su propósito, después de todo, consiste en cambiar la visión política de los historiadores apelando a ellos sobre bases en última instancia ideológicas tanto como técnico-formales. Su prédica real es la subjetividad de los historiadores y sus lectores, no su argumentación discursiva” (ibíd.; 332).

Pero esa prédica es debilitante y encubre el hecho de que la misma apelación al cambio de visión política puede realizarse en términos no tan descaradamente mitológicos, sacralizadores de lo existente o de las identificaciones putativas autorizadas por las ortodoxias o heterodoxias al uso. Más precisamente, las indagaciones recurrentes en torno a las fecundaciones mitológicas de las visiones originarias del pasado en común y las orientaciones visionarias hacia un futuro comunitario reformulado, en tanto desdibujan el ámbito propiamente epistémico que puede cuestionar esas imaginaciones y configuraciones, terminan

por delinear una suerte de compromiso a-crítico que impide cuestionar de manera externa el campo de creencias de los hablantes. Vale decir, mientras que para Lorenz, Marwick o Zagorín la crítica de White es externa e improcedente respecto de la discursividad historiográfica, para Moses, Ginzburg, Kansteiner o Friedlander por el contrario puede entenderse la posición whiteana como una suerte de seguidismo pragmático orientado a la validación de los estados de cosas existentes. Como tal, el narrativismo tropológico solo podría legitimar una visión *whig* del pasado, en la forma de un compromiso deletéreo con identidades evanescentes. Las oscilaciones en las lecturas del pasado expresarían meramente las variaciones en los compromisos seguidistas respecto del pasado a la luz de la efectividad de los relatos en el presente. Por lo tanto escuelas críticas y heterodoxas tan solo marcarían el deseo de re-orientar la identificación de linajes putativos en direcciones tan acríicas como las de las identificaciones ortodoxas que intentan desplazar. Así las cosas el analista whiteano se ubica electivamente en un punto inespecífico del recorrido supuestamente emancipatorio que lleva de la versión *whig* del pasado actualmente en vigencia, a la versión *whig* postulada como relevo futuro.

Las interpretaciones de la historia, de esta manera, basculan violenta e irracionalmente al interior de una suerte de *impasse whig* en el cual el futuro del pasado no es más que el rastro putativo de las sombras del presente.

#### e) *Más allá de la crítica de la razón impura*

En las cuatro secciones precedentes he identificado un cúmulo de objeciones recurrentes al whiteanismo. Como se habrá observado muchas críticas se solapan unas con otras, y de hecho no es necesario andar mucho por los senderos críticos para pasar de la acusación de relativismo a la de escepticismo, derivando luego en consideraciones acerca de las aporías que esos elementos introducen en las políticas disciplinares respecto de la verdad histórica. Esto es lo que explica el resurgir de las cabezas de la hidra, y la multiplicación de los aspectos posibles de ser relevados de *las mismas críticas*. A modo de ejemplo, contestar a los señalamientos anti-relativistas proponiendo re-consideraciones menos hostiles respecto del narrativismo whiteano, no desvanece en absoluto la potencia del calificativo “escéptico” que se nutre ambiguamente de aquel otro significante –a la vez que es nutrido por él-.

Es por ello que he prefigurado el campo de argumentaciones críticas intentando consolidar la viabilidad de instancias discursivas que interrogan, a veces provechosamente, el *canon* whiteano tal como lo he delineado en el capítulo precedente. Como ya he dicho, esas visiones hostiles por lo general se orientan a la crítica de la tropología narrativista metahistórica bajo el sino de la teoría del “fallo fatal”. Una vez identificada la falla teórica, puede procederse a la toma de distancia respecto del *corpus* whiteano. Porque la teoría de White es “x”, “y” o “z”, incurre en determinados problemas insolubles, y por ende puede ser considerada como un callejón sin salida.

Ciertamente este último procedimiento crítico es objetable. Habitualmente no se procede así. De hecho es *justamente debido a que las teorías enfrentan problemas* que esas mismas aporías alientan muchas veces la profundización y el despliegue teórico en términos afines y concomitantes a los del marco teórico original. La lectura de White desde la escuela del “fallo fatal” supone, por el contrario, que la tropología histórica implica no más que un relevamiento unilateral del aspecto “impuro” de la racionalidad de la historiografía, en la medida en que está instanciada entimemática y figurativamente. Como crítica de la razón impura del discurso de la historia, se sostiene entonces, el whiteanismo es incompleto en la medida en que se compromete con ideales de pureza que califican negativamente a la propuesta misma y la conducen en la dirección escéptica, relativista, anti-realista o idealista que sea el caso. A la vez, se afirma, las operaciones cognitivas históricas han mostrado asiduamente hasta qué punto es posible ir más allá de esa crítica de la impureza, exhibiendo la generación empírica de significaciones distintivas respecto del pasado en común. Por lo tanto esos dos argumentos (la ingenuidad de la crítica de la impureza y la capacidad de generación cognitiva allende la crítica) “muestran” la inutilidad del experimento todo.

Naturalmente esta primera caracterización es altamente esquemática. En lo que sigue me propongo re-expresar en mis propios términos el conjunto de críticas dirigidas al whiteanismo, en la intención de mostrar las vinculaciones y derivaciones rastreables, así como también delinear un campo contrastado común, entre las cinco tesis que configuran las arquitecturas whiteanas y el conjunto de las críticas que esas tesis han suscitado. El objetivo de base de esta sección consiste en elucidar tres nodos temáticos claves que subtienden los cinco pares de tesis-críticas, nodos temáticos que serán caracterizados primariamente en el próximo capítulo y mostrarán el espacio conceptual requerido para la articulación de la segunda parte de esta tesis.

En la medida en que tesis y anti-texturas son leídas como parte de un mismo tinglado problemático que no puede ser resuelto por apelación a la deriva temática misma de la filosofía de la historia posterior a White, sino que requieren la ampliación del dominio considerado, estamos sentando las bases para una reconsideración de la validez tanto de las propuestas whiteanas como de las críticas anti-narrativistas.

En este sentido puede decirse que la manera en la que la crítica al narrativismo ha procedido habitualmente comporta, como hemos visto, la negación de una o más de las cinco tesis que estructuran la propuesta whiteana. De manera más rara se ha procedido a analizar en qué sentido unas tesis se vinculan con otras y si necesariamente hay que invocarlas todas juntas para postular el relativo mérito de la teoría narrativista. Por último, casi nunca se ha intentado una crítica al narrativismo desde la perspectiva de su posible “profundización” (probablemente sean excepciones muy disímiles a esta caracterización Kellner -1980; 1981- y Keith Jenkins -1991,

1995 y 2002-); con ello quiero decir, no se ha visto a White como un punto intermedio en el tránsito hacia otra forma de pensar el lenguaje de la historia o como una propuesta moderada que lleva consigo las rémoras de muchas de las dicotomías y contraposiciones que pretende desactivar, sino más bien como una apuesta extrema, radical, definitiva, más allá de la cual solo encontramos tierra yerma y baldía. Esta consideración de “experimento que conduce a un callejón sin salida” es habitual por parte de quienes se dedican a lo aparentemente más sencillo: atacar por separado cada una de las tesis whiteanas bajo el manto de la escuela del “fallo fatal”. En lo que sigue por lo tanto caracterizaré en términos genéricos y sistemáticos los distintos tipos de críticas concretas que he presentado en las secciones precedentes. Esa generalidad pretende articular reductivamente (metonímicamente) los contextos de pertenencia de los tipos de críticas al whiteanismo identificadas (metafóricamente) en las secciones precedentes. La relevancia de esa reducción cobrará mayor visibilidad a partir de los nodos temáticos comunes elucidados por medio de la misma, nodos que constituirán el punto de partida del próximo capítulo.

El primer tipo de crítica contesta a la primera tesis: la *irreductibilidad* de los tramos éticos, estéticos y epistémicos no hace justicia a la *especificidad cognitiva* que pretende tener la empresa historiográfica. El “no hacer justicia” habitualmente se nos revela cuando se confronta la obligación normativa del historiador de corresponder a una evidencia o registro histórico que le viene dado, en contraposición a la ausencia de esa obligación en el caso del esteta, el novelista y los usuarios ético-políticos del lenguaje (los “visionarios”). La tesis de la irreductibilidad pondera mal la presencia evidente de elementos éticos y estéticos en la historiografía. Del hecho de que los textos históricos se dejen interpelar por los vocabularios de la implicación ideológica o del tramado genérico no se deriva que esas interpelaciones estén a la par respecto de los modos de argumentación que reconstruyen el tipo de operaciones cognitivas implicados en el hecho de historiar. La crítica reside en este caso en distinguir lo esencial de lo accesorio, lo cual reenvía habitualmente a la distinción entre lo ornamental en el uso del lenguaje y lo considerado fundamental. En el caso de los usos descriptivos o constatativos del lenguaje, la preocupación por la retórica o los sesgos ideológicos que pueden motivar esos usos es más un signo de inmadurez hermenéutica que de profundidad interpretativa. La tesis de la irreductibilidad no puede sostenerse entonces, se dice, si hemos de aprehender un sentido (cualquiera sea este) de lo que significa conocer, articular cognitivamente una evidencia dada que opera normativamente sobre lo que puede decirse de ella. La irreductibilidad se desvanece ante la *tesis normativa del referente*, siendo que el reconocimiento del carácter construido y mixturado (interpelable de manera plural desde distintos vocabularios intersubjetivamente validados) de los enunciados históricos no aminora en nada la presión causal de la referencialidad por sobre la articulación descriptiva emergente. *Una específica concepción de la relación del lenguaje con lo no lingüístico se nos revela aquí.*

Cualquier toma de distancia respecto de esa concepción, se nos dice, nos arroja a las aguas pantanosas del *escepticismo*.

De la misma manera puede juzgarse insostenible la *tesis en torno a los estilos* plurales, irreductibles y basados en afinidades indecibles de manera heterónoma (segunda tesis narrativista). Cualquiera sea la teoría acerca del papel del referente y las relaciones entre causalidad y descripción una acuciante preocupación práctica se nos aparece: si la constitución de un estilo aparece como una elección inmotivada de manera externa al uso del lenguaje (ya sea individual, en términos del “genio” y de la intención autoral o definido convencionalmente por remisión a épocas y “gustos”) la pregunta entonces es cómo podríamos conocer o hacer converger nuestras interpretaciones de un dominio determinado (en este caso el pasado en común), si es que las prácticas han de converger y queremos sostener una visión progresista y progresiva de nuestras empresas cognitivas, o al menos si hemos de encontrar un terreno común o un trasfondo categorial contra el cual medir las divergencias (y entender *de qué* son estilos y variaciones los estilos y variaciones historiográficos). La necesidad de tal conjunto intersección en el plano de la interpretación parece ineludible si se la contrasta con el hecho aparentemente irrefutable de la historia como plano de eventos único “a la espera” de ser conocido e interpretado, como correlato ontológico monádico ante el cual se yerguen nuestras empresas cognitivas, por incompletas y falibles que resulten ser. Historias (en sentido de relatos) habrá muchas, pero la historia (en sentido de existencias, ocurrencias y materialidades) es una sola. Esa unicidad de la historia (en sentido ontológico) debería obrar como marco común que regule y permita comprender o medir los sesgos cuando empresas divergentes colisionan entre sí.

Si abjuramos de esa matriz o encuadre omni-abarcativo conformado “por la historia misma”, se nos dice, no hay manera de evitar el salto a la situación de los esquemas alternativos y plurales del mundo, las islas interpretativas, la inconmensurabilidad. Y si se emprende ese camino ¿por qué detenerse allí? Cada intérprete es una isla, y lo que me separa de Julio César y lo vuelve inconmensurable también puede separarme de mi vecino. Por extensión al absurdo, la irreductibilidad e indecibilidad de los estilos nos llevan a una parálisis conceptual que evidentemente no es el caso (porque es un hecho que culturalmente discutimos sobre dominios en los cuales hallamos términos comunes y trasfondos categoriales que nos permiten arbitrar las divergencias), por lo que la tesis debe estar equivocada. *Una específica concepción de la relación entre interacción dialógica y pragmática del lenguaje por un lado y ontología presupuesta en el uso mismo del lenguaje por el otro se nos revela aquí*. Cualquier desvío respecto de la teoría estándar acerca de estos tópicos, se nos dice, nos arroja en los archipiélagos intratables del *relativismo*.



La tercera crítica concierne a la contradicción performativa que supone intentar historiar y a la vez problematizar la construcción de un sentido dado de realidad. Aparentemente la *tesis del compromiso ontológico* (tercera tesis whiteana) nos muestra el grado de interpenetración entre los modos en que se articula en el lenguaje una gramática o procedimientos protocolarios de formación de conceptos por un lado, y la manera en que una ontología dada es transcripta y revelada en el marco común de la interacción verbal por el otro. El privilegio dado al lenguaje como punto de partida analítico es una cosa, la reversión de las corrientes y vectores de determinación es otra muy distinta, lo cual suele conducir en la dirección de una suerte de *idealismo lingüístico malgre lui*, en el que la denominación precede a la existencia y la ontología o mobiliario del mundo se hace depender de la manera en la que hablamos de ese mobiliario. Una suerte de voluntarismo y decisionismo adolescente se apodera aquí del argumento, una especie de “teoría Humpty Dumpty” del lenguaje organiza electivamente nuestros ancestros y filiaciones, transforma caballos en ceniceros si así los llamo yo, o asevera que no ha habido “realmente” un Holocausto si es que los nazis ganan la guerra. La reconstrucción externa de la manera en la que hablan los agentes y la postulación de una suerte de nominalismo extendido no puede sino derivar en una inestabilidad congénita del mundo como marco común en el que interactuamos. Un espacio de prácticas repleto de Humty Dumpty’s no es realmente una sociedad y allí no hay realmente ningún criterio de realidad operativo que pueda discernirse. La tesis del compromiso ontológico conduce en la dirección del idealismo más pueril y termina abandonando la tarea para la que fue propuesta: rastrear en el lenguaje la manera en la que en la interacción construimos un espacio común que llamamos mundo. Adicionalmente la posición de tercera persona, el “externalismo” postulado para el gramático o tropólogo que reconstruye formalmente la gramática y la constelación de compromisos en acto, supone un virtualmente imposible auto-extrañamiento, el tipo de inconmensurabilidad respecto de los otros y de interpretación radical “de base” que la objeción a la segunda tesis contribuye a poner en duda. El externalismo y el nominalismo terminan por llevarnos en la dirección de una confusión elemental entre el carro y los caballos, donde las reglas de determinación y restricción causal no van del plano de eventos, objetos y experiencias a su transcripción lingüística sino que al revés, son las transcripciones las que nos dicen (“determinan”) lo que son los eventos, objetos y experiencias como contrapartes ontológicamente requeridas. Una vez invertido el sentido del vector, no hay realmente ninguna “realidad” que pueda elucidar este escrutinio de compromisos ontológicos. Con esta crítica cualquier ínfula en pos de un determinismo lingüístico colapsa. Nos las arreglamos bastante bien para tener una idea de la “realidad” (en este caso de lo histórico) por medio de procedimientos ordinarios de percepción, cognición y articulación conceptual. Un realismo de sentido común subtiende esta concatenación de operaciones diferenciales y frente a él ninguna ganancia concreta se desprende en caso de emprender el excursus teórico narrativista. Con ello, *una específica concepción de las reglas de determinación entre tipos diferenciados de comportamiento –verbal y no verbal- se nos revela*

*aquí*. Cualquier apartamiento del modelo prescripto nos arroja en los fuegos infernales –donde todo lo sólido se desvanece en el aire- del *idealismo lingüístico*.

La cuarta crítica pivota en torno a la base política del uso de la historia. Es un lugar común del criticismo históricamente informado dar cuenta del carácter instrumental del pasado en el presente y del presente en el pasado, tan habitual que la pretensión de estar diciendo algo original al mostrar esa instrumentalidad apenas puede suponer algún desafío teórico de relevancia. En la cuarta tesis narrativista anida sin embargo una radicalización que conlleva el riesgo de una extensión al absurdo de ese carácter instrumental. En vez de considerar a las interpretaciones del pasado como un instrumento (sólido y auto-especificado) utilizado para incidir en la discusión agonal del presente en torno a valoraciones en conflicto, se parte del punto de llegada (las valoraciones en conflicto) para esmerilar el punto de partida (la solidez y especificidad del instrumento). Que la historia sirve a la política es algo que debería honrarla como pieza de conocimiento, si es que ciceronianamente la reconocemos como *magistra vitae*. La extensión práctica de la historia eleva el lugar del historiador como un auténtico articulador entre el subconjunto de prácticas cognoscitivamente responsables (“ciencia”) y el subconjunto de prácticas moralmente responsables (“política”), convirtiéndolo en el más científico (formado e informado) de los políticos, y en el más político (valorativamente) de los científicos. Esta plataforma articuladora es volada en pedazos cuando el narrativista afirma que el pedestal se ha construido operando políticamente en el presente para construir una idea de la realidad que es arropada valorativamente en el horizonte efectivo actual con el rótulo prestigiante de lo científico. A la vez esa “voladura” libera al historiador para intervenir políticamente el pasado con vistas a refigurarlo de manera que su práctica hacia el pasado -sesgada valorativamente- termine constituyendo un marco normativo de contraste contra el cual “medir” las opciones morales en el presente. Traficante de valores y realidades, de capitales intelectuales y simbólicos obtenidos en campos disímiles que obedecen a lógicas de acumulación desiguales, el historiador es visto así como el más ignorante de los científicos (cognitivamente irresponsable) y como el más deshonesto de los políticos (moralmente irresponsable). La distancia entre cualquier divagador profesional (al modo de la filosofía especulativa de la historia) y la indagación disciplinar responsable es salvada por el mero expediente de rastrear hasta qué punto ambos pueden servir a la “efectividad” y la operatoria política normal en el presente. Pero una diferencia debería subsistir una vez nos damos cuenta hasta qué punto tanto Hegel como Ranke fueron utilizados por la ideología oficial del aparato estatal prusiano. Una vez que aprendemos más sobre el Renacimiento italiano y los sempiternos enfrentamientos entre güelfos y gibelinos las páginas de Ranke nos siguen pareciendo aproximaciones incompletas pero valiosas acerca de esos puntos. Una vez que aprendemos más sobre los pueblos “sin historia” más allá del linde del recorrido del “Espíritu” (esquimales, mayas o zulúes) o sobre el

lugar de los individuos y los grandes hombres en los procesos históricos las divagaciones téticas de Hegel acerca de esos tópicos deberían parecernos una absoluta pérdida de tiempo.

La evidencia y el carácter acumulativo, arbolado, interrelacionado del conocimiento nos colocan a salvo de la pura facticidad de la imposición normativa o política de una versión presente del pasado. Si no fuera así, el pasado no sería en absoluto un instrumento interesante y nadie querría utilizarlo, ya que sería obvio que cualquier relato del pasado resultaría ser no más que la versión *whig* de antiguos crímenes tapados con capas y capas de eufemismos. La posibilidad misma de realizar un uso subversivo o revulsivo del pasado, con afán crítico o de sospecha sobre versiones oficiales, también sería un impulso pueril ya que el proyecto crítico enmascararía, o sería pasible de ser leído como, una racionalización *whiggish*, solo que ahora de un pasado idealizado o de un futuro modelizado sobre la base de valores no sometidos a franco escrutinio. Una vez introducidos en el laberinto de las políticas del lenguaje de la historia se nos reproduce infinitamente la acusación instrumental y nadie está a salvo. El resultado es que o bien tenemos la aniquilación del instrumento y la vuelta a fojas cero, o bien encontramos la salida a este absurdo *impasse* entre *whigs* del pasado y del futuro. La única salida posible reside en distinguir entre el reconocimiento (acertado) del carácter instrumental del lenguaje de la historia para el de la política y la identificación (desencaminada) entre uno y otro por medio de una tesis reductiva o de la subsunción del horizonte cognitivo de la historiografía al horizonte normativo de la intervención política. Por el contrario es necesario reconocer el carácter plural y distintivo de nuestros diversos modos de interacción e intervención (cognitivo, práctico, político) si es que queremos resistir el paso a una concepción reduccionista y autoritaria de esos mismos modos. De esta manera *una específica concepción de las relaciones entre prácticas lingüísticas, cognitivas y reproducción social se nos revela aquí*. Cualquier repulsa de la misma no puede sino arrojarnos a la marea silente *del autoritarismo reductivo de lo que hay o de lo que debería haber*. *Impasse whig* que elimina el auténtico potencial crítico del lenguaje de la historia.

*Escepticismo, relativismo, idealismo lingüístico, impasse whig*, ¿en el nombre de qué deidad todopoderosa estamos engendrando todos estos monstruos? La quinta crítica apunta al corazón del narrativismo, impugnando el lugar de la base tropológica y conceptuándola como una suerte de determinismo lingüístico que en el camino nos destruye, obtura e imposibilita la posibilidad de conocer, de interactuar lingüísticamente, de reconocer diferencias entre lo cognitivo y lo político, de identificar criterios contrastables de testear los sesgos que introducimos en la ardua tarea de construir un sentido contingente de realidad que nos oriente en el día a día. Lo que alimenta este determinismo es la indebida extensión de la tropología, más allá de su ámbito natural de especificación del vasto muestrario de expresiones que pueblan nuestro lenguaje ordinario. Pero ¿es realmente la tropología una teoría que nos otorga una visión sinóptica de la pragmática del lenguaje y los rudimentos de estructuración gramatical de una ontología histórica? ¿Cómo se llegó a tanto? Reconocer que hay metáfora, metonimia,

sinécdoque e ironía en las prácticas verbales extendidas no supone en absoluto que *todo* nuestro lenguaje se estructure de esa manera o que ése sea el punto de partida privilegiado para considerar conceptualmente la evolución y dinámica de los usos del lenguaje. Aún cuando abjuremos de las canónicas, restrictivas y caducas definiciones clásicas de la retórica, sus dicotomías exhaustas, sus oposiciones maniqueas ¿con qué nos quedamos y a qué nos compromete ese resto? Dos opciones se hacen visibles. Primera posibilidad: la tropología conduce en la dirección de una lógica del sentido, una reducción de la pragmática del lenguaje que lleva sin demasiadas vueltas a la narratología y los modelos teóricos de la lingüística. Sucede entonces que tomarse la gramática y la sintaxis en serio no nos reenvía a la amplitud de criterios o el decisionismo ético historicista que solicita el narrativista sino a un esquema más rígido y determinista aún, que construye un armazón formal que regula las reglas de transformación y que deja a los tropos como funciones elementales inescapables para toda práctica en todo tiempo y lugar. Los modelos narratológicos de Propp, Bremond y Greimas muestran la potencia de esos experimentos, pero hay que reconocer que llevan a todos lados menos a una revalorización emancipatoria, pragmática e histórica de los usos del lenguaje. La propuesta misma parece un seguidismo a deshora de cierta tesis en torno a la unidad de las ciencias producto de cierta pasión nomológico-deductiva de la que bien haríamos en curarnos.

Segunda posibilidad: la tropología *no* nos lleva en una dirección logicizante o reductiva, sino que se propone como una sucesión de propuestas diagramáticas, heurísticas y orientativas que nos ofrecen modelos de conjeturas de cara a los artefactos verbales que analicemos. Pero esas conjeturas nos conducen hasta el frontispicio de la arquitectura; cual sea el recorrido efectivo al interior de la edificación escapa en absoluto al sendero tropológico, y nos introduce en las efectuaciones empíricas e históricas que sean el caso. Como guía metodológica para la investigación la tropología es menos una base inescapable que una suerte de complemento a cualquier abordaje historicista que quiera ir más allá del puro contextualismo. Hay patrones recurrentes, elementos formulaicos, muy bien, pero la tropología es menos un espacio de determinaciones que un modo de interrogación al interior del viejo y conocido historicismo. Resaltar los aspectos recurrentes presentes en la representación de la realidad del pasado no nos lleva muy lejos en la profundización del *status* de esa misma realidad, o termina pareciendo más bien una re-introducción vergonzante de lo que es un mero modo de visitar el pasado de manera historicista, aunque ataviando el discurso con una jerga portentosa. Y si para tan poca cosa (resaltar la recurrencia bajo una nueva jerga) tenemos que afrontar los riesgos de resucitar los virus malignos del escepticismo, el relativismo, el idealismo lingüístico y el *impasse whig*, el precio es demasiado alto y apenas puede entonces asombrar que el narrativismo aún hoy día se nos aparezca como una apuesta mayormente perdida invitándonos a recorrer un continente inexplorado. *Una específica concepción de la tropología misma se nos revela aquí, y resulta*

inescindible de concepciones previas en torno al lenguaje, la ontología, la relación con lo no verbal, con la reproducción social, con los modos específicos de interacción.

Llegados a este punto el crítico del narrativismo puede sonreír satisfecho: la demostración del carácter impuro de la razón histórica en absoluto nos compromete con las tesis narrativistas, sino que bien puede reenviarnos a un compromiso perfeccionista con la mejora de esa misma razón, bajo moldes bien tradicionales. La creciente auto-conciencia disciplinar puede dirigirnos en pos de una mejor consideración de la manera en la que reconstruimos el pasado con el lenguaje, pero en absoluto nos obliga a sostener las tesis extremas sostenidas por el narrativista. El reconocimiento de lo impuro en la razón de la historia no necesariamente nos aparta de la idea de que hay una historia, una razón y una pureza que aunque sea regulativamente nos indica qué sueños soñar. Así las cosas el recurso a la tropología resulta más bien una *hipérbole metodológica* que no se justifica en absoluto.

En suma, entendida como mera crítica de una razón impura el narrativismo no tiene demasiado interés, no dice nada que no se haya dicho ya y podemos morar tranquilamente en un mundo sin él. Pero en el camino algo hemos perdido: la posibilidad de indagar con más profundidad lo que estaba diciendo el narrativista, cuando se preguntaba qué entendemos por tener un lenguaje, qué significa narrar, de qué manera nos damos los unos a los otros las palabras que nos hablan de un pasado en común.

Más concretamente, las críticas anti-escépticas y anti-relativistas a los estilos plurales e irreductibles de las arquitecturas históricas exigen preguntarnos con mayor detenimiento qué entienden troyanos y troyanos por *tener un lenguaje*. La tesis del compromiso ontológico y su reverso en la crítica al idealismo lingüístico comparten un énfasis creciente en las implicancias de adoptar una visión específica respecto del *comportamiento verbal en sentido extendido*. Si las políticas del lenguaje conducen a un horizonte visionario o a un estéril *impasse whig*, es porque aún resta clarificar el modo en que la intervención lingüística narrativa contribuye a -o dificulta- la *prefiguración y la reproducción de lo social*. La hipótesis metodológica que se esconde detrás de la apelación a la tropología como base de la comprensión del lenguaje ordinario exige que atendamos a los *rasgos salientes del instrumento*: ¿es la tropología un sistema de determinaciones, una estructura de pensamiento, un encuadre formal, una convención, un vocabulario redescritivo de la pragmática dinámica del lenguaje? Estas exigencias no son más que la reformulación de las tres preguntas liminares que orientan esta investigación: **qué entiende el narrativismo por lenguaje, por narración, por tropo**. Hasta tanto no interpretemos el canon whiteano a la luz de estos interrogantes y no escrutemos el *corpus* crítico apelando a la misma red conceptual, no estaremos en condiciones de situar en términos propios las diatribas teóricas en la filosofía de la historia después de Hayden White.

#### 4- El fin de las determinaciones: primer balance conclusivo.

El canon y las anti-texturas nos entregan un ámbito delimitado por confrontaciones teóricas para analizar el cual propongo en el presente capítulo la disección de los argumentos con miras a proveer un terreno común desde donde evaluar los alcances de aquellas confrontaciones. Dado que buena parte de las críticas apuntan a mostrar las implicancias teóricas de las posturas whiteanas, resulta fundamental reconstruir conceptualmente el trasfondo de influencias teóricas putativamente adoptadas por White. La estrategia expositiva en este cuarto capítulo apuntará a marcar entonces, en un primer lugar, las *fuentes teóricas* del narrativismo de White y el contexto conceptual que es necesario reconstruir para interpretar sus tesis y para comprender también muchas de las críticas a las mismas. La primera sección se dedicará por lo tanto al tratamiento esquemático de 1- la teoría literaria y tropológica de Northrop Frye (en particular su teoría del *mythos*) 2- el formalismo de Propp y algunas implicaciones claves que se derivan del mismo para las elaboraciones distintivas propias del estructuralismo de tipo jakobsoniano y 3- la filosofía anglosajona de la historia (en particular las obras de Danto, Mink), sus contextos y sus problemas, así como abordará las recepciones parciales y orientadas que White hace de cada uno de esos recursos teóricos.

En la segunda sección se tratarán las críticas justificadas —en principio— al narrativismo que exigen una explicitación adecuada del trasfondo teórico con el que trabaja White (no siempre debidamente tratado), la cual permitiría desactivar la relevancia argumental de aquellas.

En la tercera sección se pondrán bajo análisis las críticas injustificadas a White que son reveladoras de los sesgos implícitos de sus críticos, de manera que más que suponer desafíos teóricos al whiteanismo terminan prejuzgando las cuestiones en debate.

En conjunto estas secciones implican movimientos de *explicitación* (de White y de sus críticos). La cuarta sección, en cambio, supone introducir *movimientos correctivos*, en la medida que se consideran objeciones al narrativismo que éste no puede tratar dentro del conjunto teórico del cual se nutre en su articulación original. La mención de la necesidad de recursos alternativos aparece aquí, en la medida que del tratamiento de las dos correcciones más importantes propuestas —la crítica a la idea de una “arquitectónica” del lenguaje con sus “bases y profundidades” y sus niveles de superficie determinados por aquella base, por un lado, y por el otro la escisión whiteana entre teoría del *mythos* e implicaciones ideológicas, esto es, su teoría <sup>n</sup> *restringida* del *mythos*— se desprende la incompleta depuración de la ontología del lenguaje y las restricciones artificiales impuestas a las modalidades de la intervención lingüística en la teoría de White. Más en concreto, afirmo que la restricción de la teoría del *mythos* lo lleva a multiplicar

innecesariamente los modos o planos de análisis, y es en este sentido que la mención a Mannheim parece especialmente inoperante, si hacemos un seguimiento de las extensiones ideológicas presentes en los modelos de trama (cfr. Frye, 1977, 1980, 1986, 1996 y Ricoeur, 1995a y 1995b, 2008), los cuales proveen todo lo que White parece querer encontrar y efectivamente obtener de las “implicaciones ideológicas”. Por su parte las relaciones de dependencia conceptual entre la base tropológica y los planos de superficie, cuando no resultan ambiguas u oscuras apelan a una ontología del lenguaje sumamente inconveniente al planteo narrativista que dan pie a la mayoría de las críticas y reacciones hostiles. Adicionalmente en esta sección se prestará atención a los problemas conceptuales del formalismo y a la idea de la ciencia y los modelos formales que lo subtienden y que resultan especialmente problemáticos en *Metahistoria*.

La quinta sección es ampliatoria más que correctiva, ya que engloba al conjunto de la discusión entre White y sus críticos, en la medida que se tratan objeciones injustificadas al whiteanismo que éste encara a su vez de manera insatisfactoria. Para tratar estas objeciones se postula programáticamente la necesidad de ampliar el *background* teórico apelando a cuatro recursos alternativos:

- 1- la epistemología pragmatista y la ontología del lenguaje davidsoniana
- 2- la concepción “antropológica” del lenguaje y la literatura como espacio de prácticas
- 3- la teoría de la acción y la intervención y sus extensiones narrativas
- 4- la teoría del ciclo y dinámica tropológica, con especial atención a los atributos conferidos a la metáfora y la ironía.

El punto 1- será tratado en el capítulo siguiente, los puntos 2- y 3- en el capítulo 6, y el punto 4- en el capítulo 7-.

#### a) *Explicitando a White (I): Tres fuentes teóricas*

##### i- Espectros de Frye

Northrop Frye fue, probablemente, el crítico literario más influyente en el mundo anglosajón entre el auge de la así llamada “nueva crítica” (I.A. Richards, Wimsatt, Empson, Leavis) y el comienzo de la recepción del estructuralismo y el pos-estructuralismo. De este modo entre los años 50 y los 70 el texto más consultado en la teoría literaria fue *Anatomy of criticism* (1957; de aquí en más referido como ADC<sup>15</sup>), el cual puede ser visto como una ambiciosa yuxtaposición de cuatro tipos de criticismo de la obra literaria. En la línea de los *new critics* Frye apunta recurrentemente a promover el irreductible pluralismo del significado inherente a la literatura. Se afirma con ello que allí donde el significado se vuelve polisémico, ambiguo, se

---

<sup>15</sup> En lo sucesivo sigo la traducción española de 1977, referida en la bibliografía.

manifiesta la sub-determinación de la obra literaria en relación con los múltiples contextos en que emerge. Mientras en los *nuevos críticos* eso supuso una denuncia de las numerosas falacias inherentes a los distintos enfoques críticos (la “falacia intencional”, que deriva primariamente el significado de las intenciones autorales; la “falacia afectiva”, que caracteriza a los textos en términos del conjunto de tipos de decodificación *catárticas* a los que predispone), con la intención de realzar la autonomía provisoria de la actividad textual, en Frye el propósito reside en hacer converger y explicitar las vinculaciones de esas denuncias e intenciones autonómicas con un tipo de análisis en términos más propios de la recurrencia de encuadres pertenecientes al comportamiento verbal extendido.

Esta mixtura de encuadres –que desarrollaré luego- provee una mirada al texto literario irrenunciablemente plural, centrado en las tensiones inherentes al mismo, lo cual fortalece el tipo de aprehensión distanciada del fenómeno literario, en una orientación que puede ser considerada en último término irónica. Podemos ver ya aquí primariamente algunos aspectos que ya hemos relevado en el mismo White: irreductibilidad plural, carácter *tensivo* y aporético de las articulaciones textuales específicas, trascendencia de las intenciones autorales y aprehensión distanciada de las orientaciones decodificadoras a las que los textos predisponen<sup>16</sup>. Las críticas –a Frye y a White-, por tanto, y de manera nada sorprendente, también se asemejan.

La sempiterna discusión en torno a Frye como heredero del *New Criticism* reenvía a las críticas realizadas a éste último: en qué sentido la “liberación” de lo literario de las falacias intencionales y afectivas no culmina por convertir al texto literario en una mónada cerrada sobre sí misma, que expande artificialmente el universo literario hasta cercenar la posibilidad de remitir y referenciar ese universo en el vasto juego contextual que lo vuelve posible (Eagleton, 1983). Si la textualidad es todo el universo que cuenta, una peculiar visión a-histórica y anti-histórica se hace presente, desatendiendo las implicancias extendidas de la significación propiamente humana y social de la práctica literaria. Esta acusación de “desatención contextual” en pos de una orientación auto-determinada y auto-télica de lo literario la veremos repetidas veces de aquí en más, y resulta tanto más paradójica cuando es aplicada a un tipo de crítica literaria como la de Frye.

La *Anatomía de la Crítica* de Frye yuxtapone cuatro tipos de crítica: una crítica *histórica* que correlaciona tipos de expresión verbales y “culturales” en sentido genérico con visiones específicas del espacio de la acción representada y del obrar posible en esas visiones (ADC, 53-96); una crítica *ética* que correlaciona esas mismas expresiones con visiones del futuro e interacciones idealizadas, en un movimiento que simultáneamente confiere un estatuto

---

<sup>16</sup> Donde lo historiográfico quedaría enmarcado en el tipo de falacia afectiva que vincula el artefacto verbal en cuestión con las ansiedades realistas y las ilusiones referenciales propias de Occidente y de la modernidad, y para las cuales se propone como purga adecuada.



determinado a la representación en cuestión (ibíd.; 99-171); una crítica “*arquetípica*” que explicita los tipos de imágenes y secuencias tal como son plasmadas en los vehículos de representación tal como son caracterizados por las visiones señaladas en los dos primeros tipos de criticismo (ibíd.; 175-315); y por último una crítica *retórica* que analiza los procesos de interacción supuestos por los otros criticismos, en la medida en que analiza los tipos de géneros en tanto formas específicas de “espectáculos” y *modos de presentación* de lo literario que preparan y orientan su decodificación (ibíd.; 319-446). La grandeza (y grandilocuencia) de la *Anatomía* reside en su espíritu inclusivo y ecuménico. Lejos de proponer variantes privilegiadas para la práctica de cada uno de esos criticismos, lo que Frye intenta es articular el conjunto de *espectros de posibilidad*, de gamas y variantes, presentes en el espacio crítico. Esos espectros, a su vez, se superponen y se relacionan (al modo de las afinidades que vimos en White, pero sin necesidad de “homologías estructurales”) como *aspectos* parcialmente solapados y parcialmente disyuntos, modos diversos de considerar los *mismos* registros textuales. Nuevamente aquí, este carácter perspectivo parcialmente solapado de los registros interpretativos anticipa el tipo de interrogación whiteana de la textualidad histórica.

El primer espectro (crítica histórica) remite al conjunto de posibilidades de caracterización de los elementos presentes en el texto, entendido como *propuesta de escenificación dinámica de la interrelación de ciertos agentes en sus respectivos entornos*. La crítica histórica analiza *el contenido mentado por el texto* como un tipo de propuesta relativa a la relación entre los agentes descritos en el relato y los entornos en que se desenvuelven, la configuración de los “mundos del obrar” que se pretende mostrar verbalmente. Qué es un agente y qué un entorno en este encuadre es un resultado formal del tipo de operaciones textuales en curso, pero en términos sustantivos remite al conjunto de interrelaciones textuales a los que el relato predispone, que serán relevadas en ésta y las subsiguientes “críticas”. Una noción de agente y una noción de dinámica son traficadas en esta visión histórica. La trama es, propiamente hablando, el modo en el que se muestra verbalmente

“que alguien hace algo. Ese alguien, si se trata de un individuo, es el héroe y ese algo que hace o deja de hacer es lo que puede hacer, o podría haber hecho, a nivel de los postulados que acerca de él formulan el autor y la consiguiente expectativa del público” (ADC; 53).

El primer espectro remite entonces a los tipos de personas tal como se los presenta en el relato, en relación con sus entornos. Los agentes cuando son discontinuos cualitativamente respecto de *nosotros* y respecto de su entorno (en la forma de dioses, santos o figuras míticas) usualmente tienen un *poder de intervención ilimitado* que reaccúa en la plasticidad del sentido de la realidad inteligible postulado por el texto. Es el caso de los relatos mito-poéticos (orientados a la búsqueda ancestral originaria de una comunidad idealizada con la cual identificarse en el presente) los cuales suelen postular ese tipo de agentes. La estructura del *mito*, en esta definición acotada del término –“mito propiamente dicho”–, es aquella en que se

expresa una agencia ilimitada, discontinua cualitativamente –“superior en clase” (ibídem.)- respecto de su entorno natural y social. El segundo modo en esta escala es el *romántico*, el cual prescribe un agente cualitativamente semejante pero superior *en grado* a los demás aspectos del entorno. Un sentido de realidad menos plástico se configura aquí, pero aún así la naturaleza se ve alterada por el tipo de intervenciones heroicas prescritas en este modo. La probabilidad y las afecciones propias de ese comportamiento individual informan la estructura de la leyenda *romántica*. Un tercer modo, *mimético*, compone un registro de la experiencia que es percibido como una continuidad respecto de la expectativa del público en lo relativo a los poderes de intervención de los agentes en el universo del discurso. Con ello el héroe se ve reintegrado a su entorno, se vuelve indistinguible, excepto en tanto y en cuanto es superior en términos morales a nosotros (*modo mimético elevado*) o no lo es y es *totalmente continuo* con el sentido de realidad y experiencia ordinaria de la audiencia (*modo mimético bajo*). Finalmente un orden de aprehensión *irónica* nos presenta una escenificación en el que los poderes de intervención son *inferiores o nulos* respecto de su entorno (y a la expectativa de la audiencia), tratándose del tipo de visión infernal o demoniaca en el que los agentes son crecientemente des-subjetivados, des-agenciados y atravesados por condicionamientos que los subyugan, anulando toda propositividad.

Estas indicaciones espectrales orientan un primer tipo de atención: según el tipo de agencias que postule el texto, un tipo de interrelación con distintos “órdenes de realidad” sancionados por el discurso es legitimada, lo cual facilita la comprensión del tipo de intervención postulada por el texto mismo como emergente en un determinado contexto. Una primera observación registra el carácter descendente, del mito a la ironía, que ha seguido la literatura en los últimos siglos, desde las vidas de los santos y los mitos creadores hasta los extremos irónicos de la crítica costumbrista y el teatro del absurdo.

El *mito* es ciertamente una forma textual orientada a la identificación, la exaltación y el compromiso con un sentido de realidad idealizada, un registro de la experiencia juzgado como contrapuesto al ordinario, originario, previo a cualquier configuración de una sociedad distintivamente humana (y como fundante de esa misma sociedad). De esta manera, así visto, un catálogo de emociones es puesto en relación con estas formas textuales, mostrando el tipo de decodificaciones esperadas. El *mito* tiende a la identificación, el teatro del absurdo al distanciamiento y así. El espectro de emociones va desde la intención aproximativa respecto del sentido postulado por la expresión verbal (las formas de la piedad y el compromiso) hasta el distanciamiento atemorizado respecto de ese mismo sentido (temor, rechazo). En el *romance* usualmente predomina el tono de identificación, de compromiso, en este caso con los *valores* instanciados en el agente heroico que interviene en una realidad o un entorno que tan solo difiere *en grado* del percibido como continuo con la realidad de las audiencias postuladas por el texto. La idealización, en este caso de figuras humanizadas, sirve como orientación del juicio

respecto de una realidad y una naturaleza crecientemente asemejada a la nuestra, donde los que operan discontinuamente, plásticamente, de modo inverosímil para nuestros criterios actuales, son los agentes y personajes centrales del texto. En los modos miméticos encontramos las valoraciones distintivas propiamente morales de los héroes, los agentes, los cuales son idénticos a nosotros, excepto en su capacidad de diferenciarse virtuosa y moralmente de nosotros. En el modo *mimético elevado*, la emoción esperada es la del juicio moral que puede, primero, distanciarse y evaluar el comportamiento del héroe “elevado”, y luego identificarse con él. En el modo *mimético bajo* deberíamos fracasar en dar el segundo paso. En realidad aprehendemos el conjunto de *sensaciones* que deberían ser propias de nuestro propio modo de experimentar nuestro entorno social y natural. El *realismo creciente de la caracterización* es concomitante con el sentido de *continuidad* entre el orden de la experiencia representada y el sentido de realidad de las respectivas audiencias. El modo distanciado de auto-apreciación (porque en el fondo el realismo es un modo de evaluarnos a nosotros mismos en nuestras relaciones dinámicas con nuestros entornos) encuentra su apoteosis en el *modo irónico*, en el cual

“la total objetividad y la supresión de cualesquiera juicios morales explícitos son elementos esenciales de su método. De manera que el arte irónico no despierta piedad ni temor: éstos sólo se reflejan ante el lector a partir del arte mismo (...se trata de...) la construcción desapasionada de una forma literaria cuyos elementos aseverativos, implícitos o expresos han sido todos eliminados. La ironía, como modo, nace del mimético bajo; toma la vida exactamente como la encuentra. Pero el ironista fabula sin sacar moralejas y no tiene más objetivo que su tópico (...) llama la atención sobre el hecho de que está practicando la ironía (...o...) deja que el lector mismo añada el tono irónico” (ibíd.; 63).

En su propuesta de un modo de escenificación des-agenciada, un escenario hiper-realista se configura, que tiende al distanciamiento y la consideración desapasionada, en la sospecha de que no hay allí experiencia, realidad o agencia propiamente dicha. La captación del contenido aleccionador de esas moralejas implícitas se deja a la audiencia, en el inter-juego de contrastar *su* realidad con la intensidad demoníaca del horizonte irónico. La “crítica histórica” marca entonces, una recurrente deriva desde los modos hiper-agenciados del mito y el romance, en la dirección de la creciente subsunción de los agentes en su entorno, bajo los protocolos de lo irónico. Esta tendencia es importante de cara al futuro, ya que marca un *extremo* de des-subjetivación presente en el orden de la representación que se muestra como un límite más allá del cual es la idea misma de un agente, un sujeto, *una persona* la que es puesta en cuestión. Ese y no otro habría sido el sentido de la práctica de la literatura modernista, tal como Frye o White (FR; 66-86) la han entendido, la cual encuentra en este tipo de criticismo un nuevo contexto de inteligibilidad, que será explorado en el capítulo sexto.

Con excepción del horizonte mito-poético propiamente dicho, en el cual la plasticidad de los modos originarios de identificación de todo sentido de realidad social y entorno “natural” conspiran en contra de la captación de los aspectos *comunes y compartidos* entre el plano de la

experiencia narrada y el plano de la experiencia percibida ordinariamente por las audiencias (porque el plano mítico precisamente pretende sustraerse a éste último, para fundamentarlo), los otros modos son relativamente explícitos en el tipo de operaciones que realizan de cara a un *segundo tipo de crítica*: en la crítica ética se enfatiza “el momento en que pasamos de la obra de arte individual al sentido de la forma total” de la representación, momento en el cual la obra

“deja de ser objeto de contemplación estética para convertirse en instrumento ético que participa en la obra de la civilización (...) Es evidente, por ejemplo, que una fuente principal del orden de la sociedad es un patrón establecido de palabras (...) Los significados adjuntos podrán cambiar hasta volverse irreconocibles con el tiempo, pero el sentimiento de que la estructura verbal ha de permanecer inalterada y la necesidad consiguiente de reinterpretarla para poder adaptarla a los cambios de la historia, trasladan las operaciones de la crítica al centro de la sociedad” (ibíd.; 460).

Es en este sentido que Frye reclama por la mala lectura de su propio marco teórico, en la medida en que considera inherente al mismo la preocupación por el relevamiento del modo en que la expresión verbal literaria se encuentra incrustada y especialmente preocupada por la *producción y reproducción de un orden social determinado*. De hecho el espectro ético de la crítica apunta a mostrar cómo las relativas ortodoxias y heterodoxias disciplinares, políticas o estéticas, suponen estipulaciones primarias en torno a los “patrones establecidos de palabras” a ser empleados. Más propiamente, lo que esta crítica supone es la *estabilización del carácter y el estatuto de la expresión verbal* en el espectro que lleva de la aspiración de máxima a una caracterización realista, correspondentista y estabilizada de lo representado, al polo opuesto que postula una autonomía y una abstracción que se relacionan con una visión idealizada del libre juego del orden de los símbolos respecto de todos los demás órdenes. La segunda crítica, entonces, es un rastreo “ético” de las implicancias sociales de la adopción de una determinada caracterización de los símbolos y el status conferido al lenguaje como práctica extendida.

La práctica verbal se encuentra entonces como un modo de configuración posible en el espectro que lleva de la dirección centrífuga, externa, realista y correspondentista del lenguaje a la dirección centrípeta, interna, auto-télica e “idealista” del mismo; ese espectro proporciona una gama de posibilidades que va de lo aseverativo a lo “ficcional”, de lo real a lo imaginario, de lo explícito a lo implícito, de lo convencional a lo rupturista, de lo puramente textual a lo contextualizado, de lo ritual a lo onírico o imaginativo, de lo continuo a lo discontinuo entre la experiencia verbal y la no verbal... y así sucesivamente. La idea no es que debemos optar por uno u otro polo, sino que debemos problematizar los términos como opciones relativas a espectros en el que una configuración determinada es posible, y que debemos considerar cada efectuación verbal no como un evento discontinuo sino como una puesta en acto en el marco de un horizonte espectral de posibilidades. En el espectro de la consideración del estatuto mismo del símbolo, un extremo viene dado por la consideración *material* del símbolo como tal, por su inscripción fónica y visual (tal como es del interés de los lingüistas o de los poetas simbolistas). Luego podemos ver al símbolo como signo que *describe* y que es empleado

representacionalmente *vis-a-vis* el orden de la experiencia no verbalizada. En tercer lugar podemos estipular para el símbolo o la expresión verbal el estatuto de lo formal, la consideración del tipo de imágenes, las clases de operaciones y las modalidades operativas propiamente empleadas, en una suerte de generalización inductiva del conjunto de significados asociados. En cuarto lugar pueden interesar los aspectos convencionales (o rupturistas) de la práctica verbal, que lo toman como un hecho "*arquetípico*", como una acción que manifiesta su seguimiento de cierto aspecto ritual del intercambio verbal simbólico o, por el contrario, que designa una suerte de puesta entre paréntesis de la liturgia verbal en tren de desplegar su propia actuación imaginaria. Por último el símbolo puede ser enfocado como una totalidad autónoma, una monada, en la forma del registro que los expertos en la lectura de las Escrituras denominan "lo anagógico". En este último tramo de captación de lo simbólico se *concede metodológicamente la posibilidad* de una figuración pura, autónoma, que marca la ruptura entre el orden de lo literario y el orden de la vida y que representa el universo de la práctica verbal como un plano escindido, a la par, disyunto, del resto de las prácticas. Este extremo idealista es eso, un extremo, que se adopta como punto límite que otorga inteligibilidad a las variaciones posibles *dentro del mismo espectro*.

Así el simbolismo material, el descriptivismo representacional, el formalismo, el convencionalismo arquetípico y el auto-telismo idealista son cinco registros posibles del estatuto conferido a lo simbólico, entendido como formas específicas en que se plasman las configuraciones verbales y ponen en acto las polaridades y espectros antes mencionados (lo centrípeto y lo centrífugo, lo real y lo imaginario, lo ritual y lo onírico, etc.).

Esta red de espectros encuentra vinculaciones con los espectros de la agencia histórica: el mito y el romance tienden a la idealización y la discontinuidad anti-representacional entre símbolo y vida, afinidad que se desenvuelve en la captación arquetípica y anagógica o autotélica en la modalidad ética de la crítica. Lo simbolizado es mucho más que un dar cuenta de un estado de cosas. El *plus* de la significación se genera en el incremento de sentido provisto por el símbolo cuando no se limita a ser un "servomecanismo" que refleja materialidades. Por el contrario, el descriptivismo y el simbolismo literal encuentran su afinidad histórica con los modos miméticos bajos e irónicos, en tanto están interesados en la continuidad entre expresión verbal y el resto de la experiencia, en su afán centrífugo y representacional.

A esas vinculaciones se les añade un tercer *tipo de espectro*, que establece los modos de secuenciación de eventos o acontecimientos, y los articula en formas de tramado (*mythos*) reconocibles. El *mythos* establece "un principio estructural que se postula como imitación verbal de los acontecimientos" (ibid.; 320; 410), que trabaja en el marco de los espectros precedentes, en torno a los horizontes parcialmente divergentes de lo autónomo y lo imitativo, lo mítico y lo "natural", lo ritual y lo deseado, lo experimentado y lo idealizado. Ya hemos visto en el capítulo

dos algunos modos característicos en que los *mythos trabajan e inciden intra-textualmente* en lo referente a estas opciones. Lo romántico va en la dirección de lo mítico, lo deseado, lo idealizado, lo autónomo. Lo satírico se le opone (remarca la centrifugalidad imitativa de lo verbal, su énfasis naturalista, anclado experiencialmente). Lo trágico y lo cómico son órdenes intermediarios de inteligibilidad que lidian con las posibles contradicciones y conciliaciones entre las polaridades con las que pugna el orden verbal, enfatizando lo primero la tragedia y lo segundo la comedia. No deseo extenderme en este espectro, porque ya lo trabajé preliminarmente y volveré a él más adelante, pero sí es importante marcar que la crítica arquetípica *muestra el modo en que las orientaciones centrifugas (orientadas a la prefiguración de lo social) y centrípetas (orientadas a la autonomía de la expresión verbal) se articulan recíprocamente resultando imposible privilegiar exclusivamente una orientación u otra*. La comedia, la tragedia y la ironía muestran la creciente importancia de la inscripción ritual, realista, naturalista, de la expresión verbal, y conforman patrones recurrentes en que esa inscripción se plasma. Por el contrario el romance busca mostrar la prioridad de la escenificación idealizada, del deseo, de la ruptura y la discontinuidad del orden de palabras respecto de la "realidad".

En tanto símbolo "anagógico" auto-télico, idealizador y rupturista parece concederse entonces la posibilidad de quitar "a la literatura toda finalidad externa, postulando así un universo literario autónomo" (ibíd.; 461) *románticamente* instanciado. A ese universo autónomo se le contrapone la captación mimética del entorno, en una dirección realista, orientada teleológicamente a la interacción ritual como comunicación verbal de los atributos de un entorno compartido. Los temas, las imágenes, las secuencias afines a estos polos son los tópicos propios de la crítica arquetípica, el espectro de posibilidades en torno a los encuadres apropiados para cubrir estos aspectos. Sin embargo un cuarto tipo de ensayo, de crítica, viene a problematizar los alcances de esas mismas posibilidades.

La *crítica genérica*, retórica, de lo literario, muestra los aspectos del *hacer verbal*, el sentido respecto del cual es evidente que éste no es un producto situado en un orden ontológico o metafísico distintivo y autónomo, sino que es un proceso inmerso en una *praxis* orientada a la producción de significado para contextos de recepción delimitados. En tanto *hacer*, no artefacto, en tanto proceso, no producto, lo literario acepta un espectro variado en el cual el hablante debe adoptar protocolos que pivotan entre los extremos de lo episódico (discontinuidad de las secuencias relatadas) y lo continuo (prosa), lo actuado (representación dramática) y lo escrito (representación artefactual), la simplicidad y "transparencia" de las imágenes empleadas frente a la opacidad y relieve concedido a esas mismas imágenes, los márgenes retóricos que llevan del *descriptivismo* asociado a la transparencia y la prosa continua artefactual, a la *musicalidad* rítmica y fonémica de la expresión opaca, discontinua y episódica. Estas posibilidades se orientan entonces en torno a los polos espectrales de la escritura en prosa

literal y continua que supone un público ausente y figurado por el autor, discontinuo temporalmente, y la representación lírica episódica, rítmica y “opaca” que supone un público presente y continuo temporalmente a la expresión verbal. Cada género supone entonces *un radical de presentación*, un modo presupuesto en el que se instancia el *hacer verbal*. Ese hacer despliega entonces afinidades posibles, pero no necesarias, por ejemplo entre los modos del decir poético, discontinuo (cuarta crítica), romántico (tercera crítica), simbolista o anagógico (segunda crítica) y mítico o romántico con una finalidad orientada a la identificación del público (primera crítica). Una pluralidad de espectros entonces sirve para inteligir el conjunto de posibilidades instanciadas y puestas en acto en la lírica poética. Lo mismo ocurre entonces para la prosa de no ficción, la cual puede ser vista genéricamente como un tipo de acto prosado, continuo, orientado a la transparencia y la escritura para una audiencia discontinua (cuarta crítica), que trabaja en la dirección realista satírica o trágico-cómica de los modos de estructuración o encuadre de eventos (tercera crítica), bajo un paradigma descriptivista de lo simbólico (segunda crítica) tendiente a resaltar los aspectos continuos de las agencias involucradas en el relato (modos mimético bajo o irónico) con el propósito de considerar de manera distanciada el *espectáculo* propuesto y su cúmulo de significaciones asociadas.

Nuevamente vemos aquí la influencia del procedimiento de Frye en las postulaciones de White: un “estilo” es evaluado como la confluencia de las decisiones tomadas respecto de los espectros delineados por las cuatro críticas: una agencia, un estatuto de lo simbólico (representación), una secuencia de trama (*mythos*) con sus imágenes y patrones asociados, y una efectucción que predispone un *radical de presentación* se encuentran en toda práctica verbal extendida. Nos encontramos aquí ante un formidable catálogo de posibilidades, donde lo único que supone el universo literario es el hecho de expedirse ante esos espectros, permitiendo así su identificación en términos críticos, a partir de esta catalogación, configuración y terminología propiamente teóricas. Se obtiene así la atribución crítica y heterónoma del fenómeno de la expresión verbal continua que habitualmente denominamos “literatura”. Las intenciones de los hablantes y los contextos, tanto como los aspectos materiales del texto pueden ser re-expresados en términos de sus operatorias espectrales históricas, éticas, arquetípicas y genéricas o retóricas, relevando los modos de concebir en cada configuración verbal la agencia, las representaciones, las tramas y los radicales de presentación.

Ante esta catalogación espectral surgen preguntas que pueden conducir a resaltar el hecho de que el “formalismo” de Frye debería mejor fundamentar el estatuto de los espectros con los que pretende trabajar críticamente. Tal es la posición de Todorov, para quien Frye realiza un tipo de lectura que combina el horizonte interno de la obra literaria y el sentido en que ese horizonte se despliega en torno a regularidades estructurales (Todorov, 2005; 102-103). La tarea “sistemática” e “interna” de Frye lo conduce, según Todorov, a postular para la literatura una suerte de autonomía que la convertiría en una “actividad intransitiva” (ibíd.; 107)

que puede ser aprehendida por medio de “taxonomías” que, en tanto que tales, son “herramientas del pensamiento, más que el pensamiento mismo” (ibíd.; 108). Esa taxonomía, a su vez, sirve para designar dos tipos de *actitudes* que enmarcan a los hablantes: la actitud hacia el *compromiso* con la sociedad en la cual vivimos y la actitud hacia el distanciamiento y la “*libertad*” respecto de ese mismo marco cultural. Compromiso y libertad dan lugar verbalmente a los dos grandes “mitos” de la época contemporánea, la fijación ideológica o la mitología social por un lado, y la ciencia como objetividad distanciada de esa misma mitología. Ciencia e ideología: encontraremos este dualismo más adelante, pero la lectura de Todorov lo lleva a leer al mito como “ciencia balbuceante” en los lindes de una historia que evoluciona sin solución de continuidad: “durante casi dos mil años, piensa Frye, Europa occidental ha expresado sus compromisos a través de un vasto conjunto de mitos; esos mitos permanecen vivos hoy en día, aun cuando Rousseau y los románticos, Marx y Freud hayan aportado nuevos elementos mitológicos” (ibíd.; 115). La matriz bíblica y judeocristiana de ese conjunto mítico provee el marco para una suerte de filosofía especulativa de la invariancia histórica que somete dominio tras dominio a su efecto expansivo. Todorov comprende esa matriz como una suerte de “postulado de coherencia total” que “congela” a la literatura, ignorando “su movimiento en el tiempo y considerándola como una configuración de palabras” que “no sostiene una relación de referencia con el «mundo»”, y que no es representativa sino de sí misma (Todorov, 2006; 8).

Esa matriz genera divisiones y sub-divisiones permanentes que Todorov encuentra de difícil justificación. Sus principales críticas son tres: en primer lugar las categorías, los distintos espectros, las diversas gamas de posibilidades verbales (los espectros de lo histórico, ético-simbólico, arquetípico y retórico) que trabajan nociones de agencia, representación, tramas y recepción de lo verbal “no son coherentes lógicamente: ni entre ellas, ni en el interior de cada una de ellas” (ibíd.; 11). Análogamente Wimsatt (Wimsatt, 1966) ha resaltado la imposibilidad aparente de coordinar entre lo histórico y lo arquetípico, entre nociones de agencia y evento tal como se desprenden de la primera y la tercera crítica. Todorov por su parte sostiene que la consideración de un criterio de agencia entrega cinco categorías de las cuales tres son superiores a nosotros y una inferior, lo cual le parece cuestionable en virtud de la “asimetría” resultante. A su vez la combinación de espectros entrega un espectro de posibilidades a partir de las categorías que raramente encontramos efectivizadas plenamente (ibíd.; 12-13). El sistema impone así la consideración de géneros aun inexistentes. En segundo lugar la noción de Frye de la idea misma de una obra literaria no es explicitada más que por apelación a “categorías no literarias” (agente, entorno, deseo, ritual, pertenencia, libertad, etc.), lo cual nos conduce fuera de la literatura, lo cual culmina por impugnar la autonomía de la expresión verbal que supuestamente Frye había defendido. La tercera crítica apunta a mostrar el carácter meramente taxonómico de la propuesta teórica, que fracasa en proveer nociones estructurales (en vez de diagramas), en la forma de “sistemas de reglas rigurosas” (ibíd.; 16). Frye construye así un



encuadre de hipótesis débiles, que no consigue captar “los principios” que pueden hacernos ver a la literatura como los lingüistas ven a la lengua, esto es, no como un *stock* de palabras sino como un mecanismo (ibídem.). La incapacidad de Frye para reconstruir el “mecanismo literario” conlleva, según Todorov, el fracaso de su perspectiva en el horizonte de la teoría literaria.

Ninguna de estas críticas es muy relevante y a su vez su formulación depende de rígidas dicotomías que Frye explícitamente no quiere sostener. La “simetría” no es una virtud *a priori* de ningún sistema teórico, y de hecho depende su intelección de una noción de eje que en el caso de Frye debe ser reconstruida a partir de una consideración inter-espectral, no tan sólo apreciando uno de los espectros (por ejemplo el de la agencia). Por otro lado la comprensión de Todorov al respecto es defectuosa, ya que cierto tipo de lectura de ese mismo espectro podría conducirnos a un esquema de simetría en la cual el plano de la experiencia (mimético, elevado o bajo) es contrapuesto al plano de la idealización positiva (romance) y al de la imaginación negativa (ironía), en tanto el plano mismo del mito queda apartado y fuera de la deriva espectral, como un tipo categorialmente disjunto de criterio de agencia. De hecho esa es la opción de Frye (1980 y 1996), pero aquí si el resultado conduce o no a la simetría es irrelevante. La existencia de posibilidades de sistema aún no efectivizadas es igualmente insustancial. De hecho la noción de espectro no supone la idea de trayectos de posibilidades puntualizadas, que entregan un número finito de efectivizaciones en forma de “objetos” literarios en los que se plasman esas posibilidades, sino que apunta a mostrar gradaciones o líneas de fuerza que se plasman en el movimiento o en la actividad propiamente discursiva. Como gradación es evidente que hay una infinitud de posibilidades y eso no supone ningún desafío para la teoría. Pero no se trata de eso, de reconocer la finitud del universo de posibles objetos literarios, sino de postular la infinitud de las gradaciones expresadas en las variaciones de las líneas de fuerza que inciden en la consolidación de campos literarios como procesos de actividad verbal.

En segundo lugar la crítica en torno a las categorías no literarias que conducen a la impugnación de la autonomía de lo literario es mayormente inconsistente. Todorov cree aparentemente en rígidas separaciones entre tramados teóricos y registros observacionales, entre reducciones conceptuales *a priori* y la aplicación de esas mismas reducciones, y considera que cualquier intelección divergente compromete la autonomía de lo literario. Por su parte Frye está comprometido con el carácter instrumental y pragmático de su propuesta y es consciente del carácter hipotético y conjetural por medio del cual se construye el conocimiento. Es Todorov, no Frye, el comprometido con la hipótesis de la autonomía de lo literario, y es Todorov, no Frye, el que se embarca en la absurda tarea de delimitar categorías “puramente literarias”, como si de ello dependiera “la autonomía” del género en cuestión. Esta limitada noción de la formación conceptual en busca de géneros puros y *natural kinds* se propaga en la tercera crítica, en la cual el lenguaje es visto como el mecanismo que puede ser abordado por una ciencia del discurso, de tipo semiótico como la que el mismo Todorov pretende alentar. En

ese modelo se reproduce lo peor, o lo más ingenuo, de las diversas variantes de lo teórico y lo práctico, de lo empírico y lo abstracto, tal como Todorov cree reconocerlo en la literatura. En esta visión lo literario exige un tipo de consideración teórica abstracta *a priori* que luego puede validarse empírica y prácticamente, en tanto las deducciones teóricas “se correspondan” con los hechos literarios. Pero además de ser una definición demasiado torpe de lo que es un sistema teórico o una teoría, el planteo es circular y prejuzga lo que debería mejor someter a franco escrutinio: qué significa “corresponderse” o adecuarse en este contexto. El punto es tanto más grave por cuanto la literatura es, según el mismo Todorov, un “esfuerzo de decir lo que el lenguaje corriente no dice y no puede decir” (ibíd.; 21). Es decir “no puede hablarse de lo que hace la literatura sino haciendo literatura. Sólo a partir de esta diferencia con el lenguaje corriente la literatura puede constituirse y subsistir” (ibídem.). La autonomía de lo literario en realidad es la disyunción de lo literario respecto de cualquier otra expresión verbal y de cualquier otro entorno, verbal o no. Así las cosas la literatura como género discontinuo, como especie de la expresión verbal, consolida su propio tramado categorial, pero entonces la idea de “correspondencia” es trivial y se estipula por definición dogmática, en lo que a su vez constituye una idea de “teoría” que podrá ser muy “sistemática” y “explicar mecánicamente” el funcionamiento de lo literario, como aplicación de reglas de determinación *a priori*, pero no es seguro que entregue aquello que se le reclamaba a Frye. Esto es, difícilmente una teoría “mecánica” tal proveerá una justificación de las propias opciones teóricas –*status* de los espectros- y una captación enriquecida del conjunto de actividades propiamente humanas implícitas en el acto de narrar. Por el contrario, vista como aplicación mecánica de un conjunto de reglas, como semiótica aplicada, como ciencia del discurso, la única discusión que se habilita –en lo que constituyó el sino y la bancarrota del estructuralismo a lo Todorov- remite a la regresión al infinito en torno a la fundamentación de las categorías empleadas, y al problema de la agencia misma una vez aceptado el marco de restricciones y determinaciones formales.

Por el contrario, el gesto de Frye no apunta a mostrar “órdenes de determinación” sino posibilidades interpretativas de configuración al interior de espectros que nos permitan trabajar *a la vez* en los diversos campos de fuerza en que se inserta la expresión verbal continua. Los géneros se solapan, las posibilidades son continuas (a modo de ejemplo, lo trágico se solapa con lo romántico y con lo satírico), y de allí la importancia de la figura del espectro en detrimento de la de “polos” o extremos discontinuos. Las relaciones son de tránsito y de seguimiento, como en el caso de la estructura cuaternaria de los tropos, que Frye manifiestamente adopta (Frye, 1988; 112-113). La dinámica tropológica y la deriva espectral confluyen en una captación de los horizontes variados por medio de los cuales es posible caracterizar instrumentalmente, críticamente, las diversas efectuaciones del fenómeno de lo literario.

El punto crucial en esta deriva espectral reside tanto en su resistencia a las caracterizaciones en términos dicotómicos, polares o deterministas, como en su rechazo de la

intención auto-télica, solipsista o autonómica de lo literario como expresión autónoma que constituya un orden de significación escindido. La visión de lo literario como conjunto amplio de opciones espectrales va en la dirección contraria, mostrando los rangos variados de lo literario. Esto conlleva una natural “expansión” del fenómeno de lo literario en sí mismo, pero esto no reenvía a un textualismo “idealista lingüístico”. En la perspectiva de Frye “lo literario se encuentra también fuera de la literatura, como lo «no-literario» en su interior” (Todorov, 2005, 109). De esta manera, la materia del crítico

“es la totalidad de la experiencia verbal, o hasta imaginaria (...) y no sólo la pequeña parte llamada por convención «literatura». El bombardeo verbal incesante (...) contribuye a formar la imaginación literaria con mucha mayor fuerza que la poesía o la ficción” (Frye, 1970; 84-85).

Este aspecto no ha sido cabalmente comprendido por algunos de los críticos de la posición de Frye. De hecho para un teórico como Terry Eagleton es atribuible a Frye que “los modos y mitos de la literatura son transhistóricos, colapsando la historia en la mismidad o en un conjunto de variaciones repetitivas en torno a los mismos temas” (Eagleton, 1983; 92), articulándose así una suerte de estructura verbal autónoma privada de toda referencia más allá de sí misma. “Todo lo que el sistema hace es resituar las unidades simbólicas en relación recíproca, más que en relación con alguna especie de realidad exterior” (ibíd.; 93), ofreciendo una “versión desplazada de la religión” en la cual “la literatura deviene un paliativo esencial ante el fracaso de la ideología religiosa” (ibídem.). Frye es visto así como un liberal humanista orientado a marcar la responsabilidad social de la literatura y su función legitimadora, pero paradójicamente aún así para Eagleton esto no marca las intenciones referenciales de la literatura según Frye. Metodológicamente, a su vez, es visto como un “estructuralista débil” o *avant la lettre*, que pretende “reducir fenómenos individuales a meras instancias” de leyes que regularían lo literario (ibíd.; 94), aunque falta aquí el paso decisivo dado por el estructuralismo propiamente dicho: “la creencia de que las unidades individuales de cualquier sistema tienen un significado sólo en virtud de sus relaciones recíprocas” (ibídem.). Esa ausencia no le sugiere a Eagleton la impropiedad de su primera categorización (variación repetitiva endógena de temas) en términos de su segunda descripción (sistema incompleto, “parcialmente abierto”). La forma diagramática de los espectros de Frye no constituye un “sistema” precisamente porque reenvía a las articulaciones de unidades simbólicas que en su variación encuadran formas de mundo y de interacción que los hablantes validan o invalidan en y por medio de su *praxis*. A diferencia del formalismo o del estructuralismo, no puede decirse de Frye que “pone entre paréntesis el contenido del relato y se concentra enteramente en la forma” (ibíd.; 95), si es que esto puede ser aún predicado de aquellos otros, en particular del primero. La respuesta al propio cuestionamiento reside en la comprensión –común a Eagleton, Frye y a White- de que el análisis de los dispositivos por medio de los cuales se logran ciertos efectos verbales, el tipo de análisis retórico al que se encomiendan críticos como los que estamos tratando, se enmarca en un horizonte que es “el de las prácticas discursivas en una sociedad como un todo, y su interés

reside en aprehender tales prácticas como formas de performatividad y ejercicio del poder” (ibíd.; 205). *La retórica no es un humanismo, ni un formalismo*; sino una consideración del tipo de actividades emprendidas que *resultan inseparables de relaciones sociales más extendidas*. La teoría retórica del discurso está interesada por tanto en las formas de producir y de “consumir” expresiones verbales y lo que aquella circulación implica en términos de poder, legitimación y validación de prácticas de interacción materiales y simbólicas (ibíd.; 206). En este sentido es válido el aserto gadameriano: “la retórica no es una *tékhne* sino una *dynamis*”; esto es, “el que ve en la retórica una simple técnica o incluso un mero instrumento de manipulación social no la considera más que en un sentido muy restringido” (Gadamer, 2007; 661).

Por lo tanto la totalidad del comportamiento se encuentra comprendido en la materia de análisis de aquel que está interesado en edificar “una teoría del uso de las palabras” (Frye, 1977; 482n). Siendo así, “nuestro universo literario se ha dilatado hasta convertirse en un universo verbal y ahí no puede funcionar ningún principio de autonomía” (ibíd.; 461). El universo verbal está en relación con el resto de las prácticas sociales, a las que dota de cierto orden y a las que constituye, siendo constituido a su vez por ellas. La interacción social sería imposible sin un patrón establecido de producción y circulación de las palabras que la enmarque. Y viceversa, ningún orden simbólico podría establecerse sin pautas de interacción materiales a partir de las cuales aquél se erige. Por lo tanto la consideración de tal universo extendido de prácticas supone un principio de continuidad de base entre el tramo verbal y el no verbal del comportamiento, en la medida en que tal consideración es el punto de partida para la articulación de lo que Frye ha estado intentando articular desde la *Anatomía de la Crítica: una teoría del uso de las palabras como pragmática social* (ibíd.; 482n).

Me he extendido con las propuestas de Frye por dos motivos: por un lado considero que este autor es de fundamental importancia para comprender el carácter de la apuesta teórica de White. Por otro lado creo que el aspecto *limitado de la apropiación whiteana* ayuda a entender muchas de las críticas apropiadas e inapropiadas que el narrativismo ha suscitado. De la totalidad de abordajes y espectros críticos encarados por Frye, White *apenas recoge algunas* de las implicancias insertas en la crítica (tercera) arquetípica. Que tal cosa empobrece innecesariamente el análisis de los términos implícitos en *ambas propuestas* es algo que será abordado en las secciones subsiguientes de este capítulo. Por lo pronto me detendré muy brevemente en otras dos propuestas y discusiones que ayudarán a comprender los problemas comunes a la teoría whiteana y a los enfoques que la critican.

## ii- Propp y las funciones estructurales del relato

Publicado en 1928, *Morfología del cuento* de Vladimir Propp (Propp, 1985) puede ser caracterizado como el apogeo y el canto del cisne del formalismo ruso, así como también como un poderoso anticipo del modelo estructuralista de análisis del relato. En primera instancia,

antes aún de la *Morfología...* el formalismo había parecido un intento en pos de abordar los problemas propios de la técnica literaria *en sus propios términos*, poniendo entre paréntesis el resto de los aspectos textuales (intenciones, tradiciones, contextos). Como “proyecto teórico”, no obstante, no alcanzó una coherencia y sistematicidad cabal, en la medida en que confluían en él autores interesados en diversos aspectos del mismo problema técnico (Todorov, 2005; 19). Aún así en el inicio de esta corriente se procede de manera común, reconociendo una escisión categorial entre el lenguaje práctico, héterotélico, orientado a las prácticas de “mera” comunicación, y el lenguaje poético. El primero es un medio de comunicación interhumano. El segundo está orientado a la “expresión” por la expresión misma, donde “lo sensible no es la estructura de las palabras sino su construcción, su disposición” (Chklovski, en Todorov, *op.cit.*, 21). Entonces esto supone una (primera) definición *funcional* del fenómeno, en términos del modo en que opera o de lo que hace: el dispositivo apunta a posponer, dificultar y complejizar la captación de su sentido en términos exteriores a sí mismo. En el límite (el lenguaje transmental, el *zaum* y la “pura cháchara”) la práctica poética apunta a *rechazar* la atribución heterónoma de sentido. De esta manera apreciamos el modo en que en su etapa formalista Jakobson patentiza el contraste: el heterotelismo del lenguaje cotidiano se adapta bien a las relaciones arbitrarias entre la expresión y su contexto, ya que el uso verbal está enfocado a la “mera” comunicación; por el contrario la orientación auto-télica del lenguaje poético cuestiona esa arbitrariedad e intenta ver bajo una nueva luz las asociaciones posibles:

“en los lenguajes emotivo y poético, las representaciones verbales (tanto fonéticas como semánticas) concentran sobre ellas mismas una mayor atención, el lazo entre el aspecto sonoro y la significación se vuelve más estrecho, más íntimo, y, en consecuencia, el lenguaje se vuelve más revolucionario, ya que las asociaciones habituales de contigüidad retroceden al segundo plano” (Jakobson, en Todorov, *op.cit.*, 25).

La asociación por convención e iteración (contigüidad) entre sonidos y sentidos, es “conservadora”. El cuestionamiento de esa asociación es “revolucionario”. Ya encontramos aquí una posible implicancia y extensión “práctica” del modelo formalista (que resonará más adelante en el Jakobson estructuralista de *Lingüística y Poética* y en el mismo White; remito para ello a lo visto en el capítulo dos). Lejos de desatender el contexto, se pretende aislar en un primer momento ciertas características intrínsecas de la expresión, para mejor intervenir en un segundo momento, en una dirección del hacer verbal considerado como práctica que supone una pauta en su evolución en el tiempo. Pero ciertamente esto está lejos de ser una novedad en la tradición crítica. El énfasis en el auto-telismo y la contraposición entre lenguaje práctico y poético es un lugar común en los escritos románticos de Moritz, Schlegel y Schelling y se remonta a la mismísima estética kantiana. La estética romántica fue radicalizada posteriormente por Novalis y por Mallarmé, quien obra quizás como un puente entre románticos y formalistas. Pero una vez postulada esta definición *funcional* y romántica de lo literario es poco lo que puede hacerse con ella. Son tantos los géneros mixtos y las limitaciones del modelo dicotómico

propuesto que se vuelve necesario avanzar en la tarea de comprensión teórica del fenómeno poético.

Una segunda caracterización formalista de lo poético se hace necesaria entonces, y es *experiencial* antes que funcional: en el lenguaje del arte se experimenta la forma (“quizás no sólo la forma, sino necesariamente la forma”; Chklovski, en Propp, *op.cit.*; 29). Lo poético adviene como parte de un proceso de percepción. En vez de articular las características funcionales de un artefacto, se apuntan los atributos perceptuales de un proceso de experiencia. El énfasis recae ahora no en el auto-telismo, sino en la captación renovada de lo cotidiano. En el formalismo se plasma entonces un aspecto que será rescatado posteriormente por la “estética del extrañamiento o del distanciamiento”: en la re-expresión extrañada de lo percibido, lo ordinario se percibe “a nuevo” en su concreción, su detalle, su individualidad. De esta manera “la visión constituye el objeto, renovándolo. Estamos aquí aún más cerca de los principios relativistas e individualistas” del romanticismo y el formalismo (Todorov, *op.cit.*; 29).

“Para devolver la sensación de la vida, para sentir el objeto, para que la piedra sea piedra, existe lo que se llama el arte. La finalidad del arte es la de dar una sensación de objeto como visión y como reconocimiento; el procedimiento del arte es el procedimiento de distanciamiento y el procedimiento de la forma difícil, que aumenta la dificultad y la duración de la percepción (...) el arte es una manera de experimentar el devenir del objeto” (Chklovski, en Todorov, *op.cit.*, 31)

El formalismo intenta ahora, en esta segunda versión, develar el automatismo de las asociaciones de significados convencionales, y la manera en la que arte se extraña y se distancia distintivamente de ellas, proponiendo “formas difíciles”. Esto dará una primera pauta de inteligibilidad a una suerte de “teoría de la historia de la literatura”: “la idea del ciclo automatización-ocultamiento-extrañamiento-develamiento del procedimiento”, al que conducen por un lado las diversas variantes realistas -como codificaciones automatizadoras tendientes al ocultamiento y a la valorización y legitimación del *status quo*-, y por el otro las diversas variantes románticas, simbolistas, formalistas, distanciadas, -como codificaciones develadoras, extrañadas, distanciadas, de los procedimientos automáticos venerados por las tradiciones realistas en la representación (ibíd.; 33)-. Pero la postulación de esa segunda variante deriva en un tercer enfoque, en la medida en que hay que sustentar esa visión panóptica. Entonces el formalismo se multiplica en una serie de estudios empíricos, situados, que toman estas indicaciones genéricas como orientaciones liminares en torno a la configuración de una “ciencia de los discursos”.

Como ciencia, entonces, la crítica queda delimitada por su objeto de estudio, ya no por la función o por el proceso experimentado de lo literario o lo poético, sino por “la aspiración de crear una ciencia literaria autónoma sobre la base de los rasgos específicos del material literario” (Eikhenbaum, citado en *op.cit.*; 35). La teoría se sitúa respecto de un objeto de estudio y lo que debe hacer es “describir la literatura”, en la medida en que en su carácter objetual lo

literario despliega una serie de rasgos específicos, “las propiedades específicas del arte verbal” (ibídem.), que se proponen ser relevadas por medio de los estudios formalistas. Tenemos así una nueva (y tercera) definición del fenómeno literario. Pero esos estudios van a develar, paradójicamente, que “dicha especificidad no existe; o con mayor exactitud, que no tiene existencia universal o eterna; la tiene únicamente en la medida en que esté circunscrita tanto histórica como culturalmente; y que, por esto, la definición mediante el autotelismo es indefendible” (ibídem.). En resumen, el formalismo parecía en un primer momento un método destinado a abstraerse de la historia de la literatura para articular un modo de análisis heterónomo, pero ha culminado por dar la vuelta a la ecuación, y ahora se recuesta en la historia para intentar caracterizar el espacio ontológico sobre el cual puede eventualmente reclamar soberanía. “Mientras que una *definición* firme de la *literatura* se vuelve cada vez más difícil, cualquier contemporáneo nos señalará con el dedo lo que es un *hecho literario*” (Tynianov, citado en *op.cit.*; 36). Pero el hecho literario depende de las caracterizaciones contemporáneas, y termina delineándose como un “hecho heteróclito”, que evoluciona “con solución de continuidad”. “El hecho literario y el período literario son nociones complejas y cambiantes, en la medida en que son igualmente cambiantes las relaciones de los elementos que contribuyen a la literatura, así como sus funciones” (Eikhenbaum, citado en *op.cit.*; 37).

El objeto de estudio se hunde entonces en la historia, ya no designa una función, un procedimiento perceptual, sino un hecho literario percibido de manera a-problemática, que depende tanto de la articulación efectiva de la anhelada *ciencia del discurso*, como de la configuración epocal de los *contextos históricos de la literatura*. Pero el lenguaje poético depende, entonces, no de una definición formal, sino de la categoría histórica, situada, del “hecho literario”, lo cual está en contradicción con cualquier orientación auto-télica de lo literario. Este recorrido por los avatares del formalismo encuentra su sentido en tanto provee una triple caracterización que se ajusta al experimento de Propp; a éste le interesa explicar un fenómeno específico, situado, el hecho literario de la recurrencia de la estructura del cuento folklórico ruso (tercera variante, “material”, del formalismo). Por otro lado le interesa la reconstrucción de la secuencia de percepciones, la sucesión de experiencias ligadas al seguimiento de la trama del relato contado (segunda variante, procesual). Y esa reconstrucción está indisolublemente ligada a la elucidación de la manera en la que el artefacto funciona, el conjunto de procedimientos que emplea para la generación de las proyecciones de sentido esperadas (primera variante, funcional, del formalismo).

En efecto, Propp se propone configurar una “morfología” del cuento, en la que lo morfológico es designado como el “estudio de las formas y el establecimiento de las leyes que rigen su estructura” (Propp, *op.cit.*, 5). Esa morfología está orientada a la captación de lo que a Propp se le aparece como manifiesto en la estructura verbal del cuento ruso: fundamentalmente “la cuestión de saber *qué* hacen los personajes; *quién* hace algo y *cómo* lo

hace son cuestiones que sólo se plantean accesoriamente” (ibíd.; 30). En este marco se entiende por *función* “la acción de un personaje, definida desde el punto de vista de su significado en el desarrollo de la intriga” (ibíd.; 32). Acción, desarrollo, intriga, los términos orientan el análisis en torno a cuatro tesis que son las que estructuran el texto:

1. “Los elementos constantes, permanentes en el cuento son las funciones de los personajes, sean cuales fueren esos personajes y sea cual fuera la manera en que se realizan esas funciones. Las funciones son las partes constitutivas fundamentales del cuento.

(...)

2. El número de funciones que comprende el cuento es limitado

(...)

3. La sucesión de funciones es siempre idéntica.

(...)

4. Todos los cuentos (...) pertenecen al mismo tipo en lo que respecta a su estructura” (ibíd.; 32-34).

Las funciones del relato entonces, constituyen una secuencia: situación inicial, alejamiento, prohibición, transgresión, interrogatorio, engaño, complicidad, etc. Un punto clave tiene que ver con la configuración inicial en términos de una *carencia* (ibíd.; 48) que da lugar a una búsqueda. El movimiento del curso de la acción del relato encuentra así un primer impulso. Ese impulso genera “movimientos de acción contraria”, activados por funciones de signo opuesto a la búsqueda, lo cual conduce a su vez a la reacción del agente (ibíd.; 57), el combate o explicitación frontal del antagonismo (ibíd.; 68) y la reparación o satisfacción de la carencia como resultado de la resolución del antagonismo (ibíd.; 70). En el curso de esa resolución se propone al agente una tarea difícil, un desplazamiento, por medio del cual la tarea es cumplida, se reconoce el valor del agente y se desenmascara a los obstructores, adversarios o antagonistas (ibíd.; 78-81). Esta secuencia característica entrega entonces una “unidad de medida” formal contra la cual pueden comprenderse los procedimientos narrativos efectivos, en tanto y en cuanto operan por sobre la misma estructura y secuencia de funciones (ya sea resaltando, como elidiendo o extendiéndose en una u otra función). En paralelo se articula derivativamente una red de roles que se atribuye a los personajes: el héroe, el antagonista, el donante, el auxiliar, la princesa, su padre y el falso héroe son relevados como inherentes a la secuencia. La sucesión de funciones es idéntica, pero por lo general podemos encontrar funciones extendidas, y en ocasiones se elimina o se arrumba al rincón de lo implícito cierto otro conjunto funcional, por medio de los procedimientos de la intensificación y el debilitamiento, la reducción, la sustitución, la asimilación, la ampliación y la deformación o inversión de las funciones del relato (ibíd.; 204-214). El esqueleto de la estructura de funciones del cuento por último, es completada por intermedio de elementos de conexión y el rastreo motivacional de los personajes, así como



también a través del seguimiento de las imágenes asociadas a las formas de aparición en escena de los personajes y de los accesorios o los elementos atributivos de los personajes que confieren mayor detalle al esquema de acciones. La tesis fuerte de Propp es que esos cinco elementos (funciones, conexiones, motivos, formas de aparición, accesorios) “no sólo determinan la estructura del cuento, sino el cuento mismo en su conjunto” (ibíd.; 127). A lo sumo Propp está dispuesto a admitir que hay *dos* tipos de secuencias, aquellas que enfocan la estructura de la acción en términos de combate y colisión antagónica y ordálica, y aquellos que se suceden en la propuesta y resolución de tareas difíciles<sup>17</sup> (ibíd.; 136).

La ambición reductiva de Propp es paradigmática de la empresa formalista. En la conclusión de la *Morfología*, cita al crítico Veselovski con afán retórico:

“¿Se puede plantear en este ámbito una cuestión respecto a esquemas típicos... esquemas transmitidos de generación en generación como fórmulas ya hechas, fórmulas capaces de animarse con una nueva tonalidad, de originar nuevas formaciones? La literatura narrativa contemporánea, con la complejidad de sus temas y su reproducción fotográfica de la realidad parece en principio descartar la posibilidad misma de esta cuestión; pero cuando las generaciones futuras vean esa literatura desde una perspectiva tan lejana como nosotros vemos la antigüedad (...) cuando la síntesis del tiempo, ese gran simplificador, haya pasado sobre la complejidad de los fenómenos (...) sus líneas se fundirán con lo que nosotros descubrimos ahora, cuando nos volvemos para mirar esa lejana creación poética. Y el esquematismo y la repetición se instalarán entonces a lo largo de todo el recorrido” (ibíd.; 156).

La propuesta metodológica formalista-estructural *nos parece ahora* una hipérbole teórica, pero eso en virtud de *nuestro compromiso y falta de distancia respecto de nuestra propia práctica*. Podemos ver ahora el esquematismo del cuento folklórico ruso, pero *creemos* en la variación e infinita libertad de los hablantes contemporáneos y en la complejidad de las prácticas discursivas actuales. Pero con tiempo y distancia, si en definitiva “*tuviéramos mundo y tiempo suficiente*”, como reza el epígrafe de Andrew Marvel en el inicio de *Mímesis* de Auerbach, nos daríamos cuenta del esquematismo y la repetición que configuran para nosotros un mundo, un sentido de realidad, como resultado de nuestro compromiso con las prácticas contextualmente habilitadas. No vemos nuestra práctica como esquemática, como un compromiso, en la manera que vemos a los cuentistas rusos de la temprana modernidad como comprometidos con la estructura esquemática del cuento tal como la delinea Propp. En el futuro nuestro “realismo” será re-expresado en términos de los esquematismos suscriptos mayormente de manera inconsciente, en el presente. El estudio funcional, procesual, material de los artefactos, procesos y hechos de la literatura, encuentra en última instancia, en su formulación postrera, un compromiso historicista con el reenvío a los distintos “realismos” que

---

<sup>17</sup> Una acotación sugerente de Frye es concomitante con este doble carácter de la secuencia de relatos y la encuentra tipificada en una frase de Borges en el *Evangelio según San Marcos*: “También se le ocurrió que los hombres, a lo largo del tiempo, han repetido siempre dos historias: la de un bajel perdido que busca por los mares mediterráneos una isla querida, y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota”. La primera (*Odisea*) es representativa del tipo de secuencia episódica de tareas difíciles; la segunda (*Crucifixión*) del tipo de secuencia de combate, colisión ordálica, reconocimiento y desenmascaramiento propio del tránsito que lleva a la realización del héroe.

nos entrega nuestra práctica verbal. A su manera esto configura, también, un repudio declarado del auto-telismo y el enfoque romántico que busca una consideración escindida de la literatura y de la vida.

La influencia de Propp sobre Lévi-Strauss o Greimas y los diversos modelos narratológicos ha sido considerable, pero se ha tendido a leer a la *Morfología* como indicativa de “la subestimación del contexto cultural, la abstracción y el escaso interés por los personajes”, como si los considerara apenas como meras encarnaciones de valores funcionales (ibíd.; 258). Sin embargo en la obra etnográfica de autores como Alan Dundes (Dundes, 1964) se muestra la posibilidad de vincular el análisis formal con patrones de circulación verbal distintivos, lo cual permite, por ejemplo, distinguir entre mito y cuento o entre relatos folklóricos y recuentos rituales. A igualdad de estructuras, la diferencia cualitativa procede de los modos de interacción y circulación de los “artefactos verbales” y el tipo de actitudes y expectativas que presuponen (ibídem.). La estructura ritual del intercambio verbal pone en relación ritos y mitos y permite comprender la potencia del instrumento y su capacidad para rastrear los *modos en que procede el intercambio de significaciones asociadas secuencialmente* (ibíd.; 260). En los mitos enmarcados ritualmente “las acciones culturales y cosmogónicas” juegan un papel crucial tanto en la dinámica de la acción intra-texto como en la significación atribuida a la producción, circulación y recepción del texto mismo (ibíd.; 264). Si lo que Propp se proponía era realizar un análisis del cuento folklórico ruso en términos formales, el aspecto folklórico del objeto de estudio reenvía a la circulación amplia del mismo y obliga a tener en cuenta estos aspectos dinámicos, sociales, rituales y litúrgicos de la propia práctica.

Por lo tanto a la hora de captar la percepción distanciada de la constitución estructural de las formas esquemáticas de concebir “la realidad de la historia” en los lenguajes historiográficos según White, debemos tener presente estas derivas formalistas. El énfasis metodológico en las funciones artefactuales, los procesos experimentados y la materialidad de los “hechos verbales” no necesariamente conducen en la dirección unilateral del formalismo como comprensión auto-télica o romanticismo revisitado, sino que también habilitan la posibilidad de fundamentar sobre otras bases una concepción propiamente antropológica del lenguaje y la narración, concepción que habremos de retomar en el capítulo seis. Por lo pronto lo que me interesa marcar es el historicismo y la antropología del ritual del lenguaje al que una lectura profunda del estructuralismo y el formalismo de Propp podría inducirnos, y que no necesariamente ha estado presente en las consideraciones de White (excepto como historicismo auerbachiano) ni en la de sus críticos. Y deseo también marcar la impronta de Propp en el estructuralismo de Jakobson, en tanto esta detección estructural formalista es la que inaugura un modelo situado de análisis que presta atención a las elaboraciones y *mediaciones* autorales, por apelación a un método de análisis distanciada que *sitúa en sus propios términos* el estatuto de los procesos dinámicos y práctico del lenguaje, el “hacer” verbal

implicado en el acto de contar un cuento. Y por añadidura, expone *las tensiones presentes* en toda efectuación de sentido y provee una *mirada sinóptica dinámica* de la constitución de un sentido de realidad por medios verbales que puede ser apreciada, distanciamiento mediante, en una clave que no es reductiva, o que no supone re-expresiones de tenor metafísico y tampoco re-envía a una mera evaluación pragmática y contextualizada de los hablantes.

Como se habrá notado, estoy revisitando las caracterizaciones resaltadas en el análisis de la influencia jakobsoniana sobre White (que recorrí en el capítulo 2, sección d). La tarea de Jakobson puede ser vista ahora como una reformulación de las tempranas orientaciones de Propp, pero en una clave dicotómica orientada en torno a “polos” metafóricos y metonímicos que dificultan su reapropiación pragmática, antropológica, clave que surge como resultado del *tipo de esquematización* requerida en el planteamiento estructuralista. En las secciones subsiguientes veremos si el narrativismo whiteano requiere esos tipos de esquematización, o si puede permanecer vinculado a *algunos* de los atributos de la propuesta formalista de una manera tal que pueda comprenderse en otros términos la magnitud de su desencuentro con sus críticos.

### iii- Mink, Danto y las configuraciones narrativas

El lugar de Louis Mink en la filosofía de la historia es paradójal. A un tiempo supone un tipo ineludible de antecedente del narrativismo whiteano. Por el otro, su temprana desaparición impidió la elaboración y articulación sistemática de su propuesta, la cual permanece como un rico y variado legado de artículos no necesariamente coherentes, publicados póstumamente en un volumen titulado *Historical Understanding* (Mink, 1987). La preocupación clave de Mink apunta a desarrollar los aspectos relevados en la filosofía narrativista pre-whiteana de autores como Gallie (ibíd.; 46-48, 132-137) o Danto (ibíd.; 138-145), que caracterizaban y defendían las modalidades cognitivas propias de la narración. Apremiar detalladamente las propiedades epistémicas propias de la forma narrativa (ibíd.; 182) es el punto central de la obra de Mink, a la cual discutiremos en lo que sigue.

Un primer tipo de desplazamiento es realizado cuando, con Mink, se acepta que el problema en el discurso historiográfico no se instancia al nivel de los enunciados singulares existenciales, en la modalidad de la aseveración en torno a la existencia o a la ocurrencia de determinados eventos, sino en la atribución del significado de (posibles combinaciones de) los mismos. Las discusiones, entonces, son acerca del significado y la interpretación de los hechos, interpretación que debe abordarse en términos propiamente hermenéuticos, y no como prolongación de algún tipo de modelo explicacionista, de formalización o subsunción nomológico-deductiva (ibíd.; 55). La “autonomía” de la comprensión propiamente histórica es resaltada así (ibíd.; 61). Lo que orienta la comprensión no es una hipótesis generalizadora o una ley aplicada a un trasfondo situacional, sino la articulación de un principio interpretativo que

pone en relación eventos constatados –sobre los cuales raramente se discute-, configuraciones de sentido e interpretaciones precedentes. Ese es el objetivo del encuadre narrativo, el cual consiste en mostrar la inteligibilidad de los eventos en su contexto. Por lo tanto la narrativa *no demuestra, sino que provee una interpretación de los fenómenos de los que trata de una manera distintiva*.

“Las narrativas son en un sentido importante, primarias e irreductibles. No son sustitutos imperfectos de formas más sofisticadas de explicación y comprensión. Tampoco constituyen los primeros irreflexivos escalones en la vía que llevará hacia la meta del conocimiento científico o filosófico” (ibíd.; 60)

Esa interpretación procede de manera holista, con dos conclusiones muy disímiles. Por un lado las narrativas históricas no son acumulativas (ibíd.; 196-197), no configuran o despliegan un marco descriptivo que admitiría eventualmente una descripción “final”. Por el contrario, las narrativas problematizan, más que acuerdan, en lo relativo al *background* o dominio que analizan (ibíd.; 198). Por el otro, mientras en la práctica científica ordinaria pueden separarse los procedimientos, los resultados y las prácticas de justificación, en las narrativas históricas los resultados no pueden abstraerse de los procedimientos ni de las prácticas de justificación. Evaluamos las narrativas a partir de un tipo de *juicio sinóptico* que confiere a los resultados de las mismas su aspecto “no escindible” (*non detachable*; ibíd.; 79). Estas propiedades de las narrativas autorizan la intelección de tres modos de conocimiento, modos que Mink denomina *teórico, categorial y configuracional* (ibíd.; 51). La narrativa ejemplifica ciertamente este último modo, en el cual la brecha conceptual establecida entre el relevamiento de los enunciados que componen la narrativa por un lado, y la narrativa en un sentido holista por el otro, explica un último atributo de la misma: en ella el orden temporal no es determinante del proceso de significación propiamente narrativo y por ello la narrativa *no refiere* a la secuencia temporal, sino que se preocupa por los tipos de imágenes por medio de las cuales se otorga relevancia y se organiza el pasado con vistas a otorgarle una significación distintiva (ibíd.; 198). “La función cognitiva de la forma narrativa, entonces, no reside tan sólo en relacionar una sucesión de eventos sino en dar forma a un conjunto de interrelaciones de muchos tipos diferentes al interior de una totalidad comprensiva” (ibídem.). El énfasis de la narrativa se manifiesta, por tanto, en el modo de presentación de esta estrategia cognitiva distintiva (ibíd.; 185).

En este apretado resumen convergen problemas que ya hemos visto en la exposición de White y de sus críticos: parece haberse tendido un *gap* insalvable entre los enunciados existenciales singulares que relevan las ocurrencias históricas y los procesos de significación narrativos holistas. Esa brecha es la misma que la que hay entre la verificación y la justificación de los enunciados, por un lado, y las prácticas de justificación de paradigmas interpretativos por el otro. Esto conduce a un énfasis anti-referencial y pluralista en torno a las narrativas, en las cuales la justificación de las mismas es inseparable de sus procedimientos y sus resultados interpretativos, lo cual determina a su vez que las narrativas no sean acumulativas sino que se

yuxtapongan a-teleológicamente e irreductiblemente, repudiando cualquier reducción, o subsunción de las unas en las otras en una dirección “progresiva”. Por último, esta estructura singular habilita propiamente la concesión a la narrativa del status de forma cognitiva por derecho propio, como modalidad “configuracional” enfrentada a lo categorial y lo teórico.

En el modo teórico los objetos son vistos como instancias de alguna generalización empírica (ibíd.; 38); en el categorial se procede por medio de la consideración ejemplar de las “muestras” como representativas de alguna categoría (ibíd.; 39), “una red conceptual, un sistema de conceptos que funcionan *a priori* dando forma a lo que de otro modo no sería sino experiencia no-configurada [*inchoate*]” (ibíd.; 52); en el modo configuracional se confecciona un complejo de relaciones concretas que comprenden una multiplicidad de elementos (ibídem.). De esta manera el modo configuracional no es más que una re-expresión del juicio sinóptico expresado narrativamente.

“Aún cuando la forma narrativa puede ser asociada, por mucha gente, con los cuentos de hadas, los mitos y la novela de entretenimiento, sigue siendo cierto que la narrativa es un instrumento cognitivo de primer orden –un instrumento desafiado, de hecho, tan solo por la teoría y por la metáfora como formas irreductibles de volver comprensible el flujo de la experiencia” (ibíd.; 185).

La importancia de estas caracterizaciones consiste en que conducen a la impugnación de algunos de los puntos cardinales que orientan una concepción de sentido común en torno al relevamiento del pasado. La visión sinóptica, plural, in-disconfirmable de las narrativas (en tanto los enunciados singulares no pueden desautorizar las interpretaciones narrativas, en virtud del *gap* conceptual que se tiende entre unos y otras) destruye la idea de una tarea cognitiva progresiva que encuentra un fin en la provisión de condiciones ideales de asertabilidad garantizada. “Las historias narrativas deberían ser agregativas, en tanto son historias, pero no pueden serlo, en tanto son narrativas” (ibíd.; 22). Las narrativas no pueden ser verdaderas o falsas, en la medida en que configuran sinópticamente a partir de enunciados individuales, pero la operación narrativa “admite innumerables relaciones de ordenamiento entre enunciados, como formas hay de combinar esas relaciones, al interior de las narrativas” (ibíd.; 22). Por lo tanto “la forma narrativa (...) es un artificio, el producto de la imaginación individual. Pero al mismo tiempo se acepta su pretensión de verdad”. El problema reside en esta disparidad imaginativo-veritativa:

“La diferencia crucial es que la combinación narrativa de relaciones no se ve sujeta a confirmación o dis-confirmación (...la narrativa histórica...) en tanto histórica pretende representar, a través de su forma, parte de la complejidad real del pasado, pero como narrativa es un producto de la construcción imaginativa, que no puede defender su pretensión de verdad por ningún procedimiento aceptado de autenticación” (ibíd.; 199).

Los modos alternativos e irreductibles de disponer los eventos en la configuración narrativa conspiran contra la idea de que hay una historia universal “allí afuera” como correlato ontológico unificado respecto del cual los modos deberían converger. Ese correlato ontológico

presupone 1-la existencia de la posibilidad misma de concebir una única narración omni-comprehensiva, que 2-subsuma en un único tema la pluralidad de historias locales conceptualizables y 3-provea un único sentido a la totalidad de aconteceres en ella contenido. Presupondría también 4-la idea misma de una única naturaleza humana en todos los tiempos idéntica a sí misma (ibíd.; 192-194). Aunque cada uno de estos aspectos ha sido rebatido por separado (ibíd.; 194), el compromiso con una instancia unitaria acerca del pasado ha pervivido “en la doctrina del progreso” y en las distintas variantes materialista- históricas que buscan un “sentido unificado” al recorrido histórico (ibíd.; 193). Pero aún cuando pueda haberse objetado la idea de una “historiografía universal” en la forma de un recuento unificado del pasado, sigue suscribiéndose de manera implícita “que todo cuanto ha ocurrido pertenece a una única y determinada esfera de realidad que no cambia” (ibíd.; 194). Esfera unitaria que consideramos inteligible por ejemplo en el experimento de Arthur Danto, al cual volveremos, en torno a una Crónica Ideal, la cual sólo puede ser concebida en tanto poseamos el concepto de una totalidad de lo que realmente ha ocurrido.

El presupuesto ontológico mismo de una historia universal es el que es puesto en cuestión cuando advertimos no sólo las peculiaridades mismas del modo configuracional, sino también los problemas de la noción misma de evento como termino constitutivo del mismo. En efecto, ¿qué es un evento? ¿cuál es el evento mínimo concebible? ¿Un resbalón, un saludo, un golpe de estado, una revolución, un “clima de época” son eventos? No podemos referir a los eventos más que bajo los protocolos de la descripción (de acuerdo a la canónica distinción de Danto en su *Analytical Philosophy of History*). “Pero la noción de que hay más de una descripción del mismo evento (...) nos deja con el problema de qué es lo que significa «mismo evento». Decir esto parece presuponer que hay eventos básicos y descripciones estándar de ellos; pero tales descripciones o categorizaciones de eventos históricos no han sido llevadas a cabo nunca” (ibíd.; 23); y si lo han sido “proveyendo a la historiografía con un inventario de tipos de eventos básicos, con descripciones estándar para cada uno (...) eso volvería a la forma narrativa totalmente superflua para la explicación de los eventos” (ibídem.).

“Hay cierta incompatibilidad acerca de nuestra concepción de «evento» y nuestro concepto de «narración», que podría expresarse como sigue: el concepto de evento está primariamente vinculado a la estructura conceptual de la ciencia, donde está purgado de toda conexión narrativa; se lo toma como algo que puede ser identificado y descrito sin ninguna referencia necesaria a su ubicación en un proceso de desarrollo y cambio que sólo la forma narrativa puede representar. Por lo tanto hablar de una «narrativa de eventos» es virtualmente una contradicción en los términos” (ibídem; ibíd.; 200-201).

Sin una concepción estandarizada de eventos básicos no hay manera de suponer la existencia de descripciones estándar u originarias. Y a su vez esto revierte la clásica contraposición entre narrativas y eventos: “una narrativa no está hecha a partir de los eventos o sus descripciones; por el contrario la pertinencia de la descripción es controlada por el orden narrativo del cual es abstraído” (ibíd.; 24; ibíd.; 201). Esto lleva a abandonar “la presuposición de

que hay una efectualidad histórica determinada, el referente complejo para todas nuestras narrativas de lo que «realmente ocurrió», la historia *no contada* a la cual toda historia narrativa se aproxima” (ibídem.; ibíd.; 188, 201).

Esto significa que la significación del pasado es tal en virtud de la “imaginación disciplinada” que vuelve comprensible el conjunto de ocurrencias en tanto se ensamblan en tramados de interrelaciones propiamente narrativos. “Somos nosotros los que volvemos determinado al pasado en ese respecto” (ibíd.; 25). El pasado no es un relato esperando ser contado, y nuestras vidas no tienen la forma o la configuración pre-narrativa que una orientación fenomenológica podría recabar. Por el contrario, asistimos aquí a la formulación tajante, ya mencionada previamente –y rechazada por autores como Carr-, de que no vivimos nuestras vidas narrativamente. Las vidas son vividas y las historias son contadas. Cualquier colapso o confusión entre los planos está sucumbiendo a los llamados de sentido común relativos a la historia universal como un trasfondo de eventos estabilizados que se nos ofrece como relato-a-ser-contado e incomprende por lo tanto la brecha categorial entre eventos y narración. Aquel que se compromete con el colapso de esa distinción no alcanza a ver de qué manera los primeros no son más que abstracciones funcionalizadas al interior de las configuraciones de la segunda.

Pero esto parece suponer un riesgoso tránsito en la dirección de la igualación de la historia y la ficción, el mito y la realidad del pasado. Sin embargo Mink pretende vadear esas incómodas implicaciones aseverando que al abandonar la idea remanente de la historia universal como correlato ontológico y referencial del discurso de la historia no se está sugiriendo “que no hay nada determinado acerca del pasado, desde el momento en que los enunciados individuales, del tipo al que se dedica gran cantidad de investigación histórica, permanecen inafectados” (ibíd.; 202). Pero lo que sí es puesto en tela de juicio es la *significación del pasado*, que es vista como la emergencia de un proceso de “imaginación disciplinada” que vuelve inteligible en términos narrativos aquel registro de enunciados individuales inafectados. Por lo tanto, aún cuando la historia narrativa y la ficción narrativa comparten muchos de sus atributos

“nuestra comprensión de la ficción necesita el contraste con la historia tanto como nuestro entendimiento de la historia requiere el contraste con la ficción (...) Si la distinción fuera a desaparecer, ficción e historia colapsarían ambas en el mito y serían indistinguibles la una de la otra. Y aunque el mito sirve tanto a la ficción como la historia para aquellos que no han aprendido a discriminar, no podemos olvidar lo que hemos aprendido” (ibíd.; 203).

Es decir, justamente “porque hemos aprendido a discriminar” podemos confiadamente proceder relevando las semejanzas estructurales de los modos sinópticos y configuracionales de lo histórico y lo ficcional, sofisticando y complejizando nuestra concepción ordinaria de la metafísica, la ontología y el conjunto de procedimientos empleados recurrentemente en

nuestro compromiso cotidiano con el lenguaje de la historia. En este sentido, la orientación anti-referencial y anti-realista de la concepción cognitiva de la trama en Mink, profundiza por senderos inesperados indagaciones preliminares que en una veta muy distinta (realista, correspondentista y referencial) había realizado previamente Arthur Danto en su relevamiento analítico de los compromisos cotidianos asumidos en el uso ordinario de los enunciados típicos de la reflexión histórica, a la que dedicaré ahora unos párrafos.

Desde hace casi cinco décadas la obra filosófica de Arthur Danto ha sido un prolongado y consistente esfuerzo en pos de realizar un análisis de las características lógicas del lenguaje empleado cotidianamente para dar cuenta de la temporalidad y de distintos ámbitos de experiencia. De *Analytical Philosophy of History* (de aquí en más referido como APH<sup>18</sup>) en adelante Danto ha enfatizado la importancia de realizar un cuidadoso escrutinio de las clases de predicados aplicados a distintos tipos de objetos y eventos y la manera en la que ello da cuenta de dos cuestiones fundamentales: por un lado la existencia de distintas clases de vocabularios, lo que conduce a una caracterización del lenguaje como un ámbito de propiedades distintivas que requiere un tipo específico de análisis —representado por la filosofía de raigambre analítica—, por el otro, la revelación en el lenguaje natural del conjunto de asunciones metafísicas y compromisos ontológicos implicados en la vida cotidiana, el cual puede alcanzar así una elucidación y clarificación típicamente filosófica. El esfuerzo analítico de Danto ha resultado fructífero en la puesta en relieve, en un primer momento, durante la década del 60, de algunos aspectos relevantes del lenguaje de la acción, del carácter narrativo del discurso histórico y de la co-implicación de ambos aspectos en la modalidad doblemente estructurada de la experiencia de la temporalidad. Retornaré a muchos de estos aspectos en una sección del próximo capítulo. Por el momento lo que me interesa es mostrar la importancia de ese análisis del lenguaje implicado en la metafísica de la vida cotidiana, en el marco de una puesta en cuestión del sentido común acerca del pasado, dentro de un proyecto filosófico de marcado tinte realista y correspondentista.

Una de las primeras grandes contribuciones de Danto a la filosofía de la historia consistió en señalar el carácter liminal pero incompleto de nuestro compromiso con la idea de una organización del pasado —diríamos del contorno del pasado— en una totalidad temporal, en la modalidad de la “Historia Universal” tal como la vimos con Mink. El argumento de Danto apuntaba a mostrar que en la medida en que articulamos un pleno causal de relaciones de antecendencia y consecuencia que organice causalmente aquel contorno, no nos será entregado más que un conglomerado exhaustivo y a la vez insignificante de la aprehensión de la

---

<sup>18</sup> *Analytical Philosophy of History*, reeditado como *Narration and Knowledge* en 1985 (1964 en el original). Sigo la edición de 1985, que incluye tres textos importantes, en su momento excluidos del texto original, como *addendas* en la nueva edición.



temporalidad. Vale decir, si lo que el conocimiento historiográfico pretende es una aportación significativa a la captación reflexiva de nuestra inserción temporal, la apelación para tal tarea a un modo de uso meramente causal del lenguaje, irreflexivo, inmerso en secuencias de estados o eventos causalmente descritos no nos entregará más que un tipo de “*crónica ideal*” que aspira a un tipo de *descripción completa* que nunca alcanzará y que, al mismo tiempo, resultará particularmente inútil y estéril como ejercicio comprensivo (ibíd.; 148, 149, 255). No es el modo de uso “causal” del lenguaje el que nos servirá para tal tarea, aunque resulta crucial su tarea de zapa en la delimitación del dominio respecto del cual la *función representacional del lenguaje* nos entregará el tipo de estrategias típicamente comprensivas que nos arrojan algún criterio de “significación”, como el pretendido por empresas cognitivas tales como la historiografía. El reconocimiento de una *estructura histórica objetiva* que nos entrega a la vez un variado espectro de locaciones temporales con sus correlativos horizontes de posibilidad e imposibilidad *a priori* no es más que el primer paso en la captación reflexiva de la temporalidad y el pasado en común. El segundo —en un sentido analítico o conceptual, no episódico o temporal— consiste en ir más allá de del relevamiento exhaustivo de los estados posibles de cosas y avanzar en una integración que pasa del análisis diacrónico a la reflexión conjunta de la sucesión, en la forma de la dotación al espectro de locaciones temporales de un relieve- y ya no un contorno-. En esa jerarquización del “campo”, se aplican criterios de relevancia que sesgan el dominio a partir de la inclusión o exclusión de determinados eventos y estados causales en la representación, por medio del empleo de *oraciones narrativas* (ibíd.; 152) en el cual el lenguaje es empleado representacionalmente, como una clase de teoría que aborda exteriormente al plano causal, lo jerarquiza, lo delimita, le entrega una forma reconocible en su conjunto (ibíd.; 140).

De lo que se trata aquí es de dotar a un plano de eventos con una estructuración y un orden reconocible por medio de la narración como procedimiento lingüístico de índole representacional. Ese procedimiento tiene una limitante o restricción externa, que es la matriz de posibilidades que entrega la estructura histórica objetiva y sus reglas de antecedencia y consecuencia, pero una vez dicho esto tal restricción no puede por sí misma delimitar los criterios de inclusión y exclusión que otorgan un relieve reconocible a la narración de una secuencia dada de eventos. Esta ilimitación de las modalidades inclusivas propias de la narración es el resultado de la comprensión de las diferencias existentes entre la relación causal entre eventos por un lado, y la relación representacional entre uno o varios eventos, por el otro. El compromiso con la idea de una descripción completa en términos causales de una secuencia de eventos supone proceder unilateralmente a la fijación, en el uso del lenguaje, de las locaciones temporales implicadas en la estructura histórica objetiva que la descripción pretende analizar. Para *ciertos usos*, no exhaustivos de las posibilidades del lenguaje y del ámbito representacional como tal, esa fijación puede resultar legítima (ibíd.; 177), pero es su pretendida extensión *para toda finalidad* la que genera problemas en la percepción de la incompletud implicada en la

restricción causal, ya que es su manipulación de la idea de locaciones temporales la que evade el problema que mejor debería enfrentar. La clave aquí radica en que hay una infinitud de locaciones temporales definibles, y eso a su vez es el resultado de la mejor comprensión de las propiedades temporales de los eventos y acciones. Expliquemos mejor esto último.

La delimitación causal de una estructura histórica objetiva presupone una cierta analogía con la idea y la posibilidad de configurar un *mapa de eventos* (ibíd.; 148) que eventualmente pueda utilizarse como piedra de toque para contrastar las distintas vinculaciones causales establecidas por las distintas teorías respecto de diversos estados y eventos. Ahora bien, bajo la inspiración de Kuhn y Hanson (ibíd.; xi) Danto se compromete con la imposibilidad de escindir el momento observacional o empírico de atestación del mapa de eventos del momento de aplicación teórica. La adopción de la tesis de la interpenetración e inescindibilidad de lo teórico y lo observacional (ibíd.; xi) resulta crucial para comprender el conjunto de la obra de Danto, y lo que se afirma en *la filosofía analítica de la historia* de Danto es que esa interpenetración alcanza también a la caracterización de la estructura misma de la acción y de la sucesión de eventos históricos. Nuestra percepción de estar inmersos en “estructuras temporales” que nos arrojan a una visión de la temporalidad que delimita claramente el pasado, el presente y el futuro, perspectiva que obra como piedra de toque en la captación de nuestra “ubicación histórica”, es el resultado de cierto tipo de consideración irreflexiva del tiempo que la analítica danteana se propone superar. Un análisis más detenido de la estructura temporal implicada en la acción nos aproxima a una visión de la misma como esencialmente discontinua, proyectual, multi temporal, inserta pluralmente y como requiriendo el tipo de interpretación empírica y teórica a la vez, lo cual simultáneamente modifica visiones de las distintas instancias temporales que sean el caso (ibíd.; 167-168). Lo que se nos aparece entonces no es un mapa definido de locaciones, de acciones finiquitadas o por venir, de eventos fijados o puramente proyectados, ya que tal fijación prejuzga el carácter del dominio temporal bajo análisis, sino una “densidad temporal” (“*temporal thickness*”; ibíd.; 146-148) que inhabilita el compromiso con la tesis de la finitud de las locaciones temporales, de modo que nos hace ver el plano de eventos y acciones como un ámbito de entidades continuas y discontinuas, de proyecciones que se instauran en las tres dimensiones temporales a la vez o de realineamientos del pasado en virtud de las ramificaciones efectuales que modifican la interpretación del pasado.

Esas entidades se condensan y se deshilvanan en la medida que son interrogadas para diversos propósitos por vocabularios distintivos o en que se les atribuye determinado tipo de relación con el contexto global en el cual son insertados interpretativamente. La inclusión de los acontecimientos en distintos contextos dependerá de las propiedades que sean consideradas relevantes, por lo que su ubicación no será siempre la misma para cualquier descripción. La adecuación de los distintos tipos de inserción de los acontecimientos se juzgará de acuerdo a los tipos de lenguajes empleados para describirlos, pero ese juicio está lejos de sugerir una norma

única de adecuación o una aspiración regulativa a la fijación de un contexto último y unitario de significación. La interpenetración de lo teórico y lo observacional, del plano de eventos y la caracterización teórica en términos de alguna narrativa informante (ya que las narrativas deben ser vistas como una clase de teoría aplicada a la estructuración de la secuencia temporal; *ibíd.*; 137) y la deriva del plano causal mismo supone que el tramado arbolar de antecedentes y consecuencias se desgrana en entramadas que habilitan la posibilidad de producir “*relineamientos retroactivos del pasado*” (*ibíd.*; 155), que por vía de la modificación de los criterios de relevancia, establecen y realzan (por elisión de elementos intermedios) conexiones nuevas e inesperadas entre eventos o acciones que en un primer momento no se nos aparecían más que como vinculaciones causales triviales.

La clave aquí reside en que la caracterización de los eventos posteriores –por medio de *oraciones narrativas*- resulta determinante no sólo en la captación de la significación o relevancia de los acontecimientos precedentes, sino también en el modo mismo en que se realiza su inscripción fáctica<sup>19</sup>. Por esta vía es que el devenir posterior nos hace ver significados que no habíamos entrevisto al dar cuenta de los primeros sucesos. El pasado es siempre una instancia abierta e incompleta, porque ignoramos aún el alcance de las ramificaciones últimas posibles a partir de los tramos “arbolares” que nos resultan conocidos. Es sobre esa apertura e incompletud que se monta la posibilidad de la *retroducción* como incesante y potencialmente infinito retejido hermenéutico a partir de la reconsideración de las relaciones entre instancias temporales disímiles (Lydia Goehr, 2007; 28). Estos encadenamientos nos hacen ver la precariedad de la posibilidad de establecer un mapa de eventos fijado de antemano que restrinja *a priori* las interpretaciones posibles. La finalidad del ejercicio no apunta a defender las demandas de un relativismo paralizante, sino, muy por el contrario, a alentar la investigación y elucidación de las complejas tensiones inherentes a la conciencia reflexiva de las asimetrías temporales, las cuales exigen un tratamiento filosófico determinado (analítico, al decir de Danto) más que la asunción acrítica de ciertas figuras de la temporalidad –a saber, la determinación de ámbitos delimitados de ocurrencia que se inscriben en planos disyuntos pertenecientes al pasado, el presente y el futuro- que de por sí se revelan inconducentes.

---

<sup>19</sup> Un ejemplo típico es el siguiente: “Aristarco *anticipó* la teoría heliocéntrica de Copernico”. En el vasto espacio temporal existente entre Aristarco y Copernico cualquier “descripción fáctica” de lo realizado por Aristarco hubiera visto imposibilitado el recurso al predicado “*anticipó*”. A lo sumo Aristarco podría haber “afirmado”, “sostenido” o “conjeturado” una tesis heliocéntrica, pero el tipo de relaciones con eventos posteriores habría sido muy limitado en virtud tanto del plano de ocurrencias, como en virtud del tipo de predicados empleados en la descripción de su obrar. Una vez publicado *De revolutionibus* el obrar de Aristarco es caracterizable retroactivamente como un tipo de *anticipación* de lo realizado por Copernico. Las ocurrencias en el pasado no se han modificado en absoluto, pero los tipos de vocabularios que configuran una secuencia inteligible en el mismo son distintos. Las vinculaciones entre eventos antecedentes y posteriores pueden ser vistas ahora a través del rico tinglado de vocabularios *propriadamente narrativos* que conectan instancias temporales y caracterizan a los primeros en términos de los últimos. De eso tratan, en definitiva, las *oraciones narrativas*, las cuales constituyen el corazón de la filosofía analítica de la historia de Danto.

La ilimitación de los contextos en los que puede *retrodecirse* el pasado por vía de novedosas inclusiones de ciertos eventos en cadenas causales vinculadas narrativamente es, a la vez, el resultado de la afirmación de la implicación recíproca de la inserción narrativa histórico temporal de los agentes, sus posibilidades de actuar y la concepción de la temporalidad como “abierta” de cara al futuro, en tanto *necesitamos concebirnos a nosotros mismos como agentes* (Danto, *op.cit.*; 341, 363). Temporalidad abierta, agencia y narración conforman una tríada que está a la base de nuestro uso lingüístico referido al pasado y de la captación de nuestra inserción temporal. Esa ilimitación, sobre el trasfondo unitario de una estructura histórico objetiva definible en términos de un plano de secuencias causales –que puede abordarse tanto en términos causales como en términos representacionales, narrativos o “figurativos”, de acuerdo al modelo de antecendencia y consecuencia el primero, y de anticipación y realización el segundo-, sugiere que la estructura del conocimiento histórico es de una pieza con el de la estructura de la acción, y ambas sugieren el tipo de desplazamiento en la utilización del lenguaje propio del paso de la *inserción irreflexiva* en las estructuras temporales definidas causalmente a un *criterio narrativo* de inclusión que aspira a representar un dominio delimitado desde otro plano de conciencia, que ha tematizado ese mismo dominio y lo ha vuelto un objeto para sí.

La figura crucial de ese *desplazamiento* señala el paso de una visión (interna, inmersa, no tematizada) del significado *en* la historia a una consideración crítica, exterior, reflexiva del significado *de* la historia (ibíd.; 13). El movimiento de la conciencia implicado en este tránsito es indicativo de una percepción distinta de la sucesión temporal, que nos revela la imposibilidad de un cierre representacional o descripción completa:

“El presente está limpio de indeterminación tan sólo cuando la historia ha dicho lo suyo; pero entonces, como hemos visto, la historia nunca ha dicho completamente lo suyo. Por lo tanto la vida está abierta a constante re-interpretación y evaluación” (ibíd.; 341).

La historia nunca puede purgar la indeterminación resultante de la ilimitación de locaciones temporales, siendo esa indeterminación la generadora de las asimetrías cognitivo-temporales que inhiere a toda representación. El conocimiento del pasado y la conciencia de la temporalidad se inscriben en una conceptualización del plano representacional y de los desplazamientos que se revelan en el uso del lenguaje y en las formas en que es posible caracterizar las modalidades de la conciencia, pero las derivas de la representación y de la conciencia dependen del tipo de asimetría que genera el carácter ilimitado de la *retroducción* y la praxis hermenéutica.

Con Danto asistimos entonces a la presentación de un argumento que complejiza enormemente el registro de las posibilidades de re-interpretación narrativa al interior de un tramado realista que está orientado a mostrar, en todo caso, *el doble carácter del lenguaje*, la disponibilidad plural tanto de un tipo de vocabulario causal, orientado provisoriamente a la estabilización de la idea misma de un mapa de eventos, como de un tipo de vocabulario

representacional o narrativo, orientado a “retroducir” retrospectivamente nuevas cadenas de significaciones que puedan desestabilizar nuestra interpretación o nuestra atribución de forma y relieve al pasado. La retroducción permanente no nos arroja ni al relativismo ni al escepticismo ni al anti-realismo en lo relativo al pasado. En realidad, Danto ha intentado mostrar cómo todas esas posiciones requieren y resultan dependientes de la visión ingenua del pasado como una instancia temporal pretérita, fija, disyunta respecto del presente. Por el contrario, a lo que asistimos en *Analytical Philosophy of History* es al estudio profundo de la *densidad temporal* que imbrica permanentemente las tres direcciones temporales que ayudan a volar en pedazos el discurso de sentido común acerca de las relaciones entre pasado, presente y futuro. En el estudio de esa “densidad” descubrimos la impropiedad de la idea misma de un mapa de eventos que pueda servir de ancla a las diversas teorías o interpretaciones narrativas del pasado. Pero la carencia de ese ancla es tan peligrosa para la posibilidad de conocer el pasado como lo podría ser la ausencia de enunciados “observacionales puros” para el progreso de la ciencia. En realidad no necesitamos tales cosas, y no sabríamos qué hacer con ellas, nos dice Danto. Al contrario, lo teórico y lo observacional se entrelazan y se constituyen mutuamente *posibilitándonos conocer*. La ausencia de *un puro pasado allí* en la forma de un plano de eventos rastreable en términos netamente causales (en la forma de una presunta Crónica Ideal) no es indicio de nada. Usamos las *oraciones narrativas* para que interpelen a la *densidad temporal* en tanto que *clases de teorías entrelazadas con lo que fungiría como registro observacional del pasado*, y el hecho de que no podamos discriminar plenamente entre el componente teórico y el componente observacional no impide en absoluto que *conozcamos el pasado*. De hecho lo hacemos de manera constante.

A lo que lleva la pregunta en torno al conocimiento en forma narrativa del pasado no es al cuestionamiento ni del conocimiento ni del pasado, sino a la sofisticación de nuestra visión de sentido común acerca de lo que supone el hecho mismo de “narrar”, y al análisis del tipo de compromiso con concepciones específicas del lenguaje y de nosotros mismos como agentes que tal suposición trae consigo. Que historia, agencia y narración confluyen en una *visión enriquecedora de nuestra situación lingüística respecto del pasado* es el tipo de enseñanza magistral que Danto nos ha legado y que no deberíamos permitirnos olvidar.

#### *b) Explicitando a White (II)*

La excesiva extensión de la sección precedente tiene una justificación: Frye, Propp, Danto y Mink nos ayudan a entender mejor el conjunto de asunciones implícitas de White, conjunto que muchos de sus críticos no se han permitido relevar exhaustivamente. De manera resumida, el modelo de Frye de la teoría literaria se ancla en *espectros* de posibilidad instrumentalmente desplegados, no en polaridades preocupadas por establecer reglas de determinación y derivación, con la intención de obtener una *interpretación amplia del fenómeno*

*literario*. Ese énfasis anti-reductivo reenvía permanentemente en la dirección de un análisis contextual, abarcativo, de la antropología del lenguaje requerida para el tipo de análisis espectral supuesto por Frye. Propp ha legado un modelo formal, heteroatributivo de análisis lingüístico, que provee una mirada *tensiva*, aporética, sinóptica dinámica del fenómeno literario y que reenvía igualmente a una posible apropiación antropológica de las *funciones*, los *procedimientos* y los *obraros verbales* presentes en un seguimiento extendido del comportamiento verbal. Mink y Danto nos entregan, en el contexto inmediato de emergencia de la obra de White en la filosofía de la historia, paradigmas alternativos anti-realistas y realistas que capturan aspectos relevantes de la forma narrativa como instrumento específico de cognición que cuestionan nuestra visión de sentido común acerca de tópicos establecidos. El supuesto de la Historia Universal, de un mapa de eventos, de una realidad pasada que encuentra un contexto último de justificación o visión final se contrapone al horizonte de la permanente retroducción y apertura del proceso de significación del registro histórico, en un procedimiento que lejos de negar, intenta *explicar* de manera más inclusiva, habilitadora, compleja y sofisticada la manera en la que nos damos recíprocamente un pasado.

Sobre la base de estas recapitulaciones, estamos ahora en condiciones de volver a las críticas a White presentadas en el capítulo precedente, para explicitar algunas de las consideraciones whiteanas con vistas a mejor comprenderlas. ¿Está White *privando, disolviendo e invirtiendo* el conjunto de extensiones epistémicas del lenguaje de la historia en virtud de su aproximación narrativista, tropológicamente informada? La crítica a White como un tipo de escepticismo supone que la orientación lingüística del análisis conduce en esa dirección tarde o temprano. Más específicamente: *subrayar el conjunto de operaciones y procedimientos de dotación de significado en términos puramente lingüísticos* parecería limitativo de su posible caracterización en otros términos. Si el lenguaje –en tanto tinglado de compromisos éticos y estéticos irreductibles a los epistémicos– es *constitutivo*, parece decirse, *ningún otro conjunto de procedimientos será necesario*.

Pero no es esto lo que se afirma, por ejemplo, en el tipo de procedimientos de Frye, Propp o Danto. Ellos de hecho remarcan el carácter constitutivo del conjunto de procedimientos lingüísticos empleados en la configuración de los tipos de comportamientos verbales extensos que intentan relevar, pero para señalar que ese conjunto de *procederes y operaciones* debería ser comprendido en cualquier evaluación pertinente de esos dominios, no para sostener que se trata *del único componente relevante*. La afirmación es doble: por un lado el comportamiento verbal es una parte inescindible del comportamiento en sentido extendido, reenvía en la dirección de una antropología o relevamiento historicista de los modos de constituir espacios reglados de interacción y criterios compartidos de “realidad” y significación (Frye, Propp), o en la comprensión de la ubicuidad del fenómeno narrativo (Mink) en nuestras asunciones metafísicas cotidianas (Danto). Por el otro, aún en el marco de su inescindibilidad, ese comportamiento

aporta unas notas distintivas, un componente espectral en Frye, iterativo en Propp, doble (causal-representacional) en Danto, que habilitan la comprensión de una forma cognitiva específica en términos narrativos (Mink). La “distintividad continua” de lo narrativo es quizás el principal interés de estos teóricos, que intentan todo el tiempo evitar la apelación a “esferas últimas de significación o determinación”.

El propósito de esta elisión también es claro: la ubicuidad, extensión y variedad del fenómeno bajo análisis conspira contra cualquier lectura reductiva que se intente. Todos ellos, por tanto, intentan configurar visiones *aporéticas, tensivas*, que administran la incoherencia o la potencial conflictividad de los atributos inherentes a cada efectuación verbal. En Frye, las tensiones son inter-espectrales. En Propp remiten a los distintos “juegos” de funciones que se validan en la secuenciación de los eventos. En Danto se deben a la permanente apertura del pasado de cara al futuro y las retroducciones venideras que habilitan continuamente realineamientos retroactivos de los senderos de lo acontecido. En Mink se deben al carácter no aditivo, no acumulativo de las configuraciones narrativas.

Pero este carácter distintivo de lo configuracional no revierte necesariamente en caracterizaciones escépticas o anti-realistas. Es cierto que sí pueden hacerlo en las formulaciones de Mink (y posteriormente, veremos, de Ankersmit) en la medida en que se predica el carácter anti-referencial de las narrativas y se supone un *gap constitutivo insalvable* entre el plano de eventos y el plano narrativo, pero ante esto tres acotaciones son pertinentes. En primer lugar White no es Mink; aunque ha coqueteado con las distinciones de Mink entre eventos y narrativas, en lo sustantivo su propuesta ha apostado a problematizar más que a validar esa distinción. En esto su planteo es mucho más próximo al de Danto, como de hecho él mismo lo ha señalado en reiteradas ocasiones (White, 1975, 105; 2000, 399). Esto conduce a la segunda acotación: en tanto descreemos de la idea de un mapa de eventos o de una crónica ideal o de un sustrato ontológico unificado del tipo supuesto en la Historia Universal, la distinción es inoperante. Si los eventos son funcionalizados o abstracciones a partir de la narrativa, por lo tanto lejos estamos de suponer que hay un *gap* o brecha insalvable entre unos y otra. Más bien podemos caracterizar la descripción causal de eventos como *un tipo distintivo de operación lingüística*. El uso del vocabulario causal se sitúa entonces como una modalidad de empleo del lenguaje ordinario que admite ulteriores refinamientos. A la par se tiende la modalidad narrativa, que estructura sus propias consecuencias pragmáticas. El resultado de esto, tercera acotación, es hacernos ver los *tipos de desplazamientos presentes en los modos de la enunciación o la pragmática del lenguaje*. Esos tipos de desplazamientos aportan el carácter distintivo del modo narrativo de configuración lingüística y permiten la manifestación de sus atributos específicos (por ejemplo, la formulación “x anticipa y”, tal como se aprecia en “Aristarco anticipa a Copernico”). Pero esta especificidad relativa no configura una discontinuidad esencial respecto de nuestras posibilidades cognitivas o respecto de las

relaciones entre descripciones de eventos y narrativas como un todo. El lenguaje es caracterizable tanto desde una visión que lo ve como parte de la totalidad de la experiencia, un elemento más presente en el mundo, como en términos exteriores, que lo sitúan de cara a la experiencia como un todo (un ejemplo palmario de este doble aspecto del lenguaje puede verse en Danto; APH, 305).

En su carácter de práctica inmersa y continua el lenguaje elimina la legitimidad de los recursos a los experimentos escépticos y relativistas en sentido duro. En su carácter representacional "externo", el lenguaje admite, por el contrario, la generación de los problemas propiamente interpretativos que admiten la comprensión hermenéutica incesante y plural de un mismo dominio de eventos (un cierto sentido de relativismo acotado y contextual es pertinente aquí, quizás). Naturalmente con esto no he probado aún nada respecto de la supuesta imposible re-apropiación escéptica de los planteos de White, pero he marcado que planteos concurrentes que informan la estructuración whiteana se han articulado en su mayoría con propósitos anti-escépticos. Danto se recuesta para ello en una visión robusta de la filosofía, una ontología realista y una visión correspondentista del lenguaje. Frye en una visión extendida y hermenéutica de lo literario. Propp en una captación historicista de la pragmática del relato abordada de manera heterónoma. En estos tres casos aquello a lo que *refiere* el discurso bajo análisis puede ser problematizado o circunstancialmente diferido, pero tarde o temprano se encara en la modalidad de la evaluación competitiva de las interpretaciones que pretenden *ser acerca de* los dominios bajo análisis. Los tres proveen criterios de comprensión de los modos en que efectivamente discriminamos entre las prácticas narrativas extendidas presentes en el uso ordinario del lenguaje.

La gran aportación whiteana a todo esto consiste en haber precisado el carácter entimemático y tropológico en general de las constituciones genéricas de sentido en el lenguaje ordinario de la historia, proveyendo así un trasfondo explicativo unificado a las variantes aporéticas y tensivas de Frye, Propp (mediado por Jakobson) y Danto. La administración creativa de las variantes espectrales de Frye, de las funciones de Propp y de los realineamientos retrospectivos del pasado por medio de *oraciones narrativas* constituye la manifestación más visible de los "estilos" narrativos propiamente dichos. Esos estilos plurales, irreductibles, que delinear orientaciones cognitivas pero también prácticas y propiamente políticas, son vistos ahora como legibles desde el vocabulario de lo tropológico. White aporta así, una suerte de *teoría unificada del campo del discurso histórico*, cuya propuesta no puede ser registrada como conduciendo en la dirección escéptica (en lo epistémico) o relativista (en lo moral) en tanto y en cuanto la misma teoría se propone para dar una visión sinóptica e integradora de los distintos tipos de teoría invocados para comprender el uso del lenguaje ordinario en nuestra orientación cognitiva, práctica y política. La apuesta, más bien, consiste en lograr explicar cómo configuramos (entimemáticamente) las operaciones epistémicas básicas en el lenguaje ordinario



y cómo podemos arbitrar (tropológicamente) traduciendo entre ellas para extraer las lecciones morales, éticas y políticas que consideremos pertinentes.

Las visiones plurales de la narración y el lenguaje ordinario que entregan Frye y Danto, por ejemplo, son re-integradas aquí bajo un único vocabulario de cobertura que explica tanto la emergencia plural como la interpretabilidad unificada de las mismas. Ciertamente el procedimiento unificador estaba ya en ciernes en ambos autores, en la medida en que los cuatro espectros de categorizaciones de Frye eran plausibles de ser re-integrados como aspectos de una consideración unificada de la antropología lingüística de lo literario en términos de una *teoría extendida del mythos* que abarca tanto sus aspectos históricos, como los propiamente éticos, “arquetípicos” y retóricos. Idénticamente los protocolos plurales de la composición narrativa y la descripción en términos causales en Danto hallaban un último estadio reflexivo en la consideración propiamente filosófica que encuentra en el análisis del lenguaje ordinario las marcaciones que conectan los dominios de la historia, la agencia y la narración. Lo que hace White es utilizar a la tropología —en vez de la visión antropológica extendida-reflexivamente como un conjunto de operaciones que relacionan a su vez los tipos de operatorias espectrales de Frye entre sí (la tropología informa lo histórico, lo ético, lo arquetípico y lo retórico). Y también utiliza a la tropología —en vez de la filosofía analítica del lenguaje- como una suerte de proto-filosofía del lenguaje histórico que permite un tipo de análisis que explica los desplazamientos que conectan a la historia, la agencia y la narración.

La caracterización formal del conjunto de funciones que estructuran el relato encontraba también en Propp una indicación antropológica que permitiría interpretar inclusivamente a ese conjunto funcional desde el punto de vista de una consideración no reductiva, sinóptica y dinámica de un dominio extendido del comportamiento verbal como lo es el del relato. Lo que habilita White es la posibilidad de trabajar con ese conjunto de funciones pero comprendiendo su operatoria efectiva en términos de las operaciones entimemáticas y tropológicas que conectan los distintos recorridos entre funciones en los discursos acontecidos. Si el relato es una secuencia de funciones en Propp, las distintas manipulaciones (extensiones, elisiones, sustituciones, debilitamiento, asimilaciones, etc.) de esas funciones proceden por medios propiamente tropológicos (es más, las manipulaciones conectivas de Propp son poco más que parafraseos de los tropos propiamente dichos).

Los espectros de Frye, las funciones de Propp y las configuraciones narrativas de Mink y Danto confluyen para habilitar un profundo cuestionamiento de la ingenuidad teórica respecto de la forma narrativa en la que concebimos el pasado en común. La tesis de la irreductibilidad y la tesis del estilo en White son poco más que la plasmación unificada de aquellas confluencias. Entregan a un tiempo una mirada *procesual, artefactual* (en términos de producto) y *meta-realista* del conjunto de operaciones por medio de la cual configuramos un artefacto destinado a

proveernos de un sentido de realidad histórica determinada. El relevamiento de ese conjunto debe ser abordado en términos propios de una meta-teoría heterónoma, que no quede atrapada en las consideraciones propias de cualquier realismo sustantivo situado, porque de lo contrario no serviría (la teoría) para problematizar el modo en que construimos ese sentido de realidad. Con Danto y con Mink se accede a una visión de la legitimidad y la irreductibilidad de la forma narrativa en que lo hacemos. Con Danto y con Frye a una visión de las tensiones inherentes a esa irreductibilidad, que vuelven al pasado “siempre abierto” de cara al presente y al futuro, obligándonos a posicionarnos como agentes en el discurso y en el espacio amplio de interacción verbal y no verbal. Con Frye y con Propp obtenemos una mirada sinóptica dinámica de las efectuaciones verbales –en la forma de propuesta instrumental de interpretación-, que reenvía al contexto histórico permanentemente para contrastar sus orientaciones y claves interpretativas en una dirección antropológica más inclusiva.

La tesis del compromiso ontológico en White designa esta orientación “meta-realista”, que no propone “negar” la realidad, sino problematizar la manera en que la comprendemos. La tesis de la irreductibilidad postula atributos del artefacto. La tesis del estilo reenvía a una comprensión de los procesos encarados por los agentes, los hablantes. La tesis del compromiso nos sitúa críticamente en la juntura reflexiva en la que abordamos la manera en la que nosotros y nuestras representaciones nos vemos recíprocamente afectados por relaciones de *inter-constitución*. En este sentido la formulación más extrema es la del mismo Danto: *somos entes representacionales* (Danto, 1989, 248-253), pero las representaciones no se tienen “solas” o por separado; configuran constelaciones que se implican e intentan estabilizarse eliminando las contradicciones posibles entre ellas. A la vez, las representaciones *modifican a los entes que las tienen* (nosotros). Y a su vez, esas constelaciones de representaciones tienen sus propias reglas de historicidad, de atribución de anterioridad y posterioridad en un encuadre de locaciones temporales: no puedo creer que me he curado si antes no he creído en algún momento que he estado enfermo.

Por lo tanto las constelaciones de representaciones *son acumulativas, productivas, reflexivas e históricamente situadas*. Esto es, su carácter sistemático impone relaciones de interdependencia de las representaciones implicadas (en términos de su coherencia, alcance, consistencia), poseen propiedades que no advienen a las representaciones tomadas por separado, modifican a los entes que los tienen y están condicionados por reglas de antecendencia en cuanto a su formación (Danto, 1989; 250-253). El “yo” que representa es en sí mismo un conjunto de correlaciones de sistemas de representación (ibíd.; 251-253). Somos *entidades lingüísticas*, en el sentido de cuerpos sentencialmente estructurados (ibíd.; 248, 250).

Todo esto no habilita en absoluto una “constitución idealista del ámbito de la experiencia” o una suerte de “construccionismo radical” que deja al lenguaje librado a su propio

ámbito de determinaciones. La irreductibilidad no está relacionada en forma alguna con la negación de la operatoria referencial de la pragmática del lenguaje, sino con una mejor comprensión de la misma. En particular, se apunta a comprender el lugar de la práctica descriptiva en su relación con otras prácticas al interior de la interacción verbal como ámbito unificado e inmerso (“ligado” en términos de Ricoeur) de la interacción. Igualmente la tesis de los estilos plurales, *tensivos*, irreductibles, no supone la incapacidad para encarar la interpretación y commensurabilidad de los mismos, sino que más bien la alienta, bajo la forma del desarrollo de protocolos lingüísticos de traducción, así sea en la forma de una interpretación radical que no puede dar por supuesto, justamente, cuál sea la realidad del hablante (me extenderé sobre esto en el capítulo siguiente). *Lo crucial aquí es que no es el recurso al ámbito ontológico unificado de la historia universal, o la realidad metafísica de un plano o mapa ideal de eventos lo que yugularía el expediente nihilista, escéptico o relativista paralizador, sino que más bien las aporías que supondría tal plano (como ha mostrado Danto) se basarían en nociones de sentido común que nutrirían y conducirían a las mismas tentaciones escépticas y relativistas acerca del pasado que se quieren purgar con tal expediente.*

Por último la tesis acerca del compromiso ontológico radica en que señala la futilidad explicativa del predicado “es real” cuando es invocado como justificación semántica del sentido de una emisión en un contexto determinado, en tanto se trata de un predicado meta-semántico que por su carácter involucra el tipo de relaciones de inter-constitución que explica, más que ser explicadas por, tal predicación (Danto, 1989, 27-29). Esto es, un tipo específico de intelección (tropológica en White, propiamente filosófica en Danto, hermenéutica en Frye) es invocado para dar cuenta de la articulación de un sentido delimitado de realidad. El experimento teórico *es para eso mismo*, por lo que usar la atestación empírica ordinaria como trasfondo que sirva para medir los logros del experimento en sí no se sigue en absoluto. Más bien provoca el tipo de colapso metalingüístico en el lenguaje objeto que analizábamos en el capítulo dos (sección c-). Esos tipos específicos de intelección *sugieren* por el contrario *la posibilidad de evaluar exteriormente el conjunto de la experiencia*, considerando el entero conjunto de prácticas representacionales en términos de su exhaustividad, coherencia, estabilidad y alcance sin comprometerse con sus contenidos mentados (ibídem.). De esta manera se articula una elucidación y explicitación de nuestros compromisos ontológicos, una visión de la forma en que construimos, manipulamos y modificamos un sentido coherente de realidad. *Este tipo de análisis nos muestra reflexivamente los alcances de nuestro sentido de la realidad* y se revela así como un abordaje oblicuo, que interpela a la experiencia e implica una reformulación global que no se deriva de atestación empírica alguna, pero que logra reasignar los valores atribuidos a entidades y procesos por medio del manejo y manipulación (entimemático, tropológico, hermenéutico o narrativo-representacional) de ciertos predicados y conceptos (notoriamente, el predicado “es real”). Con esto se genera una reformulación que no se deriva de reajustes en el

marco de la experiencia, ni se deriva de puros motivos pragmáticos, sino más bien de una interpelación que nos arroja a una consideración global de la totalidad de la experiencia, tal como la aprehendemos a partir del manejo incrementalmente reflexivo de un concepto de realidad dado.

Es justamente porque considero que este trasfondo coarta las lecturas escépticas, relativistas e idealistas de White, que estimo procedente continuar en las secciones subsiguientes analizando el tamiz crítico que caracteriza –estimo que erróneamente- al narrativismo como una variante de esas lecturas coartadas. En líneas generales el mismo White ha tendido a desacreditar las lecturas que hacen de él un relativista, idealista lingüístico o escéptico (notoriamente, White, 2000 y 2003) pero esas desacreditaciones han sido leídas como correcciones de última hora a excesos cometidos en las primeras horas, y no como una reiteración o explicitación de lo que abundaba ya en el amanecer de su propuesta tropológica. Leídas como correcciones o enmiendas, se genera un tipo de interpretación que pretendo encarar en la siguiente sección, en tanto permanece cautiva de visiones de lo lingüístico, lo historiográfico o lo tropológico que haríamos bien en explicitar si es que hemos de comprender la impropiedad de lo que se le achaca al narrativismo whiteano. Para la cuarta sección dejo lo que considero los rastros problemáticos que, con razón, nos piden ir más allá del mismo White en la dirección aventurada en la segunda parte de esta investigación.

### c) *Explicitando a los críticos*

Como hemos visto, las reacciones hostiles a White han enfatizado al menos tres puntos que, de manera paradigmática, encontramos caracterizadas en la postura crítica de Lorenz. En primer lugar, se asevera allí, el narrativismo en virtud del tipo de énfasis teórico en el aspecto lingüístico y tropológico del conocimiento histórico, supone una *privación* de todo tipo de atestación epistémica, una concentración palmaria en las operaciones figurativas, escriturarias, imaginativas o ficcionales. En segundo lugar esa misma concentración es vista como el resultado de una *inversión* del tipo de dualismo sostenido por alguna posición considerada como “más ingenua” (el positivismo, el empirismo, la visión ornamental de lo retórico), dualismo respecto del cual el narrativismo representa más una continuidad por reversión del argumento que una crítica y superación; vale decir, en el narrativismo pervivirían las dicotomías ingenuas, solo que bajo la inversión de su signo: mientras antes la investigación dominaba a la escritura y lo literal a lo figurativo, ahora se le concede el atributo “de lo real” al segundo término de cada par, y el de derivación al primero. En tercer lugar, esa inversión sólo funciona si se asigna una *función constructiva radical al discurso*, en la forma de una suerte de idealismo que no sólo antecede a su referente, sino que culmina por crearlo. El argumento de Lorenz en torno al narrativismo como positivismo invertido es una suerte de boceto de esta triple crítica. Su propuesta de “realismo interno” apunta a superar esta incómoda alianza de escepticismo, relativismo e

idealismo lingüístico que caracteriza como apuesta teórica al narrativismo en lo epistémico, lo moral y lo ontológico. El problema reside en la caracterización implícita que se esconde tanto en los términos de la caracterización del narrativismo, como en la propia propuesta de Lorenz (que en lo que sigue adquiere el mero *status* de un ejemplo; muchas de sus caracterizaciones pueden aplicarse *pari passu* a las críticas de Golob, Mandelbaum, Dray, Chartier, Ginzburg, Himmelfarb, Marwick o Zagorín).

*En primer lugar* se supone que White está proponiendo *inversiones* en el ámbito de antiguas *dicotomías*, pero la caracterización de la *misma propuesta es realizada en términos en sí mismos dicotómicos*. Lejos de cualquier idea de espectros de posibilidad que exigen la profundización de la atribución contextual de sentido a los polos de ese espectro, lejos también de cualquier aspecto *positivo* de la propuesta que pueda eventualmente exigir una reformulación de lo deconstruido y cuestionado en el momento negativo de la articulación teórica whiteana, el argumento crítico funciona únicamente si se lee a White en sentido polarizador y negativo. Un ejemplo de esto es la consideración de White como la inversión del modelo empirista “ingenuo” que supuestamente proponía una captación y adecuación pasiva a los rasgos de los objetos por parte de los sujetos cognoscentes (Lorenz, Jay); el narrativismo como estrategia supondría, al contrario, una “ansiedad proyectiva del yo” (Jay), un tipo de proyección del sujeto que se impone a una objetividad concebida ahora bajo el signo de lo maleable y lo pasivo. El par sujeto-objeto y el par pasividad-actividad no son impugnados, buscándose con ello superar las dicotomías que instancian, sino que son reordenados, pasándose ahora de la adecuación a la imposición proyectiva.

*En segundo lugar* se supone que White tiene una “agenda oculta” para la disciplina historiográfica (mayormente caracterizable en términos negativos), que en los términos extremos de Himmelfarb, apuntan a la subversión del orden social en paralelo con la subversión de las “estructuras del lenguaje”. Esto supone un primer tipo de colisión con lo mentado en primer término, ya que ahora hay una “positividad” asociada a la teoría, aunque siga basándose en dicotomías y polarizaciones extremas. Pero la agenda misma es vista en términos contrapuestos, lo que constituye el *tercer punto* que me interesa resaltar.

Ciertamente hay un contraste entre la caracterización de White por un lado como un humanista (Kellner), ironista (Carroll, Callinicos, Jameson), liberal (Anderson, Carroll, Callinicos), proto-pragmatista (Anderson), emancipador (Ankersmit, Kellner), quizás un tanto ingenuo pero en última instancia “tibio” y a mitad de camino respecto de una impugnación *tout court* de las prácticas culturales hegemónicas (Callinicos, Jameson) y su caracterización en tanto que “radical” deconstructivista o constructivista extremo (Dray), relativista radical (Jay), desatento de los riesgos de la política contemporánea (Moses), centrado en un esteticismo subjetivo idealista (Ginzburg), potencialmente afín a las raíces del activismo fascista (Ginzburg) o del

nacionalismo extremista (Moses), o de la pura legitimación de la efectividad del discurso vigente (Ginzburg, Kansteiner, Friedlander). Es ésta última posición la que en última instancia lo ve comprometido con un argumento decisionista que no puede confrontar desde un punto de vista moral definido las aporías de un pasado demasiado presente (Friedlander, Kansteiner, Ginzburg). Pero si White resulta tan peligroso, no se entiende cómo puede ser al mismo tiempo tan tibio, y cómo su anti-realismo e ironismo de base (Roth) puede entonces ser el punto de partida de un proceso de imposición mítica que suponga la aceptación a-crítica de lo establecido.

Esta confrontación entre humanismo tibio y relativismo irresponsable se vincula con un *cuarto punto* sustantivo: la incapacidad de White para rastrear “lo que los historiadores efectivamente hacen” como insumo primario y marco “observacional” de su propia teoría (Lorenz, Chartier, Marwick, Zagorín, Ginzburg, Jay). La categoría de relevo de la idea misma de un marco disciplinar es el plano electivo de los “estilos” historiográficos, pero como bien marca la posición de Ankersmit, esto conduce en una dirección individualista, anti-realista y esteticista del discurso historiográfico (aunque “realista” respecto del *status* mismo de los estilos como articulaciones efectivas en la práctica lingüística), que encuentra en la motivación autoral la última instancia de la justificación de las concreciones efectivas del discurso. Esta suerte de adopción oculta de una estética kantiana (Carroll) marca el contrapunto “idealista” que el whiteanismo supone respecto de una lectura “realista” del proceder mismo de los historiadores como comunidades intersubjetivas institucionalizadas que encaran procesos de negociación entre órdenes narrativos que pueden ser rastreados teóricamente (Jay, Carr).

Pero esto, en *quinto lugar*, supone una visión sesgada e incompleta de la noción misma del lenguaje, del discurso o de la retórica (Lorenz, Ankersmit, Struever) que compromete inútilmente a White en una visión “imposicionalista” de sentido respecto de un plano de experiencia anómico y amorfo (Norman, Carr), en un armazón rígido derivado de la teoría literaria (Ankersmit) o en una expansión artificial de la tropología a expensas de la *tópica* del discurso (Struever). Por el contrario, se sostiene, una visión informada contextualmente, “realista interna” (Lorenz), anoticiada del “giro lingüístico” (Ankersmit) o enfocada en la pragmática del discurso en un sentido *tópico* (Struever) podría proveer perspectivas más inclusivas, integradoras, menos restrictivas, que las de White.

Naturalmente estos cinco atributos comunes de la crítica funcionan en la medida en que acordemos que en White hay una visión restrictiva, rígida y dicotómica de lo tropológico que informa su noción de lenguaje y de discurso, en el sentido marcado por el quinto punto precedente. Esa visión, a su vez, sería opuesta a las intenciones prioritarias del realismo interno, del giro lingüístico o la *tópica* pragmática del lenguaje ordinario (y lo sería dado su carácter mayormente restrictivo y sesgado). Si hay algo llamativo en la visión de Lorenz de estos puntos

es que desemboca por vía de su “realismo interno”, en una consideración pragmática de la afirmación relativa y contextual de criterios que relevan la verdad en términos no correspondentistas, sino coherentistas y centrados en las prácticas de justificación y las normas de asertabilidad que confieren diversas “garantías” respecto de los enunciados proferidos. Son conocidas las críticas de Davidson (que de todos modos expondré en el próximo capítulo) a esta contraposición entre esquemas alternativos de interpretación y contenidos comunes que referencian esos esquemas plurales, en la medida en que son deudores de la distinción entre esquema y contenido que ha sido denominada por Davidson como el “tercer dogma del empirismo” y que ha contribuido a que el propio Putnam culmine por abandonar su realismo interno. En esa distinción entre esquema y contenido los dualismos empiristas repudiados por Quine y sus seguidores (entre ellos Putnam) resurgen a cada paso, como derivación de la postulación de un sustrato compartido (de experiencia o “facticidad”) ante el cual los esquemas se yerguen como paradigmas alternativos de interpretación de los contenidos no categorizados de la experiencia. Pero precisamente esta distinción no consigue nunca aclarar en términos no circulares en qué consiste ese sustrato de contenidos no categorizados, sin reenviar o bien a los mismos paradigmas alternativos (que entonces se “auto-categorizan”), o bien a nuevas categorías que puedan poner en relación ese sustrato y las categorías o esquemas de primer orden, con lo cual se inicia una regresión al infinito. La conclusión de este argumento es clara: el dualismo de esquema y contenido no es una estrategia conducente para lidiar con el problema del relativismo y, más bien, lo engendra (Davidson, 2003; 75). Como el mismo Lorenz aclara, el realismo interno conduce en la dirección de un relativismo contextualista que rastrea indirectamente las pretensiones de verdad de los diversos esquemas interpretativos propuestos. En esa propuesta se intenta mostrar también que investigación y escritura, conocimiento e interpretación, lo literal y lo figurativo se encuentran en relaciones de continuidad e interconstitución más que de oposición polar. La postura “cognitivista” de la metáfora *alla* Hesse y Black intenta mostrar la productividad cognitiva y la pretensión referencial de la tropología misma, y es para eso que Lorenz la trae a colación.

Estos dos últimos elementos resultan cruciales, porque sólo pueden incorporarse a un argumento anti-narrativista si y sólo si White estuviera afirmando que la metáfora es más bien “pura retórica figurativa” no cognitiva y si estuviera considerando una distinción en las fases temporales del proceso historiográfico que pusiera en un lado, fase o momento la pura investigación cognitiva literal y en otro completamente disyunto la escritura interpretativa figurativa. Si White no hace esto, el argumento no sirve. Por la constitución entimemática y figurativa genérica del discurso y del lenguaje ordinario (que hemos visto en el capítulo dos) sabemos que White no puede obtener demasiado de una consideración polar de lo entimemático versus lo silogístico o de lo literal versus lo figurativo. Al contrario, la fuerza de su argumento reside en mostrar el carácter continuo de los procesos del lenguaje, ante los cuales

la intelección de lo entimemático y lo silogístico pueden ser vistos como abstracciones conceptuales deliberadas de lo que se nos presenta como una única conducta, continua, que mixtura de manera necesaria esos y otros registros, y en la cual el “discurso” constituye el “tramo intermedio” en el que entimema y silogismo se inscriben y se incrustan recíprocamente. El distanciamiento de White respecto del enfoque estructuralista de Lévi-Strauss o Jakobson centrado en los polos metafórico o metonímico reside en que éste no permite comprender las relaciones de transición, sucesión e implicación recíproca de esos horizontes alternativos o encuadres (más que polos), siendo la gran virtud del modelo cuaternario la de permitir esa comprensión. Si Vico y Frye ocupan el lugar que ocupan en el tramado teórico whiteano es porque para ambos autores la idea de dicotomías o polaridades extremas situadas en el marco del argumento bernsteniano del “o bien... o bien” no tiene el menor interés. La deriva tropológica es continua, mixturada, dinámica, transicional, no permite una comprensión dualista orientada a extremos, porque son esos extremos los que justamente nos comprometen con aseveraciones hipostasiadas respecto de un sentido de realidad que se nos aparece como dado. Como el interés de White está en mostrar el *modo de la hipóstasis* de la configuración narrativa de un sentido de realidad histórica, no habría interés teórico alguno en recostarse en el modo de la hipóstasis mismo. Por el contrario, lo que se requiere es su problematización, si de lo que se trata el experimento como un todo consiste en poner fin al juego de las determinaciones.

La conclusión de este rodeo por Lorenz es aleccionadora: Lorenz no obtiene con su *realismo interno* algo muy distinto de lo que se obtiene a partir de la peor lectura posible de White (relativismo montado en una regresión categorial al infinito) y ni siquiera su caracterización de la apuesta teórica whiteana registra sus atributos más relevantes, en términos del problema teórico que supone captar el proceso por medio del cual se configuran los artefactos y productos que validamos como modelos de un sentido de realidad dado. El whiteanismo como *mirada procesual artefactual meta-realista* (Jakobson, Frye, Auerbach) desaparece si es visto como un mero modelo de lecturas invertidas basadas en contraposiciones inverosímiles y no adquirimos en absoluto una idea de la intención misma de la propuesta teórica de White cuando la caracterizamos al modo en que Lorenz lo hace.

La tropología es un modo meta-realista de caracterizar inclusivamente y por medios puramente verbales lo que hacemos cuando configuramos un sentido de realidad a través de procesos de pensamiento e interacción que plasman en modelos, artefactos y productos verbales característicos. La quinta característica reseñada por los críticos (el sesgo restrictivo del whiteanismo respecto del lenguaje o del discurso) supone más bien un tipo *restrictivo de interpretación de la tropología misma por parte de los críticos*, que lleva a autores como Lorenz a buscar apoyo en Putnam, a Ankersmit a embarcarse en una lectura extraña del giro lingüístico en la filosofía del lenguaje posterior a Quine (como veremos en el capítulo séptimo), y a Struever a parapetarse en la visión canónica de la *tópica aristotélica*. Pero todos estos recursos



apelan a la petición de principio de que la tropología es el vehículo limitado y restrictivo que aquellos que emprenden estos recursos requieren para justificar sus propios emprendimientos. Así en Lorenz la tropología es poco menos que el catálogo de las adopciones deliberadas de los autores en la fase escrituraria, individual, figurativa e interpretativa, en Ankersmit la teoría literaria es un armazón rígido de funciones dicotómicas y formales en el sentido más limitado del estructuralismo de los modelos narratológicos del tipo de Greimas o Bremond, y en Struever la tropología es entendida como retórica y ésta a su vez como mera fase –la fase del *ornatus* para ser más precisos- al interior de la *elocutio* de la retórica clásica, como si desde Aristóteles y Quintiliano la consideración de la tropología misma no se hubiera constituido en un tópico disputado que encontró en el siglo XX un nuevo terreno de significaciones.

Por lo tanto, *lo primero que deben explicitar los críticos a White es lo que entienden por tropología y por lenguaje*, si es que quieren que su crítica surta algún efecto conceptual relevante en el *corpus* criticado. De lo contrario estarán introduciendo subrepticamente sus propias concepciones de lo tropológico como forma de sustentar sus argumentos críticos, y para peor, no es seguro que mediante sus propios sesgos logren vadear los problemas que le atribuyen a las mismas propuestas whiteanas. Quizás Lorenz pensaba que estaba yendo muy lejos del relativismo apelando al Putnam “realista interno”, o Ankersmit enriqueciendo a White con su visión empobrecida de la teoría literaria, o Struever incorporando una mirada procesual de lo tropológico apelando para ello a una mirada estática y nada procesual de la teoría tropológica misma, que habría permanecido inmune a la variación durante dos milenios y medio. Pero ciertamente no estaban procediendo más que restrictivamente ellos mismos respecto de su entendimiento de los problemas suscitados por un entendimiento tropológico del lenguaje mismo, apelando para ello a “vías cortas” implícitas que ayuden a acotar las aporías generadas por las problematizaciones whiteanas mismas. Pero un cierre provocado por elecciones teóricas implícitas que prejuzgan lo que la visión rival está justamente intentando problematizar es menos una crítica competente que un cambio displicente de tema.

Otro cierre es provocado por la apelación implícita a caracterizaciones implícitas acerca de “lo que los historiadores hacen” (nuestro cuarto punto precedente). Lorenz, Ginzburg, Marwick, Zagorín, Mandelbaum, Chartier, Iggers y otros críticos competentes y no tanto de White han intentado apelar a caracterizaciones observacionales del proceder historiográfico como forma de *tacklear* el procedimiento meta-realista de White. El argumento genérico de Carroll (“si todo es figurativo, ¿qué permanece de lo propio y distintivo de lo historiográfico?”) o de Chartier (“¿Cuál podría ser entonces el régimen de conocimiento o de saberes propio de lo histórico?”) esconde un compromiso con la idea de que *hay una propiedad distintiva del saber histórico* que compromete cualquier conceptualización que pretenda resaltar sus aspectos comunes con otros saberes, prácticas y “distintividades”. Ese compromiso se extiende hasta el punto en que se supone hay maneras neutrales de realizar “caracterizaciones observacionales

del proceder historiográfico”, que en sí mismas prejuzgan lo que se está intentando poner en cuestión: ¿qué quiere decir describir una práctica? En Carr y Jay se propone desde el punto de partida un sesgo que taponan el interrogante mismo. La práctica historiográfica se describe en relación con otros ámbitos, respecto de los cuales se establecen relaciones de continuidad, negociación e intercambio. Los registros narrativos de primer y segundo orden en Carr, y la mediación intersubjetiva institucionalizada de esos registros por medio de pautas propias de la racionalidad comunicativa habermasiana en Jay parecen propuestas plausibles y articuladas alternativas a las de White, pero no suponen una caracterización “no-teórica” -en la medida que tal cosa exista- de lo que los historiadores hacen. Se trata más bien de la propuesta de una teoría alternativa que puede o no resultar interesante. Para peor, tales propuestas están comprometidas con sustratos ontológicos y metafísicos acerca de la experiencia y la racionalidad que están lejos de remitir a la pura observacionalidad de los practicantes historiográficos o suponer un mayor contacto con las auto-atribuciones metodológicas de los historiadores. Pero al menos lo que en ellos permanece explícito (el carácter informado teóricamente de la propuesta), se pierde en otros críticos (como Chartier, Ginzburg, Mandelbaum, Marwick o Zagorín), que toman como baremo para evaluar las distintas teorías acerca del proceder historiográfico una descripción convencional de esos mismos procedimientos en términos de las auto-atribuciones y auto-identificaciones de los practicantes de la disciplina.

En todo caso puede admitirse que los protocolos meta-realistas tropológicos de White permiten caracterizar la práctica historiográfica en términos hetero-atribuidos que problematizan los sentidos de lo real de los hablantes y re-envían a una discusión de los mismos, pero a la vez, como señala Mandelbaum, proveen rudimentos para establecer protocolos de interpretación y traducción entre esos sentidos que no nos arrojen a los páramos relativistas que tanto se temen. En este sentido quizás pueda señalarse que White no ha enfatizado lo suficiente la orientación anti-relativista manifiesta de la tropología en el sentido de que permite conocer y presentar en términos comunes los vínculos entre propuestas que se excluyen mutuamente. Pero no se trata de relativismo, sino de la posibilidad de conocer las propiedades de los encuadres alternativos propuestos. En este sentido lo que no puede haber es *escepticismo* acerca de los modos de generación entimemático de significado histórico, ya que una vez establecido el protocolo lingüístico adoptado, podemos proceder interpretativamente aseverando lo que efectivamente se ha instanciado en el discurso por medio de ese protocolo – en términos de la teoría, claro-. Pero una vez hecho esto la remisión al protocolo no nos entrega a una visión uniforme del protocolo o vocabulario que *normativamente debemos* adoptar. El mundo o “la realidad” no tienen un vocabulario privilegiado, en el que se expresarían a sí mismos si pudieran. La adopción de éste o aquel protocolo remite a valoraciones específicas de los hablantes, sus propósitos, sus finalidades, y esas finalidades no son reductibles a un único

procedimiento especificable. No existe un algoritmo para expresar las preferencias normativas, y es en ese sentido que, allende la tropología, nos vemos confrontados con las propias adopciones protocolarias en un sentido moral o político irreductible.

Epistémicamente podemos relevar tropológicamente “lo que los historiadores hacen”, pero no en términos de un protocolo que valide y autorice lo que los historiadores practicantes realizan por el mero hecho de ser un informe expresado en la primera persona del singular. La problematización de los modos en que supuestamente “observamos lo que los historiadores hacen” reenvía nuevamente a ese tipo de consideración meta-realista que habilita la tropología, en la cual la posibilidad de traducir, interpretar y confrontar protocolos, vocabularios y terminologías adoptadas no nos dispensa de la irreductible disputabilidad de esos protocolos y términos, si hemos de creer al carácter entimemático de los mismos y al carácter inevitablemente moral de las adopciones que *debemos realizar para interactuar con otros*.

Esto reenvía al *segundo y tercer punto* de los señalamientos críticos: la peligrosidad o inocuidad de este meta-realismo procesual artefactual. La caracterización de White en términos de pares escindidos, entre ironía y emancipación, entre conformismo liberal y activismo visionario potencialmente catastrófico, generalmente se ordena en torno a *lo que el crítico más valora*. White es un ironista “tibio” si el crítico es un emancipador; White es peligroso si el crítico está convencido de la inocuidad de su propio conservadurismo. Las lecturas desde el marxismo de White (Callinicos, Jameson, Anderson) remarcan la agenda oculta del narrativismo tal como se desprende desde la agenda explícita de los críticos. A White le “falta” una “remisión constante al trasfondo de la lucha de clases”, pero esa es la agenda del crítico, no la de White. Inversamente, “White está comprometido en un programa de subversión del orden social” por medio de la subversión del lenguaje (Himmelfarb), si y solo si el crítico está igualmente comprometido con la conservación de los aspectos relevantes de uno y otro. El carácter disolvente del ironismo de White es marcado cuando el crítico desea comprometerse con el indisoluble carácter de algún aspecto de una realidad que debe ser cambiada (la lucha de clases). El carácter ominoso del activismo whiteano es relevado cuando se desea poder disolver los riesgos de actividades homologables pasadas (fascismo) o presentes (nacionalismo manipulador de mitos originarios). En este último caso la lectura problematizadora, distanciada, irónica y disolvente no es problemática, sino una virtud “docente” orientada a la mostración de “hechos inconvenientes” que fomenten el des-compromiso respecto de esas prácticas irresponsables.

En todos estos casos –y en otros similares- el problema de White parece ser que la agenda implícita misma del enfoque metahistórico es la de la profundización y problematización de las agendas de los otros, ya sea en la dirección irónica, ya en la emancipadora. Lo que los críticos no parecen poder *soportar* es este carácter “indeciso”, que es menos una indecisión

conceptual que el espacio mismo de la problematización de lo que exige una decisión y opción declaradamente moral, en relación con el contexto en que tal profundización se lleva a cabo. La ambivalencia, duplicidad o “indecisión” se expresan en White en relación con la caracterización y empleo de la ironía misma. Como ironía “estratégica” se utiliza para mostrar las limitaciones y los hechos inconvenientes presentes en los compromisos ajenos con agendas sustantivas específicas que se propusieron a su turno como programas de actividades orientadas a captar aspectos de la realidad y proponer mundos posibles. Como ironía “táctica” se utiliza para mostrar las limitaciones del ironismo mismo, para mostrar su aspecto de conformidad y consolidación de un régimen realista, ironista, que regimenta imposibilidades, que se hipostatiza y se consolida como si fuera la realidad misma y pretende hablar en su nombre. Como táctica se *distancia del distanciamiento*, para aproximarse a la necesidad del compromiso y el énfasis visionario. Como estrategia, muestra *los peligros recurrentes en el obrar informado y comprometido* por la visión. La “indecisión” o el dualismo sólo se le puede aparecer como contradictorio a alguien que se ha comprometido con uno u otro momento de la actividad, con la ironía o con la emancipación, el distanciamiento o el compromiso, no a alguien que ha adoptado explícitamente un enfoque transitológico, dinámico, evolutivo, sucesivo y continuo de las formas de pensamiento y reflexión instanciadas discursivamente e informadas tropológicamente.

White resulta ser entonces peligroso e inocuo, emancipador e ironista, en tanto su registro es el de la problematización a la que conduce cualquier visión orientada a la indagación de la dinámica del discurso y el lenguaje ordinario tropológicamente informado.

Y aquí se expresa el *primer rasgo* mencionado oportunamente, que necesita ver a White trabajando en la dirección de invertir viejas dicotomías, pero enmarcado por ellas, antes que como alguien empeñado en mostrar el trasfondo común de las polaridades en *espectros de sucesión dinámica de posibilidades categorialmente a la par*. White reduce todo a la tropología, o es incapaz de apreciar “lo que los historiadores hacen”, es peligroso o inocuo, emancipador o irónico, tiene una agenda o no la tiene, porque sus críticos se han comprometido implícitamente con dicotomías en las cuales la tropología es *ornatus* o metafísica revisitada, hay modos neutrales, apropiados o definitivos de apreciar lo que los historiadores hacen o no los hay, la interpretación es una herramienta comprometida en un mundo contradictorio y cruel o una estrategia disolvente en un marco de peligroso extremismo visionario. Sólo así podemos entender caracterizaciones tan dispares del mismo registro bibliográfico, el del mismo White, empeñado como lo ha estado en mostrar el conjunto de operaciones sucesivas y dinámicas que subtienden el tramado básico de encuadres y espectros que enmarcan nuestra práctica lingüística ordinaria.

En White el lenguaje no es entimema o silogismo, el discurso no es formalización hipotético-deductiva o pura figuración, sino que entendemos una cosa en términos de la otra, y para ello debemos ver el modo en que contextualmente se arbitra y se redefine la significación en los espectros respectivos. Redefinición pragmática, contextual, que puede ser entendida en términos no cautivos de los de los practicantes de esas redefiniciones, sino que exige un apartamiento deliberado de ellos, para mostrar las maneras en que se procesan las continuidades y las diferencias en la práctica del lenguaje como un espacio de interacción surcado por horizontes de convergencia y divergencia de expectativas, de anticipaciones y frustraciones deliberadas de significación, acuerdos y disputas acerca de los modos mismos de caracterizar aquello que está en discusión.

De una forma u otra lo que los críticos le han reprochado a White ha sido su deliberada y consistente renuncia a suspender esta estrategia de profundización y problematización, sumamente aporética, que se niega a cerrar los paréntesis abiertos, en la convicción de que sólo se cierra un paréntesis cuando se intenta generar la satisfacción y la gratificación de un anhelo de un sentido acordado y una terminología acabada. White *frustra las expectativas críticas* acerca de las orientaciones básicas de la tropología histórica, porque recurre a la tropología y la misma se trata de un modelo que permite desde el inicio, como un momento contenido en la propia teoría, *la frustración misma como estrategia de significación*. Negarse a cerrar un paréntesis es cuestionar el sentido de lo que un paréntesis es y cómo funciona. Es el paréntesis el puesto en cuestión, mediante una regresión que desestabiliza nuestra noción no disputada de aquello en lo que consiste “poner entre paréntesis”. La táctica doble (la *diatáctica*) de la formulación whiteana encuentra en su misma base tropológica la manera de frustrar los horizontes de cierre que sus críticos proponen: “la tropología es...”, “lo que los historiadores hacen es...”, “la ironía es...”, “la emancipación es...” ...

Por el contrario, para cada afirmación sustantiva de los críticos, que pretende encorsetar a White en un juego definido de lenguaje, encontramos una pregunta que incita a profundizar y cuestionar la caracterización, invocando a la tropología como forma de mostrar la ulterior disputabilidad de los términos, los vocabularios, las visiones del mundo. “¿Seguro la tropología es...?” “¿Seguro los historiadores...?” El *exasperante* agnosticismo de White, su capacidad para apelar siempre al protocolo de la dinámica tropológica para mostrar que sus críticos han quedado presos de la caracterización derivada de la promoción de un *momento* en detrimento de la captación del lugar de ese momento en un juego dinámico mucho más amplio, es lo que subtiende el criticismo de aquellos que pueden tolerar umbrales de agnosticismo mucho más bajos que los que el whiteanismo administra regularmente por intermedio de su estrategia *parentética*.

La explicitación en curso de los críticos de White no apunta a desactivar toda crítica, ni a desatender las observaciones realizadas al enfoque metahistórico, sino a explicitar las dicotomías, las agendas ocultas, la peligrosidad y la inocuidad de los compromisos de los críticos, sus definiciones que pretenden poner entre paréntesis y su voluntad, en algún punto del recorrido argumental, de sustraer del proceso de debate mismo cuestiones tan básicas como “aquello que los historiadores hacen” o “qué es la tropología”. El “agnosticismo metodológico” de White puede ser puesto en cuestión, pero no debemos creer que encontraremos términos neutrales para evaluar esa voluntad permanente de problematizar los paréntesis abiertos antes que apuntar a su cierre y resolución. La decisión de prosperar en el agnosticismo o en la resolución parentética recaerá, quizás, en un tipo de elección y preferencia moral, práctica o política, que nos diga *qué debemos hacer*. Y quizás entonces podamos comprender un sentido en el cual para algunas cuestiones el recurso a la problematización es *excesivo*, en el cual ya no tiene sentido seguir demorando el cierre de paréntesis, pero ese sentido estará informado valorativamente por el tipo de adopciones previstas en la teoría whiteana, y entonces la paradoja se nos hará evidente: la toma de distancia respecto del proceder agnóstico presupone el tipo de operaciones previstas por él. No podemos *tolerar* más el agnosticismo, y entonces en algún sentido todo el horizonte crítico se despliega en la asunción de que de uno u otro modo, White siempre ha tenido razón y ha dado en el clavo acerca del tipo de valoración y ansiedad que se esconde detrás del impulso a detener la permanente deriva tropológica en pos de la problematización.

#### d) *Corrigiendo a White*

En las dos secciones precedentes he explicitado aspectos de las propuestas de White y de sus críticos, con la finalidad de relevar el registro crítico con miras a evaluar su potencial legitimidad. En conjunto, por la vía de explicitar las fuentes de White o los sesgos críticos, no hemos encontrado críticas efectivas a la mayoría de las coordenadas propositivas del narrativismo. He reservado para este apartado, por el contrario, las que considero las tres críticas más relevantes que, de manera justificada, exigen la introducción de *correcciones en las formulaciones canónicas whiteanas*. La primera crítica supone una revisión de la idea presente en White de un modelo formal como paradigma de “lo científico”, como espacio conceptual contrapuesto a lo “no formalizado” o “pre-científico”. Lo segundo exige revisar la distinción entre teoría del *mythos* e implicaciones ideológicas que justifican en White la apelación disyunta a Frye y a Mannheim, como vocabularios disponibles alternativos encaminados a relevar aspectos diferentes de la operatoria verbal historiográfica. Lo tercero invita a reflexionar en torno a los problemas de toda “arquitectónica” que reenvía a un modelo de “superficies y profundidades” que, para peor, se conectan por reglas de homología estructural y afinidades que, eventualmente, pueden confluír para exhibir la superfluidad o la redundancia de la apelación a la imagen misma.

En *primer lugar*, entonces, podemos evaluar la actitud de White hacia la ciencia en general, como categoría de contraste respecto de los modos propiamente narrativos. Ya he citado<sup>20</sup> el momento en el cual White asevera que “en cualquier campo de estudio todavía no reducido (o elevado) a la situación de auténtica ciencia, el pensamiento permanece cautivo del modo lingüístico en que intenta captar la silueta de los objetos que habitan el campo de su percepción” (MH; 11), y he criticado la imaginería asociada a esta caracterización. La ciencia es considerada un tipo de práctica asociada a la configuración silogística de los modos discursivos, aunque permanece anclada, tanto como cualquier otra práctica, en el registro mixturado más amplio de lo entimemático. Sin embargo lo científico procede disciplinarmente como un espacio en el cual la expectativa de los hablantes apunta a la clarificación de los términos empleados y la posposición, tanto como sea posible, de la disputa acerca de los mismos. La capacidad de un ámbito disciplinar de “reducir” un campo de estudio en su variedad entimemática a la más esperable “captación” silogística propia de la “auténtica ciencia”, parece comprometernos con la distinción entre ámbitos de la cultura que han logrado esa reducción, elevándose por lo tanto a la dignidad científica, y ámbitos que no lo han logrado. La matemática y la física serían ámbitos paradigmáticos de lo primero. La historia constituiría casi una expresión paradigmática de lo segundo. El problema reside en armonizar dos intuiciones que subtienden tal caracterización. Por un lado la idea de que “en realidad”, la “ciencia” es tan solo superficialmente silogística y “lograda”, permaneciendo en la base tan entimemática como la historia o el habla ordinaria (remito sin más a la *famosa* Nota 13 analizada en el capítulo dos). Por el otro la idea de que es la incapacidad del logro silogístico en el ámbito historiográfico el que justifica la apelación a un cuerpo “no formal o lógico” propiamente tropológico de procedimientos para evaluarlo en tanto forma cognitiva. Es la carencia de sistematicidad y exhaustividad lógica la que brinda espacio al recurso a la tropología, se nos dice por un lado, y por el otro la ciencia sólo convencionalmente, por acuerdo institucionalizado de los hablantes, pospone la discusión terminológica, permaneciendo tan “tropológica” como siempre en sus procesos de pensamiento, por el otro. Por lo tanto, o bien podemos entonces sobre la base de este diagnóstico aplicar la tropología a la ciencia misma, y entonces no hay carencia alguna en la historia que otorgue espacio al recurso a la tropología como protocolo diferencial “no lógico” de evaluación cognitiva, o bien no podemos aplicar la tropología a la ciencia, y entonces estamos estableciendo un modelo oposicional, más que integrador, de lo tropológico ante lo lógico (esto es, de alguna manera que los procesos de pensamiento de los científicos sigan siendo figurativos y entimemáticos es irrelevante, lo que contradice la citada Nota 13).

Vale decir, White no pretende que tropología y lógica están en oposición y antagonismo irreconciliable. Más bien la lógica es un momento, un punto de abstracción de lo tropológico en que se limita con cierta finalidad la operatoria tropológica misma. Pero por otro lado ciencia e

---

<sup>20</sup> En el capítulo dos, sección c.

historia sí están en oposición, en algún sentido relevante, en tanto la historia permanece “cautiva” y es endémicamente incapaz de “elevarse” a la condición de auténtica ciencia. La historia, en rigor, permanece cautiva de los modos irónicos, de las auto-sujecciones figurativas implicadas en la expulsión y purga disciplinar de los registros más propios de la “nefaria filosofía de la historia”, el tipo de contextualismo “satírico” que delinea un sentido de realidad infinitamente variado y limitado que se resiste a cualquier interpelación en términos no-contextualistas y, de allí, a cualquier intento de formalización o énfasis reductivo. Ergo, porque la historia no se reduce, no se formaliza –en virtud de su ironismo contextualista- hay algo que puede reprochársele al espacio disciplinar como un todo –en su “falta de elevación” y en su cautividad irónica-.

Pero esta acusación sólo puede prosperar si hemos de conceder una suerte de delimitación conclusiva respecto de ámbitos diferenciados de la cultura, en la cual “lo científico” como “*praxis* cultural general” deriva en la dirección de lo acordado, formalizable y “lógico”, y lo no científico, en el mismo sentido genérico, permanece cautivo en lo disputado, lo contextualizado y tropológico, todo lo cual va en contra de la idea de un *modelo inclusivo, no reductivo e integrador de lo entimemático y lo silogístico*, lo figurativo y lo esquemático o literal (que por otro lado White sostiene en su Nota 13). Al mismo tiempo, esta idea parece especialmente deudora de la idea de lo científico como lo formalizado, y esto a su vez como lo “no disputado”. Ahora bien, pueden formalizarse intelecciones dentro de tramos altamente disputados de la ciencia (como ser, los modelos cosmológicos o la física cuántica en oposición irreconciliable con la teoría de la relatividad general y especial, o los múltiples modelos semióticos que reclaman prioridad para sus respectivas reducciones formales de lo lingüístico), y a la vez “puras consideraciones de sentido común” podrían subtender visiones acordadas acerca de determinado ámbito de la cultura<sup>21</sup>, sin que hubiera en ello la menor de las formalizaciones. El modelo formal de Propp se pretende como una formalización exhaustiva del tipo de instanciaciones del relato folklórico ruso, y no obstante reenvía en sí mismo a un tipo de consideración antropológica no necesariamente ligada al carácter “formal” no disputado de sus términos. A la vez, en tanto modelo ha sido duramente cuestionado y reformulado, de manera que su carácter formal no ha impedido que el ámbito de la consideración teórica de la narrativa siga siendo un espacio surcado por profundas controversias.

---

<sup>21</sup> En este sentido, la acendrada y común defensa de los historiadores respecto de su “método histórico” podría más bien sugerirnos que todavía hemos de discutir si la historiografía es un ámbito caracterizado por el endémico desacuerdo, como sostiene White, o si podemos suponer que rige más bien “un cierto sentido común” acerca de lo que “todo historiador sabe”. En las réplicas críticas de Chartier, Zagorín o Marwick la apelación implícita o explícita al horizonte de este cuerpo compartido de saberes cumple un rol conceptual relevante. Yo no deseo afirmar el carácter correcto de estas aseveraciones. Lo que sí sostengo es que White debería dejar abierta la cuestión, problematizando la discusión misma, en vez de aseverar, en una de las raras atestaciones ontológicas suyas, que la historiografía es *esencial y endémicamente terreno de desacuerdos*. En este punto, quizás, White no ha sido lo suficientemente whiteano, y por eso ha de corregírsele.



Por lo tanto es útil aquí recuperar el énfasis plural de la tropología, en vez de comprometerse con las características propias de supuestos ámbitos disyuntos de la cultura. En todo caso, históricamente, convencionalmente, las así llamadas “ciencias naturales” han logrado hacer converger los horizontes de expectativas y de interpretación en torno a terminologías usualmente acordadas en la denominada “ciencia normal”. Convencionalmente, las humanidades han frustrado de manera más sistemática esa convergencia. Pero en todo caso la distinción es *de grado y no de tipo* entre las formas de conocimiento, y el reconocimiento del carácter espectral mismo de lo entimemático-silogístico ayuda a entender esa gradación.

Esto contribuye también a la comprensión del motivo por el cual la filosofía de las ciencias naturales ha tendido en las últimas décadas a resaltar los periódicos reajustes que subtienden la práctica científica normal, a partir de la comprensión del carácter “paradigmático” del funcionamiento de las matrices disciplinares en Kuhn (Kuhn, 1971), o de los procedimientos tropológicos que orientan las estrategias cognitivas en la ciencia según Max Black (Black, 1962) o Mary Hesse (1965, 1966 y 1993). Como el mismo Lorenz ha señalado, la ciencia misma opera por deslizamientos y convulsiones controversiales en los cuales las formalizaciones, los horizontes convergentes y las terminologías acordadas pueden eventualmente volar en pedazos, inaugurando así un período de mutaciones y revoluciones científicas.

Ahora bien, si la ciencia es también terreno apropiado para la configuración entimemática, tropológica, disputada y provisionalmente conflictiva del discurso, entonces una parte importante de la *caracterización por “la falta”* irónica que justificaba la apelación al excursus tropológico en la filosofía de la historia se pierde. La tropología no puede ser el sustituto de lo lógico para los “emprendimientos cautivos”, porque si entonces resulta que no hay realmente disciplinas libres y elevadas contrapuestas a las cautivas, la justificación de la distinción y la apelación al recurso se deshilvana. O mejor dicho, no es porque “hay una falta disciplinar” que recurrimos a la tropología. Los motivos deben ser otros.

El problema de la comprensión whiteana de lo científico como lo no disputado y lo formalizado no reside en su supuesta aceptación acrítica de un plano de eventos estabilizado disyunto del plano narrativo inestable (Kansteiner, Lorenz), pivotando en torno al eje fáctico-informativo por un lado y el narrativo-interpretativo o configuracional por el otro (hemos visto en la sección de este capítulo dedicada a Mink y Danto y en la subsiguiente que esa disyunción es mayormente inoperante y White no la toma). El punto flojo se halla en la concesión implícita de una diferenciación entre espacios de prácticas culturales extendidas que es la que permite la justificación del recurso a la tropología y la que habilita una crítica en toda la línea a las “consecuencias de la ironía historiográfica”. Esta primera crítica entonces se ordena en torno a la innecesariedad de esta caracterización para defender el recurso a la tropología. El carácter entimemático del discurso no designa *natural kinds* discursivos o disciplinares, sino que es un

extremo del espectro de posibilidades de configuración lingüística, espectro en el cual se inscriben las distintas prácticas como gradaciones específicas de esas mismas posibilidades. El análisis de las implicancias y procederes de estas diversas gradaciones es el terreno mismo de la tropología, por lo que es a partir de esto que pueden responderse críticas como las de Carroll (¿entonces todo es figurativo?) o Chartier. (¿cuál es el régimen *propio* del saber histórico?). *Todo* es en alguna medida figurativo, pero el “truco” no consiste en afirmar eso, sino en especificar la forma determinada en que lo figurativo se combina con otras estrategias para configurar el *régimen propio* del discurso, el saber o la disciplina. En este sentido, la afirmación de la imposible discontinuidad absoluta entre tipos de prácticas facilita la comprensión de su influencia recíproca y mixtura empírica –el hecho de que nunca encontramos prácticas completamente delimitadas al interior de un espacio o gradación espectral, en la forma de “pura narración”, “puro argumento”, “pura dialéctica”, “pura historia”, etc.-. Las variadas gradaciones de lo entimemático y lo silogístico ayudan a entender el desfasaje de horizontes de expectativas y la posibilidad de acordar o disputar los términos. En esto el acuerdo, la formalización y la concesión del atributo de “lo científico” constituyen más bien orientaciones externas y cautelares acerca del *tipo de resolución específica de las gradaciones adoptadas en un espacio de prácticas determinado en lo referente a horizontes de expectativas y disputas terminológicas o conceptuales*, que indicadores fiables del grado de “seriedad” o de “logicidad” de un espacio disciplinar. Y ulteriormente estas indicaciones específicas están lejos de exponer un argumento concluyente acerca de las “consecuencias del ironismo” que afectarían en toda su intensidad a la historiografía como un todo y la incapacitarían para algo en particular.

Este tipo de caracterizaciones revierten en compromisos sustantivos de White con estados de cosas que su propio marco teórico no requiere. La hipótesis del recurso a la tropología no exige la conjetura en torno a “las consecuencias de la ironía historiográfica”. El espectro entimema-silogismo no requiere la confusión de lo acordado con lo formalizado y de esto con “lo científico”. Si éste último resulta ser, más bien, una suerte de predicado honorario que honra y legitima ciertos procedimientos (Rorty, 1991a; 89-92) procederíamos de manera imprudente en caso de tomar como punto de partida una consideración que de por sentado aquello mismo que tenemos que discutir.

La *segunda crítica* tiene que ver con una curiosa especificación whiteana. De cara a los modelos de trama de Frye, White ha procedido de *Metahistoria* en adelante de una manera restrictiva, considerándolos como vocabularios disponibles para caracterizar a las narrativas históricas en su *aspecto estético o poético*, en tanto que *alegorías* (MH; 25n). Tragedia, comedia, sátira y *romance* designan tipos de alegorías generadas por medio del uso deliberado, recurrente y estabilizado del lenguaje, recurrencia estabilizada que denota aquello que White, siguiendo a Foucault (White, 2000; 395), entiende por “estilo” o por una “poética” determinada. Ahora bien, cualquier lector de Frye puede hacerse a la idea de que lo que se entiende por

trama es bastante más que eso. Se trata de un principio estructural dinámico (*mythos*) que genera secuencias específicas de acontecimientos, recurre a consideraciones específicas en torno a los agentes involucrados en ellos y en relación con sus entornos, concede un estatuto específico al símbolo o modelo verbal de la acción representada y propone algunas pautas de recepción y decodificación. La obra "literaria" es así un cúmulo de determinaciones operadas en la juntura de la sucesión de espectros (históricos, éticos, arquetípicos y retóricos) en la que puede descomponerse conceptualmente. El propósito de Frye consiste en el intento de sistematizar los elementos básicos de la expresión literaria (ADC; 178), expresión que recurre a recursos limitados sin que eso, a su vez, limite la expresión. Los aspectos formulaicos de la expresión ayudan a entender las continuidades en los patrones de interacción verbal extendida (los géneros y convenciones discursivos que mediante su identificación por los hablantes y los receptores del mismo facilitan el proceso de codificación y decodificación). Esa expresión, como hemos visto, es una parte del comportamiento verbal, y a su vez ese comportamiento es continuo del tipo de comportamiento no verbal. La conducta como un todo es el trasfondo en el que se intenta articular una "teoría de los usos lingüísticos". Esa teoría concede un espacio importante a la idea de que en la configuración de tramas se están arbitrando una serie de horizontes éticos, políticos y normativos, que son los que *también* informan formulaicamente los espacios de lo cómico, lo trágico, lo novelesco y lo satírico. La importancia de esta información social de los modelos de trama llevó a Frye a aclarar, en respuesta a aquellos críticos que afirmaban que desconocía la dimensión social de la crítica literaria, que prácticamente no había hablado sobre otra cosa (Frye, 1970; 14). Resulta así imposible apartarse del hecho de que una trama es un tipo de artefacto que entra en relación con un pasado (en la forma de la crítica histórica de Frye) y con el presente y el futuro (a través de la crítica ética de Frye) por medio de una doble caracterización del ámbito de la experiencia compartida en términos de la inscripción *ritual* del acto verbal, y en términos de la proposición *onírica* –por buscar un término que se contraponga a lo ritual, como ámbito de la experiencia "realmente en curso", y proponga un plano idealizado basado en las proyecciones de los deseos de los hablantes-.

"Desde este punto de vista, el aspecto narrativo de la literatura es un acto recurrente de comunicación simbólica: en otras palabras, un rito (...) De modo similar (...) el contenido significante es el conflicto entre la realidad y el deseo, que tiene por base la labor del sueño. Rito y sueño, por lo tanto, son respectivamente, el contenido narrativo y significante de la literatura en su aspecto arquetípico" (ADC; 142).

La crítica arquetípica es la crítica en términos de los modelos de trama, los mitos *sociales* de la comedia, la tragedia, el *romance* y la sátira. Aunque todas estas extensiones de la teoría del *mythos* resulten controversiales –volveré sobre esto en el capítulo seis-, lo cierto es que para Frye una trama es mucho más que un tipo de alegoría decodificable en términos de procedimientos estilísticos o propiamente estéticos (Frye, 1977, 1980, 1986 y 1996). En las tramas se arbitran intenciones sociales, cosmovisiones y prefiguraciones del orden social;

constituyen, por así decirlo, el lenguaje ordinario sobre el cual se pueden ulteriormente montar los refinamientos y elaboraciones más complejas de las diversas visiones políticas, utópicas o propiamente doctrinarias. En este sentido *no hay trama sin implicación ideológica, y el vocabulario de las tramas es un léxico de relevamiento de las implicancias ideológicas de los relatos*. En rigor, no sabríamos para qué nos serviría una teoría de los géneros literarios, como no fuera para analizar las dimensiones sociales, políticas e ideológicas de los módulos de comportamiento verbal analizados.

En esto se basa lo que he denominado la *teoría ampliada o extendida del mythos*, la idea de que una estructura narrativa es, básicamente, un modelo de acción y prefiguración de lo social, lo cual a su vez se apoya en el énfasis *heterotélico, no autónomo, referencial y ligado de la narración*. Esto es, la narración pretenderá complejizar en mayor o menor medida nuestra visión del mundo social, suspender provisoriamente nuestro sentido de realidad postulando horizontes de ensoñación altamente imaginativos o "irreales", pero siempre en algún punto, *como proceso de producción de un artefacto destinado a generar una visión meta-realista*, la narración supone una compleja trama de apuestas y configuraciones detrás de la cual puede delinearse una actitud determinada hacia el horizonte de la producción y la reproducción de lo social. Desarrollaré más acabadamente este punto en el capítulo seis, pero lo que me interesa mostrar aquí es que la escisión artificial entre el vocabulario de la implicación ideológica y el de las tramas supone, en realidad, un posicionamiento acerca de éste último en un sentido que *restringe buena parte del potencial y de la utilidad de los espectros críticos de Frye*.

Podríamos ahora preguntarnos por la eficacia de esa restricción en la teoría whiteana. La misma tiene por finalidad legitimar la apelación a un tercer vocabulario, el de Mannheim, como piedra de toque del análisis de las implicaciones ideológicas. Recuerdo ahora mi propio análisis en torno a esta apelación: en el capítulo dos, sección d) aseveré que

"lo que pretende White con este recurso a Mannheim no es reducir el estudio de la sociedad a una ciencia, sino *rastrear distintas actitudes respecto de la función de las ciencias humanas, diferentes actitudes ante el cambio social, diversas concepciones de las orientaciones que esos cambios deberían tener y de los medios a emplear, como resultado de la identificación divergente de las instancias temporales relevantes* (MH; 33-34). Vale decir, un culto al pasado implicará una evaluación característica del cambio social (generalmente negativa) y sugerirá un ritmo y orientación apropiados para él (insinuando "lentitud" y gradualismo en el ritmo del cambio social, cuando no la posibilidad de un retorno a estados pretéritos). La orientación al futuro pretenderá "apurar" los cambios. La orientación presentista tenderá a desconfiar de las grandes "proyecciones" tanto como de las églogas a los paraísos perdidos".

Por medio de este rastreo de actitudes -citaba a White en aquel capítulo-

"el momento ético de una obra histórica se refleja en el modo de implicación ideológica por el cual una percepción *estética* (la trama) y una operación *cognoscitiva* (la argumentación) pueden combinarse de manera que derivan en afirmaciones prescriptivas de lo que podrían parecer afirmaciones puramente descriptivas o analíticas" (MH; 36)

Aquí reside el meollo del problema. La trama es reducida a una percepción estética (teoría *restringida* del *mythos*), mientras el lugar de la implicación ideológica es el de un análisis *derivado* de los modos combinatorios posibles de las percepciones estéticas y las operaciones cognoscitivas (tramas y argumentaciones). Todo esto es altamente conflictivo y potencialmente superfluo. Las tramas mismas son artefactos destinados a rastrear “diferentes actitudes ante el cambio social”, “diversas concepciones de las orientaciones que esos cambios deberían tener y de los medios a emplear”, “como resultado de la identificación divergente de las instancias temporales relevantes”. Las actitudes ante el cambio varían según los protocolos de la comedia y la tragedia resulten dominantes. El *romance* tiende a la idealización del pasado, la sátira se mofa de la convención y puede alentar la captación de la inevitabilidad del cambio (así como también puede burlarse del excesivo anhelo proyectual de cierta visión utópica presente en los demás modos de tramar). En este sentido las tramas solas no nos bastan, y es el conjunto de los espectros de Frye el que tiene que ser traído a colación. Una comedia, por ejemplo, puede estar simbólicamente instituida de un modo que favorezca el distanciamiento y la falta de compromiso con el horizonte cómico delineado y con las agencias allí reconocidas. Un *romance* puede privilegiar la identificación acrítica del público con la agencia extraordinaria y cuasi-mítica que postula, pero al costo de sostener un distanciamiento de cualquier consideración de sentido común acerca de la sociedad en la que ese público así se identifica. El efecto de contraste puede tener connotaciones paralizantes o revulsivas según el modo de cifrarlo. Una tragedia en extremo mecanicista puede recomendar en el público el conformismo y la adaptación a las “leyes de la vida”, en tanto que el tipo de tragedia romántica que enfatiza la elección moral por la caída del héroe puede conducir a la impugnación de esas mismas leyes en el nombre de los ausentes. Aunque me dedicaré a esto en el capítulo séptimo lo que me interesa mostrar es que es relativamente sencillo expresar las orientaciones propias de las implicaciones ideológicas en el vocabulario de las tramas, y de manera no casual, ya que *ambos vocabularios se proponen para lo mismo: dar cuenta de la producción y reproducción de lo social por intermedio del análisis del comportamiento verbal extendido*.

Ante esto algunas marcaciones del procedimiento mismo de Mannheim en *Ideología y Utopía* pueden resultar de interés. El concepto de ideología es un punto nodal de la teoría social desde Marx en adelante. Mientras que el marxismo clásico vio a lo ideológico en términos de lo alienado o bien de lo “no científico”, postulando un ámbito a salvo de la distorsión —el de la propia teoría y el modo de conciencia que ella designaba—, el valor de Mannheim reside en “ampliar el concepto de ideología hasta el punto de abarcar hasta la ideología que la afirma” (George Taylor, 2008; 16). El punto de vista panóptico, de la pura observación es imposible, y es la circularidad de la noción misma de ideología la que constituye la llamada “paradoja de Mannheim”. Esa paradoja marca el fin de una primera noción de lo ideológico (“de lo distorsionado pero superable en principio”) en pos de un reconocimiento crecientemente

complejizado de aquello que se arbitra en el modelo de la congruencia y la incongruencia con los valores que entrega la reproducción social. Esto es, mientras el primer modelo de lo ideológico considera a la ideología bajo el paradigma de la *desviación, la distorsión o la imposición artificial de sentido*, un segundo procedimiento apunta a reconstruir la lógica de la implicación ideológica desde el punto de vista de “la *pretensión* a la legitimidad por parte de la autoridad” y “la *creencia* en la legitimidad del orden” (ibíd.; 18). El modelo ahora es el de la *brecha a cubrir entre la pretensión y la creencia*, siendo la ideología el “relleno” de esa brecha. Se trata de un modelo de interacción en el que no hay norma y no hay desviación. Hay estatutos y pretensiones, creencias y encuadres de legitimación que funcionan o no lo hacen. La consideración *funcional* de lo ideológico se encuentra entonces a buena distancia del modelo de la desviación, y considera los procesos de codificación y decodificación dentro de espacios comunes de interacción que requieren una consideración situada, pragmática. Este procedimiento toma distancia entonces de cualquier consideración *sistemática de lo ideológico que reenvíe a una lógica de la pura deformación* (Ricoeur, 2008; 259). Sin embargo esto no se propone con la finalidad de anular las potencialidades críticas, sino para entender el funcionamiento de lo ideológico en el ámbito de la comunicación interpersonal. “El elemento de crítica es él mismo el elemento clave del proceso para restablecer la comunicación” (ibíd.; 260).

Un tercer modo de concebir lo ideológico, va más allá de Mannheim, y muestra una elaboración clara en Geertz (Geertz, 1973) y en Ricoeur (Ricoeur, 2008). En él lo ideológico es un modo de la *integración*, preservador de la “identidad social”. Lejos de la escuela de la deformación, la ideología como integración supone que la misma es “constitutiva de la existencia social” (Taylor, *op.cit.* 20). “La ideología conserva la identidad, pero también aspira a conservar lo que ya existe (...) Algo se hace ideológico –en el sentido más negativo del término– cuando la función integradora se petrifica” (Ricoeur, *op.cit.*, 285). Esa es la base sobre la cual la estructura funcional y el aspecto distorsivo de lo ideológico pueden posteriormente operar. “Solo porque la estructura de la vida social humana es ya simbólica puede estar deformada” (ibíd.; 53). La ideología es un protocolo de desviación en tanto “la función integradora se atrofia (...) y prevalecen la esquematización y la racionalización” (ibíd.; 285). Así las cosas, se entiende el inter-juego entre ideología y utopía:

“la mejor función de la ideología es la integración, la preservación de la identidad de una persona o grupo, la mejor función de la utopía es la exploración de lo posible. La utopía pone en tela de juicio lo que existe actualmente; la utopía es una variación imaginativa sobre la naturaleza del poder, de la familia, de la religión (...en la cual...) estamos obligados a experimentar la contingencia del orden social” (Taylor, *op.cit.*, 21)

La utopía expone entonces el *trabajo* de lo ideológico, pero al mismo tiempo expresa sus propias patologías:

“la utopía es evasiva no sólo en cuanto a los medios de su realización, sino también en cuanto a los fines que deban alcanzarse. En una utopía no hay conflicto de metas. Todos los fines son

compatibles. Ricoeur llama a este aspecto patológico de la utopía «la magia del pensamiento» (ibid.; 23).

La ideología y la utopía, ese par inextricable del momento “político” del comportamiento verbal, no designan entonces otra cosa más que la tensión inherente a la situación hermenéutica general, el conflicto entre la participación y el distanciamiento respecto de un estado de cosas, aquello mismo que los vocabularios de trama designan como el énfasis ritual y el onírico de los *mythos*, el punto en el que la recurrencia estructural de la expresión es utilizada para facilitar la participación de los que decodifican el instrumento o bien es empleada para favorecer el extrañamiento, la introversión y la intelección de estados de posibilidad “idealizados”. Estas variedades de las formas integrativas y dispersivas de la interacción social nos entregan un panorama en el cual las variadas articulaciones de una formación cultural están expuestas a un incesante proceso de “descontextualización” y “recontextualización” (Ricoeur, *op.cit.*; 327) que se patentizan en los modos narrativos en que damos cuenta de las formas de darse esa interacción.

Por lo tanto lo que se proponía Mannheim no era disyunto de lo que apunta a mostrar Frye: las variedades de la congruencia y la incongruencia instanciada discursivamente, lo ritual y lo onírico, el espectro que lleva de lo integrador, identitario, comprometido, lo legitimador y lo funcional a lo distanciado, crítico, distorsionado, tal como se presenta en las distintas interacciones verbales. Una vez dicho esto podríamos adoptar las formulaciones de Mannheim en vez de las de Frye como metodología igualmente correctiva de White, pero por el momento me interesa marcar lo siguiente: el vocabulario de la implicación ideológica no designa nada específicamente distinto de lo que puede ser rastreado por medio de una *teoría ampliada del mythos* como la de Frye. Naturalmente no supongo que White no comprende a Frye, sino que afirmo que por motivos deliberados *ha decidido* adoptar una visión restrictiva de las tramas. Aunque creo que eso expone a la teoría al riesgo de la superfluidad y la multiplicación innecesaria de “vocabularios de superficie”, más aún cuando luego postula a la implicación ideológica como derivativa de la combinación de los otros vocabularios, creo que la restricción de las tramas tiene una función importante, que es *reforzar la distinción* entre la base profunda tropológica y las estrategias de superficie, de las cuales tramas e implicaciones constituyen dos de las dimensiones relevadas. Pero la supuesta necesidad de ese “refuerzo” se embona con el tercer aspecto que deseo enfocar críticamente.

El modelo mismo de profundidad y superficie constituye mi *tercera crítica*. ¿Cuál es la idea de una *arqui-textura* del lenguaje histórico, basada en la imagen de la superficie y la profundidad? En primer lugar parece hacer lugar –parece “legitimar”- al expediente tropológico: lo tropológico es lo *profundo*, en tanto las estrategias críticas habituales se quedan en la “superficie”. Considerar en su aspecto político un relato histórico, analizar el componente formal, cognitivo o las estrategias argumentativas de los mismos, caracterizar sus

procedimientos literarios, ¿esto no se ha hecho ya? Mostrar que estos tres elementos son *irreducibles*, que la administración de las tensiones de esos elementos irreducibles constituye el *estilo propiamente dicho* de un autor historiográfico, y que el estilo y los elementos pueden ser entendidos en *términos comunes*, tropológicos, son, como hemos visto, partes irrenunciables del canon whiteano. Una vez aceptado esto *parece* inevitable que los términos comunes sean “profundos”, en la forma del inconsciente freudiano o las implicaturas textuales propiamente dichas. White permite la “elevación” de la auto-consciencia crítica de los “hablantes de la historia”, al hacerles ver lo que anida en sus estructuraciones y secuencias verbales ordinarias. Los vocabularios de superficie son rastreos originarios que se tienden como “puentes” entre la conciencia ordinaria de la discursividad (“Marx era un mecanicista-radical, Croce un ironista, Michelet un romántico”) y la conciencia “profunda” (“son *todo eso* en virtud de procedimientos de tropo y figuración”), “profundidad” que encuentra su propio vocabulario adscriptor heterónimo en la tropología. Uno podría preguntarse si la heteronomía sugiere y exige “profundidad”, o alcanza con postular su conveniencia instrumental y pragmática. El problema con la imagen de la profundidad reside en que genera rápidamente las tentaciones a ir más allá del agnosticismo ontológico y los paréntesis irresueltos, las afirmaciones instrumentales y pragmáticas, para afirmar que *en realidad* no hay motivos para ser agnósticos respecto de los tropos mismos. *En realidad* Hegel es un compuesto inestable de metonimias y sinédoques, aunque la mayoría de los hegelianos crean que articula una fenomenología del Espíritu. El fenómeno genérico al que conduce este experimento de superficies y profundidades es el de una re-descripción total de lo que la conciencia ordinaria del campo prescribe, en la forma de “en donde dices x *en realidad* se trata de y”. Este aspecto re-descriptivo hasta cierto punto “expansionista” y nada instrumental respecto de sí mismo es el que genera muchas acusaciones de “deshonestidad intelectual” “típicamente posmodernista” en la retórica de algunos críticos anti-narrativistas (Lorenz, Marwick, Zagorín). El tropólogo es crítico, anti-realista, ironista y formalista respecto de todo, excepto en lo atinente a su propia teoría (en ese sentido es “realista” en la dirección apuntada por Ankersmit: “realista respecto de los estilos”; Ankersmit, 2001; 254).

Pero aquí convergen varios problemas. En primer lugar, como ya he dicho, la innecesaria configuración de la re-descripción heterónoma bajo el “halo” de la profundidad. En segundo lugar, derivativamente, la genérica obsesión que garantice que la profundidad es *auténtica* y *profundamente profunda*. En tercer lugar reenvía a la pregunta evidente: si la profundidad es *profunda* ¿qué necesidad hay de andar laborando los superfluos dominios de los vocabularios de superficie? Debería bastarnos con las profundidades. Algunas de las más eficaces críticas a White han trabajado estos aspectos. En su reseña a *Metahistoria* Fredric Jameson expuso este dilema de hierro en torno a las profundidades y las superficies (Jameson, 1976). Si los niveles de superficie registran “afinidades” entre ellos, entonces resultan ser claramente superfluos, ya



que el rastreo de esas afinidades electivas debería conducirnos a la integración de esas dimensiones variadas en torno a sus términos comunes y “homologías estructurales” (Jameson, *op.cit.*, 5). La “hermenéutica profunda figurativa” de White (ibídem.) descansa sobre la figura de homologías estructurales sin aclarar en qué medida esas homologías podrían, en caso de ser exploradas –cosa que nunca ocurre-, hacer colapsar la irreductibilidad de los modelos de superficie alternativos. Esa misma hermenéutica de variaciones posibles entre aspectos irreductibles, cada uno de los cuales entrega diversas posibilidades, expone también a White a la crítica que ya mencioné de Todorov a Frye: ¿qué es lo que explica que algunas posibilidades formales se instancien recurrentemente y otras no acontezcan nunca? ¿Podría haber una sátira romántica organicista liberal? El repertorio formal de posibilidades de White dice que sí, pero empíricamente no podríamos asegurar qué es lo que obra como una restricción que haya impedido su existencia o su predominio.

La importancia del modelo de la profundidad viene a guisa de lo siguiente: White es consciente del estatuto “inflamable” de la tropología (Kellner, 1981; 15), de su poder transformacional, de su capacidad para deglutir ámbito tras ámbito de interacción verbal y no verbal y someterlo a su poder de adscripción heterónoma. Pero no desea reducir la práctica verbal a pura operatoria tropológica. Los vocabularios de las tramas, las argumentaciones y las implicaciones suponen *principios de acuerdo terminológico* que designan aspectos irreductibles del lenguaje de la historia. Lo que está en el corazón de la apuesta a la profundidad es la irreductibilidad de esos principios de acuerdo que designan los terrenos de lo ético, lo epistémico y lo estético (MH; 25n, 36) como ámbitos no subsumibles los unos en los otros. Es porque lo uno no colapsa en lo otro que pervive un modelo de la libertad de elección de los hablantes y configuradores narrativos, que son los que pueden articular, pese a las cargas contradictorias, sus propios “estilos”. Y es por esa libertad, ese aspecto agenciado de la propia práctica discursiva, que escapamos a las ambiciones inflamables de la tropología y evitamos que el lenguaje nos hable, en vez de nosotros hablarlo a él. La ubicuidad de la tropología es un presente ambiguo, en la forma de un don y un peligro. Como don testifica la amplitud, importancia y alcance de cualquier teoría tropológica *de algo*. Como riesgo, conlleva el potencial de una pura dinámica de tránsitos que lleve de unos tropos a otros, en un infinito juego que no remita a nada más. Esa implicación endemoniada debe ser obturada, si es que ha de remitir a la articulación electiva, agenciada, de los hablantes. El riesgo de la *pura procesión* y del puro esquema (Kellner, *op.cit.*; 27) se hace presente en las diversas variantes del ciclo tropológico, y si así lo fuera no nos encontraríamos ante un panorama del irreductible carácter plural de las narrativas, sino ante el tan temido escenario del determinismo lingüístico. La mentada confrontación entre la libertad de los hombres y el carácter sistemático, restrictivo e irreductible

del lenguaje (Kellner, 1980; 22) vuelve a nosotros<sup>22</sup>. En este sentido libertad y lenguaje son antónimos, un indeseable corolario de lo que podríamos llamar “*la paradoja de Kellner*”<sup>23</sup>.

Sin embargo coartar el determinismo apelando a la instancia “profunda” genera peores riesgos aún, porque ahora hay que derivar una “deducción trascendental” de los tropos (Kansteiner, 1993; 281), y asegurarnos de que la profundidad requerida encuentre algún modo de fundamentarse tal que no produzca ni una regresión al infinito ni una explicación circular. Y al mismo tiempo genera nuevamente preguntas: ¿son subsumibles las instancias de superficie respecto de la profunda, en virtud de las homologías estructurales y las reglas de derivación existentes?

Pero todas estas preguntas y disquisiciones terminan amparándose en dos aspectos súbitamente opacados: en primer lugar que se ha tomado por su valor declarado la adscripción heterónoma como modelo de profundidad. Tal cosa no es necesaria, como desarrollaré en el capítulo séptimo. Por el otro en la articulación de una contraposición entre libertad y lenguaje, entre elección y restricción, entre pragmática y código, en la forma de la “paradoja de Kellner”, nos encontramos con un contrabando deliberado de una visión de lo que supone el hecho de *tener un lenguaje*. El modelo de “profundidad y superficie” no tiene otra función más que salvarnos de una visión nada instrumental y pragmática de la tropología y del lenguaje. En su “salvación” acomete la innoble tarea de multiplicar las instancias y distinciones (superficies, profundidades, afinidades y homologías estructurales, derivaciones, tramás e implicaciones ideológicas), y de generar dudas a cada paso respecto de la libertad de los hablantes y de la entidad de las categorías empleadas en la estructuración de su compleja ontología. Es esta ontología del lenguaje la que resulta sumamente inconveniente al planteo narrativista, y da pie a la mayoría de las críticas y reacciones hostiles. Y para peor, sostengo, White no encuentra una manera de defenderse consistentemente de ella, en la medida en que se ha dejado coger entre los cuernos de la paradoja de Kellner.

Aunque en muchas ocasiones White parece prescindir de este modelo de profundidades y superficies, ciertamente apela a él cada vez que tiene que aclarar el *status* de los tropos. Ese modelo genera, a la vez, dos últimas consecuencias negativas. Primero, al promover el anclaje superficial con vocabularios extendidos en nuestra vida cotidiana, hacia los cuales tenemos apprehensiones ordinarias no necesariamente conscientes o refinadas, compromete la interpretación de la teoría misma con una infinidad de actitudes, orientaciones genéricas, discursos y regímenes de saber que pretenden competitivamente dar cuenta de fenómenos tales como la ideología, el liberalismo, el organicismo, el contextualismo, la novela, la comedia,

---

<sup>22</sup> Irreductible a la libertad de los hombres, vale aclarar.

<sup>23</sup> El rótulo se explica en tanto y en cuanto en sus inspiradores artículos (Kellner, 1980, 1981 y 1982) se encuentra la formulación más clara, amplia y explícita de esta paradoja a la que conduce la visión del lenguaje, la tropología y la libertad humana en White.

la sátira e incontables otros “dominios”. Por lo tanto la teoría se expone innecesariamente a las actitudes ordinarias de los receptores de la misma respecto de todos esos tópicos, y dificulta la captación de lo central del gesto teórico en sí mismo<sup>24</sup>. De esta manera, lo que se termina discutiendo es si la caracterización whiteana de Marx como un mecanicista o un radical es correcta, antes que analizar los alcances teóricos de la propuesta (para lo cual ciertamente su *aplicación* resultará de fundamental importancia, pero no en la medida en que la misma sea evaluada sobre la base de cuerpos teóricos disímiles que sólo tienen en común la homonimia de algunos de sus términos).

El otro defecto del modelo “profundo” es que sugiere la tentación del puro dominio determinista de la base por sobre la superficie. En vez de ver el proceso y tránsito tropológico como una deriva donde es imposible la “pura metáfora” o la “pura ironía”, provoca la tentación de reducir el conjunto de procedimientos instanciados en el habla ordinaria a uno u otro tropo. Ciertamente, marcar hegemonías es una cosa; decir que “White está reduciendo tal y cual discurso a un tropo o a otro” es una muy distinta. Si aceptamos el supuesto de la teoría tropológica actual de que en realidad estamos haciendo varias cosas a la vez, porque los diversos tropos constituyen funciones básicas ineliminables en nuestro comportamiento verbal cotidiano, la tentación de reducir un conjunto de procedimientos a una caracterización unilateral se verá pospuesta. En rigor, la tropología, como veremos más adelante, sólo admite esas caracterizaciones cuando hemos precisado con claridad el conjunto de “espectros” que se está analizando.

Así las cosas los *mythos* son modos extendidos de operar tropológicamente. Los modos de argumentación formal no son otra cosa que procedimientos tropológicos reglados. Ya hemos visto lo que ocurre con las implicaciones ideológicas. ¿Todo es tropo entonces? Para aclarar esto tal vez debamos enfocar, más adelante, el alcance de los tropos y el tipo de instancia de análisis que requieren. Por ahora me limito a aseverar que la utilidad del vocabulario de la tropología sin duda se aprecia mejor apelando a una instancia que es mayor que el enunciado pero que debería ser menor a, digamos, *La Guerra y la Paz*. En el capítulo séptimo indagaré en la pertinencia de la noción de “campo semántico” como unidad de análisis conveniente y como relevo adecuado del contexto oracional para analizar la operatoria tropológica. Más allá de esos campos, como manipulación de *constelaciones de campos semánticos*, los *mythos* despliegan ellos mismos sus procedimientos, que nos entregan pautas de significación tropológicamente informadas pero que permiten la síntesis de lo que de lo contrario se nos aparecería como una interminable operación tropológica por sobre campos semánticos agregados. En el capítulo

---

<sup>24</sup> La contraparte de esta amplitud, claro, es la promocionada virtud de una teoría que logra interpelar aspectos muy variados y ubicuos de nuestra experiencia ordinaria en términos comunes. El problema surge cuando la teoría ya no logra interpelar todos esos aspectos, sino que se ve interpelada por ellos, viéndose arrastrada a las variadas y divergentes agendas que cada uno de ellos porta consigo.

sexto describiré estas operatorias de los *mythos*. Pero antes debemos clarificar aquello que nos obliga a ir más allá de White, en la medida en que este modelo desafortunado de superficies y profundidades revela su exposición deliberada a la *paradoja de Kellner*. Porque esos términos no pueden ser los de esta tesis, y porque otra concepción del lenguaje es necesaria, para evitar las circunvoluciones superfluas presentes en la misma teoría, es que abordaré en el capítulo cinco la tarea de exponer una ontología del lenguaje depurada que sirva para corregir y ampliar estos aspectos críticos y poco fructíferos de la teoría whiteana.

#### e) *Más allá de White*

En el presente capítulo he realizado una travesía argumental con el propósito de efectuar un primer balance tentativo de los procedimientos teóricos whiteanos. Esto me llevó a explicitar una matriz problemática y un conjunto de procedimientos implícitos en White, derivados mayormente de la influencia de sus fuentes, que sirvió tanto para indagar en algunas cuestiones habitualmente no explicitadas en nuestro autor, como también para desplegar algunos términos comparativos que contribuyan a otorgar un tratamiento crítico y explicitador de los mismos críticos del narrativismo. La noción espectral de lo literario en Frye, las ramificaciones de las funciones del relato en Propp y la configuración densa de lo narrativo y su ataque a la ontología ingenua del pasado en Danto y Mink, sirvieron en un primer momento tanto para orientar la dirección de las críticas competentes a White como para recabar el registro de lo no explicitado en él. Pero también resultan útiles para analizar algunos aspectos de la propia teoría que no encuentran solución por la vía de la explicitación de White o de sus críticos. El modelo de "profundidades y superficies", la teoría restringida del *mythos* y la no demasiado fructífera apelación al vocabulario de las implicaciones ideológicas, así como también algunos problemas en la fijación de las relaciones entre lo formalizado y lo no formalizado son indicaciones de que un *resto* conceptual permanece en la formulación whiteana, con su rastro sustantivo que lo lleva a suspender su estrategia parentética y lo compromete positivamente, en el margen, con formulaciones innecesarias para el resto de la teoría. Esas formulaciones lo vinculan con lo que he denominado una *ontología no depurada del lenguaje*. Esa huella no depurada es la que facilita la lectura escéptica, relativista e idealista de White como si no hubiera otra ontología posible. Porque la hay, y porque deriva y entabla fructíferas relaciones con una *teoría ampliada del mythos*, y porque a su vez eso permite detener las tendencias inflamables e inflacionarias que dificultan la comprensión del *status* de los tropos y conducen a la *paradoja de Kellner*, es que propongo una deriva distinta en la segunda mitad de esta investigación.

Ciertamente un incentivo para aquella deriva se relaciona con el hecho de que ante algunas críticas no demasiado relevantes, los intentos whiteanos por responderlas culminaron siendo no sólo poco fructíferas o convincentes, sino que más bien desataron nuevas andanadas

de objeciones. Por regla general White no se ha extendido en las consideraciones de sus críticos pero cuando lo ha hecho ha tendido a complejizar las aporías que sus críticos marcaban en sus propuestas iniciales (un ejemplo de esto en White; 2000 y 2003). Un caso llamativo, ya mencionado en el capítulo tercero, es aquel en el cual implicado en una discusión acerca de la relevancia del narrativismo para el análisis de la representación del Holocausto (Friedlander; 2007), y acusado, como hemos visto, de promover un enfoque textualista en última instancia basado en estrategias tropológicas que ponen de manifiesto las *ilusiones referenciales* y los *efectos de realidad* generados por la escritura misma, White culmina proponiendo a un tiempo una consideración restrictiva desde lo ético en cuanto a las posibilidades de tramado, y un enfoque *aún más textualista* basado en un tipo de escritura *intransitiva* y modernista, el cual tiene por efecto radicalizar los tipos de dudas y ansiedades que habían generado la primera oleada de críticas. Para peor, vincula ese tipo de escritura a una concepción basada hasta cierto punto en la *efectividad* de la generación de sentido por medios verbales, lo cual en el caso de marras no podía sino conducir a una generalizada acusación de relativismo moral y celebración *whig* de las versiones dominantes acerca del pasado (Ginzburg, Moses, Kansteiner, Friedlander).

La pregunta ante esto es ¿por qué habría White de *proponer algo*? ¿Por qué *responder*? ¿Por qué abandonar la permanente estrategia *diatáctica*, parentética, profundizadora, problematizadora, sucumbiendo a la ansiedad definitoria de sus críticos? Un tipo de *decisión* vinculada a la *imposibilidad de sostener esa actitud* es la que orientaba la respuesta de los críticos a los permanentes embates whiteanos, como hemos visto en la sección tercera de este capítulo. Podríamos preguntarnos si la misma infraestructura decisoria subtiende el gesto whiteano. Pero en esto, y siguiendo a Danto (Danto, 1989; 14, 25), no puedo dejar de marcar la ausencia de una consideración filosófica acerca de lo implicado en las preguntas mismas de los críticos. Si el compromiso con una ontología se revela, ante todo, en el tenor de las preguntas formuladas por aquellos comprometidos con ella, la respuesta filosófica al crítico anti-whiteano en el caso de los “riesgos textualistas relacionados con el Holocausto” debiera haber sido nula en lo sustantivo, y consustanciada con la tarea de conducir a la impugnación de la pregunta.

En el espíritu de Danto, la respuesta –filosófica- a “¿Cuántos centauros de siete alas hay allí?” no es “veinte”, “cinco” o “ninguno”, sino más bien una pregunta del tipo “¿Por qué pensás que existen los centauros de siete alas?”. La respuesta a una formulación del tipo “si el lenguaje está informado tropológicamente ¿cómo discernimos enunciados verdaderos de falsos?” o “¿cómo podemos distinguir la historia de la ficción si *todo es literatura*?” lleva no a responder enfáticamente sobre este punto o aquél, sino a relevar primariamente qué entiende el hablante por lenguaje, por tropo, por verdad, por ficción o por literatura y por qué piensa que resoluciones sobre esos puntos le permitirán (o no le permitirán) discernir y distinguir tal como habitualmente lo hace. La respuesta a un Ginzburg preocupado por los nazis-lectores-del-narrativismo negando la investigación histórica no pasaba por aclarar el *status* de la escritura

intransitiva, sino que residía, en primer lugar, en preguntarle a Ginzburg qué entiende por investigación y por qué cree que alguien se molestaría en *negarla*. Parafraseando a Ramberg, a quien trabajaré en el próximo capítulo, hay una importante enseñanza en lo que una visión depurada del lenguaje tiene para decirle al escéptico. Como es sabido, la fortaleza del escepticismo anida en las preguntas que formula y en su inmunidad a toda respuesta positiva, su capacidad para seguir *trabajando al interior de las respuestas recibidas en la dirección de nuevas preguntas* (M. Williams, 1998; 50-53 y 1995). Su debilidad, por el contrario, reside en la incapacidad de extenderse en la respuesta a una solicitud por el sentido de la propia pregunta. El escéptico y el anti-escéptico pueden entonces encontrarse muy atareados en una agenda problemática común que genera siempre preguntas nuevas que ninguna respuesta puede satisfacer. Ante esto, en tanto queramos salir de este innecesario bascular teórico, tenderemos a desatender el juego de preguntas y respuestas y comenzaremos a *interrogar a las preguntas*. Esto es lo que White ha realizado por décadas con un instinto teórico superlativo, pero en ocasiones se ha dejado impregnar por las ansiedades de sus críticos.

Si es que comenzamos con el sendero de la interrogación, entonces entre las primeras preguntas en advenir se encontrará seguramente la pregunta por el estatuto mismo de lo lingüístico, de manera que el conjunto de preocupaciones que orientan, por ejemplo, la crítica de un Ginzburg y que llevan a White a responder halle un principio común de inteligibilidad. Otra posible remitirá al estatuto de lo narrativo. ¿Es el reino de la *fantasía* del cual habla Lorenz, o un ámbito situado en continuidad y relaciones *negociadas* con la propia deriva experiencial, como creen Carr o Ricoeur? ¿O constituye el paradigma de la manifestación de la moralidad y la reproducción de un orden social dado, como parece aseverar White mismo? Pero estas preguntas no tienen respuesta, de buenas a primeras, sino que reenvían a una pregunta fundamental: ¿por qué piensan esto?

En otras palabras ¿qué *status* de lo lingüístico y que idea de lo narrativo requieren para pensar esto? Hasta aquí he trabajado en el marco de las discusiones whiteanas, y he llegado al punto en el cual el área de convergencia temática entre White y sus críticos impide ir más allá. Y es porque tanto él como sus críticos encuentran que es necesario por momentos tomar recaudos contra las extensiones escépticas y relativistas de las apropiaciones lingüísticas del pasado, como derivación de la aceptación de algunos aspectos de una ontología del lenguaje que admite las cesuras y brechas necesarias que llevan a tales extensiones, que la explicitación y ampliación de las posiciones encontradas encuentra un límite. No es posible ir más lejos con esta ontología del lenguaje basada en superficies y profundidades, *paradojas de Kellner*, tropos inflamables y *mythos* restringidos. La formidable herramienta whiteana se encuentra desatendida en tanto queda atrapada en discusiones vinculadas con los rezagos críticos y las preocupaciones hiperbólicas que llevan a un imposible extrañamiento con el propio pasado por mor de la profundización teórica en torno a los modos lingüísticos en que nos apropiamos de él.

Conducen estas diatribas en la dirección de plantearnos una duda intrigante en torno a si es posible o no es posible contar con un pasado común entre nosotros.

Pero la propuesta no era para eso. El instrumento no está modelado sobre esa base. *El presupuesto de partida es el contrario: de hecho* contamos con un pasado en común. Por supuesto, en la misma formulación ya estamos tomando partido por lo que se *supone* que *de hecho* contamos. Pero lo importante no es eso, ya que toda teoría debe realizar tales posicionamientos como manera de encarrilarse inicialmente. Lo absolutamente fundamental es la continuidad del enunciado en cuestión, la manera en la que prosigue después del “en tanto y en cuanto”: “de hecho contamos con un pasado común, *en tanto y en cuanto* nos damos *versiones verbales* del pasado en tales y cuales *formas* en virtud de tales y cuales *procedimientos*”. Desde la introducción a *Metahistoria* hasta el presente White ha estado intentando profundizar todo lo implicado en la segunda parte del enunciado precedente, desde el “en tanto y en cuanto” en adelante, indagando en las condiciones de posibilidad para producir *versiones verbales* en *forma narrativa* por medio de *procedimientos tropológicos*. Del mismo modo, desde aquel entonces la mayoría de sus críticos han procedido reductiva y defensivamente analizando las posibles implicancias de aquellas preocupaciones teóricas en torno a *versiones verbales, formas y procedimientos*, preguntándose si en tanto que tales conducían a negar todo lo que precedía a ese mismo “en tanto y en cuanto” (“esas versiones verbales, formas y procedimientos nos privan del pasado en común”). Las críticas más competentes han escapado a esta reacción empobrecedora, concentrándose en algunos aspectos poco claros, redundantes o ineficaces de la teoría. Pero no han entregado visiones superadoras que permitan re-direccionar la investigación en una trayectoria definida y alternativa a los encuadres whiteanos. A lo sumo han adoptado axiomáticamente otros puntos de partida teóricos, pero no está claro que sus formulaciones hayan sido más consistentes que las de White.

Es en atención a este cuadro de situación, y en la medida en que un conjunto de posicionamientos críticos a White no encuentra una respuesta apropiada ni en éste ni en las formulaciones alternativas sustentadas por los mismos críticos, que postulo aquí programáticamente la necesidad de ampliar el *background* teórico que sustenta a esta indagación en torno al lenguaje, la narración y los tropos, apelando para ello a cuatro recursos alternativos, ya liminarmente mencionados en la Introducción a esta investigación:

- 1- la epistemología pragmatista y la ontología del lenguaje supuesta por la filosofía del lenguaje de Davidson, Rorty y Quine;
- 2- la concepción “antropológica” del lenguaje y la literatura como espacio de prácticas de Frye, Gadamer, Ong y Blumenberg;

- 3- la teoría de la acción y la intervención y sus extensiones y concordancias narrativas de von Wright, Ricoeur, Frye y Danto; y
- 4- la teoría del ciclo tropológico de raíz viqueana de Frye, sustentada parcialmente por el mismo White pero de manera muy incompleta, y complementada con aportes provenientes de la teoría de la metáfora de Ricoeur, Davidson y el abordaje rortiano en torno a la ironía.

Considero que el punto 1- entregará una ontología depurada del lenguaje, una visión apropiada del ámbito verbal que detendrá el bascular escéptico-anti-escéptico y permitirá asentar sobre una base más firme el conjunto del andamiaje requerido por una teoría tropológicamente informada del lenguaje de la historia. El punto 2- se extenderá sobre esa base y entregará lineamientos clave para comprender el juego narrativo en el marco lingüístico depurado. El punto 3- ampliará los atributos de ese inter-juego narrativo, sus reglas dinámicas y permitirá un paneo del tipo de actividades ligadas y el tipo de operaciones propiamente prefigurativas de lo social implicadas en el acto de narrar. El punto 4- aportará una comprensión de algunos aspectos de la pragmática dinámica del lenguaje esbozada en los puntos precedentes y permitirá comprender la utilidad del vocabulario tropológico al interior de esta ontología del lenguaje y esta teoría ampliada de la narrativa como prefiguración de lo social.

La tarea que se nos impone ahora entonces es ir *más allá de White*, para extender y ampliar la propia teoría whiteana, en la convicción de que nos ha abierto generosamente las puertas para indagar en un continente que desconocíamos, el de los lenguajes históricos tropológicamente informados. Podremos ampliar, modificar y extender la teoría en sentidos imprevistos y extraños quizás, pero no podremos en modo alguno desconocer el rico legado y el promisorio espectro de posibilidades que inauguró el sendero metahistórico.

Si es que permanecemos atentos al carácter de la filosofía de la historia después de *Metahistoria* nos encontramos entonces con que nosotros, al igual que Mink, tampoco podemos olvidar lo que hemos aprendido.



## 5- Una prisión llamada mundo: hacia una depuración de la ontología del lenguaje

Este capítulo acomete la tarea de ejercer una relectura crucial: la tesis whiteana de la *irreductibilidad* y la crítica anti-escéptica tal como las hemos venido tratando hasta aquí se encuentran discutiendo veladamente –y no tanto- acerca de la *idea misma de tener un lenguaje*, donde lo que está en debate es si el sustento referencial de las aserciones se revela normativo y si la intermediación lingüística se revela epistémicamente productiva, generando con ello sus propios problemas. Pero ¿qué quiere decir *sustentar* una aserción? ¿cómo procede tal cosa? ¿es el reenvío a lo no lingüístico –correspondencia, *adequatio*- la marca de lo cognitivo? ¿el reenvío es analizable en términos de la mera aserción o enunciado individual o es un entero conjunto de aserciones, creencias, enunciados y proposiciones el que es reenviado a un plano de efectos en pos de su “sustentación”? Es evidente que la filosofía del lenguaje contemporánea ha discutido largamente estos tópicos relativos a los cimientos mismos de nuestras empresas cognitivas y al modelo de la correspondencia especular como imagen adecuada para comprender nuestras prácticas lingüísticas. En particular considero especialmente apropiado el tratamiento que Donald Davidson ha realizado de cuatro tópicos que, entiendo, cubren los cuatro interrogantes desplegados en este párrafo: el *status* ontológico del lenguaje (su ataque a la presuposición de necesidad de intermediaciones epistémicas), su matriz dialógica e intersubjetiva (el modelo de la *triangulación*), la posibilidad de una visión *coherentista* del conocimiento (distinción entre causalidad y justificación) y el *holismo* (propiedades de la dinámica y evolución de los sistemas de creencias). Por lo tanto me apoyaré fundamentalmente en él, y en algunas marcaciones distintivas pero convergentes formuladas por Willard van Orman Quine y por Richard Rorty para articular una respuesta genérica a la pregunta de qué implica *tener* un lenguaje.

Ese mismo marco teórico puede servirnos, sostengo, para re-contextualizar la tesis whiteana en torno a los *estilos*, la administración “creativa” de horizontes alternativos y los concomitantes señalamientos críticos que tal tesis sugería. En particular respecto del hecho de que la segunda crítica, anti-relativista, operaba postulando un trasfondo efectual unitario que lidiaba mal con el fenómeno del pluralismo irreductible en torno a la interpretación del pasado. En este sentido una versión ampliada y depurada del narrativismo podría apelar más bien al tipo de espacio común dialógico que surge de una consideración *monista anómala* de un plano de eventos y acciones y de la aplicación del *principio de caridad* como guía regulativa de la práctica interpretativa de ese mismo plano. El reconocimiento de la pluralidad irreductible de vocabularios por medio de los cuales tratar lingüísticamente la “realidad” no impide el reconocimiento de la existencia de un *monismo ontológico* (la posibilidad de que todas las fases de estado sean tratadas, aunque trivialmente, por apelación al vocabulario de la descripción en

términos físicos y causales) que a su vez no resulte ser reductivo. (hay descripciones en otros vocabularios distintos al físico o causal –por ejemplo el de las adscripciones de creencias e intenciones, i.e. el vocabulario “mental”- que resultan ser irreductibles al primero). La posición *monista* (tropologizante) *no reductiva* (irreductibilidad de los estilos) del narrativista parece inaceptable para el anti-narrativista no por su monismo, sino por su carácter no reductivo, pero esto no es más que un efecto del compromiso del último con la idea del lenguaje como intermediario epistémico y con la noción de lo cognitivo como intervención guiada y correlacionada con estados de cosas idealmente transcritos a un vocabulario definitivo.

El énfasis reductivo respecto de los vocabularios en el anti-narrativista (donde la adecuación normativa al referente y la concepción mayormente descriptivista del lenguaje empleado cumplen un papel crucial) requiere su justificación no por remisión a un supuesto plano efectual metafísicamente unitario describable en términos materialistas (algo en lo que el narrativista bien puede acordar, especialmente acerca de lo último, o declararse agnóstico, especialmente respecto de lo primero, si es que hemos de seguir las objeciones de Danto y Mink a esta idea) sino por *explicitación de lo que entiende por vocabulario* (y por “lenguaje”). Como objeto unitario que intermedia causal y epistémicamente el lenguaje parece derivar en ese compromiso reductivo. Pero en tanto que espacio de prácticas causalmente inserto, que media causal pero no epistémicamente, espacio desmenuzado en conjuntos y constelaciones de compromisos y estados de creencia, tal énfasis reductivo no parece justificarse en absoluto.

El vocabulario de cobertura causal o fisicalista tiene aspiraciones unitarias, ciertamente, pero eso no quiere decir que “la realidad sea una”, ya que las aspiraciones son las del vocabulario (y sus hablantes), no “las de la realidad”. El reconocimiento de una ontología monista no nos arroja al relativismo y tampoco aborta la existencia de vocabularios irreductibles que resulten empíricamente equivalentes. Una vez comprendido lo que supone “tener un lenguaje”, en la medida en que se conciben múltiples e irreductibles vocabularios como tipos de prácticas verbales reconocibles, y en tanto esas prácticas remiten a espacios de interacción en entornos compartidos, ningún sentido interesante puede extraerse de estas ideas en la dirección escéptica o relativista que supone el anti-narrativista. *Los rasgos dialógicos y pragmáticos del lenguaje en una matriz plural irreductible de vocabularios no nos arrojan a “mundos distintos” o archipiélagos inconmensurables. Hay más para la interacción lingüística en un mundo compartido que la adscripción unitaria de un plano hacia el cual las prácticas necesariamente convergen*, y es ese plus invocado por el narrativista –un plus del cual se desprenden muchas consecuencias teóricas de gran importancia para el futuro de esta investigación- el que su oponente desestima, suponiéndole una mera reversión de las afirmaciones reductivas que él parece suscribir de manera entusiasta.

A la comprensión entonces de los aspectos claves de la ontología del lenguaje de Davidson es que se dedicarán las siguientes secciones, en la creencia de que la misma entrega el contexto amplio en el cual una consideración más ajustada del hacer narrativo puede articularse. Si esto es así, en los próximos capítulos podremos establecer las modulaciones más propias por medio de las cuales la práctica historiográfica entrega configuraciones distintivas, en la forma de lenguajes históricos que se desenvuelven mayormente en el marco que la ontología davidsoniana del lenguaje habilita.

a) “Objeto lenguaje”

Los lenguajes históricos, se nos dice en el marco de estas discusiones whiteanas, se constituyen por medio de mecanismos tropológicos. Ahora bien, ¿cómo sabemos que tales cosas existen, cómo conocemos efectivamente las entidades postuladas para explicar otro dominio, “aparente”, de objetos? Este típico problema del “tercer hombre” se le presenta a la tropología también. El mismo problema se le había presentado a Platón en el *Parménides* esto es, el problema de cómo se conocen las entidades postuladas para explicar otro dominio de objetos (Rorty, 1993; 84-85). La existencia de un orden lógico que sirve para contextualizar, concebir, describir o enmarcar un dominio percibido, y que es la condición de posibilidad de otra forma de conocimiento, genera inmediatamente la pregunta de cómo se justifica la apelación a tal orden. Si el mismo se concibe en relación a otro orden lógico superior, se produce una inmediata regresión al infinito. Si, por el contrario, ese orden lógico primero es su propia *ratio cognoscendi* se genera la pregunta inmediata acerca de por qué el ámbito al cual aquel orden explica sin ser explicado no puede auto-justificarse o contextualizarse sin apelar a otro orden que lo contenga y lo determine. Este problema irresoluble habilita, en la consideración del lenguaje y su “otro-inefable”, un esquema similar: se debe postular una condición de posibilidad de la descripción y los usos lingüísticos que es ella misma indescriptible, no lingüística.

Según David Pears (Pears, 1988) esta visión típica del lenguaje se encuentra regida por la idea de que “podemos ver más lejos de lo que podemos decir. Podemos ver todo el trayecto hasta el extremo del lenguaje, pero las cosas más lejanas que vemos no pueden expresarse en enunciados porque son las precondiciones para decir cualquier cosa” (ibíd.; 146-147). Esta visión del lenguaje, no obstante, resulta tributaria de la visión romántica que considera a la expresión como auto-motivada y encapsulada en un cautiverio putativo. “Un problema con la noción de un lenguaje es que (...) no se ha brindado ningún principio satisfactorio de individuación” de la misma (Quine, 1969; 142). Tendríamos una idea del “cautiverio” del lenguaje en tanto y en cuanto pudiéramos definir la idea del mundo que nos perdemos al estar encerrados. Pero, en palabras de Emerson, “no hay un exterior, una cerca, una circunferencia que nos rodea” (citado en Rorty, 2007; 109), y, en palabras de Rorty, “no hay nada por fuera del lenguaje respecto de lo cual éste intente adecuarse” (ibídem.). Entendemos la figura de la prisión por remisión a otra

cosa, pero si podemos definir aquella otra cosa, no entendemos la idea de en qué sentido permanecemos cautivos o limitados en el marco de lo verbal. Esto es, la clave radica en la noción de “extremo del lenguaje”, o límite, tanto por lo que supone como por las alternativas que descubre. Al tener límites un lenguaje se revela como

a-un *objeto* en sí mismo (estructurado en torno a un nodo reconocible con funciones sistemáticas)

b- con *agencia*, es decir, capacidad de perseguir propósitos autodeterminados, que pueden “frustrar” a los usuarios del lenguaje

c- con *contornos* definidos oposicionalmente respecto de una “otredad” no lingüística

d- con *poderes causales* (interacción causal con objetos, eventos y estados no lingüísticos).

Como puede verse, algo del compromiso con la idea objetual de un lenguaje se transparenta en la pregunta misma que orienta esta parte de mi investigación: qué significa *tener* un lenguaje, siendo el lenguaje algo que uno puede *tener*, como una muñeca o un título habilitante. En el curso de esta segunda parte del recorrido indagatorio deberemos precisar el sentido de *tener* de un modo tal que reformule y evite en lo sustantivo esta agenda de problemas.

Una interpretación muy limitada del narrativismo, que ya hemos analizado, implica creer que mientras los lenguajes históricos “aparentan” estar regulados por el flujo de estados y acaecimientos en el mundo, en lo “profundo”, “en realidad”, están determinados por los mecanismos topológicos. Por eso es que White habla de “infraestructura o estructura profunda” del discurso histórico y por eso es que en ocasiones se interpreta al narrativismo como una forma de “determinismo lingüístico”. Por lo tanto la base profunda del modelo obra como nuestro “tercer hombre”, y es a ese obrar al que he destinado mis consideraciones críticas en el capítulo precedente. Pues bien, una primera tentación, en lo concerniente a este esquema de profundidades, consiste en remitir los tropos, sin más, a formas de conciencia, esquemas organizadores del flujo de la experiencia, “paradigmas, proporcionados por el lenguaje mismo, de las operaciones por las cuales la conciencia puede prefigurar áreas de experiencia que son cognoscitivamente problemáticas a fin de someterlas después a análisis y explicación” (MH, 43). “Así concebido, un discurso constituye en sí mismo un modelo determinado del proceso de conciencia, por el que un área de experiencia (...) se asimila por analogía” (White, 2003; 71) a otras áreas sentidas como ya comprendidas. La asimilación es parte del proceso de conciencia. El discurso es un modelo de aquel.

Sin embargo White mismo evita confundir ambos planos, cuando postula que en realidad el de los tropos “es un modelo que se repite persistentemente”, lo que permite incluso hablar de un largo linaje de teóricos que “descubre” y asocia el esquema tropológico como “modelo de las formas de asociación mental característica de la conciencia humana” (ibíd.; 85). Los tropos serían así “patrones transformacionales” (ibíd.; 89) sumamente ubicuos, que llevarían a muchos analistas a creer que están “descubriendo” los rasgos de ciertos procesos de percepción y cognición cuando, ciertamente, no están más que suscribiendo a una convención en el modo de describirlos<sup>25</sup>. Los conjuntos simbólicos pueden aglutinarse sobre la base de procedimientos tropológicos en la conciencia (si tal ámbito se concede que existe) pero “en la medida en que nos ocupemos de estructuras de conciencia estaremos familiarizados con éstas sólo en tanto se manifiesten en el discurso (...) La conciencia se aprehende más directamente en el discurso” (ibíd.; 98-99)<sup>26</sup>. En resumidas cuentas,

“la tropología es una teoría del discurso, no de la mente o de la conciencia. Aunque supone que no se puede evitar la figuración en el discurso, la teoría, lejos de implicar un determinismo lingüístico, busca proporcionar el conocimiento necesario para una libre elección entre diferentes estrategias de figuración (...) no considera que la percepción está determinada por el lenguaje en el que se escribe. Como teoría del discurso, la tropología tiene mucho que decir acerca de la representación, pero nada acerca de la percepción” (ibíd.; 171).

Por lo tanto no tenemos ni determinación ni libre creación. El lenguaje, como hemos visto, es considerado una estructura *mediadora* entre la conciencia y el mundo que la conciencia habita –siendo ésa una de las herencias del modelo de Jakobson tal como lo vimos en el capítulo dos-. La tarea del “tropólogo” consiste en reconstruir la gramática discursiva implicada por tal o cual adopción tropológica, explicitar los compromisos ontológicos derivados de los protocolos de composición informados por la configuración simbólica. En esta versión del narrativismo que *no deseo adoptar*, el lenguaje “produce” discurso referido al pasado, y los tropos son los criterios protocolares para que ese discurso pueda ser elaborado. Como *artefacto mediador* el lenguaje histórico en forma de discurso no distorsiona u oculta ningún aspecto de la realidad. Por el contrario, más que un obstáculo es un mecanismo habilitador. Así, tenemos la conciencia por un lado, el mundo por el otro, y una instancia intermedia, sin la cual nada podríamos saber o decir de la primera<sup>27</sup>, que es aquella que al mismo tiempo nos permite la configuración

---

<sup>25</sup> Recuerdo ahora que la prioridad del discurso y la teoría de los tropos como modelo explicativo frente a los atributos de aquello con lo cual el esquema tropológico es relacionado se dirime, en opinión de White, gracias al hecho de que, en la medida en que nos interesa la articulación pública de conjuntos simbólicos será “una terminología derivada del estudio de los artefactos verbales” la que podría “reclamar prioridad” (ibíd.; p.99). He tratado esta cuestión en el capítulo dos.

<sup>26</sup> Dicho sea de paso, esto nos deja dos posibilidades. O bien la conciencia es la base del discurso (“lo determina”, lo que sea que esto quiera decir), pero es inefable e inaccesible lingüísticamente o bien dado que no podemos aprehender las manifestaciones de la conciencia como no sea a través del discurso no deberíamos comprometernos con discusiones acerca de aquello respecto de lo cual haríamos bien en permanecer agnósticos. En White hay inclinaciones ambiguas acerca de este punto.

<sup>27</sup> Pero lo importante conceptualmente es que “existe” y, ya sea que seamos “agnósticos” o correspondentistas, en la teoría whiteana hay algo para decir acerca de la relación entre la estructuración de la conciencia y la estructuración del lenguaje. “El lenguaje es caracterizado más adecuadamente como siendo (...un...) instrumento de *mediación* entre la conciencia y el mundo que esa conciencia habita” (TOD; 126) el subrayado es mío.

significativa en la primera y la intervención práctica en el segundo. En resumen, teniendo en cuenta el lugar del “objeto lenguaje” en esta versión de la teoría whiteana podemos decir lo siguiente:

- 1- Las formas específicas del lenguaje histórico se constituyen tropológicamente.
- 2- Los tropos son procedimientos protocolarios de segmentación ontológica en el discurso, permitiendo postular los objetos, estados y relaciones que constituyen el dominio o rango que el discurso pretende cubrir.
- 3- El discurso es un artefacto orientado a la producción de significado con vías a la orientación práctica y cognitiva del sujeto (o más modestamente, del usuario del lenguaje) en el mundo.
- 4- El lenguaje es un medio posibilitador que se tiende entre dos entidades pre-existentes, y tiene sus propias finalidades (orientación teleológica, endo-orientada, auto determinada), derivadas de su estructuración sistemática (vg. tropológica).
- 5- La mediación lingüística permite la reapropiación por parte del sujeto o usuario del lenguaje de un entorno “extrañado”.
- 6- Que el entorno pueda “extrañarse” al sujeto es la manifestación de las brechas conceptuales que se tienden entre el sujeto (la conciencia), el lenguaje (o usos del lenguaje) y el entorno (“la realidad”).
- 7- El ámbito lingüístico mediador “produce” una constelación de creencias que, en virtud del carácter estructural del primero, tiende, aunque nunca logra, la conformación sistemática y coherente de la segunda.
- 8- El carácter mediador, estructurado y “abismal” del lenguaje genera la posibilidad de marcos alternativos, estructuraciones paralelas o sistemas de creencia empíricamente equivalentes que pivotan en torno a la misma realidad, y sin embargo comportan compromisos ontológicos diferentes.
- 9- La tropología permite establecer protocolos de traducción entre esos marcos alternativos. La utilidad de la tropología se revela, así, doble: permite comprender la estructuración del lenguaje ordinario y permite arbitrar metalingüísticamente entre léxicos y gramáticas alternativas.

Las proposiciones 1 a 9 comportan diferentes implicaciones. Las tres primeras (1 a 3) apuntan a justificar la adopción del marco tropológico en la consideración de los lenguajes históricos. Las tres segundas (4 a 6) intentan constituir una ontología del lenguaje como esfera

mediadora entre el sujeto, el yo o el usuario del lenguaje y el mundo o la realidad. Las tres últimas (7 a 9) avanzan concepciones específicas del objeto-lenguaje así constituido. Las tres primeras constituyen el núcleo teórico (que comparto) del narrativismo. Las tres segundas generan una visión del lenguaje que porta consigo las semillas del escepticismo y que dentro de la ontología con la que se compromete difícilmente pueda evitar que germinen. Nos arrojan en suma a los términos de la visión acerca del “objeto-lenguaje”. Las tres últimas delinean una imagen “sistematizadora” del lenguaje que conduce a la idea del mismo como sistema coherente de creencias o de representación y que lleva a preguntarse por el fantasma del relativismo y los esquemas alternativos del mundo.

Vale decir, extendiéndose más allá de lo que el canon whiteano propone, las proposiciones 4 a 6 delinean una ontología del lenguaje que permite el resurgimiento de las preocupaciones escépticas, relativistas e idealistas. Las últimas tres (proposiciones 7 a 9) nos arrojan a las opciones de hierro de la *paradoja de Kellner*. Lo que discutiré entonces es esto: el narrativismo no debería ser concebido como una teoría que habilita el escepticismo o el relativismo en torno al conocimiento histórico; explicitar el rechazo a ambas posturas resulta fundamental para la comprensión de la obra de White. La tropología, en conjunto con ciertas dosis terapéuticas de la visión del lenguaje de Davidson, puede constituir una imagen posibilitadora, no determinista, de los procesos constitutivos del lenguaje histórico. A esbozar esa visión se dedica el resto de esta sección.

### i- El lenguaje como medio: el problema del escepticismo

Hay razones para sospechar que el narrativismo tiene muchos motivos para lamentar la resurrección de la cuestión escéptica, en primer lugar porque al poner en primer plano el aspecto constitutivo del lenguaje lo que se estaba intentando hacer era, tomando prestadas palabras de Richard Rorty, “ir más allá del realismo y el idealismo, cesando de contrastar el mundo representado con nuestras formas de representarlo” (Rorty, 2007; 157). Ese ir más allá no supone en modo alguno el tipo de reversión que expande el aspecto constitutivo del lenguaje hasta el borde del anti-realismo,

“El metafísico tradicional está perfectamente en lo correcto al insistir sobre la independencia de la realidad y nuestra responsabilidad cognitiva por hacer justicia a todo aquello que describamos; pero la imagen tradicional de una realidad que dicta la totalidad de las descripciones posibles de una vez y para siempre [...no capta el modo en que...] estamos constantemente modificando los modos en los que el lenguaje puede responder por la realidad” (Putnam, 2000; 55).

Términos tales como “realidad”, “razón”, “lenguaje”, “significado” o “referencia” “son fuentes de profunda perplejidad filosófica. Sin embargo, la solución no consiste simplemente en rechazar estas palabras” (ibídem.). Las restricciones externas a la manipulación verbal de esos términos no deben conducir a la creencia de que

“el término «realidad» debe referir «a una única supercosa», en lugar de poner atención a los modos en los cuales renegociamos incesantemente —y nos vemos *forzados* a renegociar— nuestra noción de realidad a medida que nuestro lenguaje y nuestra vida se desarrollan (ibid.; 56).

Naturalmente la clave reside en aclarar el estatuto de ese *forzamiento*, y si el mismo requiere el utillaje clásico en torno al lenguaje como mediación, en términos de una intermediación epistémica entre usuarios del lenguaje y “mundo”. Pero ¿qué es lo requerido por la mediación? “Lenguaje” puede designar aquí un ámbito metafísico u ontológico, un objeto plural compuesto por marcas y ruidos, o puede re-enviar a la concepción de un espacio de prácticas de interacción, una abreviatura de una constelación pragmática instanciada de manera contingente.

El punto fundamental en lo que sigue es que entre el lenguaje, cuando es concebido como una “estructura común claramente definida”, con sus límites e “intenciones” y el orden de aquellas cosas que escapan a la representación y al lenguaje (y la preceden) se establece una relación tensa, de inadecuaciones in-eliminables, que suscita innumerables problemas ontológicos y epistemológicos. Al tener *límites* un lenguaje se revela como un objeto con poderes causales, estructurado, con funciones reconocibles, con propósitos autodeterminados y con contornos definidos oposicionalmente (respecto de un “otro” inefable) (Rorty, 2000a; 350).

Así puede apreciarse que si su estructura y su función es de mediación y representación, presumiblemente por esas mismas características es posible que se susciten “problemas de contacto” ya sea que las finalidades del medio lingüístico estén auto o hetero-determinadas<sup>28</sup>. En este sentido, las proposiciones 4) a 6) no consiguen tener otra finalidad más que la de generar tales dilemas. El problema de las representaciones (como objeto-lingüístico aprehendido mentalmente) y el del contacto constituyen en realidad un único asunto, ya que el primero genera las dudas acerca del segundo:

“si el objeto (el lenguaje como representación) *no está* conectado con el mundo nunca podemos llegar a saber cosas sobre el mundo teniendo a ese objeto ante la mente (...) Por otro lado si el objeto *está* conectado con el mundo, entonces no puede estar enteramente ante la mente en el sentido relevante” (Davidson, 2003; 70).

Por el contrario, si evitamos el problema de la representación como objeto intermediario (epistémico) crucial en la formación de creencias acerca del mundo podemos apreciar que todas las conexiones que se requieren entre los usuarios del lenguaje y los objetos y acaecimientos se limitan a las causales (Rorty, 1991a; 164-166). De este modo la salida a todas estas aporías y tensiones ineliminables consiste en cambiar la manera de pensar el lenguaje, ya

---

<sup>28</sup> Así definido no es extraño que surjan espléndidas y a la vez terroríficas visiones del lenguaje como “prisión”, como “medio inescapable” y como “cedazo constitutivo” que terminan por delinear una fantasía en torno a la posibilidad de ser “engañados” por tan magnífico artefacto que puede desconectarnos de nosotros mismos y de todo lo demás, volviéndonos ajenos y extraños a todo aquello que nos parece irrenunciablemente inmediato, próximo, propio. Una visión tal se termina apreciando en Ankersmit (2005), como veremos en el capítulo siete.



sea en cuanto a su estructuración, sus alcances, sus poderes causales y sus modos de intervención. Es en ese sentido que la apelación a la filosofía del lenguaje davidsoniana resulta relevante. La concepción del lenguaje de Davidson

“nos pide que pensemos al ser humano como un ser que trafica con marcas y ruidos para alcanzar fines. Hemos de concebir esta conducta lingüística como una conducta continua con la conducta no lingüística, y entender que ambos tipos de conducta sólo tienen sentido en tanto y en cuanto podemos describirlos como intentos por satisfacer determinados deseos a la luz de determinadas creencias” (Rorty, 1993; 90).

El objetivo de postular esta visión consiste en evitar la *reificación* del lenguaje, la creencia de que éste es algo que tiene extremos, que forma un todo limitado o que puede convertirse en un objeto de estudio diferenciado. El lenguaje no es un objeto, sino un espacio que habitamos o “un órgano por medio del cual entramos en contacto directo con nuestro entorno” (Davidson, 2007, de aquí en más referido como TLH; 131), habiendo devenido en un modo de “percepción proposicional” (ibíd.; 135). “No hay una cosa tal como un lenguaje aparte de los sonidos y marcas que la gente realiza, y los hábitos y expectativas que los circundan” (ibíd.; 131). El lenguaje es, así, un ámbito de comportamientos sociales estabilizados en torno a determinadas prácticas, prácticas que constituyen redes carentes de centros o estructuras de determinación, y que siempre pueden ser re-descritas, re-contextualizadas y resituadas al interior de otra red de prácticas sociales. Así las cosas podemos concebir tentativamente a los tropos whiteanos –volveré a esto en el capítulo siete- como estabilizaciones o convenciones en la adopción e interpretación de los protocolos que regulan la composición de ontologías históricas, evitando las disquisiciones en torno a la conciencia y las dudas escépticas. El lenguaje no es un mediador epistémico, no tiene una orientación teleológica ni tiene una estructuración sistemática que *produce* coherencia en las constelaciones de creencias, aunque puede proponérselo.

De esta manera el “problema del contacto” es resignificado al interior de una distinción que resulta fundamental en la filosofía davidsoniana del lenguaje: aquella que se tiende entre *causación* y *justificación*. Esa distinción a su vez está relacionada con dos aspectos clave en la filosofía de Davidson. Por un lado, su posición *materialista*. Por el otro su posición *no reductivista*. Esto es, siendo el materialismo “la tesis metafísica según la cual el mundo está constituido únicamente por objetos, estados y eventos físicos, es decir, por objetos que tiene descripciones verdaderas en el lenguaje de las ciencias físicas” (Moya, 1992; 13), Davidson “no presenta tendencia alguna hacia la eliminación del discurso mental” (ibídem.), el cual resulta extremadamente útil en la caracterización de las acciones y las atribuciones intencionales. “Los eventos y estados pueden tener, además de la descripción física, otras descripciones verdaderas no menos legítimas desde el punto de vista epistemológico” (ibíd.; 13-14). Esto es relevante porque para la caracterización de las acciones humanas podemos encontrar que las descripciones en términos materialistas pueden resultar verdaderas pero extremadamente

triviales. Podemos por tanto considerar el comportamiento humano tanto en términos causales (derivados de la descripción en términos materialistas) como en términos intencionales, donde el dominio es relevado por intermedio de un vocabulario que remite a razones, en virtud de las cuales el comportamiento es justificado. Tenemos por tanto un *régimen descriptivo propio e irreductible de la acción humana y un vocabulario descriptivo amplio –aunque eventualmente trivial- en términos fiscalistas o materialistas*. Esta duplicidad de los vocabularios es lo que impide la desconexión total de la conducta intencional respecto de la noción de un mundo entendido en términos materialistas, y al mismo tiempo coarta las intenciones reductivas y “expansionistas” del fiscalismo o materialismo. “La conducta intencional es un proceso causal como cualquier otro, aunque la describimos e interpretamos de tal manera que la singularizamos frente a otros procesos causales, otorgándole precisamente el aspecto racional que le es característico” (ibíd.; 19). La acción intencional aparece así entonces como un proceso descriptible tanto como conducta racionalmente justificada y como proceso causal físico. Esto es, un *mismo* evento es caracterizable en términos físicos o en términos propios del vocabulario mental o intencionalista. *Los estados mentales son estados físicos bajo otras descripciones* (ibíd.; 23). Pero “la adscripción de predicados (propiedades) mentales y la de predicados (propiedades) físicos están regidas por principios constitutivos diferentes” (ibíd.; 25). La primera se rige por el principio constitutivo de la coherencia y la racionalidad

“en el sentido de que no podemos atribuir inteligiblemente un estado mental (una creencia, un deseo, una intención, etc.) a un agente salvo en el marco de una teoría global sobre sus estados mentales que atribuye al agente un amplio grado de coherencia y racionalidad. El contenido de cada estado mental deriva de su lugar en este contexto global (holista) regido por principios de coherencia racional” (ibíd.; 25)

Así no es que “el lenguaje produce coherencia”, sino que el principio normativo del vocabulario intencional la postula, lo cual es muy distinto. Ese principio se vincula con las tesis *monistas anómalas y holistas* sostenidas por Davidson, que abordaré más adelante, y nos entrega una concepción de la mente regida por el principio normativo de la coherencia y la racionalidad. Ese principio encuentra su punto en las reglas de justificación que vinculan a unas creencias y estados mentales con otros. Esas reglas implican adoptar una perspectiva externalista, en vez de internalista, respecto a las expresiones de una persona, en la cual “en vez de pedir a una persona que distinga entre las creencias y deseos cuyo abandono no puede imaginar (...) y el resto” (Rorty, 1991a; 165), se abandona la introspección y la creencia de que algunas creencias tienen un apoyo cualitativamente distintivo respecto de ciertas otras creencias. En la perspectiva externa, por el contrario, lo único que pueden apreciarse son gradaciones en “la tozudez de una persona antes de abandonar la creencia” (ibídem.), pero eso no como un indicio de un *status* específico de la creencia tozudamente sostenida, sino como puesta en relación entre dicha creencia y otras creencias que son las que contextualmente *justifican* y alientan la tozudez. Esto no reenvía “al mundo” como soporte directo de la creencia, sino que exige una comprensión más extensa, amplia e inclusiva de la conducta genérica de la

persona de cara a sus creencias, y de las vinculaciones que establece entre el centro y la periferia de su encuadre de creencias, tal como puede relevarlas un observador externo. Como resultado de esta visión de las creencias, en la medida en que se pretende que en apoyo de una de ellas puede advenir “directamente” un estado de cosas invocado en términos causalistas y fiscalistas, se están entremezclando prácticas y vocabularios (materialista, intencional) regidos por principios constitutivos diferentes (causalidad y racionalidad, respectivamente).

En este sentido puede verse que el argumento escéptico colapsa la distinción entre “contacto” causal y justificación epistémica, sosteniendo lo epistémico en la remisión al contacto causal. Pero si adoptamos el punto de vista davidsoniano no hay problemas especiales de conexión entre “nosotros” y el mundo, en el sentido de que no hay intermediarios epistémicos entre la “mente” y la realidad, en la forma de “ideas”, datos de los sentidos, etc. Y tampoco hay un apoyo fundamental que la idea del contacto causal pueda brindar a la justificación de la creencia.

A lo largo de su obra<sup>29</sup> Davidson deja en claro que en su visión no hay un modo inteligible de argüir que hay problemas de conexión con el mundo (SIO; 19), y que la idea de que hay problemas de contacto es tributaria de la imagen de la mente como *forum internum*, de manera que el problema del escéptico no puede suscitarse.

“Introducir en la cadena causal pasos intermedios o entidades, como sensaciones u observaciones, sólo sirve para hacer más obvio el problema epistemológico, pues si los intermediarios son simplemente causas, no justifican las creencias que causan, y si suministran información, pueden estar engañándonos. La conclusión es obvia: puesto que no podemos tomar juramento de veracidad a los intermediarios no debemos permitir intermediarios entre nuestras creencias y sus objetos en el mundo. Desde luego hay intermediarios causales. De lo que debemos guardarnos es de los intermediarios epistémicos” (MMA; 83; SIO; 202-203)

El problema más palmario con la idea de intermediación epistémica es que depende de una imagen de lo mental en la cual

“la mente es un teatro en el que el yo consciente contempla un espectáculo cambiante (las sombras en el muro). El espectáculo consiste en «apariencias», datos sensoriales, *qualia*, lo dado en la experiencia. Lo que aparece en el escenario no son los objetos ordinarios del mundo que el ojo exterior registra y el corazón ama, sino sus pretendidos representantes. Todo lo que sabemos del mundo exterior depende de lo que podemos espigar a partir de las claves interiores” (MMA, 147; SIO, 67).

El problema con esta descripción de lo mental consiste en que no puede especificar de qué manera es posible abrir un camino allende “las sombras en el muro” y más allá de las “circunferencias” que nos rodean y de qué manera puede localizarse el yo en ese cuadro. Pero la dificultad insalvable reside en especificar el tipo de entidad que la mente puede “acoger” ante sí al tiempo en que manifiesta fiablemente los contornos del mundo exterior.

---

<sup>29</sup> En los ensayos reunidos en *De la verdad y la interpretación* (Davidson, 1990; referido de aquí en más como VEI), en *Mente, mundo y acción* (Davidson, 1992; de aquí en más MMA), en *Subjetivo, intersubjetivo y objetivo* (Davidson, 2003; de aquí en más SIO) y en *Truth, language and history* (Davidson, 2007; ya referido como TLH).

“Si tener un pensamiento es tener un objeto «ante la mente» y la identidad del objeto determina de qué pensamiento se trata, siempre habrá de ser posible estar equivocado acerca de lo que uno piensa, pues, a menos que lo sepa todo sobre el objeto, siempre habrá algún sentido en que no sepa qué objeto es (...) El único objeto que cumpliría los requisitos gemelos de estar «ante la mente» y de determinar también cual es el contenido de un pensamiento tendría que, como las ideas e impresiones de Hume, «ser lo que parece y parecer lo que es». No hay objetos semejantes, ni públicos ni privados, ni abstractos ni concretos. (...) Las proposiciones no pueden a la vez determinar los contenidos de nuestros pensamientos y estar subjetivamente garantizadas” (MMA; 151).

Por el contrario, en un enfoque externalista, dadas las interacciones causales con nuestro entorno podemos discernir patrones o “saliencias” en él, patrones que obran como bisagras en la comunicación por medio de la convergencia de las causas y la diferenciación de la conducta que liga a las palabras y a las cosas. “La comunicación empieza allí donde convergen las causas: tu emisión significa lo mismo que la mía si la creencia en su verdad es causada sistemáticamente por los mismos eventos y objetos” (MMA, 94; SIO, 213).

“La cuestión depende simplemente del modo en que se establece la conexión básica entre palabras y cosas, o entre pensamientos y cosas. Yo mantengo (...) que dicha conexión se establece mediante interacciones causales entre las personas y determinadas partes o aspectos del mundo. Las disposiciones para reaccionar de forma diferenciada ante objetos y eventos situados en ese marco son de central importancia para la interpretación correcta de los pensamientos y el habla de una persona” (MMA; 140)

Esto es, Davidson sostiene que no hay problemas de contacto especialmente preocupantes, pero *a la vez* el único contacto es causal. El mundo no “hace verdaderas” a las creencias, y por lo tanto, nos movemos en el marco de un esquema coherentista de la verdad, en el cual solo unas creencias vienen en auxilio de las creencias, y solo un enunciado puede hacer verdadero a otro enunciado (MMA, 79; SIO, 122, 198; VEI; 199). Esto supone que todas nuestras creencias pueden ser verdaderas o falsas, y que evaluaremos las relaciones de justificación entre ellas para asignar valores de verdad a las mismas, pero no podremos admitir que *todas* ellas puedan estar equivocadas al mismo tiempo (SIO; 197). La duda genérica acerca de la posibilidad de estar *completamente equivocados acerca de lo que creemos* marca el punto de ruptura y contradicción inherente entre el coherentismo y el escepticismo. No hay manera “de *confrontar* nuestras creencias, una a una o en conjunto, con aquello sobre lo que versan” (SIO; 198). El partidario del coherentismo no puede aceptar que la garantía de la creencia “provenga de fuera del sistema de creencias, aunque nada en el interior del mismo proporcione apoyo alguno” (ibídem.). La remisión a sensaciones, percepciones o trazas evidenciales no mejora las cosas. Esas relaciones serán causales, pero no fundamentan la creencia. “Las sensaciones causan algunas creencias, y en este sentido son la base o fundamento de esas creencias. Pero una explicación causal de una creencia no muestra cómo y por qué se justifica esa creencia” (ibíd.; 201). “Cualquier cosa que cuente como evidencia o justificación para una creencia debe provenir de la misma totalidad de creencias a la que ella pertenece” (ibíd.; 216). Esto explica por qué la crítica escéptica al coherentismo exige la total confrontación de las creencias con el mundo, pero “una confrontación así no tiene sentido alguno” (ibíd.; 202), ya

que “no sirve de nada buscar una fuente de justificación fuera de las otras oraciones que se tienen por verdaderas” (ibíd.; 203), en el intento estéril de anclar palabras u oraciones a “rocas no verbales” (ibídem.).

“De acuerdo con esto sugiero que abandonemos la idea de que el significado o el conocimiento se fundamenta en algo que cuenta como fuente última de evidencias. Sin duda, el significado y el conocimiento dependen de la experiencia, y la experiencia en último término de la sensación. Pero éste es el «depende» de la causalidad, no de la evidencia o la justificación” (SIO; 205).

Es este esquema coherentista el que genera el problema propiamente interpretativo, siendo en realidad la existencia de dos modos alternativos de descripción lo que parece poner complicadas las cosas. Pero ese pluralismo no expresa más que la posibilidad plural de vernos o como agentes guiados por el principio constitutivo de la racionalidad, o como sistemas físicos altamente complejos, sumisos al principio constitutivo de la causalidad. En este marco plural “no es el *hablante* el que debe llevar a cabo la hazaña imposible de comparar su creencia con la realidad: es el *intérprete* el que debe tener en cuenta la interacción causal entre el mundo y el hablante para averiguar lo que quiere decir el hablante, y por tanto lo que el hablante cree” (SIO; 242-243). La posesión de un pensamiento o creencia es individual, pero su contenido no lo es. “Los pensamientos que formamos y que nos ocupan se ubican conceptualmente en el mundo que habitamos y sabemos que habitamos junto con otros” (ibíd.; 298).

El lenguaje entonces es un dispositivo a-teleológico que articula redes dispersas, constelaciones de creencias informadas por convenciones estabilizadas y recurrentes (analizables empírica e históricamente) de prácticas verbales y no verbales, para cuya interpretación se requiere el esfuerzo comprensivo generado “a partir de una información dispersa, un entrenamiento afortunado y un conjeturar imaginativo” (MMA; 152). Las constelaciones pueden o no aspirar a la coherencia y a una mayor “sistematicidad”, pero al estar informadas tropológicamente —si es que hemos de leer davidsonianamente a White, y whiteanamente a Davidson— deberíamos estar advertidos que el tipo de coherencia buscada no es lógica ni aspira a convertir a los sistemas de creencias en conglomerados deductivos. Los sistemas de creencias anhelan en todo caso la reproducción y la estabilidad de los marcos previos, los sistemas precedentes (en torno a “creencias tozudas”), y cuando esos marcos no pueden sostenerse los sistemas enfrentan mutaciones y reconfiguraciones que también se encaran tropológicamente, alterando patrones inferenciales por medio de saltos y figuras metafóricas, transvaloraciones en los modos de atribución semántica. La tropología puede ser vista así como una teoría de los ciclos de articulación, reproducción, alteración y superación de constelaciones de creencias, siendo éstas no más que configuraciones contingentes que admiten tabiques, cesuras y valores contradictorios. Sobre este punto son relevantes las “paradojas de la irracionalidad”, la manera en que los hablantes habilitan la división de su sistema de creencias como resultado de los forzamientos causales en interjuego con el principio normativo de la

racionalidad y coherencia del encuadre de creencias (MMA, 73-97, 101-102; Moya *op.cit.*, 26-38). La función de los tropos, en esta whiteanización de Davidson, consiste en administrar esas irregularidades, paradojas y divisiones por medio de procedimientos propiamente tropológicos, de acuerdo a convenciones o paradigmas disponibles culturalmente relativos al tratamiento de las anomalías. Así vistos, los tropos *son* los procedimientos verbales constitutivos de esas convenciones.

Volveré sobre estos temas en el capítulo siete. Por el momento lo que me interesa es desarticular el concepto de “objeto lenguaje” como aquello que anida tras la idea misma de *mediación*. Cuando el énfasis en la práctica lingüística conduce a la preocupación escéptica acerca de la incapacidad para representar verbalmente ciertos aspectos de la realidad, o en torno a la imposibilidad de “conocer” en virtud de tales y cuales aspectos de la mediación, tal preocupación se sustenta en el equívoco papel del “objeto lenguaje” como ámbito común claramente delimitado que ejecuta una intermediación epistémica entre nosotros y un entorno que puede “extrañársenos”. Pero entonces la intermediación epistémica que sugiere este modelo, y el modelo mismo, están generando *la posibilidad misma* de estar extrañados de nuestro propio entorno. La propuesta aquí consiste entonces en impugnar esta visión que se esconde detrás de la posición escéptica. El lenguaje no es un “medio” en ese sentido, sino un conjunto de prácticas causadas y causantes de estados de cosas descriptibles en términos tanto de un vocabulario materialista como de uno mentalista. La idea de que como conjunto de prácticas es esencialmente disyunto de cierto estado de cosas o de cierto otro conjunto de prácticas se nos vuelve escasamente inteligible, en la medida en que justamente prejuzga aquello que estamos discutiendo: qué entendemos por “mediación” del lenguaje.

## ii- El lenguaje como esquema: el problema del relativismo

Por lo tanto la interpretación de las proposiciones 7, 8 y 9 debe ser revisada. El lenguaje aunque procede de acuerdo a reglas no es sistemático (7), y por lo tanto no debería “producir esquemas” (8), entre los cuales la tropología puede arbitrar (9) *a priori*. Son conocidas las objeciones que, desde Davidson en adelante, se han hecho de la idea misma de un esquema conceptual. El relativismo conceptual vía esquemas exige la distinción entre datos inmediatos y formas o construcciones propias de la actividad de pensamiento. Esto es, se reconoce un sustrato compartido ante el cual se erigen distintos esquemas alternativos; existe, de esta manera, por un lado “lo dado de manera no interpretada, los contenidos no categorizados de la experiencia” (SIO; 75), el registro o la observación y por el otro la teoría, el contenido y la visión del mundo. Este dualismo genera a cada paso brechas y desconexiones que no pueden ser salvadas, ya que “debería haber una fuente última de evidencia, el carácter de la cual pueda especificarse totalmente sin hacer referencia a aquello a favor de lo cual es evidencia” (*ibíd.*; 77), como paso previo a volver comprensible tal dualismo. Pero éste es el terreno conocido del

“tercer hombre” parmenideo y de las terceras entidades tal como venimos recorriéndolo hasta aquí. Si tales fuentes fueran “auto-especificantes” lo mismo podría predicarse de las entidades precedentes (o de cualesquiera otras), por lo que no serían necesarias construcciones ulteriores. Si no son auto-explicativas se genera o bien una argumentación circular o bien una regresión al infinito que postula otras entidades ulteriores. Por lo tanto la idea de un dualismo de esquema y contenido no sirve para aislar, enfrentar y resolver el problema para el cual se postula como solución –comprender el problema del relativismo conceptual-. “El relativismo conceptual es una doctrina temeraria y exótica, o lo sería si pudiéramos comprenderla bien” (VEI; 189). El problema reside por tanto en comprender la propuesta de “esquemas irreductibles” que son los que generan el aserto relativista.

“La metáfora dominante del relativismo conceptual, aquella de los puntos de vista diferenciados, parece poner al descubierto una paradoja subyacente. Tiene sentido hablar de distintos puntos de vista, pero sólo si existe un sistema coordinado común en el cual representarlos; sin embargo, la existencia de un sistema común contradice la pretensión de una incomparabilidad profunda” (VEI; 190)

La incomparabilidad sólo tiene sentido si no podemos “traducir” o interpretar lo que anida en un esquema en términos comunes inteligibles para los que emplean o “habitan” otro esquema. “El estudio de los criterios de traducción es por lo tanto una forma de poner el acento en los criterios de identidad de esquemas conceptuales” (ibídem.). Los esquemas conceptuales pueden identificarse con “lenguajes”, y en este sentido “no es posible que alguien pueda ocupar un punto de observación para comparar esquemas conceptuales desprendiéndose temporariamente de los suyos propios” (VEI; 191). Pensamos (para comprender y traducir) empleando los modos y compromisos del lenguaje con el que interactuamos regularmente con los demás. Luego apreciamos los límites del proceso mismo de traducción, en el cual resulta difícilmente concebible que admitamos la posibilidad de un fallo completo de traducibilidad. La comprensión de la conducta física y mental de los otros requiere la atribución a los otros de actitudes tales como creencias, deseos e intenciones. La relación entre la capacidad de traducir el lenguaje de alguien, comprender su comportamiento y describir sus actitudes es muy cercana. Si no pudiéramos hacer una cosa, tampoco podríamos hacer las demás, y estaríamos fracasando en considerarlo como un *otro* al que deseamos comprender. Y estaríamos suscribiendo con ello un dualismo “de esquema total (o lenguaje) y de contenido ininterpretado” (VEI; 193). Pero ese dualismo entra en relación con los dogmas del empirismo que Quine nos ha invitado a abandonar (Quine, 2002; 61-91).

“El dejar de lado la distinción analítico-sintética no ha probado ser de ayuda para comprender el relativismo conceptual. La distinción analítico-sintética se ve explicada no obstante en términos de algo que puede servir para apuntalar al relativismo conceptual, esto es, la idea de contenido empírico. El dualismo de lo sintético y lo analítico es un dualismo de oraciones, algunas de las cuales son verdaderas (o falsas) tanto por causa de lo que significan como por causa de su contenido empírico, mientras que otras son verdaderas (o falsas) sólo en virtud de su significado, careciendo de contenido empírico. Si descartamos el dualismo, abandonamos la

concepción de significado que él conlleva, pero no tenemos que abandonar la idea de contenido empírico" (VEI; 194).

Así en lugar del dualismo analítico-sintético y del reduccionismo asociado a ese dualismo se conserva la idea de que el lenguaje engloba un esquema conceptual. Pero este segundo dualismo (de esquema y contenido, de organización lingüística y contenido empírico) es el tercer dogma del empirismo que debemos dejar atrás. La idea de "un sistema organizador y de algo que espera ser organizado no puede estatuirse como inteligible y defendible" (ibíd.; 195). El lenguaje como fuerza organizadora de algo a la espera de ser organizado, en concomitancia con el fallo de inter-traducibilidad asociado a las organizaciones plurales irreductibles, requiere para resultar comprensible la apelación a *algo* que sea neutral y esté situado por fuera de todos los esquemas. Ese algo es lo que explica qué es lo organizado, o ajustado, o puesto en relación. "El problema es que la noción de ajustarse a la totalidad de la experiencia, como la noción de ajustarse a los hechos, o de ser fiel a los hechos, no agrega nada inteligible al simple concepto de ser verdadero" (ibíd.; 199). Para este último concepto no necesitamos la función mediadora y organizadora de los esquemas, ni sumar nuevas y complejas entidades al universo respecto de las cuales la evidencia funja como tal. "Nada, ninguna *cosa*, hace verdaderas las oraciones y las teorías: ni la experiencia ni las irritaciones de superficie, ni el mundo pueden hacer verdadera una oración" (ibídem.). "Los enunciados son verdaderos o falsos en razón de las palabras que se emplean en su construcción, y son las palabras las que tienen conexiones interesantes, detalladas, convencionales con el mundo" (ibíd.; 62), en virtud de la "relación entre oraciones, hablantes y fechas" (ibíd.; 63). Esto contribuye a desactivar cualquier noción correspondentista que postule que son las *cosas las que hacen verdaderas a las oraciones*, más que las relaciones de coherencia y justificación que se tienden entre las creencias expresadas oracionalmente en contextos delimitados.

La noción de esquema conceptual, en la medida en que requiere la apelación a un repertorio fijo de significados o a la intelección de un tipo de realidad neutral frente a las teorías no parece en este sentido especialmente prometedora. Ni el relativismo de los esquemas conceptuales, ni la idea contraria de que la humanidad toda "comparte un esquema y una ontología comunes" (ibíd.; 203) conducen a la profundización de la interpretación de los otros. Pero podemos pensar en una ruta alternativa en la cual

"al dejar de lado la dependencia del concepto de una realidad ininterpretada, de algo exterior a todos los esquemas y a toda la ciencia, no estamos renunciando a la noción de verdad objetiva: todo lo contrario. Dado el dogma de un dualismo de esquema y realidad, llegamos a la relatividad conceptual y a la verdad relativa a un esquema. Sin este dogma, esta clase de relatividad se derrumba sin remedio. Damos por sentado que la verdad de las oraciones continua siendo relativa al lenguaje, pero eso es todo lo objetivo que puede llegar a ser. Al dejar de lado el dualismo de esquema y mundo no dejamos de lado al mundo, sino que restablecemos un contacto sin mediaciones con los objetos familiares cuyas travesuras y extravagancias hacen a nuestras oraciones y opiniones verdaderas o falsas" (VEI; 203).



Estos señalamientos convergen con los de la sub-sección precedente en el propósito de descomponer al gran “objeto-lenguaje” en “usos lingüísticos”, y con ello también difuminar la imagen del lenguaje como medio, esfera autónoma, de contornos definidos que “organiza” un sustrato fijo o delimitado y que entrega por tanto esquemas u organizaciones relativos, intraducibles e irreductibles que conducen al relativismo. Una vez dicho esto, no es necesaria una gran teoría sobre un gran objeto.

“La idea de que hay una división básica entre la experiencia no-interpretada y un esquema conceptual organizador es un profundo error nacido de una imagen esencialmente incoherente de la mente como una espectadora pasiva pero crítica de un espectáculo interno. Una explicación adecuada del conocimiento no apela a tales intermediarios epistemológicos” (SIO; 90).

El lenguaje es una práctica social susceptible de análisis empírico. Ese análisis puede ser realizado por un intérprete preocupado por los usos concretos del lenguaje y que tenga entre sus atributos la capacidad de contextualizarlos, tanto en lo relativo a los usos normales, exitosos o convencionales (donde se despliegan los habituales problemas de la comunicación, la traducción, el significado, la causación, la referencia etc.) como en lo referente a aquellos usos heterodoxos, disruptivos o anómalos (y aquí surge el problema de la “apertura a otros mundos”, la contingencia, el cambio cultural, la metáfora, etc.)<sup>30</sup>. Esta variación problemática del análisis empírico del lenguaje es el comienzo del recorrido teórico, no su término. “El lenguaje es un arte social. Para asimilarlo no disponemos de más medios que unos indicios sugestivos, intersubjetivamente disponibles, que indican qué puede decirse y en qué circunstancia” (Quine, 1975; 13). Entendido así el lenguaje lo que debe articularse es una teoría de la interpretación para el análisis externalista de la práctica lingüística, teoría que en una filiación quineana es generada por Davidson y que abordaré en la próxima sección.

Volviendo a White, la tropología es una herramienta útil para converger con esa teoría de la interpretación no escéptica ni relativista, porque está especialmente entrenada y preparada para abordar al lenguaje como *praxis* social, reconstruir e interpretar la gramática y los protocolos lingüísticos y reconocer los compromisos ontológicos que se tienden por detrás. Adicionalmente la tropología no se encuentra inicialmente comprometida ni con la estabilidad ni con la variación de las constelaciones de creencias, tratándolas más bien como momentos analíticos discernibles al interior del recorrido dialéctico de aquellos compromisos. La actitud ante los mismos es a la vez *externa y distanciada*, “retirándose” y revisando críticamente el sentido mentado de la *praxis*, los contenidos supuestos del discurso y los avances introspectivos de la primera persona, y *comprometida con un mismo horizonte de pertenencia*, en la medida en que es el reconocimiento de lo que compartimos con los otros (la imposibilidad de una

---

<sup>30</sup> Sobre este punto son clásicos Davidson (1990) y Rorty (1991a), a los que volveré en la siguiente sección. Véase también el inter-juego entre convención y ruptura en Frye (1963, 39-51; 1977 y 1980), al que volveré en el próximo capítulo.

inconmensurabilidad total o discontinuidad insalvable del espacio de prácticas y de creencias; si la hubiera ¿cómo sabríamos que “son” prácticas y creencias que, adicionalmente, resultan ser totalmente discontinuas?) lo que habilita el trasfondo categorial que permite analizar la diferencia de las prácticas sociales, y la posibilidad hermenéutica misma de la comprensión. “Al hablar soy tanto hablante como oyente, y puesto que el descubrimiento de mí mismo como persona es también el descubrimiento de otras personas a mi alrededor, es el descubrimiento de hablantes y oyentes distintos a mí” (Collingwood, citado en SIO; 299). El reconocimiento del hecho de compartir un mundo no nos arroja a un páramo en el que se desvanecen todas las diferencias. Más bien lo que se afirma es que el grado de comunidad requerido por el intento hermenéutico especifica la base interpersonal e intersubjetiva de nuestro conocimiento proposicional. “Cuando miramos al mundo natural que compartimos con otros, no perdemos contacto con nosotros mismos, sino que más bien reconocemos nuestra pertenencia a una sociedad de mentes” (SIO; 299).

Sin el distanciamiento formal el intérprete quedaría preso de los compromisos asumidos por el hablante o el discurso a interpretar, en un seguidismo esterilizante. Sin el trasfondo compartido no habría *hermeneusis* posible –ni siquiera reconoceríamos la situación como requiriendo algún tipo de interpretación- ni percepción de los otros como tales –como “teniendo un comportamiento”-, como sujetos capaces de intervenir en “realidad” alguna. En otras palabras, la figura del intérprete radical en Davidson y la del “tropólogo” whiteano que discierne una gramática histórica son dos versiones de la misma persona.

El narrativismo así explicitado no debería generar el temor a recaer en la trillada controversia entre realistas, idealistas, escépticos y relativistas. La filosofía del lenguaje representada por Davidson, y la filosofía de la historia de White (y como veremos más adelante, la teoría literaria de Frye) tienden a converger en una visión del lenguaje que lo sitúa como continuo en la *praxis* social y en el espectro variable del comportamiento humano, y que renuncia a generar imágenes de extrañamiento, discontinuidad y solipsismo, en la convicción de que las mismas son deudoras de una concepción del lenguaje atada a los abismos de la representación como intermediario innecesario, a los contornos de un objeto-lenguaje inexistente y a la persistente creencia en que ese objeto comporta una estructura sistemática que tiene la capacidad de cobrar vida propia, en la forma de esquemas o concepciones alternativas irreductibles. La tropología, en caso de arbitrar, lo hace *ex post*, analizando constelaciones verbales específicas, a-sistemáticas, usos discretos del lenguaje en el contexto del comportamiento global de quienes así proceden con variados propósitos. No hay nada paralizante o “relativista” en el reconocimiento de la especificidad, contingencia e historicidad de esas articulaciones. Más bien se constata el aliento a comprender el funcionamiento de la articulación gramatical, para todo lo cual se postula la necesidad de adoptar el marco propio de

la *interpretación radical* davidsoniana si es que hemos de profundizar nuestra mirada a esos protocolos lingüísticos irreductibles, cuestión a la que consagraré la próxima sección.

b) *Interpretación radical, principio de caridad y teoría social de la interpretación*

El problema de la interpretación es uno “foráneo” y doméstico a la vez. En la medida en que para comprender a otro deben desplegarse una serie de procedimientos hermenéuticos específicos, es irrelevante si intérprete y hablante comparten o no el mismo lenguaje. Eso no obstante, en el caso del desconocimiento palmario del lenguaje de los hablantes, las exigencias conceptuales del proceso de interpretación se hacen más evidentes, en tanto que pueden pasar desapercibidas en caso de que los lenguajes de intérprete y hablante converjan o se solapen parcialmente. El artificio metodológico de la interpretación “foránea” muestra lo que de todas maneras es nuestra actitud interpretativa ordinaria, aspecto que no debemos olvidar en nuestra comprensión global de la posición de Davidson.

La figura relevante entonces aquí es la del “antropólogo” de campo o etnólogo que arriba a un ámbito determinado respecto del cual debe interpretar el comportamiento global y las intenciones de los agentes, sus creencias y sus emisiones lingüísticas. La dificultad estriba en que no puede dar por sentado ni el significado, ni las intenciones ni cuáles sean las creencias que motivan el comportamiento “nativo” observable. En este marco “debe abandonarse toda esperanza de un método universal de interpretación” (VEI; 139) y debe apoyarse para su tarea en evidencia plausiblemente disponible para un intérprete, evidencia que “pueda establecerse sin un uso fundamental de conceptos lingüísticos tales como significado, interpretación, sinonimia y similares” (ibíd.; 140). Que tales conceptos son derivativos más que originarios es parte del legado quineano que Davidson trasunta (Quine, 2002; 62-66), legado que enfatiza el modo en que tales conceptos tienden a expandir la ontología requerida para la interpretación, postulando entidades tales como significados, intenciones y sentidos.

“La escasa simpatía de Davidson hacia esta actitud no se debe tan sólo a una tendencia hacia la *sobriedad ontológica*, sino también, y sobre todo, a su pobre valoración de las virtudes explicativas de las entidades postuladas. Al postular estas entidades no se ha hecho sino reificar el problema con el que tropezábamos, no resolverlo” (Moya, *op.cit.*, 28; el subrayado es mío).

Lo que interesa en el proceso de interpretación no es hallar *algo* que vuelva significativa el habla, sino entender procesualmente cómo es que comprendemos efectivamente lo que otros dicen. La *interpretación radical* surge a partir del hecho sugerido por Quine de que “no hay razón para creer que solamente hay un manual aceptable para traducir un lenguaje en términos de otro (...) Habrá una gran cantidad de manuales de traducción igualmente aceptables, que diferirán respecto de los objetos a los que se presume refieren o respecto de los cuales son verdaderos los términos singulares y predicados” (TLH; 71). “Podemos confeccionar manuales

alternativos de traducción de una lengua a otra, de modo que todos ellos sean compatibles con todas las disposiciones verbales y, sin embargo, incompatibles entre sí” (Quine, 2001; 24)

Dado que no hay “una única referencia de un término singular, ni una única extensión de un predicado” (TLH; 72), el intérprete radical construye una teoría aplicada del significado de las emisiones aparentemente lingüísticas de los hablantes, utilizando para ello dos insumos básicos: el comportamiento observable de los sujetos en relación con sus entornos, y la actitud *presupuesta* en los hablantes de que tienen por verdaderas las creencias emitidas. Creencia, verdad y significado convergen en la defensa del argumento de que “una teoría de la verdad, modificada para su aplicación a un lenguaje natural, puede usarse como teoría de la interpretación” (VEI; 142). Las creencias pueden entonces considerarse como “actitudes humanas que conectan una teoría de la verdad con los asuntos humanos” (SIO; 261). Es el papel de la creencia lo que vincula verdad y significado:

“Lo que consideramos verdadero –lo que creemos- determina lo que queremos decir o significamos y, por tanto, indirectamente cuándo son verdaderas nuestras oraciones. Creer algo no hace que sea verdadero, pero crea una presunción de que lo es” (SIO; 262)

La interdependencia de creencia y significado vincula el hecho de que un hablante sostiene que una oración es verdadera en virtud de lo que significa y debido a lo que él cree. Esto implica a su vez que tener una creencia “exige además apreciar el contraste entre creencia verdadera y creencia falsa (...) quien tenga una creencia acerca del mundo (...) debe captar el concepto de verdad objetiva” (ibíd.; 285). Davidson realiza con ello una “inversión” del procedimiento de Tarski, el cual empleaba una noción primitiva de traducción para definir la verdad. Por el contrario, el procedimiento davidsoniano “consiste en tomar a la verdad como básica y extraer una explicación de la traducción o interpretación” (VEI; 146). Al proceder de este modo se adopta un punto de partida metodológico en el cual “se pretende resolver el problema de las interdependencias de creencia y significado tomando a la creencia como constante hasta donde sea posible en tanto se resuelve el significado” (ibíd.; 148). Esto se consigue asignando las condiciones de verdad a las oraciones extranjeras de manera que pueda decirse que el hablante tiene razón cuando es plausiblemente posible, según el punto de vista de lo que es correcto para el intérprete. “El procedimiento lo justifica el hecho de que tanto el desacuerdo como el acuerdo son inteligibles sólo dentro de un marco de amplio acuerdo” (ibídem.).

Esto vincula el proceso interpretativo a lo que se denomina *principio de caridad* (Quine, 1975; 87-90; 100; Quine, 1969; 46). Este principio expresa el hecho de que ante la necesidad de adjudicar un sentido a las palabras de un hablante y la necesidad de encontrar un sesgo coherente a sus creencias, lo mejor que podemos hacer es elegir “una teoría de la traducción que maximice el acuerdo” (VEI; 115).

: “No puede esperarse que toda la evidencia se oriente de la misma forma (...) La política general, sin embargo, consiste en elegir condiciones de verdad que funcionen lo mejor posible para hacer que los hablantes consideren verdaderas a las oraciones cuando (de acuerdo con la teoría y con la visión de los hechos del constructor de la teoría) esas oraciones son verdaderas”(ibíd.; 161).

El objetivo de todo esto no persigue la meta ridícula de hacer desaparecer el error, el disenso o la diferencia. La indiferencia no es un vicio mejor que la inconmensurabilidad, desde el punto de vista de una teoría de la interpretación. Tampoco se presume que el principio “dicta una única traducción preferible o teoría de la verdad; en general los datos pueden ser acomodados de múltiples modos, debido a que es posible compensar un cambio en las condiciones de verdad asignadas a un enunciado proferido por un hablante, por medio de un cambio en las creencias atribuidas al mismo” (TLH; 75).

“La idea es más bien que sólo el acuerdo amplio da el marco dentro del cual pueden interpretarse disputas y errores. La tarea de dar un sentido a las emisiones y conducta de los otros, aún a su conducta más aberrante, nos exige encontrar una gran dosis de razón y de verdad en ellos. Ver un exceso de sinrazón en los otros es simplemente socavar nuestra capacidad de comprender a qué se debe que sean tan poco razonables. Si la vasta dosis de acuerdo sobre temas corrientes que se supone en la comunicación escapa a la atención, esto es porque las verdades compartidas son demasiadas y demasiado insípidas como para ser dignas de mención” (ibíd.; 162).

Este principio metodológico orientará al intérprete en tanto acumula evidencia del hablante, de su comportamiento, de las atribuciones de creencia que parecen resultar pertinentes. De esta manera la interpretación constituye un *proceso* en el cual se relevan los contenidos de las creencias por remisión a determinados rasgos del entorno, en la convicción de que el *principio de caridad* exigirá que, “en los casos más básicos”, lo que el sujeto considere verdadero lo sea también para el intérprete, si es que, en tercer lugar, hemos de atribuirle al hablante la capacidad de pensar y articular encuadres de creencias que aspiran a la coherencia (entendiendo a la coherencia en términos del intérprete, claro).

La indeterminación de la interpretación davidsoniana, como su homóloga quineana (Quine, 1975; 48, 104-112) reenviará entonces a un proceso abierto, en el cual la “traducción” se fijará en relación con los aspectos comunes y compartidos entre hablante e intérprete. “La indeterminación de significado o de traducción”, dice Davidson, “no representa un fracaso en la captación de distinciones significativas; más bien resalta el hecho de que ciertas distinciones aparentes no son significativas. Si hay indeterminación es porque cuando se ha incorporado toda la evidencia, permanecen abiertas formas alternativas de establecer los hechos” (VEI, 163; cf. Quine, *op.cit.*, 111). Por lo tanto la teoría de la interpretación es una herramienta preciosa con la que contamos para articular una *teoría unificada del significado y de la acción*. “En el marco de esta teoría (...) la evidencia ha de servir simultáneamente para asignar significados a las emisiones del agente y estados mentales que hagan inteligible su conducta, incluidas esas emisiones” (Moya, *op.cit.*; 32n).

El intérprete asignará entonces creencias a los hablantes, sobre la base de la atribución al entorno de la capacidad de causar la generación de tales creencias. Los contenidos de las creencias, por tanto, no se derivarán de representaciones mentales privadas o subjetivas, sino que reenviarán a situaciones y eventos comunes e intersubjetivos. Esas situaciones intersubjetivas requerirán para su evaluación un concepto objetivo de verdad, no relativizado a esquemas conceptuales o perspectivas individuales. El error y la falsedad podrán sobrevenir, pero siempre en el marco de un trasfondo de creencias básicas verdaderas que sirva para caracterizar lo sobrevenido. Ese trasfondo estará articulado en torno a la idea regulativa de la coherencia de la creencia: “los errores e incoherencias habrán de ser locales, pues un error o una incoherencia masivos [destruiría] las mínimas bases necesarias para detectar errores e incoherencias locales” (ibíd.; 36). Con ello se atesta el carácter social, común, interpretable, intersubjetivo del lenguaje, en tanto la posesión de creencias, conceptos y significados sólo es inteligible en tanto vincula a los hablantes entre sí y respecto de un entorno común. Es por ello que Davidson se entereva, llegados a este punto en la argumentación, en las atestaciones hermenéuticas de Gadamer en *Verdad y Método*, con la finalidad de profundizar el carácter dialógico, reflexivo, por medio del cual se expresan en el lenguaje contenidos y significaciones.

“Sólo en la comunicación interpersonal puede haber pensamiento, en la aprehensión del hecho de que hay un mundo objetivo, esto es, compartido. No se trata tan sólo de que el propósito de la conversación sea «el entendimiento compartido», sino que también debemos reconocer que sin ese carácter compartido, no hay comprensión en absoluto” (TLH; 274).

Las aporías de la representación que conducen al escepticismo quedan desacreditadas cuando se explicitan los supuestos necesarios para emprender la tarea interpretativa misma. “Las ciencias que se ocupan de la acción intencional humana (...) han de proceder de modo holista e interpretativo, ajustando sus resultados a la evidencia en desarrollo bajo la guía del carácter globalmente coherente de la vida mental y la conducta de los agentes” (ibíd.; 38). Se trata de una tarea propiamente hermenéutica, dialógica, intersubjetiva, ante la cual el extrañamiento, el solipsismo, la “pérdida de contacto” con la experiencia aparecen como nociones ininteligibles. En la próxima sección abordaré las peculiaridades de la concepción holista subyacente en Davidson. Lo que me interesa en este momento es resaltar el aspecto dialógico, situado, contingente, procesual, por medio del cual interpretamos a los otros. “La deseada «relación con el mundo» que los representacionistas temen pueda estar ausente está (...) incorporada en el hecho de que éstas son *nuestras* prácticas –las prácticas de seres humanos vivos reales en interacción causal con el resto de la naturaleza” (Rorty, 1991a; 214). Eso es todo lo que podemos necesitar de cara a las dudas hiperbólicas suscitadas por el escepticismo. Las relaciones entre lo humano y lo no humano se vuelven menos misteriosas en manos de “teóricos de la práctica social” como Davidson, que reniegan de la caracterización del lenguaje y los espacios intersubjetivos humanos como medios o instrumentos: “puede ser el gran error de este tipo de filosofía neokantiana del lenguaje (...) pensar que podemos considerar el lenguaje

como un medio o instrumento" (ibíd.; 216) y que ese medio o instrumento puede generar problemas por su propia cuenta en nuestra "relación con el mundo". "Debemos abandonar la idea de una estructura compartida claramente definida que los usuarios del lenguaje adquieren y luego aplican a casos" (TLH; 107). Conocer cómo funciona el lenguaje no es distinto a conocer nuestra posición en el mundo en general (ibídem.).

El lugar del principio de caridad en esta argumentación es fundamental, ya que entrega una comprensión graduada del margen de error, inadecuación, divergencia y falsedad contenido en cualquier encuadre de creencias sostenido por un hablante, pero siempre en el marco de una común pertenencia a un mundo compartido por hablante e intérprete. En vez de observar las diferencias en los comportamientos como irracionalidades y "desviaciones" respecto de una norma supuesta, se nos exige metodológicamente reconstruir la coherencia y aspiración sistemática de los marcos de creencia relevados, antes de emprender la tarea de postular marcos inconmensurables e islas interpretativas inabordables recíprocamente. Sencillamente, "el gramático" y etnólogo radical no pueden nunca darse ese lujo. En este sentido el paralelismo con las concepciones de lo ideológico relevadas en el capítulo precedente (sección d-) es estimulante. El modelo de lo ideológico como "desviación" conduce pronto a la paradoja de Mannheim, en la cual el analista de lo ideológico se ve arrastrado él mismo al espectro de lo ideológicamente situado. Como "distorsión" obtenemos una comprensión muy limitada del fenómeno de lo ideológico. Por el contrario en la medida que vemos su aspecto integrador, identificador, vinculante, el fenómeno de lo ideológico se vuelve inteligible tanto cuando opera, legitima y funciona un determinado marco de autoridad, como cuando cristaliza en posiciones dominantes en el marco de las cuales se hace evidente su lado negativo, de "distorsión". Pero la distorsión se vuelve comprensible sólo como parte y en el marco de la orientación más básica de la función legitimadora de lo ideológico, y esta a su vez puede considerarse en su remisión a un plano originario de integración y configuración identitaria, trasfondo primigenio en el que el resto de los atributos de lo ideológico adquiere una inteligibilidad superior.

Análogamente, el principio de caridad obra como el fundamento *integrador* de los trasfondos mayormente coherentes, significativos y verdaderos de los encuadres de creencias relevados, en los cuales adquieren inteligibilidad las divergencias, los hiatos y las disrupciones que son las que exigen, situada, contextualmente, la tarea interpretativa misma. En este sentido la interpretación radical se monta como un procedimiento metodológico para intersectar oblicuamente los encuadres de creencias de los hablantes. Los contenidos, las intenciones, los significados mentados por ellos deben ser abordados externa, hermenéuticamente, desde una perspectiva de tercera persona, que facilite la "sobriedad ontológica" y evite la inflación y reificación de las nociones invocadas para explicar la conducta verbal y no verbal de los sujetos. La captura distal, heterónoma, de los modos de significación empleados por los hablantes recupera mucho de los procedimientos que hemos venido

tratando en los primeros capítulos de esta investigación, pero en una clave que evita permanentemente la hipostatización de los elementos empleados para tal tarea. En este sentido se nos recuerda que lejos de reenviar a una consideración objetual, artefactual de la interpretación, se nos sitúa hermenéuticamente en un marco dialógico, procesual, de común pertenencia y de permanente ida y vuelta entre entorno, hablante e intérprete. De este modo adviene, a un mismo tiempo, de manera holista, la comprensión del carácter intersubjetivo de la creencia y del carácter normativo de la verdad en el proceso mismo de atribución de un significado a la conducta de los hablantes. Pero esta caracterización de la ontología mínima del lenguaje requerida para la interpretación no sería completa si no abrevara en dos cuestiones que subtienden el entero tramado hermenéutico: la consideración *monista anómala* del plano de eventos y el carácter *holista* de la creencia y el significado. A ellas estará dedicada la próxima sección.

### c) *Monismo anómalo y holismo*

Lo que Davidson denominó “monismo anómalo” (Davidson, 1982; 207-225) supone el hecho de que las entidades mentales son a la vez entidades físicas, pero que los conceptos mentales no son reductibles por definición a los conceptos físicos. Las premisas que informaban esta propuesta consistían en que 1- los eventos mentales están relacionados causalmente con los eventos físicos, 2- las relaciones causales singulares requieren leyes estrictas y 3- no hay leyes psicofísicas estrictas. La relación causal entre los eventos mentales y los físicos admite el tipo de relación de superveniencia en la cual lo que superviene “es visto como una instancia de una proposición universal que la vincula con aquello respecto de lo cual superviene” (TLH; 186n). Una formulación alternativa de la relación de superveniencia supone que la superveniencia de lo mental en lo físico “puede ser tomada como suponiendo que no puede haber dos eventos idénticos en todos los aspectos físicos pero que sean diferentes en algún aspecto mental” (ibíd.; 187n). Sin embargo la superveniencia implica monismo, pero de ningún modo supone reduccionismo definicional o nomológico (ibíd.; 187). La asunción de que los eventos mentales se vinculan causalmente con los eventos físicos y de que todos los eventos causalmente relacionados instancian las leyes de la física, conduce al monismo. Dicho de otro modo, “los estados mentales son estados físicos bajo otras descripciones” (Moya, *op.cit.*, 23). Sin embargo los conceptos mentales fracasan en ser reducidos a conceptos físicos, y ese fracaso es lo que introduce el elemento *anómalo* en la consideración monista davidsoniana. Las leyes que vinculan los conceptos mentales y físicos no son estrictas, entendiendo lo “estricto” en tanto permita su predicción en principio. La identidad psicofísica se limita a la identidad de casos particulares (*tokens*) y no alcanza la identidad de *tipos* que sería requerida para articular leyes estrictas. La distinción entre casos y tipos es la que permite sostener el carácter anómalo de la versión monista de Davidson. Esta distinción remite a lo que ya hemos visto precedentemente, en torno a los vocabularios y principios constitutivos alternativos de esos vocabularios



destinados a la adscripción de predicados mentales y predicados físicos. Mientras en un caso el vocabulario se orienta en torno a la coherencia, racionalidad y justificación de la atribución predicativa, en el otro el vocabulario se orienta respecto de la atribución causal. El principio de la atribución causal, como hemos visto en las secciones precedentes, converge pero es irreductible respecto del principio de la racionalidad y justificación.

¿Para qué sirve el monismo anómalo? Pues bien, se tiende como un argumento de base en contra de la reducción fisicalista de lo mental y de la extensión de principios nomológicos, o la articulación de leyes estrictas, en el ámbito de las ciencias humanas en general, en tanto “no hay ningún sentido importante en el que puedan reducirse a las ciencias físicas” (Davidson, 1982; 259). Esto marca por un lado la comunión de las distintas empresas cognitivas al interior de un mismo espacio ontológico que puede ser relevado, si bien trivialmente, en términos materialistas, y por el otro entrega a la vez un principio normativo distintivo a las ciencias hermenéuticas (Moya, *op.cit.*, 26). Se trata así de una posición que el propio Davidson caracteriza como *monismo ontológico*, en el cual los objetos y eventos pueden ser rotulados por descripciones definidas en términos del lenguaje de la física, que al mismo tiempo habilita un *dualismo conceptual* en tanto los vocabularios mentalistas y fisicalistas no son reductibles recíprocamente definicional o nomológicamente. Se genera con ello, en tercer lugar, un *pluralismo explicativo* consistente: las ciencias naturales no pueden explicar o predecir plenamente los eventos cuando estos son descritos en términos mentales. Esto se debe, en cuarto término, al hecho de que no hay leyes estrictas deterministas que vinculen los vocabularios irreductibles. Por último, esto exige reconocer que una cosa son las *relaciones* causales y otra las *explicaciones* causales. Las relaciones se dan entre objetos y eventos como quiera sean descritos. Las explicaciones, por el contrario, dependen del vocabulario o de los conceptos utilizados para describir los eventos y formular leyes (TLH; 308-309).

Esta formulación es extremadamente útil para caracterizar algunas de las propiedades de la consideración tropológica del lenguaje de la historia, pero recién retomaré este tema al final del capítulo y más extensamente en el capítulo séptimo. Por el momento lo que me interesa es mostrar de qué manera Davidson hace lugar al monismo ontológico y al pluralismo explicativo y lingüístico, en términos de una irreductibilidad que no hace lugar a relativismo o parálisis cognitiva alguna. Pero ese dualismo puede sostenerse en tanto el principio normativo que orienta el vocabulario de la justificación, la coherencia, la interpretación y la adscripción de predicados intencionales sea comprendido en términos holistas.

El holismo davidsoniano es, en primer lugar, un *holismo de la creencia*. “Se debe tener un gran número de creencias para tener una, por el hecho de que las creencias se individualizan e identifican por sus relaciones con otras creencias. Las creencias se apoyan unas a otras y se dan contenido mutuamente. Las creencias también tienen relaciones lógicas entre ellas” (SIO; 178).

Pero también una creencia requiere otras actitudes básicas, como las intenciones, los deseos... “el carácter intrínsecamente holista de las actitudes proposicionales hace que la distinción entre tenerlas y no tenerlas sea tajante” (ibíd.; 142). En segundo lugar es un *holismo semántico* acerca de la verdad de los enunciados. Siguiendo al Quine de “Dos dogmas...” (Quine, 2002; 86-91), Davidson adhiere al tipo de indeterminación plural que admite reajustes alternativos en el valor veritativo de los enunciados singulares y que considera la posibilidad de sistemas empíricamente equivalentes y mutuamente excluyentes (Quine, 2001; 74). “Cualquier correlación intercultural de palabras y frases, por lo tanto de teorías, será tan sólo una entre varias correlaciones empíricamente admisibles (...) no hay nada respecto de lo cual esa correlación pueda estar unilateralmente en lo cierto o por completo equivocada” (Quine, 1969; 25).

“Un conflicto con la experiencia en la periferia [de nuestro sistema de creencias] da lugar a reajustes en el interior del campo: hay que redistribuir los valores veritativos entre algunos de nuestros enunciados. La nueva atribución de valores a algunos enunciados implica la revaloración de otros en razón de sus interconexiones. (...) El campo total está tan escasamente determinado por sus condiciones-límite –por la experiencia– que hay mucho margen de elección en cuanto a los enunciados que deben recibir valores nuevos a la luz de cada experiencia contraria al anterior estado del sistema. Ninguna experiencia concreta y particular está ligada directamente con un enunciado concreto y particular en el interior del campo, sino que esas ligazones son indirectas, se establecen a través de consideraciones de equilibrio que afectan al campo como un todo” (Quine, 2002; 86-87).

Esto es así en tanto y en cuanto esos sistemas equivalentes (Quine, 2001; 55-74) resuelven de manera disímil los modos en que los enunciados confrontan en conjunto “el tribunal de la experiencia”. Por lo tanto el análisis de esa confrontación exigirá el seguimiento de las “reverberancias al interior de nuestra fábrica de asociaciones intralingüísticas” (Quine, 1969; 16). Esto es, “al problema del error no se le puede hacer frente oración a oración. Lo mejor que podemos hacer es habérnoslas con el error holísticamente, es decir, interpretemos de manera que hagamos a un agente tan inteligible como sea posible dadas sus acciones, sus preferencias y su lugar en el mundo” (SIO; 214). En este punto el holismo contribuye a la efectividad del *principio de caridad* como presunción de fondo respecto de la creencia generalizada verdadera atribuida a los hablantes. Pero también sirve para caracterizar los procedimientos divergentes que pueden encararse en la revisión de los encuadres de creencias ante relaciones causales manifiestas que exigen la modificación de ese encuadre. Cuando se requiere proceder a la revisión no hay reglas estrictas para decidir en qué lugar del marco general de creencias ha de efectuarse esa revisión. “Es una cuestión de «decisión»” (ibíd.; 232). Esta remisión al carácter agenciado de la revisión tampoco compromete el carácter cognitivo del conjunto de procedimientos y encuadres de creencia. Al contrario, el carácter holista de las creencias empíricas vuelve imposible que, dado que nuestras creencias se encuentran ligadas en encuadres coherentes interconectados, *todas* nuestras creencias acerca del mundo sean falsas. Si no fuera así, nos encontraríamos con que una inusitadamente amplia red de creencias continuas respecto de los rasgos del entorno, relacionada causalmente con esos rasgos, se

encuentra no obstante “desconectada” de él en todos los aspectos relevantes. Pero esta misma desconexión supondría que nos quedaríamos sin recursos para “descubrir” la desconexión y para proceder a revisión alguna. “No podemos abrigar creencias particulares falsas (ni verdaderas) acerca de objetos individuales a menos que poseamos muchas creencias verdaderas acerca de la naturaleza de los objetos” (ibíd.; 268; cf. Rorty, 2007; 176).

Por último el holismo implica también un tipo de conexión conceptual necesaria entre lo que nos atribuimos a nosotros mismos en la lógica de la auto-atribución y el conocimiento de primera persona, y lo que atribuimos a los demás y al entorno compartido. “Las conexiones conceptuales entre nuestro conocimiento de nuestras propias mentes y nuestro conocimiento del mundo de la naturaleza no son de naturaleza definicional, sino que son holísticas. Lo mismo vale para las conexiones conceptuales entre nuestro conocimiento de la conducta y nuestro conocimiento de las otras mentes” (SIO.; 292). Estas conexiones reenvían a ese aspecto enraizado, social, de la interpretación de nosotros mismos y de los otros, en el cual se articulan recíprocamente las posibilidades comprensivas de los otros y la medida en que tal comprensión proporciona carnadura al concepto de verdad y al de realidad del cual depende todo pensamiento (ibíd.; 299). Comunidad, interacción, realidad, verdad, interpretación, la claridad respecto de cada uno de estos tópicos es solidaria de la elucidación de los demás. *De esta manera el tinglado filosófico davidsoniano adviene en una modalidad holista respecto de sí mismo*, modalidad que es la que permite pasar de una visión general que impugna la idea misma de un “objeto lenguaje” que da carnadura a los fantasmas escépticos y relativistas, a una visión caritativa y radical del proceso de interpretación. Y es el holismo el que permite el paso de la visión social del proceso de interpretación a una *consideración pluralista respecto de los vocabularios, los conceptos y las prácticas de justificación que, no obstante, se ancla de manera monista y anómala en el ámbito compartido de un único espacio ontológico*.

La sobriedad ontológica de la filosofía del lenguaje de Davidson debería servirnos para establecer el punto de partida en torno a una concepción del intercambio verbal anti-escéptica, anti-relativista que, no obstante, reenvíe a una consideración plural y dialógica del proceso interpretativo que no dependa en nada de las representaciones como intermediaciones epistémicas relevantes. Pero antes de esbozar tal concepción me dedicaré previamente a realizar un breve recorrido por una filosofía de tenor muy similar, preocupada por el lugar de las representaciones y las intermediaciones causales y epistémicas que reenvían a un mundo compartido en un marco materialista no reductivo. Pero esa filosofía apela a una ontología robusta que, sostengo, culmina constituyéndose a partir de la adopción del paradigma de la *teoría del lenguaje-como-mediación* con el resultado de que, en su misma articulación, no puede evitar la continua re-introducción de los espectros escépticos y relativistas que, desde el principio, se propone erradicar. Esa teoría es la de Danto, y a ella dedico la siguiente sección, con la finalidad de mostrar las retrogradaciones posibles en la consideración filosófica de estos

temas, de cara a una reformulación de la teoría whiteana que debe expedirse acerca de la ontología del lenguaje requerida para tal empresa.

d) *Retrogradación I: Danto, episodios cognitivos básicos y triangulaciones*

He tratado la filosofía de Danto previamente<sup>31</sup>, en particular su impugnación del modelo de sentido común que contrapone la narración a un plano de eventos fijo que obra como contraparte ontológica unificada al cual aquella debe adecuarse. La *retroducción permanente* de aspectos del pasado que sólo retrospectivamente adquieren significación se deriva del doble carácter y vinculación del lenguaje respecto del sujeto que lo emplea y del mundo que aquel tematiza. Ese doble carácter nos muestra las aporías presentes en las estructuras temporales densas en las cuales estamos ordinariamente inmersos y la manipulación narrativa y hermenéutica de la idea misma de un marco de locaciones temporales que putativamente fija el plano de eventos con el propósito contingente de acceder a caracterizaciones en términos descriptivos o causales. En esta sección, no obstante, no me propongo tratar la entera filosofía de Danto, sino resaltar por contraste algunos aspectos del tipo de consideración acerca del lenguaje al que arriba en el curso de su obra teórica.

En opinión de Danto el punto de partida de la reflexión filosófica consiste en la aprehensión del modo en que interactuamos con un entorno por medio de relaciones causales. La clave de la interacción reside en las representaciones, las cuales son estructuras semánticas complejas, que *intermedian* entre los entes que realizan la actividad representacional y el mundo, por medio de lo que Danto denomina “episodios cognitivos básicos” (Danto, 1989, en adelante referido como CTTW; xviii, xxii, xxiii, 48). Las representaciones están constituidas por reservas de símbolos. Los símbolos tienen la *propiedad dual* de establecer tanto relaciones causales como semánticas con los demás elementos que constituyen el mundo (APH, 305; Danto, 1981, en adelante referido como TDLC; 127). Por lo tanto, y bajo cierto tipo de descripciones, puede decirse que las representaciones están tanto *adentro como afuera* del mundo. Pertenecen al inventario del mundo y, al mismo tiempo, se sitúan fuera de él (APH; 305). De esta manera “el mundo” entra en *relaciones causales* con los entes representacionales, y a su vez las representaciones establecen *relaciones semánticas* (satisfacción, denotación, referencia, verdad, etc.) con el mundo (CTTW, xviii-xxiii; APH, 305-306). Se configura así el triángulo básico entre sujetos (entes representacionales), representaciones y mundo. Triángulo que supone que el conjunto de la experiencia es analizable de dos modos: episódicamente en términos causales (experiencia no reflexiva ordinaria) y globalmente en términos reflexivos y representacionales. El enfoque de Danto, al cual él mismo denomina *materialismo representacional* supone, por lo tanto, *dos tipos contrastados de relación con la experiencia*:

---

<sup>31</sup> Capítulo 4, sección a), apartado iii-.

relación parte a parte –causal- y relación externa de totalidad –representacional- (TDLC, 127; APH, 305).

En el curso de esa experiencia formamos y sostenemos representaciones que se articulan en el tiempo y nos modifican en el transcurso de su articulación. Las representaciones entran en relaciones semánticas (la más notable de las cuales, según Danto, es la de satisfacción, adecuación o verdad) con el entorno que pretenden representar. Este conjunto de planos y relaciones delinea entonces, la estructura de aquello que Danto denomina “episodio cognitivo básico”. Las representaciones son vehículos semánticos complejos, portadores de significados y a la vez de intenciones referenciales<sup>32</sup>; emplean para ello marcas y sonidos, símbolos materiales y sonoros que son capaces de estructurar la semántica compleja propia del signo. La tríada sujeto-representación-mundo es el punto de partida de la reflexión teórica en Danto, y es a la vez tanto una declaración de principios acerca del carácter mismo de esa reflexión (que apuntará a mantener la complejidad de ese episodio cognitivo básico, sin rendirse a las tentaciones reduccionistas que intentan convertir al triángulo en un vector lineal de determinaciones) como una aseveración acerca de la tarea de la filosofía ante ese triángulo.

La clave del “episodio básico” reside, desde ya, en la doble inserción de las representaciones y en su función intermediadora. La duplicidad de las modalidades conectivas sólo puede establecerse cuando se especifica un ordenamiento topológico ordenado en derredor de la dualidad adentro-afuera. Ese ordenamiento se vuelve crucial cuando se trata filosóficamente el problema de la representación. Probablemente si la filosofía, como sistema reflexivo, no hubiera sido capaz de delimitar un concepto de internalidad-externalidad, la empresa reflexiva misma no hubiera sido posible. Pero “constituye la esencia misma de la filosofía comprometerse en la caracterización de un cierto dominio desde fuera de él (...) y por lo tanto decir cosas que no pueden ser explicadas en términos que derivan su significado desde el interior de esos dominios” (CTTW; 29). Cuando el dominio a ser considerado constituye la totalidad de la experiencia o del lenguaje utilizable, el procedimiento mismo se vuelve difícil de concebir, pero es la tarea misma de la filosofía intentarlo.

Entonces, si las representaciones ocupan el lugar que tienen en el sistema filosófico de Danto es porque a sus funciones mediadoras irreductibles se las considera a partir de un doble modo de inserción –*adentro*, en el flujo causal, y *afuera*, susceptibles de *establecer y sostener valores* semánticos- que es el que genera las aporías y problemas cruciales que producen la necesidad de una teoría de la representación. Sin esa doble inserción adentro-afuera la

---

<sup>32</sup> CTTW, 48, 51. La clave radica en el empleo verbal de la partícula “de” –por ejemplo cuando uno dice “un retrato de Napoleón”- como un adscriptor de significados y, a la vez, como un indicador de algún tipo de relación de satisfacción. Como vehículos representacionales Danto menciona, entre otros, imágenes, impresiones e ideas, así como también proposiciones, nombres, signos y estados mentales. Naturalmente la definición de Danto no aspira a la originalidad; es más, el gesto polémico y original, si se quiere, reside en una caracterización tan tradicional y canónica de la representación a pesar del extendido talante anti-representacional en la filosofía contemporánea.

representación sería una esfera conceptual limitada a la transmisión mecánica de los atributos definidos por los planos entre los que se sitúa, y por ende el *episodio cognitivo básico* no permitiría la articulación semántica compleja ni el surgimiento de las aporías representacionales que movilizan –y justifican la autonomía de– la reflexión filosófica. Las representaciones, dada su posibilidad de situarse adentro y afuera de los planos entre los que intermedian, generan relaciones desiguales y asimétricas (más aún, es su función producirlas) que se vuelven inabordables vía su reducción a las propiedades eminentemente analizables desde uno sólo de ellos.

En resumen, si hay representaciones y problemas representacionales es porque una ontología de entes representacionales causalmente ubicados en el mundo resulta insuficientemente explicativa. La existencia de paradojas semánticas y los modos de darse de la representación brindan la posibilidad de salirse de las estrechas derivaciones lineales a las que conduce un modelo determinista de las relaciones entre la mente y el mundo (ya sea en un sentido –vg. realista–, o en el inverso –vg. idealista–). El doble anclaje causal y semántico de las entidades intermedias del episodio cognitivo básico configura a la vez el problema teórico y la salida filosófica al enigma de la representación.

El así llamado materialismo representacional de Danto apunta a estructurar un modelo básico de interacción entre órdenes ontológicos que si bien se compromete con un dominio de eventos y objetos descriptibles en términos causales, no aspira al reduccionismo típico de otros modelos fisicalistas o materialistas, sino que admite la mera posibilidad de un protocolo de traducción del conjunto de entidades y eventos presupuestos a un vocabulario de estados materiales. En este sentido su postura es similar a la de Davidson. La posibilidad de expresar materialmente la totalidad del dominio a ser relevado no es ni por asomo el *quid* de la cuestión, que radica más bien en el punto de oscilación intermedia que Danto ha buscado permanentemente mantener, equidistante tanto de una posición ingenuamente empirista, legitimadora de un modelo de observación neutral o de acceso directo al flujo de la experiencia –en el cual la tarea interpretativa apenas ocupa lugar alguno–, como de un modo de reflexión intencionalista, psicologista o “mentalista” que apunta a la reviviscencia o empatía con los participantes y afectados por un conjunto de estados y eventos “interiores” –en el cual la perspectiva de primera persona ocluye igualmente las posibles extensiones de la tarea interpretativa que el mismo modelo propone–.

La primera posición corre el riesgo de desatender los aportes que Danto considera claves de la filosofía de la ciencia de Hanson y Kuhn en la reconsideración de la relación entre lo teórico y lo observacional y los aportes mediadores y productivos, y no meramente reproductivos, de las representaciones como estados cognitivos (Goehr, 2007; 21; APH, xi). La segunda posición cae en la trampa de un modelo general de interpretación de débiles

correlaciones semánticas, despreocupada del trasfondo veritativo de los estados materiales, esto es, del espacio conceptual requerido por *aquello que representan las representaciones*. Así virtudes y defectos de ambas posiciones se complementan, al decir de Danto. Lo que resulta sano del empirismo, su compromiso realista, sus preocupaciones veritativo-referenciales, se ve impregnado del desprecio a las tareas mediadoras, productivas y complejas de la representación. Lo valioso del modelo interpretativo general, su énfasis en el carácter productivo y peculiar de la tarea hermenéutica —en la cual ciertamente confluyen dos posibilidades metodológicas, entre las cuales Danto no vacila al enfatizar el carácter privilegiado de la perspectiva externa, configurando así un modelo cognitivo que se opone a todo compromiso con un modelo introspectivo o vinculado a la perspectiva de la primera persona—, se ve complicado por el relativismo descriptivo y la desrealización del horizonte material al que aquella tarea se aplica. Es decir, por ponerlo en otros términos, como “teoría del mundo” el empirismo puede ser salvado, a costa de reformular su deficiente teoría de la representación, la cual ciertamente debe seguir un modelo más propiamente hermenéutico. Este último modelo, a su vez, debe ser depurado de su compromiso con teorías relativistas que afectan las extensiones semánticas y referenciales del mismo hasta volverlo inútil. El santo y seña de esta posición oscilante, por momentos incómoda, podría ser “de la realidad y la interpretación”, o “de la verdad y la interpretación”, con un fuerte énfasis en la partícula inclusiva que conecta ambas tareas.

Podemos ya mismo advertir las similitudes entre muchos de los aspectos de la filosofía de Danto y los atributos reseñados de la de Davidson en las secciones precedentes. La mirada externa, materialista no reductiva, centrada en la comprensión común y en términos filosóficos de los problemas de la verdad y la interpretación en una clave que no comprometa nuestras intuiciones realistas más básicas los hermana. El materialismo no reductivo es similar en ambos, así como también el dualismo conceptual y el pluralismo explicativo que ese materialismo no reductivo habilita, en tanto y en cuanto ambos desconfían de las distinciones empiristas entre lo teórico y lo observacional y entre lo analítico y lo sintético. Al mismo tiempo los intermediarios causales que vinculan a los hablantes y al mundo advienen bajo la modalidad holista propia de los encuadres representacionales o de los marcos de creencias.

Sin embargo el parecido de familia entre las propuestas no debe impedirnos advertir las notorias diferencias que se tienden entre ambas. La más notoria de ellas es el tono *robusto en absoluto “sobrio”* de los postulados filosóficos genéricos de Danto, con particular atención al estatuto ontológico de las representaciones. Las representaciones se tienden ante los sujetos y ante el mundo como un tercer orden ontológico, un espacio conceptual por derecho propio que se vincula dualmente con las otras dos instancias que definen categorialmente la estructura de los episodios cognitivos básicos. Porque esos episodios advienen bajo la forma irreductible de la triangulación entre sujetos, representaciones y “mundo”, es que cualquier modalidad que no

atienda las especificidades ontológicas del orden intermediario será incapaz de rastrear las peculiaridades del mismo. La tarea de la filosofía es así subsidiaria de esta irreductibilidad triangular. Los problemas propiamente filosóficos advienen bajo la forma de una reformulación genérica de la aplicación de nuestros términos semánticos básicos, en un sentido que no es dependiente de ninguna evaluación empírica que, por cierto, podría ser emprendida por cualquier otra disciplina menos por la filosofía. Es por ello que la formulación de los problemas filosóficos adquiere, en opinión de Danto, la forma característica de la discusión en torno a los *indiscernibles*. El trasfondo de la indiscernibilidad es el que muestra las limitaciones empíricas de cualquier modo no triádico de reflexión (esto es, de todos los modos no-filosóficos vinculados a un criterio de realidad que la filosofía justamente se propone problematizar). El filósofo es el único que puede rastrear las aporías e irreductibilidades del doble modo (causal y representacional) en que se inserta categorialmente el lenguaje en aquel triángulo cognitivo básico. Las tentaciones escépticas y relativistas son vistas así como promociones indebidas de alguno de esos modos, particularmente en la forma de una ruptura del carácter triádico del episódico cognitivo básico, elidiendo ora el anclaje causal de las representaciones, ora las extensiones referenciales y propiamente semánticas de la tarea descriptiva respecto de un mundo en el marco de aquel ámbito intermediario. Porque los aspectos causales y semánticos del episodio básico son irreductibles es que el escepticismo y el relativismo se vuelven incomprensibles, en términos de la filosofía de Danto.

Sin embargo este análisis de los episodios cognitivos básicos, anclado en el carácter dual de las representaciones, está montado sobre el mismo esquema potencialmente reductivo que pretende desactivar. La triangulación entre sujetos, representación y mundo es "básica", pero la tarea perenne de la filosofía ha consistido *a la vez* tanto en un constante ataque (idealista, escéptico, existencialista, pragmatista, naturalista) a la estructura triádica con miras a *reducirla*, como en la constante vigilancia y conservación de un espacio analítico propio. Ese espacio se sustenta en los fallos cognitivos y masivos que los episodios de indiscernibilidad introducen en la estructuración básica de un criterio de realidad por parte de quienes sufren esos fallos. Esto es, el problema metodológico que presentan los indiscernibles exige una solución propiamente filosófica: la clave de los *desencuentros ontológicos* es irresoluble en términos de una mera constatación empírica o un uso puramente causal del lenguaje y de las representaciones. El nódulo vital de esos desencuentros reside en tomar por real algo que no lo es, y Danto se esmera en mostrar que la filosofía apunta paradigmáticamente a tratar esos fallos que suponen saltos o hitos cognitivos de primera importancia. Esto se da ya sea en el plano de la metafísica (Descartes) como en el del análisis de la acción moral (Kant), del comportamiento (Turing) o la reflexión en torno al arte (Duchamp, Warhol), entre otros ámbitos (CTTW; 8, 170). ¿Cómo distinguir el sueño de la vigilia, la moralidad de la sujeción externa a la norma, la representación artística de los meros objetos del mundo ordinario? Ninguna disciplina orientada



pragmáticamente puede lidiar con estos casos, ya que desde el inicio necesitan presuponer cierto horizonte de posibilidad y compromiso con ontologías dadas en tren de administrar sus estrategias cognitivas distintivas. La filosofía, en cambio, es “ontológicamente neutral”, ya que es consistente con hipótesis rivales acerca de la experiencia y el mundo, lo que en términos de Danto supone afirmar que la filosofía interviene siempre “desde afuera”, dejando todo como está en términos prácticos, pero cumpliendo una tarea cognitiva de primer orden en la reestructuración de la visión y la delimitación de un criterio de realidad plausible (ibíd.; 25, 192). La filosofía resulta ser entonces el paradigma del análisis externalista como forma reflexiva opuesta al privilegio concedido a la participación, la introspección y la observación o acceso directo a un dominio determinado, el cual simplemente es presupuesto en la modalidad de la conciencia ordinaria y las empresas cognitivas de tipo empírico.

Nos encontramos entonces con que los desencuentros ontológicos conducen al surgimiento de un concepto de realidad; la exteriorización y los modos de conciencia, unidos a las limitaciones perceptuales generan, en los casos de indiscernibilidad, el arquetipo de la situación reflexiva propia de la filosofía; las propiedades de la representación, de la realidad así definida y del carácter estructurado de la conciencia nos entregan una visión de la filosofía como exterior (intersectando oblicuamente) a la experiencia, y por lo tanto ontológicamente neutral. Con ello se compromete conjuntamente a la representación, el materialismo representacional, los sistemas representacionales, los fallos cognitivos, el criterio de realidad y la actividad filosófica. Pero el énfasis global, aditivo, holista, de la filosofía de Danto, a medida que fortalece la coherencia de la propuesta, la debilita, en tanto depende de un tipo de adopción que no admite matices. Y al mismo tiempo no responde al tipo de preguntas que se orientan a la comprensión de esa eventual permanente tentación, a lo largo de la historia de la filosofía, de *reducir el episodio cognitivo básico*. La filosofía en opinión de Danto es “siempre la misma”, el reservorio orientado a la verdad, la disciplina robusta que patrulla los bordes semánticos de nuestra interacción con el entorno, pero a la vez la historia de esa misma disciplina, en opinión del mismo Danto, es el muestrario más cabal de que una sucesión de intentos de apartarse de esa mismidad la inscribe históricamente. La *esencia* de la filosofía será la evaluación externa, intersectando oblicuamente al plano de la experiencia, “dejando todo como está”, pero los intentos de Descartes, Kant y un largo etcétera, al decir mismo de Danto, desmienten que *ésta* sea su *práctica*. La incompatibilidad en términos de la misma teoría, entre la definición esencial y la descripción histórica requiere ulteriores especificaciones, que se nos demuestran faltantes a lo largo de la obra de Danto.

Quiero decir, las efectuaciones filosóficas han tendido a mostrarse implicadas en la creencia de que el patrullar semántico no es toda la filosofía posible y que el “mero” patrullar nos entrega una visión marginal de la actividad filosófica misma, comprometida con la idea de “dejar todo como está” al interior de episodios cognitivos básicos que inevitablemente

engendran dudas acerca de las conexiones al interior de esos episodios. Es porque los triángulos y episodios cognitivos básicos generan una pluralidad de vínculos que aparentan auto-especificarse que la reflexión filosófica se concentra en ellos. Esos vínculos tienden puentes inestables que sustentan la posibilidad del fallo masivo, el desencuentro ontológico y el escepticismo, y por lo tanto no es extraño que se haya trabajado en la dirección de *reducir* el triángulo a una diada más estable.

Pero al mismo tiempo la visión de esos mismos episodios pretende zanjar la cuestión respecto de las dudas que la misma genera. Nos encontramos nuevamente en el terreno del escéptico. Cuando la filosofía lidia con el criterio de realidad como un todo, en términos “neutrales”, el patrullaje semántico no redundante en una consolidación del criterio mismo, sino que es más bien al revés. *Porque* hay un criterio operativo acordado, es que hay un patrullaje posible. Cuando el criterio se vuelve disputado, el patrullaje no sirve para nada. Así las cosas la filosofía es menos una esencia de la cual la práctica puja por apartarse indecisamente, que un tipo de práctica que expresa el relativo acuerdo acerca del tipo de nociones requeridas para abordar, con suerte, el patrullaje semántico.

Por lo tanto la actitud robusta no aporta demasiado a este estado de cosas. Aunque la riqueza del análisis del lenguaje en el cual se expresan nuestros compromisos metafísicos ordinarios acerca del mundo, la temporalidad, la historia y la acción asegura a Danto un lugar importante en nuestro recorrido, el mismo no depende de la adopción de un marco tan *esencialmente contradictorio* para la filosofía. Robusta y todo la filosofía de Danto no desalienta al escéptico ni da una respuesta concluyente al relativismo. Al contrario, su robustez puede perjudicar algunos aspectos prácticos de la filosofía que pueden ser de enorme utilidad en la consideración de la filosofía como una *práctica* que puede intersectar oblicuamente nuestro sentido de realidad, *pero no necesariamente deja las cosas como estaban*. Pero tal consideración práctica de la filosofía, como un tipo especial de patrullaje semántico si se quiere, exige una consideración abierta del tipo de interacciones por medio de las cuales arribamos a la consolidación de un criterio de realidad como el requerido para la consideración filosófica misma. Pero para acceder a una comprensión más profunda de esa consideración, una vez aclarada la ontología *sobria* del lenguaje necesaria, debemos ahondar en las consecuencias prácticas de *otro tipo de triangulación si es que hemos de vadear de manera más consistente los espectros duraderos del escepticismo y el relativismo*.

#### e) *Triangulación, lenguaje y acción*

En la base del tinglado de opciones filosóficas expuestas en las tres primeras secciones de este capítulo –previo al estudio de la retrogradación danteana- se encuentra un tipo de operación que, desde mediados de los años 80, ha ocupado un lugar creciente en la filosofía del lenguaje de Davidson. Esa operación denominada “triangulación” supone que cuando hablamos

es necesario comprender y ser comprendidos por una segunda persona. Naturalmente mucho de lo que llevo dicho en torno a Davidson supone esta operación, pero aquí me propongo resaltarla y llamar la atención acerca de sus consecuencias para el futuro de esta investigación.

No se trata tan sólo de remarcar el aspecto social del lenguaje, ya presente en la filosofía, por ejemplo, de Wittgenstein, ni de resaltar la conformidad del entorno grupal a las preferencias del hablante –que deben adecuarse a ella-, sino de que

“la objetividad que el pensamiento y el lenguaje requieren depende de las respuestas mutuas y simultáneas de dos o más criaturas a los estímulos distales comunes y a las respuestas de uno a otro. Llamo «triangulación» a esta relación a tres bandas entre dos hablantes y un mundo que comparten (...) no es una cuestión de que una persona capte un significado que está ya ahí, sino de una actuación que (cuando se detalla completamente) confiere un contenido al lenguaje” (SIO; 18).

La irreductibilidad de las formas de conocimiento (del yo, de los otros, del mundo compartido) es a la vez la mostración más cabal del carácter holista y co-implicado de ellas: “del hecho de que tenga una cualquiera de estas clases de conocimiento *se sigue* que tengo las otras dos puesto que el triángulo básico es una condición del pensamiento” (ibíd.; 132). Es esa irreductibilidad y co-implicación la que es necesaria para sostener nuestras pretensiones cognitivas, no una innecesaria teoría de la correspondencia anclada o motorizada por representaciones. Apartarse de la correspondencia sin dar la razón con ello al subjetivista supone tomar distancia de aquella no en virtud del hecho de que la confrontación que muestra la correspondencia no implica otra cosa más que la adquisición de una creencia. No se trata de eso ni de la imposibilidad de acceder a una “fatal confrontación de los enunciados con los hechos” (Neurath, citado en SIO; 253). “La objeción real a las teorías de la correspondencia es más sencilla: se trata de que no hay nada con lo que puedan corresponderse las oraciones (...) se puede mostrar que si las oraciones verdaderas se correspondieran con alguna cosa, todas ellas se corresponderían con la misma” (ibíd.; 253-254).

Esto supone que el concepto de correspondencia es trivializado: “la *relación* no tiene ningún interés si sólo hay una cosa con la que corresponderse”, ya que la teoría correspondentista no proporciona un tipo de entidad con la que pueda decirse que se corresponden los vehículos de verdad.

“Si esto es cierto, y estoy convencido de que lo es, deberíamos también poner en cuestión el popular supuesto de que a las oraciones, a sus ejemplares hablados (...) se les pueda con propiedad denominar «representaciones», puesto que no hay nada que ellas puedan representar. Si prescindimos de los hechos como entidades que hacen verdaderas a las oraciones, deberíamos al mismo tiempo prescindir de las representaciones, pues la legitimidad de cada una de esas cosas depende de la legitimidad de la otra” (ibíd.; 255)

El pesado aparato de la correspondencia y las representaciones, paradigmáticamente expuesto en la sección precedente en la filosofía de Danto, no nos sirve y, para peor, no nos es necesario para encuadrar una argumentación plausible de la manera en la que sostenemos

nuestras pretensiones de conocimiento. La triangulación, interacción entre dos personas con un entorno común, establece un punto de partida para tal argumentación, que hace descansar la identificación de los objetos del pensamiento sobre una base dialógica, procesual, social (ibíd.; 277). A partir de ella la interacción responde a estímulos, realimentaciones, respuestas, correlaciones y covariaciones que contribuyen a configurar causas comunes y reacciones compartidas a las mismas, como resultado del proceso de triangulación (ibíd.; 290). La “sociedad de mentes” en la que moramos, es también, y primariamente, un espacio de interacción en el que dialógicamente proyectamos el relieve causal que compartimos. De esta manera la matriz misma de nuestra comprensión de los procesos de pensamiento (descritos por apelación al vocabulario intencional) se ve “arrastrada” a recoger los aspectos solapados de esa matriz con la estructura de la interacción causal con el mundo. “Las condiciones de aplicación de nuestro vocabulario de la agencia aseguran que el pensamiento inevitablemente está en contacto con el mundo” (Ramberg, 2001; 217).

Repudiada la visión que divide el espacio representacional en un adentro (la mente) y el afuera (el mundo compartido), con sus “accesos problemáticos”, la conexión causal admite hablar de representaciones tan sólo en un sentido derivativo, como una “constelación” funcional “portadora de cierto contenido informacional” (ibíd.; 223) que puede ser relevada por intermedio del proceso de *interpretación radical* tal como ha sido descrito precedentemente. Ese relevamiento nos entregará una variedad de modos de descripción, que resaltarán las diferentes maneras de caracterizar los patrones causales relevantes. Esos patrones, a su vez deben ser concebidos como “los artificios de la evolución biológica y eventualmente de la historia cultural” de criaturas como nosotros (ibíd.; 233). El monismo ontológico davidsoniano, recuerdo, es anti-reductivista en lo relativo a los vocabularios. Las relaciones causales pueden ser tratadas por vía de un vocabulario fiscalista, pero también el vocabulario de la agencia puede lidiar con ellas. La triangulación es el aspecto que muestra la relevancia inherente al vocabulario de la agencia. El escepticismo sólo se sostiene en la medida en que se concentra en las propiedades del vocabulario fiscalista, pero “para ser tomado seriamente, debe producir un relato alternativo del vocabulario que nos permite describir a ciertas criaturas como agentes” (ibíd.; 234). “El punto de la propuesta (...) es fomentar una concepción de lo que hacemos que preserve nuestro sentido respecto de nosotros mismos como criaturas con propósitos que no se limitan a los de predicción y el control” (Ramberg, 2000; 368).

Esos propósitos reenvían sin más a nuestra consideración como *agentes*, como sujetos insertos en espacios de interacción para comprender los cuales la hermenéutica radical davidsoniana se propone como artificio metodológico pertinente. En suma, podemos comprender a los otros y no es posible extrañarnos de nuestro propio entorno, arrojarnos a un foso solipsista, vivir en mundos inconmensurables. Repudiado el “objeto-lenguaje”, así como también las representaciones intermediarias epistémicas y las tentaciones escépticas, nos queda

una *ontología depurada del lenguaje*, sobriamente articulada en torno al carácter triangulado, interaccional, holista, social e irreductiblemente plural del comportamiento verbal. El monismo ontológico y el principio de caridad garantizan la incomprendibilidad del relativismo basado en el dualismo entre esquema y contenido. La irreductibilidad de los vocabularios requeridos para emprender la tarea interpretativa radical reenvía permanentemente a la *necesidad de vernos y ver a los demás como agentes si hemos de comprender en absoluto*. Esa irreductibilidad volverá a ser transitada en el próximo capítulo, cuando aborde la manera en la que el vocabulario de la agencia se instancia dialógica e interactivamente en la práctica narrativa. Pero lo relevante, en este momento, es que nos concede una idea clara del tipo de visión del lenguaje de la que hemos de apartarnos. No podríamos estar atrapados en el lenguaje, y el énfasis lingüístico no conduce a ninguna pérdida de contacto, a ninguna amputación de nuestro carácter agenciado. Al contrario, otorga un principio de inteligibilidad superior al mismo.

Si el lenguaje es una prisión, la prisión se llama mundo y cuando proyectamos y triangulamos en él, siendo con otros, moramos entre horizontes en los que lejos de permanecer cautivos se nos vuelve inherente y ordenadora la idea misma de que podemos intervenir. Más aún, de que *debemos intervenir, si es que somos agentes* y si es que el lenguaje es parte del proceso por medio del cual aprehendemos el sentido profundo y fértil en el cual prefiguramos los espectros de posibilidad de las comunidades de mentes que habitamos.

*La idea misma de tener un lenguaje resulta inescindible de una profundización de la visión del mismo como un espacio de prácticas dialógico e intersubjetivo, no reificado, ni categorialmente disyunto o epistémicamente intermediario, donde el énfasis en la inserción y la implicancia en la producción misma de lo social resulta crucial, tal como han enfatizado Davidson –y de manera convergente Quine, Rorty y Ramberg-, y donde los aspectos monistas anómalos, no reductivos, caritativos, coherentistas y holistas en sentido davidsoniano resultan fundamentales.*

## 6- Teoría ampliada del «*mythos*»: intervención lingüística y prefiguración de lo social

El precedente capítulo nos ha entregado una concepción del lenguaje radicalmente opuesta a la idea de un extrañamiento o discontinuidad fundamental entre el lenguaje y el entorno y entre el comportamiento verbal y el no verbal. La adopción del marco amplio en torno al lenguaje implicado en la filosofía de Davidson, con su apelación al carácter dialógico, intersubjetivo e inter-constitutivo de los distintos modos de conocimiento (conocimiento de sí, de los otros y del entorno compartido), con su irreductibilidad de los tipos de vocabularios empleados y con sus énfasis *monista ontológico*, *caritativo* y *holista* que conducen a la imposibilidad de una total inconmensurabilidad en la tarea interpretativa, ese marco, digo, resulta de primordial importancia para tomarlo como punto de partida en una consideración más detallada del tipo de tarea que supone la interpretación en términos de gramáticas tropológicamente informadas. Esto es, donde termina la filosofía de Davidson, con su énfasis en el lugar teórico del intérprete radical como “lingüista de campo” abordando gramáticas extrañas y apelando a triangulaciones que suponen irreductiblemente el vocabulario de la agencia (Ramberg), comienza el delineamiento de ese mismo *hacer antropológico* en torno al comportamiento verbal y no verbal supuesto en aquellas gramáticas. Es de notar que la filosofía de Danto, tal como la vimos en los capítulos cuatro<sup>33</sup> y cinco<sup>34</sup>, conduce a un lugar parecido<sup>35</sup>, esto es a la captación del carácter irreductible de la agencia una vez aprehendida la metafísica de la vida cotidiana expresada en el lenguaje ordinario, pero el tipo de triangulación empleada por él, y el marco “robusto” de su filosofía no podía sino conducir a la generación sistemática de las dudas –escépticas y relativistas, las cuales Danto pretende solventar apelando al incesante “patrullar semántico” de la filosofía- que un enfoque más sobrio, davidsoniano, consigue aventar con un menor costo teórico. Aún así el lugar de Danto en esta investigación es fundamental, en tanto que leído pragmática y davidsonianamente entrega aportes preciosos para una comprensión del funcionamiento de la narrativa como estructurador de un tipo de compromiso en torno a la *densidad temporal* y a lo que *podemos* hacer en ella.

Por tanto, en la medida en que cualquier operación lingüística es un *hacer* sometido a la interacción en un entorno común, y amparándose en las precedentes visiones de Davidson y Danto, hay un sentido amplio de discontinuidad de lo verbal y lo no verbal –necesario para articular la preocupación escéptica y relativista- que es difícil sostener y que depende de una

---

<sup>33</sup> Sección a), sub sección iii-.

<sup>34</sup> Sección d).

<sup>35</sup> A modo de ejemplo, su “materialismo representacional” no reductivo conduce al mismo tipo de énfasis en la continuidad del comportamiento que habilita el dualismo explicativo y el pluralismo hermenéutico, los cuales a su vez reenvían a una incesante generación de nuevas significaciones en el marco de las “*retroducciones*” vinculadas al quehacer narrativo. Sobre el tópico cfr. Danto (1985 y 1989).

ontología del lenguaje reductiva y probablemente infértil. Ahora bien, en la consideración de las modalidades específicas que asume ese *hacer* se requiere una reconstrucción antropológica amplia del lugar del lenguaje como modo de interacción, donde los aportes de Walter Ong, Hans Georg Gadamer y Hans Blumenberg resultan de fundamental importancia, así como también el recorrido en torno a algunos problemas específicos de la teoría de la acción que resultan compatibles con la comprensión de la inteligencia lingüística requerida para intervenir en un mundo con otros, donde son los aportes de Georg Henrik Von Wright, Danto, Frye y Paul Ricoeur los que resultan relevantes. Por último, cobra aquí importancia un término sub-analizado hasta aquí, el de *narración*, en el cual convergen las vinculaciones del *hacer lingüístico* con otros “haceres” y se resaltan las relaciones de lo cognitivo con tendencias más amplias que apuntan en la dirección de la producción y reproducción del marco de interacción en el cual la intervención lingüística misma se da. El presente capítulo se estructura entonces en dos secciones principales, una orientada a la consideración de la *intervención lingüística* en el marco de una *perspectiva antropológica del lenguaje* y en el de algunos aspectos relevantes de la *teoría de la acción* y otra dedicada al análisis de cuestiones específicas de aquella intervención que reenvían a la *prefiguración de lo social*. En conjunto estas dos secciones deberían responder el segundo interrogante que atañe a la presente investigación: **qué entendemos por narración.**

#### *a) Agencia, intervención lingüística y «tecnologías» de la palabra*

Davidson nos había conducido a una visión del lenguaje en la cual la tarea remanente consistía en considerar en términos de una interpretación radical, el continuo del comportamiento en pos de avanzar en la dirección de una teoría unificada del significado y de la acción (Moya, *op.cit.* 32n; Davidson, 1980, 1-12). En términos similares Frye había abogado por una “teoría del uso de las palabras” (ADC; 482n) que remitiera al trasfondo unificado de la expresión verbal (véase capítulo cuatro). En ambos casos el aspecto práctico del modo de empleo del lenguaje es fundamental y ha sido ese mismo aspecto el que ha sido llamado a primer plano en la consideración antropológica de Walter Ong en torno a las dinámicas involucradas en el empleo oral y escrito del lenguaje. El propósito general de Ong consiste en especificar las relaciones entre oralidad y escritura en el marco de una visión extendida e inscripta socialmente de la interacción lingüística, y de “la dinámica de la articulación oral primaria con la de la expresión verbal escrita” (Ong, 1987, de aquí en más referido como OE; 16). La apelación a Ong aquí es relevante en tanto y en cuanto es en el ámbito antropológico donde se expresan algunas de las consecuencias del enfoque formalista a lo Propp que, como vimos en el capítulo cuatro, conducen a una visión funcional, procesual y artefactual que a su vez deriva en descripciones situadas del “hacer lingüístico” (Dundes, *op.cit.*). El estudio situado de los hechos literarios mismos, en la forma en la que Milman Parry abordó los textos homéricos (Parry, 1971) o a la manera de los estudios lingüísticos aplicados de Jack Goody (1968 y 1977) que muestran la importancia ritual e interaccional del “descubrimiento” de la escritura, son

derivaciones de aquellas tempranas descripciones del “hecho literario” a las que condujo el formalismo literario. A su vez las formulaciones de Ong han resultado importantes para la visión de Frye respecto de lo literario (a su vez Frye influyó en Ong; véase OE, 22) y, por tanto, para la lectura que el mismo Ricoeur hará de ella, como veremos en la tercera sección de este capítulo. Sabemos de la importancia de Frye y de Ricoeur para White, por lo que la manera en que antropológicamente se fundamenta el lugar de la actividad y del proceso dinámico narrativo es de primordial interés para el curso de esta investigación.

El punto de partida de Ong radica en la simple asunción de que “los seres humanos se comunican de innumerables maneras, valiéndose de todos sus sentidos”. En este sentido “cierta comunicación no verbal es sumamente rica” (OE, 16). El lenguaje se incrusta en este trasfondo amplio de interacción, basado en la gesticulación, las disposiciones corporales y demás, primariamente como consignación sonora. “Dondequiera que haya seres humanos, tendrán un lenguaje, y en cada caso uno que existe básicamente como hablado y oído en el mundo del sonido” (ibídem.). El lenguaje es tan abrumadoramente oral que sólo 78 de las 3 mil lenguas existentes actualmente poseen una literatura. El sustrato oral básico del lenguaje es permanente, aún cuando la conformación de una escritura supone un cambio dramático en este cuadro. “La escritura, consignación de la palabra en el espacio, extiende la potencialidad del lenguaje casi ilimitadamente” (ibídem.; 17). Esto es, no sólo incrementa el número de vocablos empleados, pasando de unos pocos miles a más de un millón y medio de términos en lenguas como la española o la inglesa. La escritura modifica las estructuras del pensamiento y extiende enormemente el alcance y la eficacia de la interacción lingüística. Sin embargo ese incremento se posiciona ante la oralidad en una relación de continuidad, que atenúa la diferencia conceptual.

“En todos los maravillosos mundos que descubre la escritura, todavía les es inherente y en ellos vive la palabra hablada. Todos los textos escritos tienen que estar relacionados de alguna manera, directa o indirectamente, con el mundo del sonido, el ambiente natural del lenguaje, para transmitir sus significados (...) la escritura nunca puede prescindir de la oralidad” (ibídem.).

La base oral del lenguaje permanece aún en nuestro presente “disciplinado escriturariamente”. El modo mismo de aprendizaje del lenguaje remite a ese contexto originario del habla, en el cual el entrenamiento, el aprendizaje por medio del “discipulado”, la repetición de lo que es oído, el dominio de figuras habituales o modos de empleo convencionales de los sonidos, asimilación de proverbios, combinaciones de términos y asimilación de recursos formulaicos constituyen ese modo intersubjetivo del que hablaba Davidson como constituyendo un primer entorno de significación para los hablantes, en la medida en que participan en esa “sociedad de mentes” y configuran una comunidad que comparte una memoria colectiva del empleo de los sonidos (ibídem.; 18). Durante siglos no obstante se abordó ese trasfondo oral por remisión a las modalidades escritas posteriores, y se las comprendió a partir de un modelo de la



“falta”, como si se tratara de una desviación o especie trunca de lo que es la norma primaria del signo escrito. La cultura verbal extensa es considerada entonces a partir de los rasgos presentes de la escritura, y retrospectivamente se buscan los signos orales que podrían haber *anticipado* esos rasgos. Pero en este “realineamiento retrospectivo” del pasado verbal se pierde algo de importancia: la posibilidad de apreciar el sesgo de lo escrito que conduce al tipo de visión del lenguaje que ha sido criticada en el capítulo precedente. En este sentido una concepción del lenguaje centrada en las figuras propias de la escritura conduce a aporías insalvables. Un ejemplo de ello consiste en ver la cultura oral anterior a la escritura como “literatura oral”. Para Ong esa expresión equivale a intentar explicar a personas que conocen los autos pero no los caballos, qué es lo que son éstos últimos designándolos como “automóviles sin ruedas”. Los caballos terminan siendo comprendidos en términos negativos, como aquello que no tienen o que les falta en virtud de su divergencia respecto del modelo conocido. Lo mismo ocurre con la práctica verbal en las culturas orales. Allí no hay “literatura”, ya que la misma requiere el soporte de las *literae* del alfabeto, término que refiere a “letras” como unidades fónicas disociadas para cuya comprensión se requiere la sofisticación de la escritura. Por el contrario en el trasfondo oral primigenio encontramos “textos” pero en un sentido muy preciso del término: en él se remite a una raíz común con el “tejido”, con el hecho de hilvanar e hilar, en este caso “canciones” o proverbios o lugares comunes fácilmente identificables por el hablante y su audiencia. *Rhapsōidein*, “cantar”, aquello que hace el rapsoda, significa “coser canciones” (*rhaptein*, coser: *ōide*, canto; *ibid.*; 22, 30) y es eso lo que explica uno de los primeros rasgos de la expresión verbal ordinaria: su carácter secuencial, agregativo, en la forma de “y... y... y...”. Esa secuenciación (lo que los lingüistas llaman “paratáctica”, presente en las primeras alocuciones discursivas de los niños, por ejemplo) difiere radicalmente del ordenamiento jerárquico entre enunciados, propio de la estructura del “y... entonces... por lo tanto” (OE, 43; Frye, 1980, 60). Ese ordenamiento (hipotáctico) confiere una estructura a la secuencia en términos de un relieve o intensificación que aborda en términos generales, holistas, aquello que se plasma en el lenguaje; para ello se “ve” como “estructura”, “exteriormente”, lo que hasta allí no era sino una ilación carente de relieve. Mientras lo primero –la sucesión paratáctica- facilita nuestra comprensión del carácter procesual, activo, de la expresión verbal, lo segundo sugiere una contemplación del todo que lo hace ver como un “objeto” ante nosotros. En el habla oral por lo tanto se inscribe y se remite permanentemente el carácter temporal de la propia emisión. La escritura por el contrario ordena hipotácticamente las emisiones y hace surgir en el ámbito receptivo un ordenamiento jerárquico que apela a figuras propias del campo visual. La primera articulación sustantiva de las culturas orales es denominada *épica* y supone una ilación centrada en episodios conocidos paratácticamente dispuestos. La *épica* se entiende como (deriva de) *wekw, vox, voice*, un basamento oral de la expresión que se instancia en figuras recurrentes (OE; 22). Teniendo esto en mente deberíamos evitar subsumir el empleo del lenguaje a las figuras de la “palabra”, a la idea de aquello que es escrito. Parece imposible, es cierto, en una cultura

escrita obviar el complejo aparato lexical y gramatical que sustenta nuestra comprensión y empleo ordinario de las mismas. Pero esa inescindibilidad práctica no debe hacernos olvidar el matiz relevante que establece Ong: el trasfondo oral de nuestra propia práctica no debe ocultarnos el contexto amplio –activo, procesual- que nos ha permitido enriquecernos escriturariamente.

Ese trasfondo aparece en las primeras épicas o rapsodias que dan inicio a lo que luego será la tradición escrita. Hoy en día es conocido el condicionamiento oral de la escritura homérica, las necesidades métricas de la expresión así como su carácter formulaico, iterativo, el uso táctico de los epítetos y las reiteraciones que facilitan los encadenamientos mnemotécnicos de los rapsodas (Parry, 1971; xxii; OE, 29). El “hacer verbal” entonces supone la apelación a un trasfondo común que identifica a *rapsoda* y audiencia, en el cual el primero zurce un conjunto de *clichés*, fórmulas y recursos conocidos por su audiencia y los vuelve a presentar en una ilación personal. Esto sitúa a la expresión verbal en las antípodas de la originalidad, la invención individual y el énfasis solipsista de la figura del autor que, desde el romanticismo en adelante, hemos venido a consignar como los rasgos mismos de lo literario. Lo que el rapsoda hace es apelar a la frase, el proverbio, la fórmula, el calificativo esperado, para *revisitar* los lugares comunes, más que para “transfigurarlos” (Danto, 1981). Los temas se repiten, por ejemplo en el detalle de los emblemas del héroe, las tareas que emprende, el saqueo de los vencidos, la invocación oracular. Estas figuras constituyen “la realidad” para las audiencias involucradas en aquel entonces, en un sentido que hoy se nos aparece como manifiestamente “irreal” o formulario, simplista, repleto de trivialidades que *vemos* como simples operaciones lingüísticas. Esa constitución formulaica del sentido de realidad nos entrega al mismo panorama que delineaban Veselovski y Propp en el marco del formalismo ruso. Un conjunto de funciones y operadores articulan la idea misma de un texto como una *actividad* en la que convergen autor y la audiencia supuesta por la propuesta misma de la actividad en cuestión. El convencionalismo de la expresión cumple una función decisiva en la cultura oral, así como también en las primeras transcripciones escritas de ese comportamiento verbal. De hecho la inscripción en el espacio del aspecto fónico sólo muy tardíamente logra configurar la *sensación* de que quien escribe *no* está hablando. Siguiendo a Havelock (1963), Ong muestra

“cómo los inicios de la filosofía griega estuvieron relacionados con la estructuración del pensamiento originada por la escritura (...) por el repudio de Platón al pensamiento prístino en el estilo oral, paratáctico y acumulativo perpetuado por Homero, en favor del análisis incisivo o la disección del mundo y del pensamiento mismo posibilitados por la incorporación del alfabeto” (OE; 35).

La modificación de los modos de pensamiento e interacción verbal son correlatos del paso de una cultura puramente oral a una parcialmente escrituraria. Sin embargo, y esto es fundamental, la purga completa del trasfondo oral es virtualmente imposible. Los estados de

conciencia “más o menos residualmente órales” (ibíd.; 36) inciden en el comportamiento escriturario con consecuencias notables. Ese trasfondo es descrito por Ong como sigue.

En *primer lugar* en el comportamiento oral se manifiesta el hecho de que las palabras como tales no tienen una presencia visual, aunque traten sobre objetos que podemos ver. Las *palabras son sonidos, acontecimientos, hechos*. Para una cultura oral “la lengua es por lo general un modo de acción” (ibíd.; 39). Este carácter activo de la palabra es el que explica uno de los atributos más notables de la consideración oral sobre el lenguaje: el hecho de que las palabras parecen poseer un gran poder causal. “Las palabras entrañan un potencial mágico (lo cual) está claramente vinculado (...) con su sentido de la palabra como (...) accionada por un poder” (ibíd. 39). Cuando el lenguaje es un objeto uno acciona sobre él, como sobre una superficie plana, está “muerto” en un sentido radical.

En *segundo lugar* uno de los modos de la acción reside en la comunicación intersubjetiva de aquello que vale la pena ser transmitido, hilado, contado. El “modo del conocimiento” oralmente dispuesto es la pronta repetición oral de las cosas memorables.

“El pensamiento debe originarse según pautas equilibradas e intensamente rítmicas, con repeticiones o antítesis, alteraciones y asonancias, expresiones calificativas y de tipo formulario, marcos temáticos comunes (...) proverbios que todo el mundo escuche constantemente, de manera que vengan a la mente con facilidad y que ellos mismos sean modelados para la retención y la pronta repetición o con otra mnemotécnica. El pensamiento serio está entrelazado con sistemas de memoria. Las necesidades mnemotécnicas determinan incluso la sintaxis” (ibíd.; 41).

Ese trasfondo de expresiones fijas articula el pensamiento oral y regimenta los contornos de la realidad compartida con otros y de lo que puede hacerse. De esta manera arribamos a dos conclusiones “davidsonianas”: el conocimiento es imposible si no está intersubjetivamente instanciado en procesos dialógicos (repudio del énfasis monológico y solipsista de la contrastación entre estados interiores y estados exteriores) y la consideración del propio yo (como un yo que tiene pensamientos, por ejemplo) es imposible como no sea remitiendo a ese trasfondo formulaico común. Un aspecto es relevante aquí también: “la ley misma está encerrada en refranes y proverbios formulaicos, que no representan meros adornos de la jurisprudencia, sino que ellos mismos constituyen la ley” (ibíd.; 42). Los patrones de la interacción son validados, autorizados o repudiados por apelación a formulas expresivas, en las cuales el carácter formulaico está lejos de ser un adorno. Es la sustancia misma de la expresión y lo que expresa el valor y la legitimidad conferida intersubjetivamente a la misma. Volveré sobre este tema en la próxima sección.

En *tercer lugar*, como ya he dicho, la expresión se vuelve acumulativa (paratáctica antes que subordinada hipotácticamente), redundante (antes que analíticamente depurada), tendiente a la totalización antes que a la partición, fluida, excesiva, verbosa. La eliminación de todos estos rasgos hoy en día inaceptables en la mayor parte de la interacción verbal escrita

exige esa misma tecnología (la de la escritura) para volver pensable un tipo de práctica que “corrija” estos aspectos. Pero en el contexto oral se justifican en tanto la experimentación intelectual se encuentra acotada a los márgenes comunes de la iteración del saber que “vale la pena ser recordado”. La práctica oral es así altamente tradicionalista o conservadora del marco en el cual ha surgido (ibíd.; 47). La variación es así un modo de “repetir distinto”, “de contar lo sabido por todos, pero mejor”, que se inserta como variante menor de un plano de significación genéricamente compartido.

En *cuarto lugar* la expresión remite permanentemente al mundo vital en la cual se inserta, al espacio de prácticas, acciones recíprocas y marcos compartidos en la que se despliega. La expresión está así lejos de constituir un espacio autosuficiente que se sitúa por contraste respecto de aquello que “tematiza”. La proximidad es también una remisión de lo oral al carácter situado, agonístico de ese mismo “mundo vital”. La oralidad es frontal, oposicional, una prosecución del “combate” de la vida ordinaria por otros medios, un género expresivo signado por el epíteto, el elogio, la invectiva, las relaciones interpersonales y los antagonismos. Mientras la escritura disciplina hasta cierto punto ese espíritu oposicional, la oralidad, como modo de interacción que apunta a galvanizar identificaciones, opera primariamente en el modo agonístico. Ese modo agonístico se manifiesta en el culto al héroe, las proezas gloriosas y memorables, que se inscriben en el registro de lo público (ibíd.; 73) y de lo fantástico, lo que “funda” el orden en el que moramos pero es radicalmente distinto a él. El mundo oral es el de las grandes figuras discontinuas, el de los mitos en el sentido de Frye, el de las agencias cualitativamente distanciadas respecto del entorno social y natural, porque son las que lo originan. De hecho, “lo heroico y lo maravilloso desempeñaron una función específica en la organización del conocimiento en el mundo oral” (ibíd.; 74).

Por lo pronto esto supone, en *quinto lugar*, una función esencial para la interacción, y un estatuto asociado a la misma: lograr una identificación comunitaria, empática y estrecha con lo sabido, identificarse con él (ibíd.; 51). “La escritura separa al que sabe de lo sabido y así establece las condiciones para la «objetividad» en el sentido de una disociación o alejamiento personales” (ibídem.). Estamos ante uno de los “espectros de Frye”<sup>36</sup>: podemos situarnos ante la expresión verbal en la modalidad de un “espectáculo” al que contemplamos (como contemplamos una *imitatio* respecto de aquello que pretende representar), o *participamos* (en el modo de la *methexis*; volveré sobre esto en la próxima sección) y apuntamos a identificarnos en y con el conjunto de asociaciones y significaciones expresadas. El modo oral de la expresión apunta, generalmente, a la identificación, a la participación.

*Sexto*: las identificaciones y participaciones son posibles por apelación al trasfondo convencional que rige la expresión, tanto como en virtud del carácter homeostático de la

---

<sup>36</sup> Capítulo 4, sección a), apartado i-.

significación, que elimina o vuelve poco significativas las discrepancias semánticas. Las palabras son “ratificadas” por apelación al conjunto de modulaciones vocales, expresiones corporales y marcos humanos compartidos, al “ambiente”, en una palabra. “Las culturas orales tienden a utilizar los conceptos en marcos de referencia situacionales y operacionales abstractos en el sentido de que se mantienen cerca del mundo humano vital” (ibíd.; 55). Los conceptos son así claramente operacionales (Luria, 1976), antes que formales. La delimitación formal resulta en este contexto oral extremadamente “poco interesante”. La estructura del silogismo apunta a sí mismo, a la derivación de lo inherente a las premisas. La estructura del pensamiento oral responde por el contrario a la figura del *acertijo*, para el cual la astucia y el saber práctico, los conocimientos compartidos y los eventos precedentes son fundamentales. Estamos nuevamente aquí transitando un tramo de nuestra indagación. Las relaciones entre el carácter “puro” del silogismo y el carácter “trunco”, “compartido en la mente” de los hablantes, del entimema, las hemos analizado en el capítulo 2<sup>37</sup>. El comportamiento oral no es “prelógico” o “ilógico”, sino que *opera* diferencialmente estableciendo concatenaciones que no resultan analíticas y auto-contenidas sino que son acumulativas y apelan dramáticamente a la intersubjetividad en la que la expresión se incrusta procesualmente.

*Séptimo*, el lenguaje no se descompone en palabras o enunciados. El concepto de palabra, como entidad separada, se basa en la idea de la escritura. El habla en general en todo caso se descompone en unidades rítmicas y fónicas, pero no remite a categorías aisladas, o “partes” de él. La noción de un “sentido de las palabras”, por tanto, es derivativa de la estructura escrituraria. El sentido de la expresión oral, por el contrario, está condicionado por el marco ritual, las restricciones lingüísticas y propiamente sonoras de la emisión. En cuanto a la idea misma de “restricciones” es preferible la noción de “continuo” o de “espectro” (nuevamente al modo en que Frye comprende esos espectros), en los cuales hay una continuidad entre el uso fijo y el uso flexible de los elementos formulaicos (OE; 68). En cuanto al *aspecto ritual* éste se tiende continuamente en el espectro del comportamiento en un punto que va del extremo coloquialismo de la expresión por un lado, al de la repetición “metódica” de los procedimientos, en la forma de la constancia de la ejecución. Pero sin un texto por detrás, sin un trasfondo unificado contra el cual “medir” si la repetición era tal, la misma es meramente una aspiración, un anhelo, en el intento de facilitar la circulación de los contenidos expresados oralmente.

*Octavo*, en la expresión oral hay un importante componente somático. La expresión verbal involucra otros haceres en tanto se despliega temporalmente.

“Las palabras habladas siempre constituyen modificaciones de una situación existencial, total, que invariablemente envuelve al cuerpo. La actividad corporal, más allá de la simple articulación vocal, no es gratuita ni ideada por medio de la comunicación oral, sino natural e

---

<sup>37</sup> Sección a).

incluso inevitable. En la articulación verbal oral, particularmente en público, la inmovilidad absoluta es en sí misma un gesto poderoso" (Ibíd.; 71)

La oralidad propicia estructuras de personalidad orientadas a lo comunitario, lo compartido, lo exteriorizado. La comprensión del continuo del comportamiento sobre la base del trasfondo oral del proceder lingüístico se pierde cuando reducimos el lenguaje al tipo de actividad escrituraria y lectora, que remite a un tipo de actividad solitaria y reflexiva orientada a la introspección monológica de estados de cosas. El trasfondo oral por el contrario es activo, participativo, sonoro, antes que pasivo, contemplativo y visual. "La vista aísla, el oído une. Mientras la vista sitúa al observador fuera de lo que está mirando, a distancia, el sonido envuelve al oyente" (ibíd.; 75). El lenguaje como actividad inmersa, en la que es imposible "extrañarse", reenvía a esta definición sonora, que en realidad no es más que una transliteración de la imposibilidad de definir de una manera que no sea tautológica en qué consiste el adentro y el afuera, el interior y el exterior respecto del cual nos situamos como entes vitales. "Una organización verbal dominada por el sonido está en consonancia con tendencias acumulativas (...) con el holismo conservador (...) con el pensamiento situacional (nuevamente holístico con la acción humana en el centro) antes que el pensamiento abstracto" (ibíd.; 77). Lo oral, lo comunitario y lo *sacro* convergen de esta manera, como criterios de comprensión de la interacción verbal ordinaria. Una parte importante de esta comprensión permanece en algún sentido importante en la comprensión del papel de la retórica en la consideración de lo escrito (ibíd.; 109-111).

La retórica remite al aspecto público, persuasivo, deliberativo del empleo del lenguaje, a su trasfondo oral, conservando así parte de la sensibilidad respecto de los tópicos (*loci communes*) que podían invocarse en el marco de una confrontación retórica signada por el antagonismo y el enfrentamiento. Poca "invención". podía haber en aquella sensibilidad, salvo la astucia práctica de invocar de manera original aspectos y contenidos conocidos por todos, sembrando "acertijos" resueltos por medio del saber práctico propio del *pequeño tunante* que conoce su ambiente, antes que por un héroe radicalmente discontinuo. Aunque la consideración retórica, como análisis pormenorizado y categorial de los tipos de *tópicos* invocados y de los procedimientos a emplear en la práctica verbal agonística, exige la escritura como modo reflexivo, organizado y abstracto, la influencia de aquella *permanencia sensible* constituye un aspecto importante de lo retórico que será retomado en el próximo capítulo.

Este conjunto abigarrado de rasgos de la oralidad deberían remitir a una re-estructuración poderosa de nuestro sentido del lenguaje como orden cerrado de signos. "Las palabras no son signos" (ibíd.; 78). El modelo del signo transforma un suceso en una imagen, un *signum*, "el objeto al que se sigue" (proveniente del proto-indoeuropeo *sekw*, "seguir"), una identificación visual. "Nuestra complacencia al pensar en las palabras como signos se debe a la propensión (...) a reducir toda sensación, y en realidad, toda experiencia humana a equivalentes

visuales. El sonido es un suceso en el tiempo" (ibíd.; 79). La escritura tiene, por cierto, sus propias determinaciones, pero ellas emergen de las configuraciones orales de las cuales aquella surgió. Comprendido el lenguaje como un objeto, como un sistema de signos, como un espacio del cual podemos distanciarnos para contemplarlo y, eventualmente extrañarnos, nos volvemos desatentos al marco oral en el que tan espléndida visión puede surgir.

Es evidente que la escritura reestructura la conciencia y los límites del pensamiento, brinda oportunidad de trascender los contextos, de proveer fijaciones conceptuales abstractas y genera la figura de la "autonomía del discurso". Esa autonomía en la dirección de las "ideas" tiene principios visuales, como es sabido, principios presentes ya en Platón y su rechazo del antiguo mundo oral, variable, de interacción personal.

"La forma platónica era la forma concebida por analogía con la forma visible. Las ideas platónicas no tienen voz; son inmóviles, faltas de toda calidez; no implican interacción sino que están aisladas, no integran una parte del mundo vital humano en absoluto, sino que se encuentran totalmente por encima y más allá del mismo" (ibíd.;83).

La escritura es así una reducción del sonido dinámico al espacio inmóvil, un reajuste que opera en la dirección de concebir "un sistema codificado de signos visibles por medio del cual un escritor podía determinar las palabras exactas que el lector generaría a partir del texto" (ibíd.; 87). Naturalmente tal aspiración implica un tránsito, repleto de formulas intermediarias entre la pura oralidad y la remisión a un sistema codificado perfecto, exhaustivo y auto-definido. Durante mucho tiempo "el material escrito fue secundario al oído de maneras que hoy en día nos parecen excéntricas. La escritura servía principalmente para recircular el conocimiento al mundo oral (...la gente...) podía entender mejor cuando escuchaba que cuando veía" (ibíd.; 118-119). Las "oraciones", los "enunciados" y las "auditorías" expresan en la raíz de su misma terminología ese remanente primariamente oral y sonoro de las efectuaciones verbales. En este marco, y como es conocido, la invención del alfabeto supone un logro tecnológico fundamental en tanto "representa el sonido mismo como una cosa, transformando el mundo fugaz del sonido en el mundo silencioso y cuasi-permanente del espacio" (ibíd.; 93). Esto modifica notoriamente el lugar concedido a los poderes causales del lenguaje, que dejan de ejercer su "magia" directa para expresarse en un "saber oculto" (origen de la noción de *grammarie*), la idea de que una estructuración "profunda" confiere su poder a la expresión lingüística. De allí la idea (tan pertinente en esta discusión whiteana) acerca del "poder" consistente en captar la *gramática profunda* (lo cual en sí mismo es un pleonasma) instanciada en el lenguaje, el saber oculto que anida en nuestras propias palabras (ibíd.; 94). En la "vida escrituraria" lo escrito tiene más valor que lo dicho, como queda tipificado en la sanción administrativa de los actos de gobierno, las testificaciones, el tratamiento de lo vivido y lo experimentado, la inscripción gráfica de la ley, su codificación allende la costumbre; la estructura temporal misma es modificada, sujeta a la espacialización de la "línea temporal" como computo abstracto. El pasado común, expresado oralmente en un tiempo vivido continuo con el presente (y que lo funda) ahora es objetualizado,

inmovilizado en el espacio visual. Mientras antes el pasado se relacionaba con el presente o caía en el olvido, ahora puede verse “el espacio del pasado” como un ámbito o dimensión tachonado de “hechos” que pueden o no ser putativamente relevantes para el presente.

La tecnología escrituraria genera divisiones analíticas por doquier, deshilvana continuidades, hace emerger unidades tales como “palabras”, “enunciados” y “textos” como elementos depurados, que admiten definiciones taxativas allende los contextos. Las palabras aparecen así como “cosas”, unidades elementales, como parte de un camino que encuentra en la escritura un primer jalón, y en la imprenta un paso definitivo: en éste último “las palabras se componen de unidades (tipos) que existen como tales antes que las palabras a las que darán forma (...) pese a las conjeturas de muchos estructuralistas semióticos fue la impresión, no la escritura, la que de hecho reificó la palabras y, con ella, la actividad intelectual” (ibíd.; 118). En una nota relevante para nuestro futuro Ong afirma que “la escritura es de hecho la tierra fértil de la ironía, y cuanto más perdurable sea la tradición de la escritura (y de lo impreso), más vigoroso será el crecimiento de la ironía” (ibíd.; 104). La ironía es el modo del distanciamiento, la contemplación, la pasividad, la precisión y exactitud pedante, la crítica reflexiva de lo integrado y sumariado en otros modos considerados como “más ingenuos”. El rico y caótico contexto existencial de la oralidad es ahora descompuesto en unidades menores analizables que vuelven imposible la remisión a un único pan-contexto social total. La dispersión analítica es el resultado de este modo en el que se configura parcialmente lo que antes se nos presentaba como un único gran decurso. La situación irónica de la escritura genera la tentación cada vez más acentuada al encierro solipsista en la introspección del mundo “de afuera y de adentro”, la contraposición del mundo objetivo y el subjetivo, la separación del conocedor y lo conocido.

En otro plano la escritura deriva en una división entre el comportamiento verbal y el no verbal. En la oralidad el significado remite al comportamiento y la interacción vital en el mundo compartido. En el horizonte de la escritura el significado se hace depender de los procedimientos lingüísticos mismos (ibíd.; 107). A la larga esos procedimientos consolidan lo que Haugen (Haugen, 1966; 50-71) ha denominado “grafolecto”, un tipo de dialecto que explica a todos los dialectos como ellos mismos no pueden explicarse. Se trata de un meta-lenguaje que aspira a ser omni-abarcativo, un vocabulario último que opera como trasfondo analítico para todos los demás y que aspira a la reducción de la pluralidad efectual del comportamiento verbal en términos unificados (OE; 107). La tentación reductiva, codificadora, sistemática de los *vocabularios últimos* apunta a tematizar usos correctos e incorrectos del lenguaje. A modo de ejemplo, durante algo más de mil años el poder de la escritura para aislar el discurso y distanciar el conocimiento de las profundidades existenciales de nuestro devenir ordinario fue ejemplificado por el uso del latín culto en la expresión de las abstracciones escolásticas y las primeras elaboraciones de la matemática moderna (ibíd.; 113). La formalización y la expresión abstracta en una lengua muerta puede apreciarse como en radical contraposición al rico suelo



vital de la oralidad expresada en lenguas históricamente delimitadas, pero no debe ignorarse el hecho relevante de que “la retórica misma”, el trasfondo vital propio de la oralidad, “fue trasladándose, gradual pero inevitablemente, del mundo oral al mundo de la escritura” (ibíd.; 115).

Con la cultura de lo impreso se da un salto de tigre hacia la reificación y objetualización del lenguaje, incrustándolo categóricamente en el espacio. La cultura de la escritura a mano aún remitía, aunque marginalmente, a una clase de actividad. Cuando el texto es concebido como “libro”, con portadas y marbetes, se manifiesta el concepto de que estamos ante una “cosa” u objeto definido. El texto es ahora una “declaración visual perfectamente repetible”, un cúmulo de tipos mecánicamente iterable. La ciencia es vista así como la conjunción de descripciones precisas de objetos y articulaciones verbales exactas, que sólo son posibles en tanto la cultura impresa las habilita (ibíd.; 126). Ciertamente la idea de “observación precisa” está presente tanto en el científico como en el antiguo cazador que sigue huellas o rastros. Pero en tanto articulación oral, la expresión interviene como modo de la acción, no en el modo de la reproducción exacta objetual de alguna otra cosa.

Lo impreso define así al lenguaje como un espacio, un objeto, lo concluso. La lectura de lo impreso requiere una concepción de la vida personal privada, en la cual aquella deja de ser una actividad social y pasa a ser un acto íntimo, recoleto, recogido. Los textos también son ahora “privados”, el registro de un autor que imprime su propio detalle o relación de cosas. Surge la autoría, el plagio, el texto como unidad en sí misma, la textualidad como invención, la influencia, la ansiedad por captar esas influencias. El antiguo mundo oral en el que se expresa “lo sabido por todos”, pero re-expresado “mejor”, es ahora imposible, en la medida en que se exige innovación, distanciamiento de los patrones conocidos, y a la vez se reconoce en la figura de la influencia y la inter-textualidad la imposibilidad de satisfacer aquella exigencia (ibíd.; 132). Pero contra ese trasfondo surge una “oralidad secundaria”, plasmada en nuevos soportes de interacción verbal como el teléfono, la radio, la televisión, las grabaciones e incluso la interacción coloquial escrita pero que no alcanza el rango de lo textual, todo lo cual fomenta la mística de la participación, el énfasis comunitario, la inscripción en términos de un puro presente, y el empleo de fórmulas. El aspecto gregario de estas modalidades se nutre del halo de la “espontaneidad” e incluso la valoriza.

En este trasfondo de cultura escrita, impresa, oralidad primaria y secundaria tenemos un comportamiento verbal variable que debe dar cuenta de la experiencia humana e intentar expresar la forma en que ésta está contenida en el flujo del tiempo. La idea misma de *trama* es una manera de organizar dicho flujo.

Una *trama* es un modo de secuenciar las acciones de tal manera que se facilite la decodificación de la significación atribuida a aquella secuencia. La escritura habilita el tipo de intensificación y reflujo narrativo por tramas que jerarquiza los episodios relatados. La oralidad, por el contrario, favorece como hemos visto la agregación paratáctica de los episodios, uno detrás de otro. La imagen de una acción que acumula tensión hasta el punto en que da lugar a un viraje o vuelco de la acción (*peripeteia*), y a un desenlace de aquella acción primaria, supone una captación unitaria de una trama lineal climática y extensa. Pero “no se encuentran tramas lineales climáticas en las vidas de las personas, aunque las vidas reales puedan proporcionar el material con el cual se construye tal trama” (ibíd.; 140-141), y así tampoco es extraño que no encontremos esos relieves en la poesía oral épica, que comienza *in media res* y luego despliega una sucesión de episodios que se repite temáticamente y genera el efecto de un juego de muñecas rusas, antes que la sensación de estar ante una sucesión intensificada que arriba a un desenlace (ibíd.; 141). En la epopeya no hay linealidad, por lo que la idea misma de una trama como secuencia de inicios, medios y finales en correlación con formas de la experiencia percibida es algo que sólo puede surgir en el marco de una sociedad eminentemente escrituraria.

Encontramos aquí un poderoso argumento *en contra* de la remisión a un fundamento de la estructura de trama (Ricoeur, Carr), que en su mayoría supone una tecnología escrituraria que está lejos de ser un universal cultural. Esa remisión en realidad *proyecta* sobre las formas mismas de la conciencia de la propia experiencia los atributos del logro tecnológico escriturario. Las tramas pueden o no darse en el marco de la linealidad o de su carácter episódico, pero están en relación con el conjunto de las interacciones verbales disponibles culturalmente en un momento dado. Nuestras vidas *parecen narraciones esperando ser contadas* porque nos encontramos en una cultura escrituraria, impresa, que objetualiza y reifica la contemplación de la propia vida por medio de ordenamientos hipotácticos. Tal proceder hubiera sido incomprensible en una cultura o una época limitada al espectro de la expresión verbal oral. Hasta cierto punto es inútil intentar remitir las tramas *a algo en particular*, en el sentido de hacerlas corresponder o imponerse radicalmente respecto de algún orden no narrativo. Una vez captado el trasfondo originario del lenguaje todas aquellas remisiones e intentos de inteligir un tipo privilegiado de relación de lo verbal con lo no verbal caen presos de la estrategia escrituraria que “segmenta” el comportamiento en un tramo interno, solipsista y un tramo exterior, al que busca hacerse “adecuar” o “corresponder” por intermedio de la apelación a una estructura codificada y sistematizada que permite las mediaciones necesarias entre el adentro y el afuera y entre los estados solipsistas y la tarea de adecuación correspondentista.

Contrapongamos este cuadro de situación con la situación *rapsódica* en la cual se “efectúa no una transferencia de sus propios propósitos, sino una realización convencional de pensamiento tradicional para sus oyentes, incluyéndose a sí mismo” (Peabody, 1975; 176). La

comunicación no es una transferencia de “información”, sino un acto público de validación de temas y fórmulas que han precedido a ese acto. El hablante, el rapsoda, el cantante “está atrapado en una situación no del todo bajo su control”; se trata más bien de que “estas personas, en esta ocasión, quieren que cante” (OE; 143).

Naturalmente es posible inscribir el comportamiento verbal en el marco del intento de hacer corresponder los elementos del discurso, el orden al que refiere y la situación temporal en el mundo al cual se dirige el discurso. Pero esos y otros comportamientos verbales se nos aparecen como inherentes a la situación lingüística misma en tanto son habilitadas por las tecnologías propias de la escritura. Validamos la idea de una trama como un desplegarse de acontecimientos en torno a un inicio, un viraje y un final que configuran una unidad autónoma y discreta, hasta el momento en que tal idea es impugnada como demasiado “fácil” de ser decodificada. Entonces la virtud en el arte de tramar comienza a ser más bien la capacidad de frustrar la anticipación lectora, proponer nuevos personajes que dejen de ser meras *macchiettas* que funcionalizan tramas elementales, constituyendo por el contrario, complejas y abigarradas psiques que exigen que nos adentremos en su “profundidad”. Pero todas estas elaboraciones y sofisticaciones constituyen la valoración de un conjunto tecnológico verbal enriquecido que refuerza a la vez que transforma anteriores configuraciones tecnológicas. *La mayor disponibilidad de procedimientos no invalida los anteriormente disponibles, sino que los resignifica*. A la vez, si no fuera por las disponibilidades previas los nuevos procedimientos nos resultarían escasamente inteligibles.

Esto es, las voliciones referenciales, las frustraciones y juegos anticipatorios respecto de las tramas y las complejidades psíquicas de las vidas narradas sólo son interpretables sobre el trasfondo incremental del conjunto de modos de proponer verbalmente expresiones verbales que remiten a entornos, modos de secuenciar acontecimientos y formas posibles de la agencia humana.

Esas disponibilidades constituyen el punto de partida de todo texto posible. “Aunque los textos son autónomos en comparación con la expresión oral, en última instancia ninguno puede existir independientemente del mundo no textual. Todo texto se construye a partir de un pretexto” (ibíd.; 157). A su vez “un texto, depositado por su autor en un tiempo dado, está relacionado *ipso facto* con todos los tiempos, ya que contiene implicaciones que sólo pueden desplegarse con el paso del tiempo y que resultan inaccesibles a la conciencia del autor o de los coetáneos de este” (ibídem.). Esta consideración del texto constituye una sorprendente aplicación a la textualidad misma del criterio de las oraciones narrativas de Danto, y la compleja e infinita hermenéutica basada en las “retroducción” que ella suscita. La remisión a “todos los tiempos” pone a la textualidad bajo el halo anticipatorio originario de la modalidad oral, con las características que le son propias y que ya he descrito, y que reenvían solidariamente a una

mirada inmersa del comportamiento verbal en la “calidez” de lo no verbal. Esa remisión se pierde en el énfasis propio del estructuralismo semiótico y el deconstruccionismo que “no toma conciencia alguna de las diversas maneras como los textos pueden relacionarse con su sustrato oral” (ibíd.; 159).

En aquel énfasis en torno al signo como lo concluso se pierden las complejas mediaciones y transiciones que llevan del conjunto verbal a la oralidad, de allí a la escritura y al mundo impreso. Por el contrario, la “ciencia de los signos” iguala lo impreso con lo escrito y esto a su vez parece configurar y constituir la base misma de la comprensión de lo verbal. De esta manera parece decirse que “la lengua es estructura, y su estructura no es la del mundo extra mental” (ibíd.; 162). Pero *estructura implica consideración sistemática reductiva, coherencia y exhaustividad*, en un sentido en el que difícilmente pueda decirse que el lenguaje es una estructura.

“¿Por qué debieran ser coherentes todas las implicaciones sugeridas por el lenguaje? ¿Qué lleva a uno a creer que la lengua puede estructurarse de tal manera que resulta perfectamente consecuente consigo misma, de tal modo que resulta un sistema cerrado. No existen sistemas cerrados y nunca los ha habido (...) las culturas orales apenas tenían este tipo de ilusión, aunque tenían otras. No tenían ningún sentido de la lengua como «estructura». No concebían la lengua por analogía con un edificio u otro objeto en el espacio (...) sin la oralidad el textualismo es más bien abtruso y jugar con él puede resultar una forma de ocultismo, ofuscación compleja, la cual llega a ser infinitamente excitante, incluso en las ocasiones cuando no es particularmente instructivo” (ibíd.; 164).

La antipatía de Ong hacia esta visión “textualista” es plenamente convergente con la crítica davidsoniana a la “esquemmatización representacional”, la cual he presentado en el capítulo precedente. La comprensión del carácter global, integrado, continuo y afectado por diversos dispositivos y tecnologías, de la comunicación y el comportamiento verbal, requiere apartarse de la visión “mediadora”, conectiva, objetual y espacializadora que confiere al lenguaje misteriosas propiedades. La remisión al concepto de “tecnología” apunta a mostrar el carácter intersubjetivo, mediado culturalmente e históricamente, del mismo modo de darse las palabras, e incluso de concebirlas como tales. Apelar a la figura de la mediación

“puede dar una impresión falsa de la naturaleza de la comunicación verbal, y de otra comunicación humana también. El pensar en un «medio» de comunicación o en «medios» de comunicación sugiere que éste equivale a una transferencia tubular de unidades de material llamadas «información» de un lugar a otro. Mi mente es una caja. De ella saco una unidad de «información», la codifico (es decir, la adapto al tamaño y la forma del tubo por el cual pasará) y la meto por un extremo del tubo (el medio, algo en medio de otras dos cosas). De un extremo del tubo, la «información» avanza al otro, donde alguien la decodifica (le devuelve su tamaño y forma debidos) y la mete en su propio recipiente parecido a una caja, llamado «mente». Este modelo obviamente tiene algo que ver con la comunicación humana, pero muy poco si se le examina de cerca, y deforma el acto de comunicación hasta volverlo irreconocible” (ibíd.; 170).

En la comunicación humana se exige un tipo de “retroalimentación anticipada” que exige que antes de empezar a hablar se comparta en un sentido muy relevante numerosos aspectos del mundo en el que esa comunicación se instancia. Relaciones pasadas, miradas,

entendimiento de los otros y de uno mismo como tipos específicos de personas, roles, encuadres de anticipación, expectativas, “tengo que encontrarme de antemano dentro de la mente del otro para poder entrar con mi mensaje, y él o ella deben estar dentro de la mía” (ibíd.; 171). Esa *comunidad de mentes* no es un “objeto”, sino la remisión al aspecto participativo, recurrente, procesual del intercambio suscitado por el comportamiento. “La comunicación es recíprocamente subjetiva. El modelo de medios no lo es” (ibídem.). El modelo de medios es un logro escriturario, supone un enfoque informacional, “objetivo”, solipsista, individual, que inventa una audiencia diferida, distanciada o potencialmente extraña. “La evolución de la conciencia a través de la historia humana se caracteriza por la atención cada vez mayor que se presta al interior de un sujeto como alejado –aunque no necesariamente separado- de las estructuras comunitarias en las cuales cada persona se encuentra inevitablemente circunscrita” (ibíd.; 172). La introspección, el modelo de la conciencia solipsista, el texto como objeto y entidad mediadora, pueden ser reinterpretados como formas de comprensión a las que se arriba por intermedio de un tipo específica de intervención lingüística (escrituraria), como derivación de la aplicación de determinadas “tecnologías” verbales históricamente disponibles.

Con esto no se niega las peculiaridades de la intervención en cuestión, sino que se las remite a un contexto más amplio en el cual ese tipo de intervención adquiere una inteligibilidad distinta. Los problemas que esa intervención puede generar (textualismo, escepticismo, relativismo), adquieren otro tenor cuando son vistos contra el trasfondo común del comportamiento verbal en el cual la intervención textual, escrituraria, es tan sólo un modo al interior de un continuo conductual. Una teoría unificada del uso de las palabras y de la acción aparece así en el borde de esta indagación antropológica, como aquel punto en el cual Davidson y Frye se encuentran. En la base mayormente oral, intersubjetiva, comunitaria, situada, contextualizada, holista, anti-reductiva, vital de nuestro empleo del lenguaje encontramos un punto de divergencia potencial, de articulación parcialmente heterónoma, que conduce en la dirección de lo escrito, lo impreso, lo individual, lo abstracto, lo sistemático y lo que anhela conclusión, cierre o coherencia. Pero la articulación parcial sólo puede adquirir sentido en el marco de aquella base, a partir de la cual se articula. Así vistas las cosas el lugar del lenguaje está lejos de generar las potenciales brechas y los acuciantes abismos del modelo de la mediación. En la antropología del lenguaje de Ong encontramos un interesante recorrido para situar con más precisión los aspectos comunitarios de la ontología depurada del lenguaje que Davidson nos legó.

Me he dedicado extensamente a Ong porque creo que constituye un puente fundamental para comprender el modo antropológico de consideración del lenguaje que tengo en mente, en tanto lo considero enteramente convergente con los propósitos davidsonianos, y una plasmación intelectual del suelo de consecuencias sociales, históricas y más propiamente

rituales que una consideración depurada del lenguaje nos ofrece. Con ello se vuelve pensable en otros términos el estatuto de la narración como modo específico de la intervención lingüística en un sentido ritual que contribuye a delimitar las figuras de lo pensable en torno a agencias, secuencias y los tipos de “realidad” en que ellas se despliegan.

Precisamente el *modo de la intervención lingüística* es lo que resulta especificable a partir de las consideraciones precedentes y en términos de una noción de agencia que sirve como conexión conceptual entre las “tecnologías” de la palabra en sentido amplio y los modos narrativos como *tipos* en los que se despliegan aquellas tecnologías. Ciertamente el puente que establezco no es original y ya lo ha establecido Paul Ricoeur en textos fundamentales en torno a las vinculaciones entre la teoría de la acción, la del texto y la de la historia (Ricoeur, 1985, 87-94; 1995a, 209-241; 2001, 149-218). Esos textos, a su vez, derivan su comprensión del estatuto de la acción de la lectura de Georg Henrik von Wright y sus elucidaciones cruciales en torno a la noción misma de agencia.

La discusión de ese estatuto se configuró en el marco de un debate, mayormente anglosajón, en torno a las relaciones y juegos del lenguaje requeridos para la consideración de acontecimientos y acciones. El mismo habitualmente conduce a una suerte de dualismo en el cual el habla en torno a acontecimientos parece exigir el ingreso en un juego de lenguaje que implica nociones como causa, ley, hecho, explicación, en tanto la consideración de acciones remite a un juego disyunto operativizado por términos como razones, motivos e intenciones. Esta distinción de vocabularios se estructura por lo tanto en torno a una definición de *causa* entendida en sentido humeano, en el sentido de que no hay un vínculo lógico de implicación o una necesidad nómica entre la causa y el efecto. Como el vocabulario intencional no puede identificar un proyecto sin hablar de la acción resultante, se establece un vínculo lógico entre una cosa y la otra y de allí que la relación sea definida en términos no causales.

Sin embargo ya hemos visto con Davidson en el capítulo precedente que el estatuto irreductible del vocabulario intencional no se hace derivar de esta noción humeana de causalidad. De hecho, para Davidson es un hecho que las razones pueden ser causas de la acción. La noción de vinculación causal establece nexos entre *tokens* o casos particulares, no relacionando *tipos* que permitan la clase de leyes estrictas requeridas por el modelo que distingue rígidamente entre vocabularios –intencional, causal-. Aunque Davidson y von Wright no concuerden necesariamente acerca de los tipos de vínculos, lógicos o no, entre razones y acciones, en ambos casos resulta crucial que la inteligibilidad de la acción racional va más allá

del requisito de la existencia de leyes estrictas y generales, y sigue más bien el modelo del silogismo práctico<sup>38</sup>.

Este pluralismo lexical es concordante con una ontología monista (aunque anómala) y no exige el tipo de contraste artificial entre aquello que se puede explicar (la causa) y aquello que se puede comprender (motivos y razones). En todo caso es un mismo plano ontológico el que es inscripto pluralmente: “el deseo se deja tratar como una razón de actuar y se coloca de manera implícita en el plano de la racionalidad y la discursividad. Esta doble cara del deseo –el deseo como  *fuerza*  que empuja y que mueve, el deseo como razón de actuar- está en el origen de la oposición” (Ricoeur, 1985; 90). Pero ese  *dejarse tratar*  no reenvía a un argumento epistemológico signado por las brechas insalvables. De nuestra discusión davidsoniana hemos obtenido la comprensión (mayormente compartida por Ricoeur aunque no sin remilgos, como veremos luego) de que si bien los vocabularios irreductibles se derivan de principios de inteligibilidad diferentes (en un caso de la causalidad y de la verdad, en el otro de la racionalidad y la justificación), no podemos entender esos principios como no sea captándolos simultáneamente (de allí el énfasis inclusivo en los ensayos davidsonianos en torno a la verdad y la interpretación; el holismo mismo de su posición vuelve imposible cualquier consideración apartada de cada uno de estos principios y de cada uno de estos vocabularios irreductibles). Irreductibilidad sin escisiones, podríamos decir.

Esta remisión unitaria es también la de von Wright, sólo que en términos un tanto distintos. La explicación intencional y la explicación causal son intentos de aprehender diferencialmente un mismo registro. Esto es, “la acción, en tanto que movimiento corporal, es un único acontecimiento objeto de una doble descripción, como acción intencional y como conducta meramente corporal” (von Wright, 2002; 21). La realidad espacio-temporal de la acción no requiere que existan dos cadenas causales independientes. No tenemos un acontecimiento con dos causas, sino una cadena causal, humeana, descriptible en términos alternativos (von Wright, 1979a; 153). La lógica de la acción, sostiene von Wright, entendida en términos de intenciones, motivos y razones, no debería hacernos olvidar el carácter inserto de la misma:  *se trata ante todo de operar un cambio en el mundo* . La explicación causal, a su vez, no debería olvidar la  *remisión de la noción misma de causa a la de acción* : “ *p*  es una causa respecto a  *q*  y  *q*  un efecto con relación a  *p*  si y sólo si haciendo  *p*  podríamos dar lugar a  *q*  o suprimiendo  *p*  podríamos eliminar  *q*  o evitar que ocurriera” (von Wright, 1979a; 93). Causa remite entonces a “hacer” y efecto a “dar lugar a”. “No podemos entender la causación ni la distinción entre conexiones nómicas y regularidades accidentales en la naturaleza sin acudir a nociones relativas

---

<sup>38</sup> En líneas generales el modelo de von Wright es más rígido que el de Davidson, en tanto sostiene alguna versión débil del argumento de la dependencia lógica y la consiguiente carencia de leyes en la comprensión de la acción. La posición de Davidson sostiene la idea de cierto tipo de legalidad, pero en el marco de una distinción entre casos y tipos,  *tokens*  y  *types*  (cfr. A.Gómez, 2002; 28).

a la producción de cosas y a la intervención intencional en el curso de la naturaleza” (ibíd.; 89). Esto es, comprendemos la idea de causa cuando vemos nuestra propia conducta en términos de intervención en el curso de las cosas. Ciertamente “las relaciones causales existen en la realidad independientemente de los agentes (tesis ontológica), [pero] su conocimiento se da a través de la intervención activa de los humanos y, en consecuencia, la causalidad es epistémicamente dependiente de la acción, aunque no lo sea ontológicamente” (A.Gómez, *op.cit.*, 23).

La naturaleza de la acción remite entonces a un marco común del cual pueden, posteriormente, abstraerse las condiciones de la explicación en términos causales, por un lado, y de la comprensión, por la otra. Pero el punto de encuentro remite al de *intervención agenciada* en el mundo como estado de cosas.

El argumento de von Wright parte entonces de la idea misma de un *sistema*, como una elaboración a partir de la teoría de los sistemas (von Wright, 1979a; 60-67). Por supuesto la noción de sistema es aquí menos la de un marco deductivo que rige las inferencias posibles que la de un encuadre situado referido a un estado de cosas determinado. Esto es, analíticamente se comienza considerando un *sistema parcial cerrado* que básicamente permite definir un estado inicial, estadios posteriores y un estado terminal. Un sistema (entendido así en sentido no determinista) implica un conjunto de *encadenamientos de fases* cada una de las cuales permite diversos horizontes de alternativas. Esto es lo que hace que las relaciones causales entre estados iniciales y finales procedan de manera asimétrica, impidiendo el intercambio lógico entre las condiciones suficientes establecidas en el orden prospectivo con las condiciones necesarias establecidas por la consideración retrospectiva. *La acción es entonces un tipo de intervención que altera la situación inicial, introduciendo una constelación de alternativas internas y derivando en un estadio terminal.* La posibilidad de la acción es introducida por la consideración de las condiciones dinámicas del sistema cerrado. La acción es vista así como una intervención en el curso de las cosas. El hacer es la manifestación de un poder, el hacer que algo suceda. Con esto “la noción de poder es absolutamente irreductible y representa, en consecuencia, la contrapartida de cualquier teoría de los sistemas cerrados: por el ejercicio de un poder hago suceder tal o cual acontecimiento como estado inicial de un sistema” (Ricoeur, 1985, 92; cfr. Ricoeur 1995a, 229-230). Explicación en términos de sistema y comprensión en términos de hacer que algo suceda convergen en la noción de *intervención*. “Esta noción de intervención nos remite a una idea de causa muy diferente de la de Hume y sinónimo de iniciativa de un agente. Pero no se deja oponer a la de motivo, sino que la incluye; pues la intervención en el curso de las cosas implica que seguimos la articulación de los sistemas naturales” (ibídem.).

La idea de intervención ayuda a comprender la inutilidad manifiesta de oponer el orden mentalista de la comprensión y el orden causal de la explicación, para proceder más bien en



términos de una consideración holista en la cual los conceptos se imbrican recíprocamente. “No hay sistema sin estado inicial, no hay estado inicial sin intervención, ni intervención sin ejercicio de un poder. Actuar es siempre hacer algo de manera tal que suceda alguna otra cosa en el mundo. Por otro lado, no hay acción sin relación entre el saber hacer (el poder hacer) y lo que éste hace suceder” (ibídem.). La acción consiste en producir un suceso o cambio en el mundo como derivación de la *potestad* de modificar el estado de cosas.

Esta mutua inteligibilidad presta asiento entonces a un repudio de la idea de determinismo universal en términos de una defensa de la esencial libertad humana (von Wright, 2002; 35). La idea de determinación causal “sólo puede reclamar validez para porciones limitadas del mundo y no para el mundo completo” (ibídem.). El determinismo universal es una ilusión, basada en la extrapolación a la totalidad de un dominio de lo concebible de algunas conexiones causales relativas a fragmentos de la historia del mundo. La extrapolación está ligada entonces a la consideración de un sistema determinista como un pleno sin intervenciones ligadas a poder alguno, a la incapacidad de poner en movimiento diferencial partes de ese sistema. Pero acción humana y causalidad física están entrelazadas. *Un sistema sin agentes no es un sistema* –de allí el problema de las interpretaciones “sistemáticas y deterministas” de la idea misma de sistema-, ya que la comprensión originaria del primer término exige la sucesión de estados de fases que remiten a un movimiento ejercido por algún poder que interviene. La acción se inscribe en el curso de las cosas, pero lo hace en términos de un movimiento ejercido por un agente.

Este conjunto de actitudes delinean la *hermenéutica analítica* de von Wright, en la cual la preocupación por hacer converger, digamos, a Wittgenstein con Gadamer estimulan una rica trayectoria que parte de la lógica de las normas y arriba a una comprensión sofisticada de la acción. Con esto la noción de acción se sitúa categorialmente en un plano anterior que permite mostrar la articulación de conceptos tan variados como el de norma o el de causa (von Wright, 2002; 14). La acción como intervención es vista así como una modalidad que incide sistemáticamente en un estado de cosas y que inhiere a la potencial manifestación de un poder que es el que ejerce un movimiento temporo-espacialmente definible.

Puedo volver luego de este excursus a las consideraciones en torno al lenguaje y las tecnologías de la palabra. Las modalidades del darse del lenguaje suponen la modificación y deriva de estados de cosas intervenidos por agentes. El lenguaje es así un sistema –en la versión débil de este término, como encuadre inicial de estados de cosas- en el que los hablantes que participan en una comunidad de lenguaje inter-actúan, interviniéndose recíprocamente. Cuando el lenguaje es visto como lo ven Ong, Frye o Davidson, como un hacer, el hacer remite, por la lógica implícita en la acción misma, a un agente como entidad interviniente. La intervención lingüística es un tipo de intervención que se monta contra el trasfondo de un espacio amplio

compartido y que despliega sus propias características. Pero ese carácter diferencial no lo convierte en un ámbito discontinuo, atravesado por sus propias desventuras solipsistas, o atado a la lógica impertérrita del signo. Como sistema de interacción, entendido el sistema como una *sucesión de estados de fase que habilitan horizontes alternativos en los cuales el darse de la intervención produce modificaciones que alteran significativamente la deriva del encuadre como un todo y que remiten al tipo mismo de la intervención que sea el caso*, el lenguaje se nos muestra así bajo una luz muy diferente. Se descompone en acciones lingüísticas, intervenciones orientadas a la comprensión del carácter intrínseco de la interacción misma. Y es aquí que adviene un movimiento peculiar de la situación lingüística. Por un lado la situación misma reenvía a una semántica de la acción y a un encuadre de la agencia supuesta por la situación en sí. Por el otro la situación despliega un tipo de actitud, visión o propuesta respecto de esa misma semántica y ese mismo encuadre. *En el hacer lingüístico se muestra y se propone reflexivamente –por medio de una intervención agenciada– un modelo del hacer y de los agentes posibles*. Las distintas tecnologías disponibles vuelven pensables diversos modelos. Nosotros tenemos a disposición modelos de la acción y de la agencia que el trasfondo oral de Homero o la cultura manuscrita de San Agustín no habilitaban. El modelo de intervención propia del “científico como contemplador distanciado de objetos”, el del narrador como ordenador hipotáctico de secuencias de estados de cosas, el del indagador introspectivo en torno a las densidades y profundidades de la psique, son otras tantas propuestas de agencias posibles. Pero aún hoy en día, en nuestra cultura de lo impreso y en nuestro fluir de lo escrito a la oralidad primaria y secundaria que aún nos circunda, sus modelos son los *nuestros* y es *porque sabemos lo que hemos aprendido de ellos* que su mundo no puede sino ser también, en parte, el nuestro.

Podemos interpretar lo que han hecho, por más radical que sea su aparente extrañamiento respecto de nosotros, porque la estructura misma del hacer (que han hecho) reenvía a una noción de la agencia ante la cual ningún extrañamiento o inconmensurabilidad es posible. Porque han intervenido (lingüística y no lingüísticamente) es que nosotros tenemos un mundo, y porque lo han hecho, podemos entenderlos. No es que sus tecnologías para obrar no son las nuestras. Algunas de las nuestras no les pertenecen, o no les resultarían siquiera inteligibles, lo cual es muy distinto, pero en el marco de la agencia, la intervención lingüística y las diversas tecnologías de la palabra podemos comprender las peculiaridades del hacer narrativo en el marco de la acción modelada en un mundo compartido.

#### *b) Lenguaje, ritual y prefiguración de lo social*

Ese hacer narrativo es, a su tiempo, la manifestación de dos características implícitas en el modelo que ha repudiado la objetivación del lenguaje. Primero, mirado externamente el lenguaje *como un tipo de acción* se inserta en el tramado más extenso de las acciones compartidas. Segundo, prestando atención a sus “contenidos”, el lenguaje se despliega como

una *propuesta de un mundo de acciones compartidas*. Esos dos rasgos pueden detallarse en términos menos enigmáticos cuando atendemos, con Hans Georg Gadamer, a la “fenomenología del ritual y del lenguaje” tal como se despliega en la situación hermenéutica (Gadamer, 1993; 67-133). En esa situación se aborda el espacio de la interacción lingüística enfocando el aspecto práctico, el suelo o trasfondo vital en el cual se articula la expresión verbal.

El punto de partida gadameriano radica en una visión del lenguaje plenamente concordante con la visión del mismo vertida en el capítulo anterior. Gadamer –vemos que en términos muy similares a los de Ong o de Davidson- asevera que

“el lenguaje no es un medio más que la conciencia utiliza para comunicarse con el mundo. No es un tercer instrumento al lado del signo y la herramienta (...) el lenguaje no es un medio ni una herramienta. Porque la herramienta implica esencialmente que dominamos su uso (...) esa analogía es errónea porque nunca nos encontramos ante el mundo como una conciencia que, en un estado a-lingüístico, utiliza la herramienta” (Gadamer, 2006; 147).

Lo absurdo de esa visión, dice, “consiste en el intento de suspender de modo artificial nuestra implicación en el mundo lingüístico en el que vivimos. La verdad es que estamos tan íntimamente insertos en el lenguaje como en el mundo” (ibíd.; 148). Una compleja tradición que se remonta al *Cratilo* de Platón puede hacernos creer en la idea del lenguaje como lo disponible, como “un simple instrumento del que echamos mano (...) con el fin de comunicar y hacer distinciones con él” (Gadamer, 2007; 489), o bien en el lenguaje como el proceso de identificación de palabra y cosa, por medio del concepto de “corrección” o “adecuación” de la palabra (ibídem.), pero en principio ambas nociones se sitúan como extremos, que más que oponerse, parecen presuponerse. Si el lenguaje va a ser concebido como prisión, entonces, es una prisión llamada mundo, y la imagen misma pierde la fuerza argumental que pretende tener, en el anhelo de la búsqueda de “lo otro del lenguaje”. La vida *del* lenguaje y la vida *en el* lenguaje son la misma cosa, en el sentido de que experimentamos nuestra propia deriva en términos en los cuales “la tendencia a la individualización chocará con la tendencia a la convención que también es inherente al lenguaje” (Gadamer, 2006; 173). Esto es, la *convención* valida la producción y reproducción de las prácticas pre-existentes, en la modalidad del prejuicio y la aplicación de modelos heredados. La *individualización* a su vez apunta a un modelo de re-apropiación propiamente metafórico, en el sentido de una *transferencia que es realizada*, un esfuerzo crítico que apunta a la superación de la convención, a una “liberación de los prejuicios” que en tanto que tal puede ser una ingenuidad o un mito, pero que nos inserta en un ciclo de apropiación y extrañamiento de nuestro propio horizonte (ibíd.; 179). El extrañamiento, idénticamente, es una ficción, en tanto nunca se nos presenta en la forma de una total radicalidad de la percepción del otro. En realidad se nos muestra, dice Gadamer, en la forma de un *atopon*, “algo que no encaja en los esquemas de nuestra expectativa de comprensión y que por eso nos desconcierta” (ibíd.; 182). Pero el fenómeno del desconcierto no es primario. Se

monta sobre el entendimiento originario que permite visualizarlo como trastorno. En este sentido “el entendimiento es el-presupuesto cuando hay un trastorno de él. Los obstáculos para el entendimiento y el consenso, relativamente raros, plantean la tarea de la voluntad de comprensión, que debe llevar a la superación del malentendido” (ibíd.; 183). Esto es el *principio de caridad* revisitado hermenéuticamente, viendo el entendimiento como “más originario que el malentendido”, y superado procesualmente por medio de la conversación, la triangulación y la convergencia en un entorno compartido, un mundo común.

La tensa vida del lenguaje se da entonces entre la pura convencionalidad y el anhelo de la ruptura revolucionaria (ibíd.; 186), y es esa tensión la que nos hace ver el *intercambio lingüístico como un tramado institucional inscripto socialmente*, que orienta a la *reproducción ritual* de un estado de cosas, tanto como puede hacerlo en la dirección de la *interrupción* de esa reproducción. La fijación de la orientación del lenguaje no es cosa ni plenamente subjetiva ni asunto de un supuesto “sujeto-lenguaje”. Es decir, el vivir en un lenguaje no nos conduce al relativismo; en la medida en que la comprensión va ligada al lenguaje, encontramos una ruta conversacional para cuestionar la propia creencia y entrar en relación con las creencias de los otros, de cara a “la recepción de lo ajeno y por ende la ampliación y el enriquecimiento de nuestra propia experiencia del mundo” (ibíd.; 223). “No se trata de ninguna mitologización del lenguaje, sino que el fenómeno expresa una exigencia del lenguaje no reducible a la opinión subjetiva e individual” (ibíd.; 193). Sólo en la ejecución del habla, en el empleo o uso lingüístico (no como herramienta, sino como modo de ser originario para nosotros) se fija provisoriamente un horizonte para la gama semántica oscilante que el lenguaje y los términos empleados suponen. Se trata de un *trabajo*, del ejercicio de un poder que puede ser validado o desautorizado y que reenvía a una lectura plenamente política del horizonte de la ejecución del habla (ibíd.; 199). Esto explica tanto el horizonte crítico del lenguaje (algo que han resaltado pensadores como Habermas) como el horizonte aquiescente y convencional del mismo (algo que esos mismos pensadores suelen olvidar). En este sentido *cualquier ejecución del habla es una reproducción*, una “traducción” en un sentido amplio, esto es “pasar algo muerto a la nueva realidad (...) del comprender en otra lengua, que es la nuestra, de algo que se expresó en una lengua extraña” (ibíd.; 200). En el fenómeno de la traducción y la interpretación rige el proceso de la apropiación de lo extraño que es potencialmente propio. “El lenguaje no es una convencionalidad reelaborada ni el lastre de los esquemas previos que nos aplastan, sino la fuerza generativa y creadora capaz de fluidificar una y otra vez ese material” (ibíd.; 201). En ese proceso lo extraño se hace propio por medios metafóricos, un proceso de interpretación y traducción dialógica en la que “se funden los horizontes de pasado y presente en un constante movimiento como el que constituye la esencia de la comprensión” (ibíd.; 373).

Encuentro admirablemente expuestas estas intuiciones de Gadamer en el mismo Frye, en términos que nos sumergen en la *cuestión central del mito* o en lo que el primero denomina

“textos eminentes”, aquellos textos que posponen “la preferencia inmediata a la realidad” (Gadamer, 2007; 670), lo cual en ocasiones es denominado como “recurso ficcional” o “ficción propiamente dicha”, pero que en realidad presupone no un debilitamiento “de la inmediatez de la acción lingüística, sino que representa por el contrario su realización «eminente»” (ibíd.; 671). En esa eminencia se arbitra siempre una idea de la realidad social, en la que lo ficcional no designa lo irreal o “despreocupado”, sino que por el contrario se orienta a la captación, al reconocimiento del horizonte de probabilidades. “El propio Aristóteles, que deriva el arte como *mímesis* a partir del gozo del conocimiento, caracteriza al poeta frente al historiador por el hecho de que no representa las cosas tal como han ocurrido sino tal como podrían ocurrir” (ibíd.; 673), y con ello propone más bien un abordaje de “la dimensión de lo posible” que contribuye a la crítica de la realidad, en tanto la última (la crítica) es imposible sin la primera (la dimensión de lo posible). Lo posible se nos aparece como concebible cuando hemos entrevisto un sentido de realidad que deseamos ver contrapuesto. *Lo ficcional es lo doblemente concernido, tanto por la actualidad de una realidad entrevista críticamente, como por un espectro de lo concebible que es desplegado a modo de propuesta.* En la “ficción” se juega este aspecto “eminente” que encontramos paradigmáticamente expresado en el rol cultural jugado por el *mito* en la asignación de valores en torno a lo real y a lo imaginable.

El término mismo (“mito”) resulta equívoco y hasta aquí he venido utilizándolo mayormente o bien como parte de la terminología crítica de Frye (uno de los tipos de agencia supuesto en su primera crítica, por contraposición al romance, los modos miméticos y la ironía), o bien como término sub-analizado, empleado por Propp, Mink y críticos de White como Moses en la dirección de fábula fantástica originaria —en el sentido de remitir al horizonte mito-poético que versa sobre los orígenes del mundo—. Ahora bien, la misma terminología de Frye propone otra acepción para el término. En ella se asevera, gadameriamente que

“cada sociedad humana posee cierta forma de cultura verbal en la que las ficciones o narraciones ocupan un lugar preeminente. Algunas de estas narraciones pueden parecer más importantes que otras: ejemplifican lo que atañe primordialmente a su sociedad. Sirven para explicar ciertas características que se dan en la religión, en sus leyes, estructuras sociales, medio ambiente, historia o cosmología. Esto significa que se cuentan para satisfacer las necesidades imaginativas de la comunidad, en la medida en que las estructuras verbales pueden satisfacer tales exigencias (...) son imaginativas pero se pretende que transmitan algo así como un saber especial. Llamaré mitos al grupo más importante de narraciones que se encuentran en el centro de la cultura verbal de una sociedad” (Frye, 1980; 15).

Con ello el estatuto de lo mítico difiere del sentido trivial asignado al mismo. Los relatos míticos pueden o no ser sagrados, fabulosos o versar sobre deidades. En realidad se designa con el término *a unidades de significación primordial*, es decir, *a expresiones extremadamente importantes que una cultura —o los hablantes inmersos en ella— se muestra sumamente remisa a revisar*. La diferencia entre lo que es mítico y lo que no es una diferencia entre la función autoritaria, legitimadora y orientadora de cierta expresión y la que carece de la misma. No es una diferencia que se exprese o pueda reconocerse en la estructura verbal de la misma. A lo

largo de la historia las religiones de Libro han encontrado en ellos sus mitos fundantes, pero hoy en día, cuando los relatos en ellos contenidos han sido sometidos a crítica y revisión, no es distinta su estructura verbal, sino su función social. Por dar dos ejemplos más actuales, la nación y las identificaciones nacionales ocuparon un lugar primordial (“mítico”) en el siglo XIX distintas configuraciones acerca de lo “eminente”, y el imaginario de la ciencia, si hemos de creerle a Quine, es igualmente mítico (Quine, 2002; 89), o por lo menos lo era hasta hace poco. Todo ello no implica la mendacidad o la carencia de fundamento de lo afirmado, sino su centralidad en un determinado encuadre de creencias. Esto a su vez deriva en dos aspectos relevantes. Ese encuadre es visto por un lado como un tipo de “espacio” con sus regiones centrales y periféricas, y por el otro es considerado como un tipo de práctica que reasigna valoraciones en disputa y “posiciones” como parte del proceso de asignación de sentido intersubjetivamente validado o disputado. Lo que antes estaba en el centro puede ser desplazado, y alguna “región” de la periferia puede ser promovida a un lugar central.

A su vez esto nos obliga a prestar atención *al modo de inserción* de la expresión en un marco determinado. La *misma* expresión (digamos, un versículo de la Biblia) adquiere una función epocalmente diferenciada en virtud de su lugar en un plano de creencias validado o invalidado colectivamente. En ese sentido un mito *arraiga* en un espacio social determinado, hace converger y autoriza otro tipo de expresiones. Los mitos se agrupan así en *mitologías* con funciones rituales (Frye, 1980, 18-20; Frye, 1991, 63-67), como actos orientados a la promoción de ciertos intereses, a la cohesión social. El *rito*, como *tipo de acción recurrente con la misma función legitimadora que el mito, pero sin un necesario anclaje verbal, es el vehículo o la manifestación o presentación en acto del mito*. Esto es, el mito es un tipo de acción ritual, una forma de acción eminentemente distinta de la acción práctica, del “trabajo”. El punto de referencia de la última es más bien la intervención en un entorno delineado en términos de los puntos de referencia provistos por la primera. Esta confluencia de rito, acción práctica y mito como tipos solapados y parcialmente divergentes de acciones ayuda a comprender aspectos de la dinámica mitológica. Cuando la acción se ritualiza al extremo de no ser vista como acción, su posible extensión o fundamentación como *suelo nutricio* de la *praxis* se pierde. Por ello mismo la variedad imaginativa de la expresión se ve compelida a sacudirse el mantra sofocante de la cristalización ritual en nuevas direcciones que se apropian del suelo de mitos que orienta la acción y reasigna los valores anteriormente distribuidos en las regiones centrales y periféricas de los marcos de creencia.

Los mitos tienden a la cristalización en virtud del tipo de ansiedades, necesidades y funciones sociales que cumplen. A su vez, como agregados centrales de una cultura tienden a expandirse, a pretender abarcar el entero dominio espacial y temporal, a situarse como un marco omni-abarcativo capaz de asignar valores al entero campo de creencias, a lo concebible. Los mitos operativizan la función de *grafolecto* que hemos descrito en la sección precedente, y

configuran un espacio o universo mitológico que postula una visión de la realidad, de una realidad, de la realidad posible, en términos de intereses, angustias y esperanzas (Frye, *op.cit.*, 25). “Una mitología crea en el corazón de su sociedad el equivalente verbal de un *temenos* o suelo sagrado, una zona delimitada y sacrosanta” (Frye, 1991; 64). Ese suelo expresa intereses que cumplen una función primordialmente ideológica de habilitar o no habilitar consideraciones acerca de lo real, de lo posible, de lo imaginable, y de los tipos de *intervención posibles en aquel espacio de lo concebible*. En este sentido es que resulta ininteligible el desdoblamiento whiteano entre estructuras de tramas (*mythos*) y modos de implicación ideológica. Un tramado mítico se propone y se expande continuamente, aspirando –de manera estéril, debo agregar- a la conformación de un orden verbal total de plena significación, con los esquemas de un universo imaginativo en él incluidos.

Un tipo de expresión verbal, entonces, apunta a delinear el contexto más amplio, abarcativo e inclusivo *a partir del cual pueden proceder ulteriores asignaciones y re-asignaciones de valor como movimientos, intervenciones, manifestaciones de un poder que altera un sistema y lo conduce a un nuevo estadio, a una reasignación de los valores asignados*. En este sentido lo mitológico está más allá del problema de lo verdadero y lo falso. Lo relevante en el mito es la importancia o autoridad para la comunidad que pone su sello sobre el mito, no la verdad en cuanto tal. El interés social consiste menos en la proclamación de su verdad que en impedir el hecho de la sistemática puesta en discusión de los contenidos míticos (Frye, 1980; 27). La *intervención lingüística* misma supone el tipo de consentimiento silencioso que adscribe autoritariamente el sentido de una realidad compartida más que una convicción explícita acerca del tópico.

El problema de la verdad puede abordarse entonces una vez que se ha adoptado un acuerdo o estructura de consentimiento que taponan la puesta en duda radical. En este sentido el marco amplio de la fijación ontológica es propio de lo que los griegos llamaban *lo plasmático*, esto es, lo que no es ni verdadero ni falso, sino más bien el espacio lógico de las cosas como supuestamente habrían podido ocurrir, lo hipotético, lo conjetural. Cuando el mito es visto como comportamiento verbal funcionalmente motivado todo lo que se diga con palabras es provisoriamente plasmático (ibíd.; 28). “La verdad y la falsedad representan las direcciones o tendencias que siguen o que se piensa que van a seguir las estructuras verbales” (ibídem.). Por lo tanto las expresiones verbales “serias” o autorizadas y las triviales o marginales no constituyen géneros expresivos esenciales, sino que implican primordialmente el reconocimiento social y la reacción esperada, supuesta, ante la expresión verbal.

Entonces lo mítico no designa lo “no realmente verdadero” o “lo fabuloso”. Más bien la distinción de lo verdadero y de lo fabuloso oculta el hecho de que se está adoptando una suerte de jerarquía platónica de estructuras verbales, que distingue entre géneros autorizados, serios,

que pretenden corresponder y plasmar la gravedad de los estados de cosas en el mundo, y géneros irresponsables que apuntan a la diversión y entretenimiento del populacho. La expulsión de los artistas de la *República* platónica es la manifestación más extrema de esta adopción jerárquica ulteriormente insostenible.

También algo de interés se obtiene de la comprensión de las limitaciones del modelo que se opone al platónico. Ese modelo, propiamente romántico, apunta a mostrar que en la jerarquía de la expresión verbal *el suelo nutricio* que se exhibe en las formas toscas y rudimentarias del folklore y la sabiduría de los pueblos ocupa un lugar privilegiado. Contra el modelo platónico que ponía en la función del mito “serio y elevado” la tarea de transformarse en un saber responsable, un *logos* que expresara la esencia y la reducción conceptual, abstracta, al margen de las tribulaciones contextuales, la reversión romántica apunta a mostrar los pies de barro de aquellos saberes, aquellos *logoi*. Pero en esta saludable actitud anti-autoritaria reside el germen de la comprensión auto-télica de la expresión verbal literaria, que hemos recorrido en los capítulos precedentes. Porque se intenta mostrar que la función expresiva no debería ser exclusivamente aquella que legitima o autoriza o remite a un marco social, se termina concluyendo erróneamente que una salvaguarda para ese tipo de expresión reside en su radical y última *no-remisión*. Porque la expresión no remite a ninguna función es que resulta comprensible como dispositivo, se nos dice en este argumento. La definición de lo literario mismo reside entonces en su apartamiento deliberado de la orientación práctica. En vez de ser el suelo nutricio en el cual se yerguen las orientaciones referenciales en las cuales las demás acciones y orientaciones prácticas se incrustan, o que las demás intervenciones tienen que dar por supuestas, lo mítico es releído como lo literario en un doble movimiento que a la vez que le confiere una radical autonomía la vuelve peculiarmente inútil, cercenándole sus evidentes funciones sociales.

Cómo podrá apreciarse en estos párrafos hay un trabajoso tránsito de lo mitológico a lo literario, un peligroso desmarcamiento que esta visión ampliada del *mythos* en el marco de un anclaje ritual del lenguaje debería evitar. Cuando olvidamos el carácter mítico, autoritario y legitimador de la expresión verbal –cuando olvidamos el marco establecido en las páginas precedentes y en la sección primera de este capítulo–, y concebimos un régimen de lo literario apartado y como constituyendo su propio dominio, un paso importante en la dirección de lo solipsista y de una concepción estrecha de la intervención lingüística ha sido dado.

Podemos por tanto comprender las relaciones entre tipos de expresión verbal en la modalidad de lo literario versus lo práctico o, por el contrario, detallando aún más el interjuego entre lo mítico como legitimación ritual y la “periferia” del espacio de creencias validado intersubjetivamente. En esta última línea frente al centro legitimador y preferentemente no sometido a revisión del espectro de creencias, se yergue una variopinta periferia, repleta de



formulaciones, lugares comunes y expresiones no necesariamente coherentes entre sí y sólo parcialmente aceptadas. El trasfondo amplio de esas expresiones constituye el ámbito ordinario, coloquial, repleto de saberes orientados pragmáticamente, ante el cual el “centro” de creencias obra doblemente. Por un lado pretende disciplinar, orientar, ordenar aquellos saberes dispersos. Por el otro se nutre de ellos, los “captura”, cuando la función legitimadora, expansiva, de lo mítico o lo “eminente” así lo exige.

La “literatura popular”, el folklore y los regímenes de sabiduría popular pueden entonces ser interpretados como tipos de expresión no caracterizados por sus supuestos rasgos toscos o trancos, sino por constituirse como formas que requieren un mínimo de experiencia verbal previa (ibíd.; 39). Lo popular, lo “primitivo”, lo periférico es así un vasto espacio inclusivo de comunicación en el que se trafican provisoriamente visiones diferentes acerca del desarrollo social y las variaciones imaginativas posibles en él. En esta visión la literatura o la expresión culta o de élite supone por lo general una captación e intento de orientación de la experiencia literaria “de base” en su propio provecho, un intento de asignar valores desde el “centro” mítico de la cultura. Por su parte los géneros “menores” permanecen como formas de relevo o contestación eventual que contribuyen a evitar que las prácticas dominantes ejerzan un predominio total en el variado rango de la expresión. Es decir, el “suelo nutricio” de expresiones variadas es tanto una fuente de la que se proveen los sectores hegemónicos para la legitimación, y al mismo tiempo un espacio para ejercitar la resistencia y desbistar aquel dominio. Los “géneros” son vistos así menos como clases esenciales y más como expresiones o instancias de una dialéctica por el poder y la agencia lingüística. Esto nos entrega una deriva característica de la expresión lingüística: las convenciones y usos hegemónicos se nutren de la periferia dispersa controlada por ellos, por los usos elitistas y legitimadores del lenguaje. Con el tiempo las convenciones derivan en pura adopción ritual, una creciente cristalización se plasma y con ella “la carga del pasado” se vuelve a ratos cada vez más insostenible. Se exige un creciente refinamiento, hasta el punto de la opresión imaginativa y de generar un creciente incentivo a la heterodoxia. “Entonces se desgastan las convenciones, la literatura entra en una fase de transición en la que se desecha una parte de la carga del pasado y la literatura popular (...) vuelve nuevamente al primer plano” (ibíd.; 42). El *romance* es así el género que muestra el retorno de lo disperso y periférico ante la revisión valorativa en el centro del encuadre de creencias., el resultado de la liberación parcial de las opresivas cargas del pasado rigidizadas y cristalizadas ritualmente. Pero el efecto es el de generar una nueva hegemonía, estructurando una nueva legitimación en términos de la adopción de las valencias promovidas por las regiones antes periféricas y ahora centrales. La promoción de valores subalternos encuentra así un doble juego. Puede ser parte de un proceso genuino de revisión pero también puede ser parte de un modo de “secuestrar” significaciones para incorporarlas al interior de un tramado que sigue pretendiendo legitimar y proyectar valores tradicionales.

“En toda época de la historia la sociedad acepta e incorpora a su literatura seria ciertos valores predominantes. Habitualmente este proceso incluye alguna forma de romance secuestrado, es decir, fórmulas del romance empleadas para reflejar determinados valores predominantes, religiosos o sociales” (ibíd.; 43)

Se trata de obtener un *soporte imaginario para significaciones en disputa*. Pero siempre se escapa algo de lo que excluyen los valores aceptados, nunca totalmente absorbidos. La apropiación opera por medios propiamente retóricos, entimemáticos, figurativos, pero en sus valencias implícitas, sus características no declaradas, se trafican valoraciones no necesariamente coherentes entre sí. Como promesa de futuros conflictos, esas contradicciones permiten reinscribir una y otra vez el mismo ciclo de variaciones imaginativas entre centros y periferias, “secuestros”, resistencias, apropiaciones, reformismos y cataclismos en los encuadres y marcos de creencia.

Lo otro del rito es la imaginación, el deseo, la postulación de estados de cosas sólo vagamente entrevistos, reseñados bajo el halo prestigiante y peligroso de lo inactual pero aún así ya presente en nosotros. Donde el rito reitera, bajo el anhelo de una perfecta recurrencia, el deseo irrumpe, apropia, diverge. La literatura, en sentido ampliado, mítico, de intervención verbal convalidadora de un criterio amplio de realidad aún a la espera, “es un aspecto de la compulsión humana a crear frente al caos” (ibíd.; 44), a navegar entre la imaginación y la realidad, entre el deseo y la repetición, entre la eterna deriva y la confrontación con un estado final de cosas. Esto es lo que justifica el ya citado aserto de Borges, retomado por Frye, de que “los hombres a lo largo del tiempo, han repetido siempre dos historias: la de un bajel perdido que busca por los mares mediterráneos una isla querida, y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota” (ibíd.; 26). El deseo instancia el medio líquido del bajel, como una apertura a un escenario siempre futuro. En el Gólgota se inscribe la secuencia de un tiempo definitivo, que aspira a la cristalización, la rigidización ritual de una eterna recurrencia de sí.

Esta deriva, ritual, deseante, en la cual se inscribe el fenómeno amplio de la expresión verbal, es la que tiene que proveernos una idea del problema mismo de la realidad. Como hemos visto en los capítulos dos, tres y cuatro, la apelación habitual a ciertos *predicados del colapso metalingüístico* dificulta recurrentemente nuestra capacidad de comprender de manera parentética las formas en que en la expresión verbal se opera un cierto tipo de cierre —*una intervención, como movimiento agenciado*— que da por supuesta una realidad determinada. Parece entonces que nos quedamos sin un espacio mínimo de reflexión si colocamos entre paréntesis los aspectos inherentes a la caracterización del entorno que asumimos cuando pretendemos, justamente, reflexionar sobre él.

Pero ese es el problema mismo de la consideración de la técnica y la estructura de la expresión verbal y literaria en sentido ampliado. Esa consideración crítica de la técnica exige por lo tanto centrarse en los medios empleados para expresar contenidos mentados, en los

encuadres por medio de los cuales se los menta, en vez de detenerse en los contenidos mismos. La convicción es que existe un repertorio finito de modos eficaces de disponer verbalmente valencias y significaciones, que muchos géneros comparten sin dividirlos esencialmente (ibíd.; 18). A través de procedimientos técnicos de composición, equilibrio, diseño y contraste se articula verbalmente un dispositivo que permite vehicular proyecciones de sentido (ibíd.; 48). Las orientaciones rituales hacia el entorno y las orientaciones oníricas que fugan de él se sitúan como el marco amplio en el cual las operaciones plasmáticas verbales se insertan. La imaginación y “el mundo” trabajan conjuntamente para delinear órdenes de posibilidad improbable y de imposibilidad probable. La técnica por medio de la cual proceden es el *desplazamiento*, a través de la cual un diseño formulaico se adapta por procedimientos técnicos a los horizontes de credibilidad generados y recibidos por la expresión (ibíd.; 48; ADC, 182). Cuanto más desplazada se encuentra una expresión, más orientada a la satisfacción de las expectativas realistas, de continuidad entre lo presentado verbalmente y lo experimentado ordinariamente por la audiencia a la que se dirige aquella expresión. Por medio del desplazamiento es posible generar una lectura realista, por ejemplo, de los mismos marcos sobrenaturales del mito –en el sentido de lo fabuloso-. A modo de ejemplo, en el realismo de Ibsen los dragones “se explican” en tanto osos amaestrados percibidos por una heroína en ligero estado de ebriedad; en el cuento infantil consolador el fantasma era “en realidad” una sábana movida por el viento, la maldición y enfermedad de la princesa un resultado del carácter en extremo húmedo y salino de la caverna en la que estaba recluida. Estos y otros procedimientos permiten figurar un mundo inscripto verbalmente crecientemente continuo “a nosotros”.

Por el contrario las tendencias románticas pretenden revertir ese desplazamiento, volviendo a generar esa discontinuidad esencial, ese sentido de lo fantástico y extraño que resiste a todo concepto delimitado de realidad (ibíd.; 47). La literatura se mueve así entre desplazamientos controversiales y disputados entre la continuidad y la discontinuidad, lo realista y lo imaginativo, el encantamiento y el develamiento del carácter de un mundo en el que ya no quedan dioses.

“En el mito vemos aislados los principios estructurales de la literatura; en el realismo vemos como los mismos principios estructurales (no otros parecidos) encajan dentro de un contexto de plausibilidad (...) el mito es un extremo del diseño literario; el naturalismo es el otro, y entre los dos se extiende el área entera del romance” (ADC; 182)

La fuga se compromete con un mundo idealizado. El desplazamiento realista parodia el compromiso con una idealidad explicada ahora en otros términos. A su vez, mientras la fuga romántica enfatiza el aspecto de propuesta verbal, el carácter de proyecto, de diseño mismo de una secuencia verbal que remite a vidas concebibles, el desplazamiento realista tiende a colapsar los atributos de lo percibido y de lo presentado. Cuanto más realista, más oculta la expresión verbal su carácter de propuesta (realista), su diseño, composición y arreglos específicos. Cuanto más realismo, más ocultamiento, hasta el extremo mentado por White de la

“narrativización”, la ocultación deshonesta de la idea misma de que una operación de desplazamiento está en curso. El “prestigio” del realismo es el de aquella forma “seria”, platónicamente investida de la gravedad de los géneros que hacen hincapié en alguna forma de correspondencia, de paralelismo entre las estructuras verbales y el encuadre de situaciones en las que aquellas se insertan.

El prestigio del romanticismo y la fuga anti-desplazada consiste por el contrario en la mostración de la futilidad e infertilidad del uso meramente descriptivo de la expresión verbal. El comentario de Wilde al realismo de un Zolá es por demás elocuente: “El señor Zolá se sienta a darnos una imagen del Segundo Imperio. ¿A quién le importa ahora el Segundo Imperio? Ya ha pasado de moda. La vida marcha más rápido que el realismo, pero el romanticismo va siempre por delante de la vida” (Frye, 1980; 58). Nuestras necesidades vitales exigen que nos apartemos del uso descriptivo del lenguaje, porque *encontramos en otros usos u orientaciones funciones primordiales para la expresión verbal*.

Es en el modo realista, como extremo lógico de posibilidad de expresión verbal, que puede generarse el típico efecto de secuencias de acontecimientos ordenados cronológicamente por mera sucesión paratáctica. En el modo del “y... y... y...” se agregan ocurrencias y por la mera sucesión se genera una ilusión de lógica y causalidad por pura elisión de intermediaciones, para lo cual se apela a procedimientos plenamente retóricos y entimemáticos. Y es sobre esa base que se pretende montar el relieve más sofisticado, hipotáctico de las secuencias reconfiguradoras y recapituladoras del “y entonces”, de la abstracción, del “por lo tanto”. En el modo de la descripción se genera una sensación de sentido que sin embargo se encuentra repleta de oquedades y opacidades que como tales no pueden someterse a franco escrutinio, porque revelarían su carácter de mera modalidad, de opción encuadrada en un tipo genérico de expresión verbal, revelación que amputaría buena parte del efecto de sentido que el encuadre realista mismo se propone generar.

Por su parte, el romance y la expresión verbal primaria operan en un marco de realidad como orden de existencia asociado al rebasamiento de las posibilidades de la descripción. Esto es tanto una promesa (de ir más allá de la mera descripción) como un peligro (en el cual anida el fantasma del objeto-lenguaje como entidad con límites ante la cual se tiende el espectro de lo inefable y que justifica el empleo auto-télico de la expresión “poética”). El uso descriptivo del lenguaje es un modo “incrustado” en un estado de cosas que no admite proyecciones imaginativas. Para el que se aparta de ese estilo, un cierto tipo de develamiento de una condición alienada está en curso, que supone “una liberación con respecto a la tiranía de estas circunstancias” (ibid.; 68). El mundo alienado, desplazado, de la sujeción descriptiva, realista, es revertido en el estado de afirmación imaginativa, adscripción identitaria, del romanticismo

como repudio del lenguaje que sirve a la realidad, y como afirmación de la soberanía y la prioridad de las exigencias de la “vida”, cuando no las de la expresión o el lenguaje mismo.

Así vista la expresión verbal como parte de esta deriva del mito entre la imaginación y la realidad, hemos adquirido un “concepto político del mito” (Gadamer, 1993; 16), en el sentido de una interrogación amplia de los efectos y consecuencias de los modos de la expresión verbal, de su producción y su reproducción. Esos modos se inscriben ritualmente y configuran el espacio en el que las palabras se dan y se reciben, se autorizan o se impugnan, se revisan o se hacen circular confiadamente. Naturalmente está en curso en la propuesta de esta perspectiva una suerte de convergencia entre lo que habitualmente se nos aparece como disperso, incluyendo la conducta lingüística “coloquial”, el tipo de saber práctico orientado a situaciones específicas, los saberes abstractos propios de las disciplinas cognitivas y los mitos como unidades de significación primordial. Podría objetarse la pertinencia de este “colapso”, pero el argumento hermenéutico gadameriano es que, más bien, el cúmulo de diferencias evidentes entre todos esos modos opera sobre un trasfondo unitario, compartido, sobre la base de un lenguaje como proceso vital en el cual converge lo disperso y se manifiestan las variadas formas de la interacción verbal.

El mito es así lo dicho, lo dado a conocer, lo notificado (ibíd.; 17, 25), que antecede categorialmente al tipo de reducción que supone la intelección de un discurso orientado a la explicación y la demostración. Pero esa reducción se postula posteriormente como un tipo de *oposición* al saber del mito, al que termina subordinando. La primacía de la noción de una necesidad del pensamiento expresada conceptualmente termina luego oponiendo innecesariamente lo mítico (ahora restringido a lo no explicativo, lo contingente, lo eventualmente imaginario o fabulado) a lo “científico”, conceptual, abstracto o que descansa en la fundamentación y en la prueba (ibíd.; 26). Pero Gadamer, y con él Frye, se propone mostrar como el mito retiene un sentido en el cual anida la idea de la sustancia vital de una cultura, o el modo en que se instancia el carácter compartido de la experiencia en costumbres y convenciones plasmadas verbalmente (ibíd.; 48). Esa instanciación se muestra resistente a la objetivación o la depuración de sus cargas eventualmente contradictorias, en la medida en que antecede y ejerce frente a las tendencias racionalizadoras una función categorial de relevo o de contraste.

La idea que reside aquí es la de que un punto nodal en la comprensión de la situación lingüística es la de aceptar la irreductibilidad de la expresión verbal a la pura objetivación o a una consideración cabalmente sistemática. La idea de “sistema” remite a reglas de derivación a partir de principios supremos (ibíd.; 71), y es esa idea la que la retórica permite vadear permanentemente (ibíd.; 78) y la que el espacio de la expresión verbal no logra, ni logrará nunca, hacer cuadrar en la medida en que se encuentra inserta en esa deriva intermedia

plasmática entre la realidad y la imaginación, entre el ritual y el deseo. La expresión lingüística es irreductible a su reconsideración en términos de “sistema, principio, fundamentación y derivación” (ibíd.; 74). Las reglas retóricas reenvían, por el contrario, a una consideración del lenguaje como experiencia colectiva, como modo relacional entre personas que escapan a la fijación, si es que han de ser humanos.

La comunicación lingüística tiene ante sí, entonces, dos modelos, por un lado el de la fijación, “la compañía”, el modo en que se da el intercambio entre animales bajo modos prefijados, un modo de estar juntos determinado. Por el otro el de “la convivencia” que es un modo de *acción, un movimiento* que obra ante situaciones cambiantes, de forma adaptativa (ibíd.; 82-83). En este marco el comportamiento como interacción despliega

“una variedad de usos y costumbres que (...) son puestos y queridos (...) Siempre queda una mezcla de la compañía a que estamos abocados en cuanto seres naturales y, por el otro lado, la humanidad con que nos acomodamos unos a otros y con que organizamos nuestra convivencia. Siempre hay entre nosotros una mezcla de compañía y convivencia” (ibíd.; 83).

El espectro de la convivencia se tiende entonces, entre la repetición ritual, el acomodamiento recíproco a modos inscriptos socialmente que nos “corrigen” (y que hacen surgir la idea de una acción o de un comportamiento correcto; ibíd.; 88), y la ejecución variada de modos de acción conjunta parcialmente disruptivos, como respuestas a estímulos sin precedentes claros. El rito es la respuesta correcta a una acción conjunta recurrente, una regularidad del comportamiento, una forma de actuar, no de hablar (ibíd.; 91). “La comunidad lingüística configura la vida en común” (ibíd.; 92), bajo el manto de la repetición. La introducción en esa comunidad no es propiamente hablando un aprendizaje, no es algo diverso de la experiencia de la vida misma, pero es por medio de ese proceso que se entiende “cómo van surgiendo las palabras, cómo se usan, como se aprenden las palabras correctas”. Esto es, en “este proceso de intercambio lingüístico [se] fija el uso lingüístico” (ibíd.; 96). Pero en algún punto este énfasis participativo, colaborador, propio de la *methexis* (ibíd.; 124) como posicionamiento ante la inscripción o expresión verbal, trasciende el mutuo acomodamiento. Una suerte de distancia y apertura respecto del rito permite su modificación, en el sentido del trabajo, del desbastado y reformulación de las convenciones antes descrito. Pero ese “trabajo” no debe hacer olvidar la precedencia del horizonte en el cual se sitúa: “el verdadero suelo nutricio de la literatura son las formas de culto y los rituales que existen incluso antes de cualquier modelación poética del lenguaje y de la escritura” (ibíd.; 102). Ese suelo nos devuelve al horizonte compartido en el cual *manifestamos verbalmente a una vez la aventura de la vida y el padecimiento de la condición social*, la historia de un bajel y a la vez el drama del Gólgota, horizonte dual ante el cual toda fijación de sentido, todo intento de establecer un “camino de cercioramiento” (*método*), se frustrará sistemáticamente ante el carácter abierto de la práctica lingüística, la permanente tarea hermenéutica de producirnos un mundo junto a los otros. El predominio de la idea de método –como posibilidad de auto-cercioramiento–, de introspección

de los estados interiores, dio al concepto de sujeto, de conciencia y autoconciencia una posición clave que turbó de manera permanente la posibilidad de captar este aspecto inmerso de la propia práctica (ibíd.; 119). “Naturalmente quien no vea en el habla otra cosa que la conversión en sonido de los pensamientos que uno se ha dado para sí y en sí ya antes, yerra de raíz lo verdaderamente enigmático de la esencia del lenguaje” (ibíd.; 121).

Esa “esencia” se nos presenta en el modo dual de la convivencia, como recurrencia y como “adaptación”, como estado de cosas y recusación graduada de ese estado, como rito y como deseo, como Gólgota y como bajel. “El lenguaje es en la conversación”, la convivencia informada por el tomar parte, participar de la comunidad (*methexis*; ibíd.; 124). Esa convivencia entrega el horizonte normativo de la “corrección” tanto como el percatarse de “la decadencia de la convivencia” (ibíd.; 122), en la forma de una conversación que se convierte en una mera forma del conformismo en la cual ya no hay acción porque no hay movimiento, salto de fase a fase, sino pura recurrencia. Pero un puro sistema no es posible, hemos aprendido de von Wright, por lo que la captación del momento crítico de la convivencia es un llamado a reiniciar el *juego* para emprender las *metamorfosis* de lo social. Esas metamorfosis nos reintroducen permanentemente a la tarea de reconfigurar el mundo que existe para nosotros como horizonte. “«Horizonte» evoca la experiencia viva que todos conocemos (...) con cada paso se abren siempre otros nuevos horizontes. El mundo es en este sentido para nosotros un espacio sin límites en medio del cual estamos y buscamos nuestra modesta orientación” (Gadamer, 1998; 122), un estadio o fase concomitante con esos modos alternativos del movimiento agenciado de von Wright que remite a “la responsabilidad de nuestra decisión donde tenemos la posibilidad de elegir” (ibíd.; 123). Ese horizonte es *también* lingüístico, encuentra la manera de plasmarse en las inter-acciones por medio de las cuales nos concedemos a nosotros mismos el estatuto de agentes, de personas, de seres que se desenvuelven en un entorno compartido, en la forma de un proceso.

Ese proceso tiene a su vez algo del modo propio del concepto de *formación* (*Bildung*), que Gadamer ha tratado en *Verdad y Método* (Gadamer, 2007; 38-48). En la modalidad de la *Bildung* adquirimos la capacidad de vernos “desde la posición de otro” (Gadamer, 1998; 129), en la suerte de una posibilidad de auto-exteriorización, de “volcarse en otra cosa”, de objetivación y auto-extrañamiento, que no implica la anulación de toda identidad, todo sentido de sí, toda interioridad, sino una mejor comprensión del lugar de lo propio en términos de la contigüidad con lo ajeno. Esto es, un aspecto crucial de la comprensión de la acción narrativa implica ese proceso de *Bildung*, de auto-exteriorización que apunta a volcarse en otra cosa para mejor verse, para acceder a una mejor comprensión del carácter inmerso de lo propio y de la imposibilidad de extrañarse definitivamente en la medida en que somos con otros.

Pero esa es una *posibilidad* de las *tecnologías disponibles lingüísticamente*, que hace a la flexibilidad de nuestra capacidad lingüística, la cual va “más allá de las reglas, más allá de la convención” y, no obstante, permanece “dentro aún de las posibilidades que el mismo lenguaje ofrece” con la finalidad de “expresar lo no dicho” (ibíd.; 139). Proceso, desenvolvimiento, auto-desplegarse de las posibilidades técnicas de la expresión, “en el lenguaje hay una apertura ilimitada a una *formación* continua” (ibíd.; 143; el subrayado es mío), en el marco de situaciones horizontales en permanente transformación.

Desde esta perspectiva cada *acción o intervención lingüística* nos introduce en un proceso infinito. “Desde un punto de vista hermenéutico, diría que no hay ninguna conversación que concluya (...) realmente” (ibíd.; 145). Estamos nuevamente en el horizonte de infinita *retroducción* de Danto, el marco en el cual la comprensión de la inscripción narrativa, la apertura del futuro y la consideración de nosotros mismos como agentes se requieren mutuamente. La narrativa supone la internalización de una estructura temporal, un juego de aperturas y cierres provisorios orientado hermenéuticamente, en el cual la acción propiamente interpretativa reside en “cerrar parcialmente” el sistema para volver inteligible el movimiento y la acción misma como intervención que habilita una variación en la sucesión de estados de fases (von Wright nuevamente) concediendo a alguna entidad el *status* de agente. Si no fuera así, y si el cierre fuera definitivo, no un juego, sino una conclusión que remite a un estado definitivo de cosas “los vínculos entre pasado y futuro que habilitan la redescrípción narrativa se disolverían lógicamente y cada acontecimiento sería lógicamente independiente de los demás” (APH; 353). Pero si así fuera cada instancia temporal (pasado, presente, futuro) sería un reservorio de eventos desconectados de los demás, y ninguna acción, ningún evento, se insertaría en este marco sembrando redes de implicancias y consecuencias que nos permitan decir que *hemos intervenido de algún modo en esta secuencia de estados de fase*. La destrucción de las conexiones entre eventos antecedentes y consecuentes eliminaría la posibilidad de trascender la mera atestación de series de ocurrencias; *sin sucesión temporal no hay “sistema”, no hay agentes, no hay movimiento atestado por un poder poner en movimiento un estado de cosas*. Por lo tanto la significación (por ejemplo narrativa) de la densidad temporal de la estructura de la acción requiere la apertura de la comprensión misma de lo temporal, exige que estemos abiertos a una *densidad* en la cual las relaciones entre instancias temporales son complejas y eliminan las reducciones y cierres conceptuales (ibíd.; 356). Pero precisamente porque esas relaciones son complejas la idea de un escenario determinista de fijación de sentido (proyectivo o retrospectivo) se vuelve inconcebible, en tanto elimina la posibilidad de concebirnos como agentes.

La fijación de sentido, el detenimiento del recorrido incesante hermenéutico, nos introduce en el horizonte de la necesidad, una necesidad que no puede ser tal si es que hemos de pensarnos como sujetos que intervienen y modifican lo aún por venir. Esta compleja



dialéctica temporal nos entrega a la siguiente perspectiva, que Danto resume admirablemente: “la puerta del futuro *está* cerrada, y el conocimiento del mismo es una vía muerta, y eso es lo que hace la narración posible y todo lo que la narración presupone: la apertura del futuro, la inalterabilidad del pasado, la posibilidad de la acción efectiva” (ibíd.; 363). Narración, agencia, historia, se implican recíprocamente y ese trabajo incesante es todo lo que se requiere de cara a las metamorfosis o transfiguraciones de nuestra inscripción lingüística tal como se plasman en la densidad temporal que habitamos.

Pero precisamente en lo referido a este último punto se tiende un espectro divergente al interior del *juego* de las variaciones horizontales, que hace a la diferencia conceptual entre *metamorfosis* y *transfiguración*. En el capítulo cuatro<sup>39</sup> he presentado la figura del “desplazamiento” de los modos de conciencia inherentes a la filosofía de Danto, que lleva desde una percepción ingenua, irreflexiva o naif de la experiencia –la modalidad que sartreanamente Danto denomina del *pour soi-*, a un tipo de comprensión o reconsideración recapituladora por inclusión narrativa “exterior” y reflexiva que muestra a la conciencia en su modalidad *pour autrui*.

Los desplazamientos inherentes al ciclo de la conciencia (las modalidades sucesivas que Danto denomina “inmersa”, “reflexiva o narrativa” y “filosófica”) nos permiten la captación de la densidad temporal, las asimetrías cognitivas de tipo trágico, la reconfiguración global de los sistemas de creencias. El modelo utilizado por Danto es dialéctico, y supone saltos, hitos no reversibles en las modalidades de la conciencia (Danto, 1981; 189), en la medida en que la secuencia evolutiva de la conciencia adquiere un matiz declaradamente hegeliano. La clave aquí radica en la adopción de un *modelo transfigurativo, no reversible, de las secuencias de estados posibles de las entidades invocadas*. Las posibilidades del tránsito dialéctico de las secuencias de la conciencia en su evolución quedan atadas a la imposibilidad de aceptar la reversibilidad del ciclo evolutivo. La idea de la representación como “transfiguración del lugar común” apunta a mostrar la modificación crucial, no reversible, que supone la práctica representacional como una forma de “ver-cómo” que exige el tránsito de la irreflexividad de la inmersión en un estado de cosas a la adquisición de una conciencia de la mediación supuesta por todo vehículo que pretende dar cuenta de ese mismo estado de cosas. Ya he hablado de los problemas de la idea misma de “mediación”, por lo que no me concentraré ahora en eso, sino en las peculiaridades del modelo transfigurador, no reversible, de la *retroducción* hermenéutica.

En ese modelo se hace presente una adición conceptual, cuya necesidad no parece en absoluto obvia, que configura la pauta evolutiva y diacrónica de los sistemas representacionales bajo el halo del modelo hegeliano transfigurativo de hitos no reversibles, implicando a las asimetrías cognitivas con un compromiso trágico limitativo de las posibilidades

---

<sup>39</sup> Sección a).

alusivas inherentes a las prácticas representacionales. Vale decir, las modalidades del tránsito de la conciencia suponen un fluir dialéctico del *pour soi al pour autrui*, fluir que nos entrega a un nuevo nivel reflexivo que ya no tiene retorno. Nunca se vuelve del *pour autrui*, nos dice Danto. Este *ver-a-nuevo*, esta reapropiación de lo que se nos pasaba desapercibido irreflexivamente, nos saca de la modalidad de uso de nuestro entorno, y lo convierte en una posibilidad infinita de "mención", que no es otra cosa que la intervención retroactiva en la aprehensión de nuestras propias vidas. El punto crucial es si este tránsito, este *desplazamiento*, conlleva la adopción de un modelo transfigurativo signado por la no reversibilidad, y si ese desplazamiento-como-transfiguración es el que permite el surgimiento de un concepto definido de "realidad", que obra categorialmente como contraste y que es la meta misma de la práctica representacional y de la reflexividad a la que nos arroja la filosofía misma. Aceptadas las naturalezas duales, incompletas, abiertas a la retroducción de nuestros modos de conciencia, de aprehensión de la temporalidad, de la representación, ¿se nos impone como trasfondo de ese dualismo, de esa asimetría, un criterio transfigurativo signado por la no reversibilidad, si es que de este cúmulo de problemáticas y aporías hemos de extraer la preciosa gema del concepto de realidad? O para decirlo en otros términos, ¿tenemos un concepto de realidad porque el desplazamiento se produce acorde con el modelo transfigurativo?

Esa misma pregunta es la que ha abordado críticamente Hans Blumenberg, en su estudio de la articulación del mito y el concepto de realidad (Blumenberg, 2004, de aquí en más HB; 23-49 y 79-97). La reflexión lo lleva a contraponer dos modelos históricamente delimitados de estructuración de tal concepto, uno basado en la *transfiguración*, como modalidad reductiva, no reversible, signada como hemos visto por hitos y discontinuidades temporales, y el otro en la *metamorfosis* como modalidad de "juego", reversible, anti-reduccionista (HB; 31, 46). Las consecuencias que inhieren a cada modelo saltan a la vista. El modo de la metamorfosis es afín al de la delimitación propia del mito, con su admisibilidad de una carga "natural" de prodigios, su criterio plástico de la posibilidad y de la realidad misma (lo que nos entrega, reconoce Blumenberg, un criterio de realidad "atenuado"). Pero lo central aquí es que en la metamorfosis el *prodigio* es compatible con la persistencia de la realidad como criterio y como trasfondo, trasfondo signado por la repetición, el ritmo de la recurrencia, que es aquel en el que el prodigio se inserta. En esta visión de Blumenberg, el mito resiste la reducción dogmática, el anhelo sistematizador, el compromiso con un criterio restrictivo de coherencia. El mito es un espacio "sin renuncias", que se despliega a la vez como una captación terrorífica y pasiva de los poderes del entorno y como un acto imaginativo de apropiación deseante en la dirección de humanizar ese mismo entorno. Pasividad y acción, los límites del mito son los mismos que en Frye y en Gadamer, aquellos que habilitan el horizonte plasmático de lo concebible en cualquiera de las direcciones (rituales, deseantes) de la expresión verbal. Ciertamente la metamorfosis construye para nosotros una realidad episódica, que se resiste a la inclusión en un único gran relato o

secuencia lineal (HB, 67, 97), configurando así un dominio de manera asistemática, inconsistente quizás, pero que a su vez, impide la incursión en el tipo de “desencuentros ontológicos” que configuran la puerta de entrada a la reflexión sistemática de tipo filosófico y el conjunto de prácticas representacionales tal como las aborda Danto –y que exigen a su vez el tipo de “patrullaje semántico” al que la filosofía parece condenada en esta visión-. Como “ardid” (ibíd.; 46) la metamorfosis nos dispensa del tipo de maniobras reductivas, englobantes, que fijan dogmáticamente los límites de nuestro concepto de realidad, y a la vez nos permite una consideración lúdica del tipo de saberes prácticos, ordinarios, por medio del cual experimentamos una realidad determinada. En esa experiencia no nos hallamos de cara a un triunfo definitivo ante las adversidades (“de una vez y para siempre”), sino que nos vemos confrontados al esfuerzo renovado, permanente, reiterado, por descubrir, apropiar, humanizar los rasgos relevantes del entorno.

El modelo transfigurativo, muy por el contrario, supone el tipo de fijación reductiva y la aspiración sistemática que resiste el mito, en tanto y en cuanto elimina el carácter episódico y poco a poco purga nuestra realidad de todo prodigio. De una realidad reversible y plástica (o plasmática), inserta en la repetición y la recurrencia ritual, se pasa a un tiempo de rupturas, hitos no reversibles que signan una trayectoria temporal con marcas de quiebre y discontinuidad. Esos quiebres dramáticos requieren el tipo de agente a tono con el sendero de hitos no reversibles que los instancian, la suerte de *héroe prometeico* que se contrapone a la figura del “*pequeño tunante*”, aquel que por medio de su astucia y ardid es eminentemente prácticos –resolución de “acertijos”- converge con el modelo de la metamorfosis. Una vez entregados a una trayectoria discontinua es tarea de la reflexividad tal como surge a partir de esos quiebres y tensiones reconstruir a la manera de grandes perspectivas o teodiceas, el tipo de unidad que en la metamorfosis se encontraba asegurada por el criterio de la mera recurrencia, pero que aquí nos resulta implausible dado el carácter no reversible de la experiencia de la temporalidad en el modo transfigurativo.

En el modo de la metamorfosis una plasticidad lúdica se inserta en el espacio de la recurrencia, y nos asegura la ilimitación episódica y la imposibilidad de la reducción o fijación dogmática; lo que cuenta es el “rigor del juego” (ibíd.; 88), el placer ante la variación incrustada en la recurrencia. En el modo de la transfiguración por el contrario nos vemos enfrentados al movimiento conceptual, a una temporalidad discontinua, que no recurre, no retorna, no se repite, para la cual se proponen los tránsitos reductivos interpretativos, las limitaciones de los espacios de posibilidad, bajo una suerte de “ajetreo curioso” (ibíd.; 97). La presentación de estos modos alternativos de construir un concepto de realidad cobra importancia en la medida en que evitemos la errónea inferencia que asocia la metamorfosis a un tipo de mentalidad primitiva, anclada en la tradición y la superstición mitológica y que vincula a la transfiguración con un tipo de práctica informada por el surgimiento de nuestras prácticas reflexivas más elevadas como el

arte, la filosofía y los impulsos sistematizadores, exhaustivos y reductivos de nuestras empresas cognitivas y científicas.

Algo de ese prejuicio es perceptible, a modo de ejemplo, en Danto, al atar la suerte de la delimitación de un concepto definido de realidad al surgimiento de las empresas reductivas, reflexivas y sistematizadoras de corte transfigurativo (Danto, 1981; 124-129). Tenemos *realidad* una vez que hemos eliminado la plasticidad y el prodigio, parece decirnos, cuando es ciertamente esa reducción dogmática la que impide la consideración de cualquier conceptualización que nos entregue una noción de la realidad plasmática y “prodigiosa” como una alternativa viable. En vez de ver, como Blumenberg, el *par metamorfosis-transfiguración como un conjunto de posibilidades*, Danto asume, quizás coherentemente con su propio planteo, que se trata de una sucesión que se desenvuelve igualmente de manera irreversible, pasando de la primera modalidad a la segunda sin más. Así como nunca se vuelve del *pour autrui*, tampoco se retorna del “ajetreo curioso”. Pero se está prejuzgando la cuestión, al menos, ya que en principio no se trata más que de secuencias dispares de compromisos ontológicos que nos atan a ciertas presuposiciones metafísicas en torno a la recurrencia y la variación, la reversibilidad e irreversibilidad del devenir conceptual y de las formas de aprehensión cognitiva e intervención práctica que ese devenir implica. Por lo pronto, aquí me basta con aseverar que la demarcación de *un* concepto de realidad no se encuentra limitada por la adopción del modelo transfigurativo, como Danto parece proponernos, y que en todo caso la preferencia por el modelo signado por hitos no reversibles requiere una explicitación y justificación en términos filosóficos, para los cuales el modelo de la metamorfosis se nos presenta también como un tipo de intelección plausible alternativa. Ciertamente, podríamos decir más bien que es la idea de “realidad” arbitrada por los expedientes mitológicos generales, en el sentido gadameriano transitado hasta aquí, la que permite comprender o volver significativa la idea misma de transfiguración o de metamorfosis. *Entendemos estas ideas porque nos hemos comprometido con el marco de realidad que el trabajo del mito ha preparado para autorizar y legitimar.*

La realidad que nuestra conciencia construye y habita admite *también* el aspecto lúdico, episódico, no reductivo que supone la metamorfosis, y algunas de nuestras prácticas representacionales parecen encontrar gran provecho en aquella faz “prodigiosa”, que permite, junto con una captación del espacio “abierto” en una realidad a súbito modificada, una clara conciencia del artificio de la ilusión que la subtiende, así como de su reversibilidad. Es claro que igualmente admite el compromiso con ese “ajetreo curioso” que en el movimiento de los conceptos los va vinculando, atando la suerte de unos a la de otros, configurando un esquema que delimita, fija, “cierra” un plano de realidad convenientemente purgado de prodigios y saliencias, cierre que permite la deriva reflexiva acorde con los distintos desplazamientos de los modos de conciencia, tal como los presenta Danto. *La prioridad concedida al modelo transfigurativo es consistente quizás con el carácter holista, global, integrador, la aspiración*

*unitaria de nuestro actual sistema de creencias, nuestras prácticas representacionales validadas, cierta idea de la filosofía misma. Pero entonces no se encuentra más que lo que se está preparado para buscar, y se genera el efecto de colapso meta-lingüístico. La praxis representacional procede de acuerdo a hitos no reversibles, y las modalidades de la conciencia se despliegan dialécticamente porque en el fondo reside un compromiso metafísico con la transfiguración como criterio delimitador de nuestro sentido de realidad, y no al revés. No se trata de que la transfiguración es el modelo al que se arriba tras apreciar ciertos aspectos de la representación y la conciencia en su evolución, sino que algunos de los atributos de las últimas son resaltados tras optar teóricamente por la primera. Nos encontramos entonces tanto ante la transfiguración del lugar común como ante el lugar común de la transfiguración.*

He traído a colación esta contraposición entre metamorfosis y transfiguración para mostrar la capacidad de ciertos tipos de expresión verbal de adaptarse a marcos sumamente variables que muestran la estrategia parentética que he apuntado en otros capítulos, la manera de sugerir, proyectar, validar o distanciarse de marcos de “realidad” que otros tipos de expresión (coloquiales, formales o “disciplinados”) más bien suponen. Esto no supone un tipo de orientación “anti-realista”, sino una preocupación por *detallar lo que se juega, se trafica y se intercambia intersubjetivamente en la validación de un concepto determinado de realidad*. Aunque recapitularé en la sección cuarta de este capítulo las enseñanzas más relevantes que nos dejan estos enfoques, no quiero dejar pasar la oportunidad de efectuar una ilación conceptual aquí. De las perspectivas de Davidson, Gadamer, Ramberg y Ong hemos obtenido la idea de que el lenguaje no es un objeto, sino un tipo de práctica que nos inserta en un mundo intersubjetivamente constituido, no en el robusto sentido de la causalidad, sino en el más complejo hilván de interrelaciones de conceptos e interacciones en espacios de prácticas y entornos compartidos. Las figuras de un yo, de un nosotros, de un estado de cosas, de un criterio de la intervención posible se vinculan recíprocamente, y es esa interrelación la que von Wright resalta en su tratamiento de la teoría de la acción: *intervenir en un sistema* no coloca al agente por fuera del sistema o a este por encima de aquel, sino que es el enfoque conjunto de la interrelación el que nos permite comprender ambas cosas. El enfoque dinámico de la sucesión de fases de estado, de movimientos y obrares acordes con potenciales de intervención en horizontes determinados, puede detallarse aún más prestando atención al *tipo de hacer involucrado en lo que teóricos de la literatura y críticos hermenéuticos han denominado “mito”*. Como significación primordial, o como creencia legitimadora demasiado relevante como para ser sometida a revisión sin alterar amplios espectros de la creencia, el mito designa un ámbito del comportamiento especialmente eminente, porque en él se articula un tipo de expresión verbal orientada a la modelización de modos posibles de concebir la agencia, las intervenciones y la reproducción del sistema, en el sentido de von Wright, esto es, a la postulación de un patrón

de estadios sucesivos inscriptos temporalmente e interpretados a partir de determinadas claves que vuelven inteligibles el conjunto.

*Lo mítico o mitológico es el área de la cultura encargada de proveer una visión de las raíces de esa cultura misma, en la que se consolidan visiones acerca de la producción de las agencias, objetos y eventos posibles en un entorno delimitado, así como también se plasman consideraciones liminares acerca de las figuras de la temporalidad requeridas en la reproducción de las mismas.* Lo que Pound llamaba un *paideuma* (cfr. Frye, 1986; 32), un núcleo de significaciones que incide en el espectro de interacciones regimentando el cuerpo de creencias, tradiciones y alusiones habilitadas en la deriva misma de la cultura se encuentra en el corazón de las estrategias de composición y articulación de una mitología. El *mito de la cohesión social*, con su concomitante purga de ansiedades –en especial la ansiedad de las élites- respecto de la posibilidad de reproducir un estado de cosas, emplea el tipo de estrategias de proyección, captura, secuestro de significaciones periféricas y consolidación hegemónica que he recorrido antes cuando visité la lectura política del mito. Cuando el mito es visto así puede denominarse, en palabras de Frye, como el mito de la “incumbencia” (ibíd.; 33) y en él se expresa la ansiedad ante la cohesión amenazada, el deseo de continuidad, la voluntad de prolongar el *rito* como sustrato orientativo de la acción. Como expectativa general, o como área de la cultura, regula tanto las estrategias de codificación (o “encuadramiento” si hemos de evitar la idea de código) como las de decodificación, apelando a pautas y expectativas compartidas y términos no disputados. La apelación al lugar común, el *cliché*, la regla, la ley y distintos tipos de saberes, confiere a este mito un aspecto especialmente ominoso: la figura del equilibrio es constante y todo aquello que se desvíe de esa figura puede ser penalizado. La tragedia es la resultante de todo esto. Pero la sombra de la tragedia en el espectro de la incumbencia muestra la existencia de una tendencia contrapuesta, que socava las estructuras de autoridad y la iteración de lo social, cuando las consideraciones de equilibrio se vuelven asfixiantes. El mito “de la libertad” (ibíd.; 40) forma parte y a la vez se aparta del de la incumbencia, erosionando los soportes míticos de la cultura, habilitando tanto la deriva individual en torno a los propios deseos (y ya no los deseos y anhelos o ansiedades sociales), como la incómoda indagación en torno a lo asumido y consentido, lo no disputado en la estructura ritual.

La interacción entre ambos mitos entrega una *política de la expresión verbal* clara y definida. La incumbencia trabaja para validar una realidad como resultado de una figuración social intersubjetivamente consentida. La “libertad”, como elemento transfigurador, apunta a deformar esa realidad, haciéndola ver como lo que es, un consentimiento prefigurado que sanciona y consolida regímenes de valencias y significaciones que son altamente contingentes (ibídem.). El trasfondo de la incumbencia es el sentido de pertenencia, como veta dominante del pensamiento y la imaginación. El trasfondo de la transfiguración es la aventura y la búsqueda de una nueva identidad allende la recurrencia. Gólgota, bajel. La incumbencia expone el

sentimiento de la contención, de un detente a la atroz contingencia de los avatares de la vida por la vía de la conformidad ritual. La transfiguración satiriza los padecimientos a los que conduce esa conformidad, exhibe el carácter inexpugnable de la contingencia y el modo en que los poderosos y los que dominan el plano de la expresión verbal han “secuestrado” diversos sentidos compartidos en su propio provecho.

“En toda sociedad estructurada la clase dominante intenta apoderarse del mito de la incumbencia y transformarlo, o al menos transformar una parte esencial del mismo, en una racionalización para justificar su primacía” (ibíd.; 44).

Pero no hay manera de incluir el pleno de las significaciones posibles en una racionalización en el marco de la incumbencia secuestrada. Y son las significaciones excluidas las que trabajan entonces para socavar el marco de identificaciones positivas de la incumbencia, en la dirección de una redescrición distanciada de un estado de cosas. En este sentido el distanciamiento y el ejercicio transfigurador son plenamente irónicos, se insertan negativamente en un estado de cosas mostrando sus limitaciones y purgando el ámbito mitológico y de identificaciones sociales de las cargas de los compromisos pasados que resultan insostenibles. La estructura de estos mitos exhibe la estructura dualista señalada antes por Blumenberg o por Gadamer, que hace tanto a la captación pasiva de un estado de cosas que suscita temor, aprehensión y revulsión y por lo tanto compromete al agente en el marco de un orden determinado con un conjunto de ansiedades vinculadas a la reproducción de la posibilidad de seguir contando con ese orden; tanto como hace a la captación activa, apropiadora que propone humanizar ese mismo entorno, y por tanto es menos una reproducción temerosa que una confiada y esperanzada apuesta en la producción de un mundo nuevo. *El mundo transfigurado es el mundo idealizado, de la exhortación apropiadora. El mundo incumbente es el del temor a lo abyecto, lo aborrecido, que exige compromiso, integridad, pertenencia y cohesión identitaria.* En ambos mitos los compromisos son re-leídos como parte de un proceso crítico que se reinicia permanentemente. Desde el horizonte transfigurador el mundo incumbente es el mundo alienado. Desde el horizonte incumbente el mundo transfigurado es el del solipsista irresponsable, en el encierro de las presuntas virtudes cualitativamente diferenciales del yo.

Lo que se juega en estas visiones es relevante para cualquier sentido dado de continuidad de la interacción tal como puede plasmarse en la expresión verbal. Podemos ahora dejar de hablar de mitos, en la medida que confundan y generen la idea errónea de lo fabuloso, originario o arcaico. El mito es, propiamente hablando, un *mythos*, una configuración de trama en forma narrativa que comporta toda la larga secuencia de derivaciones que he ido detallando. *Lo que denominamos tramas o narrativas es la expresión verbal continua que se despliega en el ámbito de lo plasmático como un tipo de interrogación acerca de creencias relevantes que arbitran nuestro sentido de la intervención posible.* De Davidson y Ong hemos extraído la

consideración relevante de que ese tipo de *intervención es continua de otros tipos de intervenciones e interacciones*, en una mirada procesual no reificada del comportamiento lingüístico. De von Wright hemos conseguido la noción de que *cualquier idea de intervención es a la vez una propuesta de comprensión de estados-de-cosas-como-sistemas y de agencias como entidades obrando y modificando esos estados de cosas en el tiempo*. De Frye y el trasfondo hermenéutico hemos obtenido una visión de las *extensiones rituales de las configuraciones narrativas*, y de las ricas variedades del comportamiento, entre el rito y el deseo, la compañía y la convivencia, la iteración y la ruptura, la transfiguración y la metamorfosis, la incumbencia y la libertad. Por cada expresión de lo mítico o mitológico en esta investigación debe proponerse un reemplazo que reconsidere en términos narrativos o de trama el conjunto de operaciones designadas.

Las tramas son los protocolos de significación en los que anida un conjunto de resoluciones compartidas, aludidas o no, entre hablantes y audiencias, entre generadores de expectativas y *expectadores*. La invocación narrativa es en parte ritual y se propone como un trabajo en torno a las convenciones relativas a las secuencias de los estados de fase, los agentes y los modos de la intervención (von Wright), o más humanamente, entre los protocolos de la temporalidad, los personajes invocados y las acciones relatadas. Las expresiones narrativas “imitan un mundo de potencialidad, aun cuando ello implique una filosofía de la cual reniegan sus autores. Tienen una fijación sobre la imaginaria eidética de principio, medio y final, potencia y causa” (Kermode, 2000; 136). Las potencialidades son las de las intervenciones de los agentes en los horizontes respectivos. “El cambio sin potencialidad”, en el sentido de un sistema cerrado, definido, recurrente, “es sencillamente imposible”, nos dice Frank Kermode, al término de su estudio sobre la teoría de la ficción (ibídem.). El mundo del relato necesita personajes como agentes relevantes aunque creamos que no los hay en realidad. En el universo narrativo convergen entonces potencialidades de estados de cosas, personajes como entidades antropomorfas que realizan esas potencialidades en relación con secuencias temporales específicas, y la temporalidad se desenvuelve bajo el doble manto de la temporalidad dispersa, secuencial (modalidad del *chronos*), y la temporalidad intensa, reversible, recapituladora (modalidad del *kairós*). El tiempo cronológico obra en términos mecánicos y a-teleológicos, en tanto el tiempo kairótico expresa un principio organicista orientado a fines, un proceso evolutivo, una *bildung* que se realiza y se plasma y que en su plasmación entrega una inteligibilidad retrospectiva a todo aquello que ha acontecido a la espera de aquel fin (ibíd.; 52-53).

Lo narrado es entonces una reducción y propuesta de mundo.

“Tan pronto como habla, comienza a ser una novela, impone causalidad y concordancia, desarrollo, personajes, un pasado que importa y un futuro, dentro de ciertos límites generales, determinado por el proyecto del autor más bien que por el de sus personajes. Ellos tienen sus elecciones, pero la novela tiene su final” (ibíd.; 138).



El final del relato es un mundo incumbente o transfigurado, pero siempre trabajado en la dirección de relevar temporalidades, delinear agentes y modos de secuenciar cronológica-kairóticamente los estados de fase. *La intervención lingüística específica de la trama es esa, proponer una realidad como combinación de agentes, sistemas, modos de intervención y el relieve propio de las fases de estado.* Un desarrollo, una auto-exteriorización, un desplegarse en una forma plástica como actualización de una potencia entrevista al inicio, se propone como forma de lidiar con las angustias existenciales y ante la necesidad de consuelos imaginativos que puedan ser comunicados y traficados en el lenguaje, de cara a la producción y reproducción de lo social. Se trata de una propuesta de un fin como agotamiento de los aspectos, una idea de orden de integración por sobre la experiencia de la contingencia, un permanente retejido de esas propuestas, de esas ideas. Tenemos nuestro vital interés en los compromisos instanciados narrativamente y ciertamente

“perdemos algo al fingir que no tenemos tal interés. Nuestras geometrías (...) son necesarias para medir el cambio, ya que es en el cambio, entre orígenes remotos o imaginarios y finales, donde se sitúan nuestros intereses. En nuestra perpetua crisis tenemos, en las estaciones adecuadas y bajo la presión quizá de nuestro propio final, perspectivas vertiginosas del pasado y del futuro, en una libertad que es la libertad de la realidad discordante” (ibíd.; 173).

La geometría como comprensión de las implicancias de las formas nos devuelve a un universo narrativo expandido, en el cual para comprender quiénes somos y cuáles son nuestros intereses tenemos que medirnos contra un entorno pleno de potencialidades que se dibuja en el relieve de una temporalidad densa. No podemos entender una cosa sin prefigurar la otra. Y viceversa. A estos efectos, somos el resultado de una geografía del tiempo, un relieve de la intervención posible, un contorno dibujado del incómodo compromiso al que arriban incumbencia y transfiguración en el trasfondo de la comprensión política del ritual de las tramas.

### c) *Retrogradación II: Ricoeur, temporalidad, «vías largas» y el repudio de la tropología*

El lugar en esta investigación de Paul Ricoeur es de primordial importancia. Probablemente sea, junto a Frye, Davidson y después del mismo White, el autor más empleado y citado en estas páginas. La apelación a su obra encubre, no obstante, un doble carácter. Por un lado los propósitos filosóficos de Ricoeur se dirigen, en líneas generales, en la dirección de obtener una fundamentación de la narrativa y de la tarea hermenéutica en general por intermedio de un análisis de la fenomenología de la temporalidad. En este sentido genérico, la búsqueda de un “fundamento” o de un cimiento para una dimensión del comportamiento verbal que pareciera requerir uno no me parece especialmente promisorio –por motivos que trataré en las próximas páginas-. Por el otro en el camino de establecer esos fundamentos Ricoeur nos entrega un rico abanico de lecturas, de agendas problemáticas y de posicionamientos que enriquecen cualquier propuesta que se pretenda realizar en torno al discurso de la historia desde la teoría y la filosofía contemporánea. Adicionalmente el talante

particularmente inclusivo y generoso del autor en cuestión es uno que esta investigación quisiera hacer suyo. La capacidad de obtener argumentos e ideas de interés de conjuntos teóricos muy diversos y en ocasiones aparentemente contradictorios es peculiarmente suya. En particular, la crítica a la idea del lenguaje como un objeto, su distanciamiento del estructuralismo y la consideración de las narrativas, los *mythos* como actividades ligadas, procesualmente incrustadas en un mundo al cual designan, al cual se “abren” y del cual pretenden dar cuenta constituyen orientaciones genéricas que suponen para esta investigación un rico marco común para investigar el narrativismo whiteano en nuevas direcciones. Ya he trabajado la rica –y en mi opinión más precisa– interpretación del fenómeno ideológico en Ricoeur, la cual permite abordar algunas de las endebleces del modelo whiteano. Del mismo modo, una teoría ampliada del *mythos* resulta en buena medida, un tipo de posicionamiento que puede adoptarse en virtud del impacto que en la teoría del relato ha supuesto la obra de Paul Ricoeur. Estos tres puntos (idea del lenguaje, ideología, teoría ampliada del *mythos*) son cruciales en el marco de esta tesis, aunque para los propósitos de esta investigación resulta absolutamente imposible escrutar detalladamente y con justicia la inmensidad de la propuesta ricoeuereana.

Ciertamente en *La metáfora viva* (Ricoeur, 1977), en *Tiempo y Narración* (Ricoeur, 1995a, 1995b y 1996a), en su recorrido vinculante en torno a la hermenéutica y la acción (1985, 1999, 2001), así como en aquello que deja entrever en la caracterización de su propia posición en *Si mismo como Otro* (1996b), se configura un trasfondo teórico absolutamente ineludible aunque quizás inabordable en unas pocas páginas. Súmese a este hecho la afición del autor francés en emprender recurrentemente “vías largas”, periplos extendidos que circunvalan los tópicos que tratan, en lo que un comentarista ha denominado, propiamente, una “filosofía del eterno rodeo”, un *détour* “que es el punto central de todo un mensaje, un punto que le permite alcanzar en el párrafo final un fin deseado mediante un camino indirecto” (Taylor, *op.cit.*, 12). En ningún otro lado se aprecia en todo su esplendor esa preferencia ecuménica por los rodeos y circunvalaciones como en el abovedado e inmenso *Tiempo y narración*.

El grandioso proyecto de Paul Ricoeur de sustentar en dicho texto una triple hermenéutica del texto, la acción y la historia, incorpora en su provecho el recorrido fenomenológico que lleva de Husserl a la analítica del *Dasein* heideggeriana, así como también se aleja de ellas atravesando las aporías agustinianas de la experiencia del tiempo, revisitando discusiones clásicas y contemporáneas sobre la configuración del relato, entreverándose en modelos nomológicos y narrativos de teorización de la agencia y la acción, y recalando al fin en una consideración polimórfica de los modos y modelos disponibles para abordar la explicación y comprensión histórica. Para muchos propósitos, por ejemplo en lo atinente a su caracterización de la relevancia de la teoría de la acción para la comprensión del texto y del relato histórico, su comprensión puede considerarse sin paralelo en la reflexión contemporánea. En líneas

generales se ha asumido que la obra global de White y el recorrido teórico que se expone canónicamente en *Tiempo y Narración* (1995a, 1995b y 1996a), constituyen en conjunto los intentos más acabados por articular una teoría de la historia que tome en cuenta los aspectos ineliminables atinentes a la configuración discursiva. Ciertamente los avatares de la propuesta ricoeureana –informada como ninguna otra de los desarrollos en paralelo en la filosofía del lenguaje, la teoría de la acción, la teoría de la historia y la filosofía de la historia- son merecedores de su propio espacio y no podría yo considerar exhaustivamente los alcances de las propuestas ricoeureanas. Más bien lo que me propongo en esta sección es tomar tres puntos que considero relevantes que apartan a Ricoeur tanto de White como de la dirección teórica por medio de la cual pretendo en esta investigación articular una lectura positiva de *ambos*. Los tres puntos, sucintamente, refieren, en primer lugar, a la lectura restrictiva que el francés realiza de la propuesta de White, como si se desentendiera del trasfondo teórico y hermenéutico compartido por ambos. Segundo, me concentraré en la teoría de la metáfora de Ricoeur, con particular atención a su lectura productiva y positiva que, sin embargo, se compromete con un repudio de la tropología al entenderla restrictivamente como un modelo sistematizador que fracasa en captar la inteligibilidad específicamente narrativa que él se esmera en postular. En tercer lugar, me enfocaré en la propuesta filosóficamente “robusta”, en absoluto “sobria” en lo ontológico (cfr. capítulo cinco) de la visión del lenguaje de Ricoeur, que lo conduce a una visión del mismo en términos de un enfoque típico de la “mediación” (lingüística) y que puede apreciarse paradigmáticamente en la lectura que éste hace de la filosofía de Davidson. Esa lectura, sostengo, lo conduce tanto a él como a algunos de sus intérpretes a lo que considero una interpretación errada y empobrecedora de la filosofía del lenguaje davidsoniana. A su vez esa lectura, a pesar de su robustez y apelación a rodeos y “vías largas” no logra estructurar una propuesta que avenge los temores solipsistas que anidan detrás de los reenvíos a los dominios y profundidades de la fenomenología del tiempo y culmina por situarse retrogradadamente en el espacio del teatro cartesiano que inicialmente nos invitaba a abandonar. En todo caso, los resultados de la entera travesía no nos arrojan sin pérdida en un horizonte comprensivo o teórico radicalmente ventajoso, sino que nos invitan a reconstruir los avatares de un largo periplo en torno a cuya eficacia, mejora teórica o incremento de sentido no puede debatirse dándolos por supuestos.

Es claro que estas tres restricciones no opacan la riqueza de enfoques ricoeureana, la cual considero ha modificado sustantivamente nuestra consideración global de la narrativa, pero en tanto que tales, esas restricciones suponen un apartamiento de último momento entre ambas perspectivas: la whiteana, la cual considero debe ampliarse y extenderse en nuevas direcciones, y la ricoeureana, que por medio de aquellas restricciones se ve reconducida a una vieja agenda de problemas que la agregación de léxicos y vocabularios no consigue superar. Porque ambos comparten más de lo que los separa, es que la riqueza del uno es también la

riqueza del otro; pero porque finalmente difieren es que es necesario relevar las retrogradaciones y reenvíos de Ricoeur si es que hemos de articular una teoría ampliada del *mythos* sobre nuevas bases.

Mi punto de partida es por tanto su lectura restrictiva de White, ante la cual cabe decir lo siguiente. Mientras ajusta cuentas con el narrativismo, Ricoeur está emprendiendo, de manera paralela, su propio ajuste con el estructuralismo. En un texto del año 1978 ("Filosofía y lenguaje", en Ricoeur, 1999; 41-57) asevera que "la filosofía tiene la tarea principal de volver a abrir el camino del lenguaje hacia la realidad, en la medida en que las ciencias del lenguaje tienden a distender, si no a abolir, el vínculo entre el signo y la cosa" (ibíd.; 41). Se trata de "abrir" un camino hacia el sujeto vivo, hacia la comunidad humana y la dimensión intersubjetiva del lenguaje. El estructuralismo y la semiótica son vistos así como empresas cognitivas orientadas a la producción de un "objeto lenguaje" que entrega una visión de *sistema cerrado* del mismo, esto es, como –en términos de Hjelmslev– "una entidad autónoma de dependencias internas" (ibíd.; 43). El postulado de la clausura del sistema es el que conduce a la disyunción entre lenguaje y realidad. Pero, se pregunta Ricoeur, ¿a qué precio se acepta tal estado de cosas, en aras de configurar una ciencia disciplinar orientada al análisis del discurso? Al precio de eliminar "estructuralmente" el énfasis productivo, procesual, generativo, de la acción del habla en cada uno de nosotros. Y de abolir con ello el rico juego de mediaciones que supone el lenguaje: mediación entre hablantes, mediación entre hablantes y mundo, mediación del hablante consigo mismo. El lugar donde se instancia esa triple mediación es en la instancia discursiva, en el acto de emitir una frase que implica algo para el que realiza el acto de decirla a alguien, y dice *sobre* algo (ibíd.; 48). En la frase se manifiesta "la dimensión ontológica (referencia al mundo), la psicológica (relación con uno mismo) y la moral (relación con otro)", las cuales "son rigurosamente cooriginarias" (ibíd.; 51). Pero esa triple manifestación se extiende a las peculiaridades de la expresión verbal que excede la frase, el discurso, en el cual sostiene Ricoeur se conservan las intenciones referenciales que la lógica de Frege en adelante ha atribuido a las proposiciones (ibíd.; 52).

"La capacidad referencial no es una característica exclusiva del discurso descriptivo, sino que también las obras poéticas *designan un mundo* (...) la obra poética sólo abre un mundo con la condición de que se suspenda la referencia del discurso descriptivo. O por decirlo de otro modo, en la obra poética, el discurso pone de manifiesto su capacidad referencial como referencia *secundaria* gracias a la suspensión de la referencia *primaria*" (ibíd.; 52).

Pero esta "referencia desdoblada" tiene el efecto de validar en cierto sentido la idea de que en la generación poética cualquier relación con la realidad –referencia primaria– queda abolida, o de que la función poética es inversa a la función referencial. Como discurso sin referente, como lenguaje que se celebra a sí mismo, el problema del arte poético es propiamente hermenéutico y se despliega en la capacidad de establecer relaciones variadas en lo proyectado imaginariamente sobre los contornos de lo compartido. En la imagen imaginaria

se provoca “la suspensión o la *epoché* de la realidad cotidiana. Pero dicha *epoché* solo es el aspecto negativo de la ficción. Ésta da lugar a lo que podría llamarse «referencia creadora»; término con el que se designa su capacidad de «recrear» la realidad” (ibíd.; 54).

La capacidad de “recrear la realidad” se ejerce por medios propiamente metafóricos, y aquí el gran interés de Ricoeur reside en mostrar el poder ontológico y a la vez hermenéutico del procedimiento metafórico. Hermenéutico, en la medida en que la metáfora es una suerte de modelo conjetural por el cual intentamos mapear, re-describir y comprender fenómenos que se nos aparecen como extraños. Se trata de un instrumento heurístico que trata de romper con interpretaciones inadecuadas, modelos caducos. El resultado de esa re-descripción es una nueva realidad, tan real como lo anterior, pero “vista” desde un nuevo modelo, de allí el poder ontológico de la metáfora. *Vemos el mundo a través de la metáfora, como el científico ve su dominio a través de sus modelos*. De cara a la inscripción de nuestra tarea y nuestro obrar en el mundo, sencillamente no tenemos otra cosa. El instrumento metafórico se encuentra en la base de nuestra capacidad humana de *intervenir* y obrar humanamente. Este lugar *a la base* de la metáfora confiere a la teoría de Ricoeur una posición especialmente relevante, de cara al argumento que desplegaré en el próximo capítulo, y permite ubicarlo de manera definida en el marco de las discusiones en la teoría de la metáfora tal como lo desarrollé en el primer capítulo de esta investigación.

Esta teoría de la función referencial secundaria ejercida por medios metafóricos es de vital importancia para Ricoeur. Permite inscribir el lenguaje como mediación y elide todo recurso solipsista. “De múltiples maneras, la actividad simbólica carece de autonomía; es una actividad ligada” (Ricoeur, 1985; 30). Ese carácter ligado, en el cual la expresión mediadora se inserta como un tipo de torsión, como un obrar diferenciado que permite suspender los contornos de una realidad sentida como dada para producir otra, es el que nos asegura que sólo tenemos un lenguaje porque antes tenemos un mundo. “Todo discurso se encuentra vinculado al mundo de ese modo; pues ¿de qué hablaríamos si no hablásemos del mundo?” (Ricoeur, 1999; 62). A su vez la interpretación no supone la acción de un segundo lenguaje sobre uno que le antecede, sino que *media* a través de los signos en nuestra relación con las cosas.

De esta manera cualquier argumento narrativista (como los de White) tendrá que tener en cuenta este rico trasfondo, antes de embarcarse en sus peculiares aventuras teóricas. En particular, tendrá que tener en cuenta que la representación del mundo en el orden del discurso supone un trabajo de *mimesis*, donde la misma no es entendida como una duplicación homóloga isomórfica de lo contado, sino como una conjetura, un modelo, una interpretación que identifica y *produce metafóricamente* un sentido de realidad para los hablantes. “Tendemos a traducir *mimesis* por «imitación», en el sentido de copia de un modelo pre-existente. Pero Aristóteles tenía en mente (...) una imitación creadora” (ibíd.; 139). La *mimesis* es el equivalente

discursivo del trabajo de la *metáfora* tal como se plasma en la frase o el enunciado, y de hecho Ricoeur dedicó a cada uno de esos términos (*mímesis*, *metáfora*) un tratado en el marco de un proyecto común. "*Tiempo y narración* viene a ser la continuidad lógica de las tesis de *La metáfora viva*" (Ricoeur, 1995a; 25). La *mímesis* trabaja en el orden del relato para reactivar un sentido posible de realidad, "es una especie de metáfora de la realidad" (Ricoeur, 1999; 140). Pero ese trabajo supone un *incremento icónico*, una ampliación de sentido por adjudicación metafórica, que transgrede la lógica de la mera duplicación o réplica. Es, a la vez, un trabajo de reproducción y producción que incorpora el problema de la novedad y el de la retención de anteriores formas de reproducción. El trabajo mimético reorganiza el mundo, re-describe lo que el lenguaje convencional ha descrito previamente (trabajo metafórico), establece el juego entre referencias primarias y secundarias. Pero este trabajo es ininteligible si no toma en cuenta el carácter inscripto en el tiempo de la labor mediadora de la *mímesis*. Se trata de un juego de sucesiones, procesiones y captaciones conjuntas que genera una visión rica de las variaciones de la temporalidad, por medio de la cual se elaboran "totalidades organizadas que se encuentran sujetas a su aprehensión teleológica" (ibíd.; 150). Esas elaboraciones constituyen a la vez un esfuerzo imaginativo destinado a captar el sentido interno de la imaginación del tiempo en el discurso y, a la vez, *acoplar* ese sentido interno en otros campos temporales. La figura del acoplamiento es crucial en la filosofía del tiempo de Ricoeur, que en su deriva conduce ahora a Husserl y sus meditaciones cartesianas y al concepto de contemporaneidad, en la dirección última de la generación de una schutziana *fenomenología del mundo social* (ibíd.; 151). Los juegos temporales en San Agustín que dan inicio a *Tiempo y Narración* son una excusa a la hora de mostrar esos acoplamientos de campos temporales que terminarán frustrando cualquier interpretación reductiva, en términos de "lógicas estructurales del relato" o cálculos de sucesiones temporales diacrónicas narrativas.

Cualquier intento por permanecer en la inmanencia del texto, en el reenvío permanente a su "sentido interno", fracasará en comprender el punto en el cual cualquier discurso juzga y prejuzga acerca de aquella fenomenología del mundo social que encuentra en la temporalidad su propio espacio conceptual. La lógica del relato no puede ser tal (y ese es el fracaso de los enfoques del tipo de los de Bremond o Greimas) si no comprende el tiempo del obrar humano. Con esto, el léxico formalizante de un Propp "no constituye un sistema anterior y superior a cualquier construcción de la trama. Y la trama no es el resultado de las propiedades combinatorias del sistema" (Ricoeur, 1995b; 444). A su vez cualquier intelección de las "estructuras profundas" (aquí el ejemplo es Greimas, pero se aplica perfectamente a White) que apunte a mostrar una "estructura elemental de la significación" (ibíd.; 451) tendrá que mostrar que la "gramática fundamental" es más rica que la "gramática de superficie" (ibíd.; 461). La asunción de Ricoeur es que no lo es, y conduce a una doble posibilidad. O bien el modelo es demasiado "fuerte" y para que funcione sus exigencias teóricas deben ser debilitadas explícita o

implícitamente; o bien el modelo inicial será enriquecido furtivamente, implicando determinaciones nuevas que “no derivan directamente del modelo taxonómico, sino de la semántica de la acción”, la cual se encuentra inserta en las ricas modalidades de la temporalidad (ibíd.; 463). Así vistos los modelos lógicos en torno a contradicciones formales e implicaciones a lo Greimas no son más que transliteraciones de la “fenomenología del padecer/obrar” (ibíd.; 466). Pero la logicidad misma es inadecuada para plasmar la creatividad propia de la narración y es por eso que el tratamiento de Greimas en *Tiempo y Narración* es el último estadio previo al tratamiento de los juegos con el tiempo y la remisión a un modelo que no debe nada al análisis estructural del obrar expresado por medio de relatos.

Son pues los rasgos temporales de ese obrar los que subtienden los modos, los tiempos internos, los tonos, las voces, los juegos plurales de relaciones entre acontecimientos dispuestos en el texto, la variación, la ruptura, el seguidismo de las convenciones genéricas. Esa temporalidad interna del texto se “abre” a un mundo temporalmente inscripto, que sigue sus propias orientaciones, en lo que supone un primer tipo de descentramiento que avasalla cualquier comprensión autónoma del discurso. Y en lo específico al discurso de la historia, tal descentramiento anticipa *tres tipos de descentramientos complementarios (el carácter de indagación en lo real, la exigencia del archivo y la sobreabundancia de lo real) que contribuyen a distinguir claramente relato de ficción y relato histórico* (Ricoeur, 1999; 180). La indagación presupone la pretensión de decir con verdad. El archivo supone la adecuación, el amoldarse a las exigencias específicas de ocurrencias anteriores. El decir con verdad de la indagación cumple aquí un rol crítico, ante el cual la adecuación y “el amoldarse” cumplen funciones subrogantes. Pero ambos a su vez se insertan en la complejidad real de un mundo que no se presenta en las formas, las figuras, las distribuciones de valores y la complejidad finita del relato. “La indagación histórica vuelve a abrir la nomenclatura de los papeles que pretendía cerrar la lógica del relato” (ibídem.).

Los descentramientos textuales en torno a los planos profundos de la temporalidad encuentran un ámbito final de interpretación en la analítica de la temporalidad de Heidegger, esto es, en el triple ámbito de la *intratemporalidad*, (el estar en el tiempo, como representación vulgar del tiempo, “el tiempo como aquello *en lo que* suceden los acontecimientos”; ibíd.; 184), la *historicidad* (consideración de la distancia entre la vida y la muerte por medio de operaciones repetitivas) y la *temporalidad* propiamente dicha (la unidad plural del pasado, del presente y del futuro). En este sentido la estructura narrativa supone un interjuego entre el acto ingenuo de seguir intratemporalmente la propuesta del texto, “estar en su tiempo”, luego de lo cual corrige retrospectivamente ese seguimiento. Esto es, el relato asume como algo evidente el hecho de “contar con el tiempo”, para mejor ordenarlo. Como hemos visto se cuenta con él para proponer un tipo de intervención (en los términos de von Wright que Ricoeur explícitamente adopta; ibíd.; 195; Ricoeur, 1995a, 229-230), en el cual el presente del relato es el instante de la

acción o del padecimiento. “El fenómeno de la intervención, por tanto, en el que se vinculan el orden del mundo y nuestro «poder hacer», da lugar a lo que podríamos llamar la estructura de la intersección característica de la intratemporalidad, que oscila entre el tiempo vulgar y la verdadera historicidad” (ibíd.; 196). Esto no es distinto que el interjuego narrativo entre *chronos* y *kairós*, relación propuesta ya por Kermode, y Ricoeur no pretende que lo sea (ibíd.; 198). El tiempo episódico, disperso, iterativo del tiempo cronológico se vincula con el tiempo “configurativo”, la aprehensión conjunta (sinecdóquica diríamos), que otorga un plus de sentido, un incremento icónico orientado a la captación teleológica de la significación última provista por un final (ibídem.). La temporalidad profunda, por último, muestra la estrecha unidad de los *éxtasis temporales* (pasado, presente, futuro), y reconfigura las prioridades de la historicidad (reiteración, extensión, primacía del pasado). Apelando a San Agustín, la extensión temporal es vista más bien como una distensión unitaria (*distentio animi*), en la que convergen la mirada retrospectiva y la anticipación del proyecto; con ello la reiteración y repetición “consiste en que cada uno se repita como destino” (ibíd.; 203), en asimilar auténticamente la idea de un destino.

*El juego de la historicidad* configura una repetición que, en la profundidad temporal, conduce al intento de apartarse de la circularidad e inscribir proyectualmente la propia acción. El apartamiento de la recurrencia como el obrar *de y en* la narrativa es parte del aspecto onírico, deseante, de la búsqueda, como hemos visto. Pero la repetición “lo es aún más cuando deja de ser onírica, es decir, no cuando precede a la ruptura liberadora, sino cuando la completa y la consume” (ibíd.; 209). La narración es así un complejo trabajo onírico para romper el carácter meramente deseante de la búsqueda de una superación de la reiteración propia de la historicidad. Se muestra con ello “cómo la narratividad aproxima el tiempo concebido como intratemporalidad a la historicidad, es decir, a la pareja de la extensión y de la repetición” (ibíd.; 213). Pero la narratividad encuentra su límite en el paso a la temporalidad profunda:

“el arte de contar es incapaz de llevar a cabo ese movimiento radical de ascensión al fundamento, debido precisamente al estrecho vínculo que existe entre la historicidad y la intratemporalidad en la actividad narrativa. Esta incapacidad pone de relieve el límite interno de una meditación sobre el tiempo vinculada a una reflexión sobre el relato” (ibídem.).

Pero esta incapacidad es también leída como parte del trabajo de relectura de la temporalidad heideggeriana, en la cual el aspecto más importante de la misma, el *ser para la muerte* es puesto en duda precisamente en atención al problema de la transmisión y de la tradición. Una fenomenología del ser social a lo Schutz debe ir más allá del ser para la muerte, adentrarse en el terreno de la comunicación, criticar “la idea de que la herencia de las posibilidades se transmite principalmente de uno a sí mismo” (ibíd.; 212). Gadamer sirve como un puente que lleva más allá de Heidegger, en la dirección hermenéutica de una comprensión antropológica, ritual, del lenguaje, tal como se ha delineado en las dos secciones precedentes.



Una profunda paradoja se instala entonces en el experimento ricoeuriano. El análisis del tránsito entre la intratemporalidad y la historicidad, entre el tiempo recurrente del *chronos* y el tiempo recapitulado del *kairós* es cubierto también por la teoría literaria del tipo de la de Frye o de Kermode, y en su remisión al modo de la intervención que irrumpe en la recurrencia o reiteración se sirve igualmente de von Wright. A su vez la constitución intersubjetiva de un modo de intervenir en el tiempo nos aparta de Heidegger en la dirección de los juegos hermenéuticos de Gadamer en torno a la tradición, la *formación* y el ritual del lenguaje (así como también en lo relativo al apartamiento del ritual, en el *trabajo* de la metáfora). Por lo tanto el aporte más propio de Ricoeur no consiste más que en una re-expresión ordenada de lo que Frye, Kermode, von Wright y Gadamer han habilitado precedentemente, re-expresión que por medio de un *rodeo* o circunvalación teórica se *acopla* al análisis heideggeriano de la temporalidad, para luego intentar mostrar la incompletud de ese mismo análisis. Este trasfondo paradójico es el que sirve para plantear de qué manera la productividad del recurso a la analítica existencial heideggeriana al mismo tiempo supone por un lado restricciones innecesarias al *corpus* con el que trabaja (Frye, Kermode, etc.) y por el otro *no* conduce a un *plus* de sentido, un incremento icónico que justifique el rodeo filosófico que emprende y que culmina en el cuestionamiento de aquella misma analítica existencial. Encontramos esas mismas características (restricción innecesaria, ausencia de incremento icónico que justifique el rodeo) en la lectura y las críticas que Ricoeur dirige a Hayden White.

En el primer volumen de *Tiempo y Narración* Ricoeur asevera que el modelo narrativista requiere tres presupuestos: primero, “que ficción e historia pertenecen a la misma clase por lo que se refiere a la estructura narrativa” (Ricoeur, 1995a; 269). Segundo, que el acercamiento entre historia y ficción supone otro emparejamiento entre historia y literatura, en el sentido de concebir a la primera como un artefacto verbal<sup>40</sup>. Tercero, White conduce al colapso entre historiografía (como régimen específico de saber) y filosofía de la historia (especulativa). La preocupación de Ricoeur se dirige no al análisis mismo de las estructuras narrativas que hace White, sino a sus consecuencias. Como “ficciones verbales” los relatos en términos de White rompen con la distinción entre lo imaginario y lo real (ibíd.; 271). Esto es lícito en tanto se limita al “análisis de tramas”, la parte de White que Ricoeur encuentra más interesante, en tanto lo aleja de las restricciones artificiales y contraproducentes presentes en el estructuralismo a lo Greimas y en la tropología (ibíd.; 272). Ricoeur no considera especialmente relevantes la generación de análisis en términos de argumentos formales o de implicaciones ideológicas, en tanto en alguna medida se encuentran ya contenidos en la idea misma de trama, un concepto que esta investigación mayormente comparte con él (ibíd.; 274-276). “La explicación por

---

<sup>40</sup> La traducción al español traduce *literary artifact* (la expresión de White y del mismo Ricoeur) como “artificio literario” (ibíd.; 269 y 269n). No necesito extenderme en las diferencias semánticas relevantes entre artefacto y artificio en el lenguaje ordinario, a más de resaltar que el problema de la verdad y la falsedad se suscita ante los artificios, no ante los artefactos.

construcción de trama adquiere en White un sentido estricto y restrictivo, que permite asegurar que ella no es el todo de la estructura narrativa y es, sin embargo, su eje principal” (ibíd.; 276). Para Ricoeur, entonces, resulta fundamental que el modelo de trama –antes que la tropología– constituya el corazón de la apuesta whiteana y que ese corazón sea entendido en términos principalmente *no tropológicos*.

El beneficio de tal modelo es que permite una comprensión abierta de los “estilos” historiográficos, de las tensiones dialécticas que intentan armonizar en un todo narrativo un conjunto de orientaciones liminares dispersas. El modelo de tramas, a su vez, no descansa en ninguna autoridad lógica, ninguna inmanencia textual, sino que evoca “formas de una herencia cultural” (ibíd.; 280), en el sentido de encuadres o codificaciones que se ordenan “más por los efectos de sentido esperados que por el material que hay que codificar” (ibídem.). El efecto de sentido consiste en lo sustantivo en hacer familiar lo no familiar, por el modelo de la *mimesis* como *identificación creativa en sentido metafórico* de una realidad posible. La captación, intervención y creatividad en el marco de la herencia recibida confiere su sello peculiarmente hermenéutico al análisis de trama.

Pero como intervención propiamente dicha el modelo requiere ir más allá de las tramas, para captar el intenso conjunto de mediaciones (ya señaladas) en las que la *mimesis* lingüística se inserta. Esas mediaciones se orientan en la dirección de la experiencia de la temporalidad propiamente dicha, la cual permite anudar el círculo de la *mimesis* en un sentido peculiarmente productivo (ibíd.; 141). Ese círculo de experiencias *prefiguradas* temporalmente, apropiaciones productivas propiamente *configurativas* y horizontes de recepción y *reconfiguración* se basa en la necesidad de la inscripción temporal que nos fuerza

“a otorgar a la experiencia temporal como tal una narratividad incoactiva que no procede de la proyección –como se dice– de la literatura sobre la vida, sino que constituye una auténtica demanda de narración. Para caracterizar estas situaciones no vacilaré en hablar de una estructura pre-narrativa de la experiencia” (ibíd.; 144).

Esa estructura pre-narrativa, de carácter incoactivo, se comprende mejor en términos del ya señalado análisis existencial de los modos en que “estamos enredados” en historias, un tipo de análisis existencial sobre el cual pueden montarse los rasgos esquematizadores y tradicionales de los haceres narrativos que Frye y White descubren en las tramas. Debemos superar el prejuicio que opone un interior y un exterior del texto, para mostrar la *común remisión de ambos planos al fundamento mismo de la estructura pre-narrativa temporal*. La mayor ventaja que se espera de esta remisión al fundamento común es que *nos permite evitar la criba de la tropología y sus significaciones añadidas*.

Pero antes aún de emprender aquella deriva anti-tropológica una primera restricción anti-whiteana se ha ejercido. El marco de las tramas se ha incrustado en un modelo de

mediaciones lingüísticas que otorga a la *profundidad* de las inscripciones temporales de la experiencia un rol regulativo, incoactivo, que tiene por función volver subrogante o subsidiario el análisis narrativo propiamente dicho. *El modelo de análisis de trama debe ser insuficiente como dimensión teórica si es que hemos de emprender la vía larga del recorrido por la analítica existencial de la temporalidad.* El análisis textual se muestra últimamente incapaz de abordar el plano de la temporalidad profunda, y es esa falta la que justifica la apelación a una fenomenología de la temporalidad como registro primario de interpretación teórica. No importa que posteriormente esa fenomenología se muestre portadora de sus propias incapacidades. Leída restrictivamente la teoría de la narración ha quedado signada por la falta ante un modelo —el de la fenomenología hermenéutica— que nuestro autor posteriormente no se priva de corregir y rebasar. Los efectos de esta lectura restrictiva se propagan al análisis relativo a la tropología.

Es en *Tiempo y Narración III* (Ricoeur, 1996a; 855-863) que nuestro autor emprende finalmente la tarea de liberarnos de la maquinaria tropológica, en la medida que supone una deriva inmanente que puede tentarnos con “vías cortas” de justificación de la inteligibilidad propiamente narrativa. Por el contrario, la destrucción de la tropología es la que permite la “vía larga” del análisis existencial de la temporalidad, y de esta manera, la suerte de la última es la desgracia de la primera. Ciertamente, la tentación de la vía corta tropológica es fuerte. “Es inmensa la ventaja que se espera de esta carta tropológica de la conciencia, sobre la ambición *representativa* de la historia: la retórica gobierna la descripción del campo histórico, como la lógica rige la argumentación con valor explicativo” (ibíd.; 858). Los tropos en su esquema cuaternario aparentarían ofrecer una variedad de figuras de discurso que a la vez que preservaría la intuición de la variación y multiplicidad de las formas efectivas, encontraría términos comunes para abordarlas. Pero de las figuras que autorizan a hablar de una estructura y secuencia tropológica de la conciencia, sólo la metáfora es esencialmente representativa. El recorrido completo se nos muestra entonces como una deriva deliberadamente lingüística que pone entre paréntesis la atestación modélica, icónica, ontológica, que Ricoeur pretende conferirle a la metáfora. Sin esa dignidad, sumergida en una mera modalidad tropológica intercambiable con otras conceptualmente a la par, la metáfora pierde su capacidad de remitir, de abrir, a mundos que se pierden una vez validada la intercesión tropológica. El recurso whiteano a la tropología permite escapar, según Ricoeur, a la consideración del pasado bajo el sino de lo Mismo, y también evadir la consideración de ese mismo pasado como el resultado de una otredad radicalmente inasequible. Ni Mismo ni Otro, el pasado se despliega metafóricamente bajo el signo de lo Análogo (ibíd.; 859), como tercer género por derecho propio y con una tremenda fertilidad.

Pero, y aquí reside el núcleo de la objeción, “al acentuar casi exclusivamente el *procedimiento* retórico, se corre el riesgo de ocultar la intencionalidad que atraviesa el «tropo

del discurso» dirigido a los acontecimientos pasados” (ibíd.; 860), esto es, la intencionalidad referencial como apertura a un mundo que aquel designa. La formulación de Ricoeur es extremadamente restrictiva y engañosa. El “casi” “riesgo” del ocultamiento de la intencionalidad referencial debe ser precisado en un análisis de lo supuesto en “el procedimiento retórico” mismo. De hecho, concede Ricoeur, “el propio White no ignora este peligro (...) no se ha alejado de lo que nosotros mismos entendemos por *referencia cruzada* de la ficción; sólo se acentúa el lado de la ficcionalización de la representación del mundo considerada realista (ibíd.; 860n). La objeción entonces está dirigida al propio prejuicio en torno a lo supuesto en el hecho de “sólo acentuar” la tarea, el procedimiento de construcción tropológica de la ficción. Ricoeur apunta, supuestamente, al funcionamiento ontológico de la metáfora, White por su parte “acentúa” el “procedimiento meramente retórico”. El problema con White entonces es que en ese procedimiento la vía larga no es necesaria; nos basta con la *vía corta del procedimiento*. El signo de lo análogo se despliega en Ricoeur en el marco de una ontología pródiga en huellas, trazos, “representancias” que reinscriben la representación en el tiempo fenomenológico y a éste a su vez en el tiempo cósmico. Lo Mismo, lo Otro, lo Análogo, son modos de posicionarse ante la distancia temporal, la estructura dialéctica que configura el plano de mediaciones lingüísticas por medio de las cuales nos damos un tiempo. “El pasado separado de la dialéctica entre futuro, pasado y presente sigue siendo una abstracción” (ibíd.; 863). La abstracción tropológica puede hacernos creer que somos “maestros en tramas”, cuando en realidad no somos más que “servidores de la memoria de los hombres del pasado” (ibídem.). Es en este marco “servil” que puede darse la “afinidad profunda entre lo verosímil de pura ficción y las potencialidades no efectuadas del pasado histórico” (ibíd.; 916).

“El *entrecruzamiento* entre la historia y la ficción en la refiguración del tiempo descansa, en esta imbricación recíproca, entre el momento cuasi histórico de la ficción que cambia de lugar y el momento cuasi de ficción de la historia. De este cruce, de esta imbricación recíproca, de este intercambio de lugares, procede lo que se ha convenido en llamar *el tiempo humano*, en el que se conjugan la representancia del pasado mediante la historia y las variaciones imaginativas de la ficción, sobre el fondo de las aporías de la fenomenología del tiempo” (ibíd.; 917).

Con ello, supuestamente, entendemos mejor lo histórico y lo ficcional por apelación a la *estructura profunda* de las aporías de la fenomenología del tiempo. Pero como ocurre con otras estructuras profundas, se genera el mismo tipo de preguntas que ya hemos encarado en capítulos precedentes, y que condujeron a la necesidad de corregir a White eliminando la remisión a la figura innecesaria y circular de la *profundidad*. El corazón de la teoría anti-tropológica de Ricoeur se despliega como respuesta a las limitaciones mismas de la tropología (cuestión que desarrollaré en el próximo capítulo), para lo cual su propia teoría de la metáfora (ejemplarmente expresada en Ricoeur, 1977; 347-371) sirve como nexo entre por un lado un repudio de la idea del lenguaje como tropología aplicada, en la medida en que la tropología supone el tipo de sistematización, codificación, restricción lógica y apartamiento deliberado del

mundo de las cosas, y por el otro la constitución de una dialéctica de la temporalidad que remarque el aspecto activo, procesual, dinámico, abierto a la mundaneidad del obrar propiamente humano. Pero al final el proyecto heideggeriano de la triple temporalidad colapsa y debe ser revisitado en términos de una apropiación gadameriana del horizonte comunicativo de sentido, por lo que *la pregunta final termina siendo para qué necesitábamos la vía larga*.

Ciertamente esto hace a la postura filosófica última de Ricoeur, su búsqueda incesante de un espacio amplio de reflexión que legitime una *tradición de pensamiento que no se deja abandonar*. Pero en el camino una lectura extremadamente restrictiva de lo tropológico como “sistematización, codificación y restricción lógica” se ha impuesto. Ese segundo cercenamiento es relevante, porque habilita el nicho teórico que Ricoeur pretende explotar por medio de su hermenéutica radical de la temporalidad. Por lo tanto en último término me dirigiré al tipo de restricción filosófica que impide a Ricoeur leer de manera más generosa no sólo a White, sino algunas de las elucidaciones clave de la filosofía del lenguaje contemporánea, en la línea de Davidson. No necesito remarcar la importancia para la presente indagación de la lectura retrogradada de Ricoeur acerca de estos tópicos, en la medida en que implican un *apartamento visceral* de cualquier teoría de la interpretación que apunte a una cierta sobriedad o depuración ontológica del marco de análisis lingüístico empleado por ella. Por el contrario, es en la inclusión, el rodeo y la vía larga, en la profusión teórica y la robustez filosófica que Ricoeur encuentra un fundamento para la articulación de su propia propuesta.

La ambición y el anhelo de una inclusión ecuménica de horizontes diversos es irrenunciable para alguien empeñado en unir a Nietzsche con Husserl, a Dilthey con Freud y a Heidegger con la filosofía analítica. Jean Greisch ha precisado sucintamente el árbol de ancestros de Ricoeur (Greisch, 2001; 64-66), ante lo cual tan solo faltaría remarcar hasta qué punto es Gadamer un puente precioso entre Heidegger y el retorno de la problemática ontológica a la epistemológica, desde las alturas (o profundidades) del *Dasein*. Pero el puente es inestable, y pone de manifiesto las aporías del planteo, entre el distanciamiento propio de la fenomenología, y el sentido de pertenencia hermenéutico, entre la epistemología y la ontología, entre los clásicos problemas husserlianos (idealismo, inmanencia, conciencia, intuición) y las no menos canónicas atestaciones hermenéuticas (precedencia del sentido, descentramiento del sujeto, centralidad de la interpretación). Quizás el punto donde se pone en claro la tensión es entre la experiencia antepredicativa husserliana (o suelo de creencias), respecto de la cual el lenguaje es un “vestido de ideas”, y la condición originariamente lingüística de toda experiencia humana gadameriana. Pero a la vez hay una contradicción interna a la propia hermenéutica, que reenvía a su doble filiación, romántica y crítica a la vez. En *Del texto a la acción*, se pregunta: “¿cómo es posible introducir algún tipo de instancia crítica en una conciencia de pertenencia expresamente definida por el rechazo del distanciamiento?” (Ricoeur, 2001; 93). Se trata pues de una compleja dialéctica de participación y de distanciamiento donde se plantea que “la

comunicación a distancia entre dos conciencias diversamente situadas se lleva a cabo gracias a la fusión de horizontes, es decir, a la intersección de sus miradas dirigidas hacia lo lejano y hacia lo abierto. (...) Este concepto significa que no vivimos en horizontes cerrados (...) implica la tensión entre lo propio y lo ajeno” (ibídem.). Entre lo que podemos llamar (tomando una terminología quineano-davidsoniana) su énfasis proximal, y su dirección de interpretación “distal”, que revela la prioridad de la mirada “externa” sobre el proceso interpretativo, se tiende no solo a una aporía romántico-crítica, sino a la postulación misma del axioma de la lectura plural de un texto, que va de lo literal o histórico a lo alegórico, lo moral y lo anagógico (o consideración del orden del texto como una totalidad de sentido vuelta sobre sí misma). Tenemos así no una dicotomía sino una aditividad de la dispersión del espectro de las interpretaciones que nos invita a captar la complejidad de la articulación de la teoría fenomenológica hermenéutica de Ricoeur.

Pero a veces el axioma no se cumple a rajatabla, y el propio Ricoeur, a medida que entra en diálogo con la filosofía analítica, empieza a delinear un cuadro menos plural de lo esperado. La comprensión del signo y del símbolo, luego del texto y los enunciados metafóricos, las intrigas y, finalmente, la identidad narrativa y el “sí mismo”, van siendo entendidos como partes de un proceso ampliatorio en la interpretación de lo que podemos considerar la clave axial en la filosofía última de Ricoeur, esto es, la idea de una alteridad-pasividad constitutiva de una *ipseidad*, o identidad como registro de lo propio ante lo “otro” (Ricoeur, 2001; 215 ss.). El problema de la identidad va surgiendo, no solo como remate del argumento que imbrica solidariamente agencia, trama o narración e historia (tal como se plantea, por ejemplo, en “La identidad narrativa” –Ricoeur, 2001- y en *Tiempo y narración*), sino como persistencia a lo largo de la obra de Ricoeur de la concepción de Strawson en torno a la noción de persona, siendo *Individuals* un disparador de la reflexión en torno al cambio, la continuidad, lo propio y la alteridad. Ese problema, el del “sí mismo”, termina por cerrar el círculo que presenta la “dirección reflexiva” de la filosofía de Ricoeur. Esa dirección en torno a la identidad, en la forma de una reflexión acerca de la búsqueda de una “sustancia” invariable que conforme el sustrato del “sí”, queda explicitada en *Si mismo como otro*, donde asevera que “toda la problemática (...) va a girar en torno a esta búsqueda de un invariante relacional, dándole el significado fuerte de permanencia en el tiempo” (Ricoeur, 1996b; 112). Así, el eje identidad-mismidad delinea, en primera instancia, una invariancia que impide un planteamiento profundo del problema de la alteridad, mientras que “la identidad *ipse* pone en juego una dialéctica complementaria de la *ipseidad* y de la *mismidad* (...) [que] sugiere, en principio, que la *ipseidad* del sí mismo implica la *alteridad* en un grado tan íntimo que no se puede pensar en una sin la otra” (ibíd.; xiii-xiv). Esta dirección del sí hacia los otros, es lo que hizo tambalear el análisis heideggeriano del carácter incommunicable del ser para la muerte, y posibilitó el retorno hacia “este lado” de la ontología. La otredad y la narratividad, en conjunto, introducen el problema de la comunicación y la trama,

que compromete a los individuos y los excede, y de esta manera es como Ricoeur se apropia del análisis de la temporalidad en Heidegger, tal como lo expone en “Función narrativa y experiencia humana del tiempo” (Ricoeur, 1999; 212), para rebasar ese mismo análisis y “retornar” de este lado de la consideración heideggeriana. Y este mismo planteamiento del problema de sí mismo en vinculación con la trama, es lo que permite vincular personaje, agencia postulada por la narración y la noción misma de persona. Ricoeur muestra de manera profunda de qué manera la teoría del relato, cuando aborda la problemática del agente, puede unir la teoría literaria de Kermode, la obra literaria de Musil y la noción de persona en la filosofía de Strawson (ibíd.; 222-224) y articular una noción de “identidad narrativa” que vincula los distintos campos que la teoría de la interpretación, en opinión de Ricoeur, quería y necesitaba urgentemente unir: texto, acción e historia. Las refiguraciones del personaje, del yo y de la persona, son todas ellas la misma cosa cuando se dan procesos de identificación que consisten en el ejercicio de variaciones imaginativas. En el final de *Historia y Narratividad*, Ricoeur nos dice que “las transformaciones más dramáticas de la identidad personal han de sufrir la prueba de la nulidad de la identidad-permanencia” (ibíd.; 230), y así el problema de la mismidad-ipseidad, en realidad es el de la ipseidad, porque sabemos que la identidad en la invariancia es imposible, y para constituirnos necesitamos a los otros. En “la noche de la identidad personal” encontramos un fulgor que nos deslumbra: *son los otros, que vienen clareando*.

Este, pues, es el problema crucial, que exige el tratamiento de la filosofía como empresa reflexiva. Descubierta la imposibilidad última de la mismidad, es el interaccionismo constitutivo de la identidad lo que se impone. Pues bien, en primera instancia un modelo de la interacción constitutiva del yo no es algo que no esté al alcance de un enfoque analítico, y a fin de cuentas el “externalismo” en la filosofía de la mente no es otra cosa más que eso mismo. Inclusive en la lista de temas que he venido tratando en esta sección hay poco, si acaso algo, que no haya sido tratado desde una óptica analítica (o al menos no fenomenológica-hermenéutica). Enumero: las diatribas entre la concepción de la experiencia ante-predicativa y el problema de los intermediarios lingüísticos, la relación lenguaje-realidad y el problema del conocimiento son clásicos de la tradición empirista y post-empirista analítica; el problema relativo al distanciamiento y a la pertenencia es reformulable tanto dentro de la tradición de la filosofía del lenguaje quineano-davidsoniana, como problema relativo a la traducción y la interpretación radical, como dentro de la visión más amplia, desde una perspectiva ético-política, del pragmatismo como fluctuante entre el romanticismo y la crítica ironista, tal como lo ejemplifican Dewey o Rorty; la disolución de la identidad-mismidad queda planteada admirablemente por Davidson en “El mito de lo subjetivo” (MMA, 51-72; véase también SIO, 72-90) y por Rorty en “La contingencia del lenguaje” y “La contingencia del yo” (Rorty, 1991b, 23-42 y 43-62); el tema de las lecturas plurales del texto remite no solo a Davidson y Rorty, sino también, y más atrás, a un autor como nuestro conocido Northrop Frye (en especial ADC; 99-

173). Por supuesto que tal vez el tratamiento de estas cuestiones no sea el que Ricoeur podría esperar, o podría no resultarle satisfactorio, pero queda claro que si la “fenomenología hermenéutica” es una materia importada de contrabando de Alemania por Ricoeur, como dice burlescamente Greisch, no es menos claro que la agenda de temas y la lista de problemas parece birlado subrepticamente de algún simposio anglo-americano dedicado a las relaciones entre lenguaje y realidad. Si no fuera por las “extravagancias” en torno a la *ipseidad*, Ricoeur podría pasar por un francés empeñado en traducir (en el sentido de hacer comprensible) al alemán la problemática de la filosofía anglosajona. Pero por supuesto, la posición ricoeuriana es más que eso. Es una traducción, o interpretación, “radical”, que apunta a mostrar no sólo la continuidad y persistencia de los problemas filosóficos, sino la necesidad de una respuesta más abarcadora e inclusiva.

Y sin embargo el problema es que la traducción o interpretación de los logros y alcances de la filosofía analítica no da la talla de lo que se propone y, si acaso, revela las limitaciones del propio punto de partida. La lectura ricoeuriana de Davidson, tanto como la que le dedican Greisch y Abel –dos de sus intérpretes más ajustados-, y que resulta sumamente instructiva en tanto expresa cabalmente la magnitud del desencuentro conceptual entre ambas figuras filosóficas, adolece de serios problemas, que imponen un recorte brutal a las distintas opciones teóricas davidsonianas. Al parecer la filosofía analítica de Davidson está enteramente comprometida con una “semántica de la acción sin agente”, como llama Ricoeur al estudio que le dedica en *Si mismo como otro*. Esto lleva a privilegiar atolondradamente el eje de preguntas “qué-por qué” en detrimento del “quien”, o mejor aún, conduce a la articulación de una noción de causalidad impersonal, en la cual los sujetos son objetivados, y a un aplanamiento del plano intencional en torno al eje de las creencias y los deseos como atribuciones o actitudes proposicionales. Causalidad y motivaciones no reenvían nunca a la pregunta por el agente, sino que estipulan un doble juego de lenguaje causal-motivacional que se las arregla muy bien sin él (Ricoeur, 2001, 158; 1996b, 39-59). La ontología de acontecimientos privilegiada por Davidson o Quine, con su carga de impersonalidad, y el predominio de la preocupación por la noción de causalidad, subordina al par acción-motivación. Así, el “quién”, en opinión de Ricoeur no está tematizado. El privilegio otorgado a los criterios lingüísticos públicos desacredita el énfasis “interiorista” en el análisis de la intención y tampoco favorece la caracterización del agente. A esta supresión de la “persona” se añaden otras objeciones, como por ejemplo las que realiza Abel y las que repite Greisch (Greisch, *op.cit.* 149-157), que en realidad pivotan alrededor de tres temas principales: el *principio de caridad* (y los supuestos de la interpretación radical), el problema de la “inmediatez” del mundo y el lenguaje y el carácter constitutivo de la otredad.

En cuanto al principio de caridad, la idea ya desarrollada en esta investigación de que para interpretar a otro tengo que atribuirle las nociones constitutivas de racionalidad, coherencia y capacidad de sostener (en su mayoría) creencias verdaderas, so pena de frustrar la



posibilidad misma de la comunicación por incapacidad para reconocer al otro como persona, es leído como una proyección unilateral de la racionalidad, la coherencia y las creencias propias al otro. Se trata de una lectura por lo menos extraña de este principio. Como expuse en el capítulo cinco, la finalidad del procedimiento no consiste en minimizar el desacuerdo u “optimizar” el acuerdo o solapamiento de creencias, sino en “volver significativo el desacuerdo”, postular un trasfondo de creencia contra el cual pueda proyectarse el disenso (VEI, 162, 201). No se trata de ser “caritativos” ni de negar el papel de los prejuicios (como parece creer Scholz<sup>41</sup>), ni de sostener que el principio implica que todo conflicto de interpretaciones está regulado por acuerdos que lo condicionan. La base de creencias que postulan Quine y Davidson como común es, por lo general, trivial, y la idea de que la misma es lo que el principio motoriza para “forzar la mano” está fuera del planteo davidsoniano. No niega Davidson “la ambivalencia de todos los procesos de comprensión”, ni pierde de vista “la reciprocidad constitutiva de todo el proceso de comprensión”, como dice Abel (Greisch, *op.cit.*, 156-157); al contrario, supone que ese principio es fundamental para posibilitar tal proceso. Tampoco exige el resurgir del problema de la conciencia ni requiere una experiencia ante-predicativa, como parece preferir Abel, en el camino de resucitar el “suelo de creencias” husserliano que regularía a las creencias mismas, “un «pre-saber» indeterminado en cuanto a sus contenidos, pero no enteramente vacío”, el cual “abre el concepto fenomenológico de experiencia a una dimensión «interpretativa» radical en el sentido de Abel” (ibíd.; 164). Tampoco niega el principio de caridad la más que plausible “violencia de la interpretación”, y ciertamente no propone “un fideísmo del sentido, sin ninguna dimensión crítica” (ibíd.; 171), por lo que las acotaciones de Greisch y Abel suenan desafortunadas, si es que se las contraponen con las características derivadas de un análisis detallado del proceso de triangulación (capítulo cinco, sección e-).

Otro problema surge en la comprensión del aserto davidsoniano de que las razones son causas de la acción y del vínculo entre lenguaje, acción y realidad. Según Greisch, Davidson postula “el contacto inmediato con los objetos” (ibíd.; 150), pero es curioso que el francés proponga desembarazarse del “mito del contacto inmediato con la realidad”, porque justamente toda la filosofía del lenguaje davidsoniana va en la misma dirección y no se entiende como Greisch no se da cuenta de eso. Quizás el problema viene a cuento de la distinción entre causación y justificación que es justamente, como vimos, uno de los puntos nodales en Davidson. De hecho esa misma distinción hace difícil que Davidson sea leído como orientado puramente al análisis en términos causales o privándonos de un criterio de agencia relevante para una semántica de la acción, como dice Ricoeur; de hecho, porque la justificación es irreductible y las intenciones encuentran su propio principio de orientación es que esa semántica requiere y sostiene una noción de agencia como la que reclama el francés. Al parecer la confusión viene a cuento tanto del hecho de que no hay problemas especiales de conexión

---

<sup>41</sup> Mencionado en Greisch, *op.cit.* 145.

entre “nosotros” y el mundo, en el sentido de que no hay intermediarios epistémicos entre la “mente” y la realidad, en la forma de “ideas”, datos de los sentidos, etc. Pero *sí hay intermediarios causales*. Si hay algo que Davidson deja en claro, como hemos visto, es que no hay problemas de conexión con el mundo, y que la idea de que hay problemas de contacto es tributaria de la imagen de la mente como *forum internum*, de manera que el problema del escéptico no puede suscitarse. Pero *a la vez* sostiene que pese a que no hay problemas de contacto, el único contacto es causal. La conclusión de la propuesta davidsoniana es que ningún argumento filosófico de interés se desprende de la idea de un problema de contacto (o del problema inverso, del contacto inmediato) con la realidad.

El tercer problema, ya adelantado, tiene que ver con la creencia de Ricoeur, Greisch y Abel de que al menos “cierta sombra” del teatro cartesiano es necesaria para invocar o tratar el problema de la identidad como constituida por la alteridad, en la forma de experiencia ante-predicativa, suelo de creencias, prestaciones originarias o “el ser mismo de la conciencia” (ibíd.; 162). Nuevamente aquí se trata de un problema “verdaderamente radical que decide acerca del sentido mismo de la experiencia filosófica” (ibíd.; 165), que viene a ser aquel de “descubrir la exigencia de respeto primordial por la fenomenalidad, es decir de la manera en que los fenómenos se dan a la conciencia” (ibíd.; 169). La fenomenología hermenéutica podrá descubrir que el ser mismo de la conciencia se define intersubjetivamente, como corolario de un proceso dialéctico propio de la *ipseidad*, pero ese descubrimiento no conduce al abandono de la problematización de las nociones mismas de “ser” y “conciencia”, sino que más bien la prolonga. Hasta qué punto el retorno de parte de esa “sombra” es algo necesario ante los avatares del “ser mismo de la conciencia” es algo no decidible meta-filosóficamente. Pero quizás pragmáticamente pueda alegarse que hay cierta inconsistencia en la postura de, por un lado, sostener que el ataque al “mito de lo subjetivo” está bien y, por otro lado, intentar mantener el “espectáculo cambiante” que Davidson coliga a la imagen de la mente como ámbito subjetivo en el cual se refleja una realidad in-interpretada. Aquí nuevamente vemos crujir el armazón que intenta unir la experiencia ante-predicativa husserliana y la noción gadameriana de que toda experiencia está mediada lingüísticamente.

Solo los malabares fenomenológicos-hermenéuticos mantienen con vida las discusiones en torno al problema de la conexión lenguaje-mundo o lenguaje-realidad, el problema de la conciencia, y con él el del conocimiento como representación y el de la verdad como correspondencia, lo que genera aporías a cada paso. Esas tensiones no tiene porqué afrontarlas un esquema coherentista y anti-representacionista, centrado en la pluralidad de los modos descriptivos bajo la díada causalidad-justificación, menos si acepta el nominalismo psicológico de Wilfrid Sellars, lo que no es el caso de Davidson, pero sí de Rorty. La posición sellarsiana lo que termina por explicitar es el hecho de que toda conciencia de clases, parecidos, hechos, toda conciencia de entidades abstractas y hasta de particulares es una cuestión lingüística (Sellars,

1971; 139-209). Este famoso aserto no constituye por sí mismo una teoría de la mente, sino una observación del hecho de que no debemos confundir explicación con justificación, y que sólo podemos adoptar reglas epistémicas cuando entramos en una comunidad que aplica las mismas. Contra la idea de un conocimiento no-proposicional o una conciencia pre-lingüística, la idea de Sellars es que la captación de los “rasgos intrínsecos” de los objetos no es distinta del hecho de (no es más que) conocer el modo en que se emplean las palabras para describirlos. El lenguaje no cambia “las cualidades de nuestras experiencias” o “abre perspectivas a la conciencia”. Tan solo permite que entremos en una comunidad en la cual se intercambian justificaciones y afirmaciones. La orientación hacia una pragmática de los enunciados que rehúya los convites de los problemas relativos a la mente o al “ser de la conciencia” está ya delineada, pero pese a los iniciales floreos “analíticos” de Ricoeur, es claro que ésta es una senda que no quiere y no puede seguir. Si no fuera así amputaría a su proyecto fenomenológico-hermenéutico su primer miembro, e impediría captar la diferencia que su planteo aporta respecto de Gadamer y de las posibles apropiaciones post-analíticas de *Verdad y método* (por ejemplo en la triangulación davidsoniana o en el conversacionalismo rortiano), ya que se supone que el enclave fenomenológico es lo que provee el material para el vector crítico que toda hermenéutica lleva (potencialmente) consigo.

La articulación de una teoría amplia de la interpretación que aplique tanto al polo explicativo (causal) como al “existencial” o comprensivo, es posible tanto bajo un marco fenomenológico-hermenéutico como bajo un paradigma davidsoniano, y eso es lo que explica que durante tanto tiempo Paul Ricoeur haya estado tan lejos (y a la vez tan cerca) de la agenda de problemas de la filosofía analítica del lenguaje davidsoniana. De hecho, ambos pueden tratar con la dialéctica específica del distanciamiento y la pertenencia, la crítica, la relación constitutiva entre identidad y alteridad y el problema más general del lenguaje y la experiencia de un mundo compartido. Por lo tanto, suponer una incapacidad congénita para alguno de estos dos programas en el tratamiento de estas cuestiones no constituye más que una petición de principio.

A modo de breve corolario a esta sección me gustaría hacer notar que el utillaje analítico y desprovisto de “inflaciones ontológicas” de Davidson propicia senderos teóricos paralelos que permiten arribar a resultados homologables tanto en la teoría del texto (Ricoeur y ciertas apropiaciones de Frye), como en la teoría de la acción (Ricoeur y Danto-Von Wright) y en la teoría de la historia (Ricoeur y White). Deseo explicitar que no hay ningún elemento *central* en las teorías de Frye, von Wright o White que no pueda ser reformulado de manera de converger con la ontología depurada del lenguaje de Davidson. Ciertamente Frye abunda en esbozos diríamos formalistas o “pre-estructuralistas”, Danto está convencido que “hay una cosa u objeto lenguaje a distancia de la realidad”, respecto del cual se suscitan los tradicionales problemas de representación, correspondencia y demás, y White, como hemos visto, no se ha privado de

considerar a los tropos como modos de conciencia, suscitando las tradicionales reyertas en torno a la conciencia, la verdad, el realismo y la relación entre lenguaje y realidad. Pero ninguno de estos elementos impide que se trate a Frye como proponiendo un fantástico juego de herramientas para el análisis del discurso; nada exige atar el correspondentismo de Danto al modo en que logra mostrarnos el carácter denso, abierto e indeterminado de nuestra experiencia del tiempo y los requisitos cruzados de la temporalidad, la agencia, la historia y la narración; por último, puede reformularse a White y a su teoría tropológica desde la teoría de los usos lingüísticos davidsoniana, acentuando su historicismo y evitando la pregunta esencialista por el *status* de los tropos. Considero que la argumentación en torno a estas adecuaciones y compatibilizaciones posibles constituye la tarea que he emprendido en los dos capítulos precedentes, esto es, mostrar que Frye, Danto, von Wright, White y Davidson pueden amalgamarse en un programa ontológicamente mínimo que sea capaz de contestar al programa ricoeuriano en los momentos en que emprende regresiones “cartesianas”.

El proyecto ricoeuriano intimida por su ambición y se agradece por su generosidad y amplitud de miras. Sin embargo su énfasis fundacionalista respecto de las estructuras de la temporalidad, su afición meta-filosófica por la sombra del teatro cartesiano y las vías largas, y su lectura restrictiva de la tropología como mera “lógica del lenguaje” hacen que su provechoso itinerario deba ser abandonado algunas estaciones antes de arribar a la terminal de su largo periplo. No obstante, el abandono de ese curso teórico no debería impedirnos apreciar y reconocer el instructivo recorrido en el cual ha servido como esclarecido guía, como generoso intérprete, como compañero de lecturas.

#### *d) Por una teoría ampliada del «mythos»*

En esta sección recapitularé brevemente el recorrido de este capítulo en torno a la intervención lingüística y la prefiguración narrativa de lo social. Respecto de lo primero, desde los originales apuntes de Danto en torno a la implicación recíproca entre el lenguaje de la agencia, de la historia y la narración, el mutuo apoyo de elementos y rasgos presentes en esos tres ámbitos que confluyen en una mirada sinóptica al término de su *Narration and Knowledge*, así como también las imbricaciones recíprocas de los modelos del texto, la acción y la historia en el Ricoeur de *Hermenéutica y Acción*, lo que se esboza es la posibilidad de una recuperación de esos apuntes liminares al interior de la ontología del lenguaje que nos ha entregado el capítulo precedente, en la cual un puente precioso lo constituyen los señalamientos de Ramberg en torno a la relevancia del vocabulario de la agencia en el proceso de triangulación davidsoniano. En este sentido, el punto final del recorrido de Davidson acerca del lenguaje es a la vez el inicio del recorrido en lo relativo a las modalidades de la intervención lingüística.

Las apreciaciones de Ramberg, que se revelan como explicitadoras de la filosofía de Davidson, permiten un tipo de consideración homologable a las preocupaciones de von Wright y

Ricoeur por la acción, pero en un marco ontológicamente mínimo y consistente con la depuración operada precedentemente. Una vez establecido el nexo, las marcaciones teóricas de von Wright, Ricoeur y Danto son ricas por introducirse en aspectos conceptuales propios de la narración que nos conducen en la dirección de una consideración más ajustada de lo que este último término designa. La clave reside en ver a la narración como un instrumento destinado primordialmente a proveer un criterio de expectación en lo atinente a las *posibilidades de intervención-en-un-sistema* de los elementos reconocidos en un dominio determinado, criterio que puede reconstruirse y volverse inteligible a partir del tipo de procedimientos comprensivos que, de von Wright en adelante, han sido recurrentemente señalados por autores como Ricoeur, Frye o Danto. La posibilidad de tal inteligibilidad en términos específicos de los modelos provistos por el filósofo finés puede apreciarse en la *Anatomía de la Crítica* de Frye, así como también en numerosos puntos del recorrido ricoeureano.

Un sentido amplio de intervención lingüística se delinea de este modo, permitiendo recoger tanto los aportes de la ontología del lenguaje davidsoniana como sus matices pragmáticos al interior de una intelección preocupada por la interacción verbal y por sus aspectos reflexivos: en la medida que los modelos narrativos proveen criterios de expectación acerca de los agentes reconocibles en un sistema (o encuadre, para invocar un término más despojado, quizás) dado, esos criterios revierten sobre los usuarios, emisores y receptores de esos modelos y afectan las pautas de circulación, producción y reproducción de los marcos de interacción ampliados (verbales y no verbales) en los que esos modelos están insertos. Los modos de circulación y reproducción verbal han sido relevados apelando al marco presentado por Ong en torno a las “tecnologías de la palabra” histórica y contextualmente disponibles, que remiten a su vez a espacios amplios de interacción en los que aquellas intervenciones pueden darse. Esto supuso la reconstrucción más detallada de los sistemas de interacción verbal modulados por esas inteligibilidades y expectativas en lo relativo a encuadres y modelos de intervención posibles. O para decirlo de manera más sencilla, lo que nos fue exigido es la profundización de la idea de que *ciertas articulaciones verbales se proponen tanto para asignar y distribuir valores como para específicamente darnos un concepto de “intervención”*; en lo primero la narración es una entre muchas articulaciones, en lo segundo es un modo primigenio de tematizar conscientemente el problema, por lo que de la generalidad de la intervención lingüística hubo de pasarse a una clarificación más precisa de los tipos de intervención narrativamente relevantes.

Eso no es otra cosa que, y constituyó el segundo punto crucial de este capítulo, la estimación más apropiada de los alcances de la teoría del *mythos* y los aspectos más propiamente rituales de la efectuación de la práctica lingüística, tal como Gadamer, Blumenberg, Frye y Ricoeur lo han remarcado insistentemente en distintos trabajos que van desde la hermenéutica y la filosofía de la acción a la teoría literaria. El modelo de lo cognitivo

como un saber formal, teórico, separado de lo “contado” o narrado como un tipo de saber práctico, y ambos en oposición y discontinuidad respecto de trazas de interacción material no verbales o “discretamente” verbales (no articulados discursivamente), se ve contrapuesto aquí a un tipo de visión del lenguaje que sobre el suelo común de un espacio de prácticas compartido permite concebir un ámbito unificado del comportamiento abordable desde distintas “abstracciones” o reducciones teóricas que son las que nos delimitan un horizonte, entre otros, de lo formalizado y determinado conceptualmente que no es categorialmente (aunque si pragmáticamente) distinto de lo figurado o narrado. El espacio amplio, metamorfósico y transfigurador del *mythos*, sus propiedades lúdicas que resisten pero a la vez posibilitan el énfasis en la fijación de sentido y en la reducción conceptual, se tiende como el “suelo nutricio” en el cual el comportamiento verbal continuo se vuelve un tramado denso que en sus límites aborda la idea misma de realidad y la posibilidad formal de volverla inteligible.

Nos encontramos, así, ante dos concepciones de la intervención lingüística narrativa, una que hace depender lo cognitivo de una distinción categorial —y sitúa a la narrativa como una categoría de contraste más bien difusa— y otra que la hace derivar de un *suelo común de prácticas convencionales*. En la primera lo heterónimo, discontinuo, potencialmente solipsista pero correlacionado con estados de hecho de ciertos usos del lenguaje (i.e. lo “cognitivo”) se contrapone al uso autónomo, inmotivado, carente de correlaciones y por ello plenamente solipsista de otros tipos de derivas verbales (i.e. lo “expresivo”, “ficcional”, “estético” o “figurativo”). En la segunda concepción de la intervención, por el contrario, lo verbal y lo no verbal no se oponen, sino que *se regulan en un continuo y adquieren características diferenciales al interior de una misma matriz o marco inclusivo*. En esta última concepción seguimos entonces a Gadamer, Davidson y al modelo antropológico de Walter Ong. A su vez lo cognitivo y lo no cognitivo tampoco se oponen, si hemos de seguir a Gadamer, Blumenberg y Frye (y hasta cierto punto Ricoeur), quienes nos recuerdan que en la base de esa contraposición hay no solo un compromiso con temáticas transidas y exhaustas en torno a lo cognitivo, sino también un seguimiento parcial y unilateral de lo que supone la categoría de contraste (lo expresivo, lo literario, lo ficcional, lo no cognitivo).

Considerado unitariamente como un espacio de intervención lingüística, el ámbito del comportamiento verbal se articula y desarrolla en patrones contextualmente diferenciados, uno de los cuales resulta de especial interés para nosotros aquí, y tiene que ver tanto con las *funciones extendidas de la interacción verbal cuando se propone como asignadora y distribuidora de valores*, como con *la identificación de una idea misma de lo que significa “intervenir”*. La construcción de un “sentido de realidad” en el lenguaje necesita la especificación del concepto mismo de intervención o de lo intervenible, y la asignación y distribución de valores por medio de esas intervenciones lingüísticas. La idea misma de intervención supone agencia y “sistema”, como cierre interpretativo operado hermenéutica y

contextualmente. La narrativa, sabemos desde Frye en adelante, es un modo específico de concebir agencias y sistemas (o “encuadres”) que configuran secuencias distintivas inteligibles según diversos modelos no sólo de la agencia, sino de configuración de los relieves temporales (tiempo del *chronos*, tiempo del *kairós*, en términos de Kermode). Agencia, entorno, temporalidad, las propuestas expresadas en el comportamiento verbal suponen diversos modos de circulación, y diversas perspectivas o posicionamientos ante los marcos en que se producen y se hacen circular. La temporalidad así vista es más que nada una propuesta de comprensión de la producción y reproducción del horizonte de lo social, esto es, una *prefiguración de lo social*. Intervención lingüística y prefiguración de lo social son así los dos tramos fundamentales del *patrón narrativo* de configuración de una realidad compartida.

*Como patrón diferenciado de asignación de valores en torno a criterios de intervención y prefiguración de lo social, se arbitran en la narrativa modelos de la intervención y modelos de asignación de valores por medio de intervenciones lingüísticas distintivas, pero donde la distinción no se deriva de la postulación de una diferencia categorial sino de la reconstrucción contextual de los espacios de prácticas que han configurado su deriva efectiva.*

La consideración apropiada de ese patrón narrativo nos entrega una teoría ampliada del *mythos* preocupada en particular por delimitar un sentido relevante de la intervención lingüística en el presente y un criterio de asignación de valores que delimite una “realidad” para el horizonte de la reproducción y prefiguración de lo social. El gran mérito de la teoría del *mythos* de Frye —en consonancia con la constelación autoral conformada por von Wright, Ong, Gadamer y Blumenberg— reside en haber esquematizado hasta cierto punto los alcances programáticos de los distintos modos de tramar, de manera que las extensiones y alcances de los modos cómicos, trágicos, satíricos o románticos no se limitan a plasmar compromisos “estéticos” derivados de tradiciones representacionales históricamente delimitadas. Por el contrario, *expresan y sancionan modos de concebir la intervención, modos de postular los agentes en concordancia con lo anterior y formas de modular los modos de producción y circulación-recepción de esos tinglados narrativos inscriptos temporalmente*, de manera que en la puesta en acto de un tramado determinado se están traficando y sometiendo a valoración criterios de agencia, criterios de asignación sustantiva de valores y criterios de inclusión e inserción del tramado en un conjunto reconocible de prácticas que lo anteceden y ante el cual presenta una propuesta —de continuidad, de modificación, de ruptura, etc.—. La manera en que agencia, intervención, narración y prefiguración de lo social se inter-constituyen no remite a un escenario “idealista lingüístico” sino que permite indagar en el cúmulo de compromisos puestos en acto en la delimitación de un sentido de realidad ante el cual los símbolos son invocados productivamente, indagación para la cual la teoría ampliada del *mythos* nos propone orientaciones sumamente fértiles.

*La teoría ampliada del «mythos» resulta entonces un detallado programa de estudio de las modalidades concretas de la intervención lingüística, ya que atiende a las formas narrativas de inserción verbal en un determinado modo de producción y circulación de lo simbólico, formas que prejuzgan, inciden y trafican atribuciones específicas en torno a los valores concedidos a los símbolos, a los agentes mentados por esos símbolos y a las formas de entender el horizonte de intervención postulado por los mismos, tal como se instancia en esos agentes. Como modalidad primordial para entender la receptividad de estos núcleos de sentido, la narración como «mythos» ampliado nos presenta entonces orientaciones valiosas para entender la prefiguración lingüística de lo social al interior del horizonte de la intervención e interacción verbal continua.*



## 7- Ciclo tropológico y políticas del lenguaje: metáfora, incumbencia e ironía

El presente capítulo se estructura en torno a dos cuestiones: primero, la necesidad de *comprender el carácter cíclico de la tropología* como conjunto de operadores funcionales aplicados al devenir de campos semánticos insertos en prácticas verbales extendidas, si es que hemos de explotar a fondo las potencialidades del instrumento teórico invocado. Segundo, el reenvío de lo tropológico a un conjunto de prácticas ubicuas, lo cual permite interpretar en qué sentido *las políticas del lenguaje se vinculan con la extensión de la teoría del mythos* que implicó el capítulo anterior. Informado tropológicamente, el espacio del darse las palabras remite menos a una lógica de atribución del sentido eventualmente formalizable, o a una re-expresión parasitaria de un contenido dado históricamente, que a una recuperación de un conjunto de orientaciones que permiten de manera provechosa interpretar las prácticas con independencia de sus contenidos mentados.

En este capítulo partimos de donde nos dejó el precedente: la delimitación de un sentido de lo real es *también* parte del complejo tráfico de intervenciones lingüísticas que interrelacionan ideaciones del pasado en común y estimaciones de los horizontes de factibilidad del presente compartido. En el detalle de esa interrelación la *inteligencia narrativa* cobra primordial relevancia. Es ese tipo específico de intervención lingüística narrativa la que incide en ambos planos a la vez —el de las ideaciones del pasado y el de los horizontes de factibilidad—, a través de procesos de inter-constitución aún por detallar —pero que hemos visto se instancian narrativamente—. La constitución de una gramática histórica va de la mano de la constitución de la gramática *tout court*, y en ese proceso para el narrativista no tiene ningún sentido intentar articular reglas de determinación que digan qué antecede a qué otra cosa —entre otros motivos porque al haber naturalizado y convencionalizado los tipos de intervención no tiene que arbitrar entre tipos de intervención disyuntos categorialmente a los cuales relacionar—. La relación de esa gramática con otras gramáticas procede siguiendo la ontología del lenguaje davidsoniana que ya hemos desarrollado. En un espacio común orientado caritativamente a la medición de los sesgos divergentes contra un trasfondo compartido, y consistiendo el comportamiento continuo en la trabazón y revisión o ajuste constante de tinglados de creencias holísticamente relacionados, marcar el carácter instrumental y político de la constitución de las creencias acerca del pasado apenas sí puede resultar problemático.

Si nos abstenemos de expandir artificialmente el horizonte teleológico del empleo del lenguaje, de manera que evadimos la conformación de una suerte de *instrumento-lenguaje*, es obvio que *cualquier* intervención lingüística reviste un carácter instrumental y la exhibición de ese carácter no debería presentar mayores desafíos. El problema no es la instrumentalidad sino el hecho de que la misma es mostrada, por ejemplo en las críticas anti-narrativistas a White, al

interior de un juego de determinaciones con características que ya hemos mencionado: escisión categorial entre tipos de intervención, regulación normativa del referente, unitarismo reductivo de los vocabularios, inmotivación del ámbito de la expresividad, todo ello con vistas a darle lugar a una particular concepción de lo cognitivo como lo heterónomamente correlacionado —y por ello, dada la correlación, poco presta a la “manipulación instrumental”, entendida esta en un sentido negativo—. Este juego conduce al anti-narrativista en la dirección de sostener que si la intervención lingüística está *orientada hacia su referente* (vg. “cognición”) su contribución en términos del vocabulario de lo social debería ser mínima o accesoria (reductibilidad de los vocabularios, heteronomía del hecho lingüístico, normatividad del referente), y si no lo está (vg. “expresión” y demás términos contrapuestos a lo cognitivo en el sentido antes expuesto), entonces es su contribución cognitiva la que resulta irrelevante o derivativa (inmotivación, autonomía de lo lingüístico, *expresividad*). En este sentido la ponderación de lo cognitivo e histórico como “ficcional” se inserta en este juego de dicotomías, resaltando entonces que su carácter instrumental, a la luz de su nula contribución cognitiva, debería generar todo tipo de suspicacias. Esto nos entrega, implícitamente, un concepto restringido de las potencialidades del espacio narrativo, cuestión que el crítico del narrativismo suele dar por supuesta.

Por el contrario lo que interesa al interior del horizonte teórico narrativista es *ampliar el espacio narrativo para mostrar sus consecuencias ontológicas, epistémicas y políticas*, exhibiendo la manera en que los modelos de trama trafican visiones de lo social, de la intervención posible y de las modalidades presupuestas para la interacción lingüística misma, así como también entregan criterios mínimos de identificación, agregación, secuenciación y clasificación de dominios. El vocabulario del análisis de trama (el léxico que se deriva del seguimiento de los *mythos* como principios recurrentes de disposición de elementos verbales en contextos lingüísticos específicos) resulta así sumamente inclusivo y consistente a la vez con las elucidaciones precedentes en torno a la ontología depurada del lenguaje y con las consideraciones previas acerca de las modalidades de intervención e interacción verbal. Aquí nos resultan de especial interés las extensiones hermenéuticas provistas por Gadamer, así como también el paneo sistemático sobre esta cuestión realizado por la teoría literaria de Frye.

En este marco la interacción verbal narrativa resulta de primordial interés para establecer las maneras en que ritualmente se arbitra un sentido de la realidad (en este caso de la realidad del pasado en común) y se sanciona, valida o corroe un patrón de producción y reproducción de lo social. Pero el análisis de aquella interacción no se limita a establecer la existencia de visiones oficiales o críticas de determinados procesos o eventos, y tampoco se compromete con la estabilidad o la inestabilidad *a priori* de un marco discursivo dado. Mostrar el carácter de *actividad ligada* de la narrativa (Ricoeur) y su entremezclamiento de planos no equivale a reducir el movimiento teórico a una mera sanción acrítica de lo que hay o a un vacío criticismo de lo existente a la luz de determinada idealidad no especificada —y también

acríticamente sostenida-. La ampliación del *mythos* no redundará en absoluto en una serie de consideraciones *whig*, sino que al contrario, intenta establecer lineamientos básicos para la comparabilidad y comprensión de los dispositivos verbales empleados y para la apreciación de los trasfondos motivacionales que inciden en los tipos de intervenciones lingüísticas que sean el caso. Recalcar su instrumentalidad es lo menos interesante. Lo más relevante consiste en mostrar el modo en que opera y las extensiones a las que conduce su misma operatividad.

Esa operatividad resulta informada por el carácter tropológico del lenguaje ordinario, y aquí, siguiendo primordialmente a Frye y –parcialmente- al mismo White, es necesario adentrarse en las discusiones teóricas en torno a la metáfora (y éste es, ciertamente, sólo el *leading case* de la tropología). Entonces, si hemos de reconstruir el devenir mismo de la práctica narrativa extendida (a la luz de la teoría ampliada del *mythos*), en el marco de una ontología depurada del lenguaje (a la luz de la teoría davidsoniana del lenguaje), habremos de contestar también nuestra tercera pregunta-guía: **¿qué son los tropos?** De acuerdo a la respuesta que obtengamos para la misma se delinearán un tramado consistente que permitirá comprender la aportación específica de los vehículos narrativos en el ámbito de la prefiguración de lo social y en el continuo del comportamiento verbal y no verbal. Como tipo de deriva y de intervención verbal tropológicamente informada el horizonte narrativo permite contemplar algunos aspectos de la reproducción de lo social en el marco de una auténtica *consideración política del lenguaje*. Que el horizonte de la tropología está estrechamente vinculado a una consideración política de la práctica lingüística es algo que ya sabemos desde el capítulo dos, en la medida en que Hayden White nos ha provisto una visión de la forma en que el discurso de la historia, tropológicamente intervenido, cumple una función *ritual* de primer orden. Lo que en aquel entonces no nos satisfacía era el *modo* en que se suponía operaban los tropos. Ahora podemos reconstruir otro tipo de operatividad para la tropología, en el marco de las consideraciones a las que me he abocado en los dos capítulos precedentes. En la primera sección me dedicaré al aspecto cíclico de la tropología, a delimitar en qué sentido preciso se orienta esa supuesta “ciclicidad”. En la segunda sección me abocaré a las consecuencias prácticas de la visión adquirida precedentemente en torno *a la vida y la muerte de las palabras en el lenguaje ordinario* (o más modestamente y con menos ínfulas, las consecuencias sociales del carácter tropológico del lenguaje). En la tercera sección analizaré el registro retrogradado al que conduce la obra teórica de Frank Ankersmit, como un tipo de comprensión peculiar de la tropología, que partiendo de su admitida deuda con la filosofía danteana del lenguaje y la representación, arriba a una comprensión notoriamente limitada de lo tropológico, lo cual lo conduce en la dirección de nuevas e irresolubles aporías. El recorrido es, ciertamente, instructivo para mis propósitos en la presente investigación. Por último, en la cuarta sección, recapitularé el importante sentido en el cual la información tropológica de nuestro lenguaje ordinario contribuye a configurar nuestras intervenciones lingüísticas en el marco del lenguaje como espacio de prácticas

intersubjetivamente validado en un entorno compartido. Una vez hecho esto será posible emprender en el próximo, y último, capítulo de esta investigación, una consideración conjunta de estos tres capítulos, de modo que una perspectiva unificada en torno al lenguaje, la narración y los tropos nos permita una comprensión en otros términos de lo inicial y fructíferamente señalado por Hayden White de *Metahistoria* en adelante.

#### a) *Ciclo tropológico: metáfora, ironía y campos semánticos*

Hay dos autores que resultan fundamentales, en el marco de esta investigación, en lo relativo a la comprensión del lugar de la metáfora y de la tropología en el marco del comportamiento verbal y la inteligencia narrativa: Ricoeur y Frye. Ciertamente el repudio de la tropología *en virtud de su carácter de sistema* por parte del primero, debería advertirnos acerca de un diferendo esencial entre ambos, pero hay un punto en el cual ambos convergen: la atestación del poder y del alcance del fenómeno tropológico. Ya he reconstruido en el capítulo primero (sección d) el trasfondo amplio en el cual se insertan ambos recorridos. Cuando la metáfora, la retórica y la tropología se apartan de la consideración canónica que las ata al modelo del "significado propio" de términos o palabras aisladas, las cuales permutan y transfieren asociaciones en virtud de variaciones y elecciones estilísticas, cuando se abandona el modelo de la desviación, del préstamo lexical o de la idea de sustitución, cuando la teoría de la metáfora se aparta de la noción de un significado asociado que puede ser parafraseado exhaustivamente en términos literales, lo que se está abandonando es un entero cuerpo de consideraciones que limitan lo tropológico a lo no-cognitivo, al uso decorativo u ornamental del lenguaje, a la performatividad del lenguaje en el marco del intercambio parasitario de significaciones "naturales" (Ricoeur, 1977, de aquí en más referido como MV; 51-52).

En ese *canon* a ser descartado prima una consideración atomista del lenguaje como conglomerado de palabras portadoras de significados naturales, en la cual los enunciados del lenguaje ordinario son la mera concatenación y combinación de las unidades léxicas que los componen. Un ejemplo paradigmático de esta visión, para Ricoeur, es el de Pierre Fontanier quien en *Les Figures du discours* (1830) considera a los tropos como "ciertos significados más o menos diferentes de los significados primitivos, que exhiben las palabras cuando son aplicadas a nuevas ideas en el curso de la expresión del pensamiento" (Fontanier, citado en MV, 54). En esta visión la teoría de los tropos meramente muestra las combinaciones posibles de significaciones secundarias que expresan "ideas", pero "hablar de ideas y de palabras es hablar doblemente de ideas: una vez como «ideas en sí mismas» y la otra como «representadas por palabras»" (ibíd.; 55). Vemos aquí una conexión primaria entre la concepción representacionista del lenguaje, el potencial solipsista y restringido de una visión de la práctica lingüística asentada sobre ideas en tanto que "objetos que nuestra mente observa" (ibídem.) y una idea parasitaria de la tropología atada a la maniobra marginal en los procesos "naturales"

de significación a partir de átomos léxicos. “El significado literal es aquel que es transmitido por palabras (...) de acuerdo con la forma en que son aceptadas en el uso común” (ibíd.; 57). Por el contrario “el significado espiritual, el significado desviado o figurativo de un grupo de palabras, es aquel que el significado literal genera en el espíritu por medio de las circunstancias del discurso” (ibídem.). Aquí se conecta la teoría parasitaria y lexical con la idea de *desviación* en el uso de palabras.

Sin embargo hay un paso progresivo en esta teoría canónica: ata la noción de tropo a la de *figura* (figuras del discurso), siendo la noción de figura capaz de “pasar” del nivel lexical al del enunciado y aún más allá, en la dirección del discurso como unidad de significación extendida. La característica genérica de la *figura* es que permite una inferencia procesual a partir de lo que parece un mero análisis objetual (de enunciados), y habilita un sendero orientado a la articulación de los saltos y brechas en los horizontes de expectativas de los hablantes, en el marco de una consideración de la pragmática del lenguaje ordinario. Una base para la Nota 13 de White está aquí *in nuce*, pero aún sigue atada a la noción decorativa de lo figurativo, la idea de que es “expresiva” o que es una manera de tratar verbalmente “sentimientos y pasiones”. Ciertamente en Fontanier la unidad de análisis sigue siendo la palabra, por lo que la noción figurativa de los tropos aún no se traduce en resultados promisorios; pero al menos introduce una consideración procesual relevante: los tropos “ocurren” (ibíd.; 63), son *eventos en la vida del lenguaje*, una innovación semántica. Esto permite una recuperación del sentido clásico aristotélico de la retórica misma: “La metáfora es la aplicación del nombre de una cosa a otra por medio de la transferencia (transposición)” (*Poética*, 1457 b 6-9). La expresividad del lenguaje es recuperada por medio de la idea del *movimiento*, *la transferencia*, *la transposición (epiphora)*. Que la transferencia fuera vista posteriormente (a partir de indicaciones del mismo Aristóteles) como aquello que se da entre nombres o sustantivos (*onoma*) fue algo que perjudicó a la tropología por siglos, pero en principio la metáfora es algo que *sucede* y es definido en términos de *movimiento* (MV; 17). Ese movimiento apunta a cubrir un “vacío semántico” por medio de desviaciones y préstamos, que transfieren el significado corriente (*kurion*) de un término a otro. De allí el contraste entre el sentido propio y el figurado, entre lo “propio” de los términos y aquello que es un “préstamo” instanciado en una *figura*. La clave de lo figurativo es lo inmotivado, se nos dice en esta visión, el hecho de ser una significación secundaria que se superpone a un vacío primitivo u original, una brecha semántica que hay que salvar. Reconducir la noción de *figura* en la dirección de lo motivado y lo originario, en el sentido de lo intersubjetivamente constituido, retejiendo el escenario esencialista de la significación primitiva hasta disolverlo, es parte de la tarea de la tropología contemporánea. Pero antes aún de abordar tal tarea, ha de enfrentarse a una última consecuencia del modelo clásico de la transferencia ornamental: el hecho evidente de que tal movimiento al ser “meramente expresivo”, emplea significaciones primarias portadoras de su propio contenido en

nuevos contextos, en la forma de usos “desviados” que pueden ser reconstruidos y son eminentemente reversibles. De allí que la idea de la metáfora como *sustitución* deriva en un paradigma no-cognitivo de la transferencia realizada: “si el término metafórico es realmente un término sustituto, no provee nueva información, desde el momento en que el término ausente (si es que existe) puede ser traído de vuelta; y si no hay transmisión de información, entonces la metáfora solo tiene un valor ornamental, decorativo” (ibíd.; 21).

La sustitución es así, en esta visión “canónica”, una predicación desviada, distorsiva, aberrante, que puede ser abordada retrospectivamente y revertida exhaustivamente. La distorsión se aplica a la transferencia de valencias en el marco de géneros y especies constituidas. La pregunta entonces es de dónde provienen, cómo se articulan y se instancian lingüísticamente, esos géneros y especies. Esto es, el abordaje canónico de la metáfora requiere la idea de un *lenguaje ya constituido, en el marco del cual opera la metáfora*. Lo “raro” se deriva de lo “ordinario”, lo “figurativo” de lo “propio”, pero ésta no es una explicación de la práctica lingüística ordinaria, del movimiento asociado al empleo de términos, la generación de nuevas valencias, la modificación de los contextos. Es simplemente tomar por “dado” un marco y luego proceder a una “explicación” que *supone lo que tiene que explicar*. Comprender el impulso que establece las significaciones propias y los usos ordinarios es parte del mismo trabajo de comprensión de lo impropio, lo figurativo, lo desviado. La teoría de la metáfora se propone por lo tanto para comprender cómo se *constituye el uso del lenguaje*, por lo que apelar a la constitución misma del lenguaje para explicar derivativamente el trabajo de la metáfora es invertir la carga de la prueba y nos expone a una teoría parasitaria de la metáfora, sobre la base de unas cuantas distinciones tomadas como dadas. Ahora bien

“la idea de un impulso metafórico inicial destruye esas oposiciones entre lo propio y lo figurado, lo ordinario y lo extraño, el orden y la transgresión. Sugiere la idea de que el orden mismo procede de la constitución metafórica de campos semánticos, los cuales dan lugar a los géneros y especies”. (MV; 24)

De ahora en más la suerte de la metáfora y la de la práctica lingüística ordinaria entran en relación con esta noción de “campos semánticos”, campos de asociaciones que remiten a un espacio de movimientos y transferencias procesualmente inscriptos. Esas asociaciones se despliegan en el marco de lo aceptado y compartido en el espacio en cuestión y de aquello que constituye una búsqueda de nuevas asociaciones, nuevas valencias. En este sentido es afortunado que *un tropo sea algo que ocurre, un evento, un tipo de intervención que puede ser retrospectivamente analizado como intervención en un punto de un sistema o encuadre de valencias asociadas*. La tropología se propone así como un modo de encuadrar una *dinámica de las transferencias entre campos semánticos* (ibíd.; 63), en la cual los agentes intervienen verbalmente modificando, validando o prolongando modos de distribuir significaciones asociadas al empleo de marcas y sonidos previamente acordados intersubjetivamente. La pregunta no obstante puede resurgir y extenderse a las variaciones en las relaciones entre

campos semánticos: ¿qué es lo que constituye el impulso a “metaforizar”, a incurrir en eventos e intervenciones tales? La teoría de las “ideas” de Fontanier distinguía entre la predicación forzada, en virtud de una idea en la mente que no tenía signos asociados, y la predicación “libre”, que presenta dos ideas que ya cuentan con expresiones sígnicas asociadas. En un caso, el forzado, se trata de *catacresis, un mal uso deliberado como parte del proceso de extensión de significado*. En el otro, el uso “libre”, la metáfora propiamente figurativa remite a “causas propiamente generativas: imaginación, espíritu, pasión” (ibíd.; 73). El uso libre es así el borde vivo del lenguaje, ante el proceso de repetición, la fijación estandarizada, la “literalización” de las metáforas precedentes.

Cuando la metáfora es vista de este modo nos encontramos ante una paradoja que se presenta paradigmáticamente en teorías como las de Lakoff y Johnson: la metáfora es un proceso tan ubicuo y generalizado, que se despliega en el trasfondo de nuestro sentido de realidad *literalizado*, nuestras consideraciones acerca de lo “propio” y “originario”, y entonces volvemos a encontrarnos con un problema: cómo explicar el cambio y la permanencia en el intercambio de marcas y sonidos. Si “todo” es metáfora, en el sentido de corresponderse con un trasfondo amplio (en el caso de Lakoff y Johnson, una orientación “experiencial” de la metáfora que se imprime en un registro de lo vivido, definido en términos de orientaciones corporales), entendemos muy bien el sentido de continuidad y permanencia en las valencias asociadas al empleo de palabras y enunciados (porqué “sube la inflación” nos parece una expresión comprensible, por más que la inflación no sea un objeto y lo más alto no remita necesariamente a cantidades; la idea es que nuestra orientación física primaria nos brinda un trasfondo de inteligibilidad que “explica” nuestra validación de enunciados tales). *Lo que no entendemos es cómo acontece el cambio en las valencias atribuidas y por qué habríamos de llamar metáfora a todo eso*. “Los precios suben” o “las teorías se derrumban” no pueden ejemplificar el mismo tipo de fenómeno que la comprensión de la multitud en el metro de París en términos de pétalos en ramas húmedas, ennegrecidas. La pervivencia metafórica del trasfondo de significados literales conspira contra la comprensión de la innovación semántica y el obrar “propiamente metafórico” que se aprecia en enunciados como el de Pound.

Una primera lección de todo esto es que una pragmática del lenguaje tropológicamente informada no puede encontrar “metáfora” en todo tipo de contextos, so pena de conducir a la teoría a una *inflación de su dominio de aplicación* que la volvería, justamente, *inaplicable*. La restricción del dominio de lo tropológico exige una comprensión más acabada del contexto en que se despliega. Justamente ésta ha sido la tarea de Ivor Richards (Richards; 1936), quien ha trabajado, en el marco de la así llamada “nueva retórica”, en la dirección de impugnar la visión *standard* en torno a la fijación del significado. Según Richards “la constancia del significado nunca es otra cosa más que la constancia de los contextos. Y esa constancia no es un fenómeno auto-evidente; la estabilidad es lo que debe explicarse” (MV; 89). La estabilidad no es la de

“partes” del discurso o de las palabras. La intervención lingüística se inserta como un modo de interacción que administra gradaciones de estabilidad en las significaciones emitidas. “De acuerdo con esta perspectiva, el lenguaje técnico y el lenguaje poético constituyen los dos extremos de una escala única. Un extremo está ocupado por los significados unívocos anclados en definiciones. En el otro ningún significado se estabiliza por fuera del «movimiento entre significados»” (ibíd.; 90). La metáfora es vista así como un “tráfico entre contextos elididos”, como un punto de intersección entre campos de fuerza recurrentes en la atribución de significados que son puestos en tensión. Se evita con ello la apelación a cualquier noción de significado propio (es más, Richards ataca lo que denomina “la superstición del significado propio”), y se desfigura cualquier distinción rígida entre lo literal y lo metafórico. La maniobra contextual depende, sin embargo, de que podamos precisar en qué consisten precisamente los contextos aludidos.

Precisamente ése es el aporte de Max Black (Black; 1962). La relación entre contextos no se da en virtud de alguna similitud o por analogía. Más bien se establece un foco (*focus*), una significación metafórica que se da en un marco (*frame*), estableciendo una relación entre un vehículo y un tenor que no puede entenderse apelando a las sub-analizadas nociones de analogía o similitud. De hecho éstas se basan en la idea de “comparación” tal como se despliega en el modelo de la correspondencia. Por el contrario, en opinión de Black, la similitud es, más bien, una noción vaga que debe ser abandonada como fundamento de la metáfora. Ricoeur ve en ello el signo de la destrucción misma de cualquier consideración de la tropología como sistema cuaternario (MV; 100), esto es, como una taxonomía de formas reguladas por cierta necesidad conceptual –pero estimo que no dice nada en tanto la tropología no implique tal necesidad; volveré sobre esto más adelante-. La práctica de una metaforicidad como interacción entre contextos estipula que “no hay, en general, ningún fundamento para los necesarios cambios de significados” (Black, *op.cit.*; 45). Se trata más bien de una matriz de relaciones que configuran un “sistema de lugares comunes asociados” (ibíd.; 40), que se añade a los usos literales gobernados por reglas sintácticas y semánticas, matriz que conforma un “sistema de implicaciones” que se presta a una invocación más o menos libre. Las metáforas *asocian lugares comunes*, organizan la mirada de los hablantes respecto de esos tópicos compartidos. Black reconoce que la idea de estos lugares comunes asociados vuelve a presuponer “connotaciones ya establecidas”: las metáforas “pueden sostenerse por medio de sistemas de implicaciones especialmente erigidos, tanto como por lugares comunes aceptados” (ibíd.; 43). Pero entonces la “emergencia metafórica permanece tan enigmática como antes” (Ricoeur, *op.cit.*; 102), o es tributaria de una visión de la misma como una “innovación semántica sin ningún *status* en el lenguaje como algo ya establecido” (ibíd.; 114). Pero más allá de estas opacidades e irresoluciones, con Richards y Black se ha dado un paso fundamental: se ha visto a la metáfora como un proceso de interacción, un giro, torsión o tensión establecido pragmáticamente en una



situación dada. No sabemos aún el porqué de tal giro, pero sí sabemos lo que está implicado en él. No se trata por tanto de seguir remitiendo a “significados” o “semejanzas” en la base misma de la noción de metáfora.

De lo que se trata, más bien, es de vincular a la metáfora como un *evento*, como un *tipo de atribución que se da en un marco de interacción que genera nuevas vinculaciones entre contextos previos, en el marco de una pragmática determinada del lenguaje*. “Entonces, y sólo entonces, el *giro* metafórico es a la vez un evento y un significado, un evento que significa, un sentido emergente creado por el lenguaje” (ibídem.). Ese giro se da en un marco regulado por la vaguedad y la polisemia de los términos, un punto que resulta fundamental en la semántica de Stephen Ullmann que Ricoeur recupera en *La metáfora viva*. Esa vaguedad y polisemia alcanzan para dificultar cualquier organización sistemática del lenguaje. “El fenómeno central de la semántica descriptiva es la polisemia”, la cual “no es un fenómeno patológico sino un rasgo saludable de nuestro lenguaje” en la medida en que “un lenguaje sin polisemia violaría el principio de economía, ya que extendería su vocabulario infinitamente” (ibíd.; 134). Por el contrario necesitamos un sistema lexical económico, flexible que se adapte al espectro de experiencias posibles.

“Es la tarea de los contextos examinar cuidadosamente las variaciones de significados apropiados y, con la ayuda de términos polisémicos, idear discursos que sean vistos como relativamente unívocos —esto es, dando lugar tan sólo a una interpretación, aquella que el hablante pretendió dar a sus palabras” (ibídem.).

En esos contextos se asienta el tráfico acumulativo de la metáfora, en tanto pone en relación implícita consideraciones no necesariamente consistentes o plenamente coherentes entre sí. El peso de las asociaciones polisémicas y las variaciones contextuales inherentes a ellas permiten comprender el tránsito propio de lo metafórico: como interacción entre contextos, la metáfora es una vinculación inesperada, en la cual “cuanto mayor la distancia entre tenor y vehículo, y cuanto más inesperada la combinación, tanto más poderosa y sorprendente es la metáfora” (ibíd.; 139). El lenguaje ordinario se nutre por tanto de estos juegos a la sensibilidad contextual, la plurivocidad, la mutabilidad y confiere a la polisemia un papel fundamental. Pero de hecho “lo que llamamos polisemia no es más que la suma institucionalizada, por así decirlo, de esos valores contextuales, siempre instantáneos, continuamente aptos para enriquecerse, para desaparecer, en suma, sin permanencia, sin valor constante” (Benveniste, en ibíd.; 152).

La polisemia es así una condición necesaria, pero no suficiente, del surgimiento de la metáfora. La estructura abierta del lenguaje ordinario, del sistema o encuadre lexical, con sus restricciones de economía y flexibilidad, habilita el espacio lógico en el cual la práctica metafórica o el evento metafórico como tal puede ocurrir. Pero esa práctica surge como respuesta a una triple tensión, una triple interacción resultado de la relación entre términos, entre interpretaciones y entre atestaciones implicadas por la metáfora en su orientación

referencial (ibíd.; 353). Esta última tensión es fundamental, y marca el “poder” de la metáfora y la importancia que anida en su empleo. La metáfora funciona en una doble dirección referencial. Por un lado se orienta al campo de lo conocido, aquello que los predicados considerados en su sentido establecido convienen. Por el otro se relaciona “con un campo referencial para el cual no hay una caracterización directa, para el cual somos por tanto incapaces de realizar descripciones que identifiquen por medio de predicados apropiados” (ibídem.). Como hemos visto en el capítulo precedente esa “doble remisión” es lo que lleva a Ricoeur a hablar de una “referencia dividida”, una que se da en términos ordinarios, cuando el lenguaje es empleado literalmente, y otra que se articula poéticamente, y que pone en cuestión a la primera. La utilidad de esta duplicación parecía derivarse de una lectura restringida y empobrecedora de la teoría literaria de Frye, teniendo al discurso literario como “centrípeto” (ibíd.; 266-267) y a la teoría de Frye misma como dirigida a la abolición del postulado ontológico de la referencia (ibíd.; 352 y 359-361). Por el contrario, en Ricoeur “la predicación y la referencia se prestan apoyo recíproco” (ibíd.; 352), en el sentido de que “debe haber alguna cosa para que pueda decirse [algo] sobre ella” (ibíd.; 360). Esta proposición, según Ricoeur, “vuelve a la realidad la categoría final a partir de la cual la totalidad del lenguaje puede ser pensada” (ibídem.). El lenguaje es visto así como

“un interjuego de atracciones y repulsiones que incesantemente promueve la interacción e intersección de dominios cuyos núcleos organizadores están descentrados recíprocamente; y este interjuego nunca puede descansar en el absoluto conocimiento que subsumiría todas las tensiones” (ibíd.; 357).

Pero probablemente la necesidad de tal “doble referencia” sea un añadido innecesario a la visión del interjuego “de atracciones y repulsiones”. Tal doble referencia sólo puede sustentarse en el carácter disyunto y categorialmente impar de los géneros de expresión instanciados narrativa y “literariamente”, pero es esa restricción la que encontrábamos inútil en el capítulo precedente. La atracción y la repulsión lo es, por tanto, al interior de un encuadre de creencias que arbitra relaciones entre nociones centrales y nociones periféricas que son puestas conjeturalmente en relación, cuando son vistas “novedosamente”, y que son vinculadas “rutinariamente”, o ritualmente cuando su significación no se encuentra disputada o bajo análisis. Como vimos en el capítulo anterior, al leer como una empresa “sistemática” a la tropología, Ricoeur ha tendido a homologarla a los enfoques semióticos restrictivos del tipo de los de Greimas o Bremond, y ha configurado así una confrontación estéril entre la inteligibilidad propiamente narrativa que él encuentra instanciada en el modelo mimético que expresa la riqueza de los “interjuegos” tal como los venimos viendo en éste capítulo, y la restricción sistemática de los modelos formales. Para él es fundamental aseverar que

“el lenguaje ordinario no puede y no debe funcionar de acuerdo con el modelo de los lenguajes ideales construidos por los lógicos y los matemáticos. La variabilidad de los valores semánticos, su sensibilidad a los contextos y el irreductible carácter polisémico de los términos lexicales (...) son las condiciones fructíferas y permanentes que garantizan el funcionamiento del lenguaje ordinario” (ibíd.; 380).

Pero la pregunta es si el rescate de esa variabilidad irreductible debe hacerse en el nombre de una visión tan limitada del expediente tropológico, o si por el contrario es tal expediente el que permite una mejor comprensión de esa irreductibilidad. El punto nodal del desacuerdo parece ser el carácter interrelacionado de los tropos, que la crítica ha tendido a resaltar desde la visionaria obra de Vico en adelante, y que Ricoeur ha leído en una clave “logicista”, “sistematizadora” y “reductiva”. Pero otra visión de ese tramado de relaciones es posible, y se deriva de la apropiación no sólo del enfoque cuaternario de Frye, que ya he desarrollado antes en esta investigación, sino también de ciertos aspectos que hacen a la noción de metáfora tal como la presenta Donald Davidson y el lugar cultural de la ironía tal como la presenta Richard Rorty.

Vayamos entonces a lo primero, el ciclo tropológico en Northrop Frye. Como ávido lector de Vico, Frye estaba interesado en obtener una visión del grado de inteligibilidad mutua y poder de comunicación de las diversas y plurales formas de la creatividad humana. Su propuesta apuntaba a mostrar la posibilidad de concebir una visión de los distintos tipos de encuadres más o menos traducibles, de manera tal que pueda ser posible presentar en términos unificados ese variado dominio. En Vico encontramos el ciclo de *corsi e ricorsi* como una compleja teoría sobre la evolución de la cultura, a la que identificaba como una secuencia repetida que pasaba de la expresión poética a la heroica o noble, y de allí a la vulgar. En esta teorización encontramos que según Vico en la fase poética “sujeto y objeto no están claramente separados y existen formas de energía comunes a ambos, la expresión controlada y articulada de las palabras puede tener repercusiones en el orden natural” (Frye, 1988; 30); el pensamiento mágico y la configuración de un régimen de intensidad física asociada a lo verbal son característicos de esta fase. Por el contrario en la fase “heroica” sujeto y objeto se escinden, surgen la abstracción y las formas reflexivas, que se articulan en las formas lógicas, y la base de la expresión “deja de ser metafórica, con su sentido de identidad de la vida o el poder (...) para transformarse en una relación metonímica” (ibíd.; 32). La expresión es controlada por su remisión a redes de implicaciones, a tinglados causales (cuya naturaleza es esencialmente metonímica, recuerdo), en la forma de “secuencias verbales bien construidas” que “parecen poseer un poder intrínseco de consentimiento obligatorio” (ibíd.; 33). Donde el procedimiento metafórico entrega visiones de ciertas entidades en términos de otras (*esto-es-como-aquello*), donde ese procedimiento anuda constelaciones de identificaciones-equiparaciones, discontinuas entre sí, casi meramente epigramáticas o configuradas en el modo fragmentario y disperso del verso o el refrán, el procedimiento metonímico se postula como uno capaz de ir hilvanando las constelaciones epigramáticas en el modo continuo de la prosa.

“En la prosa continuada, si A y B parecen contradecirse se pueden insertar formulas verbales intermedias, o volver a redactarlas en forma de comentario, de manera tal que A «concilie» con B; si escribimos suficientes frases intermedias, cualquier afirmación puede, finalmente, conciliarse con cualquier otra” (ibíd.; 35).

La cadena puede extenderse tanto como resulte operativo hacerlo, en pos de conciliar cuerpos de identificaciones que pueden ser tan contradictorios como los refranes y “saberes compartidos” pueden serlo (“al que madruga...” y “no por mucho madrugar...”). Esta constitución de una secuencia de saberes vinculados inferencialmente entre sí podía generar la sensación de un “encierrro” o ahogo en la red de los comentarios e interposiciones metonímicas. Finalmente se genera un impulso a la “clara separación entre sujeto y objeto, en la cual el sujeto se expone en la experiencia de los sentidos al impacto de un mundo objetivo” (ibíd.; 37), que pone en entredicho los extremos conceptuales y definicionales de la segunda etapa, y se dirige en pos de un uso pretendidamente “descriptivo” del lenguaje: en esta visión “las palabras son los servomecanismos de la reflexión”, y se tienden entre el mundo y la mente, mediando entre ellos (ibídem.). En este proceso, según Frye,

“las etapas metafórica y metonímica de la lengua han sido dejadas de lado en gran medida a causa de las obvias limitaciones que imponían a la mente humana. Pero parece estar claro que la etapa descriptiva también tiene sus limitaciones, en un mundo en que la distinción de esa etapa entre sujeto y objeto a menudo no sirve. No se trata de abandonar el lenguaje descriptivo, sino solamente de relacionarlo con un espectro más amplio de expresión verbal” (ibíd.; 41).

El tránsito que lleva, digamos, de un Homero a un Platón y de allí a un Francis Bacon indica una deriva mayormente cultural que encuentra la forma de plasmarse en el uso de las palabras. La corrección o inadecuación de esta lectura de Vico es indiferente aquí. Lo que es relevante es el intento de establecer una lectura integrada de la dinámica de la expresión verbal articulada, un modo de visualizar la manera en que se configuran “vida y realidad en un sistema de relaciones verbales” (ADC; 164), en el marco de un “espectro amplio de expresión verbal”. La idea de Frye es que la metáfora es un procedimiento originario que se inserta en la dinámica de los espectros que he reconstruido en el capítulo cuarto, en el sentido de que de acuerdo al estatuto conferido al símbolo o a la representación (segunda crítica “ética”) se estará exigiendo un tipo de tarea diferencial al “hacer” metafórico. En un extremo de “realismo”, cuando el símbolo es tomado literalmente, la metáfora es una pura *yuxtaposición*. Rostros en una estación de metro y pétalos en una rama negra son yuxtapuestos, sin ninguna cópula, y el efecto de sentido se genera sin aseveración alguna, bajo la forma de una expresión del tipo “A; B”. Pero cuando el símbolo opera en el modo descriptivo, se pretende de la metáfora que establezca algún tipo de comparabilidad sobre la base de la similitud: “A se parece a B”. La metáfora se configura entonces como un evento orientado a la captación de la semejanza, como correlación externa de estados de cosas. Un tercer modo se da “en el nivel formal”, donde los símbolos son concebidos como imágenes, y donde “la metáfora es una analogía de proporción natural”: “A es como B” (ibíd.; 166). Nos estamos alejando del polo “realista”, concreto, situado, de la expresión verbal, desde la pura constatación material de la yuxtaposición de marcas y sonidos, a la articulación de patrones analógicos de comparabilidad que remiten a trasfondos de alusiones compartidas: para los hablantes A puede ser puesto en relación como análogo de B porque se

comparten ciertas significaciones asociadas convencionales para cada término de la comparación.

En cuarto lugar, como “arquetipo”, cuando el símbolo opera apelando a un trasfondo convencional de saberes y valencias asociadas y validadas, la metáfora pretende situarse como una *representación*, un nexo vinculante entre dos imágenes individuales, “cada una de las cuales es el representante específico de una clase o *genus*” (ibídem.). La rosa en el *Paradiso* del Dante, la rosa en las poesías de Yeats y las rosas de los poetas primerizos constituyen en cada caso una alusión y una identificación o instanciación del género de las rosas poéticas, trilladas y profundas, a las que aluden como parte de su procedimiento convencional de significaciones. La rosa es un símbolo arquetípico, recurrente, que es aludido en el marco de una convención semántica. Por último, en su extremo más “idealista”, en el borde espectral de la deriva metafórica, en el límite del símbolo tomado como una orientación hacia sí, la metáfora es más bien una identificación por postulado, en el sentido de que puede aplicarse hipotéticamente a cualquier cosa. La identidad es vista así como algo “opuesto a la semejanza o parecido, y la identidad total no es uniformidad, ni mucho menos monotonía, sino una unidad de varias cosas” (ibíd.; 167). En este extremo se realiza una afirmación de identidad, pero lo identificado siguen siendo dos cosas diferentes. “La metáfora transmite una afirmación explícita, basada en la palabra «es», además de una implícita que la contradice” (Frye, 1991; 111). Es claro que al decir que A es B tenemos una clara conciencia de que para muchos propósitos A no es B. La muerte no es un mar y solo un tonto podría pensar que para todos los fines los rostros de la multitud son pétalos *realmente*. Pero a la vez un tipo de afirmación existencial ha validado la yuxtaposición, y ha autorizado la creencia de que un A y un B son tales que pueden ser yuxtapuestos. *Solo puede ser yuxtapuesto lo que es*. Un tramado metafórico tiene siempre algo de mosaico, de agregación de unidades contiguas. La lucha de la metáfora es así una lucha en pos de la identidad, de la identificación, de la yuxtaposición y, al mismo tiempo, de la irreductible diferencia que abomina del extremo de la identificación por postulado.

El juego de la metáfora se inserta entonces en una doble dirección. Por un lado la *identidad-con* supone una orientación a la identificación de lo uno con lo otro, hasta el límite de que ya no hay sino –una imposible- mismidad. Por el otro la *identidad-como* se orienta en su otro extremo al reconocimiento de la común pertenencia de los individuos a clases. Un Renault es, para muchos propósitos, *como* un Ford, porque para el caso ambos pertenecen a la clase de los autos. Ambas identidades, no obstante, trabajan para frustrarse recíprocamente. Probablemente nadie, excepto “el lunático, el amante y el poeta” (ibíd.; 118), se ha tomado en serio la *identidad-con*, probablemente porque nos asiste “la incapacidad de olvidar que dos personas nunca se convierten realmente en una sola” (ibíd.; 119), y tal vez porque como *éxtasis*, como fusión imposible, como pura presencia en un estuario interior, el procedimiento propone algo que nunca se da en la experiencia, esto es, la posibilidad de simplificar nuestra realidad por

medios puramente lingüísticos. Por otro lado la *identidad-como* se expone a la doble tensión en que por un lado trabaja implícitamente con el rango de clases que justificarían la aseveración, pero la explicitación de ese rango convierte a la *identidad-como* en una metonimia extendida, y una vez enredados en el juego de la remisión a clases y elementos de clases, es la pertenencia, y no la identidad, la orientación fundamental del lenguaje.

Es claro que en muchos sentidos, mayormente concebidos en torno a las ideas oníricas o deseantes de la *identidad-con*, es altamente cuestionable que *A sea como B*, que un Ford *sea realmente como* un Renault en la mente de un coleccionista o amante francófilo de los segundos. El recostarse en un sentido fuerte de identidad, como idealización imposible, y el deslizarse mansamente a la planicie metonímica constituyen las tensiones o dirección internas inevitables en toda metaforicidad. La metáfora como *éxtasis* genera permanentemente *un sentido de urgente contraposición* entre la *identidad-con* postulada y la realidad o la experiencia tal como es percibida, en su permanente remisión a contextos de pertenencia extendidos que difuminan esos éxtasis identitarios.

La importancia de la metáfora en todo esto radica en que, como todo tropo, cumple un rol crucial y, a la vez, ambiguo, de doble faz. Siguiendo el ejemplo antes presentado, la metáfora que pone en relación el campo semántico de la muerte con el del mar, implica una doble operación. Por un lado postula un criterio de equivalencia que es, en sí mismo, ambiguo. La equivalencia semántica tiene como vimos en sus límites, por un lado, la noción lógica de identidad, en que dos entidades terminan siendo reconocidas como la misma, y por el otro la mera yuxtaposición, en la cual es el *fiat* del hablante el que establece la comparabilidad y ese es todo el tramo de intersección que puede encontrarse. Volviendo a los campos semánticos, la identidad en sentido fuerte queda definida como la igualación de dos campos semánticos previamente distinguidos, para los cuales se postula que para todo uso o modo de empleo del campo semántico 1 se verifican las mismas asociaciones y relaciones que en el uso y empleo del campo semántico 2. Siendo así, las entidades de las que trata cada campo resultan ser, entonces, las mismas. Si fuéramos a creer a pies juntillas en la identidad entre muertes y mares nos hallaríamos en la situación de quien acaba de descubrir que Batman es Bruno Díaz, y asociaríamos lo que antes creíamos de la muerte con lo que *en realidad* no es más que una forma de los mares (y de manera perturbadora, lo contrario también sería cierto). Esto nos lleva al terreno de las muertes malolientes, geológicamente formadas y salinas, a las mareas de la muerte y a las potenciales contradicciones que se derivarían de la identificación en sentido estricto, pero ese es otro asunto.

Por el contrario la mera yuxtaposición idealmente tan sólo pone a consideración la intersección de dos campos semánticos en un punto: *éste*. Como tal infunde la posibilidad de una pura cadena signifiante, un *zaum* o lenguaje sin apropiaciones visibles que configura un

horizonte pensable en ciertas prácticas experimentales, pero no mucho más. Entre el *zaum* y la jeringoza, por un lado, y la identidad en sentido lógico llevada al absurdo se encuentra el amplio abanico de las prácticas metafóricas específicas, en el espectro de Frye detallado en esta misma sección –de la yuxtaposición a la identificación por postulado–, que se anudan en racimos en nuestro lenguaje cotidiano y forman también parte de nuestros intentos de reconfigurar un sentido dado de realidad. Que los precios suban, que la producción encuentre cuellos de botellas, que nuestro amor sea ciego y que las teorías se derrumben tienen que ver con ese espectro, en el cual si no tuviéramos metáforas no tendríamos siquiera mundo –como configuración inteligible– en el cual intervenir.

La metáfora se considera entonces como una re-descripción de un ámbito de la realidad bajo una nueva luz informante. Comporta, como tal, una aserción ontológica fuerte, puesto que pretende hacer a la forma en que configuramos el mundo en el que intervenimos. Muertes y mares bajo esta nueva luz modifican nuestra constelación de creencias globales, incidiendo en nuestro comportamiento verbal (la manera en la que hablamos se altera a partir de nuestra nueva idea de la muerte-mar) y en el resto de nuestras interacciones y comportamientos (sean o no verbales). La metáfora puede verse entonces como el punto de incremento del lenguaje, un procedimiento que nos conduce allí donde el resultado de nuestras prácticas ostensivas e inferenciales regladas no pueden llevarnos, precisamente porque mientras el punto de las últimas consiste en comprometerse con una ontología dada, con puntos de intersección ya establecidos entre campos semánticos operativos –por medio de términos acordados y valencias no disputadas–, el punto de la primera reside en la vulnerabilidad de esos compromisos, su ampliación, su puesta en relación con entidades o procesos antes no contemplados.

Precisamente esa es la segunda operación o el segundo aspecto central de la metáfora. No sólo provee una noción de equivalencia que tiende a la identificación (más que a la yuxtaposición, aunque ésta permanezca en el horizonte de la metáfora), sino que también, de manera anidada, *nos habla acerca de lo que hay*. En este sentido se incuba en el uso metafórico del lenguaje un trabajo de pseudo-cuantificación existencial que nos indica las huellas del compromiso ontológico de los usuarios que sean el caso. Si la muerte es un “otro” mar, la metáfora trivialmente nos indica que para los hablantes o emisores es válido que “hay mares”, que “hay muerte” y sobre esa base se valida la comparación. Oculto en el proceso de identificación metafórico hay un proceso de cuantificación que, de manera sumergida, nos revela la profundidad de los compromisos de los emisores. De esta manera en su doble rol (identificador y cuantificador) la metáfora nos habla de la ontología hasta el momento en que interviene (qué campos semánticos que dan cuenta de qué noción de realidad se están tomando para *la puesta en interacción propia de la metáfora*), y de la ontología postulada por la interacción metafórica (que para que sea propiamente metafórica tiene que redundar en un

nuevo uso del lenguaje, que provea *nuevas asociaciones antes no avistadas entre campos semánticos pre-existentes*, de manera de definir un nuevo rango de asociaciones, o un nuevo campo) a partir del momento de la emisión que sea el caso.

La tropología se ve de este modo comprometida metodológicamente con el rastreo de elementos básicos de todo compromiso ontológico, y de hecho la indicación de la teoría tropológica contemporánea, depurada de sus compromisos canónicos y de la herencia de la retórica como ornamento del lenguaje, nos sugiere un interesante punto de partida metodológico para indagar en la ontología presupuesta en las distintas emisiones lingüísticas. La metáfora como identificación-cuantificación a partir de la puesta en relación de campos semánticos previamente disyuntos nos muestra el potencial de crecimiento de un determinado lenguaje o vocabulario o práctica lingüística, y es en ese sentido que la tropología whiteana ha servido como modo de indagar en los compromisos ontológicos (entre otros) que los distintos vocabularios o prácticas historiográficas expresan por medio de un análisis teóricamente informado de la base tropológica de ése (y cualquier otro) lenguaje.

Es en este sentido que la importancia de la estructura cuaternaria propuesta por Vico, seguida por Frye y expresada en *Metahistoria* reside en que nos sugiere una posible y previsible dinámica evolutiva para la interacción de los campos semánticos, al interior de una teoría de los usos discretos o emisiones lingüísticas tal como venimos trabajándolas aquí. La metáfora identifica y cuantifica, marcando o relevando el compromiso para con la existencia de determinados elementos en un dominio reconocido. Ningún lenguaje se limita a eso, y ningún uso se propone meramente para constatar que es el caso que hay lo que el enunciado dice que hay. Como veíamos en el caso de muertes y mares resulta inevitable para los usos lingüísticos posteriores a la metaforización precedente indagar en la estructura (imprevisible, a-teleológica) del cambio propuesto vía vinculación de campos semánticos. ¿Hasta dónde extender la conjetura, la equivalencia, forzando o no el símil? Naturalmente éste es un proceso múltiple. Si las teorías se derrumban, eso supone una metáfora arquitectónica o edilicia. ¿Tienen las teorías ventanas? ¿Planos? ¿Salidas de emergencia? ¿Nominación catastral? La potencialidad de la extensión de las equivalencias metafóricas postuladas es infinita (aun dentro de un vocabulario finito) en virtud de la polisemia asociada a los términos y los campos semánticos en cuestión, y exige un arbitraje que es trabajo de la metonimia postular. La metonimia (*cambio de nombre*) no es otra cosa que el proceso de relevamiento de los contextos de pertenencia apropiados para las entidades que sean el caso. Se trata de un trabajo de explicitación del conjunto de clases a las que puede pertenecer la entidad referida por el término. Cuando se “divisan veinte velas en el horizonte” o cuando “Bush invade Irak” sabemos que hay un conjunto de operaciones anidadas que introducen a los botes en la clase de los objetos con velas o a Bush en el conjunto de estadounidenses que a su vez invaden a un elemento perteneciente al conjunto de las entidades territoriales.



La metáfora revela un nuevo dominio (por sustitución y conjeturas implícitas) que es tarea de la metonimia explorar, postulando extensiones inferenciales sobre la base de la atribución de predicados de *pertenencia e inclusión*. Como dije, la tarea es infinita y postula un virtual agotamiento o rendimiento decreciente: el orden de pertinencia de las clases relevadas se va desvaneciendo a medida que el reconocimiento de los contextos de pertenencia se vuelve más y más excéntrico respecto de los encuadres habituales. Los objetos identificados vía la metáfora (con valores todavía implícitos) se insertan en la ontología precedente vía atribución de pertenencia a clases (explicitación de valores). Cuanto más lejos vayamos en la explicitación probablemente menor sea el conjunto total de asociaciones disponibles básicas para que la comunicación sea exitosa, menor sea el “conjunto de lugares comunes asociados” disponibles en los extremos de la comunicación. “Se divisan obenques en el horizonte” tiene un potencial comunicativo menor que la atribución de velas a los barcos y lo mismo ocurre cuando se menta que los *compatriotas contemporáneos de Whitman* están bombardeando la *tierra de Ur-Nammu*. Aún así lo que en la metáfora permanece como una vaga identificación, carente probablemente de un contenido muy específico, gana en concreción con la metonimia, delineando de otro modo (mucho más potente) un criterio de realidad que ha sido la marca permanente de las intervenciones metonímicas en el lenguaje. La sucesión de patrones de identificación-pertenencia es inevitable en nuestro lenguaje y configura, vía mixtura, intersección y exploración de campos semánticos, las clases de elementos con los que los agentes se comprometen y las clases de clases que revelan por extensión inferencial sus diversos usos lingüísticos.

Este proceso caótico ampliatorio comienza a ordenarse cuando vía procesos de abstracción-representabilidad se opera sinecdóquicamente extrayendo criterios de satisfacción que atraviesan las condiciones disímiles de inserción de los campos semánticos, buscando características comunes que se abstraigan de la marejada de elementos y clases reconocidos hasta allí. Como proceso de brutal integración supone un manotazo de intensionalidad allí donde hasta ahora nos habíamos manejado extensionalmente (o al menos era posible limitarse a ello). Cuando son barbudos los que tocan a nuestra puerta o cuando es la condición obrera *la* condición relevante abstraemos de la totalidad de las clases a las que pertenece un elemento, por medio de un expediente de abstracción-esencialización, *la* clase que representa para determinados fines más acabadamente el conjunto de identificaciones-cuantificaciones-inclusiones y pertenencias con los que veníamos trabajando hasta aquí. Como tal no es más que una respuesta al virtual agotamiento de la extensión metonímica de la primigenia identificación metafórica y nos deja listos para separar “la paja del trigo”. La sinécdoque pone en juego no otra cosa “que el procedimiento de abstracción que está en la base de toda denominación” (MV; 409n).

La ironía es un proceso de ulterior negación de la relevancia ya sea de la totalidad del proceso o bien de la secuencia de extensiones-abstracciones realizadas. Como movimiento de retracción tiene, también, un carácter doble: un carácter "*ultra*"-irónico, que invita a impugnar la totalidad del recorrido y aventurar nuevas identificaciones (vía nuevas metáforas y nuevos sacudones de la ontología previa), y un carácter "*retro*" irónico, que meramente apunta a purgar las metáforas originarias de sus indebidas extensiones metonímicas y sinecdóquicas (volveré sobre esto más adelante, cuando trate el problema de la *metanoia* y el de la *figuralidad*). La utilidad de este proceso viene a cuento de que cuanto más "cargado" se encuentra un campo semántico con entidades con valores asignados, más probable es que haya líneas de tensión, contradicciones e incoherencias que dificulten los ajustes tropológicos en la ontología aceptada —en virtud de la explicitación de valencias en el marco de campos semánticos inherentemente polisémicos—. Este proceso de revisión puede llevarse a cabo, hasta cierto punto, ignorando conexiones relevantes, segmentando el dominio o tabicando incoherencias manifiestas (estableciendo distinciones *ad hoc*) pero llegado cierto punto el sistema se encuentra tan corroído y resulta demasiado *barroco* y recargado como para poder incorporar nuevas identificaciones que permitan incrementar el rango posible de emisiones lingüísticas vinculadas a condiciones siempre cambiantes en entornos compartidos.

La ironía opera como una liberación de lastre que reconfigura el mapa de los campos semánticos que sea el caso, con la ambigüedad antes referida. Puede tener una connotación "progresiva" en la medida que aliente un salto dialéctico hacia nuevas identificaciones, o bien una connotación "regresiva" o "romántica" (si se me permite el *lapsus*) que apunte a simplificar las líneas maestras de una realidad demasiado compleja, en pos de retrotraerla a sus idealizadas condiciones iniciales.

De esta manera la estructura cuaternaria nos provee un tinglado de opciones que habilita la apreciación de manera razonable de la dinámica y evolución de los campos semánticos, la vida y muerte de las palabras en el lenguaje (si lo dijéramos con aires místicos), o mejor dicho, nos permite realizar un seguimiento de las contradicciones y avatares de nuestros compromisos ontológicos siguiendo o tomando como punto de partida metodológico el comportamiento verbal tropológicamente informado de nuestro lenguaje natural. Sin esa estructura mucho del potencial de la tropología whiteana se pierde, o corre el riesgo de verse limitado a una serie de intervenciones puntuales que indagan en comportamientos verbales dispersos, cuando es la sistematicidad o agrupamiento de condiciones y asociaciones que atraviesan los diversos campos semánticos a los que se aplican lo que revela más apropiadamente la potencia del instrumento postulado.

Es sobre esta base que puede recuperarse la concepción concomitante de la metáfora y de la ironía que puede apreciarse en la obra de Richard Rorty (Rorty 1991b y 1993), en particular

a partir de su apropiación de la teoría de la metáfora de Donald Davidson (VEI; 245-261), la cual había meramente mencionado en el capítulo primero, y a la que regreso ahora, prestando especial atención a su rol en el cambio y evolución de las creencias y el vínculo de todo esto con la ironía en el marco de una visión del lenguaje como espacio de prácticas. La metáfora, para Davidson, carece de significado y tiene por función llamar la atención sobre las vías muertas a las que conduce el uso estándar del lenguaje, marcar su contingencia, su historicidad (VEI; 245). Para Davidson el significado alcanza allí donde hay una conducta lingüística regular y predecible. Cuando una metáfora adquiere un significado, es porque ya ha sido deglutida por el uso regular, estándar, del lenguaje (Rorty, 1991a; 229). La función de la metáfora no es darnos otra manera distinta de conocer, sino volvernos conscientes de las limitaciones y aporías –de todo tipo, cognitivas, pero también morales, existenciales, políticas y estéticas- a que nos conduce el uso estandarizado de los juegos del lenguaje. Es un “ruido poco conocido” que sacude nuestra ontología (Rorty, *op.cit.*; 235). Por ello es particularmente interesante apreciar el modo como Rorty une la concepción davidsoniana de la metáfora, con el cambio de creencia, usando para ello imágenes darwinianas o kuhnianas que articulan usos lingüísticos establecidos con desviaciones anómalas que constituyen saltos evolutivos impredecibles, a-teleológicos e ininterpretables desde un estado de cosas anterior. El caso es que Davidson considera que las creencias encuentran “un significado” o tienen un papel

“dentro de los límites bastante estrechos (aunque cambiantes) de la conducta lingüística regular y predecible –los límites que delimitan (temporalmente) el uso literal del lenguaje-. Según la imagen de Quine, el ámbito del significado es un área «despejada» relativamente pequeña en la jungla del uso, un área cuyos límites se extienden y ganan constantemente” (ibíd.; 225).

Es perceptible a partir de la cita misma la filiación de Rorty y Davidson con algunos planteos de Quine. Según éste último “la metáfora rige tanto el crecimiento del lenguaje como nuestra adquisición de él. Lo que surge como refinamiento posterior es más bien el propio discurso cognitivo, lo más secamente literal posible. Las extensiones internas de la ciencia, son un espacio abierto en la jungla tropical” (Quine 1979, p.160). Con esta delimitación davidsoniana-quineana encontramos una restricción del horizonte de la aplicación de lo metafórico, lo cual permite evitar el tipo de inflación exagerada del dominio de la teoría que apreciábamos en consideraciones como la de Lakoff y Johnson.

La pregunta en torno a la metáfora entonces no es “¿cómo surge el uso desviado?”, ni “¿a qué fines contribuye?”, sino “¿qué suponen los usos desviados en relación con el resto de nuestras creencias?”. Si todos los usos, inclusive los desviados, tuvieran significado, sostiene Davidson, el único cambio posible sería gradual, imperceptible y, dado el holismo lingüístico que profesa, resultaría imposible sostener un cambio *tout court*, ya que el uso establecido podría, a la luz del significado de ese uso desviado, “traducirlo” a los protocolos normales de conducta lingüística (y esto es lo que significa “comprender” o “interpretar”); no habría un *plus* en la

metáfora, ya que vía parafraseo podría ser reducido a algún tipo de interpretación en sentido literal, que es justamente lo que no quiere todo aquel que aspira a sostener una *tesis productiva de la metáfora*. Por el contrario, para que haya un cambio *tout court* dentro de una concepción holista es necesario romper con el modelo de la norma y la desviación en el ámbito de lo significativo, de modo que no haya forma de traducir a prácticas normales lo que de hecho representa una discontinuidad en la conducta lingüística que no puede ser interpretada mediante arreglos “normalizadores”. La metáfora davidsoniana es necesaria para que el holismo y el convencionalismo no aniquilen el cambio de creencias (o el cambio, a secas), para que lo anómalo se presente a nuestra consideración, para forzar la revisión no planificada, para limitar el alcance dinámico del convencionalismo —o escapar de la sujeción “conservadora” del mismo— para rever, en suma, el *status* que conferimos a nuestras creencias o, mejor aún, la relación que establecemos con ellas. La *metáfora es el sacudón que conmueve la ontología*, pero se ve precedida y facilitada por la ironía como actitud consciente de la contingencia y perfectibilidad o falibilidad de las descripciones y creencias adoptadas. Es este vínculo entre metáfora e ironía el que confiere a la visión rortiana y davidsoniana de la metáfora características propias en cuanto a su rol, a su importancia en la *praxis* social del lenguaje y a su *status* como modo de intercambio en un determinado tiempo y lugar informado por el interjuego entre convenciones y rupturas.

La ironía es la capacidad de distanciarse del propio léxico y de renunciar a concebirlo como lenguaje último, omni-abarcativo, final. La metáfora y la discontinuidad de la conducta lingüística son datos requeridos para que surja el ironismo como sensibilidad, el falibilismo y la conciencia respecto de las limitaciones de cualquier lenguaje para “arreglárselas con la realidad” (Rorty, 1991b; 91). El ironista tiene dudas radicales y permanentes acerca del “léxico último” que utiliza, la ontología que suscribe y que valida, y “advierte que un argumento formulado con su léxico actual no puede ni consolidar ni eliminar sus dudas” (ibídem.), adquiriendo con ello una saludable comprensión del carácter plural de la captación verbal de “la realidad”: la captación irónica de los léxicos impide que se genere lo que en el capítulo precedente se denominó un “grafolecto”, un instrumento último que arbitra en términos neutrales y universales los modos de “ganarse un camino a lo real que esté más allá de las apariencias” (ibídem.). La ironía redundante así en la capacidad de poner en tela de juicio el sentido común erigido en el marco del léxico último, considerando que “las afirmaciones formuladas en ese léxico último” difícilmente basten “para describir y para juzgar las creencias, las acciones y las vidas de quienes emplean léxicos últimos alternativos” (ibíd.; 92). En vez de apelar a un léxico último, el ironista se preocupa por “re-describir” y por “resituar contextualmente” aquello que está analizando. “Nada puede servir como crítica de un léxico, salvo otro léxico semejante; no hay respuesta a una re-descripción salvo una re-re-descripción. Como más allá de los léxicos

nada hay que sirva como criterio para elegir entre ellos, en la crítica se trata de considerar ésta y aquella figura” (ibíd.; 98).

De esta manera, el fantasma del ironista, su temor oculto, es el etnocentrismo, el parroquialismo intolerante. El peligro inverso, el otro extremo a evitar, es la *crueldad* del ironista, que somete variados espectros de creencia sostenidos por personas que no tienen una concepción tan auto-distanciada y mediada del propio léxico a una re-descripción exterior, descomprometida y potencialmente inhumana. La apuesta de Rorty es que la superación de ese peligro no se arbitrará por procedimientos propiamente irónicos, sino por una voluntaria auto-sujeción al paradigma de la solidaridad como proceso de ampliación del nosotros que se auto-describe en términos irónicos, una afirmación doctrinaria en torno a “la obligación moral de experimentar un sentimiento de solidaridad con todos los demás seres humanos” (ibíd.; 208). Estamos implicados, nos dice Rorty, en la tarea de re-describirnos irónicamente en pos de superar el etnocentrismo limitado de un nosotros parroquial. Habremos por tanto de agrandar la parroquia, no postular universalismos variados, sino más bien entregarnos a la tarea de ensanchar y de crear un “*ethnos* aún más amplio y más abigarrado. Es el «nosotros» de las personas que se han formado para desconfiar del etnocentrismo” (ibíd.; 216). La solidaridad no puede ampliarse sin una duda genérica hacia la propia comunidad, el propio sentido común. Es la ironía la que desmantela la lealtad ciega al propio compromiso ontológico.

De esta manera podemos unir metáfora, ironía y el ciclo tropológico aplicado a la interacción de campos semánticos, en una visión unificada de la pragmática del lenguaje ordinario. El futuro posible de los usos, las prácticas, las verdades, no devendrá más que por actos de imaginación que modificarán nuestras etnografías, nuestros usos lingüísticos (lo que enmarca el aspecto disruptivo de la ontología y del conocimiento por parte de la metáfora), retejerán nuestras redes de creencias, en sentido holista, al interior de redes de compromisos sujetas a variadas pragmáticas del lenguaje de acuerdo a finalidades socio-políticas definibles (concediendo así una interpretación en términos del par ironía-metáfora como crítica de la convención y reformulación de la *praxis* social en un sentido innovador y rupturista) y nos harán aún más conscientes de la contingencia y precariedad de nuestras creencias (encontrando en la evaluación intersubjetiva de las creencias un argumento a favor de la consideración del lenguaje como espacio de prácticas, en detrimento de la visión internista, como modo de conciencia o intermediario epistémico, para la cual el abordaje externo propio de la ironía no puede tener ninguna relevancia). Esos actos de imaginación se volverán pensables solamente cuando la metáfora sea entendida pragmática, holística y davidsonianamente como “la ensoñación del lenguaje” (Rorty, 1991b; 133n), esto es, como la ensoñación de los mundos posibles, la apuesta plasmática a ensanchar el universo de lo concebible, como específico de intervención lingüística orientada al futuro.

En definitiva, la intuición de Davidson es que no hay reglas *ex ante* para explicar los rasgos de la metáfora que van a resultar cruciales en el proceso de familiarización y adopción de la misma, es decir, en el proceso que va a convertir a la metáfora sin significado en un uso lingüístico significativo (la analogía obvia es con las mutaciones genéticas que modifican el curso evolutivo de una especie sin que haya una orientación teleológica o un pleno de potencialidades que otorgue un sentido unitario al devenir). En esta visión el lenguaje retiene usos estabilizados, reducidos al “significado” y al contenido cognitivo, que podemos visualizar como un esquema de descripciones, ostensiones e inferencias “triviales”, que se sujetan de manera silogística y configuran un tinglado o constelación de creencias no disputadas. Esa constelación se ve modificada recurrentemente por re-evaluaciones de las redes de descripciones e inferencias, pero si eso fuera todo lo que hay el lenguaje no podría desarrollarse ni enriquecer la interacción de los hablantes. Por el contrario el “punto de crecimiento del lenguaje” es el de la metáfora, en principio como una auto-adscripción, en la forma de una identificación metafórica sin precedentes hasta entonces, una ruptura motivada pero con un sentido o dirección impredecible, una conexión entre dos campos semánticos hasta entonces disyuntos, que de manera a-esquemática altera el cuadro de compromisos lingüísticos, ontológicos, epistémicos y demás. De acuerdo a la radicalidad de la auto-adscripción metafórica se dará o no el re-tramado de las relaciones inferenciales y descriptivas al interior del campo que ha permanecido en pie tras la modificación. La metáfora es el momento del “salto” entimemático que se aparta de todo esquema de anticipación e inaugura una figuración que resiste toda reducción lógica. Se requiere con ello una noción holista en lo semántico que responda a la fijación global de la creencia y una visión del lenguaje como práctica social que implique el intercambio de marcas y sonidos sin más fin que la comunicación y la prosecución de intereses y deseos por parte de individuos agenciados en el marco de un entorno compartido. Se requiere con ello una renuncia al fundamento último de la creencia, sosteniendo una visión coherentista, en la cual sólo un enunciado puede venir en apoyo de otro enunciado, y una visión falibilista del conocimiento, que descrea de la visión última de las cosas y conjetura la contingencia del propio modo de hablar (Rorty 1991a; Davidson, 1990 y 2003). Una vez sostenido todo esto las metaforizaciones que han conmovido exitosamente viejas ontologías se galvanizan en convenciones y órdenes sociales de intercambio simbólico y material que encuentran rápidamente adeptos y se propagan en ortodoxias, mientras en su mismo proceder van alentando a la heterodoxia y el desbaste y erosión de las convenciones así instauradas.

Aquí intervienen los tropos de la metonimia y la sinécdoque, como procesos cruciales en la extensión y ampliación de las iniciales adscripciones metafóricas. La extensión metonímica y sinecdóquica de los léxicos adoptados “infla la ontología” de un modo que es cada vez más inconsistente con la necesidad de una fluidez y adaptabilidad general del orden de las identificaciones y vinculaciones vía tropos, lo cual estimula las reversiones y negaciones de los

estados postulados metafórica, metonímica y sinecdóquicamente. Cuanto más incorporada tenga la dinámica del lenguaje la *necesidad* de la destrucción y negación irónica como momento imprescindible en el alivianamiento de la pesada constelación de compromisos lingüísticos presente en los desarrollos avanzados, más fácil será la predisposición de los hablantes a indagar en pos de nuevas heterodoxias. Esta visión del tránsito irónico hacia un nuevo ciclo metafórico de identificaciones permite reinterpretar la evolución lingüística bajo una pauta de seguimiento tropológico donde cada figura conduce a una nueva estabilización de sentidos que no puede sino desbarajustarse a medida que el lenguaje incumple las funciones sociales y rituales que tiene. La metáfora es la ensoñación del lenguaje y la ironía es su pesadilla, pero ambas, en su conciencia dispersiva, son el contrapeso a la configuración integrativa de la vigilia, en la forma de la metonimia y la sinécdoque.

Este esquema nos devuelve a un mundo del lenguaje que es el mundo social, el horizonte de la prefiguración tal como lo recorrimos en el capítulo precedente, donde las convenciones se instauran, se despliegan, se desgastan y son derrocadas, sin que en ello encontremos más sentido general que el reemplazo situado, motivado por cuestiones contextualizadas. En esta perspectiva se recupera la visión del intercambio lingüístico, que se despliega en un espacio conversacional regulado por los marcos de la interacción, y que considera al habla un espacio ritual de prácticas (Gadamer 2007; 461-585), preocupado por la delimitación de los espacios de fijación normativa y de elaboración onírica como direcciones posibles de los usos lingüísticos (Frye, 1970, 1977 y 1980). Lo que el habla ya no es, se debe a lo que la interacción ya no puede cubrir. No hay una vida propia en la evolución del lenguaje, escindida del resto de la cultura, como no la hay en ningún otro ámbito de la interacción. La tropología sirve a los propósitos de entender la dinámica de estabilización y ruptura de los usos lingüísticos, pero entender una dinámica no equivale a postular un autómatas. No hay “pauta y propósito” en este cambio, no se requiere una teoría de lo sublime, no hay desconexión lingüística y, en atención a las vacilaciones a-históricas de Jakobson, las derivas experienciales e “inflacionarias” de Lakoff y Johnson y el carácter pasado de la evolución metafórica en Blumenberg<sup>42</sup>, tenemos la seguridad de que el cambio y la evolución lingüística hacen a la historia y son constituidos por ella y de que no hay una remisión a un plano de determinaciones que es inexpresable en el lenguaje (como en Ankersmit o Runia) y que determina una inefabilidad que antecede toda descripción.

La metáfora y la ironía son los polos del lenguaje, su paraíso y su inframundo, y son las direcciones que recorre la trayectoria tropológica, cuando no se encuentra ocupada batiendo sus alas y desplegando su ruido de historia en vastos proyectos integradores de reproducción social. La dinámica tropológica así vista nos indica un ciclo que nunca vuelve al comienzo más

---

<sup>42</sup> Cfr. Capítulo primero, sección d-.

que como *supresión-superación* de compromisos ontológicos anteriores y que no puede sino volver a reiniciar su búsqueda de identificaciones-inclusiones-representaciones y negaciones por la vía de tratar tropológicamente lo que son los contornos de una “realidad” compartida en un mundo común. Precisamente ese carácter de la tropología, fundante y articulador de lo ontológico, es lo que explica su ineliminabilidad, su ubicuidad, su carácter holista. Sin tropos no tendríamos noción de las distintas versiones de la realidad que las distintas empresas interpretativas confrontan, solapan o consensuan. Sin tropos que operen sobre campos semánticos no tenemos chances de intervenir efectivamente en la reconfiguración de nuestras interacciones y prácticas (ya sea de manera revolucionaria, progresiva o reaccionaria). Toda la ontología que tenemos es el resultado de ciclos tropológicos exhaustos y superados hoy, que precisamente ellos han contribuido a configurar.

Por todo esto, si hay una realidad histórica que es el ámbito del cual el relato del pasado pretende dar cuenta, esto es porque hay un inmenso fluir de ciclos tropológicos que llega hasta nosotros, una marejada de identificaciones-inclusiones y negaciones que recibimos y ante las cuales operamos, y el reconocimiento de esto no es un *plus*, no es un opcional al que podemos adherir gustosamente o rechazar de igual modo, sino el reconocimiento de una situación que no pone ni quita nada en el mundo, ni en el pasado, con sus flores, sus piedras, sus nazis y sus imperios, sino que revela de manera más ajustada qué se supone que hace el lenguaje por nosotros y cuáles son las constelaciones de compromisos con las cuales nos identificamos, en las cuales nos incluimos, a las cuales creemos representar, para eventualmente negar. Esas constelaciones nos hacen posible tener una realidad, no porque no haya mundo sin constelaciones, sino porque, como pasa con las muertes y los mares, habitualmente ocurre lo contrario: tenemos demasiados y es sólo a partir de la intervención e interacción con los otros que podemos configurar al menos uno, ya sea como secreto tesoro, o como eterna posibilidad.

#### *b) Políticas del lenguaje: transfiguración, incumbencia y puntos de epifanía*

Hay un riesgo ineluctable en cualquier consideración de un “ciclo del lenguaje” o deriva tropológica cuaternaria: que se nos vuelva a generar la idea de un autómatas, de un mecanismo o de un esquema lógico que prescriba *a priori* las condiciones de posibilidad de la efectuación verbal. Adicionalmente la idea misma de un “ciclo” irrumpe con su carga de recurrencia y repetición. ¿Cuál sería la ventaja de volver a recaer en esta concepción “automática”, impersonal y recurrente de la práctica verbal? ¿En qué sentido facilitaría una comprensión ampliada del *mythos* en el marco de una ontología depurada del lenguaje? Ya hemos transitado las sospechas de Ricoeur hacia la tropología, y pronto visitaremos los resquemores de Ankersmit en torno a la tropología como una “fábrica de significado” que nos vuelve insensibles a las aporías de la experiencia. Estamos en el terreno conocido de la *paradoja de Kellner*. Naturalmente una lectura atenta de la filosofía del lenguaje de Davidson debería inducirnos a la



sospecha: cuando se contrasta al lenguaje con alguna otra cosa (el mundo, la realidad, la experiencia), se está emprendiendo de manera advertida o inadvertida el camino que lleva a las mediaciones epistémicas, los fantasmas escépticos y las representaciones como recursos solipsistas, como entidades que se hacen presente en el teatro interior de la mente. Si la tropología va a ser considerada como una matriz generadora de mediaciones epistémicas estamos, naturalmente, justificados en sospechar de ella. Por lo tanto o la tropología es otra cosa distinta a esa matriz, o debemos abandonarla. Naturalmente la opción de Frye ha sido a lo largo de décadas de obra teórica, un prolongado esfuerzo por evitar la reificación de las categorías empleadas en el análisis tropológico. Más bien de lo que se ha tratado es de obtener algunas guías para el estudio de los tinglados verbales, a sabiendas de las posibles impugnaciones que tales orientaciones pueden suscitar. En este sentido, dice, la mayoría de las suposiciones de la crítica se adoptan por criterios heurísticos, para ver qué resultados deparan (Frye, 1996; 104). Podemos después abandonar éste o aquel rasgo de las hipótesis empleadas, pero sin ellas no habríamos llegado a la posición analítica de *abandonar algo*.

La tropología no puede ser, entonces, un "sistema" que nos arroje a una matriz de significación que "produce" significados de manera automática. Es, más bien, en esta mirada una suerte de procedimiento guía para analizar lo que está en curso cuando debemos interpretar un tramo de comportamiento verbal en el marco de la interacción colectiva en un entorno compartido. Considerados los tropos como *eventos*, aquello que "ocurre" en la práctica verbal analizada por el "tropólogo", se trata entonces de un cierto tipo de *trabajo* en torno a los lugares comunes asociados (Black) validados en un determinado tiempo y espacio que obra como punto de partida de una consideración sistemática en torno al obrar de los agentes (von Wright). El "sistema", recuerdo, es "sistema" porque hay agentes en él que obran como aquellos que suscitan los "efectos" que desplazan el sistema en una dirección o en otra. Antes aún que a un "sistema" deberíamos apelar a nociones más vagas e inarticuladas, como encuadres, marcos o constelaciones. Un sistema *parece requerir* una visión "interna", en términos puramente inmanentes o auto-atribuidos. Los encuadres, marcos o constelaciones advienen siempre a la vista de un tercero exterior, existen para aquel que "interpreta radicalmente" un determinado dominio, en el modo de la hetero-atribución. Se trata de caracterizaciones heterónomas, adscripciones atribuidas a entidades cuando las vemos en una modalidad *externa*. *Lo trabajado*, aquello sobre lo que opera la voluntad de los agentes son enramadas de *campos semánticos*, de secuencias de valores convencionalmente suscriptos y parcial o totalmente validados al momento del acto de habla (Ullmann, Ricoeur). La idea de un valor asociado a ciertas marcas y sonidos se propaga al resto del comportamiento, en una continuidad que puede apreciarse cabalmente en los tiempos del rito. Para los creyentes católicos la palabra "amén" obra como anticipo de una serie de desplazamientos y movimientos físicos que se vinculan a ella: persignarse, tomar asiento, adoptar una actitud de recogimiento.

Ni los significados ni las intenciones son primitivos aquí, en una perspectiva que examina la interacción desde la tercera persona. Determinadas concatenaciones de sonidos y marcas reconocibles son invocadas en ocasiones específicas. Los patrones de invocación configuran convenciones de uso (tampoco siendo la convención un primitivo, sino un derivado de la comunicación en las condiciones antes descritas), pero la unidad de análisis es el conglomerado de usos discretos que performan el uso extendido de un conjunto de asociaciones que comprometen un espacio posible de prácticas contingentes. Y son esas convenciones las que permiten hablar de *campos semánticos*, como *fijaciones o estabilizaciones de patrones de asociaciones relativos al uso de términos al interior de vocabularios y prácticas verbales y no verbales contingentemente situadas*. Las palabras y los significados son el resultado de la interacción de campos semánticos al interior de esos usos y emisiones lingüísticas. *Siendo así no estamos más que comprometidos con la condensación de patrones de asociación, correlación y covariación entre sonidos (o marcas), usos o emisiones lingüísticas en contextos de comunicación, y reacciones a esos usos (vía otros usos lingüísticos o bien por medio de otras acciones y eventos que no necesariamente involucran al lenguaje, en lo que constituye un continuo del comportamiento verbal y no verbal por parte de los agentes involucrados) en un entorno compartido* (cfr. Davidson, Ramberg, Ong, Rorty).

La operación ordinaria en torno a los campos semánticos nos permite ver el tipo de proceso en el cual se insertan los eventos tropológicos. Como suceso que irrumpe en las asociaciones validadas la pregunta que resurge entonces –motorizada por Ricoeur, por ejemplo– es la de porqué emergería una nueva significación, una intersección inesperada entre campos semánticos disyuntos, porqué alguien pondría en relación rostros en la multitud y pétalos, muertes y mares, porqué alguien proferiría “ruidos poco conocidos”. Ciertamente se puede responder estos interrogantes desde Black, mostrando la manera en que es la puesta en cuestión de un “lugar común” asociado la que motiva la intervención lingüística, o, de manera aplicada, desde Pound, el poeta, cuando apreciamos que lo que está relacionando es *una impugnación de un estado de cosas*. El punto de emergencia de una conducta inesperada surge del contraste entre una situación idealizada por el hablante –y validada por su audiencia– y el sentido de “realidad” aceptado convencionalmente

No es muy difícil incorporar esta sensación de divergencia entre “lo que tendría que ser” y “lo que es” en el marco de una consideración holista de la constelación de creencias, constelación que encuentra en su centro aquellas creencias más resistentes al escrutinio y la revisión, y en su periferia aquellas condensaciones que pueden abandonarse con mayor premura, que se subordinan a los requisitos de ajuste desde el centro. La actitud de Pound es la de alguien que ha decidido someter a revisión una creencia central, difícilmente sometida a escrutinio por el “sentido común” de la época en que escribía: la noción de *progreso*. Aunque ya era de buen tono ser un crítico de la Modernidad al menos desde el decadentismo de fin de siglo

XIX, y aunque el temor a las *multitudes* era la respuesta “lógica” a las acechanzas revolucionarias de la época, el “genio” poético de Pound consiste en la contraposición de una crítica de los efectos de la modernización y de la técnica –algo a lo que aún los mismos decadentistas no se animaban explícitamente- en yuxtaposición epigramática, breve, sucinta (el poema tiene dos versos), con la clásica visión demoníaca e infernal de la “naturaleza negra”, la tierra yerma y baldía, las ramas “húmedas y ennegrecidas del entorno infernal”.

Esto es, el conjunto de valores asociados a la crítica del obrar humano como aquello que produce una “naturaleza negra”, un entorno demoníaco que es el resultado de nuestro mismo obrar (y en el que cobra sentido el viejo dicho de que el infierno es aquello que nosotros hacemos de nuestras vidas), se encontraba al momento de actuar verbalmente Pound en una periferia del marco de creencias epocal. Era un lugar común asociado fácilmente identificable, pero no era uno dominante, sino uno subalterno, y se encontraba fuertemente interpelado y sometido a franco escrutinio por parte de las miradas confiadas, optimistas y “progresistas” en general. Publicado en 1913 seguramente su contenido latente orientado a la crítica de la “naturaleza negra” se volvió más y más comprensible a medida que los horrores del subsiguiente tercio de siglo hicieron evidente en qué sentido preciso el obrar humano produce (en Verdún y en Auschwitz, en Katyn y en Hiroshima) una naturaleza negra por medios puramente técnicos.

La potencia y fuerza de una metáfora reside entonces en la capacidad de poner en acto una yuxtaposición de valores periféricos y disputados y proyectarlos al centro mismo de nuestro espacio de creencias. Hoy la crítica de los efectos de la técnica apenas puede sorprendernos, es un *lugar común asociado*, un valor entrevisto que en mayor o menor medida debe ser tenido en cuenta por cualquier relato (crítico o *whig*) del progreso y del cambio o evolución de los medios técnicos y sus efectos sociales.

El “ciclo tropológico” se encuentra entonces lejos de remitir a un automatismo de lo verbal. Más bien se inserta como un elemento más en una pragmática del lenguaje que se orienta a la interpretación de la disputa generalizada en torno a la producción y reproducción de los protocolos que validan la circulación de valores y “lugares comunes” asociados. Llamamos “metáfora” al radical cuestionamiento de esos modos de validación y circulación, a la disputa desde la subalternidad y a la revisión del área nuclear de creencias desde valoraciones traídas de la periferia. Mayormente ese cuestionamiento surge de la contraposición entre estados de cosas “reales” y estados de cosas considerados como “posibles”.

“El cosmos de la imaginación no es el entorno objetivo estudiado por la ciencia natural ni el espacio interior subjetivo que estudia la psicología. Es un mundo intermedio en el cual las imágenes de alto y bajo, las categorías de belleza y fealdad, los sentimientos de amor y odio, las asociaciones de la experiencia sensible, sólo pueden ser expresadas mediante la metáfora y aún así no pueden desestimarse ni reducirse a proyecciones de algo distinto” (Frye, 1996; 26).

Los diversos posicionamientos ante ese “mundo intermedio” generan encuadres de *interés*, y esos encuadres sugieren una orientación propiamente *política* para la intervención lingüística. Toda estructura de interés genera su visión del mundo idílico y su visión del mundo infernal y postula tramados temporales que expliquen el presente en relación con aquellos otros dos planos o visiones. La metáfora es el operador por excelencia que permite conectar (identificar, cuantificar) la visión del presente con planos contrapuestos imprevistos. Dos ejemplos: la visión romántica de este mundo como el mundo alienado del que debemos escapar consistió en una “transfiguración radical del lugar común”, que proyectó la visión habitual del infierno del futuro –el tiempo del apocalipsis– al presente. La visión neo-conservadora de nuestro tiempo como el *fin de la historia* consistió en una ulterior transfiguración que intentó *identificar* el tiempo allende el Muro de Berlín con la época en que la dirección histórica queda abolida y la pura disponibilidad de bienes nos aproxima al escenario de la *Ideología alemana*. El mundo alienado *versus* el mundo consumado.

Estas variaciones entre visiones acerca de los planos posibles de experiencia implican, naturalmente, juegos con el tiempo y modulaciones del espacio. Cuando vemos el tiempo como una sucesión de “entonces” y el espacio como un entorno objetivo de “ahí” (ibíd.; 233), se despliega ante nosotros la posibilidad de aspirar, si fuéramos lo suficientemente “rectos” y “puros” –pero aún nosotros–, a un tiempo de exuberancia y concordancia y a un mundo como un hogar, como algo propio ; pero también se exhibe el horizonte irónico de una pura temporalidad como duración, un espacio como cadalso, donde nada es propio y el agente es aniquilado. Ese horizonte infernal ejerce como contrapunto del precedente. Nuestra experiencia de la “realidad” se encuentra situada entonces entre el horizonte ético de un mundo incólume al cual podríamos aspirar, y un mundo demoníaco al cual todos nuestros vicios y valoraciones negativas podrían eventualmente conducirnos, si no lo han hecho ya. Pero estos tres horizontes de variación y mutabilidad se contraponen a un plano que es siempre un despuntar de las posibilidades infinitas con las que contaríamos si ya no fuéramos nosotros mismos, y nos desplegaríamos en un Cielo en el cual el tiempo y el espacio se nos *presentan* cabalmente, como una pura presencia “aquí y ahora”. La idea de este cuarto espacio es relevante no por sus evidentes connotaciones derivadas de los mitos religiosos, sino porque marca el punto de una pura *identidad-con*, un marco irrealizable en la experiencia cotidiana pero que obra regulativamente *de este lado del mundo*, como una aspiración irrenunciable en nuestro obrar.

El mundo infernal y alienado, tanto como el mundo de la pura reproducción social, con sus injusticias, absurdos y logros, tanto como el mundo prometeico del anhelo por rescatar aquello subordinado, descuidado o desestimado que se configura como “lo excluido del pensamiento” y que remite a una naturaleza humana ampliada, “completa”, configuran los mundos respectivos de la imaginación irónica, trágico-cómica y romántica (ibíd.; 311). Pero allende esos imaginarios se despliega el horizonte de “un punto de identidad del que arranca la

creación humana y el poder imaginativo" (ibídem.), un "modelo de conciencia intensificada" (ibíd.; 227) orientado al anhelo de acceder al *punto de epifanía* o manifestación de una pura *presencia*, una pura performatividad que conecta radicalmente símbolo y experiencia como en el primer versículo del Génesis: "Hágase la luz". En ese mundo nos encontramos en un "estado extático de respuesta (...) cargado de tal intensidad, urgencia y autoridad que penetra las defensas del aparato receptivo humano y crea un nuevo canal de respuesta" (ibíd.; 156), en el que se dispone la atención en pos de la identificación con lo actuado hasta el punto en el cual, en palabras de Eliot, "nos convertimos en la música mientras ésta dura" (ibíd.; 159).

Naturalmente este es el escenario del *mito*, de la apuesta por una "nueva inocencia", por un contacto fresco e inocente con una experiencia transitada, en la cual las compulsiones del entorno físico, de las convenciones y de las reglas de autoridad ceden terreno de cara a la virtud plasmática de la pura identidad, del hecho de que "uno se convierte en aquello que percibe" (ibíd.; 137). Naturalmente no siempre es posible entrar en ese estado. Más bien se trata de un estadio fugaz, un momento, *el punto de epifanía* en el cual el juego de planos contrapuestos de lo deseado (horizonte romántico), lo percibido y experimentado en la producción y reproducción de los estados de cosas (horizonte trágico-cómico) y lo temido (horizonte irónico) es visto como eso, como un *juego* que es abordable como si fuera desde un exterior, y a partir de lo cual un nuevo *punto de vista puede articularse*.

El juego de la metáfora es entonces el permanente cuestionamiento de los mundos posibles, experimentados, temidos, la articulación de nuevas yuxtaposiciones que nos entreguen a horizontes de fuga apenas entrevistos. Hemos jugado varias veces ya con el título de la obra de Danto: la *transfiguración del lugar común*. La comedia y la tragedia configuran para nosotros sinecdóquica y metonímicamente *horizontes de lugares comunes* donde moramos y donde encuentran asilo significaciones provisoriamente no sometidas a revisión. La sociedad es vista así como un espacio que se reproduce con sus virtudes integradoras (y que nos incluyen; comedia), y sus pecados y exclusiones (y que nos sacrifican en el tránsito de un estadio a otro; tragedia). Cuando incluye, la prefiguración del tránsito de lo social permite la manifestación, despliegue y realización de las potencialidades y disposiciones originarias de los agentes. La sociedad es un realizarse sinecdóquico, una consumación teleológica de disposiciones latentes. Cuando excluye el efecto es la exclusión misma recabada no en tanto que tal, sino por apelación a una ley que metonímicamente sustituye la mención a una causa concreta y efectiva, un sino impersonal que alude al mecanismo de las derivas. La sociedad como disposiciones a realizar y como legalidades a imponer se nos aparece como un trasfondo creíble de la experiencia. Pero no es ése todo el horizonte en el que vivimos. Esos lugares comunes suscitan la pregunta por aquello que se impone (la ley), aquello que se excluye, aquello que está dispuesto y aquello que se realiza y se reproduce. Una política del lenguaje heterodoxa consiste entonces en salirse de la norma media de la extensión y ampliación de valoraciones operadas metonímicamente y

sinecdóquicamente, para contraponer esa norma o bien con sus contradicciones y ampliaciones repletas de barroquismos, en el modo de la proliferación metonímica cuando es vista irónicamente, o bien con un *nuevo horizonte* tal como es mediado a través de una nueva identificación, por intermedio del *punto de epifanía*, el cambio de perspectiva que nos hace ver el entero juego como una pura exterioridad que podríamos eventualmente abandonar, de manera que ya no se trate más de nuestro mundo, como el mundo en el cual moramos.

“Se trata de la presentación simbólica del punto en que el mundo apocalíptico no desplazado y el mundo cíclico de la naturaleza se equiparan uno con otro y que proponemos se llame el punto de epifanía (...) el sitio natural que le tocaba (...a ese punto...) era la cima de un monte justo debajo de la luna (... donde...) no deja de estar presente, por lo demás, el sentido de encontrarse uno entre un mundo apocalíptico de arriba y un mundo cíclico de abajo” (ADC; 268).

Aunque todo esto puede parecer esotérico designa más bien el tipo de sentimiento que adviene cuando un campo de experiencias se encuentra atravesado y repleto de yuxtaposiciones, completamente operado de significaciones e intersecciones de campos semánticos, y la sensación de agobio y completitud se ve contrapuesta a un anhelo de alcanzar una cumbre de la experiencia que conduzca a una simplificación de aquellos tránsitos abigarrados, en la dirección de un “nuevo comienzo” (ibíd.; 269). Se trata del tipo de anhelo que surge ante el sentimiento de que alguna forma de experiencia primaria, genuina u original ya no es posible, porque nos hemos expuesto a la visión del infierno que nosotros mismos hemos creado, en la forma de una prisión o de un manicomio. El *punto de epifanía* se alcanza al ver el mundo “dado vuelta”, cabeza abajo y completamente alienado, en la forma de “los ajusticiamientos públicos”, los tormentos y el tipo de situación en que el horizonte de la experiencia agenciada se disuelve: “la humillación de estar expuesto, el horror de ser mirado son mayor desgracia que el mismo dolor. *Derkou theama* (contemplan el espectáculo; dejen ya de mirar) es su grito más amargo” (ibíd.; 293). En ese punto de extrema nulidad, de máxima humillación, parece que estamos al término de nuestro horizonte narrativo, la díada bajel-Gólgota, a punto de anular la eterna búsqueda que da aliento al andar narrativo, crucificarnos definitivamente a orillas de un río que ya no circula. Pero el horizonte de des-agenciamiento es apenas un punto en la deriva espectral narrativa. Podemos atravesarlo, pero no morar en él.

El presupuesto informante aquí reside en el hecho de que si nos narramos unos a otros el horizonte de la humillación es porque de alguna manera alguien alguna vez se ha fugado de ese horizonte, de manera tal que ahora nosotros estamos *obrando* narrativamente, como *agentes que interactúan en un espacio imaginativo* en el que pueden intervenir de tanto en tanto –así sea para narrarse escenarios de sumisión y abyección-, como requisito conceptual para comprender la idea misma de un horizonte tal. En términos de von Wright, se nos vuelve inteligible la comprensión de un sistema que *parece* operar entre fase y fase en términos deterministas simplemente porque hay un cierre o movimiento que provisoriamente vuelve

comprendibles en esos términos las ocurrencias en el marco del sistema. Pero no puede ser esa la configuración permanente del sistema, si es que hay un *sistema* como marco en el que la agencia es posible.

“Esto nos trae nuevamente al punto de epifanía demoníaca, la torre tenebrosa y la prisión de dolor infinito, la ciudad de la noche terrible en el desierto o, por ironía más erudita, de la *tour abolie*, la meta ausente de la búsqueda. Pero del otro lado de este mundo marchito de carácter repulsivo e idiota, un mundo sin piedad y sin esperanza, la sátira vuelve a empezar. En el fondo del infierno de Dante, que es también el centro de la esfera terrestre, Dante ve a Satanás erguido en el círculo de hielo (...) pasa por el centro y se encuentra con que ya no baja sino que sube, trepando hacia afuera, del otro lado del mundo para ver de nuevo las estrellas. De este punto de vista, el diablo ya no está erguido sino puesto de cabeza (...) La tragedia no puede llevarnos más allá; pero si perseveramos en el *mythos* de la ironía y la sátira, pasamos por un centro muerto y finalmente veremos al caballeroso Príncipe de las Tinieblas con el trasero hacia arriba” (ADC; 315).

La ironía como supremo realismo desapasionado se desplaza lentamente hacia el mito, la voluntad re-encantadora, el agenciamiento y el horizonte ordálico (ibíd.; 65). Ese horizonte es el que nutre a la ciencia-ficción después del teatro del absurdo, coloca a las sagas de aprendices, magos y dragones a la vuelta de la esquina de los relatos “acerca de la nada”. Estos horizontes no designan objetos de la experiencia, planos metafísicos o definiciones categoriales. Se refieren a las tendencias presentes en los modos de la intervención lingüística, como términos relativos o comparativos entre dos estados de cosas. De cara a Beckett, por ejemplo, Tolkien opera en la dirección del mito, como un giro o transfiguración del punto de vista narrativo. Pero si el referente, aquello que pretende analizarse, es el horizonte ético de la intervención lingüística (de un Tolkien, nuevamente) de cara a un contexto signado por la confrontación y el genocidio (la experiencia hitleriana del *III Reich*, cabe consignar), *El señor de los anillos* es poco más que una comedia romántica que muestra la manera que encuentra una sociedad de purgarse de sus aspectos oscuros y seguir adelante con sus jerarquías y distinciones.

El puro lugar común nos conduce, entonces, al anhelo de la transfiguración. Y aquí volvemos al capítulo precedente, a los juegos que pueden darse entre transfiguraciones y metamorfosis. “La transfiguración es una epifanía cumbre” (Frye, 1996; 238), un modo de la metamorfosis ciertamente (de hecho la palabra griega para *Transfiguración* en el Nuevo Testamento es justamente *metamorphoo*; ibídem.; Frye, 1988, 123), que tiene por fin proponer “epifanías o fragmentos, a menudo de experiencia actual, que parecen cargados de una peculiar luminosidad (...) Aquí el principio parece: las cosas no se ven del todo hasta que se tornan alucinatorias (...) cosas objetivas transfiguradas por la identificación con el que las percibe” (Frye, 1996; 129). La transfiguración es así un modo de la *revelación*, del ver de un modo propuesto como definitivo, lo que antes no era captado sino en su forma aparente. Pero una comprensión común de lo implicado en el tránsito de la *Transfiguración* (con su carga de linealidad, discontinuidad, no reversibilidad) y en el de la *metamorfosis* (con sus valores

asociados a la continuidad, reversibilidad y ciclicidad) puede apreciarse en la consideración del término *metanoia*.

Aunque habitualmente traducida como “arrepentimiento” o inhibición moral, la idea de la *metanoia* se vincula con la noción de “cambio de punto de vista”, como un compromiso con la inteligibilidad de una “visión aumentada de las dimensiones de la vida humana” en la forma de una captación que “nos separa de nuestra comunidad primaria y nos une a otra” (Frye, 1988; 157). *Metanoia* es el modo en que se impugna el estado al que conduce una visión en términos puramente irónicos y expresa un anhelo en pos de un “reino de la identidad genuina” (ibídem.), un modo de validar la apertura y el des-nombramiento implicados en la tarea de re-trabajar nuestras nociones de tiempo, espacio, realidad, mundo. Apunta a “la reaparición en la vida humana de la naturaleza superior o transfigurada, el mundo inocente antes de la caída” (ibídem.; 158), a la configuración de un ámbito de lo pensable donde el obrar y el intervenir, el interactuar y el darse con otros vuelva a ser posible, tras el tránsito por lo irónico.

La función de los tropos puede ser vista ahora como un conjunto de operaciones, de obrares, de acciones, emprendidas en la validación, reproducción y generación de campos semánticos que configuran un relieve humano para nosotros. Cada tropo de los cuatro mencionados canónicamente designa una doble orientación, un doble trayecto que lo vincula a un horizonte de precedencia en el cual se inserta y un horizonte de consecuencias que se despliega en el marco de la temporalidad de la intervención lingüística. La metáfora es así un compromiso agenciado con la idea de un “cambio del punto de vista”, un “ver las cosas a nuevo” que apunta a identificar-cuantificar, a poner en relación entidades postuladas como existentes en nuestro entorno (entidades nuevas y entidades *conservadas de horizontes de sentido precedentes*). En este giro programático anida un gesto implícito: un conjunto de identificaciones y cuantificaciones ha sido impugnado, o se ha tomado distancia de él, con miras a proponer una nueva constelación que se pretende ahora central para el horizonte consecucional del encuadre de creencias así modificado. La intervención modifica el encuadre de creencias, porque un movimiento de identificación ha sido llevado a cabo por un agente en el marco de un sistema o tramado de relaciones en un entorno compartido. La metáfora es así parte del horizonte transfigurador, que apunta a sostener el principio de “libertad” como orientación agenciada del mundo de los hablantes. Pero también es el punto de partida de una variante del compromiso, de un marco de incumbencia que, andando el tiempo, se extiende en las modalidades propiamente incumbentes de la metonimia y la sinecdóque, con sus leyes y evoluciones o tránsitos de lo latente a lo manifiesto. El relieve apenas propuesto y avizorado, implícito, en el tránsito de la metáfora, se explicita crecientemente en el tramo incumbente, lo cual nos arroja nuevamente en una nueva dirección: la explicitación es signo de su creciente propagación, difusión, validación y reproducción. Como horizonte autorizado y legitimado converge con un entero espectro de prácticas. Pero la explicitación expone al tramado de



inclusiones y abstracciones, de registro de clases de pertenencia y reducciones esencialistas a la gama de contradicciones y potenciales solapamientos en los que deriva cualquier extensión de los tinglados de significaciones en el marco inherentemente polisémico de los campos semánticos. La extensión incumbente viola a la larga la necesaria economía de nuestro registro o relieve de asunciones o creencias, expone a lo explicitado a la rumia del detalle, al distanciamiento crítico, a la demostración de las contradicciones inherentes, latentes o manifiestas del sistema de creencias adoptado.

La riqueza de los tropos es que permite permanentemente balancear estas cargas contradictorias. La metáfora administra la identidad y la existencia de un modo vago y ambiguo, que trasciende el principio de no contradicción y permite así conectar tramos incumbentes incompatibles entre sí. Pero cuanto más ramificado y extendido el tinglado que encuentra en su raíz un conjunto de metáforas e identificaciones potencialmente incompatibles, más recargado, ineficiente y torpe resulta ese mismo tinglado. La ironía muestra al *tinglado como tinglado*, y opera, como la metáfora, en el doble marco de la transfiguración y la incumbencia. Primariamente disecciona los tramos incumbentes en "contextos" que adquieren cada uno su propio orden de inteligibilidad por separado. Esta primera renuncia a un horizonte integrado como el que entrega la sinécdoque genera un inicial efecto pluralista e irreductible: vemos los contextos a la luz de plurales realineamientos retroactivos que generan genealogías de sentido disponibles efectivamente.

Estamos en el terreno conocido, y ya transitado en esta investigación, de la figuralidad de Auerbach, y de los realineamientos retrospectivos del pasado, de Danto. Hemos visto que la metonimia se despliega bajo el paradigma de la causalidad, en la forma del par *antecedente-consecuente*, causa y efecto. La secuenciación metonímica ordena las ocurrencias en el modo del registro primario de las *imposibilidades a priori*: no puedo curarme si antes no me he enfermado; no puedo vencer si antes no me he enfrentado; la inscripción en la línea del tiempo prejuzga lo que puede ocurrir, en el sentido trivial de que los efectos no pueden anteceder a las causas. El modo sinecdóquico, por el contrario, es el de la *Bildung*, el espacio de la formación, exteriorización y auto-despliegue de las potencialidades entrevistadas en la forma de disposiciones originarias. La secuencia propia de la sinécdoque es la del anticipo o potencialidad y la realización, consumación o actualización teleológica (par *anticipo-realización*). Podemos abstraernos de la pluralidad de manifestaciones fenoménicas una vez que hemos captado las potencialidades a-ser-realizadas-en-el-punto-de-partida, como podemos saberlo todo de los melencidos una vez percibidas sus melenas. La abstracción y representación sinecdóquica se monta sobre el par anticipo-realización, en el marco de una temporalidad prospectiva y retrospectiva a la vez. Prospectiva en cuanto a la realización, retrospectiva en tanto interpretación teleológica de las anticipaciones que disponían originariamente el estado de cosas posible. Como registro de *imposibilidad a priori*, no obstante, y en la medida en que no

puede manifestarse nada que no esté latente, como no puede desplegarse nada que no esté originariamente disponible, la prioridad sigue siendo de la prospección, de la linealidad “tiempo adelante”.

En este marco la figura misma de la *figuralidad* es una ironía primera, una ironía “retro”, una captación contextual en la que *subyacen anidadas metonimia y sinécdoque*, un género mixto que es la promisión de una ironía última (“ultra”) que desmantele todo intento de secuenciación. Como hemos visto en la noción de *figura* converge la noción de antecedenencia y la de realización, esto es, el primer término del par de la metonimia y el segundo término del par de la sinécdoque: *figura* como *antecedente-realización*. La conexión interna entre anticipo y realización –en virtud de la continuidad orgánica entre latencias y manifestaciones, entre disposiciones y realizaciones- dispensaba a la sinécdoque de la independencia lógica requerida por la noción humeana de causalidad: esto es, la sinécdoque quedaba definida primariamente como un *modo no-causal* de comprensión teleológica de las secuencias. La independencia entre antecedente y consecuente en el horizonte causal y no teleológico de la metonimia es travestida en la *figuralidad* como un tipo de relación no causal entre antecedente y realización o consumación figurativa. El vínculo no es causal, en el sentido humeano, pero como White, siguiendo a Auerbach ha aseverado,

“la noción de *Erfüllung* [consumación, que es como ambos, White y Auerbach, entienden la idea misma de figura] debe ser comprendida aquí como un tipo de fuerza causal anómala, no determinista, o como un fin a-teleológico. Un cumplimiento no resulta el efecto determinado por una causa previa, la realización teleológicamente gobernada de un potencial inherente, o la actualización hegeliana (*Verwicklichung*) de una noción informante (*Begriff*)” (White, 2010; 35).

El horizonte determinado causalmente de la metonimia, el horizonte teleológico de la sinécdoque se encuentran disputados aquí en la noción *figural* de una causalidad no determinista ni teleológica (lo que White ha denominado “causalidad *figural*”; FR, 1999), en la cual el cumplimiento retrospectivo de una antecedenencia es más bien el rastreo performativo y genealógico, “tiempo atrás”, de los *horizontes de posibilidad a posteriori*, esto es, de los acervos de eventualidades que retrospectivamente pueden ser capturados por un agente decidido a realinear la trayectoria de los eventos en el tiempo. Entendemos ahora el potencial disruptivo de la noción de *figura* (como distinta a la de esquema; cfr. Capítulo dos, sección a-): no hay determinismo ni teleología en el salto “trunco” del entimema como plasmación de la noción de *figura*: la indeterminación del salto conceptual, la brecha o gap de sentido sólo puede ser arbitrada recurriendo intersubjetivamente a los posicionamientos situados de los hablantes. Es *el proceso de constitución intersubjetiva lo que es resaltado en la noción misma de la figuralidad*. El procedimiento es lo que Nietzsche y White llaman “genealogía” (ibíd.; 36), y eso no es distinto de lo que Danto llama, propiamente, *narración como realineamiento retrospectivo del pasado, como retroducción permanente de significados en el pasado, revisitado hermenéuticamente*

(capítulo cuatro). La tarea del lenguaje cuando es empleado no descriptivamente (en el sentido de Danto) sino representacionalmente (nuevamente en la acepción de Danto) consiste en la recapitulación “río arriba”, que nos entrega un panorama plural, permanentemente revisitado, reconfigurado, del relieve del pasado. Allí donde Danto se contentaba con mostrar el doble juego posible (entre orientación causal en el empleo del lenguaje y orientación narrativa, retroductiva o representacional, lo que llamaríamos respectivamente modos metonímico y figurativo de configuración topológica), podemos aseverar adicionalmente que ese doble juego se inserta en un marco aún más amplio, en el cual el horizonte de ilimitada re-introducción hermenéutica conduce de una primera sensibilidad irónica, contextualista y figural, a una segunda etapa irónica, más radical, comprometida con el abandono de esa miríada de figuraciones y contextos que la figuralidad misma ha entregado, en la dirección de la *metanoia*.

El desdoblamiento de la ironía entonces no es más que el desplegarse del doble aspecto incumbente y transfigurador, comprometido y negativo, participativo y solipsista, de la ironía misma. Como figuralidad (metonimia y sinécdoque “anidadas”) se despliega en un tipo de ironía que se apoya en contextos y es aún incumbente, humanista, “pluralista” y “liberal” en algún sentido amplio del término. Como ironía radical, que se orienta mayormente a la purga de “todo aquello” que ha articulado y ramificado el tramo incumbente de la interacción verbal (incluida la figuralidad), se despliega en la propuesta de un cambio de perspectiva y de “re-descripción potencialmente cruel” que anula la idea misma de una secuenciación que deba ser revelada y relevada, a la que haya que concederle un relieve por el expediente del recurso a la metonimia, a la sinécdoque o a la idea misma de figuralidad. El deseo de completitud que exhiben estos recursos más o menos “ingenuos” es contrapuesto en el modo irónico radical con el deseo de incompletud propio de esta modalidad, que apunta a frustrar los compromisos precedentes, a impugnar un estado de cosas en una perspectiva de ruptura, transgresora, que se aparece como potencialmente solipsista, relativista, nihilista o peculiarmente idealista. El doble tránsito de la ironía, puede verse, permite comprender la dificultad de los críticos para apreciar el propio talante irónico de White, en tanto en ese talante se hace habitualmente presente la aporía propia de toda captación irónica (como figuralidad y como purga masiva en la dirección de la *metanoia*): humanista liberal y emancipador radical, conformista liberal y nihilista relativista, hermeneuta contextualista o impugnador de toda ilusión referencial, la aporía de White es la de la ironía misma, y no es algo particularmente sorprendente. Su deriva se comprende como parte del tipo de intervención que tiene en mente, por lo que una caracterización de su obrar solo puede advenir una vez relevado el marco (irónico) en el que se inserta el mismo.

Los modos incumbentes apuntan a consolidar una visión en la cual el orden social se reproduce y los individuos se insertan con o sin pérdida en esa reproducción. La política del lenguaje es parte de la política más amplia que pretende consolidar regímenes que validen la producción y circulación simbólica y material. Los modos transfiguradores se yerguen ante las

contradicciones manifiestas a que conducen los modos incumbentes o comprometidos. La ironía despliega primeramente su capacidad contextual, hermenéutica y plural de arrojarlos a consideraciones alternativas e irreductibles, en el modo de la figuralidad; la explosiva carga entimemática del lenguaje polisémico se nos aparece allí entonces en toda su magnificencia. Luego debe auto-exteriorizarse respecto del conjunto de contextos y ramificaciones que trabaja, hasta el punto de generar un cambio radical de perspectiva, *metanoia*, que se abstrae del pleno de campos semánticos intervenidos, y proyecta un *horizonte de necesidad de nuevas identificaciones* que es función de nuevas metáforas, como nuevas intersecciones de campos semánticos, proveer. Pero con esta visión integrada de lo tropológico, con la figuralidad y la *metanoia* incorporadas ¿no nos encontramos ante una “lógica”, ante un “autómata”, ante una “maquinaria de generación de sentido”?

No.

Los tropos se presentan al análisis como un *tipo de vocabulario* para analizar la pragmática del lenguaje cuando interviene en la consolidación de regímenes de prácticas al interior del lenguaje considerado como un ámbito de interacción en un entorno compartido. No se trata de lógica, o condiciones de posibilidad en sentido alguno, sino de configurar un espacio conceptual que nos permita abordar la manera en que la *praxis* lingüística, como parte de la *praxis* en general, contribuye a delinear un sentido de realidad, un relieve del recorrido (histórico) que ha configurado ese sentido, y una noción del tipo de agente que tal realidad y tal recorrido pueden requerir para volverse inteligibles para nosotros en el presente.

Como hemos visto el punto nodal en la obra de White consiste en precisar cuál es el lugar de la prefiguración tropológica en la operación historiográfica. Vimos que los tropos son un conjunto de recursos *hallados e inventados* que permiten volver propio un pasado que se nos presenta como un trasfondo de ocurrencias, intervenciones y materialidades. Constituyen una herramienta que *distorsiona* el pasado y nos *habilita* a la vez tener uno. El modo en que intervenimos en el presente no es discontinuo radicalmente del modo en que otros se han propuesto intervenir en él. La tropología opera tanto como herramienta de interpretación de la configuración de horizontes de intervención y criterios de realidad *para nosotros* como de recurso disponible en el pasado a la hora de narrar e intervenir. Los tropos son, por tanto, un vocabulario en el presente, con el que comprendemos la manera en la que inventamos y creamos un espacio de posibilidad para los mundos posibles, pero a la vez ese vocabulario permite reconstruir el modo en que se ha constituido el discurso como parte de la práctica que ha dado lugar a mundos pasados que son también los nuestros. Aplicamos nuestros propios procedimientos figurativos de acuerdo a nuestras peculiares necesidades compositivas, y así ha sido también en el pasado y es justamente porque entendemos lo que han hecho nuestros antepasados que nosotros obramos como lo hacemos –y que nosotros podemos *obrar en*

*sentido alguno-*, y es justamente por eso también que podemos interpretarlos más allá de las evidentes diferencias contextuales.

Lo que transfiguramos y aquello que nos incumbe no son “mundos”, unidades discretas que se cierran de lado a lado delimitando rígidamente sus *adentros* y sus *afueras*. Son constelaciones y miríadas de campos semánticos, inabordables una a una, marcas, regiones, campos de fuerza, que estaban allí antes de que comenzáramos a balbucear y seguirán estando allí como un cosmos de interacciones cuando dejemos de hacerlo. Configuran el entorno verbal en el que crecemos, maduramos, nos enmendamos, significamos, nos identificamos, repudiamos y buscamos intervenir. La virtud de la tropología no reside en su ubicuidad o en su sistematicidad, sino en que se propone como un vocabulario de orientaciones, de espectros, de intervenciones situadas en el marco de procesos verbales continuos, como una forma de hablar acerca de lo que hemos hecho que elimina el misterio, el extrañamiento, la sensación de radical alteridad y nos devuelve al mundo compartido en el que podemos emprender la trabajosa tarea de decir “algo propio” y la ardua labor de comprender lo que otros (nos) han dicho.

Los peligros para el “tropólogo” comienzan cuando piensa que su vocabulario es más que eso, cuando estima que se trata de un contexto último de significación, un grafolecto o el tipo de léxico respecto del cual no se puede permitir tomar distancia, para contextualizarlo o acotarlo en su uso, poder y extensiones. Y prosiguen cuando se ejercita en un tipo de análisis que consiste meramente en señalar dónde hay metáfora y dónde hay ironía, como si adjetivar y colgarle atributos a los objetos y prácticas lingüísticas fuera un logro duradero. Tomados como grandes unidades culturales (“ascenso y caída de la metáfora”) o como mega-procedimientos a la base de una entera tradición los operadores tropológicos comienzan a perder algo de su riqueza. Hasta cierto punto es inevitable que así sea, pero cuando los campos semánticos puestos en intersección operativa por la metáfora (por ejemplo) son tan vastos como “capitalismo” o “industrialización” se corre el riesgo de pensar que hemos encontrado el contexto último que permite describir y ubicar en un “mapa de locaciones tropológicas” dónde está cada “artefacto verbal”. Sin duda podemos ubicar a Pound en las rémoras anti-industrialistas y anti-capitalistas del conservadurismo proto-fascista, por lo que “naturaleza negra” y “progreso” se nos aparecen como dos campos semánticos macro que remiten sin más al *lado oscuro de la Era de las Revoluciones*; tal ha sido mi propia lectura. Pero como White mismo ha marcado, la “locación tropológica” es contextual y es apenas el comienzo –no el término– de la tarea analítica, que debe luego proceder a desbrozar y relevar detenidamente el conjunto de operaciones desarrolladas por medio de los tropos, que lejos están de remitir a un contexto unitario, una dirección unívoca, un compromiso claro y delimitado con éste o aquel punto del espectro en cuestión (que, adicionalmente, por lo general no es entendido como un *espectro*, sino como una *grilla* con cuatro casilleros).

Entender unilateralmente los tropos, como apuestas diferenciadas (metáfora versus metonimia) usualmente va de la mano con la incapacidad de percibir no sólo su aspecto interrelacionado, sino su remisión a un plano amplio de interacción ritual y deseante que sólo puede ser abordado desde una teoría ampliada del *mythos* tal como lo he desplegado en el capítulo precedente. Los tropos colaboran a segmentar las unidades reconocidas en el dominio bajo análisis, a postular derivas temporales y relieves que habilitan o inhabilitan determinadas agencias y contribuyen a sembrar de guías y señales la práctica lingüística de manera que apreciemos los medios a través de los cuales se validan y legitiman (o no) en la recepción y decodificación determinados comportamientos y prácticas verbales y no verbales.

El peligro no es por tanto “la ironía” o la “metáfora”, la crueldad o la sospecha de una idealización en curso. En realidad cuanto más apreciamos el aspecto interrelacionado de los tropos como vocabulario de análisis de la práctica verbal más nos damos cuenta que resulta imposible “detener” el curso, o proceder en un tipo de lectura “puramente ironista” o “metafórica”. Más bien lo que se muestra analíticamente es que tal “suspensión figurativa” es una vana esperanza, que en todo caso expresa hegemonías o la consolidación de un horizonte que legitima ciertas significaciones y obtura u ocluye otras, pero tal suspensión no puede perdurar, no porque opere una cierta “lógica” del curso tropológico o por ciertas propiedades implícitas misteriosas de la metáfora o de la ironía, sino porque *sabemos lo que suponemos que somos, esto es, agentes, entidades capaces de intervenir en estados de cosas para identificar los cuales podemos desplegar nuestras estrategias incumbentes, pero para modificar los cuales debemos proceder transfigurativamente.*

El aspecto holista de la narración, del *mythos*, *presupone* que somos *agentes* (que entre otras cosas portan la capacidad de obrar narrativamente) que interactúan en un entorno compartido y utilizan el lenguaje como un complejo tráfico de marcas y sonidos con el cual se dan un sentido humano de lo que supone tener una realidad socialmente instituida. La *paradoja de Kellner* es una falsa paradoja, y la tropología no tiene nada que hacer allí. El vocabulario de los tropos funciona como una hetero-atribución que permite comprender lo que han hecho quienes nos han precedido y facilita la comprensión de lo que hacemos, *cuando nos vemos como agentes interviniendo*. Las restricciones que impone no son lógicas, más que en el limitado sentido de la *imposibilidad a priori* a lo Danto: no puedo vaciar o negar irónicamente una constelación de campos semánticos si antes esa misma constelación no se ha visto atravesada por marejadas de identificaciones-pertenencias-abstracciones. No puedo relevar las clases de pertenencia si antes no he identificado los elementos que formarán parte de las clases. No puedo operar el paso de la *metanoía* si antes no he cambiado el punto de vista, si no he llegado al punto de saturación que implica la prodigalidad figural. Pero este es un horizonte “lógico” trivial, tan “determinante” para el obrar lingüístico como lo es para los turistas la información de

que no pueden abandonar la Costa Azul si antes no han arribado a ella o que no pueden realizar el *check out* del hotel si antes no han realizado el *check in*.

La información tropológica del lenguaje ordinario es fundamental en el sentido de que la carga tropológica permite arbitrar entimemáticamente el conjunto de contradicciones y polisemias que fuerzan a nuestro encuadre de creencias permanentemente. La tropología *explica* porqué los hablantes se han comprometido con creencias aparentemente contradictorias, reconstruyendo y explicitando el conjunto de procedimientos “truncos” que han permitido la remisión a estados de cosas incompatibles. La información tropológica no es así una suerte de negación del relevamiento pragmático del obrar verbal y no verbal. Es más bien aquella herramienta que permite una comprensión de la economía categorial y que incrementa la eficacia comprensiva, de manera que permite ampliar los contextos de inclusión y comparabilidad entre obrares diversos. Es porque estamos convencionalmente habituados a obrar tropológicamente que nuestros intérpretes pueden mejor comprendernos. Para ello puede resultarles de suma utilidad comprender los mundos que nos han *incumbido*, aquellos que hemos *transfigurado* y los *puntos de epifanía* que hemos atravesado entre una cosa y la otra.

### *c) Retrogradación III: Ankersmit, la caída de la tropología y el retorno de lo sublime*

Es un hecho que las vinculaciones y similitudes conceptuales del narrativismo inaugurado por White con la teoría literaria (en especial la formalista) y con lo que vagamente se denomina como estructuralismo y pos-estructuralismo parecieron facilitar la asimilación de *Metahistoria* y obras similares, pero los nexos con el así llamado “giro lingüístico” en la filosofía analítica permanecieron borrosos hasta que el filósofo neerlandés Frank Ankersmit se propuso congeniar los *parti pris* de la nueva filosofía de la historia con el legado de autores como Willard van Orman Quine o Richard Rorty (Ankersmit, 1981, 1994 y 2001a). La trayectoria de Ankersmit muestra hasta qué punto esa tarea pudo realizarse antes de que nuevos “giros” en la filosofía de la historia impliquen una súbita modificación de las prioridades teóricas. Habiendo dedicado al menos tres extensos volúmenes a la tarea, Ankersmit termina considerando que la vía emprendida proporciona “una visión razonable de la historicidad de la experiencia, pero fracasa en proveernos con una concepción ajustada de la experiencia de la historicidad” (Ankersmit 1994, de aquí en más HYT; 23). A partir de este diagnóstico inicial lo que me propongo en esta sección en términos generales es 1) caracterizar la inicial propuesta narrativista de Ankersmit y los límites a los que arriba, los cuales parecen impulsar al filósofo neerlandés –y con él a muchos otros- a un “retorno” a las consideraciones teóricas en torno a la experiencia como manera de vadear aquellos límites; 2) mostrar de qué manera esos límites en la propuesta narrativista de Ankersmit han sido leídos por él y por otros filósofos de la historia relevantes como Eelco Runia y Ewa Domanska como un signo de agotamiento del paradigma narrativista y del giro lingüístico

en general, en especial en lo relativo al tratamiento de determinadas problemáticas acuciantes que exigirían una perspectiva alternativa y 3) exhibir la defectuosa comprensión de la tropología por parte de Ankersmit, en el trayecto de rehabilitar innecesariamente una criba de problemas que por un lado no parece especialmente desafiante de los postulados narrativistas en general y, por el otro, reproduce muchos de los problemas que habían suscitado originalmente la orientación narrativista en el sentido en que la hemos desplegado en el curso de esta investigación.

Tal como Ankersmit enfatiza en el inicio de su *History and Tropology* (HYT; 2-4)<sup>43</sup>, la implicancia para la filosofía de la historia de la fascinación por el lenguaje por parte de la filosofía contemporánea ha sido la de una creciente adopción de tres presupuestos que obran en la base de la mayoría de las teorizaciones acerca de nuestras formas de conocer el pasado. El primero de ellos puede sintetizarse como sigue:

1) El lenguaje es “la principal condición de posibilidad de todo tipo de conocimiento y pensamiento significativo” (HYT; 2).

En segundo lugar se asume que

2) desde los enunciados básicos a los *ítems* más complejos del comportamiento lingüístico es posible aplicar un método composicional y atomístico de la significación que, sin pérdida semántica, sea capaz de dar cuenta de la totalidad de los fenómenos que atañen a la esfera lingüística.

De 1) y 2) se desprende que

3) no hay lugar para dudas metafísicas o epistemológicas acerca de los textos históricos considerados como totalidades que no puedan ser encaradas en términos de los constituyentes atómicos de esos textos.

Es decir, hay un tránsito fluido desde los enunciados a las narrativas como un todo, derivado de la pertenencia de ambos elementos a un mismo plano ontológico. El punto central en la obra teórica inicial de Ankersmit ha consistido en rechazar 2) y 3), sobre la base de que “solo una filosofía de la historia centrada en el texto histórico como totalidad puede ser relevante para la filosofía de la historia contemporánea” (HYT; 3). La combinación de 1) con la doctrina del holismo epistemológico de Quine y con el “giro lingüístico” en general conduce al rechazo del *atomismo composicional* presente en 2), y lleva también al intento de encontrar alguna manera de compensar la pérdida de la certeza epistémica que garantizaba 3). Para ello Ankersmit adopta dos presupuestos más, que resultan centrales en la caracterización de su variante del narrativismo. Por un lado

---

<sup>43</sup> En ese texto se resume la propuesta presentada en Ankersmit (1981), que a su vez es retomada en Ankersmit (2001a).



4) Existe una tajante distinción entre escritura histórica e investigación histórica.

Para ello se vincula conceptualmente a la primera con los textos históricos complejos, y a la segunda con la postulación de enunciados singulares atómicos. Pero lo que se gana por un lado en certeza epistémica, ya que los enunciados singulares tienen un contenido empírico contrastable, se pierde por el otro, ya que se confiere con ello una autonomía al plano narrativo que destruye la fluidez que conectaba ambos elementos (enunciados y textos), y ello debido a que

5) Los textos o narrativas deben ser analizados como si se tratara de “objetos lingüísticos” constituidos por elementos disímiles.

Así, en la fase de la investigación histórica se enuncian diversas proposiciones singulares atómicas, a las que se asigna un contenido empírico y valores veritativos derivados de la contrastación con la evidencia; el uso lingüístico es descriptivo, porque consiste en la vinculación de un enunciado con un objeto o evento. Por el contrario, en la fase de la escritura histórica las proposiciones se articulan de una manera tal que adquieren las propiedades de una representación, esto es, de un *sustituto* de la evidencia del proceso histórico en cuestión, y por lo tanto la relación no es descriptivo-veritativo-referencial, sino representacional, carente de adscripción veritativa y de referencia<sup>44</sup>. Dicho de otra manera, este modelo de la narrativa histórica está constituido en su “base” por enunciados singulares a los que resulta aplicable un criterio de verdad correspondentista, y por un “tope” que consiste en las propiedades que interrelacionan esos enunciados, y que tiene que ver con operaciones de selección, interpolación, realce, etc. Este modelo, al que puede denominarse de “*arquitectura atomista quebrada*”, consta entonces de dos niveles categorialmente distintos y para los cuales rigen condiciones notoriamente divergentes de análisis filosófico.

Así, sin contradecir su aceptación de 1), los avatares de la propuesta de Ankersmit lo llevan a la negación de 2) y 3), requiriendo para ello tanto la adopción del holismo quineano como alternativa al atomismo “composicional”, y la re-introducción de un *gap* o brecha conceptual, solo que ésta vez no se da entre el lenguaje como un todo y la realidad, como es usual en el marco de la filosofía analítica, sino entre los distintos usos del lenguaje, esto es, entre la dirección descriptiva en el nivel de los enunciados y la dirección representacional de las narrativas como un todo. De esta manera el rechazo de 2) lleva a

2') La fijación del significado procede holísticamente, esto es, en la consideración de la relación entre enunciados singulares y narrativas complejas la prioridad debe concedérsele a las últimas.

---

<sup>44</sup> El concepto de “representación” que adopta Ankersmit a lo largo de su obra se deriva de la propuesta de Danto (1981); cfr. Capítulo cinco, sección d).

Y el rechazo de 3) lleva a

3') No es posible efectuar un tránsito fluido desde los enunciados a las narrativas como un todo, ya que ambos elementos están situados en distintos planos ontológicos. Un *gap* o brecha conceptual se sitúa entre ambos.

La cesura en 4) tiene por fin "acercar" al lenguaje en su dirección descriptiva con la realidad, pero al costo de vincular demasiado rígidamente la investigación con la postulación de enunciados singulares contrastables empíricamente y totalmente desvinculados de la articulación de narrativas, y de conceder una "peligrosa" autonomía al nivel narrativo de los textos como totalidad que no permite otro criterio de evaluación que el estético. De esta manera parecen ponerse en línea 3'), 4) y 5), pero con ello se está yendo en la dirección contraria tanto a 2'), como de las aserciones propias de Quine y Hanson, entre otros, relativas a la carga teórica de los enunciados observacionales y la subdeterminación de la teoría por los datos, las cuales poco pueden contribuir a la firme demarcación entre lo observacional y lo teórico que está a la base de 4). Por último 5) lo conduce en la dirección de concebir un tercer orden lógico, el de las "sustancias narrativas", equidistante del lenguaje y de la realidad, en el cual los "objetos lingüísticos" encuentran el espacio requerido para que surjan las aporías propias de la representación de los acontecimientos del pasado. Esas *sustancias* son representaciones que obran como constelaciones de enunciados verdaderos referidos al pasado y es así entonces que "una representación histórica es un esquema conceptual que indica el tipo de lenguaje que debería usarse para comprender cierta parte del pasado, un lenguaje predicado para el tipo de enunciados que ha sido usado para construir esa representación" (Ankersmit, 2005, de aquí en más referido como SHE; 61).

No está claro que el abandono del método atomístico composicional exija el tipo de holismo con *gap* entre niveles de la narrativa por el que aboga Ankersmit, y que conducen a una autonomía narrativa solo analizable por medio de criterios estéticos<sup>45</sup>, pero aún cuando así fuera, el tratamiento que de estos últimos hace Ankersmit lo conducen en la dirección de reconocer la incompletud de la propuesta narrativista y le exigen respuestas diferenciadas a problemas supuestamente inabordables desde el punto de vista de la propuesta inicial. Puesto que esos criterios estéticos se derivarán de la tropología más o menos tal como la ha establecido White en *Metahistoria*, y allí reside el valor de la obra whiteana para Ankersmit, no es menos cierto que para éste "la tropología que organiza el conocimiento histórico debe ser entendida como esencialmente similar a las categorías kantianas de entendimiento que organizan la

---

<sup>45</sup> Sobre este punto véase Gorman (1997: 406-415), quien ha realizado incisivas críticas que tienen por efecto generar serias dudas acerca de la correcta comprensión por parte de Ankersmit de las nociones más básicas de la filosofía de Quine. Adicionalmente puede preguntarse en qué sentido relevante el modelo "atomista quebrado" de Ankersmit, con su *gap* irremontable entre enunciados y narrativas como un todo, puede ser considerado como un tipo de holismo.

experiencia ordinaria" (HYT; 9). En esa clave "el sujeto trascendental transforma la realidad nouménica en una realidad fenoménica que se ha adaptado en sí misma a la estructura del sujeto trascendental" (ibíd.; 13), y de esa manera logra apropiarse de la realidad. Hemos visto cómo en la propuesta whiteana la tropología opera como el fundamento de la apropiación disciplinar del pasado alienado, pero esa apropiación es posible dentro del marco de la distinción entre lo bello y lo sublime (TDC; 58-82).

Lo bello es, así, lo que puede ser reapropiado dentro de la dinámica de los tropos, mientras que lo sublime escapa a esa matriz. La representación histórica en esta lectura kantianizante —que ya hemos recorrido en el capítulo tres— queda entonces situada en un doble borde riesgoso: por un lado cumple una función crucial en la re-apropiación de un pasado alienado, pero por el otro de-sublima el pasado, convirtiéndolo en una pieza digerible dentro de una orientación cognitiva presentista. De cara a ciertos eventos o procesos difícilmente reapropiables dentro del marco de la representación, no resulta extraño que la disciplina historiográfica haya presenciado numerosas "revueltas" contrarias a la apropiación representacionista, en la medida en que la des-sublimación misma del discurso disciplinar impide la correcta o plena apreciación de ciertos aspectos particularmente "incómodos" del pasado. En esta lectura, el último tercio del siglo XX muestra entonces "la caída de la metáfora", el fin de la estrategia tropológica de apropiación del pasado y "producción de significado allende las rupturas", y el cese de nuestra capacidad lingüística de habérmolas con un pasado esquivo. El enfoque metafórico, kantiano, trascendentalista, encontraría su límite en la hermenéutica gadameriana, donde la interpretación del texto histórico cobra primordial relevancia, y donde la experiencia de su significado se vuelve una parte de la historia de la interpretación del texto, quedando constreñida la primera a la segunda. Este enfoque socava, en opinión de Ankersmit, el proyecto kantiano, pero se vuelve incapaz de dar cuenta de la experiencia de la historicidad, ya que para Gadamer "no hay nada fuera de estas historias-interpretaciones o fuera del lenguaje de la interpretación dentro del cual esas historias están encapsuladas" (SHE; 79). La implicación que se desprende de *Verdad y Método*, según Ankersmit, es que

"podemos entender el pasado solo en tanto y en cuanto ha tomado servicialmente una apariencia lingüística. Entonces, el lenguaje es «la Casa del Ser que puede ser comprendido», como Gadamer escribió; y lo que está fuera de «la casa del lenguaje», necesariamente excede nuestra comprensión" (ibíd; 79-80).

De esta manera "*Erfahrung*, la experiencia, es reducida una vez más al mismo penoso estado de oscuridad e irrelevancia que el *Ding an Sich* del trascendentalismo kantiano —y por la misma razón" (ibídem.). La manera de superar esta sumisión al *trascendentalismo lingüístico* consiste en recuperar la continuidad esencial entre objeto de la percepción y acto de percepción propio de la concepción hilemórfica del conocimiento presente en el *De Anima* aristotélico. La única forma de salvar la insuperable brecha a la que conducen el cartesianismo y el kantianismo —y también el hiper-desarrollado cúmulo de teorías que hacen centro en el lenguaje, esto es, el

estructuralismo, el narrativismo, la teoría literaria, el pos-estructuralismo, la filosofía del lenguaje pos analítica y las diversas variantes de lo que Ankersmit denomina despreciativamente “la burocracia de la teoría”- es concibiendo como un acto de primordial relevancia filosófica la necesaria inseparabilidad entre sujeto y objeto y el redescubrimiento de nuestra capacidad de estar “conectados” con el ámbito de nuestras experiencias. De esta manera, y en lo que tiene que ver con el conocimiento histórico, “la experiencia de nuestro pasado no es la apropiación de una realidad distinta de nosotros mismos, sino el descubrimiento de lo que ha sido siempre parte nuestra pero ha adquirido cierta independencia en el curso del tiempo” (Gorman, 1997; 414). El declive de la tropología y del narrativismo como tal se avizora en estas líneas, en tanto advertimos el encierro al que conduce el excesivo “lingualismo” de la hipertrofiada capacidad teórica narrativista, y se configura al mismo tiempo el anuncio del retorno de la experiencia, en tanto “los triunfos de uno son, inevitablemente, las derrotas del otro” (SHE; 11). Y de este modo, sinuoso como el discurrir de una grieta que lleva a otra, la filosofía de la historia encuentra la manera de arribar a una nueva era, signada por aquello que *ya no es*.

El reflujo del narrativismo y de la gran época de la teoría lingüística en torno al conocimiento histórico es usualmente manifestado por medio de un “deseo de liberarse de la prisión del lenguaje” y reconocer el simple hecho de que más allá de los límites del lenguaje se yergue lo sublime (Roth; 2007; 66), de que nuestros modos de concebir el conocimiento y la representación son una pobre ayuda de cara a lo *irrepresentable*. Dar cuenta de estas mutaciones y dificultades es lo que pretende Ankersmit en *Sublime Historical Experience*. En esta vasta y ambiciosa obra se propone mostrar cómo la experiencia del pasado se convierte en un problema para el historiador que se propone representar el pasado. La pregunta central que motiva a Ankersmit es

“¿cómo y por qué hemos devenido fascinados por nuestro pasado colectivo, en términos de la noción de «experiencia histórica sublime»? Para una nación, una colectividad, una cultura o civilización que ha tenido tal experiencia histórica sublime, el pasado y la conciencia de ese pasado devienen realidades ineluctables. El pasado será constituyente de lo que son en la actualidad en la misma medida en que nuestras extremidades son partes constituyentes de nuestros cuerpos, y olvidar el pasado entonces sería una amputación intelectual” (SHE; xv).

Ankersmit nos recuerda, en primera instancia, que el recorrido de la filosofía de la historia en el siglo XX –como ya he mencionado–, parece reducirse al reconocimiento de dos grandes etapas –la del debate explicación-comprensión y la narrativista–. Según Ankersmit, más que oponerse ambas etapas deberían complementarse y, al mismo tiempo, ser analizadas *en conjunto*, en relación con aquello que han ignorado. Eso que han pasado por alto es la *dimensión de la conciencia histórica*, “del hecho de ser consciente de que ha habido un pasado que es parte de lo que ahora somos y al cual deberíamos responder de una u otra manera” (ibídem.).

Lo que ahora propone Ankersmit es rehabilitar la idea de que un esquema conciencia-lenguaje-experiencia (ibíd.; 6) une al sujeto con el mundo, apelando a los términos clave de “contacto directo” y “representación”. Si no hubiera contacto directo, la experiencia requeriría una mediación lingüística con el mundo, y si no hubiera “representaciones” (se supone que en correspondencia con el mundo) la conciencia subjetiva no tendría forma de abrirse paso entre los “muros” de lo mental hacia el ámbito público del lenguaje. Es decir, se trata de una apuesta triple: *que hay conocimiento directo, que hay representaciones* y que todo eso redundando en *que la experiencia es un concepto necesario* que resurge en simultáneo en la historiografía y en la filosofía. La aseveración de las tres cosas constituye la máxima meta de su última gran obra. El agregado es que

“este libro propone la tesis inusual de que existe algo así como una «experiencia intelectual» y que nuestra mente puede funcionar como un receptáculo de experiencia no menos que nuestros ojos, oídos y dedos. Nuestras mentes habitan un mundo de objetos potenciales de experiencia intelectual” (ibíd.; 7).

Ese mundo de objetos potenciales de experiencia es el tercer orden lógico que las sustancias narrativas definen, tal cual fue expuesto previamente –lo cual nos reenvía sin más a las intermediaciones epistémicas tan criticadas por Davidson y tan defendidas por Danto que hemos transitado en el capítulo cinco de esta investigación; en este punto los aportes de Ankersmit son nulos, con independencia de la “inusualidad” de su tesis-, y para su correcta comprensión se requiere una re-evaluación de la noción de experiencia histórica “que tenga el coraje de desconectar verdad y experiencia” (ibíd.; 12) y que sea capaz de sostener “una concepción anti-cognitivista no convencional” de la experiencia que no suponga la existencia de un sujeto de experiencia, cosa que es posible si se la considera desde un punto de vista global, “un contexto de perspectiva de culturas o civilizaciones”. “La noción de experiencia histórica refiere aquí a cómo una civilización puede relacionarse con su pasado tal como es expresado en y por su conciencia histórica”, en especial “enfocando a lo que podrían denominarse experiencias de ruptura en las cuales una civilización descarta una identidad anterior mientras define su nueva identidad precisamente en términos de lo que ha sido descartado” (ibíd.; 13). Pero esa definición sólo es posible “desde el supuesto de que hay un nivel centrado en cómo nos relacionamos con el pasado que precede aquel en el cual los historiadores desapasionadamente investigan un pasado que está objetivamente dado para ellos” (ibíd.; 14). Esto es, si hemos de suponer que hay dos niveles, es porque uno está regido por la perspectiva cognitiva, teórica, centrada en el sujeto, con el cual construimos nuestra versión acerca del mundo como un continuo, mientras que el otro, “a la base”, contiene todo lo que le interesa a Ankersmit –anti-cognitismo, perspectiva o visión de mundo, ruptura- y que es el objeto del entero libro recorrer. Uno es el terreno del lenguaje histórico, de la referencialidad, del descriptivismo, de la verdad. El otro es el ámbito de lo inefable, de lo ineluctable, de lo no

lingüístico o de lo que no puede ser expresado plenamente de manera lingüística –porque lo inefable y lo lingüístico son “mortales enemigos”, y uno no puede expresar al otro-.

En rigor, “el lenguaje es una coraza que nos protege contra los terrores de un contacto directo con el mundo expresado por la experiencia (...) el lenguaje, el orden simbólico, nos permite escapar de las perplejidades de una confrontación directa con el mundo tal como es dado por la experiencia” (ibíd.; 11). Estas “definiciones” de lo que es el lenguaje, permiten inferir, por la negativa, de qué manera Ankersmit construye “la experiencia”: es nuestro contacto directo (y terrorífico) con el mundo dado (y “perplejizante”, lo cual puede entenderse o bien como “carente de significado”, o como “portador de significados contradictorios”). Quizás de manera más neutral, la experiencia puede ser definida como *el encuentro o contacto directo con un mundo carente de significado estable atribuible*. Omitiendo entonces lo “terrorífico” y lo “perplejizante”, quedan dos nociones centrales: la de contacto directo y la de carencia de significado. Para la primera la idea de “inmersión táctil” no lingüística resulta fundamental, y de allí el interés en el hilemorfismo. Para la segunda resulta crucial la dicotomía experiencia-representación: aquélla es la vía hacia el significado, desde la materialidad, pero carece de él; la segunda es el proceso mismo de significación, pero depende conceptualmente de la primera. Entre la materialidad y la representación está la experiencia, que es un vector que conduce de una a otra. Pero si no hubiera un esquema de correspondencia supuesto en este esquema, carecería de sentido indagar por estos tránsitos de significación, y el mismo Ankersmit lo reconoce, ya que para ello coloca una pata descriptiva en la arquitectura representacional que se mueve por relaciones atómicas de correspondencia entre mundo y lenguaje, por más que la arquitectura luego vaya en otras direcciones.

En este esquema resulta claro por qué es tan importante rehabilitar el concepto de experiencia, cuál es la función que cumple. De cara a una experiencia de ruptura de escala civilizatoria, que ha dejado un pasado en restos ante nosotros que nos constituye en lo que somos, el contacto directo entre la materialidad, la objetualidad y las representaciones resulta de primordial interés, en tanto y en cuanto una vez rechazado el dualismo entre sujeto y objeto, ese contacto resulta ser la única forma de saber a la vez lo que somos y lo que *ya no* somos.

En resumen, el programa ankersmitiano de rehabilitación de la experiencia tiene una finalidad, que es mostrar su conveniencia para el tratamiento de situaciones relativas a a) lo no-cognitivo, b) de escala civilizatoria y c) de ruptura. El concepto de experiencia resultante tiene que, de todos modos, evitar la resurrección de un concepto de sujeto de la experiencia (se trata entonces de un tipo de experiencia que no requiere la apelación al solipsismo o la reconstrucción de un fuero interno), y por ello se desprende la conveniencia del repudio del cartesianismo y el kantianismo, todo lo cual conduciría en la dirección del hilemorfismo aristotélico.

Podemos ver cuán lejos estamos de la concepción narrativista inicial, en la medida en que Ankersmit se encarga de recargar las limitaciones de un enfoque centrado en el lenguaje para el tratamiento de estas cuestiones. Respecto de su anterior propuesta (la que está representada por los enunciados 1, 2', 3', 4 y 5) Ankersmit parece concebir el nuevo giro en torno a la experiencia como un movimiento de "ensanchamiento" o adición, de manera que su nuevo enfoque parece incluir sus anteriores preocupaciones al interior de un conjunto más vasto. Ese conjunto abarca ahora lo cognitivo y lo no cognitivo, el área del lenguaje y el área de la experiencia, y la tarea de Ankersmit ahora es articular una teoría de la compleja dialéctica entre ambas. Quienes se hacen cargo de absorber la responsabilidad de representar a todos los enfoques —estrechos— centrados en el lenguaje (con su carga de presunto determinismo, trascendentalismo y repudio de la noción de experiencia) son Richard Rorty y Hans Georg Gadamer<sup>46</sup>. Según Ankersmit el principal problema es que el enfoque lingüístico o hermenéutico a lo Gadamer fracasa en apreciar la inmediatez de la experiencia, algo que curiosamente es extensible a Davidson<sup>47</sup>. En palabras de Roth "Ankersmit añora esa inmediatez; piensa que es importante que haya una esfera inmune a la contaminación del lenguaje. Pero más problemáticamente aún, quiere escribir sobre ella" (Roth, 2007; 67). Ni Rorty ni Gadamer ansían ni una cosa ni la otra y es por ello que "al perder contacto" se privan de una importante captación de los aspectos intrínsecamente rupturistas, trágicos, discontinuos y no cognitivos de la historia y de la esfera de lo no-lingüístico. Según Ankersmit esa captación es posible sólo si aquel que se propone acceder a la comprensión cae en la cuenta "de que el más afinado instrumento y el más sofisticado a su disposición (...) es él mismo y su propia experiencia" (SHE; 68). Llamemos historiador a esa persona y postulemos que el pasado y el historiador se encuentran, momentáneamente, de manera directa, inmediata, de un modo que excede toda contextualización y que no la recomienda en absoluto. La auténtica experiencia adquiere así un matiz extático, que trasciende toda demarcación temporal y espacial, y aquí Ankersmit recupera de Huizinga la noción de *ekstasis*, es decir "un movimiento por el cual el historiador sale de sí mismo y alcanza el pasado" (ibíd.; 121). No deja de ser curioso que detrás de la venerable tradición largamente bicentenaria de la auto-exteriorización y auto-despliegue de las formas de la conciencia de acuerdo al paradigma romántico (esto es, se trata ni más ni menos que del proceso de la *Bildung*, sobre los lineamientos que ya hemos abordado en el capítulo seis,

---

<sup>46</sup> Curiosamente en Ankersmit (2001a; 29-74) dedica un capítulo a evaluar las relaciones entre giro lingüístico y la teoría literaria representada entonces por Hayden White, con un balance mucho más favorable a Rorty, mientras que sus críticas van dirigidas a las limitaciones y rigideces del planteo whiteano.

<sup>47</sup> Lo cual constituye una sorprendente acusación, en virtud de que, como hemos visto en el capítulo seis, sección c, la acusación suele ser más bien la contraria: en términos de Greisch, la postura davidsoniana parece suponer un confiado "contacto directo con los objetos". Así las cosas se está acusando al mismo *corpus* filosófico (el de Davidson) de una cosa y de la contraria, con la única finalidad de justificar las complejas mediaciones que tanto Ricoeur como Ankersmit suponen necesarias de cara a los peligros "del énfasis lingüista" aparentemente inherentes a la filosofía del lenguaje pos-quineana.

sección b; cfr. Gadamer, 2007; 38-48) Ankersmit encuentre el paradigma mismo del tipo de “aproximación novedosa” al que su hartazgo ante la “burocracia de la teoría” parece conducirlo.

La noción *extática de inmersión en la experiencia auténtica del pasado* se contrapone al intento de contextualización y mediación por medio del lenguaje, y es allí donde se vuelve perceptible lo sublime del pasado y la incompatibilidad del mismo con las categorías epistemológicas, lingüísticas, propias de toda investigación profesional y disciplinar. En esta contradicción, entre un *ekstasis* privado, eventual, no cognitivo, y la práctica pública rutinaria se yergue el riesgo y la virtud de un “pasado privatizado” por el cual Ankersmit ya ha abogado en varias ocasiones<sup>48</sup>. Esa inmersión, táctil, profundamente reluctante a las metáforas visuales y mucho más cercana a la sensación corporal de avasallamiento pasivo, tiene similitudes asombrosas con el concepto de trauma, como una forma de vadear el representacionalismo y la búsqueda de significación, mediación contextual y lingüística. Según Ankersmit “el trauma puede ser visto como la contraparte psicológica de lo sublime y lo sublime como la contraparte filosófica del trauma” (SHE; 338), de lo que se deriva que el auge notable de los *trauma studies* y la preocupación por las aporías de la memoria social en los últimos años vienen a entrar en consonancia tanto con el declive del modelo lingüístico o narrativo como con la recuperación del concepto de experiencia (ejemplar en este sentido es La Capra; 2001). Pero más aún implica todo esto el resurgir de la idea “del sueño de un bello trauma, de una inmediata fluidez con el mundo, previa a la modernidad” (Roth, *op.cit.*; 73), que nos devuelva al universo épico de la consolación romántica, en el cual el sueño de la fusión y la identidad entre el sujeto y el objeto deja atrás las aporías de la autoconciencia. El resultado de esa afanosa búsqueda romántica implica el rechazo de lo que Ankersmit considera como inclinación “absolutamente sofocante en la cultura contemporánea”, la incapacidad de “un auténtico e inmediato contacto con el mundo” (Ankersmit, 2003; 419). Que ese contacto es posible, y que es deseable, es el *dictum* esperanzado del filósofo romántico que viene a poner fin al mandato irónico centrado en las siempre renovadas imposibilidades del lenguaje.

La manera en la que ese contacto procede ha sido explicitada, dentro del mismo movimiento teórico de rehabilitación de la experiencia, por el filósofo y literato holandés Eelco Runia, quien en estricta consonancia con las últimas propuestas de Ankersmit se propone trascender el “énfasis textualista” en la consideración de nuestro pasado. En su artículo de 2006 “Presence” (Runia, 2006a) realiza una sucinta recapitulación de los avatares de la filosofía de la historia de los últimos treinta años y aboga en pos de la “necesidad de una nueva filosofía de la historia” que vaya más allá de la égida del “representacionalismo” (vg. el énfasis lingüístico y teorizante que pone bajo la pauta tropológica la dotación de un significado al pasado), en la medida en que un pasado no-representado ni representable se hace *presente en el presente*,

---

<sup>48</sup> “In praise of Subjectivity” (en Ankersmit, 2001a; 75-105) es una de ellas.



subordinando todas las operaciones cognitivas habituales que se proponen la generación de significado. La presentación de Runia procede por medio de polarizaciones que apuntan a mostrar los enfoques teóricos dicotómicos que es susceptible postular de cara a la conceptualización de nuestros modos de lidiar con el pasado. Los procesos cognitivos que derivan en la significación y la representación hacen su centro en el tropo maestro de la metáfora, esto es, la transferencia de significado, la continuidad y la contextualización lingüística. Por el contrario los aspectos no cognitivos del pasado irrumpen en el presente evitando la significación y la representación, presentándose nos “tópicamente”<sup>49</sup>, en su materialidad y su simultaneidad o sincronidad bajo el tropo maestro de la metonimia, figura centrada en la díada contigüidad-discontinuidad. Así, la metáfora contextualiza, mientras que la metonimia destruye el contexto (se trata de una curiosa inversión de las definiciones clásicas, pero podemos provisoriamente ignorar este tópico). El símbolo y la materialidad se contraponen como también lo hacen el proceso consciente de transferencia de sentido al pasado y la irrupción sorpresiva e inadvertida del pasado “polizón” en nuestro presente. La metáfora ordena, la metonimia disturba<sup>50</sup>. La metáfora prioriza la conexión *sintagmática* entre elementos lingüísticos pertenecientes al código lingüístico, la metonimia por el contrario marca la salida del universo simbólico, y conecta al lenguaje con lo prelingüístico. Lo que se opone al significado, a la metáfora, es esa materialidad que, a falta de un mejor nombre, Runia denomina “*presencia*”, esto es, “estar en contacto con gente, cosas, eventos y sentimientos que te han hecho la persona que eres” (ibíd.; 5). Es una *passion du réel*, prosigue Runia citando a Badiou, que constituye “el lado denotativo del arte, la conciencia y la vida” (ibídem.).

Esa materialidad se dispone como una “totalidad funcional, un conjunto de cosas que está genética, ontológica y existencialmente separado (...) un prodigio de continuidad tanto como una orgía de discontinuidad” (ibíd.; 9); aquí la analogía se traza con el desarrollo de una ciudad: la carencia de uniformidad en el despliegue urbano, la irregularidad, el carácter local, oportunista y errático de su modo de “hacerse” es rescatado como análogo al de la realidad del día presente y a la evolución misma de la disciplina histórica. El modo metonímico de disponer las cosas favorece la existencia de *Fremdkörper* (objetos fuera de lugar), fístulas que conectan y yuxtaponen elementos disímiles en el aquí y el ahora. Según Runia esos objetos extraños, esos conductos que vienen de polizones desde el pasado, nos sorprenden y nos constituyen a la vez, abordándonos desde su materialidad, hasta que son reabsorbidos por el área del significado, por la contextualización, la metáfora, y devienen *clichés*, no estando ya fuera de su lugar, sino debidamente insertos en una trama de significados que le quita poder de sorpresa. Mientras

---

<sup>49</sup> La necesidad de recuperar la analogía con el espacio, de transformar el tiempo en espacio, es resaltada por Runia como un punto central en este “nuevo enfoque”. Para ello se retrotrae –él también– a la *Scienza Nuova* de Giambattista Vico en donde encuentra concepciones alternativas a las cartesianas para el desarrollo de su posición (Runia, 2006a; 9-14).

<sup>50</sup> Para estas contraposiciones y las definiciones de “metáfora” y “metonimia”, véase Runia (2006a; 15-19).

opera metonímicamente, el objeto “abre a una realidad” por fuera del lenguaje y la significación. Cuando se convierte en una metáfora es parte de la rutina simbólica y ya no conduce a nada. El “abrir una realidad” significa, en opinión de Runia, que por un instante “la accesibilidad del pasado” propia de la metonimia irrumpe en nuestra superficie rutinizada de significaciones, y algo extraño, fuera de lugar, permite el descenso a través de conexiones impulsadas por la materialidad “hacia un momento epifánico en el cual la realidad histórica cesa de estar ausentemente presente en palabras y frases y se ubica ante nosotros” (ibíd.; 27).

El aporte de Runia consiste en mostrar la operación concreta que nos transporta del mundo del significado a la esfera de la experiencia auténtica por medio de la irrupción de lo sublime, lo real. La tesis de Runia es que 1) esa dinámica es mejor explicada por el interjuego entre metáfora y metonimia, entre contextualización cognitiva y ruptura epifánica. En esa dinámica 2) el contacto directo entre la conciencia y la realidad es discontinuo, sometido al relativamente breve momento en el cual la metonimia rompe con la continuidad y establece una contigüidad perturbadora por medio de la materialidad del *pasado presente en el presente*. Ese momento durará tanto como demoren las facultades cognitivas en reiniciar la tarea re-contextualizadora metafórica. Y 3) que eso ocurre lo prueba el hecho de que recurrentemente nos vemos sorprendidos por el pasado que se arrastra hasta nosotros, por todo lo cual la tarea de la filosofía de la historia es proveer un marco interpretativo a esa materialidad. Mientras ese marco sea el de la empresa teórica denominada “narrativismo”, seguiremos inmersos en la estrategia de la significación, la contextualización y la mediación metafórica (las tres tesis en ibíd.; 29). Por el contrario sólo las estrategias disruptivas y anti-cognitivas de la metonimia pueden asegurar las condiciones de posibilidad para que cuando esos “momentos epifánicos” se presenten éstos no sean diluidos al interior de las presiones de la marea re-contextualizadora, a cargo de la “burocracia de la teoría”. Así, paradójicamente, la forma de *comprender* lo no cognitivo es por medio de la propuesta de un marco interpretativo que no contextualice, que sea lo suficientemente abierto como para no “simbolizar”, y que se limite a meramente asentar la existencia de un dominio de objetos caracterizados por su ausencia, liberándonos de la carga de la teoría y de la opresión del textualismo. Si así fuera estaríamos asistiendo entonces, al fin del narrativismo y al surgimiento de una nueva y promisoriosa era en la filosofía de la historia pos giro lingüístico.

No visitaré aquí lo que considero inexactitudes en la reconstrucción de Ankersmit y Runia respecto de las posiciones de White, Rorty, Davidson o Quine, por ejemplo, ni los problemas genéricos que genera esta concepción del lenguaje y de la representación que en su *particular* “holismo” culmina desconectando radicalmente escritura histórica e investigación, provocando el tipo de brecha que, *acertadamente en este caso*, repudiaba Chris Lorenz (cfr. Capítulo tercero). Considero que allí donde los señalamientos de Ankersmit divergen de los de White (y lo hacen de manera creciente) su rendimiento teórico es considerablemente inferior y

suscita a cada paso el tipo de problemas que muchos críticos al narrativismo han resaltado desde *Metahistoria* en adelante, sólo que en este caso de cara a una propuesta declaradamente idealista, subjetivista y orientada a una captación primordialmente estética del pasado. Por el contrario lo que me interesa en particular es considerar el aspecto notablemente limitado de la comprensión del procedimiento tropológico en Ankersmit, tal como se manifiesta en el giro “experiencialista” por el cual tanto él como Runia abogan.

Ankersmit o Runia han suscripto, de una u otra manera, la idea de que la metáfora es un vehículo *cognitivo* capaz de representar por medio de procesos de transferencia, identificación y contextualización. La metáfora es un «esquema» para el «contenido» recurrente del mundo, proporcionando razones para la creencia. En esta visión la metáfora permanece encerrada en lo cognitivo, esquematizando y contextualizando (y ese es básicamente el reproche de Runia y del mismo Ankersmit, su endiablada capacidad para *producir significado*), mientras que en la perspectiva propia de Frye o de Davidson *es justamente la metáfora la que rompe con los usos rutinarios*, la que muestra los límites del uso y la convención, y la que explica el cambio en los usos lingüísticos, las creencias y las visiones de mundo. Debería entonces apreciarse la ventaja de este enfoque, si lo que interesa es concentrarnos en una perspectiva amplia “de culturas o civilizaciones”, pero la desatención de los teóricos del *giro a la experiencia* respecto de este punto abordado expresamente dentro del marco del giro lingüístico es por demás desconcertante. Desconcerto que quizás pueda aplacarse en tanto pueda apreciarse que lo que la concepción davidsoniana de la metáfora provee es una secuencia del cambio de los usos lingüísticos no previsible, no teleológica, no sujeta a criterios, patrones o figuras (en analogía obvia con las mutaciones genéticas en el evolucionismo darwiniano), cuando es justamente en pos del establecimiento de esos criterios o patrones para lo cual se proponen las figuras y representaciones históricas de Ankersmit. La diferencia estriba en que el patrón Frye-Davidson cubre tanto el rango del cambio en la continuidad (el evolucionismo reformista, diríamos) como la mutación revolucionaria, bajo la figura de una interrelación inestable entre el área del significado y el irrumpir de la metáfora, mientras que el esquema ankersmitiano se concentra primordialmente en las experiencias de ruptura y el halo sublime concomitante con las mismas. El mérito de Runia, según hemos visto, consistiría en suplir este error proveyendo un esquema dinámico centrado en la metonimia y la metáfora que remeda, en lo sustantivo, el esquema de Jakobson en torno al par metáfora-metonimia (aunque “inviertiendo” sus propiedades; Runia, 2006a; 15-19), pero en términos tan generales y superficiales que cuesta comprender qué utilidad podría conferírsele a un esquema dual tan impreciso.

El balance de esta trayectoria teórica seguida por Ankersmit no arroja, ciertamente, ninguna ventaja decisiva a favor del retorno a la experiencia. Los problemas de contacto, el lugar del lenguaje, la noción de representación como esquema y la idea de metáfora como contextualización o como ruptura pueden ciertamente ser enfrentados o bien

I- repudiando al dualismo de sujeto y objeto y al "lingualismo" y vinculando a la representación con un sustrato sublime de experiencia que lo fundamenta y reconsiderando a partir de ello la dialéctica entre metáfora o metonimia

o bien

II- descartando igualmente el problema del contacto sobre la base de una descomposición del lenguaje en sus usos lingüísticos, negando la relevancia epistémica del concepto de "representación" y ponderando el carácter no cognitivo de la metáfora.

No está claro que la opción I- sea claramente ventajosa por sobre II- en el tratamiento de las problemáticas que interesan a Ankersmit o a Runia. En mi opinión lo que sí es cierto es que el giro lingüístico y el narrativismo no consideran ni prioritaria ni irresoluble la agenda de problemas que preocupa al "experiencialista" debido a que

1- la experiencia no determina lo que el uso lingüístico que versa sobre ella es. Los estados físicos o causales no son descriptibles en términos unívocos (o no tienen una descripción primitiva, que es lo que se esconde detrás de la figura del "contacto directo experiencia-mundo"): causación y descripción corren por vías paralelas.

2- no hay un interés en la oposición tajante entre lo cognitivo y lo no cognitivo, sino entre el área del significado (uso normal del lenguaje) y la metáfora (uso revolucionario o anómalo); la suposición de que pueden reconocerse de manera *a priori* orientaciones cognitivas y no cognitivas en el marco de una escisión radical del comportamiento humano es un *parti pris*; y

3- para lo que tiene que ver con la perspectiva "cultural o de civilizaciones", no es necesario centrarse en el ámbito "de las ideas históricas", sino

3a- en los deslizamientos, saltos y continuidades que supone la evolución de cierta especie que intercambia trazas y sonidos y se relaciona con un entorno al cual a su vez afecta y

3b- en la infinidad de usos de esas trazas y sonidos que exigen no consideraciones *a priori*, sino estudios empíricos, concretos, no filosóficos, de corte antropológico o filológico.

Ciertamente al nivel de 3-a) sigue siendo posible para el narrativista (de tipo whiteano) hacer ocasionalmente relatos amplios, casi especulativos, sobre la dirección que asume un vasto espectro temporal –al estilo de la "evolución de las especies (lingüísticas)" o del "ascenso y caída de la metáfora", que tanto pueden centrarse en la ruptura como en la continuidad-, pero no constituyen más que la abreviatura (no explicativa, sino explicada por), de la miríada de

transacciones que se suceden en 3b), las cuales exigen otro tipo de acercamiento, contextual, empírico, explicativo. Por el contrario el análisis de los usos lingüísticos en Ankersmit se transforma en

1'- el problema del contacto directo experiencia-mundo, para el cual la tríada correspondencia-representación-cognitismo metafórico se vuelve fundamental mientras que el lenguaje y lo cognitivo en general se caracterizan por las aporías que suscitan y las brechas conceptuales irresolubles *ab initio* que introducen;

2'- el problema del significado como dualismo descripción-representación, que es una transliteración de la oposición entre lo cognitivo y lo no cognitivo, lo objetivo y lo subjetivo, lo público y lo "privatizado"; y que supone que tales estados pueden reconocerse siempre y son inconmensurables; y

3'- el problema de hacer a la vez lo que el narrativista hace por turnos (3a o 3b), concediendo especial importancia explicativa a

3a') las ideas o representaciones que son arquetípicas de ciertas culturas o épocas o civilizaciones, en contextos de ruptura, contextos dentro de los cuales esas ideas se convierten en constitutivas de la experiencia subjetiva misma, es decir, tienen un papel explicativamente fuerte.

Como se ve, el contraste más claro entre ambas posturas se da entre 3a y 3a': para el narrativista o la matriz teórica seguida en esta investigación (eje Frye-Davidson-White) 3a) se trata de una abreviatura, no explicativa, de los estudios empíricos en 3b), concentrándose en los usos, la evolución y las disonancias de las prácticas lingüísticas; para Ankersmit la captación de 3a') se trata de una visión reveladora, constitutiva tanto de lo cognitivo como de lo no cognitivo o "experiencial", que hace posible (y no a la inversa) los posteriores y eventuales estudios empíricos (3b), concentrándose en las ideas, las sustancias narrativas, las experiencias y las representaciones epocales. Ciertamente la contraposición entre metáfora y metonimia en Runia permite tratar tanto el fenómeno de la ruptura (que tanto apasiona a Ankersmit) como la evidente continuidad de las prácticas sociales, pero en ese sentido el enfoque "lingualista" puede cubrir el mismo dominio de continuidades y rupturas, sólo que trocando metáfora por metonimia y concibiendo de otra manera el lenguaje. Adicionalmente en 2) y 2') hay también una diferencia importante en nuestra capacidad de discernir estados cognitivos de los no cognitivos, pero en sí mismo esto no sugiere ningún demérito de lo no cognitivo en el giro lingüístico, como parece creer Ankersmit, tratándose ciertamente de un registro que aspira a ser cubierto por la filosofía del lenguaje de Davidson, tal como tuvimos ocasión de apreciar tanto en el capítulo cinco, como en la exposición de la noción davidsoniana de metáfora.

Lo que sí es relevante es que al denominar no cognitivos esos estados y al pretender sustentar una teoría sobre ellos que, *a la vez*, sea explicativa de los estados cognitivos, Ankersmit se obliga al mismo tiempo a emprender la contradictoria tarea de situar a la teoría en el mapa de la tajante distinción así instaurada entre lo cognitivo y lo no cognitivo, y por otro lado conduce a la pérdida de sutileza en el tratamiento de los estados lingüísticos no cognitivos que, por ser lingüísticos parecen arrojados al metaforizar de Runia, cuando justamente para ellos es que sirve y cuenta el metaforizar de Davidson-Frye. Por último, para una teoría no cognitivista de la relación entre experiencia sublime y representación histórica (en los términos de Ankersmit) se termina generando una noción de representación (en 2') y de criterio de evaluación epocal del cambio representacional (en 3a') que es auto-explicativo y que parece dejarnos de cara a una maquinaria que funciona sola, sin que nada justifique su inclusión ni los parámetros de su previsible evolución. Que hay experiencias de ruptura y que hay ideas históricas que delimitan contornos epocales es algo de lo que, aparentemente, no podemos permitirnos dudar. No sólo eso, no son esas experiencias ni ideas lo que debe ser explicado, sino que son parte del *explanans*, aquello que sirve para poner en cuestión lo que constituye el objetivo máximo del nuevo proyecto ankersmitiano: "la burocracia de la teoría". Adicionalmente las *ideas históricas* son para Ankersmit y Runia la clave de la interpretación de la experiencia histórica y son la base de las demás empresas cognitivas (3b). Por el contrario para el "lingualista" 3a) es una mera abreviatura de un cúmulo de explicaciones densas, empíricas, al nivel de 3b). Como tales, las representaciones en 3a), con todo lo imprescindible que son para la provisión de imágenes sinópticas y visiones orientadoras de conjunto, no constituyen la base de 3b) sino que es más plausible lo contrario.

En cuanto a las situaciones de ruptura, o de cambio, y la consideración de la experiencia misma como esencialmente traumática y sujeta a quiebres, no hay motivos para suponer que el cambio ha de ser esquemático o de acuerdo a "formas", y no en una variante a-esquemática davidsoniana, y en ambos casos tanto la teoría "historicista" del giro a la experiencia de Ankersmit, como la contextual contingente e imprevisible de los usos metafóricos de Davidson alcanzan a cubrir nuestra expectativa de haber "historizado" lo suficiente la conducta lingüística. La única diferencia es el grado en el que esas intuiciones primordiales acerca de lo intrínsecamente trágico, lo rupturista y lo sublime del pasado en común se muestran capaces de someterse al escrutinio y la revisión pública, en aras de permitir la interpretación, la discusión y la construcción de un discurso igualmente común acerca del mismo o si, por el contrario, nos vemos *compelidos a generar el tipo de aprehensión extática y subjetiva de un pasado inefable y privatizado*.

Por último, encontramos en las mismas extensiones de la "burocracia de la teoría" una comprensión de lo que está ocurriendo en las articulaciones filosóficas de Ankersmit y Runia. La apelación por parte de éste último a la noción de *epifanía*, así como también la rehabilitación de

los *ekstasis* de lo sublime por parte del primero, no son en absoluto casuales. Son más bien indicativas de la deriva tropológica que ellos mismos representan. Vale decir, este movimiento, lejos de suponer un desafío para la tropología, se encuentra previsto y contemplado en la misma: el giro a la experiencia es *parte del cambio de punto de vista que sucede a una saturación derivada de una comprensión figural de un determinado registro*. Las apuestas teóricas de Ankersmit expresan la constante volición de satisfacer los *habituales* anhelos de simplificación, de retorno a la ingenuidad, a la identidad –como individualismo cualitativo- y al “contacto directo” presentes en los movimientos de *metanoia*, los cuales suponen un radical apartamiento de mundos considerados como pasados. La ruptura sentida es una ruptura también propuesta, un anhelo de purgar lo que es considerado un campo semántico recargado, potencialmente contradictorio, saturado en su rendimiento decreciente. De esta manera, curiosamente, la impugnación de una teoría procede por medios que están contemplados en la teoría misma, en riguroso seguimiento de sus postulados.

La salida del páramo infernal de la teoría y el lingualismo, el descenso a una densidad demoníaca repleta de saturas teóricas que se convierte, epifanía mediante, en una captación *ascendente* de una experiencia primigenia idealizada, en la cual descubrimos a pleno la identidad que creíamos extraviada, toda esta perspectiva acerca de un “ver a nuevo” sugiere que Runia y Ankersmit (y varios teóricos más con ellos) están intentando atravesar el *punto de epifanía* en la dirección de una nueva perspectiva (*metanoia*) que no se deje interpelar por la tropología. Pero la sublimidad y el mito del contacto directo no son tópicos precisamente novedosos y no suponen más que la aplicación rigurosa, en el punto de partida, del repudio del ironismo como figuralidad y como supremo distanciamiento, y en el punto de llegada, de un compromiso con un individualismo cualitativo y un anhelo y deseo de una experiencia idealizada. Ese repudio y ese compromiso en su conjunto satisfacen los protocolos de la metafóricidad tal como los hemos detallado en esta investigación. Aquello que vuelve a nosotros no es la “presencia” de la materialidad o la “experiencia”, sino la aspiración metafórica a *transfigurar un mundo incumbente crecientemente demoníaco*, opresivo, asfixiante, con la intención de reorientar la reflexión en la dirección del *bajel*, ante un *Gólgota* entrevisto en la apremiante densidad de la burocracia de la teoría. El rigor del juego, en este caso, no consagra el *repudio* de las *figuras*, sino que vuelve a poner en primer plano, una vez más, *la figura del repudio*.

De esta manera, y en tren de sopesar los argumentos, surge que mientras seamos capaces de entender la proposición que reza que “el lenguaje es la principal condición de posibilidad de todo tipo de conocimiento y pensamiento significativo” en un sentido no reductivo, de manera que no se constituya un gran objeto (el lenguaje) que pueda apartarnos de la realidad y volvernos insensibles a las mutaciones simbólicas, las aporías y las heridas presentes en el presente de nuestro pasado, veremos que aquello que interesa al teórico del

retorno a la experiencia (lo no cognitivo, la perspectiva de civilizaciones, la ruptura) es igualmente accesible al teórico del lenguaje y de la narración. Y entonces, a manera de conclusión de esta sección que ha seguido la deriva contradictoria de Ankersmit a lo largo de tres décadas de reflexión filosófica, los motivos y preocupaciones que podríamos pensar conducen a dar un giro (hacia la experiencia) resulta que estaban también allí cuando el otro se produjo (en la dirección del lenguaje). Permaneciendo todo lo demás igual, el balance en perspectiva de la contraposición de ambos movimientos consiste en asegurar que en todo lo relevante y significativo que atañe al teórico en pos de la experiencia ambos movimientos están a la par, con algunas dificultades diferenciales para el “experiencialista” para dar cuenta de ciertos procesos cognitivos y de cambio lingüístico dada su concepción del lenguaje y de la representación y su pobre lectura del sentido último de la tropología como vocabulario de análisis de la pragmática del lenguaje. Y eso a su turno sugiere que si hay motivos para seguir girando en la filosofía de la historia los argumentos relevantes aún están por darse.

*d) Por una pragmática del lenguaje tropológicamente informado*

El recorrido del presente capítulo se ha desplegado en una doble dirección. Por un lado se ha orientado a la captación del carácter interrelacionado de los conceptos clave del vocabulario tropológico. Este vocabulario se propone para dar cuenta de ciertos aspectos del *hacer narrativo* en el marco del espacio de intervención lingüística en un entorno compartido. Esos aspectos configuran una enramada u horizonte de posibilidades espectrales al interior de la cual se inserta la deriva pragmática vinculada al uso del lenguaje ordinario. La instancia de análisis relevante, en este caso, son los *campos semánticos*, entendidos, ya hemos dicho, como *fijaciones o estabilizaciones de patrones de asociaciones relativos al uso de términos al interior de vocabularios y prácticas verbales y no verbales contingentemente situadas*. Los tropos se configuran como operaciones de “salto” figurativo (a-esquemático) en la interacción de campos semánticos. Esos saltos no proceden de acuerdo a “reglas” pre-establecidas en un sentido estricto. De hecho se inscriben como *eventos* en el marco de la operatoria y del empleo de términos disputados, al interior de secuencias no predecibles, pero analizables *a posteriori*. Hemos visto en el capítulo dos que este tipo de *eventualidad* se presenta aún en áreas disciplinares orientadas a la formalización y la explicitación permanente de los alcances de los campos semánticos implicados en el uso de los términos (por vía del intento de definición exhaustiva de los mismos); esto es, los procesos de pensamiento y el resto de la interacción verbal y no verbal entre los hablantes continua en esos ámbitos tan inmersa como antes en el conjunto de prácticas figurativas en el sentido amplio que aquí venimos empleando. Porque la tarea de reducción conceptual es siempre incompleta y porque la incompletud de la reducción reenvía a los modos de ajuste en la interacción que avalan o inhabilitan la disputa terminológica es que la distinción pura y dura entre ámbitos de la cultura “científicos”, “expresivos” y



“puramente prácticos” resulta particularmente inhábil e inútil para captar lo que se está discutiendo cuando se resalta la base tropológica del lenguaje ordinario.

Esto no implica desconocer que para muchos procedimientos ordinarios “disciplinares” el área de los eventos relativos a campos semánticos se encuentra estabilizado en lo referido al tipo de conexiones, inferencias y relaciones que pueden establecerse o se consideran pertinentes. Para muchos propósitos el vocabulario de los tropos no entrega vías interpretativas interesantes, o su labor comprensiva converge en el margen con el tipo de explicación “contextual” que comprende un tipo de intervención u operación por remisión al entorno en el cual se inserta. Sin embargo la tropología es especialmente apta para captar el aspecto procesual de la interacción verbal y no verbal cuando lo que se encuentra en disputa son términos nodales en la definición o adopción de un criterio de realidad para los hablantes. Cuando son “realidades” distintas las que están en colisión, la apelación a lo que he denominado los *predicados del colapso metalingüístico* (capítulo dos) estará lejos de resolver la cuestión, y no supondrá más que la reafirmación de la suscripción del hablante de cierto criterio prefijado que de todas maneras no logra validarse intersubjetivamente en el marco dialógico de una interacción duradera. El vocabulario tropológico se muestra especialmente afinado a la hora de tratar con estos compromisos con realidades divergentes, en la medida en que sirve para captar el recurso por parte de los hablantes a tipos de interacción entre campos semánticos que divergen de los previamente empleados y, a la vez, lo inscribe en una práctica procesual orientada a la continuidad de la interacción.

Esto es, la tropología sirve como estrategia *parentética* para posponer el momento de la suscripción por parte del intérprete de un sentido de realidad que obre como trasfondo explicativo de la divergencia y la convergencia entre los hablantes. El recurso parentético no tiene por finalidad entregarnos a horizontes disyuntos de significación sino, muy por el contrario, mostrar *cómo se produce la adopción de un sentido de realidad* validado intersubjetivamente. La *realidad* de hablantes e *intérpretes* no es parte del *explanans* sino del *explanandum* y la “paciencia” de la tropología en pos de atribuir un contenido sustantivo a aquello que es manipulado y operativizado por medio de los campos semánticos es una de las ventajas manifiestas del expediente tropológico.

Por lo tanto la tropología no es un almacén formal o un “esquema lógico”, sino un conjunto de horizontes de posibilidad en el cual se inscribe el obrar humano. Visto el comportamiento verbal y no verbal como un conjunto de eventos y secuencias en los que se manipulan, entre otras cosas, conjuntos de asociaciones y de respuestas esperadas ante ciertas marcas y sonidos, la tropología como vocabulario de interpretación y atribución heterónoma comienza a funcionar con un sentido de ampliación significativa y de enriquecimiento hermenéutico de cara a una deriva pragmática cuando apreciamos ciertos aspectos liminares de

la interacción verbal. Un presupuesto que rige esta pragmática apunta a mostrar que para los hablantes la convergencia y coherencia de las creencias y valoraciones atribuidas es irrenunciable. La justificación de las creencias se despliega contra el trasfondo de un *criterio normativo de racionalidad y coherencia* que es suscripto por el intérprete y atribuido a los hablantes, en el supuesto de que una entera explicitación y definición de la creencia debería ser posible; este supuesto se adopta no en virtud de su conjetural actualidad o efectividad empírica, sino en la medida en que entrega un trasfondo normativo contra el cual apreciar los errores, las divergencias y las paradojas y divisiones que tensionan todo encuadre de creencias (*caridad*). Sin embargo, en entera contradicción con lo anterior, la deriva causal de la experiencia y *la inserción múltiple* de los términos en campos semánticos que no necesariamente resultan convergentes entre sí (*polisemia*), y el requisito de la *economía y simplicidad* del encuadre de creencias de los hablantes nos ponen sobre aviso de la indisponibilidad de tal explicitación y definición exhaustiva bajo el halo de la coherencia.

El principio de no-contradicción y la identidad en sentido fuerte (lógico) se contraponen a la amalgama de campos semánticos no necesariamente coherentes y la imposibilidad en la práctica ordinaria de someter a revisión, explicitación y debate continuo los términos centrales que articulan nuestro encuadre de creencias. Los tropos son así procedimientos de *elisión, economía e identificación lábil* que permiten administrar las potenciales incoherencias, excesivas ramificaciones y divergencias de nuestros tramados valorativos y nuestras constelaciones de creencias. La afirmación de que el lenguaje está tropológicamente informado y la de que el vocabulario de la tropología resulta explicativo de ciertos aspectos del comportamiento de los hablantes se sustentan en el hecho de que *a partir de cierto punto* las elisiones, economías e identificaciones lábiles, múltiples y ambiguas de los sentidos asociados a marcas y sonidos sólo son posibles de ser interpretadas en el marco de prácticas entimemáticas y figurativas en sentido estricto.

“A partir de cierto punto”: con ello significo el hecho de que ante cierta constelación de campos semánticos que operan como punto de partida o estado inicial del encuadre de creencias (a partir de una consideración sistemática en la cual un intérprete ha llevado a cabo un cierre, un movimiento, que ordena exteriormente el análisis), los hablantes encuentran en su trasfondo motivacional los elementos necesarios para incurrir en nuevos estados de creencias, encuadres novedosos, conjeturas inesperadas, a partir de procedimientos designados por apelación a los cuatro tropos maestros. Los nuevos estados de creencias pueden incrustarse de cara a los anteriores como *ampliaciones* de los estados precedentes, como relevamiento de nuevos contextos de pertenencia y de relaciones entre clases y elementos de clases (*metonimia como modo de interpretación causal*), o como mostración de secuencias de despliegue y realización, de consumación en el sentido de desarrollo y plasmación teleológica de disposiciones originarias (*sinécdoque como modo de interpretación teleológica; Bildung*). El

marco de la causalidad legal y el de la teleología de las formaciones orgánicas brinda los dos paradigmas centrales de la ampliación y extensión de constelaciones de campos semánticos no sometidos a revisión radical. Hemos visto que la ampliación permanente de las clases y las disposiciones relevadas conspira contra la coherencia y contra la economía del encuadre de creencia y exponen en toda su crudeza el rendimiento decreciente de las nuevas asociaciones relevadas. En la noción de *figura* encontramos un primer procedimiento que operando en forma mixta (antecedencia metonímica y realización o consumación sinecdóquica) a caballo entre metonimia y sinécdoque pretende realinear las significaciones asociadas practicando formas de elisión retrospectiva que, en la forma de las retroducciones permanentes de Danto, de las genealogías de tipo nietzscheano, o de la causalidad figural auerbachiana y whiteana, despliegan el horizonte múltiple de los espectros de posibilidad retrospectivamente validados. La secuencia figural no es ni determinista (metonímica) ni teleológica (sinecdóquica) y nos presenta un panorama múltiple y plural que expone al marco de creencias a un doble movimiento: por un lado nos hace ver la pluralidad de las interpretaciones posibles en el tiempo; por el otro al interpelar de través los compromisos con constelaciones de creencias *nos hace ver como compromisos y como constelaciones* lo que hasta entonces no eran sino realidades no disputadas o *validadas a priori*. El espectro del pluralismo y del relativismo se abre ante los ojos del "genealogista", y la filiación con un origen es también la muestra de que uno está expuesto a la efectividad de un pasado que es apropiado en el presente. Pero al tiempo que se opera una apertura a la pluralidad de las significaciones, se genera también una comprensión de los mecanismos de producción de significado, de la tarea permanente de re-introducirse en lo que es visto, por momentos, desde una exterioridad, como un objeto ante sí, como una dimensión de la que es posible tomar distancia para mejor volver a ella.

Este carácter objetual y distanciado reenvía a la ironía secundaria, que ya se adivina en un aspecto central de la ironía primera de la figuralidad: la posibilidad de comenzar a elidir y abolir tramos intermedios (relevados causal y teleológicamente) en el curso del realineamiento retrospectivo figural. Mientras la metonimia y la sinécdoque son extensión y detalle, proliferación de interpretaciones reductivas potencialmente –pero no actualmente- conflictivas, la figuralidad comienza retrospectivamente a elidir las circunvoluciones innecesarias en el desarrollo de los modos previos, en la forma de un *asir conjunto* ya avizorado en el modo teleológico, pero sin la necesidad de mostrar el detalle de las formas de la evolución y las fases o estadios que atraviesan. El asir conjunto de la figuralidad es un recuento retrospectivo que en una perspectiva finalista simplifica el recuento y purga las secuencias de significaciones de todo aquello que no se inscriba ora como anticipo, tipo, o figura, ora como realización, anti-tipo, consumación<sup>51</sup>. El modo múltiple de realizar esas elisiones expone a la figuralidad al reinicio

---

<sup>51</sup> La re-expresión de la secuencia figura-consumación o anticipo-realización bajo el espectro de la relación entre tipos y anti-tipos se encuentra trabajada en profundidad en Frye (1988; 103-127).

perenne de su tarea, hasta explotar en un horizonte de negaciones múltiples y significaciones irreductibles que conducen a la ironía secundaria, o ironía propiamente dicha, en la cual la parodia, el paralogismo, la sátira y la exposición de la pura contingencia (que es un modo de mostrar que *ningún ordenamiento retrospectivo es vinculante*) operan como modos de purgar la compleja y pesada cadena de asociaciones trabajada hasta entonces por medios metonímicos, sinecdóquicos y figurales.

Una purga, salvo excepciones, se emprende con una finalidad, la finalidad de recuperar el horizonte de flexibilidad, de economía y de aspiraciones normativas a una identidad rígida y una coherencia potencialmente explicitable. Cuando el compromiso negativo de la ironía (purga de estados anteriores) se convierte en uno positivo (como *metanoia*, cambio de perspectiva, nuevo horizonte de asociaciones posibles), se está articulando el trasfondo de motivaciones que lleva a la metáfora y al metaforizar como espacio conjetural de búsqueda de nuevas intersecciones entre espacios de creencias, constelaciones de significados asociados. Hemos visto que la metáfora supone un doble movimiento: por un lado cuantifica existencialmente, en un modo que indica lo que *debe conservarse* de marcos de creencia anteriores. Por el otro identifica metafóricamente, hace equivaler aquello que ha conservado con nuevos estados de cosas en espacios de intersección conjeturalmente entrevistos. Lo novedoso aquí estriba en lo que se hace equivalente, lo que se pone en relación, el conjunto intersección resultante. La *supresión-conservación-superación* metafórica se expresa en esta triple secuencia de *metanoia*, cuantificación e identificación que configura para los hablantes un nuevo horizonte de elementos que, por el momento, se presenta con toda su pregnancia, su unicidad, sus aspectos no desarrollados, sus significaciones implícitas, su economía, flexibilidad y coherencia aún no sometida a prueba, en un modo que incita a la extensión, ampliación y revisión propia de los modos metonímicos y sinecdóquicos.

Esta no es una lógica que regule a los hablantes y les indique lo que deben hacer. Es un paradigma interpretativo que sirve para orientar al hermeneuta en la comprensión de la interacción. Los hablantes pueden considerarse en tanto "tropologizadores" sólo en la medida en que se estiman a sí mismos en tercera persona, en tanto se vean *como hablantes*. Olvidar la relevancia de la perspectiva hermenéutica y la prioridad interpretativa *radical* nos expone nuevamente a la fantasmática del horizonte solipsista de una conciencia que pugna por abrirse al mundo y volverse plenamente sabedora de sí. Lo que aquí se afirma es que en un sentido importante, hermenéutico e interpretativo, es irrelevante si llegamos o no a tal dominio de nuestro propio comportamiento. Lo que es fundamental es apreciar el inter-direccionamiento del comportamiento verbal y no verbal, la prioridad de la constitución inter-subjetiva de las significaciones acordadas y disputadas. El horizonte de la comprensión y de la incomprensión, de la hegemonía y la subalternidad solo puede desplegarse en un marco extendido en el cual el ciclo tropológico es visto como el conjunto de procederes disponibles, el repertorio o menú de

pasos habilitados en el marco de una política del lenguaje en la cual se arbitra la realidad de los hablantes, la prefiguración de lo social y la idea misma de lo que es ser un agente e intervenir en aquella realidad, aquello prefigurado.

En este sentido que el ciclo sea un ciclo o una espiral, que sea o no un discurrir dialéctico es irrelevante. El vocabulario tropológico cubre cierta eventualidad que opera en el marco de un encuadre que es relevado y propuesto por el intérprete (estado inicial-sistema); en ese marco un obrar (tropológico) es llevado a cabo por los hablantes (agentes), entregando así una nueva posición de sistema o encuadre (estado final). La intervención puede haber consistido en una recurrencia de sí misma, puede haber fracasado, puede haber originado extensiones infecundas, purgas excesivas o puede haberse propuesto por todo fin la mera continuidad. Si el estado final es idéntico al estado inicial el movimiento ha sido nulo, y entonces difícilmente podemos decir que haya habido una intervención relevante. Si el estado final no es idéntico habrá patrones de variación de acuerdo a los tipos de intervención. Una consideración cíclica en este sentido no supone que el estado final es el mismo que el inicial, sino que hay *tipologías del cambio*. Pero esas tipologías tan solo sirven en la medida que resulten útiles para captar las políticas del lenguaje en curso. Si la tropología va a ser considerada como una criba o un autómata productor de significado, a la manera en que la pueden entender Ricoeur, Ankersmit o Runia, es evidente o bien que no se ha entendido qué eran los tropos, o bien que en la definición adoptada por esos intérpretes de la tropología anida ya la respuesta negativa que anhelan dar, en pos de proseguir sus decursos teóricos personales. No hay nada en la tropología que impida captar la variedad y la intensidad de las aporías temporales (Ricoeur), la densidad de las rupturas epocales (Ankersmit), la consideración de la materialidad de un pasado *polizón* que nos acecha (Runia). La triple instancia *metonimia-sinécdote-figura* nos provee, junto con la ironía, la totalidad de las gamas temporales implicadas en los juegos ricoeureanos. Tomada no como continuidad y producción de significado, sino como ruptura conjetural de constelaciones de campos semánticos, tenemos en la metáfora una herramienta preciosa para comprender la discontinuidad, la impugnación de un estado de cosas, una quiebra en sentido a-teleológico que nos expone a los *puntos de epifanía*, los cambios de perspectiva (*metanoia*) inherentes a la deriva e interacción verbal. Nunca es la tropología un “puro lenguaje ahí” en la forma de una esfera autónoma, sino que siempre se dirige a la delimitación de un sentido de realidad, un sentido de intervención y de agencia posible en el cual los hablantes se posicionan performativamente.

La doble dirección de la práctica del lenguaje (ritual y deseante, reproductiva y productora, inmersa en la experiencia e idealizadora, incumbente y transfiguradora, Gólgota y bajel) se expresa en la forma propiamente *política* de resolver los procesos de acuerdo y disputa en torno a la valoración de las significaciones asociadas. Las orientaciones prácticas en el marco del lenguaje ordinario pueden ser articuladas narrativamente proveyendo con ello modelos y

parámetros de lo que es considerado plausible en torno a la realidad en la que los hablantes se encuentran inmersos, los tipos de intervenciones posibles de los agentes relevados en esa realidad, y los resultados y consecuencias validados para esas intervenciones. Esas consecuencias se despliegan al interior de un espectro que va de la transfiguración, la ruptura y la discontinuidad de la propia práctica y los propios compromisos, hasta el horizonte de la pura circulación, reproducción y continuidad incumbente de esos modos validados de intervención y de esas constelaciones de creencia. Los tropos suponen, entonces, un modo unificado de consideración de estos tres aspectos ("realidad"; agencia y modos de intervención; consecuencias de esos modos de intervención) en términos de un vocabulario hetero-atribuido comprometido únicamente con la consideración de la deriva práctica en el marco de la producción, reproducción y circulación de constelaciones de campos semánticos, entendidos estos como abreviaturas del detallado recuento de las asociaciones entre aspectos del comportamiento verbal y no verbal, marcas y sonidos, por parte de hablantes en un entorno compartido.

La información tropológica resulta así fundamental *para el intérprete* porque le provee un marco parentético que le permite escapar a las definiciones de realidad que comprometen a los hablantes y que podrían limitar la interpretación si condujeran en la dirección de los predicados del colapso metalingüístico. Esa información provee además algunas restricciones clave que permiten comprender la inherencia de acuerdos y disputas en torno a campos semánticos como derivación de *aspectos contrastados de esos campos* (aspiración a la coherencia y la no contradicción, la economía y flexibilidad del marco de creencias *versus* el inexpugnable carácter contradictorio, polisémico, tendiente a la proliferación, detalle y rigidez de ese mismo marco), tanto como permiten apreciar el *modo que tienen los hablantes para administrar esos aspectos contrastados*, apelando para ello a los operadores tropológicos.

Esta información tropológica no resulta, por tanto, en una mera reproducción de la información provista por los hablantes, sus auto-adcripciones o sus propios horizontes de sentido. Tampoco se limita a una reconstrucción *historicista* de los contextos de los hablantes. Lo que hay que resistir, en todo caso, es la doble tentación de constituir esta información tropológica de los modos de interacción verbal ora en un autómata impersonal que cobra vida propia y permite una reducción formal del entero espacio de prácticas que constituye la intervención lingüística orientada narrativamente, ora en un registro impresionista que duplica un sentido dado de lo histórico bajo un nuevo y portentoso vocabulario. Lo primero recae en el error derivado de una ontología del lenguaje que no puede ser la de esta ampliación de la tropología whiteana e incomprende el carácter del vocabulario tropológico como herramienta al servicio de una interpretación *radical* del comportamiento verbal y no verbal. Lo segundo recae en una concepción ornamental de lo tropológico y disfraza su propio compromiso con un sentido dado de realidad de lo histórico, que es aquello que justamente debe explicar, en vez de

dar por supuesto. Una concepción del ciclo tropológico que resista ambas tentaciones deberá ponderar ese ciclo más bien como un instrumento de análisis de un espacio de prácticas ante el cual se presenta a guisa de modelo y propuesta interpretativa, no como “develamiento de auténticas estructuras” ni como re-expresión parasitaria (prosecución del historicismo o explicación contextualista apelando a una nueva jerga, cuya productividad interpretativa tiende a ser nula).

*Por la vía de precisar el carácter cíclico e interrelacionado de los operadores tropológicos al interior de un espacio de prácticas consistente en la manipulación de campos semánticos contingentemente delineados, el presente capítulo ha avanzado lineamientos específicos en torno a la teoría de los tropos requerida para comprender más acabadamente el procedimiento específico de intervención lingüística requerido por el narrativismo. Esos avances permiten re-expresar el carácter de las políticas del lenguaje tropológicamente informado, así como también especificar los rasgos de esa información tropológica sin conducir a un formalismo insostenible ni a una re-expresión contextualista parasitaria.*

## 8- Constelaciones y ontologías históricas: o de cómo tener, intervenir, dar un pasado

La ontología del lenguaje depurada, la teoría ampliada del *mythos* y el ciclo tropológico reconfiguran para nosotros un sentido relevante que permite responder a las preguntas que daban inicio a la introducción a esta investigación: *¿qué significa tener un lenguaje? ¿qué significa narrar? ¿de qué manera el darse de las palabras da cuenta del resto de las interacciones y se preocupa por la reproducción y producción de lo social?* En este capítulo se recogen los hilos tendidos en los capítulos precedentes, con la intención de mostrar la manera en que los lenguajes de la historia se articulan en tinglados o constelaciones de compromisos que remiten a un entorno compartido, de acuerdo a la ontología depurada que hemos venido proponiendo, no habilitando por tanto el surgimiento de las tentaciones o amenazas escépticas o relativistas. El carácter inter-constitutivo del espacio de prácticas verbales en relación con la “realidad” es consistente con aquella ontología así como también con una visión de la intervención lingüística que revela en los modelos de trama aspectos cruciales de condensaciones de patrones de asociación de valores contingente e históricamente delimitados, así como también rasgos productivos que sitúan el tramado mismo de una manera que reaccúa sobre los contextos en los que se inserta. Como modelo de acción la intervención lingüística no reenvía a una lectura idealista, nihilista o paralizante a pesar suyo, sino que apunta a permitir la comprensión del conjunto de operaciones que participan en la configuración de los artefactos verbales narrativos. Esas operaciones están informadas tropológicamente, siendo el carácter cíclico e inter-relacionado de lo tropológico un elemento fundamental en su comprensión.

Con esto, se afirma, podemos dar término a nuestra pesquisa. Si encontramos una manera de visitar provechosamente los tres problemas implicados originariamente en nuestra lectura de la tropología whiteana, y si podemos releer las cinco tesis en torno a las arquitecturas de manera tal que no se susciten las cinco críticas que corren parejas con ellas, habremos encontrado un sendero, estimo que provechoso, para transitar en la filosofía de la historia *después* de Hayden White.

### a) *Tres problemas revisitados*

Esta investigación se estructura en dos segmentos principales. En los primeros cuatro capítulos el punto nodal lo constituye la exposición de la tropología whiteana, sus méritos y virtudes, así como también las dificultades evidenciadas a partir de la áspera labor de sus críticos. El resultado de esta primera indagación consistió en apreciar hasta qué punto la agudeza de la mirada teórica de White es puesta en aprietos cuando se compromete innecesariamente con un modelo de “profundidades y superficies” que a la vez que multiplica improductivamente las instancias de análisis —y paradójicamente muestra las limitaciones de su



concepto de *mythos*, al privarlo de sus evidentes implicaciones ideológicas-, genera dudas sobre las relaciones entre niveles y suscita tentaciones escépticas que a su vez derivan en el riesgo de una regresión al infinito entre niveles de “profundidad”. El mayor defecto de ese modelo “profundo” radica en la ontología del lenguaje que supone y en la poca claridad respecto al papel de los tropos y el vocabulario de la tropología en ese andamiaje.

Es por intermedio de esas fístulas (*mythos* restringido, modelo de “profundidad”) que se genera el espacio conceptual requerido para emprender el recorrido trazado en la segunda mitad de esta investigación. Ese recorrido puede ser visto, en lo que atañe a los tres capítulos precedentes, como una trayectoria que va ciñéndose paulatinamente a aquello que constituye su tópico principal, en la forma de una serie de *anillos concéntricos* que van precisando aquello estipulado en términos generales en los planos de mayor diámetro. Al término del capítulo cuatro se había dicho que desde la introducción a *Metahistoria* hasta el presente White ha estado indagando en las condiciones de posibilidad para producir *versiones verbales* de nuestro pasado en *forma narrativa* por medio de *procedimientos tropológicos*. Si se atiende a esta formulación el presupuesto lógico de partida en ese proyecto whiteano es que *de hecho* contamos con un pasado en común que es el que se presta a la modelización en la forma y los procedimientos estipulados por White. Sin embargo la mayor parte del esfuerzo de los críticos del narrativismo ha supuesto, en líneas generales, un prolongado intento en pos de establecer una impugnación teórica siguiendo el modelo del *fallo fatal*, en el cual se infiere que algún aspecto de la forma (narrativa) o el procedimiento (tropológico) por sus rasgos inherentes conspiraría contra la posibilidad de sostener versión verbal alguna del pasado en común y pondría en cuestión la idea misma de que un pasado ha acontecido. Sobre esta base resultó evidente que iba a ser imposible seguir avanzando teóricamente como no fuera indagando en profundidad en torno a lo implicado en la idea misma de un espacio de prácticas verbales, en la noción misma de una forma narrativa y en el concepto mismo de un procedimiento tropológico.

La trayectoria de la segunda mitad de esta investigación consiste por lo tanto en un progresivo re-ordenamiento de los rasgos salientes atribuidos, *en primer lugar*, a la ontología del lenguaje requerida para una tarea de interpretación y *hermeneusis* de protocolos gramaticales y de significación alternativos. Esa ontología se despliega en un marco signado por la visión del lenguaje como un espacio de prácticas dialógico, en el cual la intersubjetividad, la objetividad y la subjetividad se constituyen recíprocamente, en atención a los rasgos holistas, coherentistas y no reductivos presentes en la filosofía del lenguaje de Donald Davidson. Ese espacio puede ser captado de manera irreductible por tipos de vocabularios diversos (Davidson distingue dos: el fisicalista y el de la atribución intencional), sin que se genere con ello la incómoda visión de “mundos inconmensurables” o esquemas alternativos que habiliten una noción relativista de nuestras prácticas verbales, si atendemos al hecho de que buena parte de la filosofía davidsoniana constituye un furibundo ataque a las dos versiones de la idea de un “objeto

lenguaje” que se tiende entre nosotros y “el mundo”. El lenguaje no es un intermediario epistémico (vg. “representaciones” en sentido fuerte), y tampoco es un “esquema” (vg. “concepciones de mundo” inconmensurables), y si no es ni una cosa ni la otra, aun cuando puede requerirse una definición positiva más detallada que avance allende la vaga caracterización davidsoniana del mismo como un intercambio y tráfico de marcas y sonidos con variados propósitos, se han sentado con estas restricciones negativas las bases para el repudio de las preocupaciones escépticas y relativistas.

Un sentido más claro de la idea misma de tener un lenguaje adviene cuando se enfatiza el aspecto “inserto”, “ligado” e inmerso que necesariamente debe generar el intérprete cuando analiza el comportamiento verbal de los hablantes. Los aspectos monistas anómalos, coherentistas, no reductivos, caritativos y holistas del espacio de interacción verbal nos devuelven a una caracterización de los hablantes como *agentes* inscriptos en un trayecto de implicaciones que reenvían a la idea misma de una “comunidad de mentes”, un espacio social en el cual la práctica verbal se incrusta: cualquier operación lingüística es un *hacer* sometido a un tramado de relaciones con un entorno compartido. El lenguaje como *evento*, como proceso, como dinámica de interacciones (antes que como un objeto), se inscribe en un contexto aún más amplio de procesos e interacciones respecto del cual es inescindible: los recorridos teóricos de Ramberg, Ong y von Wright han tenido por finalidad mostrar esa inescindibilidad que remite, en lo profundo, a un modelo de la agencia requerida para entender esos *haceres* lingüísticos. Cuando la expresión lingüística depende de un conjunto de tecnologías social y epocalmente disponibles, y cuando el lenguaje es visto como espacio de consolidación y modificación de prácticas por parte de agentes intervinientes hemos colocado las bases para volar por los aires la *aparente limitación* instanciada en la *paradoja de Kellner*: el lenguaje no es un sistema de restricciones, y si hemos leído atentamente a von Wright el hecho de que algo suponga un carácter “restrictivo y sistemático” habla de dos cosas: por un lado que un *cierre teórico ha sido llevado a cabo por el analista*, en el sentido de que un movimiento, un procedimiento que remite a un agente es el que delimita estados iniciales y las instancias temporales relevadas. Por el otro que *entendemos la idea misma de un sistema únicamente contra el trasfondo de una noción de agencia que es la que interviene y pone en movimiento el sistema*. La idea misma de un sistema determinista que se exime de toda agencia nos resulta, en este contexto, ininteligible.

Es sobre esta base amplia, depurada ontológicamente y remitida al entorno de los modos y tecnologías (que constituyen en definitiva validaciones de procesos social y epocalmente inscriptos) del darse de las palabras, que el capítulo sexto ha avanzado, *en segundo lugar*, en el detalle de lo supuesto y vagamente anunciado en el círculo más amplio de la visión davidsoniana: entendemos lo implicado en el “tráfico de marcas y sonidos con fines variados” cuando apreciamos esa producción, circulación, consumo y reproducción tanto del

lado de la "oferta" como del lado de la "demanda" en el análisis de la interacción en el marco de una sociedad de hablantes. Esto es, entendemos con mayor detalle los rasgos del lenguaje como espacio de prácticas cuando relevamos el *trabajo* en torno al horizonte posible de la prefiguración de lo social. Vemos así que una determinada sociedad encuentra disponibles ciertas tecnologías, patrones, recursos, modalidades, convenciones y paradigmas de generación de conjeturas y es ese horizonte de disponibilidades en el que se inscriben las prácticas efectivas. El tránsito, por ejemplo, de la oralidad a la escritura, de allí a la imprenta y por último la generación de nuevos dispositivos que instancian una "segunda oralidad" "ofertan" diversos procedimientos que pueden ser puestos en acto por los agentes. Del lado de la demanda encontramos dos aspectos cruciales: por un lado lo que se busca es la coherencia, flexibilidad, predictibilidad, economía de medios y sistematicidad del marco de creencias y actitudes intencionales traficadas por medio de los dispositivos ofertados. Por el otro ese marco o encuadre es sometido a fricciones y tensiones derivadas no sólo de una deriva temporal siempre cambiante que inscribe viejas significaciones en nuevos contextos, frustrando con ello las anticipaciones y "predicciones", sino de un aspecto propio de esa deriva temporal, que "extiende", despliega y detalla los compromisos asumidos, por vía del comentario y el análisis. Con ello se expone el marco de creencias a eventuales contradicciones, derivadas de la inserción polisémica de las mismas, y de la extensión de sus redes inferenciales hasta el punto en que el marco o sistema ya no es flexible, ni económico ni coherente; ya no es, en suma, un "sistema" en absoluto. Así visto el tinglado de creencias se ordena en áreas centrales y periféricas, segmentos inscriptos allende todo procedimiento de revisión, y bordes permanentemente alterados por escrutinios y derogaciones, segmentos entre los cuales en ocasiones se dan movimientos de traslación que vuelven centrales tópicos antes subalternos y viceversa. Este "tráfico" se da en el marco davidsoniano antes apuntado, pero resulta convergente con el tipo de análisis que se interroga en lo relativo al *mito* (como relato eminente o significación primordial para un determinado tipo de sociedad o espacio de interacción verbal) y a las estrategias subalternas para poner en cuestión ese plano de creencias cruciales sostenidas a lo largo del tiempo. La deriva de las intervenciones lingüísticas puede ser analizada entonces siguiendo el espectro que va de la validación de las creencias asumidas, su reiteración y recurrencia ritual, a la impugnación de las mismas, en una dirección "onírica", deseante o apartada que busca distanciarse de un estado de cosas para mejor proponer otro.

La cuestión crucial del capítulo seis reside, entonces, en mostrar que hay un modo del "hacer" lingüístico que se recorta al interior del conjunto amplio de "haceres" recabados en el marco del complejo tráfico del lenguaje davidsonianamente configurado como espacio de prácticas. Ese "hacer" es el *narrativo*, el del *mythos* como forma extendida y amplia de validación de conceptos cruciales a la hora de autorizar un horizonte de lo social en el cual ese y otros obreres lingüísticos se insertan: el patrón narrativo supone un tipo específico de

configuración que apunta a conferirle un estatuto definido al conjunto de marcas y sonidos que lo constituyen materialmente (espectro simbólico o “representacional”, que va de la consideración de lo dicho como reflejando o correspondiendo a una realidad “exterior”, al polo performativo y “autotélico”, que considera la pura actualidad del lenguaje como aquello a lo que el mundo debe adaptarse). En relación con ese *status* de la representación se configuran modalidades de la agencia o potencialidades de intervención y, vinculado con esto, patrones de trama como modos de secuenciar y vincular temporalmente acontecimientos. Representaciones, tramas y agencias, asimismo, se relacionan con modos y radicales de presentación, claves y orientaciones que signan la “oferta” verbal y predisponen ciertos rasgos de su “consumo”: la transparencia o la opacidad, la continuidad o la discontinuidad de la expresión, el tipo de instancia de su ejecución, la clase de público, audiencia o registro de recepción implicado en el modo mismo de la ejecución. *El modo narrativo, en este tráfico de valores atribuidos a la representación, la agencia, las tramas y los radicales de presentación, es un tipo de articulación verbal genérico de gran ubicuidad y que posee un atributo distintivo: su reflexividad.* Si, en palabras de Danto, las representaciones modifican a los entes que las tienen, nos encontramos con que el modelo narrativo en un extremo, cuando pretende “reflejar” el tipo de experiencia sentida como propia por su audiencia, aspira idénticamente a *validar –o impugnar- la reproducción de esa experiencia sentida.* Puede proponerse por lo tanto como un modelo de las agencias, intervenciones y secuencias de acontecimientos pensables, tal como pueden ser plasmadas en los tipos de símbolos y representaciones concebibles y como pueden ser decodificadas en las formas autorizadas convencionalmente. De manera similar, cuando impugna la mera reproducción de la experiencia sentida, el patrón narrativo está reflexivamente incidiendo por medio de la propuesta de un modelo alternativo en la deriva futura de la *praxis* como un todo. Como ya he señalado, la narración resulta ser entonces un tipo de articulación verbal que se propone para asignar y distribuir valores –en esto es similar a otros tipos de articulaciones- y a la vez se postula para especificarnos un concepto mismo de *intervención*. Sabemos que ese concepto designa a la vez el tipo de agencia y el tipo de secuenciación (de acontecimientos, de tramados) implícito en el dominio postulado. *Un obrar narrativo, entonces, implica una resolución en cuanto al tipo de representación, al modelo de intervención (agencia y trama) y al radical de presentación supuesto en su mismo proceder. Esas tres instancias son irrenunciables para cualquier artefacto narrativo propiamente dicho. En la comprensión de las consecuencias e implicancias de las decisiones relativas a estas instancias se basa la teoría del «mythos» ampliado*

La especificidad del tipo de intervención lingüística narrativa se despliega en una dirección propiamente política, ritual o social, cuando apreciamos que la modelización que sigue estos parámetros del *mythos* ampliado se expide sobre aspectos que resultan cruciales en la consolidación de un horizonte ético y propiamente político centrado en la prefiguración de lo

social. Lo supuesto en el juego de las implicaciones ideológicas (como vimos en el capítulo cuatro, sección d) no era otra cosa que un obrar en el marco de estos horizontes trabajados en el registro del *mythos* ampliado. Las estrategias mismas de emisión y consolidación de un patrón de codificación (producción) y decodificación (recepción y consumo) simbólica suponen velada o explícitamente la remisión a un encuadre de patrones previos que obran como el *horizonte de posibilidades de simbolización*. Las estrategias de emisión pueden conservar meramente ese horizonte de posibilidades, o pueden alterarlo, configurando así una *intervención en el sistema de obrares lingüísticos* por parte de un agente narrativo que se propone alterar los patrones de producción y reproducción verbal.

Con esto la intervención lingüística narrativa supone un vector clave en la dirección de delimitar una "realidad" (agentes, eventos, modelos de intervenciones posibles) para el horizonte de la reproducción y prefiguración de lo social. Los *mythos* en la veta de Frye representan agregados o constelaciones de compromisos que se instancian en los modos románticos, trágicos, cómicos y satíricos, que se expiden acerca de los rasgos más relevantes de esos horizontes. *Se expresa en ese tráfico narrativo un tinglado coherente que concibe a la intervención, los agentes y los modos de disponer simbólicamente lo concebido al interior de un modo de producción y circulación-recepción verbal, como conjuntos de valoraciones en el marco de prácticas verbales y no verbales previas y ante las cuales se presenta como una propuesta de prosecución específica.*

Una vez retrabajado el horizonte narrativo en el marco de la ontología davidsoniana, lo que resta es mostrar, *en tercer lugar*, la importancia del procedimiento tropológico para la función narrativa. Que la narración se constituye entimemáticamente es algo poco discutible. Lo que resulta crucial es evitar la hipostatización o consolidación de lo tropológico como un registro sistemático o un autómatas generador de significado que haga reaparecer la *paradoja de Kellner* que hemos purgado en el ámbito del lenguaje en general (gracias a Davidson) y en el ámbito narrativo (gracias a von Wright, Ong, Frye, Ricoeur y demás), en el nivel "profundo" de la tropología. Es esta reaparición de la supuesta inherencia "sistémica" de lo tropológico lo que nos aparta de Ricoeur en la última estación de un recorrido en el que ha servido mayormente como un sagaz intérprete. En vez de considerar a lo tropológico como una nueva criba de restricciones que comporta sus propias necesidades y limitaciones (y genera las dudas acerca de su *status*, a la vez que provoca fuertes tentaciones de postular nuevos ordenes lógicos y ontológicos, tal como vimos ocurre con Ankersmit), lo que aquí se ha propuesto es lo aparentemente más sencillo: evitar el expediente de la tropología como contexto último de significación portentosa, y remitir una vez más al universo irreductible, plural, de vocabularios alternativos, en la línea de la filosofía del lenguaje de Davidson, y en el marco de una atribución heterónoma, de tercera persona, que es efectuada por un intérprete radical. Es en este sentido que se afirma que el tropólogo whiteano y el intérprete davidsoniano deberían ser la misma

persona, sólo que operando a un diferente nivel de detalle. Conservando la caracterización amplia del lenguaje de Davidson, el detalle de la operatoria tropológica de White se revela como clarificador de cierta vaguedad presente en el primero. Abjurando de la “profundidad” y compleja ontología presupuesta por los tropos como modos de conciencia o “profundidades” en White, encontramos en el holismo plural, irreductible y anómalo de Davidson una vigorosa propuesta alternativa para comprender el procedimiento tropológico. El plano intermedio en esta imbricación entre Davidson y White viene dada por el estatuto de lo narrativo en el modelo de Frye, en el cual se encuentran tanto aspectos que remiten a la ontología del lenguaje y que laboran en la definición de la relación de los símbolos y del comportamiento verbal con todo lo demás, como aspectos vinculados al proceder tropológico que permiten comprender la manera en la que narrativamente se articulan agencias, tramas y criterios de realidad transfigurados, metamorfoseados o recurrentes.

El capítulo siete ha mostrado, precisamente, la manera en la que el procedimiento tropológico valida un tipo de operatoria política destinada a postular, por intermedio del *mythos* en sentido ampliado, un horizonte de la intervención concebible. La vinculación entre ciclo tropológico y políticas del lenguaje se hace así evidente y muestra el aspecto transfigurador e incumbente, el espectro de posibilidades rituales e imaginativas al servicio de la efectualidad verbal. Tomando como unidad de análisis los campos semánticos y considerando a la metáfora y a la ironía como puntos límite en la actitud de los hablantes hacia esos campos, lo que se configura es una visión de la pragmática del lenguaje orientada tropológicamente en la dirección de la ruptura (transfiguración) y la continuidad (incumbencia), con especial atención a los tránsitos, cambios y brechas en los posicionamientos (*metanoia*) que pueden ocasionalmente llevar de una incumbencia a otra.

Se ha desarrollado con esto un detalle aún mayor del “tráfico de marcas y sonidos con propósitos variados” davidsonianamente reglado, para mostrar cómo los principales modos narrativos (deriva causal, teleología de la *Bildung*, retrospectión *figural* pluralista no determinista y no teleológica, *satura* como *purga* y *derogación de significaciones precedentes*) son el resultado de procedimientos que pueden ser analizados recurriendo al vocabulario tropológico (metonimia, sinécdoque, *figura*, ironía). Esta apelación es claramente *instrumental* y se propone como atribución heterónoma relativa al comportamiento de los hablantes. Los tropos no son, así, modos de conciencia o una suerte de esquema lógico de atribución de sentido. Cuando vemos a los hablantes desde el punto de vista regulado exteriormente por la interpretación radical, *atribuimos a los hablantes comportamientos descriptibles en términos tropológicos* con la finalidad de otorgar mayor relieve y detalle a ciertos aspectos presentes ya en la ontología del lenguaje davidsoniana (aspiración a la coherencia, economía, flexibilidad del encuadre de creencias, posibilidad del auto-engañó y división, revisión holista de la creencia, ruptura metafórica) y en la teoría del *mythos* ampliado (anhelo de coherencia, en contraposición

a la tendencia a la explicitación y la consecuente exposición a la contradicción, inserción polisémica de los términos, juegos y variaciones entre lo implícito e idealizado y lo explícito y experimentado, lo onírico y lo ritual, lo recurrente y lo alterado, entre la simplicidad imaginativa y la densidad pesadillesca de los horizontes de lo concebible para los hablantes).

Como criterio de identidad lábil, no explicitada, como in-exhaustividad arbitrada entimemáticamente, como forma de suplir la falta de coherencia del encuadre de creencias, la metáfora es un operador crucial en la descripción heterónoma del comportamiento verbal y no verbal. A su vez el anhelo de coherencia, definición, correlación y extensión inferencial, la consecuente exploración de la polisemia de los términos y las paradojas a las que nos arroja la deriva en los campos semánticos, se expresan como correlatos de las indagaciones metonímicas y sinecdóquicas. La revisión, la purga, el repudio y el cambio valorativo ante lo que es concebido como una densidad atravesada por contradicciones signa el horizonte irónico. Los sistemas de creencias pueden ser vistos así como tramados tropológicamente informados en los cuales una tarea de interpretación radical puede ser emprendida con vistas a relevar las ontologías presupuestas por los hablantes, las constelaciones de compromisos que inscriben las formas de hablar en los contornos de una realidad validada intersubjetivamente.

Es en este sentido que la teoría ampliada del *mythos* aclara las extensiones y consecuencias de lo implicado en la concepción davidsoniana del lenguaje como espacio de prácticas. A su vez el ciclo tropológico como vocabulario de análisis de la política y la pragmática del lenguaje arbitrada en los *mythos* brinda aún más detalle del tipo de intervenciones que los hablantes realizan con miras a configurar los atributos salientes de las narrativas (sus especificaciones en torno a representaciones, agencias, tramas y radicales de presentación). Por último la teoría davidsoniana del lenguaje impide la regresión al infinito que conllevaría la consideración de la tropología como *grafolecto o vocabulario último*. Tomada como una herramienta de análisis al servicio de la interpretación radical, la tropología está lejos de arrojarnos a una consideración de su estatuto inflamable o a las aporías de la *paradoja de Kellner*. Cuando eso ocurre es porque en la consideración teórica nos hemos apartado de esta mutua imbricación y sostén que se prestán recíprocamente Davidson, Frye y White<sup>52</sup>.

Desde ya que cada una de las posiciones por separado puede suscitar dudas, críticas o estimular visiones alternativas. En esta misma investigación hemos recorrido extensamente las críticas y alternativas propuestas a la tropología whiteana, así como hemos detallado las

---

<sup>52</sup> Naturalmente al mencionar estos tres autores me limito a sostener una economía de la expresión. Frye "representa" a la teoría ampliada del *mythos*, pero para la articulación de la misma los aportes de Ong, von Wright o Gadamer son cruciales. Lo mismo ocurre en lo relativo a la consideración de la tropología, la cual requiere no sólo de White y de Frye, sino de la captación de aspectos cruciales postulados por Ricoeur, Davidson o Rorty. Cuando me refiera al apoyo que se prestan los tres autores en cuestión entonces estaré refiriendo más bien al tipo de perspectiva del lenguaje, de la narración y de los tropos que se instancia en una lectura como la propuesta en los tres capítulos precedentes (la cual manifiestamente incluye a los otros autores allí trabajados).

propuestas rivales en sus versiones más sofisticadas, como en el caso de las de Ricoeur, Danto o Ankersmit. También hemos visto críticas posibles a los espectros de Frye, presentes en las obras de Jameson, Callinicos, Eagleton, Todorov o Wimsatt acerca de los mismos, las cuales han supuesto para la teoría literaria un progresivo apartamiento de las perspectivas postuladas por el teórico canadiense. Aunque menos recorridas, es claro que la concepción davidsoniana del lenguaje puede dejar numerosos aspectos irresueltos: pueden objetarse la supuesta solidez de las “respuestas” davidsonianas al planteo escéptico (cfr. Kotatko, Pagin y Segal, 2001; Davidson, 2001), el recurso al *principio de caridad* o las consecuencias hermenéuticas de la interpretación radical (Greisch, 2001; Ricoeur, 1996b), o la posibilidad misma de sostener un holismo semántico (Fodor y Le Pore, 1992) como presupuestos informantes en la filosofía del lenguaje pos-quineana. En todo caso lo que se asevera en la presente investigación es, en primer lugar, que las críticas respectivas no son concluyentes y que las alternativas propuestas no entregan una productividad diferencial que justifiquen el abandono de las perspectivas criticadas. Al contrario, se asume que las “nuevas” perspectivas no sólo dejan irresueltos aspectos o problemas que generaron las iniciales indagaciones teóricas, sino que a la vez provocan nuevas complicaciones de su propio cuño. La deriva ankersmitiana reseñada en el capítulo séptimo es ejemplificadora al respecto.

En segundo lugar, lo que se sostiene es que estos autores (Davidson, Frye, White), se prestan apoyo recíproco y entregan conjuntamente una visión consistente y articulada que permite comprender aspectos relevantes de la interacción verbal de forma narrativa informada tropológicamente. De hecho el “detalle” narrativo de los espectros de Frye permite contestar críticas recurrentes a Davidson, cuales son la supuesta “vaguedad” de sus formulaciones en torno al trabajo específico del intérprete radical y la aparente incapacidad de partir de la interpretación radical para remitir a aspectos más amplios y variados que los implicados en el mero relevamiento en torno a si hay o no allí conejos o instancias de conejos. Un entero mundo social, con sus agencias, modos de intervención y secuencias de acontecimientos validados en los nódulos de trama es analizable a partir de los procedimientos de interpretación radical.

De manera inversa, la propuesta davidsoniana sirve para eliminar el aspecto “inflamable”, expansionista y a la vez indeciso de la tropología como vocabulario, así como también permite eliminar, vía resaltado de la continuidad del comportamiento verbal y no verbal y de la imposibilidad de que el lenguaje se configure como un universo cerrado de significaciones o como un puro entorno que opera como una prisión representacional en la que estamos atrapados, la recurrente tendencia a leer a Frye como proponiendo una suerte de visión “anagógica” o “autotélica” de lo literario como espacio autónomo de significación. Este mutuo servicio de apoyo y estabilización sirve también para comprender en otros términos las cinco tesis en torno a las arqui-texturas que constituyen el corazón de la apuesta teórica whiteana. La ilación de los últimos tres capítulos debería permitirnos volver ahora a aquellas



tesis para mejor interpretar en qué sentido sus críticos se han equivocado y en qué sentido han señalado fístulas que nos han obligado a configurar un nuevo espacio teórico en torno a los lenguajes tropológicamente informados de la historia.

### *b) Cinco tesis revisitadas*

Analizada desde la perspectiva de la propuesta presentada en la segunda mitad de esta tesis, la *tesis de la irreductibilidad* se nos presenta en un nuevo aspecto: la irreductibilidad no es cubierta ahora por *vocabularios de superficie* en el marco de una arquitectura signada por *superficies y profundidades*. Hemos visto en este sentido que el recurso en paralelo a los modelos de trama y al registro de las implicaciones ideológicas no era en absoluto lo fecundo que se nos aparecía en un primer momento, en la medida en que se comprometía con una concepción restringida, estetizante, del *mythos*. De igual modo los términos de los modelos de argumentación formal resultaron ser poco menos que re-elaboraciones de los procedimientos tropológicos mismos. Así las cosas debía también evitarse la idea de un concurso de opciones cerradas, en la forma de una grilla con cuatro casilleros alternativamente transitados, para avanzar en la comprensión de las formas mixtas, espectrales, variadas, en las cuales permanentemente se emprenden varias tareas o procedimientos a la vez siguiendo lineamientos no necesariamente convergentes. Por todo esto, y siguiendo el modelo de los *anillos concéntricos* crecientemente acotados (ontología del lenguaje, *mythos*, operatoria tropológica) de la sección precedente, podemos por el contrario apreciar un *primer tipo de irreductibilidad* en la davidsoniana doble inscripción de los eventos de una ontología monista en la condición anómala del registro tanto intencional como causal, esto es, de la justificación de la conducta bajo el criterio normativo de la racionalidad y la coherencia por un lado y de la consideración de secuencias de estados de cosas que se nos presentan bajo la modalidad legaliforme del criterio causal por el otro. La interrelación holista en el comportamiento verbal de esa doble inscripción revela por un lado las vinculaciones e inter-constituciones entre los dominios de lo subjetivo, lo objetivo y lo intersubjetivo y, por el otro, vuelve un primitivo en el análisis al vocabulario de la agencia (Davidson, Ramberg, von Wright). Podemos concebir la noción de un sistema determinista sólo provisoriamente y porque hemos aprehendido de manera concomitante la idea misma de un agente que es el que interviene y pone en movimiento ese sistema.

Este primer tipo de irreductibilidad supone que aún cuando podamos considerar provisionalmente a los textos históricos como esquemas de argumentaciones formales que nos presentan un panorama determinista orientado a la descripción y explicación en términos causales, hay encriptada allí una operación teórica que nos esconde el vocabulario intencional y de la agencia. Vocabulario que, de todos modos, resulta irreductible y conceptualmente necesario para que podamos entender, siquiera, la idea misma de causa. El punto crucial de esta

primera irreductibilidad, no obstante, es que se genera en un marco que prescinde de toda habilitación o validación de la conjetura escéptica.

Un *segundo tipo de irreductibilidad* (avanzando en nuestros anillos concéntricos) se nos presenta cuando el vocabulario intencional mismo *no* se encuentra oculto, sino que se pone de manifiesto apelando para ello al conjunto de los dispositivos supuestos en los espectros de Frye, en el marco de la teoría ampliada del *mythos*. La suposición fundante de esa teoría es que cualquier “artefacto verbal” deberá adoptar un posicionamiento en el rango de los espectros relativos a agentes, estatutos de los símbolos verbales, modelos de trama y radicales de presentación supuestos por esos artefactos. La irreductibilidad viene a cuento de que esos cuatro tópicos pueden ser relevados cuando se aprecia e interpreta (en la posición de tercera persona) cualquier efectuación verbal de índole narrativa. La concepción de super-agentes o de horizontes irónicos desagenciados; de modelos correspondentistas del símbolo o imaginarios autotélicos y “anagógicos”; de tramas transfiguradoras e identificadoras metafóricamente de “nuevos puntos de vista” o de aboliciones y purgas negativas como término a un juego infinito de reproducciones figurales; de modos continuos, “transparentes”, prosados y dirigidos a un público ausente por intermedio de una tecnología escrituraria e impresa, o de modos discontinuos, epigramáticos, “opacos y densos”, dirigidos a un público presente por medios orales, se configura como el horizonte limitativo de las variaciones de rango admisibles en los planos irreductibles de las operaciones narrativas. En esto no hay afinidades ni homologías estructurales ni órdenes de determinación. Hay, sí, convenciones, reglas u horizontes de posibilidad en la producción, circulación, consumo y reproducción de artefactos verbales. Cada “uso” en el marco de estos espectros se propone como una mediación, a la manera whiteana y jakobsoniana, entre horizontes de posibilidad en la producción, producciones alternativas, y públicos o audiencias que portan sus propias expectativas de consumo verbal. El relativo acierto o desacierto de los “productores” en articular orientaciones espectrales que resulten fácilmente decodificables y reapropiadas por los destinatarios puede medirse en los sesgos subsiguientes de la deriva verbal, el punto en el cual un artefacto verbal “hace escuela” y prosigue exitosamente una tradición o, simplemente, es ignorado y cae en el olvido. En ocasiones, no obstante, todo el “mérito” de una propuesta verbal puede consistir en la mera frustración de las expectativas del público, con miras a volver conscientes y visibles esas mismas expectativas. Como fuera, el propósito de estos espectros de Frye consiste en volver comprensible los dispositivos por medio de los cuales un criterio *de realidad* postulado por un “artefacto verbal” se vuelve inteligible en términos comunes tanto para los productores como para los consumidores de esos obrares lingüísticos.

Una *tercera irreductibilidad* se aprecia en el análisis de nuestro anillo de menor diámetro, el de la operatoria topológica, en la que se detalla el conjunto de procedimientos en el marco de los obrares entimemáticos presentes en la narración. Como análisis de movimientos

y redireccionamientos entre campos semánticos, el relevamiento tropológico conduce a un enfoque multiplanar en el cual de acuerdo a los campos semánticos relevados varía la comprensión del movimiento efectuado. Si los tropos son eventos en la vida del lenguaje, la operación analítica de corte que establece el punto de partida, la situación inicial, y el de llegada, en el registro de ese evento resulta crucial para la caracterización del mismo. Como sabemos de Danto en adelante, no tenemos que tener la expectativa de obtener un *mapa de eventos* definitivo, sino que es retrospectivamente como podemos infinitamente referirnos hermenéuticamente al espacio de eventos pasados para realinearlos *retroductivamente* una y otra vez. El tropólogo, como el intérprete radical, revisita una y otra vez campos semánticos con la finalidad de establecer conexiones relevantes. Un mismo evento puede ser descrito apelando a variados tropos, como constituyendo un diferente tipo de evento, cuando es puesto en relación con otros eventos, otros modelos de secuencia, otros tipos de agencia al interior de modelos teóricos o narrativos diferentes. Es decir, no hay algo que sea “esencialmente” metafórico o “fundamentalmente” metonímico, porque no tenemos el mapa final de eventos que confiere inteligibilidad última a los eventos en la vida del lenguaje.

Estos tres órdenes de irreductibilidad permiten comprender de otra manera la *tesis del estilo*: la administración de las tensiones y relaciones entre las distintas operaciones presentes en cada nivel o plano irreductible es apreciada desde un punto de vista interpretativo como un modo de ajuste entre las tendencias contrapuestas presentes en los encuadres de creencias cuando son considerados de manera holista, en el marco de una teoría ampliada del *mythos* en los cuales tales encuadres pueden articularse por medio de procedimientos tropológicos. En este sentido nuestros tres planos obran en una misma dirección: las *tendencias contrapuestas* al despliegue y máximo alcance, así como también a la economía y mayor flexibilidad de las constelaciones de compromisos y creencias; al detalle y explicitación así como a la generalidad implícita de esas creencias; a la extensión inferencial y al carácter contradictorio de esa extensión; a la definición conceptual y a la inserción polisémica de los términos empleados; a la consolidación como “sistema de creencias” y a la apertura agenciada que nos permite intervenir y modificar no sólo nuestras creencias, sino el entorno que compartimos con otros; esas *tendencias contrapuestas*, en suma, exponen a nuestras constelaciones de creencias a orientaciones propias de las operaciones de subsunción y relevamiento de sentidos de identidad y contextos de pertenencia crecientemente “lógicos”, y a la vez revierten en impugnaciones genéricas de esos sentidos y contextos relevados.

El “estilo” se muestra entonces en el modo en que se administra estas orientaciones que hemos denominado incumbentes y transfiguradoras, vinculadas a la extensión inferencial o bien a su impugnación en pos de la aprehensión de nuevos estados de cosas. La deriva tropológica en todo caso muestra el cómo de esta administración, en la medida en que puede efectuarse metonímica y sinecdóquicamente el recurso que apunta al mayor detalle, alcance, explicitación

y definición conceptual de lo implicado en la creencia, así como también puede comprenderse el movimiento irónico que impugna tal recurso, en virtud de que nos entrega un sistema rígido, poco económico, carente de flexibilidad, de cara a un mundo siempre cambiante y a procesos de significación inherentemente polisémicos que tarde o temprano frustran las labores de extensión metonímica y sinecdóquica.

La explosión *pos-metanoia* de un horizonte metafórico donde nuevas identidades e identificaciones son apreciadas y consideradas en un marco de máxima economía, carencia de detalle y manipulación de lo implícito y no desarrollado de los atributos de los campos semánticos puestos en relación en la nueva identificación, no es más que un retorno al punto en el que la ambición de alcance y la propensión a la exhaustividad impulsan al encuadre de creencias nuevamente en la dirección incumbente de la metonimia y la sinécdoque.

Un *estilo* es, así, atribuido heterónomamente como un modo de administrar las tensiones inherentes a todo sistema entimemático que se encuadra en constelaciones de creencias en el marco de una ontología depurada del lenguaje, que se expresan en *mythos ampliados* como eventos verbales en los cuales periódicamente se efectúan reajustes y realineamientos entre nódulos valorativos o patrones de significación centrales y periféricos en el espectro de la interacción verbal. En esos *mythos* se arbitra permanentemente aquello que intersubjetivamente se somete a revisión y aquello que es considerado lo suficientemente central, eminente o primordial como para acceder al carácter *mítico* de lo no disputado. Una "realidad" intersubjetivamente validada y que se sitúa como respuesta grupal, dialógica, a presiones causales inherentes al entorno físico y natural tanto como al espectro de las interacciones humanas precedentes, puede ser entonces configurada y estilizada verbalmente sobre el trasfondo de estas operaciones irreductibles.

Sabemos que entre las operaciones clave de la narración se encuentra la de configurar entimemáticamente un sentido de realidad, con sus modos habilitados y ocluidos de concebir secuencias de eventos y modos de intervención y agencia. Desde la primera tesis "releída" sabemos que el recurso al expediente escéptico se encuentra vedado en el marco de esta ontología davidsoniana del lenguaje que ha renunciado a la idea misma de un "objeto-lenguaje" que pueda intermediar epistémicamente entre hablantes y mundo. La tesis del *compromiso ontológico* muestra cómo pueden rastrearse en el empleo verbal narrativo las asunciones de los hablantes respecto de un entorno compartido y en lo relativo a los rangos de lo concebible. La misma lectura davidsoniana ha impedido que leamos los estilos como "esquemas alternativos" de interpretación, en la fantasía relativista de un horizonte de concepciones del mundo inconmensurables. La tarea del tropólogo y del intérprete radical es concebir a los otros como humanos, como personas que portan sus propias constelaciones de creencias, sus propios criterios de agencia, de secuencias admisibles de eventos, de estatutos de lo simbólico. Estas

asunciones relativas al *principio de caridad* se efectúan como condición de posibilidad de toda interpretación; sin ellas no sabríamos qué estamos interpretando ni a quién; no sabríamos siquiera si lo que estamos realizando es una interpretación en absoluto. Las condiciones en las que se da el uso del lenguaje, el comportamiento verbal como una parte indivisa del comportamiento en general, hacen que por intermedio de triangulaciones que remiten a hablantes e intérpretes en un entorno compartido, la figura del extrañamiento radical resulte imposible.

La tesis del *compromiso ontológico* resurge en este marco de *anillos concéntricos* como el conjunto de asunciones coherentes y plausibles que los hablantes deben realizar en pos de delinear un comportamiento verbal y no verbal inteligible en un entorno compartido. Entre las asunciones se encuentra, evidentemente, la idea de que un “mundo” ejerce sus fuerzas y presiones causales y configura *negativamente* el contorno de los horizontes de posibilidad de los agentes. Pero más de una interpretación o propuesta *positiva* permite consolidar y cubrir la figura de un mismo contorno, y en este sentido no sólo la tesis de los estilos irreductibles, sino la idea misma de agencialidad de los hablantes como entidades capaces de intervenir en un mundo no determinista cobra sentido. En la posición del intérprete no es la realidad la que es ocluida, sino que por el contrario, se parte de la constatación misma de que *una realidad –como trasfondo o punto de partida o situación inicial- en particular ha forzado a los agentes a actuar, a intervenir, a poner en movimiento un estado de cosas, de manera tal que sólo mediante una operación de cierre “externo”, de corte interpretativo, puede otorgarse un sentido retrospectivo a las consecuencias y efectos de tal actuación e intervención y a la idea de un estado de cosas presente que obra como “evidencia” para un intérprete.*

Es decir, una noción relevante de “evidencia” se vuelve pensable como derivación de que hemos adoptado una noción concomitante de estados de fase, de intervenciones y agentes posibles y de movimientos habilitados entre fase y fase. Las restricciones conceptuales que rigen para estas derivaciones recíprocas son las que rigen para todo encuadre de identificaciones verbales: las orientaciones a la coherencia, alcance y detalle tanto como los requisitos de economía y flexibilidad, en un marco cambiante, de significaciones inherentemente polisémicas.

No tenemos entonces, necesidad de recurrir al muñeco de paja del “idealismo lingüístico” porque no son los hablantes los que se inventan entidades por su mera actuación verbal, sino que son los intérpretes los que configuran sentidos adecuados de realidad para comprender el conjunto del comportamiento (verbal y no verbal) de aquellos a quienes interpretan. No está en los intérpretes modificar a voluntad el mobiliario del mundo, sino permanecer sensibles a la definición de “cosa mueble” de manera tal que pueda apreciarse en qué sentido nuestros predecesores y congéneres han intervenido en el mundo llenándolo de eventos y entidades novedosas, impredecibles, repletas de futuro.

Esas variadas sensibilidades en hablantes e intérpretes dan sentido a la *tesis de las políticas del lenguaje*. Los buenos y malos usos del lenguaje y los distintos obreres de que son capaces los agentes se miden contra un trasfondo ético que muestra hasta qué punto aquel comportamiento se ha insertado productiva y reproductivamente en un tramado de relaciones sociales. Ya he dicho lo suficiente en torno a las políticas del lenguaje (transfiguradoras e incumbentes) que pueden considerarse, tanto como me he extendido en lo relativo a las aporías del ironismo como sensibilidad (en su doble dirección de genealogismo figural, relativista y aún incumbente, y de purga radical, en pos de una reconfiguración por *metanoia* que remita a un trasfondo visionario de ruptura) lo que me permite concentrarme en este punto en el fantasma de un posible *impasse whig*. El temor a un puro dominio de la *efectividad* de la circulación verbal (en particular en la forma de versiones legitimadoras de ciertos *pasados incómodos*; cfr. Jay, Ginzburg, Kansteiner, Friedlander, Moses) contiene en sí una doble asunción que “transpira” el virus del idealismo lingüístico del que ansía purgar a su contrincante teórico narrativista: ¿cómo podría instituirse un orden de legitimación por medios puramente verbales? ¿La mera propalación de “falsas verdades nazis” podría de alguna manera cobrar independencia, volverse autónoma del resto del comportamiento y la interacción de manera tal que un entero mundo y un entero dominio de saberes, procedimientos, registros y actuaciones pueda ser desconocido? ¿A qué le teme el anti-narrativista?

Una concepción ampliada del *mythos* y una concepción incrustada del lenguaje en el resto del comportamiento vuelven impensables las dos figuras claves de este temor a un *impasse* derivado de la pura efectividad de la práctica lingüística legitimadora: las variaciones de grado entre las formas de la interacción verbal impiden el recurso a una autonomía de género (lo cognitivo por aquí, lo político por allí, lo “expresivo” más allá) sustentada en la posibilidad de una discontinuidad de los modos verbales, discontinuidad radical que aliente los argumentos solipsistas, escépticos y relativistas. El primer temor de un Ginzburg es que las verdades consagradas autónomamente por el género cognitivo historiográfico sean ignoradas por el igualmente autónomo (pero divergente) género verbal del empleo político-doctrinario de imágenes del pasado. La aspiración coherentista, holista e integradora de la visión davidsoniana del lenguaje debería volver ininteligibles tales “esquemas alternativos del mundo”, en el marco de un trasfondo común, un tiempo vivido y un espacio compartido. Las condiciones de posibilidad y las restricciones *negativas* de sentido en las cuales se incrustan los horizontes irreductibles y empíricamente equivalentes que obran como delineamiento *positivo* de un pasado que llega hasta nosotros, nos aseguran que tales “extrañamientos masivos” respecto de nosotros mismos tienen pocas chances de darse, y en todo caso la mejor estrategia para evadir estas tentaciones “de ruptura” es evitar la consolidación de la idea de regímenes autónomos de saber o de conocimiento. Por el contrario, cuanto más integrada, amplia y coherente la visión en

torno al comportamiento verbal, menos espacio quedará para las “des-ligaduras” que habilitan las sendas solipsistas, “autonómicas” y escépticas.

El segundo temor del anti-narrativista (expresado arquetípicamente por Ginzburg) ante la “pura efectividad” del relato legitimador se deriva de su sentido restringido del *mythos* como una pieza de comportamiento verbal expresivo, imaginativo, individual, en el sentido de un artefacto que se auto-valida en la secuencia de “pensamientos” que un autor concibe para sí mismo en un marco “decisionista” ulteriormente inmotivado. Una concepción amplia del *mythos* barre con todo este imaginario retardatario, y ve a las estrategias legitimadoras como eventos en la vida del lenguaje, como apuestas en torno a constelaciones de creencias. Un negacionista del Holocausto está trabajando, en este sentido, en pos de una revisión valorativa del marco de acuerdos y creencias compartidas por la mayoría de los hablantes. Su valoración positiva de criterios hoy en día subalternos –considerados por la mayoría no sólo en términos negativos, sino como paradigmas de la valoración propiamente abyecta- remiten no sólo a una manipulación evidente del registro del pasado en común, sino a un horizonte ético que se despliega en el presente, con sus modelos de trama, de agencia, de simbolización y audiencias supuestas. Negar una prueba histórica no es algo que se emprenda por separado, un obrar particular que deja todo lo demás igual, sino que es una tarea que se lleva a cabo en un marco más amplio, que remite al conjunto de horizontes para captar los cuales se articula una visión extendida de la interacción verbal y no verbal que puede ser aprehendida por medio de los espectros de Frye en el marco de una teoría ampliada del *mythos*. Cuanto más apreciemos el tipo de operación en curso, más podremos extender el curso de las inferencias que conectan el obrar negacionista con una entera propuesta de un mundo social que, para el caso, la mayoría de nosotros encuentra abominable. Por lo tanto la exposición detallada de las estrategias narrativas de significación en términos tropológicos lejos de entregarnos a un *impasse* donde obra el “decisionismo” como herramienta subjetiva de valoración, nos remite a un mundo y un horizonte ético que nos exige posicionarnos colectivamente ante las consecuencias inteligibles de los modelos de “realidad” en pugna. No es el posicionamiento “inmotivado” o el “voluntarismo” lo que surge aquí, sino el relevamiento detallado de las constelaciones de motivaciones e intereses que habilitan o inhabilitan contextualmente la adopción de esos posicionamientos ante “realidades” en pugna. Este modelo de análisis nos provee herramientas de análisis que detallan no sólo qué ideas del pasado en común tiene la propuesta en estudio, sino que elucida el tipo de agentes, de secuencias de eventos, de intervenciones legítimas, de procedimientos de simbolización presentes en aquellas “ideas”. En suma, tal perspectiva nos brinda una visión sinóptica del modo de producción, circulación y reproducción de prefiguraciones de lo social instanciado narrativamente por apelación a imágenes del pasado. El conformismo no resultará así una consecuencia de la adopción de un punto de vista teórico para abordar el comportamiento de los hablantes, sino que será más bien el resultado de una

compulsa política sobre vectores de fuerza que legitiman y autorizan ciertas valoraciones y procedimientos como “centrales” y condenan a otros a la subalternidad y la permanente puesta en cuestión.

Este matiz instrumental de la apelación al análisis tropológico nos conduce a la quinta tesis revisitada: la *tesis de la base tropológica* debería tal vez cambiar de nombre. La tropología no es una “base” “profunda” para analizar “superficies” derivativamente concebidas. Se trata más bien de un *vocabulario disponible para analizar en términos propiamente lingüísticos el comportamiento verbal*, un vocabulario que como tal no es último ni un *grafolecto o léxico definitivo* y no designa modos de conciencia o categorías de entendimiento, sino que se presta para describir por apelación a protocolos verbales la pragmática efectiva del lenguaje. Los tropos siguen siendo así “operadores funcionales elementales que articulan la estructuración misma de toda gramática en el lenguaje ordinario”, pero esas operaciones son reconstruidas interpretativamente, desde la perspectiva de tercera persona, y no designan un develamiento de “verdaderas estructuras”, sino que representan una parte importante del intento analítico para interpretar a los otros de manera tal que se satisfagan los requisitos de la interpretación radical y la ontología del lenguaje davidsoniana. *Son importantes para nosotros como intérpretes cuando queremos entender a los otros como hablantes y seres que se han comportado, han actuado y han intervenido en un mundo que es también el nuestro.*

Apelamos a los tropos cuando queremos entender lo que los otros (que podemos ser nosotros mismos cuando nos vemos retrospectivamente como hablantes, como agentes interviniendo en un sistema) han hecho con las miríadas de campos semánticos que han heredado y en los que han morado como agentes transfiguradores e incumbentes. Abolida la *paradoja de Kellner* y considerada en su relativa inespecificidad la reconstrucción historicista, la cual más bien supone el tipo de *colapso metalingüístico* en el cual un compromiso contextualista y presente con una idea de lo real o de lo histórico se invoca como trasfondo explicativo de la significación de un evento pasado –de manera tal que la explicación se vuelve meramente un argumento circular en torno al propio compromiso contextualista y presente-, la información tropológica puede ayudarnos a conseguir aquello que más valora el crítico del narrativismo: “una mejor consideración de la manera en la que reconstruimos el pasado con el lenguaje” (cfr. Capítulo tres, sección e).

En este punto una conexión relevante debe hacerse entre esta revisita de las cinco tesis whiteanas y la preocupación por la idea misma de un “régimen de conocimiento propio de la historia” (Chartier). No se ignorará que este esquema de *anillos concéntricos* (ontología depurada, *mythos* ampliado, pragmática tropológica) excede largamente la caracterización del tipo de comportamiento verbal que denominamos convencionalmente “historiográfico”. Siendo así se genera el riesgo de incurrir en el defecto que señalábamos en muchas de las teorías



tropológicas: “inflar” tanto su dominio que en definitiva *nada* podía explicarse significativamente por apelación a los tropos. Como riesgosa “teoría acerca de todo” el éxito mismo de la teoría podría representar así su más palmario *fracaso*.

Esto es, podemos desatender los argumentos anti-narrativistas acerca del escepticismo, el relativismo, el idealismo lingüístico y el *impasse whig*, podemos aclarar el estatuto de lo tropológico, pero aún así una pregunta persiste: ¿qué comprensión diferencial permite la teoría narrativista respecto del discurso historiográfico? Esa pregunta se vincula manifiestamente con otra: entendido el narrativismo como un *ataque radical al modo de conocimiento historiográfico* ¿se comprende tropológicamente la apelación a un horizonte visionario en el cual no haya más historiografía y en el cual no pueda darse más una política del puro pasado que configure el horizonte ético en el que pretendemos intervenir? Ha sido Keith Jenkins (Jenkins, 1991, 1995 y 2002) quien más palmariamente ha seguido este camino, en la forma de un argumento que en su premisa afirma el procedimiento legitimador –inherentemente violento y opresor– de la operación historiográfica y en su conclusión postula la necesidad de abandonar lo último si es que hemos de dejar de hacer lo primero.

Mi convicción al respecto es que ambas preguntas deben responderse de manera conjunta, en tanto se aclaran en el trayecto y revelan las inconsistencias de lecturas contrapuestas acerca del fenómeno narrativista. Ha sido un esfuerzo permanente de esta investigación vincular tres problemas en una única formulación suscita acerca de lo implicado en la aproximación whiteana: repito una vez más que para White se trata de entender el modo en que podemos producir *versiones verbales* de nuestro pasado en *forma narrativa* por medio de *procedimientos tropológicos*. La idea evidente es que *de hecho lo hacemos*, y si lo hacemos es porque un pasado en común se tiende como un requisito lógico para que podamos versionarlo narrativamente por medios tropológicos. La implicación aquí no conduce a sostener una formulación del tipo “dejen de hacer eso”, sino que deriva más bien en una recomendación del tipo “consideren apropiadamente el conjunto de consecuencias que se extraen de esta visión de lo que de hecho están haciendo”. Se trata de “hacerse responsables” del propio obrar, un hacerse cargo de las “cargas” del pasado en común. Aunque pudiéramos abrigar dudas acerca de qué tanto puede considerarse acabadamente acerca del propio obrar con el pasado (hasta qué punto uno puede ser plenamente auto-consciente de los modos en que operamos verbalmente sobre las imágenes y significaciones del pasado), lo que es relevante en todo esto no es el supuesto matiz ingenuo del énfasis emancipador whiteano, sino la dificultad de comprender en puros términos “abolicionistas” (de lo historiográfico) y “visionarios” la apuesta whiteana. Comprender mejor lo que se está haciendo no necesariamente reenvía a un abandono de ese mismo hacer. *La inferencia de Jenkins* (como podemos denominar a este paso que lleva del *análisis* de la información tropológica del discurso historiográfico a la pretendida

*superación* de tal discurso) se encuentra entonces particularmente mal fundamentada si es que el whiteanismo va a obrar como su trasfondo teórico.

En particular se resalta el hecho de que *no por dejar de historiar dejamos de operar tropológicamente*. O con más precisión, nuestro comportamiento ordinario, aún en un mundo en el cual el género historiográfico no existiera, seguiría siendo verbalmente entimemático, difuso, contradictorio y constelado y seguiríamos asistiendo a la posibilidad de interpretar la forma en qué se constituyen órdenes de inteligibilidad y de legitimidad por medios tropológicos. Lo que se persigue por tanto no es la purga de lo tropológico (porque lo tropológico legitima) en aras de una imposible reducción formal que ya hemos visto no funciona “a pleno” en tramo alguno del comportamiento verbal, sino la mejor comprensión de nuestro operar, de las funciones que cumplen los tropos, y la extracción de lecciones interpretativas que permitan contrastar, comparar, vincular, secuenciar y comprender en sentido inclusivo lo que han hecho nuestros predecesores verbales y la manera en que por medio de su obrar han configurado un mundo en el cual nosotros podemos ahora interpretar e intervenir.

La *inferencia de Jenkins* resulta así tan desencaminada y empobrecedora como la *paradoja de Kellner*, y por el mismo motivo: en algún sentido la idea de un “objeto-lenguaje” con su énfasis sistematizador y sus órdenes de determinación y restricciones sigue estando allí. Sólo que mientras en la paradoja se marcaba la contradicción y se jugaba con la aporía resultante (como en toda paradoja), en la inferencia se intenta establecer un contrapunto irreal entre comportamiento legitimador y conducta “visionaria” que resulta palmariamente inhumana, y para peor, desatenta del punto en el cual tropológicamente puede mostrarse fácilmente su inconsistencia: las consecuencias para la agencia, las tramas, los símbolos y los radicales de presentación de la adopción de la venerable tradición de la pura futuridad son fácilmente delineables y aseguran que más allá de la *epifanía en pos de la abolición de lo histórico* nos encontraremos bien pronto en la tentación incumbente de legitimar la futuridad tan prometedoramente nacida.

Un *ataque radical* al saber historiográfico tiene tanto sentido como un ataque radical al teatro, a la imprenta o a la oralidad secundaria. En términos de Ong, el saber historiográfico es una *tecnología de la palabra*, un modo en que se ejerce la producción y circulación verbal en determinado momento o a partir de cierta época en que se vuelve un tipo de procedimiento posibilitado por el horizonte de antecedentes en el cual se incrusta. Si hemos de creerle a Mink, no tenemos ningún motivo para (y ninguna posibilidad de) olvidar lo que hemos aprendido, y si hemos de creerle a Danto, siempre estamos, en nuestra condición de agentes en el presente, a cierta distancia del mañana del ayer. Si frustramos las expectativas del pasado acerca de nosotros, es porque de alguna manera somos agentes que intervienen en el sistema o la sucesión de estados de fases, y arrojamos la deriva de eventos en nuevas e inesperadas

direcciones, con su carga de legitimación necesaria de mundos vividos y de impugnación necesaria de mundos sufridos.

Como hablantes hemos configurado, en los últimos siglos, un tipo de tecnología vinculada a un esfuerzo por orientar las adopciones espectrales de Frye en una determinada dirección con propósitos específicos. La “tecnología” historiográfica ha supuesto y supone aún uno de los esfuerzos más consistentes y declarados por sostener el marco primario y original del *mythos* en su sentido amplio. Los espectros de Frye presuponen que toda narrativa juega con su estatuto como símbolo o representación endo o exo-dirigida, como propuesta de modelos de agencia, de trama, de radicales de presentación. A lo largo de los siglos lo que hemos denominado “literatura” en sentido acotado, el tipo de variante más orientada a la imaginación autoral, la configuración particular de esos elementos, el interjuego más libre de las variaciones convencionales en torno a esos espectros, se ha dirigido a la problematización y confusión intencional de uno o varios de esos juegos o espectros. La literatura se ha dirigido entonces en ocasiones a frustrar su propio énfasis representacional, suprimir la agencia, abolir la secuencia de eventos (impugnar la idea misma de evento), volverse hermética. Estos juegos son, naturalmente, amables ficciones, en el sentido de que nunca se logran del todo, y por los mismos motivos que sustentan la teoría ampliada del *mythos*: como tipo de intervención verbal estas variaciones “sofisticadas” de lo literario se montan sobre el estrato amplio de efectuaciones ingenuas que aún presuponen lo problematizado por aquellas. Podemos entender la sofisticación porque tenemos una comprensión primaria de lo ingenuo que aquellas “satirizan” o ponen en relación. De la deriva simbolista y del surrealismo podemos obtener la lección de que no es posible ir tan lejos como para suprimir los espectros de Frye. Optar por un límite en el espectro no implica que hemos salido de él. Simplemente significa que se ha decidido *jugar* con las consecuencias de esos límites, hasta el punto de hacer visible esa operatoria espectral, con finalidades muy variadas.

La tecnología historiográfica, por el contrario, ha permanecido en el borde de la ingenuidad y de la adopción convencional, y por buenos motivos. Mientras la *literatura sofisticada* puede en ocasiones orientarse a la exhibición del borde endo-dirigido, potencialmente “autotélico” de la simbolización, como forma *indirecta* de especificar los horizontes concebibles de los modos de intervención y la asignación de valoraciones, encontramos otro tipo de literatura, a la que no denominaré “ingenua” o “convencional”, sino que la mentaré como el caso de un tipo de expresión verbal *urgente*, que está orientada a especificar de manera *directa* esos mismos horizontes. Quiero decir, la literatura *sofisticada* puede jugar infinitamente con los horizontes parentéticos, de puesta reflexiva en cuestionamiento de los modelos asumidos de manera *urgente* acerca de los eventos, tramas, agencias, representaciones y presentaciones postulados verbalmente. La función cultural de ese

juego consiste en concebir la posibilidad de un *desplazamiento de las urgencias, una transfiguración* que nos ayude a concebirnos de manera diferente en tales aspectos.

Por el contrario la función cultural de las *formas de la literatura urgente* apunta a mostrarnos de manera *incumbente* las maneras por medio de las cuales hemos arbitrado modelos de intervención, agencia, tramas y asignación de valores –lo que he llamado sucintamente “prefiguraciones de lo social”- a través de intervenciones lingüísticas en el marco del comportamiento verbal y no verbal. Si el patrón narrativo en todas sus variantes (*sofisticadas y urgentes*) trafica esos modelos validados de la intervención y prefiguración de lo social, la diferencia de grado reside en su diferente *paciencia parentética* para remitir indirectamente a esos modelos, para trabajarlos y desbastarlos por medio de deliberadas interposiciones, o bien para caracterizarlos frontalmente, de manera abierta, pública, no por apelación a recursos parentéticos sino por extensión, detalle y relevamiento exhaustivo de los márgenes a donde tales modelos nos proyectan.

Encontramos nuevamente aquí la distinción entre el horizonte transfigurador y el incumbente, y *si bien no toda la literatura sofisticada es transfiguradora, y tampoco toda la literatura urgente* –en la cual convergen la prosa realista y la narrativa costumbrista, la crónica periodística tanto como la historiografía y demás géneros “correspondentistas”- *es incumbente*, un espectro de gradaciones variables nos muestra que cuando el régimen historiográfico ha estado orientado masivamente a la incumbencia, ha desplegado modos de extensión y detalle que han operado menos parentéticamente y más extensivamente, detallando las redes arborescentes de inferencias por superposición de procedimientos metonímico-causales, sinecdóquicos-teleológicos y figurales-no teleológicos. De manera menos corriente el saber historiográfico ha mostrado un trayecto transfigurador, orientado a sofisticar la comprensión ingenua acerca de tramas, eventos, agentes, representaciones y presentaciones, de modo que un nuevo relieve de las ocurrencias históricas se volviera pensable. De forma no casual la historiografía de *Annales* ha supuesto un re-trabajo de todas estas nociones cruciales en la deriva espectral narrativa, no con miras a privarnos de realidad histórica alguna, sino con la finalidad de proveernos una comprensión más profunda de la misma. Nuevamente aquí la interpretación es contextual y la atribución se desprende de aquello que enmarca el análisis. Simiand es transfigurador de cara a un Seignobós, pero desde la óptica de un Jenkins quizás ambos son meramente incumbentes respecto de un mundo que mejor deberíamos dejar en el pasado.

Como *tecnología de la palabra, como literatura urgente, quizás como la más urgente de nuestras literaturas*, difícilmente podamos concebir un horizonte cultural en que olvidemos lo que hemos aprendido del desplegarse de las urgencias historiográficas. El modo específico del saber historiográfico es el del modelado urgente, informado, preocupado por la prefiguración

*directa* de lo social que se desprende de la configuración misma de lo verbal, un recurso de primera mano que usamos a diario, cotidianamente, y que reaccúa reflexivamente en la medida en que siempre estamos, en algún sentido, “en” la historia y nos vemos –siquiera retrospectivamente– como agentes que por medio de sus intervenciones prefiguran, figuran, refiguran el horizonte de mundo que les toca actuar.

Seguramente en alguna época futura tal vez el saber historiográfico no resulte tan “eminente”, tan *mítico*, tan central como lo resulta ahora para la mayoría de nosotros, pero difícilmente alguna época abjure de los modelos de agentes, de representación, de tramas y de presentaciones que se han configurado historiográficamente, por la misma razón que nosotros aún no hemos abjurado de Homero y de los relatos clásicos, si es que aún seguimos, en algún sentido, permanentemente contándonos las mismas historias, en el horizonte de mundos siempre distintos dispuestos para nosotros como espectros sin solución de continuidad. Aún no hemos abjurado del bajel y del Gólgota, de la búsqueda y la consumación, y no importan las transfiguraciones y las incumbencias, para los mundos futuros las futuras búsquedas y las futuras consumaciones de alguna manera se desplegarán contra un trasfondo de alusiones a los mares que hemos recorrido con Homero y con Braudel, y a los ríos a la orilla de los cuáles nos hemos consumado milenariamente, ya sea en las palabras del Libro, o en las de Norman Cohn.

Al volver tropológica la caracterización del lenguaje historiográfico, White ha mostrado un camino que conduce a una mayor intimidad con aquello a lo que no podemos renunciar: la idea de que *es en el pasado en común como articulamos un modelo plausible del tipo de agencias y tramas, presentaciones y representaciones que nosotros queremos para nuestras vidas*. Como prosa urgente, como literatura manifiesta, como procedimiento directo el saber historiográfico no es un *plus* opcional, un ornamento. Su carácter tropológico lo sitúa en el centro mismo de nuestras preocupaciones, en el corazón de nuestras estrategias para accionar por medio del lenguaje un sentido de los mundos posibles. Mundos en los que en definitiva podemos concebirnos a nosotros mismos únicamente a partir del trasfondo alusivo parido por aquellos de quienes hemos aprendido.

### c) «Arquetiempos» y la filosofía de la historia después de Hayden White

La interacción verbal enmarcada socialmente requiere una constelación de compromisos y adopciones (deliberadas o no, sancionadas ya sea por convención o bien como fruto de una ruptura visionaria) en torno al lenguaje, lo “*mythico*” ampliado (narrativo), lo tropológico. En *conjunto* estos compromisos constituyen la *ontología* del discurso bajo análisis, y cuando el discurso está referido al pasado, esas constelaciones de compromisos nos permiten hablar con propiedad de *ontologías históricas*, compromisos en los usos lingüísticos que habilitan nociones de agencia, de representación, de narración de la interacción agente-sistema como tipo de intervención y de los tipos de presentación mismos del lenguaje, los cuales se

manifiestan tanto en el empleo ordinario y cotidiano del lenguaje como en aquellos discursos que pretenden articular una visión más amplia de los fenómenos que enfocan. Por medio de esas ontologías es que nos comprometemos con la identificación de estados en el mundo, y es a través de ellas que configuramos los dominios de fenómenos que pretendemos sean transitados por los discursos especializados. Así vistos constituyen *herramientas habilitadoras*. Pero también es por medio de ellas que se articulan convenciones o mandatos interpretativos que garantizan la reproducción de los modos específicos de conocimiento, aunque al costo de una creciente pérdida en la fertilidad de la herramienta de cara a nuevos avatares y circunstancias. Es entonces cuando las ontologías históricas muestran su *aspecto cristalizado*, de convención que se arrastra hasta nosotros, con su potencial capacidad de inhabilitar, de des-subjetivar, de volver imposible la escucha, el reconocimiento.

Más aún, el conjunto de la expresión verbal apunta a consolidar regímenes de aplicación de un concepto propio de "realidad", estabilizando conglomerados de compromisos en torno a los objetos, agentes y relaciones perceptibles en un campo o dominio determinado. La literatura (en sentido ampliado), el arte en general y la filosofía pueden verse así como actividades y procesos vinculados a la delimitación ontológica, aunque en el caso de la primera el procedimiento es tropológico más que lógico o estrictamente inferencial, siendo dos de las peculiaridades de la tropología el trabajar con criterios laxos en torno a la identidad, la equivalencia y la cuantificación (tal la tarea de la metáfora) y, por lo tanto, el admitir tabiques o cesuras que conspiran contra una sistematicidad y coherencia general del ámbito de asunciones que sea el caso (tal la tarea del conjunto de tropos que forman parte del ciclo que inaugura analíticamente la metáfora y cierra la ironía). La construcción de un entero conjunto de protocolos de utilización de nuestras nociones semánticas básicas encuentra un primer ámbito operativo en el conjunto irrestricto de técnicas de significaciones literarias, narrativas y discursivas en general. Esas técnicas no tienen otra finalidad que la de especificar un concepto de realidad y un conjunto instructivo de protocolos en el manejo de nuestro vocabulario semántico y nuestro vocabulario de agencia. El uso ordinario del lenguaje y el análisis tropológico del mismo nos entregan una noción de la práctica lingüística preocupada por sostener una visión unificada del entero espacio de interacción verbal y no verbal y, a la vez, reconocer la a-sistematicidad, última incoherencia e ineliminabilidad de las cargas contradictorias insertas en aquel espacio, *cargas que es función de la tropología como un todo administrar creativamente*. Nuestra realidad, tal como es articulada por la expresión verbal, lidia, tematiza y lleva consigo siempre los desajustes que otorgan espacio conceptual a la necesidad de pautas que desafían la recurrencia (pautas denominadas tramas o *mythos* en el sentido aristotélico) y de modos de intervención que especifican la contribución de los agentes a la alteración de la recurrencia (*ethos* o "carácter" aristotélico, aunque para nuestros fines resulta más relevante su consideración en términos de "agencia" o potenciales de intervención).

El conjunto de estos posicionamientos apunta a sostener una visión de la expresión verbal articulada en forma discursiva que afirma que

i- los relatos implican tramas (o modelos de articulación y anticipación de secuencias de eventos), agentes (entidades intervinientes en las secuencias de eventos cuya aportación es especificable en términos del apartamiento de la recurrencia de aquellas), estrategias de emisión (espectro que va de la originalidad y ruptura representacional a la más absoluta sujeción a patrones convencionales de comportamiento discursivo) y estrategias receptoras (espectro que va de la interpelación activa y participación en el relato entendido como *praxis*, a la recepción pasiva y contemplativa de un conjunto simbólico entendido como espectáculo).

ii- las constelaciones de modelos de *tramas* y de *agentes* adoptados delimitan patrones de interacción respecto de los principales tópicos narrativos (interacción ritual, espacio onírico, "realidad" experimentada y deseo de una realidad modificada por los agentes), las estrategias de emisión sugieren las relaciones intertextuales –reglas de antecendencia y variación– de esos mismos patrones, con especial atención al estatuto conferido a la *representación*, y algunas claves de decodificación, así como también las estrategias receptoras indican el conjunto de las actitudes previstas en el *modo de presentación*.

iii- toda expresión verbal continua de tipo discursivo exige lo implicado en i- y genera el conjunto de constelaciones referido por ii-, sin por ello implicar más que un protocolo de tratamiento formal del conjunto de operaciones verbales realizadas (con independencia de los "contenidos" mentados por ellas). Los lenguajes históricos constituyen ejemplos paradigmáticos, *urgentes*, particularmente visibles, de estas exigencias, que generan modalidades típicas de interacción verbal que pueden ser provechosamente tratados mediante un abordaje topológico. *La información topológica no disuelve la especificidad de lo histórico, sino que permite entenderla mejor.*

Estas recurrencias de la expresión verbal han sido denominadas por Frye como "arquetipos", el tipo de configuraciones reiteradas en el comportamiento verbal que permiten la comparabilidad y contrastación de las derivas y prácticas divergentes. Lamentablemente el término elegido sugiere –involuntaria y erróneamente– por hominimia la apelación al tipo de *configuraciones inconscientes* a lo Jung que suponen invariantes y reglas de determinación transculturales o universales de los modelos de conciencia. Un arquetipo en el sentido de Frye no tiene nada que ver con esas invariencias, como una lectura de esta investigación –o del mismo Frye– debería permitir colegir. La adopción whiteana ha prescindido acertadamente de la mención a los arquetipos, ocluyendo así la lectura jungiana –y errada– de Frye. La consideración de las recurrencias y variaciones espectrales literarias ha sido denominada por White simplemente en términos de "modelos de trama", o análisis de los modos de tramado (*modes of*

*emplotment*), lo cual ha permitido concentrarse en los aspectos de manifestación verbal (en sentido de “artefacto”) antes que en la remisión a supuestos modos de conciencia universales. Sin embargo analizar un arquetipo en el sentido de Frye no es lo mismo que relevar una configuración de trama en el sentido de White (y aún en el de Ricoeur). Lo que se arbitra en los arquetipos de Frye es una significación y una función cultural amplia, extendida, que reenvía a los modos de intervención y a la prefiguración de lo social. Entonces, si el arquetipo sugiere la errada remisión a la invariancia jungiana, y la trama corre el riesgo de centrar el análisis en una forma restringida de la expresión como “literatura con minúscula”, una noción intermedia, que evite ambos extremos, y a la que denominaré *arquetiempo* corre con la ventaja de *expresar las constelaciones de compromisos con ontologías históricas* tal como se elucidan a partir de la relectura de White desde el modelo de *anillos concéntricos* propuesto en la segunda mitad de esta investigación.

Un *arquetiempo* es una *constelación de compromisos que se expide y se incrusta en las gradaciones presupuestas en los espectros de Frye (representación, agencia, trama, radical de presentación), en el marco de la ontología depurada del lenguaje de Davidson. Esa constelación puede ser analizada o interpretada heterónomamente como un conjunto funcional operado tropológicamente, operatoria en la que se manifiesta el conjunto de sus implicancias como «tecnología de la palabra». Esa tecnología se dispone en un marco de interacción verbal en el que se modelan y se prefiguran reflexivamente los modos mismos de la interacción (verbal y no verbal).*

Un *arquetiempo* es así el tipo de artefacto verbal del cual nos ha estado hablando recurrentemente White, desde *Metahistoria* en adelante, una *versión verbal* de nuestro pasado en *forma narrativa* que se operativiza por medio de *procedimientos tropológicos*. La relectura de la tropología whiteana en la dirección de los *arquetiempos* tiene por finalidad validar el corazón de la apuesta de White (sus tesis en torno a la información tropológica del lenguaje irreductible de la historia) en un marco que no habilite ni la *paradoja de Kellner* ni la *inferencia de Jenkins*, en la convicción de que ambas representan aquello contra lo cual los críticos de White han estado luchando *acertadamente*. Aunque mayormente las críticas que anidan en las anti-texturas (capítulo tercero) resultan deudoras de una ontología del lenguaje, una teoría del *mythos* y una concepción de la tropología restringidas, en ocasiones, y con consecuencias importantes, esas han sido también las deudas del mismo White. Hacer lugar a la idea de la irrenunciabilidad cultural y a la centralidad política de la tecnología de la palabra historiográfica es parte de lo que se propone la ampliación de la teoría del *mythos* y la comprensión pragmática de la tropología en el marco de una ontología depurada del lenguaje.

En definitiva, si esta investigación se denomina “Tropología, agencia y lenguajes históricos” es porque en la intersección del análisis literario teóricamente informado, la filosofía



del lenguaje y la filosofía de la historia se encuentra un espacio conceptual que el narrativismo ha usufructuado provechosamente pero ante el cual se han alzado objeciones no del todo convincentes que, con todo, han tenido el mérito de sesgar la agenda en una dirección filosóficamente empobrecedora. El lenguaje histórico es continuo a la realidad histórica, porque ciertamente no son reconocibles dos elementos que encuentran la manera de seguirse a través del tiempo y del espacio, sino que advienen juntos como dos aspectos de una misma *praxis*. La tropología es una vía de entrada útil para la comprensión de la dinámica de éste y otros lenguajes. Como tal, esa perspectiva no pone ni quita nada del mundo, no lo supone intrínsecamente amorfo ni esencialmente estructurado, porque desconfió de la idea misma de "intrinsicidad". Comprender el lugar del lenguaje histórico (y del lenguaje) como miríada de usos discretos de acuerdo a contextos implica reconocer que si el escepticismo y el relativismo histórico han sido posibles es porque ha habido una concepción del conocimiento histórico centrado en nociones limitativas de la idea de lo lingüístico, de lo narrativo y de lo tropológico.

Repitiendo lo dicho en la Introducción, la filosofía narrativista de la historia resulta un conjunto teórico crucial para poder abordar tres tópicos fundamentales: la idea misma de *tener un lenguaje*, un concepto productivo de la noción de *intervención lingüística*, un sentido comprensivo de lo implicado en la figura de que hay un *espacio del darse las palabras*. *Tenemos un pasado* como tenemos un lenguaje, triangulando y siendo con otros, interactuando ordinariamente en el marco de un entorno compartido, que nos presiona causalmente y al que respondemos agenciadamente. *Intervenimos un pasado* como intervenimos en el lenguaje, apelando al acervo de disponibilidades y tecnologías por medio de las cuales nos concebimos como agentes que despliegan un comportamiento verbal y no verbal en el marco del cual prefiguramos el espacio de lo concebible, así sea una sociedad para el futuro, o un horizonte pasado de lo que nos ha traído hasta aquí. *Nos damos un pasado* los unos a los otros como nos ofrecemos y nos abrimos a los otros en la pragmática del lenguaje tropológicamente informado, transfiguradora e incumbentemente, de manera flexible, económica, implícita, acotada y aún no desplegada o de manera extensa, detallada, explicitada, crecientemente contradictoria. En el dar un pasado buscamos la manera de triangular con otros para prefigurar un horizonte de lo vivido en común que administre positivamente el marco de identificaciones, pertenencias, abstracciones y negaciones que configuran tropológicamente un dominio de lo compartido. Esta ontología, teoría ampliada y pragmática anudan en conjunto constelaciones de compromisos en torno a las ontologías históricas que validamos y autorizamos en nuestras *expresiones urgentes* de los marcos de posibilidades en los que nos proponemos intervenir.

Un *arquetiempo* no es más que el nombre que he dado a esas constelaciones, y no implica más que el trabajo en el marco de los *anillos concéntricos* que delimitan una respuesta a la triple pregunta que ha orientado esta investigación: *¿qué implica tener un lenguaje instanciado en forma narrativa y que procede tropológicamente?* El inmenso y crucial mérito de

Hayden White, aquello que supone que haya un antes y un después en la filosofía de la historia a partir de *Metahistoria*, consiste en haber vuelto concebible, pensable, estimable como teóricamente ventajosa la idea misma de que una pregunta tal pueda formularse en la consideración del lenguaje de la historia. No es seguro que las respuestas de White a la misma hayan sido siempre consistentes o hayan evitado el aire paradójico y contradictorio en el cual se inscriben habitualmente las propuestas audaces e imaginativas, pero sería muy pobre de nuestra parte reprochárselo retrospectivamente. Las consecuencias de las acciones y eventos en el curso de la historia, sabemos por Danto, se perciben crecientemente a medida que el tiempo pasa, en tanto volvemos una y otra vez a los eventos y procesos pasados y los configuramos de acuerdo a los horizontes de posibilidad causal y los procedimientos retrospectivos de significación narrativa. Con esas *retroducciones* intentamos que el pasado se convierta en un pleno de significaciones que se extiende hasta nosotros y nos permite concebirnos como agentes.

En mi realineamiento retrospectivo del pasado de la filosofía de la historia, el lugar de White es el de aquel que ha dado el paso de *metanoia*, ha configurado un punto de vista novedoso en el cual se ha conservado una parte del pasado relevante y se lo ha puesto en intersección inesperada con un espectro de significaciones aún no del todo desplegadas y explicitadas. El paso de White, entonces, debería alentarnos no a extraer inferencias abolicionistas respecto del pasado, sino a hacernos cargo de las consecuencias teóricas de su inmenso logro. En este sentido difícilmente haya "terminado" algo con el advenimiento del narrativismo; deberíamos mejor avizorar hasta qué punto, lejos de configurarse para nosotros un horizonte definitivo, un *Gólgota teórico*, la significación *profunda* de *Metahistoria* reside en alentarnos a retomar la senda del bajel perdido que prosigue incansablemente en la búsqueda de una isla querida.

El narrativismo pragmáticamente reformulado se convierte así en un dispositivo teórico fundamental para comprender la interacción lingüística en sus relaciones con la temporalidad y el pasado en común. Esto es, el narrativismo implica una reflexión sobre la contribución que nuestros modos de conocer el pasado hacen en lo referente a la posibilidad misma de comprender, imaginar y actuar en el mundo. Aclarar el estatuto de los tropos implicando en la respuesta historia, agencia y narración supone rehabilitar para los sujetos de la *praxis* lingüística una capacidad o un potencial de intervención respecto del cual el conocimiento e imaginación del pasado resultan constitutivos. Tropología, agencia y lenguajes históricos constituyen entonces las coordenadas básicas de un modo de análisis del discurso de la historia, el narrativista, *centrado en el futuro de las imaginaciones del pasado*.

## Referencias bibliográficas

- Anderson, Perry (2007): "Sobre el entramado: dos clases de hundimiento", en Friedlander, Saul (ed.): *En torno a los límites de la representación*, Quilmes, UNQ Editorial, 93-108.
- Ankersmit, Frank (1981): *Narrative Logic: A semantic analysis of the Historian's Language*, Groningen, Martinus Nijhoff.
- Ankersmit, Frank (1994): *History and Topology: The rise and Fall of Metaphor*, Berkeley, University of California Press.
- Ankersmit, Frank (1998): *Aesthetics politics: Political Philosophy beyond Fact and Value*, California, Stanford University Press.
- Ankersmit, Frank (2001a): *Historical Representation*, California, Stanford University Press.
- Ankersmit, Frank (2001b): *Political Representation*, California, Stanford University Press.
- Ankersmit, Frank (2003): "Invitation to Historians", en *Rethinking History* Vol. 7, Nº3, 413-437.
- Ankersmit, Frank (2005): *Sublime Historical Experience*, California, Stanford University Press.
- Ankersmit, Frank (2006): "«Presence» and Myth", en *History and Theory*, Vol. 45, 328-336.
- Ankersmit, Frank; Domanska, Ewa y Kellner, Hans (2009): *Re-figuring Hayden White*, Stanford, Stanford University Press.
- Anscombe, Elizabeth (1957): *Intentions*, Oxford, Basil Blackwell.
- Appleby, Joyce; Hunt, Lynn y Jacob, Margaret (1999): *La verdad sobre la historia*, Santiago de Chile, Andrés Bello.
- Auerbach, Erich (1968): *Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature*, Princeton, Princeton University Press.
- Barthes, Roland (1971): "El discurso de la historia", en Beatriz Sarlo (ed.), *Ensayos estructuralistas*, Buenos Aires, CEAL, 9-28.
- Beardsley, Monroe (1958): *Aesthetics, Problems in the philosophy and phenomenological research*, Nueva York, Harcourt, Brace and World.
- Benveniste, Emile (1971): *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI.
- Black, Max (1962): *Models and Metaphors*, Ithaca, New York, Cornell University Press.
- Blumenberg, Hans (1999): *Las realidades en que vivimos*, Barcelona, Paidós.
- Blumenberg, Hans (2000): *La legibilidad del mundo*, Barcelona, Paidós.
- Blumenberg, Hans (2003): *Paradigmas para una metaforología*, Madrid, Trotta.
- Blumenberg, Hans (2004): *El mito y el concepto de realidad*, Barcelona, Herder.
- Burke, Kenneth (1965): *A Grammar of Motives*, Berkeley, University of California Press.
- Callinicos, Alex (1995): *Theories and narratives*, Cambridge, Polity Press.
- Carr, David (1986a): *Time, Narrative and History*, Indiana, Indiana University Press.
- Carr, David (1986b): "Narrative and the Real World: An Argument for Continuity", en *History and Theory*, Vol. 25, Nº 2, 117-131.
- Carroll, Noel (1976): "On Topology: The Forms of History", en *Diacritics*, Vol. 6, Nº 3, 58-64.
- Carroll, Noel (2000): "Topology and narration", en *History and Theory*, Vol. 39, 396-404.

- Chartier, Roger (1994): "Cuatro preguntas a Hayden White", en *Historia y Grafía*, Nº 3, 231-246.
- Chartier, Roger (1999): "Histoire, Fiction et Verité", en Jan Denolf & Barbara Simons: *(Re)constructing the Past*, Bruselas.
- Danto, Arthur (1981): *The Transfiguration of the Commonplace*, Harvard, Harvard University Press.
- Danto, Arthur (1985): *Narration and Knowledge*, Nueva York, Columbia University Press.
- Danto, Arthur (1986): *Philosophical Disenfranchisement of Art*, Nueva York, Columbia University Press.
- Danto, Arthur (1989): *Connections to the World*, Berkeley y Londres, University of California Press.
- Davidson, Donald (1980b): "Toward a Unified Theory of Meaning and Action", en *Grazer Philosophische Studien*, 2, 1-12.
- Davidson, Donald (1982): *Essays on Actions and Events*, Oxford, Clarendon Press.
- Davidson, Donald (1990): *De la verdad y la interpretación*, Barcelona, Gedisa.
- Davidson, Donald (1992): *Mente, mundo y acción*, Barcelona, Paidós.
- Davidson, Donald (2001): "Comments on Karlovy Vary Papers", en Kotatko, Pagin y Segal (eds.): *Interpreting Davidson*, Stanford, CSLI, 285-307
- Davidson, Donald (2003): *Subjetivo, intersubjetivo, objetivo*, Madrid, Teorema.
- Davidson, Donald (2007): *Truth, language and History*, Oxford, Clarendon Press.
- Domanska, Ewa (2006): "The Material Presence of the Past", en *History and Theory*, Vol. 45, Nº3, 337-348.
- Domanska, Ewa, Kellner, Hans y White, Hayden (1994): "Interview with Hayden White: The Image of Self-Presentation", *Diacritics*, Vol. 24, No. 1, 91-100.
- Dray, William (1988): "Review on «The Content of the form»", en *History and Theory*, Vol. 27, Nº 3, 282-287.
- Dundes, Alan (1964): *The Morphology of North American Indian Folktales*, Folklore Fellows Communications, Vol. 81, Nº 195, 206-217.
- Eagleton, Terry (1983): *Literary Theory. An introduction*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Evans, Richard (1997): *In defence of history*, London, Granta.
- Fodor, Jerry y Lepore, Ernest (1992): *Holism: A Shopper's Guide*, Oxford, Blackwell.
- Friedlander, Saul (ed.) (2007): *En torno a los límites de la representación*, Quilmes, UNQ Editorial.
- Frye, Northrop (1963): *Fables of Identity*, London, Harcourt Brace Jovanovich.
- Frye, Northrop (1970): *The Stubborn Structure*, Londres, Methuen.
- Frye, Northrop (1977): *Anatomía de la crítica*, Caracas, Monteávila.
- Frye, Northrop (1980): *La escritura profana*, Caracas, Monteávila.
- Frye, Northrop (1986): *El camino crítico*, Madrid, Taurus.
- Frye, Northrop (1988): *El gran código*, Caracas, Monteávila.
- Frye, Northrop (1996): *Poderosas palabras*, Barcelona, Muchnik.
- Frye, Northrop (2007): *La imaginación educada*, Barcelona, Porrúa.
- Funkenstein, Amos (2007): "Historia, contrahistoria y narrativa", en Friedlander, Saul (ed.): *En torno a los límites de la representación*, Quilmes, UNQ Editorial, 109-132.

- Gadamer, Hans Georg (1993): *Mito y razón*, Barcelona, Paidós.
- Gadamer, Hans Georg (1998): *Arte y verdad de la palabra*, Barcelona, Paidós.
- Gadamer, Hans Georg (2006): *Verdad y método II*, Salamanca, Sígueme.
- Gadamer, Hans Georg (2007): *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme.
- Geertz, Clifford (1973): *The Interpretation of Cultures*, New York, Basic Books.
- Ginzburg, Carlo (2007): "Sólo un testigo", en Friedlander, Saul (ed.): *En torno a los límites de la representación*, Quilmes, UNQ Editorial, 133-156.
- Goehr, Lydia (2007): "Afterwords: An Introduction to Arthur Danto's Philosophies of History and Art", en *History and Theory*, Vol. 46, 1-28.
- Golob, E. O. (1980): "The Irony of Nihilism", en *History and Theory*, Vol. 19, N° 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques*, 55-65.
- Gómez, Amparo (2002): "Acciones, razones y valores en la filosofía de Georg Henrik von Wright", en G.H. von Wright, *Sobre la libertad humana*, Barcelona, Paidós, 9-50.
- Goody, Jack (1968): *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Goody, Jack (1977): *The Domestication of the Savage Mind*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Gorman, J.L. (1997): "Philosophical fascination with whole historical texts", en *History and Theory*, Vol. 36, 406-415.
- Greisch, Jean (2001): *El cogito herido*, Buenos Aires, UNSAM.
- Haskell, Thomas (1998): *Objectivity is not Neutrality: Explanatory Schemes in History*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Haugen, Einar (1966): "Linguistics and language planning" en W. Bright (ed.) *Sociolinguistics: Proceedings of the UCLA Sociolinguistics Conference 1964*, La Haya, Mouton, 50-71.
- Havelock, Eric (1963): *Preface to Plato*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.
- Hesse, Mary (1965): "The Explanatory Function of Metaphor", en Bar-Hilel, Y.(ed.) *Logic, Methodology and Philosophy of Science*, North Holland, Amsterdam.
- Hesse, Mary (1966): *Models and Analogies in Science*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press.
- Hesse, Mary (1993): "Models, Metaphors and Truth", en F. R. Ankersmit and J. J. A. Mooij, *Knowledge and Language*, vol. III: *Metaphor and Knowledge*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers.
- Himmelfarb, Gertrude (1992): "Telling it as you like it: postmodernist history and the flight from fact", en *Times Literary Supplement*, 12-15.
- Hobart, M. E. (1989): "The paradox of historical constructionism", en *History and Theory*, Vol.28, N° 1, 43-58.
- Hutton, Patrick (2005): "Looking for a *juste milieu* in a silver age of modesty", en *History and Theory*, Vol. 44, 391-403.
- Jakobson, Roman (1973): "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia", en R. Jakobson y J. A. Magariños de Moretín, *Semiología, afasia y discurso psicótico*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor, 17-70.
- Jameson, Fredric (1976): "Figural relativism or the poetics of Historiography", en *Diacritics*, Vol. 6, N°1, 2-9.

- Jay, Martin (2007): "Sobre tramas, testigos y juicios", en Friedlander, Saul (ed.): *En torno a los límites de la representación*, Quilmes, UNQ Editorial, 157-169.
- Jenkins, Keith (1991): *Rethinking History*, London, Routledge.
- Jenkins, Keith (1995): *On 'What is History?'*, London, Routledge.
- Jenkins, Keith (2002): *Refiguring History*, London, Routledge.
- Kansteiner, Wulf (1993): "Hayden White's Critique of the Writing of History", en *History and Theory*, 32, Nº 3, 273-295.
- Kellner, Hans (1980): "A Bedrock of Order: Hayden White's Linguistic Humanism", en *History and Theory*, Vol. 19, Nº 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques*, 1-29.
- Kellner, Hans (1981): "The Inflatable Trope as Narrative Theory: Structure or Allegory?", en *Diacritics*, Vol. 11, Nº 1, 14-28.
- Kellner, Hans (1982): "The Issue in the Bulrushes: A Reply to Wallace Martin", en *Diacritics*, Vol. 12, Nº 1, 84-88.
- Kellner, Hans (1989): "Narrativity in History: Post-Structuralism and Since", en *History and Theory*, Vol. 26, Nº 4, Beiheft 26: *The Representation of Historical Events*, 1-29.
- Kermode, Frank (2000): *El sentido de un final. Estudios sobre la teoría de la ficción*, Barcelona, Gedisa.
- Kotatko, Pagin, Segal (éds.) (2001): *Interpreting Davidson*, Stanford, CSLI.
- Kuhn, Thomas (1971): *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE.
- Kuzminski, Adrian (1976): "A New Science?", en *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 18, Nº 1, 129-143.
- La Capra, Dominick (2001): *Writing History, Writing trauma*, Cornell, Cornell University Press.
- Lakoff, George, y Johnson, Mark (2001): *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.
- Lang, Berel (1990): *Act and Idea in the Nazi Genocide*, Chicago, University of Chicago Press.
- Lorenz, Chris (1994): "Historical Knowledge and Historical Reality: A Plea for «historical realism»", en *History and Theory*, Vol. 33, 297-327.
- Lorenz, Chris (1998): "Can histories be true?: Narrativism, Positivism and the «metaphorical turn», en *History and Theory*, Vol. 37, 309-329.
- Luria, Aleksandr Romanovich (1976): *Cognitive Development: its Cultural and Social Foundations*, Michael Cole (ed.), Cambridge, Harvard University Press.
- Mandelbaum, Maurice (1980): "The Presuppositions of Metahistory" en *History and Theory*, Vol. 19, Nº 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques*, 39-54.
- Martin, Wallace (1982): "Floating and Issue of Tropes", en *Diacritics*, Vol. 12, Nº 1, 75-83.
- Marwick, Arthur (1995): "Two Approaches to Historical Study: The Metaphysical (including 'Postmodernism') and the Historical", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 30, Nº1, 5-35.
- Mc Cullagh, Behan (1984): *Justifying Historical Descriptions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Mc Cullagh, Behan (1998): *The Truth of History*, New York, Routledge.
- Mink, Louis (1970): "History and Fiction as Modes of Comprehension", *New Literary History*.
- Mink, Louis (1987): *Historical Understanding*, Ithaca, Cornell University Press.
- Mohanty, Satya (1997): *Literary Theory and the Claims of History: Posmodernism, Objectivity, Multicultural Politics*, Ithaca, Cornell University Press.

- Moses, Dirk A. (2005): "Hayden White, Traumatic Nationalism, and the Public Role of History", en *History and Theory*, Vol. 44, Nº 3, 311-332.
- Moya, Carlos (1992): "Introducción a la filosofía de Davidson: Mente, mundo y acción", en D. Davidson, *Mente, mundo y acción*, Barcelona, Paidós, 9-45.
- Nelson, John (1980): "Tropical History and the Social Sciences: Reflections on Struever's Remarks", en *History and Theory*, Vol. 19, Nº 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques*, 80-101.
- Nietzsche, Friedrich (1998) [1873]: *Sobre verdad y mentira en sentido extra moral*, Madrid, Tecnos.
- Norman, Andrew (1991): "Telling It Like It Was: Historical Narratives on Their Own Terms", en *History and Theory*, 30, Nº 2, 119-135.
- Ong, Walter (1987): *Oralidad y escritura*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Palmer, Brian (1990): *Descent into Discourse*, Philadelphia, Temple University Press.
- Partner, Nancy (1997): "Hayden White (and the Content and the Form and Everyone Else) at the AHA", en *History and Theory*, Vol. 36, Nº 4, 102-110.
- Partner, Nancy (1998): "Hayden White: The Form of the Content", en *History and Theory*, Vol. 37, Nº 2, 162-172.
- Parry, Milman (1971): *The Making of Homeric Verse*, Oxford, Clarendon Press.
- Peabody, Berkley (1975): *The Winged Word*, Albany, State University of New York Press.
- Pears, David (1988): *The false prison*, Oxford, Oxford University Press.
- Pomper, P. (1980): "Typologies and Cycles in Intellectual History", en *History and Theory*, Vol. 19, Nº 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques*, 30-38.
- Propp, Vladimir (1985): *Morfología del cuento*, Madrid, Akal.
- Putnam, Hilary (1995): *Representación y realidad*, Barcelona, Gedisa.
- Putnam, Hilary (2000): *Sentido, sinsentido y los sentidos*, Barcelona, Paidós.
- Quine, Willard van Orman (1969): *Ontological Relativity and Other Essays*, New York, Columbia University Press.
- Quine, Willard van Orman (1975): *Word and Object*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Quine, Willard van Orman (1979): "A Postscript on metaphor", en S. Sacks (ed.), *On metaphor*, Chicago, University of Chicago Press, 159-160.
- Quine, Willard van Orman (2001): *Acerca del conocimiento científico y otros dogmas*, Barcelona, Paidós.
- Quine, Willard van Orman (2002): *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona, Paidós.
- Ramberg, Bjorn (2000): "Post ontological Philosophy of mind: Rorty versus Davidson", en *Rorty and his Critics*, Robert Brandom (ed.), Oxford, Blackwell Publishers, 351-369.
- Ramberg, Bjorn (2001): "What Davidson said to the Skeptic", en *Interpreting Davidson*, Kotatko, Pagin, Segal (eds.), Stanford, CSLI, 213-236.
- Richards, Ivor (1936): *The philosophy of Rhetoric*, Oxford, Oxford University Press.
- Ricoeur, Paul (1977): *The rule of metaphor*, Toronto, Toronto University Press.
- Ricoeur, Paul (1985): *Hermenéutica y Acción*, Buenos Aires, Editorial Docencia.
- Ricoeur, Paul (1995a): *Tiempo y Narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI.

- Ricoeur, Paul (1995b): *Tiempo y Narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, México, Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul (1996a): *Tiempo y Narración III. El tiempo narrado*, Madrid, Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul (1996b): *Si mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul (1999): *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós.
- Ricoeur, Paul (2001): *Del texto a la acción*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, Paul (2008): *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa.
- Rorty, Richard (1991a): *Objetividad, relativismo y verdad*, Barcelona, Paidós.
- Rorty, Richard (1991b): *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós.
- Rorty, Richard (1993): *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos*, Barcelona, Paidós.
- Rorty, Richard (1998): "Davidson between Wittgenstein and Tarski", en *Crítica, Revista hispanoamericana de filosofía*, Vol. 30, N° 88, México, 49-72.
- Rorty, Richard (2000a): *Verdad y progreso*, Barcelona, Paidós.
- Rorty, Richard (2000b): "Response to Ramberg", en *Rorty and his Critics*, Robert Brandom (ed.), Oxford, Blackwell Publishers, 369-377.
- Rorty, Richard (2001): *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.
- Rorty, Richard (2007): *Philosophy as Cultural Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Roth, Michael (1988): "Cultural Criticism and Political Theory: Hayden White's Rhetorics of History", en *Political Theory*, Vol. 16, N° 4, 636-646.
- Roth, Michael (2007): "Ebb tide", en *History and Theory*, Vol. 46, 66-73.
- Runia, Eelco (2006a): "Presence", en *History and Theory*, Vol. 45, 1-29.
- Runia, Eelco (2006b): "Spots of Time", en *History and Theory*, Vol. 45, 305-316.
- Sazbón, José (2001): "La devaluación formalista de la historia", en E.Adamovsky (comp.) *Historia y Sentido*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
- Scott, Joan Wallach (1991): "The evidence of experience", en *Critical Inquiry*, 17.
- Sellars, Wilfrid (1971): "El empirismo y la filosofía de lo mental", en *Ciencia, percepción y realidad*, Madrid, Tecnos, 139-209.
- Stone, Lawrence (1979): "The Revival of Narrative", en *Past & Present*, N° 85, 3-24.
- Struever, Nancy (1980): "Topics in History", en *History and Theory*, Vol. 19, N° 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques*, 66-79.
- Taylor, George (2008): "Introducción", en P.Ricoeur *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa, 11-42.
- Todorov, Tzvetan, comp. (1970): *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, México, Siglo XXI.
- Todorov, Tzvetan (2005): *Crítica de la crítica*, Barcelona, Paidós.
- Todorov, Tzvetan (2006): *Introducción a la literatura fantástica*, Buenos Aires, Paidós.
- Tozzi, Verónica (2003): "Introducción" a Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós.
- Tozzi, Verónica (2009): *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo.
- Vann, Richard (1998): "The reception of Hayden White", en *History and Theory*, Vol. 37, N° 2, 143-161.



- von Wright, Georg Henrik (1979a): *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza.
- von Wright, Georg Henrik (1979b): *Norma y acción*, Madrid, Tecnos.
- von Wright, Georg Henrik (2002): *Sobre la libertad humana*, Barcelona, Paidós.
- White, Hayden (1972): "What is a Historical System?," en *Biology, History and Natural Philosophy*, ed. A. D. Beck and W. Yourgrau, New York, Plenum Press, 232-242.
- White, Hayden (1975): "The Problem of Change in Literary History", en *New Literary History*, Vol. 7, Nº 1, 97-111.
- White, Hayden (1978): *Tropics of discourse, Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- White, Hayden (1980): "Literature and Social Action: Reflections on the Reflection Theory of Literary Art", en *New Literary History*, Vol. 11, Nº 2, 363-380.
- White, Hayden (1981a): "The Narrativization of Real Events", en *Critical Inquiry*, Vol. 7, Nº 4, 793-798.
- White, Hayden (1981b): "Conventional Conflicts", en *New Literary History*, Vol. 13, Nº 1, 145-160.
- White, Hayden (1982): "Getting out of History", en *Diacritics*, Vol. 12, Nº 3, 2-13.
- White, Hayden (1987): *The content of the form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press
- White, Hayden (1992): *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.
- White, Hayden (1995): "Response to Arthur Marwick", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 30, Nº 2, 233-246.
- White, Hayden (1999): *Figural Realism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- White, Hayden (2000): "And Old Question Raised Again: Is Historiography Art or Science? (Response to Iggers)", en *Rethinking History*, Vol. 4, Nº 3, 391-406.
- White, Hayden (2003): *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós.
- White, Hayden (2007): "Guilty of History? The *longue durée* of Paul Ricoeur", en *History and Theory*, 46, 233-251.
- White, Hayden (2009): "Interview with Erlend Røge", en *History and Theory*, Vol. 48, Nº 1, 63-75.
- White, Hayden (2010): *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Buenos Aires, Prometeo.
- Williams, Michael (1995): *Unnatural doubts*, Princeton, Princeton University Press
- Williams, Michael (1998): "Skepticism", en John Greco y Ernest Sosa (eds.) *The Blackwell Guide to Epistemology*, 35-69.
- Williamson, Timothy (2004): "Past the Linguistic Turn?", en Leiter, B. (ed.) *The future for Philosophy*, Oxford, Oxford University Press, 106-128.
- Wimsatt, William (1966): "Northrop Frye: Criticism as Myth", en M.Krieger (ed.), *Northrop Frye in Modern Criticism*, New York, Columbia University Press.
- Zagorín, Pérez (1990): "Historiography and Postmodernism: Reconsiderations", en *History and Theory*, Vol. 29, 263-274.
- Zagorín, Pérez (1999): "History, the Referent and Narrative: Reflections on Postmodernism Now", en *History and Theory*, Vol. 38, 1-24.

-Zammito, John (2004): *A nice Derangement of Epistemes: Post-Positivism in the Study of Science from Quine to Latour*, Chicago, University of Chicago Press.

-Zammito, John (2005): "Ankersmit and Historical Representation", en *History and Theory*, Vol. 44, N° 2, 155-181.